

Índice

Introducción	5
1. El plan general	7
2. La estructura literaria	8
3. Los principales temas teológico-espirituales ..	10
<i>a) Jesús, protagonista del Evangelio</i>	10
<i>b) La Iglesia, comunidad de los discípulos de Jesús</i>	11
<i>c) La vida del cristiano, fiel al Evangelio</i>	13
<i>Conclusión</i>	15
4. Bibliografía escogida para profundizar	15

1. PRÓLOGO:

GENEALOGÍA Y RELATOS DE LA INFANCIA (Mt 1,1-2,23)

La genealogía de Jesús (Mt 1,17)	19
El nacimiento de Jesús (Mt 1,18-25)	27
La adoración de los Magos (Mt 2,1-12)	33
La huida a Egipto, la matanza de los inocentes y Jesús va a Nazaret (Mt 2,13-23)	39

2. EL ANUNCIO DEL REINO (Mt 3,1-7,29)	
Juan el Bautista y el bautismo de Jesús (Mt 3,1-17)	49
La tentación en el desierto (Mt 4,1-11)	57
Los primeros discípulos y la actividad y la fama de Jesús (Mt 4,12-25)	65
Las bienaventuranzas (Mt 5,1-16)	71
Se ha dicho, pero yo os digo (Mt 5,17-48)	79
Actuar en lo secreto (Mt 6,1-18)	87
El afán de los bienes terrenos (Mt 6,19-34)	95
Otras enseñanzas de Jesús (Mt 7,1-29)	101
3. EL MINISTERIO EN GALILEA (Mt 8,1-11,1)	
El leproso, el centurión de Cafarnaún y la suegra de Pedro (Mt 8,1-17)	111
Las exigencias del seguimiento de Jesús y la tempestad calmada (Mt 8,18-27)	119
Los dos endemoniados de Gerasa (Mt 8,28-34)	125
La curación de un paralítico (Mt 9,1-8)	131

Jesús, los pecadores y el ayuno; curación de una mujer y resurrección de una niña (Mt 9,9-26)	137
Curación de dos ciegos y de un sordomudo (Mt 9,27-34)	145
Jesús y las muchedumbres sin pastor; la misión de los Doce (Mt 9,35-10,16)	151
Exigencias radicales de la misión (Mt 10,17-11,1).	159
4. CONTROVERSIAS Y PARÁBOLAS (Mt 11,2-13,52)	
Juan el Bautista (Mt 11,2-15)	169
Los niños caprichosos y los reproches contra las ciudades de Galilea (Mt 11,16-24).	175
El Evangelio para los sencillos (Mt 11,25-30)	181
Las controversias sobre el sábado (Mt 12,1-21)	187
El corazón sano y el corazón enfermo (Mt 12,22-37)	195
El signo de Jonás y la familia de Jesús (Mt 12,38-50)	203
El sembrador y la explicación de la parábola (Mt 13,1-23)	211
Otras parábolas y explicación de la parábola de la cizaña (Mt 13,24-43)	219
El tesoro, la perla y la red (Mt 13,44-52)	227

5. JESÚS Y LOS DISCÍPULOS
(Mt 13,53–18,35)

Jesús y su patria; Herodes y el Bautista (Mt 13,53–14,12)	237
Primera multiplicación de los panes (Mt 14,13-21)	245
Jesús camina sobre las aguas y las curaciones (Mt 14,22-36)	253
Controversia sobre la tradición y lo puro y lo impuro (Mt 15,1-20)	261
La fe de la cananea (Mt 15,21-28)	269
Curaciones y segunda multiplicación de los panes (Mt 15,29-39)	275
Los signos de los tiempos y la levadura de los fariseos (Mt 16,1-12)	283
La confesión de fe de Pedro; primer anuncio de la pasión y condiciones del seguimiento (Mt 16,13-28)	291
La transfiguración de Jesús (Mt 17,1-13)	299
El epiléptico curado y el segundo anuncio de la pasión (Mt 17,14-23)	307
Jesús paga los impuestos (Mt 17,24-27)	315
El amor a los niños (Mt 18,1-11)	321
La oveja perdida y la corrección fraterna (Mt 18,12-20)	329

El perdón y el deudor despiadado (Mt 18,21-35)	337
6. EL VIAJE DE JESÚS A JERUSALÉN (Mt 19,1–25,46)	
Matrimonio, celibato y niños (Mt 19,1-15)	349
El joven rico (Mt 19,16-30)	357
Los obreros de la última hora (Mt 20,1-16)	367
Tercer anuncio de la pasión; ambiciones y servicio (Mt 20,17-28)	373
Los dos ciegos de Jericó (Mt 20,29-34)	381
Entrada en Jerusalén; el signo del templo (Mt 21,1-17)	389
La higuera sin fruto; la autoridad de Jesús (Mt 21,18-27)	397
Los dos hijos (Mt 21,28-32)	403
Los viñadores homicidas (Mt 21,33-45)	409
El banquete de bodas (Mt 22,1-14)	417
El tributo al César (Mt 22,15-22)	425
La resurrección de los muertos (Mt 22,23-33)	433

El mandamiento más importante; Hijo de David y su Señor (Mt 22,34-46)	441
Invectivas y lamento por Jerusalén (Mt 23,1-39).	447
La venida del Hijo del hombre (Mt 24,1-35)	455
La vigilancia y fidelidad en el servicio (Mt 24,36-51)	463
Las diez vírgenes (Mt 25,1-13)	469
Los talentos (Mt 25,14-30)	477
El juicio final (Mt 25,31-46)	485

7. PASIÓN Y RESURRECCIÓN
(Mt 26,1-28,15)

El complot y la unción de Betania (Mt 26,1-13)	495
La traición de Judas y el señalamiento del traidor (Mt 26,14-25)	503
La cena y el anuncio de la traición de Pedro (Mt 26,26-35).	511
En Getsemaní y el arresto de Jesús (Mt 26,36-56)	519
Jesús, ante el sanedrín (Mt 26,57-27,2)	527
La muerte de Judas (Mt 27,3-10)	535
Jesús, ante Pilato (Mt 27,11-31)	543

La crucifixión de Jesús (Mt 27,32-44)	551
Muerte y sepultura de Jesús (Mt 27,45-61)	559
Los guardias en la tumba (Mt 27,62-66)	567
La resurrección (Mt 28,1-15)	573
8. EPÍLOGO (Mt 28,16-20)	
El Resucitado y la misión de los discípulos (Mt 28,16-20)	583

Introducción

El evangelio de Mateo: un evangelio eclesial

El evangelio de Mateo fue considerado en la Iglesia de los primeros siglos como el primer «catecismo» para educar en la fe a los creyentes. Por eso, entre los cuatro evangelios, el de Mateo fue el más querido y empleado por la comunidad cristiana, tanto porque ofrecía una gran cantidad de temas pastorales, ligados a la vida cotidiana y significativos para un itinerario de fe, como porque la comunidad cristiana vio reflejada en él, frente a los falsos maestros, el ansia por la fidelidad a las enseñanzas de Jesús-Maestro (cf. 7,15; 24,24-26) y el sendero seguro para caminar siguiendo su ejemplo hacia el Padre (5,48).

En esta breve introducción a Mateo pretendemos detenemos, a fin de obtener una mayor comprensión teológico-espiritual de la *Lectio divina* propuesta en este volumen, primero en el plan general del evangelio, fijándonos en algunas de sus características; a continuación, en la estructura literaria de sus veintiocho capítulos; por último, en las principales coordenadas temáticas que el evangelista contempla en torno a la presencia de Cristo en la Iglesia y brinda también a la reflexión de la comunidad cristiana de todos los tiempos.

Papías de Hierápolis alabó ya en la antigüedad la sucesión de los distintos capítulos que presenta el evangelista Mateo por la exposición ordenada y amplia de las

distintas enseñanzas de Jesús de Nazaret, por las indicaciones concretas respecto a la organización de la Iglesia y a la vida de los cristianos. El texto evangélico está enmarcado en la historia de la salvación, que comienza con el patriarca Abrahán (1,1) y tiene su punto focal en la persona de Jesús, el Emmanuel, que lleva a su cumplimiento los anuncios de los profetas y abre a los hombres el horizonte de una vida nueva con estas palabras: «No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la ley y los profetas; no he venido a abolirlas, sino a llevarlas hasta sus últimas consecuencias» (5,17), y concluye con la promesa de la presencia eficaz del Señor «hasta el final de este mundo» (28,20).

Éstas son algunas de las particularidades de la obra de Mateo que saltan fácilmente a los ojos del lector atento y que debemos tener presentes al hojear el texto evangélico.

Las palabras de Jesús están recogidas en cinco extensos discursos, precedidos por una sección narrativa, tejida también con dichos, breves diálogos y enseñanzas del Maestro.

El texto está repleto de referencias al Antiguo Testamento: hay 70 citas explícitas y unos 130 textos que se refieren a la primera Alianza; por otra parte, aparecen varias fórmulas semíticas, como *atar-desatar*, *Reino de los Cielos*, *carne-sangre*.

Es característica la referencia explícita a la «Iglesia», la comunidad de los creyentes en Jesús, que, recogida en torno a su Señor, cumple siguiendo su ejemplo la voluntad de Dios Padre.

El evangelio de la infancia que presenta Mateo (1,1–2,23) se distingue del que presenta el evangelista Lucas (1,1–2,52). Mientras que este último escribe desde el punto de vista de María en un ambiente sereno y lleno de alegría, Mateo otorga sobre todo importancia a los episodios relacionados con la figura de José y subraya

un fondo más bien dramático, como el asunto del suspicaz Herodes, la matanza de los inocentes y la huida a Egipto.

Mateo nos presenta un evangelio antiguo, ligado al evangelista Marcos y destinado a una comunidad cristiana de origen judío. Este evangelio fue redactado al menos en dos ediciones sucesivas: la primera en lengua aramea, y la segunda, más desarrollada, en lengua griega.

1. El plan general

En general, los exégetas modernos, aun con algunas divergencias e hipótesis diferentes, coinciden en presentar la estructura literaria de Mateo con un esquema próximo al evangelio de Marcos, que incluye las cuatro etapas fundamentales del *kerigma* o de la predicación primitiva: el bautismo de Juan el Bautista, la actividad pública de Jesús en Galilea, el viaje a Jerusalén y el relato de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Otros, sin embargo, prefieren dividir el evangelio en dos grandes partes: la proclamación del Reino con palabras y obras (4,17–16,20), y la revelación de Jesús, el mesías rechazado por Israel y glorificado por Dios (16,21–28,20), precedidas por una introducción que presenta el origen, la infancia y el destino de Jesús vinculado a la predicación del Bautista (1,1–4,16).

Nosotros preferimos seguir el texto de Mateo, poniendo de relieve su material tradicional en torno a algunas unidades temáticas que tienen su punto focal en la confesión de fe de Pedro. El apóstol, respondiendo a la pregunta de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», afirma: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (16,16). Esta perspectiva cristológica permanece como centro vital no sólo del texto del evangelista, sino de los problemas concretos de la misma comunidad primitiva, que ve en el Maestro el cumplimiento de la profecía,

contenida en la Ley y en los Profetas, la relación justa con el ambiente exterior y con el obrar cristiano. En efecto, el texto evangélico sitúa, entre la profesión de fe de Pedro y el retorno final del Señor, la vida de la comunidad cristiana, que, influenciada por la confrontación con la sinagoga, con el problema de la autoridad de la ley y con las diferentes modalidades judaizantes de contestación de la fuerza del anuncio cristiano, había cedido el paso a una crisis de fe y padecía una profunda inseguridad en torno a los grandes temas de la predicación apostólica, conocidos desde el comienzo del camino de conversión.

A esta Iglesia le vuelve a proponer el evangelista Mateo, de una manera genuina, lo esencial del mensaje y de la tradición cristianos, con conceptos y términos tomados del lenguaje y de la cultura judeopalestinos de aquel tiempo, sin ceder a compromisos y a contaminaciones: una Palabra de Dios capaz de interpelar a la existencia cristiana.

2. La estructura literaria

El evangelio de Mateo está estructurado en siete secciones. De ellas, la primera tiene que ver con la infancia de Jesús (1,1-2,23), y la última con la pasión y resurrección del Señor (26,1-28,15). El cuerpo central de la obra está dividido en cinco secciones o libritos que evocan en cierto modo al Pentateuco mosaico. Cada una de estas secciones se compone de una parte narrativa (3,1-7,29; 8,1-9,34; 11,2-12,50; 13,53-17,27; 19,1-23,39), que da luz al lector para comprender la siguiente, es decir, los cinco discursos (5,1-7,29; 9,35-11,1; 13,1-52; 18,1-35; 24,1-25,46), que constituyen una extensa catequesis sobre el tema del «Reino de los Cielos».

Éste es el esquema de la composición literaria del texto de Mateo:

1. Prólogo: genealogía y relatos de la infancia (1,1-2,23).
 - a. La genealogía de Jesús (1,17).
 - b. El nacimiento de Jesús (1,18-25).
 - c. La adoración de los Magos y la huida a Egipto (2,1-15).
 - d. La matanza de los inocentes, y Jesús va a Nazaret (2,16-23).
 2. El anuncio del Reino (3,1-7,29).
 - e. Sección narrativa: el comienzo del ministerio de Jesús (3,1-4,25).
 - f. El sermón de la montaña (5,1-7,29).
 3. El ministerio en Galilea (8,1-11,1).
 - g. Sección narrativa: los diez milagros (8,1-9,34).
 - h. El discurso misionero (9,35-11,1).
 4. Controversias y parábolas (11,2-13,52).
 - i. Sección narrativa: el rechazo de los judíos (11,2-12,50).
 - j. El discurso en parábolas (13,1-52).
 5. Jesús y los discípulos (13,53-18,35).
 - k. Sección narrativa: episodios anteriores al viaje a Jerusalén (13,53-17,27).
 - l. El discurso eclesial (18,1-35).
 6. El viaje de Jesús a Jerusalén (19,1-25,46).
 - m. Sección narrativa: acontecimientos a lo largo del viaje (19,1-23,39).
 - n. El discurso escatológico (24,1-25,46).
 7. La pasión, muerte y resurrección (26,1-28,15).
- Epílogo: el Resucitado y la misión de los discípulos (28,16-20).

Vista la estructura literaria del evangelio, ahora nos encontramos en condiciones de comprender algunas reflexiones entrañables del apóstol sobre la presencia de Cristo en la vida de la Iglesia y del creyente.

3. Los principales temas teológico-espirituales

Tras haber expuesto de una manera breve el plan general de la obra de Mateo con algunas de sus características, veamos los principales temas teológico-espirituales que interesan a Mateo, que vamos a reunir en torno a tres centros de interés: Jesús, la Iglesia y la vida del cristiano.

a) Jesús, protagonista del Evangelio

Si bien es cierto que el evangelio de Mateo se presenta como un texto catequético por excelencia, debemos afirmar también que es, en primer lugar, cristológico, en cuanto que el evangelista expone el significado salvífico de la persona de Jesús, de su palabra y de su acontecer humano. El retrato del Jesús que realiza Mateo no se aleja del que hacen los otros evangelistas, aunque asume, ciertamente, algunos rasgos característicos que lo vuelven original.

En efecto, Jesús es el *Mesías davídico* anunciado por las Escrituras; es el *Maestro* superior a todos los escribas de Israel (7,28s), alguien que enseña con autoridad; el *nuevo Moisés* que lleva a su cumplimiento la *Torá*, la ley de la nueva Alianza, en cuyo rostro resplandece la gloria de Dios (cf. Ex 34,20-30; Mt 5,21-48; 17,1-8). Jesús es el *Señor resucitado*, el *Kyrios*, que anuncia el Reino a los hombres; el *Emmanuel*, que acompaña a la comunidad cristiana por su camino; es el *Hijo del hombre*, a quien se le ha conferido todo poder en el cielo y en la tierra, y a quien la comunidad de los creyentes reconoce como *Señor* y *Juez* de la historia y del mundo; el que

evalúa las acciones del hombre y pone de relieve los rasgos trascendentales y la auténtica manifestación de Dios. Pero también es el *Médico* que sana de todo mal y enfermedad (4,23; 9,35; 10,1) y el *Misericordioso* que carga sobre sus hombros el peso y los sufrimientos de los hombres (9,13.36; 12,7; 15,29-31).

Con todo, el atractivo del evangelio de Mateo se concentra en el discurso programático que Jesús dirige a las muchedumbres en el «sermón de la montaña» (5,1-7,29), en el que se contiene la proclamación del Evangelio del Reino resumida en las palabras «*está llegando el Reino de los Cielos*» (4,17.23). De este discurso brota asimismo la misión de Jesús, que consiste en dar a conocer la voluntad del Padre como proyecto de vida para los discípulos. Semejante adhesión a la voluntad de Dios se realiza por medio de la «justicia», condición esencial para llegar a ser verdaderos discípulos del Maestro y para entrar en el Reino, formando parte de la familia de los hijos de Dios (5,17.20.48; 7,12; 22,37-40). Ahora bien, la virtud de la «justicia» se practica en la medida en que los creyentes viven el amor a los «pequeños» y a los «reconciliados» (11,25s.; 18,3), a imitación del Hijo de Dios, que se hizo pobre y pequeño para revelar y realizar la nueva presencia del Padre.

b) La Iglesia, comunidad de los discípulos de Jesús

Mateo es el único de los cuatro evangelistas que usa la palabra «Iglesia», y esto saca a la luz su elevada ecle-siología. Por eso podemos llamar a Mateo, con toda justicia, el evangelista de la comunidad cristiana (16,18; 18,17), y a su escrito lo podemos llamar «evangelio eclesial». Muchos de los textos que presenta el apóstol son eclesiales no sólo porque van dirigidos a los miembros de una comunidad judeocristiana diseminada por la tierra de Palestina, sino sobre todo porque intentan responder a las exigencias concretas de la comunidad, que

vivía a finales del siglo I en conflicto con el judaísmo ortodoxo, anclado en la rígida ley de los escribas y los fariseos. Sin embargo, la concepción eclesiológica de Mateo se concentra en torno a la persona de Cristo, como afirma justamente el evangelista cuando refiere las palabras del Señor: «*Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (18,20), y se hace visible en la persona del apóstol Pedro, cabeza de la comunidad eclesial (16,17-19). Con su confesión de fe: «*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*» (16,16), Pedro se convierte en la «roca» sobre la que se va a construir la comunidad de los discípulos, cuya vocación consiste en instruir a todas las gentes, siguiendo el mandato del Señor (28,19).

La idea de Iglesia que Mateo se preocupa por presentar en su evangelio es la convocación de los discípulos del Señor, que el mismo Jesús reúne en torno a sí y a los que forma personalmente en una «justicia» que supera la ley mosaica y se caracteriza por la vida fraterna y por el amor a Dios y a los hermanos. Con todo, es la iniciativa de Dios Padre la que figura en el origen de la convocación de los discípulos, y a través de la persona de Jesús los elige para el Reino de los Cielos por ser «pobres en el espíritu» y «pequeños» (18,3). En efecto, el modelo de relación que debe estar presente en el interior de la Iglesia es el que el mismo Jesús perfiló cuando presentó a un niño en medio de sus discípulos: «*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has dado a conocer a los sencillos*» (11,25).

Tras el retorno de Jesús al Padre, el evangelista impulsa a esta comunidad para que, a su vez, reviva la historia del profeta de Nazaret formando una fraternidad que escucha y realiza la voluntad de Dios, en continuidad con las Escrituras antiguas y actualizando las palabras y las acciones realizadas por Jesús. A través de esa comunidad, comprometida a vivir en un clima de rela-

ciones fraternas y de amor misericordioso, es como Cristo resucitado continúa estando presente y actuando para la salvación de los hombres. Esta relación de pertenencia personal al Señor y la práctica de la «justicia» califican la concepción de Iglesia y la convierten en misionera con el alegre anuncio de la venida del Reino y de la experiencia concreta y gozosa del espíritu de las bienaventuranzas.

La misión de la Iglesia se une a la del Maestro, que envía a sus discípulos a las ovejas perdidas de la casa de Israel (10,6). En particular, las instrucciones que Jesús dirige a los Doce, para formarles en su seguimiento, se convierten en la carta magna de todos los discípulos de todos los tiempos, enviados a realizar precisamente el anuncio del Evangelio con un testimonio coherente de vida (10,1-42). Esta misión de la Iglesia está expuesta a la inseguridad, al rechazo y también a la persecución en un mundo frecuentemente hostil al mensaje de Jesús: «*Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, astutos como serpientes y sencillos como palomas*» (10,16). Ahora bien, toda dificultad o sufrimiento padecidos a causa de la «justicia» son sostenidos y guiados por el don del Espíritu, que, como don de Dios, hace animosos y libres a los discípulos frente a toda prueba. Ellos, con un valor confiado y en la fidelidad evangélica, serán «*sal de la tierra y luz en el mundo*» para que todos los hombres puedan reconocer al único Padre bueno que está en los cielos (5,13-16).

c) La vida del cristiano, fiel al Evangelio

Un elemento significativo de la catequesis de Mateo tiene que ver también con los diversos aspectos de la vida cristiana y con el consiguiente comportamiento de fe del cristiano. En efecto, su evangelio pretende estimular una praxis cristiana ligada a la enseñanza de Jesús. Los miembros de la comunidad cristiana deben

huir, de hecho, de una vida superficial y liberarse de formas individualistas para dar testimonio de una vida fiel a las exigencias del Reino. Este estilo concreto de vida se traduce, según el espíritu de las bienaventuranzas, en la conformidad con la voluntad de Dios, es decir, con la «justicia», que Jesús realizó respecto al Padre y al que cada cristiano debe mirar como modelo. Esta «justicia» que es don de Dios, en vistas al Reino de los Cielos, debemos buscarla constantemente.

De ahí que la vida de fe del cristiano, a pesar de las dificultades de todo tipo que se le presentan, debe ser vida comprobando cada día si sus obras están basadas en Dios, tanto para superar el peligro constante de la indiferencia como para caminar hacia la santidad, la santidad del Padre, que está en los cielos. El desprendimiento de los bienes del mundo, las pruebas y las persecuciones de la vida, vividos siguiendo el ejemplo de Cristo, traen consigo la presencia del Espíritu de Dios, que proporciona alegría y una profunda paz interior al corazón del cristiano.

Con esta condición, cada miembro de la comunidad cristiana puede comprender y vivir las exigencias del Reino y ver con corazón renovado la presencia de Dios. Sin embargo, la norma de vida que permite al cristiano practicar la «justicia» sigue siendo la ley de la caridad, criterio último y de juicio por parte de Dios sobre las acciones humanas. El juicio final, en efecto, se realizará sobre las obras de misericordia practicadas con el prójimo hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo o en la cárcel, recibido como la persona misma de Jesús (25,31-46).

En el evangelio de Mateo todo se encuentra bajo el signo del juicio, como bien se dice en el sermón de la montaña: «No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (7,21). En realidad,

quien ha conocido el amor de Dios está en condiciones de hacerlo y debe amar, a su vez, libremente, como Dios nos ha amado.

Conclusión

La aparición del Señor resucitado y las palabras que dirige a los discípulos en Galilea resumen de manera adecuada toda la enseñanza del evangelio de Mateo, en doble fidelidad a la memoria histórica de Jesús y a la vida de fe de la comunidad. «Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos [...] Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo» (28,18-20). Ahora bien, la enseñanza pastoral de la teología espiritual de Mateo, que brota de su cristología y su eclesiología, es la de una experiencia personal con Cristo, que interpela la existencia del cristiano, y la de una vida fraterna vivida en la comunidad cristiana, donde se hace visible un amor a todos los hombres, especialmente a los «pequeños», los pobres y los necesitados de perdón.

4. Bibliografía escogida para profundizar

- G. BARBAGLIO, «Il vangelo di Matteo», en G. BARBAGLIO – R. FABRIS – B. MAGGIONI, *I Vangeli*, Cittadella, Asís 1985, 41-618.
- G. DANIELI, *Matteo* (Leggere oggi la Bibbia, 2.1), Queriniana, Brescia 1980, ³1998.
- R. FABRIS, *Matteo*, Borla, Città di Castello 1982.
- V. FUSCO, *La casa sulla roccia*, Qiqajon, Magnano 1994.
- M. GALIZZI, *Vangelo secondo Matteo*, ElleDiCi, Leumann 1995 (edición española: *El evangelio según Marcos: comentario exegético-espiritual*, San Pablo, Madrid 2007).

- D. HARRINGTON, *Vangelo secondo Matteo* (La Bibbia per tutti, 26), Queriniana, Brescia 1992.
- J. D. KINGSBURY, *Matteo. Un racconto* (Biblioteca Biblica, 23), Queriniana, Brescia 1998.
- A. LANCELLOTTI, *Matteo*, San Paolo, Cinisello B. 1991.
- B. MAGGIONI, *Il racconto di Matteo*, Cittadella, Asís 1981 (edición española: *El relato de Mateo*, San Pablo, Madrid 1982).
- J. RADERMAKERS, *Lettura pastorale del vangelo di Matteo*, EDB, Bolonia 1974
- J.-L. SKA, *Cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Páginas escogidas del evangelio de Mateo*, Verbo Divino, Estella 2006.
- C. TASSIN, *Vangelo di Matteo*, San Paolo, Cinisello B. 1993.

Giorgio Zevini

1
Prólogo: genealogía
y relatos de la infancia
(Mt 1,1–2,23)

La genealogía de Jesús

(Mt 1,1-17)

^{1,1} Genealogía de Jesús, Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán:

² Abrahán engendró a Isaac;

Isaac engendró a Jacob;

Jacob engendró a Judá y a sus hermanos.

³ Judá engendró, de Tamar,

a Farés y a Zara;

Farés engendró a Esrón;

Esrón engendró a Arán;

⁴ Arán engendró a Aminadab;

Aminadab engendró a Naasón;

Naasón engendró a Salmón.

⁵ Salmón engendró, de Rajab, a Booz;

Booz engendró, de Rut, a Obed;

Obed engendró a Jesé;

⁶ Jesé engendró al rey David.

David, de la mujer de Urías,

engendró a Salomón.

⁷ Salomón engendró a Roboán;

Roboán engendró a Abías;

Abías engendró a Asá;

⁸ Asá engendró a Josafat;

Josafat engendró a Jorán;

Jorán engendró a Ozías;

⁹ Ozías engendró a Joatán;

Joatán engendró a Acaz;

Acaz engendró a Ezequías;

¹⁰ Ezequías engendró a Manasés;

Manasés engendró a Amón;

Amón engendró a Josías.

¹¹ Josías engendró a Jeconías
y a sus hermanos

cuando la cautividad de Babilonia.

¹² Después de la cautividad de Babilonia,

Jeconías engendró a Salatiel;

Salatiel engendró a Zorobabel;

¹³ Zorobabel engendró a Abiud;

Abiud engendró a Eliaquín;

Eliaquín engendró a Azor;

¹⁴ Azor engendró a Sadoc;

Sadoc engendró a Ajín;

Ajín engendró a Eliud;

¹⁵ Eliud engendró a Eleazar;

Eleazar engendró a Matán;

Matán engendró a Jacob.

¹⁶ Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías.

¹⁷ Así pues, son catorce las generaciones desde Abrahán hasta David, catorce desde David hasta la cautividad de Babilonia, y catorce desde la cautividad de Babilonia hasta el Mesías.

La Palabra se ilumina

El evangelio según Mateo se abre con un título solemne: «Genealogía de Jesús, Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán» (v. 1), seguido de un larguísimo elenco de nombres de elevado significado teológico. El verbo que domina el pasaje es «engendrar», que, en su sentido más profundo, significa «crear por Dios», «crear en nombre de Dios». En efecto, las genealogías ejercen en las Escrituras el papel de interpretar la historia a partir de su fundamento, de la vida transmitida como bendición divina.

Entre las distintas genealogías bíblicas sólo hay una introducida de manera semejante a la de Mateo: se trata del «Libro de la generación de Adán», o sea, del «primer hombre», que, hecho a imagen y semejanza de Dios, engendra hijos comunicándoles esta misma semejanza (cf. Gn 5,1-32). Mateo, por consiguiente, recorre el río de las generaciones para indicar que la cadena de

la transmisión de la vida a través de la carne y de la sangre se detiene en Jesucristo: con él comienza una nueva creación, obra del Espíritu (v. 18; cf. Jn 1,12s). Este cambio decisivo está indicado por el mismo verbo «engendrar» empleado en forma pasiva (v. 16).

En el texto aparece también la mención insólita de cuatro mujeres –además de María–, de las que tres son de origen extranjero y vivieron la maternidad en condiciones irregulares; se confirma así el aspecto universal de la Buena Noticia, implícito ya en el v. 1, así como su absoluta gratuidad. Allí, en efecto, se definió a Jesús como *Mesías, hijo de David* (por consiguiente, como el Mesías esperado por Israel), *hijo de Abrahán* (por consiguiente, como el verdadero hijo de la promesa), heredero de la bendición para todas las naciones.

Mateo atribuye un significado particular a la subdivisión de las generaciones en tres series de catorce (dos veces siete, número que indica la perfección), hasta el punto de hacer que salgan las cuentas sólo con un cierto artificio. El evangelista quiere demostrar que en Jesús ha llegado la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de las promesas de Dios a su pueblo y a todas las gentes.

La Palabra me ilumina

El comienzo del evangelio según Mateo nos sorprende con su larga serie de nombres, en su mayoría desconocidos: nos encontramos frente a una cultura muy diferente de la nuestra y sentimos la tentación de tomar nuestras distancias. Con todo, si sentimos en nuestro corazón el deseo de *entrar* en la «Buena Nueva», entonces la genealogía, como la corriente de un río, nos empuja siempre más allá, hacia las profundidades del misterio de Dios, que no desdeña entrar él mismo en la historia humana para convertirla en una historia sagrada. Mientras los nombres se suceden, el verbo *engendrar* sigue igual, como para decir que los hombres pasan,

pero la vida permanece; más aún, se renueva a través de la obra de quien la transmite. Así pues, a la espalda de cada uno de nosotros hay una historia, tal vez humilde y oscura, pero rica en bendiciones y en amor: tiene el rostro y el nombre de un padre, de un abuelo, de un bisabuelo... Es bueno hacer memoria de nuestras propias raíces para descubrir que se hunden en el terreno de un designio providencial, en el que nosotros tenemos un puesto único.

Empujados por el fluir de la genealogía, mientras discurre la historia sagrada bajo nuestra mirada, nos preguntamos cuál es el fruto que el Señor espera de nosotros... Indudablemente, uno de esos frutos –que debemos volver a descubrir en toda su grandeza y belleza– es precisamente la generación de la vida, la paternidad y la maternidad.

Más allá de la generación física, sin embargo, existe también una generación espiritual. Ésta se hace posible cuando, olvidándonos de nosotros mismos, estamos dispuestos a ponernos a total disposición de Dios, para cooperar en su designio de salvación. En esta actitud de humilde disponibilidad encontró el Señor a María. Con su «sí» de fe y de amor comenzó una generación nueva, la de Jesús y la de todos los hijos de Dios; ella es, en efecto, Madre de Cristo, Madre de la Iglesia y Madre de todos los hombres. Desde entonces continúa fluyendo el inmenso río de las generaciones, y sus aguas, vivificadas por el Espíritu, aunque pasan por valles ásperos e intransitables, se dirigen hacia el océano del Amor eterno, hacia la luz de la Santísima Trinidad.

La Palabra se convierte en oración

Oh Dios, Padre eterno, que nos has elegido en Cristo antes de la creación del mundo, concédenos una mirada pura para contemplar el milagro de la vida y reconocer el valor inestimable de la persona humana, creada a tu

imagen y semejanza. Tú, que nos has hecho partícipes de tu paternidad, haz de nosotros padres y madres responsables, humildemente al servicio de la vida, sobre todo allí donde está más amenazada y en peligro, despreciada e indefensa. Guarda viva en nuestro corazón la llama de la fe, entre los acontecimientos alternos de la existencia terrena, para que en el discurrir del tiempo crezca cada vez más en nosotros el deseo del cielo con la certeza de que nuestro destino no es la muerte, sino la vida en plenitud, en tu Reino de luz, de paz y de amor.

La Palabra en el corazón de los Padres

Dice Mateo: «*Genealogía de Jesús, Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán*» (Mt 1,1). [...] Y así, mientras la Sábida se iba construyendo su casa, «*el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*» (Jn 1,14): habitó con la carne que había tomado del hombre y que animó con el aliento vital. La humildad fue tomada por la majestad, la debilidad por la potencia, la mortalidad por la eternidad, y, para destruir la deuda que pesaba sobre nuestra condición, sucedió así que, en conformidad con las exigencias de nuestra salvación, nació el verdadero Dios en una perfecta naturaleza de verdadero hombre. [...] Enriqueció el elemento humano, pero no disminuyó el elemento divino. El rebajamiento que hizo –lo invisible, visible– y por el que el creador y señor de todas las cosas quiso ser un mortal común fue un acto de misericordia. Por tanto, el que en la condición de Dios se hizo hombre, en la condición de hombre se hizo esclavo.

El demonio se gloriaba porque el hombre, al caer víctima de su engaño, había quedado privado de los dones de Dios y, despojado del privilegio de la inmortalidad, había quedado herido por la inexorable sentencia de muerte... Hace, por consiguiente, su entrada en medio de las miserias de este mundo el Hijo de Dios: baja del cielo, su sede, pero no se separa de la gloria del Padre y

es engendrado a través de un modo y un nacimiento absolutamente nuevos. Nuevo fue el modo, porque él, invisible en su naturaleza, se hizo visible en la nuestra; inalcanzable de por sí, quiso ser alcanzado; el que vivía antes de todos los tiempos, empezó a ser en el tiempo; siendo señor del universo, asumió la condición de esclavo, escondiendo la inmensidad de su majestad; siendo Dios inmortal, se dignó someterse a las leyes de la muerte. Y también fue nuevo el nacimiento con el que fue engendrado, porque la virginidad inviolada de la madre no conoció hombre, sino que suministró la materia de la carne. Su nacimiento es extraordinario. El que es verdadero Dios es también verdadero hombre; en esta unidad subsisten en relación mutua la humildad del hombre y la alteza de la divinidad. Y como el Verbo no se separa de la gloria paterna, tampoco la carne abandona la naturaleza de nuestra estirpe humana (León Magno, *Lettera XXVIII. A Flaviano*, 2-4, UTET, Turín 1969, 531-535, *passim*; existe edición española en *Cartas cristológicas*, Ciudad Nueva, Madrid 1999).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Nació Jesús, llamado Mesías» (Mt 1,16b).

Caminar con la Palabra

Cuando se trata de proclamar este pasaje evangélico en la liturgia, no pocas veces nos sentimos en una situación embarazosa. Hay quien considera la lectura de ese texto como un ejercicio carente de significado, casi como una repetición aburrida. Otros lo leen a toda velocidad, haciéndolo incomprensible a los fieles; otros lo abrevian, saltando algunos fragmentos.

Para nosotros, los asiáticos, y en particular para mí, que soy vietnamita, el recuerdo de nuestros antepasados tiene un gran valor. Siguiendo nuestra cultura, guardamos con piedad y devo-

ción en el altar doméstico el libro de nuestra genealogía familiar. Conozco los nombres de quince generaciones de mis antepasados, desde 1698, cuando mi familia recibió el santo bautismo. A través de la genealogía nos damos cuenta de que pertenecemos a una historia que es más grande que nosotros. Y captamos con mayor verdad el sentido de nuestra propia historia.

Por eso agradezco a la santa madre Iglesia que, al menos dos veces al año, en el tiempo de adviento y en la fiesta de la Natividad de María, haga resonar en nuestras asambleas, diseminadas por todo el mundo católico, los nombres de tantos personajes significativos que han tenido, según el misterioso designio de Dios, un papel importante en la historia de la salvación y en la realidad del pueblo de Israel. Estoy convencido de que las palabras del «*Libro de la genealogía de Jesucristo*» contienen el anuncio esencial de la Antigua y de la Nueva Alianza, el núcleo del misterio de la salvación, que nos encuentra a todos unidos: católicos, ortodoxos y protestantes. Verdaderamente, la misericordia de Dios se extiende y se extenderá de generación en generación, «*porque es eterna su misericordia*». Que esta lista de nombres de pecadores y pecadoras que Mateo pone de relieve en la genealogía de Jesús no nos escandalice. En ella se exalta el misterio de la misericordia de Dios (F. X. Nguyen van Thuan, *Testimoni della speranza*, Città Nuova, Roma 2000, 15-17.20, *passim*; edición española: *Testigos de esperanza. Ejercicios espirituales dados en el Vaticano en presencia de S.S. Juan Pablo II*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid, 2000).

El nacimiento de Jesús

(Mt 1,18-25)

¹⁸ El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre, María, estaba prometida a José y, antes de vivir juntos, resultó que había concebido por la acción del Espíritu Santo. ¹⁹ José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. ²⁰ Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

–José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. ²¹ Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.

²² Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta:

²³ La virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel (que significa «Dios con nosotros»).

²⁴ Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado: recibió a su esposa ²⁵ y, sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo, al que José puso por nombre Jesús.

La Palabra se ilumina

Para comprender el sufrimiento del *justo* José, debemos considerar el hecho de que en aquella época el contrato matrimonial judío exigía a los prometidos un verdadero acto de repudio en caso de ruptura del noviazgo. Es probable que María le hubiera contado a José el ori-

gen divino de aquel niño, pero como José no era el padre, no podía reconocer al niño según la ley. La promesa quedaba expuesta así a la acusación de adulterio y a la consiguiente lapidación. ¿Cómo habría podido obedecer José, simultáneamente, a la ley divina y a la conciencia? El ángel le hace intuir su papel insustituible en el designio de Dios: es él quien deberá introducir en la vida humana a aquel que procede del Espíritu Santo, asumiendo su paternidad legal. Le impondrá al niño, insertado en la descendencia de David, un nombre que encierra toda su misión: Jesús, «Dios salva». Mateo interpreta con su primera cita de cumplimiento un acontecimiento absolutamente nuevo a la luz de las profecías, para afirmar que Jesús es el cumplimiento de las promesas de Dios y que su origen es, al mismo tiempo, humano y divino. Por otra parte, la traducción de Emmanuel, *Dios-con-nosotros*, indica que se cumple en él la nueva y eterna Alianza; en efecto, la fórmula de la Alianza se compendia así: «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (cf. Jr 31,33). El nombre de Jesús, con el que se abre el evangelio, cierra el capítulo: el *hijo de David, hijo de Abrahán*, es, en realidad el Hijo de Dios. Se abre así una nueva inclusión que abarca todo el evangelio de Mateo: Jesús es el Dios-con-nosotros desde su concepción, y su ascensión al cielo no cortará este vínculo con nuestra humanidad: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo» (28,20).

La Palabra me ilumina

El evangelio según Mateo nos sitúa de inmediato frente a nuestra dignidad y nuestra responsabilidad como creyentes. La historia de la humanidad, el segmento de tiempo que ocupa nuestra vida y el proyecto del Señor no son realidades separadas e incommunicadas, como vemos claramente en el relato del nacimien-

to de Jesús. El Dios-con-nosotros ha entrado en la historia a través de la intervención de tres factores diferentes por su importancia, aunque igualmente necesarios: el poder del Espíritu Santo, el consentimiento de la virgen María y la paternidad legal de José. Este acontecimiento ha cambiado de una manera irrevocable el destino de la humanidad, además de la existencia de quien lo ha acogido en la fe. Jesús sigue siendo para siempre el Emmanuel, está con nosotros hasta el fin de los tiempos y nosotros estamos con él desde ahora, «*sentados a la diestra del Padre*» (Col 3,1), de una manera misteriosa, pero real. Debemos volver a considerar a menudo los inmensos horizontes de la vida cristiana: sólo así podremos sostener sin temor los acontecimientos que no comprendemos o la agobiante falta de sentido de los días y el afán de una existencia probada de modo variado.

Lo que nos es dado vivir forma parte de un proyecto divino que nos supera y busca la salvación de todos. De aquí podemos tomar la fuerza y la alegría para afrontar el presente con pasión y responsabilidad: el hoy está cargado de Cristo, y nuestra tarea consiste en velar amorosamente la presencia del Dios-con-nosotros, a fin de dejarla manifestarse a los hermanos. Soy yo quien, como José, debo introducir al Hijo de Dios en los tiempos y en los ámbitos del hombre: en mi ambiente de trabajo o de apostolado, en mi familia, en las mínimas ocupaciones. Cada uno de nosotros debe pronunciar, como José, el nombre de Jesús sobre todo y sobre todos, para legitimar su presencia o bien para que ésta sea puesta como fundamento de opciones tomadas según la voluntad de Dios. Será el Señor quien mida el caudal de gracia de nuestra fe obediente a la Palabra. A nosotros nos basta ofrecer con confianza nuestra vida como espacio en donde el Dios-con-nosotros pueda fijar su morada hasta el final de los tiempos.

La Palabra se convierte en oración

Oh Padre, en Cristo, tu Hijo, has concebido un maravilloso designio de salvación para cada hombre, y lo vas realizando en el discurrir de nuestros días. Te damos gracias, porque nos conduces a comprender que el presente nos lleva a acoger, a amar, a introducir a Jesús en el tejido de nuestro vivir cotidiano. Haznos, como a José, colaboradores de tu proyecto. Pon en nuestros labios el nombre que salva, Jesús, como sello de nuestras actividades y de nuestros encuentros, de nuestras alegrías y de nuestros sufrimientos, a fin de que nuestros hermanos puedan conocer que él es el Dios-con-nosotros, al vernos vivir para él y con él

La Palabra en el corazón de los Padres

Está escrito: *«José, su esposo, que era justo y no quería repudiarla, decidió despedirla en secreto»*. ¿Por qué despedirla? En este hecho te ofrezco también no mi juicio, sino el de los Padres. José quiso dejar a María por el mismo motivo por el que también Pedro rechazaba al Señor diciendo: *«Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador»* (Lc 5,8), y por el mismo motivo por el que el centurión impedía al Señor entrar en su casa diciendo: *«Señor, no soy digno de que entres en mi casa»* (Mt 8,8). Así pues, también José, considerándose indigno y pecador, decía para sí que no se le debía conceder la compañía familiar de una criatura tan grande y excelsa. Veía que llevaba en ella el signo certísimo de la presencia divina y, puesto que no podía comprender el misterio, quería despedirla.

Mientras reflexionaba sobre estas cosas, se le apareció un ángel en sueños y le dijo: *«José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo»*.

Deduce, por tanto, de la denominación con la que, aunque sea por una concesión, mereció ser considerado

y creído padre de Dios, qué hombre era este José y cuánta virtud había en él. Recuerda también a aquel gran patriarca vendido una vez en Egipto (cf. Gn 37,27) y entérate que de éste no tuvo sólo el nombre, sino que obtuvo también la castidad, le igualó en inocencia y en gracia. A aquél se le concedió interpretar los sueños; a éste, entrar en el conocimiento y participar en los misterios celestes. Aquél conservó el trigo no para él, sino para el pueblo; éste recibió para su custodia el Pan vivo bajado del cielo no sólo para él, sino para todo el mundo. No hay duda: este José fue el *«siervo fiel y prudente»* (cf. Mt 24,25) que el Señor constituyó en consuelo de su Madre para que le sirviera de apoyo, y le dispuso como el único y fidelísimo cooperador en la tierra para su magna misión. Fue perfecto hijo de David, digo, no tanto por la descendencia carnal, sino por la fe, por la santidad y por la devoción: el Señor encontró en él a otro David, según su corazón, a quien poder confiar el secreto profundísimo y santísimo de su corazón (Bernardo de Claraval, *In lode della Vergine Madre*, II, 13-16; edición española: *Las alabanzas de María y otros escritos escogidos*, Ciudad Nueva, Madrid 1998).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados» (Mt 1,21).

Caminar con la Palabra

José es el hombre de los sueños, el carpintero es también el soñador: manos endurecidas por el trabajo y corazón enternecido por el amor y por los sueños. Es el hombre de fe que *«escucha y pone en práctica»* y da nombre a aquel que es el Nombre. Es el hombre que no actúa por miedo, que hace suya la primera palabra con la que Dios se dirige al hombre desde

siempre: «No temas». El miedo, principio de toda huida, es lo contrario de la fe, del matrimonio, de la paternidad. José no escucha el miedo: se convierte en verdadero padre de Jesús, aunque no es su progenitor. Bastan unos pocos instantes para llegar a ser progenitor, mas para llegar a ser padre y madre hace falta toda la vida.

Imaginemos el conflicto interno de José: por un lado, no puede continuar su matrimonio con María; por el otro, está el hombre enamorado que no quiere perder a su amor. Su grandeza humana consiste en haber resuelto el conflicto dando prioridad al papel afectivo respecto al papel institucional. Prefiere el amor de María a su propia descendencia. Grandeza humana que hace decir: el amor es más fuerte. Grandeza de la fe que hace decir: acepto que no me pertenezcas, no ser yo la medida de mi vida, porque cualquier cosa vale más que ella.

Si superponemos los dos evangelios –el de Mateo y el de Lucas– descubriremos que el anuncio va dirigido en realidad a la pareja, al esposo y a la esposa, dentro del matrimonio. A los dos, al justo y a la virgen, casados.

Dios lleva a cabo sus hechos más extraordinarios y organiza el futuro nuevo del mundo a través del diálogo, del drama, de la crisis, de las dudas y de los impulsos de una pareja ya formada. El «sí» de María y José a Dios tiene lugar en el interior de un «sí» recíproco, que ellos se han dicho ya. Dios no rompe la pareja, no roba espacio a la familia; pide y busca este doble «sí», este «sí» creativo propio, porque se dice juntos y en común. Porque la comunión es siempre fuerza creativa. Ella misma es profecía, Palabra de Dios (E. M. Ronchi, *Bibbia e pietà mariana*, Queriniana, Brescia 2002, 72-75).

La adoración de los Magos (Mt 2,1-12)

^{2.1} Jesús nació en Belén, un pueblo de Judea, en tiempo del rey Herodes. Por entonces unos sabios de Oriente se presentaron en Jerusalén ² preguntando:

–¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.

³ Al oír esto, el rey Herodes se sobresaltó, y con él toda Jerusalén. ⁴ Entonces convocó a todos los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. ⁵ Ellos le respondieron:

–En Belén de Judea, pues así está escrito en el profeta:

⁶ Y tú, Belén, tierra de Judá,
no eres, ni mucho menos,
la menor entre las ciudades
principales de Judá,
porque de ti saldrá un jefe,
que será pastor de mi pueblo, Israel.

⁷ Entonces Herodes, llamando aparte a los sabios, hizo que le informaran con exactitud acerca del momento en que había aparecido la estrella, ⁸ y los envió a Belén con este encargo:

–Id e informaos bien sobre ese niño; y cuando lo encontréis, avisadme para ir yo también a adorarlo.

⁹ Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y la estrella que habían visto en oriente los guió hasta que llegó y se paró encima de donde estaba el niño. ¹⁰ Al ver la estrella, se llenaron de una inmensa alegría. ¹¹ Entraron en la casa, vieron al niño con su madre, María, y lo adoraron prostrados en tierra. Abrieron sus tesoros y le ofrecieron como

regalo oro, incienso y mirra.¹² Y advertidos en sueños de que no volvieran donde estaba Herodes, regresaron a su país por otro camino.

La Palabra se ilumina

La adoración de los Magos introduce el tema de la relación entre los pueblos paganos y Jesús, y preanuncia su desenlace: a él se dirigirá el camino de los gentiles (cf. Is 60,3.6), que reconocerán su señorío y su divinidad. También el adivino Balaán, cuya profecía subyace en nuestro fragmento (cf. Nm 24,17), pertenecía a la categoría de estos sacerdotes y sabios persas. Los Magos llegan a Jerusalén, meta de la peregrinación de las naciones (cf. Is 2,2-4; Zac 8,20ss; 14,16ss), guiados por la aparición de una nueva estrella, acontecimiento que en el Antiguo Oriente indicaba el nacimiento de un rey divinizado. Aquí esperan que la luz de la revelación complete su saber y les guíe a la adoración (v. 2).

A la búsqueda sincera de los «lejanos» se contraponen la hostilidad de los custodios de las promesas divinas. Jesús es desde su nacimiento «*signo de contradicción*» (cf. Lc 2,34): serán los paganos quienes le declaren rey de los judíos, reconociendo su realeza mesiánica en la pobreza del pesebre y en la desnudez de la cruz (cf. Mt 27,37.54; Jn 19,19ss). Los «cercaños», sin embargo, no son capaces de captar los signos de Dios y se quedan prisioneros del miedo, privados de la *inmensa alegría* que acompaña y confirma a los Magos junto a la estrella. Ellos buscan a un rey; sin embargo, sin prejuicios que se lo impidan, entran *en la casa* y, con una sencillez absoluta, adoran al *niño* que encuentran *con María, su madre*, ofreciéndole dones preciosos.

El confiado abandono de los Magos a la conducción divina hace fracasar la astucia de Herodes (v. 12): ésta

es la verdadera sabiduría de los sabios venidos de Oriente. El tema del rechazo del Mesías por parte de Israel y la acogida de las naciones recorre todo el evangelio de Mateo hasta su último capítulo, donde se ofrece a todos los pueblos la *gran alegría* del que cree (cf. 28,19). Y del mismo modo que la estrella, signo del Mesías, había guiado a los Magos, así la luz del Resucitado acompañará la misión de sus discípulos «*todos los días hasta el final de este mundo*» (cf. 28,20).

La Palabra me ilumina

El camino de búsqueda emprendido por los Magos interroga hoy nuestras certezas o nuestras dudas de fe y solicita una respuesta que nos ponga también a nosotros en camino por el sendero de un deseo de Dios nuevo y más profundo. Tal vez haya algo que hemos dado por descontado, por ya conocido: sabemos bien dónde está y quién es «*el rey de los judíos que acaba de nacer*», e incluso estamos en condiciones de dar indicaciones precisas a quien nos pregunte al respecto, pero ¿es verdad que le conocemos?

Los sabios orientales de los que nos habla el evangelio han convertido sus nociones en un equipaje de viaje: lo que habían aprendido antes les ha servido para trazar y sostener una búsqueda guiada no por la luz de su propio intelecto, sino por la luz de los signos de Dios. Que no nos pase, por el contrario, que nos acomodemos en lo que sabemos de Cristo sin dar un paso más para encontrarle de verdad, para adorarle y convertirle en el centro de nuestra existencia y en la meta hacia la que tender siempre con nuevo impulso. Los Magos dejaron sus seguridades, buscaron al que no conocían, encontraron a un niño y a su madre en una pobre casa y reconocieron en una realidad muy común la presencia del Dios-con-nosotros. Se inclinaron para depositar a los pies de un niño sus riquezas, su corona, su sabiduría.

Todo lo que el Señor nos ha dado es un medio para poder entregarnos a él y descubrir así el verdadero don: Cristo con nosotros cada día hasta el fin de los tiempos. Cuando le hayamos adorado con la sencillez desnuda de lo cotidiano, cuando le hayamos servido con la pobreza de nuestros hermanos más indigentes, conoceremos la «inmensa alegría» que supone vivir a la luz de su presencia.

La Palabra se convierte en oración

Oh Dios, Padre bueno, tú quieres que todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad. Haz brillar tu luz en la oscuridad de nuestra presunta sabiduría y en la niebla de nuestra indiferencia. Pon en nuestro acontecer cotidiano los signos luminosos que conducen a Cristo y haz que sepamos reconocerlos con humildad e interpretarlos con rectitud. Confianza en tu Palabra podremos retomar cada día, con una inmensa alegría, el camino que lleva a Jesús, el Señor, que revela su gloria en medio de la sencillez de las circunstancias y en el amor estupendo con que siempre se hace don para nosotros.

La Palabra en el corazón de los Padres

¡Bendita la luz que viene en el nombre del Señor y que ha brillado para nosotros! Te damos gracias, luz verdadera, que revistes de luz a «*todo hombre que viene a este mundo*» (Jn 1,9) y que, precisamente por eso, has venido a este mundo. Te damos gracias, luz verdadera, que te has hecho lámpara, para que la Palabra de Dios se vuelva «*lámpara para mis pasos*» (Sal 118,105). Hermanos, todos vosotros «*sois hijos de la luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas*» (Ef 5,17). La noche, en efecto, está avanzada, pero el día se ha acercado. Si bien un tiempo estuvimos en las tinieblas,

ahora estamos en la luz del Señor. A pesar de esto, si, dado que no somos tinieblas, ni hijos de las tinieblas, dijéramos que no experimentamos para nada las tinieblas, nos engañaríamos a nosotros mismos e introduciríamos en nosotros las tinieblas de la muerte. Lo poco que veo se lo debo, Señor, a que tú has revestido de luz mi lámpara; ahora bien, dado que es poco lo que veo, reviste también de luz, Dios mío, mis tinieblas. ¿Quién comprende, en efecto, sus propios pecados cuando el vicio le engaña presentándose también con el aspecto de virtud? Es ciertamente grande y se encuentra verdaderamente revestido de luz el que ha podido y querido comprender de manera evidente sus pecados.

Oh Dios, que revistes de luz a todas las gentes, a ti te cantábamos: «He aquí que vendrá el Señor y revestirá de luz los ojos de sus siervos» (antífona I, domingo de Adviento). He aquí: has llegado, oh luz mía, reviste de luz mis ojos, a fin de que no me duerma nunca en la muerte y el pecado no atraiga mi consentimiento. Has llegado, oh luz de los fieles, y he aquí que hoy nos has concedido gozar de la iluminación de la fe, que es nuestra lámpara. Nos has dado la luz de la fe; danos también la luz de la justicia, la luz del conocimiento y la luz de la sabiduría. Creo, oh alma fiel, que debes avanzar precisamente por estos grados para alcanzar, una vez despojada de las tinieblas de este mundo, la patria del esplendor eterno, donde tus tinieblas serán como la luz del mediodía. Entonces, verdaderamente entonces, verás, y tu corazón se sorprenderá y se dilatará y se verá en ti la gloria de tu Dios. Caminemos, pues, como hijos de la luz, de esplendor en esplendor, conducidos por el Espíritu del Señor. Nosotros, que gracias a la fe estamos ya en la luz, a partir de ella y gracias a ella avancemos hacia el interior de una luz más grande y más serena (Guerrico de Igny, *Sermoni, III per l'Epifania*, 1-4, Qiqajon, Magnano 2001, 183-188, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Vieron al niño con su madre, María, y lo adoraron postrados en tierra» (Mt 2,11).

Caminar con la Palabra

La dimensión aventurada de la fe de los Magos es evidente; es un aspecto que produce fascinación. Sin embargo, es más verdadero su aspecto de fatiga. En la búsqueda de Dios partimos a veces con entusiasmo, pero vienen después los poderes persuasivos de turno, que reducen la fe a una cuestión marginal. Está el muro de la indiferencia, el impulso desviador de las necesidades cotidianas, exasperados por los mensajes de las mil promesas. Está el viento del contratestimonio de los creyentes. Y de este modo nos acecha el desánimo. Tal vez sea ésta la patología más difundida de la fe. Hay mil razones que pesan sobre la fatiga de la búsqueda; y acabamos por abandonarnos, perdidos en los barrios de Jerusalén, que saben de Babel. Buscamos una vida exenta de compromisos al calor de una existencia amasada de dudas y de componendas. Con todo, no faltan dos certezas para volver a encendernos en la aventura de la fe: Dios no deja que se apague «su» estrella. Es él quien llama en lo profundo de la conciencia, el que siembra la semilla de la inquietud y de la nostalgia. Es él quien nos empuja hacia Belén: sobre todo con la Palabra, la oración, el testimonio creíble de la comunidad cristiana. Pero la fe reserva, en no menor medida, alegría y paz: la mayoría de las veces después de un montón de eclipses de Dios; después del túnel de la crisis y de la duda, con tal de que no nos falte la paciencia de buscar con un corazón honesto. La alegría de los Magos tampoco fue una alegría barata (E. Masseroni, *La Parola come pane. Il Vangelo della dominica. Anno A, San Paolo, Cinisello B. 1998, 37s, passim*).

La huida a Egipto, la matanza de los inocentes y Jesús se va a Nazaret

(Mt 2,13-23)

¹³ Cuando se marcharon, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

–Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

¹⁴ José se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, y partió hacia Egipto, ¹⁵ donde permaneció hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que había anunciado el Señor por el profeta:

–*De Egipto llamé a mi hijo.*

¹⁶ Entonces Herodes, viéndose burlado por los sabios, se enfureció mucho y mandó matar a todos los niños de Belén y de todo su término que tuvieran menos de dos años, de acuerdo con la información que había recibido de los sabios. ¹⁷ Así se cumplió lo anunciado por el profeta Jeremías:

¹⁸ Se ha escuchado en Ramá un clamor de mucho llanto y lamento; es Raquel, que llora por sus hijos y no quiere consolarse porque ya no existen.

¹⁹ Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto ²⁰ y le dijo:

–Levántate, toma al niño y a su madre, y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

²¹ José se levantó, tomó al niño y a su madre, y regresó con ellos a la tierra de Israel. ²² Pero al oír que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre, Herodes, tuvo miedo de ir

allí. Entonces, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea²³ y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. De esta manera se cumplió lo anunciado por los profetas: que sería llamado nazareno.

La Palabra se ilumina

El capítulo segundo del evangelio según Mateo concluye con tres episodios acomodados por el tema del rechazo del Mesías por parte de su pueblo. Esa hostilidad pesa sobre Jesús desde la infancia; sin embargo, experimenta la protección del Padre celestial a través de su padre según la ley, José, cuya obediencia pronta y confiada permite el cumplimiento del designio divino de salvación.

La Sagrada Familia, perseguida por Herodes, encuentra refugio en Egipto, país que había ofrecido a menudo un refugio de emergencia a los judíos; precisamente en el éxodo de aquella tierra nació Israel como pueblo y como hijo predilecto de Dios (cf. Os 11,1). Sin embargo, la profecía de Oseas sólo se realiza en Jesús, puesto que él es verdaderamente el Hijo de Dios (v. 15). Otra cita bíblica (cf. Jr 31,15) interpreta la segunda escena de este pasaje: la matanza de los inocentes (v. 18); sin embargo, no aparece en ella la expresión acostumbrada: «*a fin de que se cumpliera*»; el evangelista indica así que Dios había previsto desde siempre –aunque él no lo había querido– la matanza llevada a cabo por Herodes. La elección de este pasaje depende de la proximidad de la tumba de Raquel en Belén y del hecho de que el texto profético, referido al exilio, continúa preanunciando el retorno futuro: puesto que Jesús es el «santo resto» que vuelve a la tierra de Israel.

En el tercer cuadro (vv. 19-23) se explica la procedencia de Jesús de Nazaret. Los textos sagrados ignoraban esta aldea, y por eso muchos judíos no creían en el mesiazgo de Jesús. Mateo refuta la objeción empleando

el adjetivo *nazoraios*, que recuerda temas proféticos importantes a través de la asonancia con términos clave: *neser*, el retoño mesiánico que brotará del tronco de Jesé (Is 11,1); *nasur*, resto, y el adjetivo *nazir*, consagrado a Dios. El capítulo 2 concluye asimismo con la imposición del nombre: según la indicación del ángel, José llamó *Jesús* al hijo nacido de María, mientras que la gente le llamará *Nazareno*, según la indicación de los profetas. ¿Cómo no recordar la imposición extrema del nombre –Rey de los judíos– en el *titulum* de la cruz (cf. Mt 27,37; Jn 19,19)?

La Palabra me ilumina

La escucha meditativa de la Palabra hace pasar ante la mirada del corazón tristísimas imágenes que pertenecen también a nuestro tiempo: filas de refugiados sin número, emigrantes obligados a una precariedad humillante, niños que son objeto de todo tipo de violencia y de explotación. Si nos sacude un estremecimiento de compasión, podemos intuir la compasión de Dios. Él ha respondido desde siempre a la prepotencia, al egoísmo, a los abusos de la libertad humana, no con la omnipotencia, sino con el amor que se hace cargo de los fardos aplastantes que imponemos a los otros cuando perseguimos nuestros intereses a toda costa. Dios «*no perdonó a su propio Hijo...*» (Rom 8,32). No le dispensó, desde la infancia, de la condición de perseguido, de refugiado, de emigrante, de hombre sin futuro. Y ello para dar un horizonte de esperanza a todos sus hijos.

En verdad, la Palabra que se nos ofrece es «evangelio», buena noticia: el Señor asume cada situación de pobreza para rescatarla, para poder reconducir también el mal –ese mal que Dios no quiere– a un fin salvífico; tal vez no lo veamos realizado en el breve segmento de nuestra vida, pero en un determinado momento, fijado por él, se realizará. En Jesús se ha realizado ya y en él

está presente todo acontecimiento futuro. También nosotros, injertados en él por la fe y el bautismo, tenemos como don y como tarea la posibilidad de apresurar el camino de la humanidad hacia su meta. Podemos hacerlo –como hizo Jesús– mediante una compasión sin medida, es decir, una atención sincera, gratuita y concreta a quien roza nuestras seguridades y se queda aislado: cuántas situaciones de miseria, moral o material, se cruzan en nuestros recorridos diarios, y nunca les hemos hecho caso...

¿Estamos dispuestos a correr el riesgo de la generosidad? «Dios no perdonó a su propio hijo...»

La Palabra se convierte en oración

Oh Padre, Fuente inagotable de bien, tú nos haces entrever el rostro de tu Hijo amado, al que ofreciste por todos nosotros, en cada hombre que sufre, en cada niño que llora. Nosotros creemos, Padre, que al final de los tiempos enjugarás cada lágrima de los ojos de tus pobres (cf. Ap 21,4), pero te pedimos que sacudas desde ahora el entorpecimiento de nuestro bienestar; haznos capaces de una auténtica compasión, a fin de que seamos capaces de ver y asumir el peso de la miseria que aplasta a tantos hermanos nuestros y de comunicarles la alegría de ser tus hijos, buscados y acogidos siempre amorosamente.

La Palabra en el corazón de los Padres

La perversidad de Herodes nos ha revelado hasta dónde se deja llevar la envidia. ¡Oh ambición, qué ciega estás siempre! ¡Oh presunción, cuán pésima te muestras siempre! Herodes, intentando defender su reino terreno, asalta el celestial; deseando ardientemente los bienes terrenos, se precipita contra los divinos y persigue a la piedad misma con toda la vehemencia de la impie-

dad. Había oído que había nacido un rey; había preguntado dónde, cuándo, de quién, y no preguntó por qué ni de qué modo: en efecto, en él no existían ni el miedo a pecar ni el amor a la inocencia. [...] Herodes, ciego, temiendo al sucesor, asalta al Creador; mata a los inocentes, precisamente él, que hubiera debido querer la eliminación de las maldades.

¿Niños, por qué? ¿De dónde deriva la culpa? La edad no los excusó, el silencio no defendió a aquellos que a los ojos de Herodes sólo tenían la culpa de haber nacido. ¿Por qué hacía Cristo esto? Porque conocía el futuro, sabía los secretos, juzgaba los pensamientos, escrutaba las mentes. ¿Por qué abandonó a los que habrían de ser buscados por su causa y por su causa habrían de morir? Él había nacido rey, y rey del cielo, ¿por qué abandonó a los que eran inocentes? ¿Por qué desdeñó un ejército de su misma edad? ¿Por qué abandonó de esa manera a los que descansaban en una cuna como él, y el enemigo, que buscaba sólo al rey, causó daño a todos los soldados?

Hermanos, Cristo no abandonó a sus soldados, sino que les dio una suerte mejor: les concedió triunfar antes que vivir, les hizo alcanzar la victoria sin lucha alguna, les concedió las coronas antes de que sus miembros se hubieran desarrollado; quiso que pasaran por encima de los vicios por su poder, que poseyeran el cielo antes que la tierra, y fueron plantados en el cielo antes que en la tierra. Así pues, Cristo mandó a sus soldados delante, no los perdió; recibió a sus huestes, no las abandonó.

Bienaventurados esos a los que hemos visto nacer al martirio, no al mundo. Viven, viven, porque viven verdaderamente los que merecen morir por Cristo. Bienaventurados los senos que llevaron tales criaturas. Bienaventuradas las lágrimas que, derramadas por ellos, concedieron a quien lloraba la gracia del bautismo. En efecto, de una manera diferente, las madres, con un solo

don, son bautizadas en sus lágrimas, y los hijos en su propia sangre. Las madres recibieron el martirio en el martirio de sus hijos; en efecto, la espada, al traspasar los miembros de sus hijos, llegó al corazón de las madres. En consecuencia, es necesario que participen del premio, porque fueron compañeras del martirio.

En este punto el oyente debe prestar atención para comprender que el martirio no acontece por mérito, sino por gracia. Entregar el cuerpo, recibir gloria de las ofensas, la vida de la muerte, no depende de la fuerza humana, sino de una victoria divina sobre el diablo. El que corriera al martirio confiando en sí mismo no alcanzaría la corona (Pedro Crisólogo, «Sermoni», 152, en G. Banterle [ed.], *Opere di san Pietro Crisologo*, 3: *Sermoni 125-179*, Biblioteca Ambrosiana – Città Nuova, Milán – Roma 1997, 54, *passim* [existe edición catalana de los *Sermones* en Alpha, Barcelona]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan, y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos» (Mt 5,11s).

Caminar con la Palabra

El relato de la huida a Egipto es de una sobriedad escueta, pero es toda la historia de una familia exiliada y sumergida en el silencio de una existencia sin notoriedad. Tal vez sea éste el clima más verdadero para cruzar de puntillas el umbral de la familia modelo de todas las familias humanas. Jesús entra en el mundo como marginado, prueba el sabor amargo del exilio. En la lenta caravana de los exiliados aparecen con evidencia tres fuertes contrastes. El primero: la riqueza, admirablemente única, de la imagen esbozada por Mateo. En su evangelio de la infan-

cia vuelve cinco veces la expresión «*el niño y su madre*». La mirada cae sobre el niño, sobre el que se inclina el rostro intensamente amoroso de su madre. La imagen habla por sí sola. La riqueza de María es la maternidad tiernamente aferrada por el Hijo. La riqueza de José es su fe esencial, acompañada por dos verbos: uno en modo imperativo («toma») y otro en pasado («tomó»), en perfecta sintonía. La fe es obediencia puntual, es discernimiento trabajoso para comprender, en el interior de las calles retorcidas de los hombres, la dirección justa de Dios. El calor de este amor envolvente de María y de José es el único refugio seguro del niño.

El segundo contraste son las tramas del odio y de la opresión. El drama de la huida a Egipto parece anticipar todas las agresiones a la existencia terrena de Jesús y de los discípulos. Las agresiones contra la familia están ante los ojos de todos. Las señales son inquietantes: son demasiados los poderes que acechan a la vida, al niño, a la mujer, al amor, a la fidelidad, a la comunión, a la paz, al diálogo. Tal vez sea éste el gran desafío profético: «*tomar al niño y a su madre*»; restituir a la vida su centralidad. La civilización del amor significa restituir al seno materno su dignidad de absoluta seguridad para el niño, al amparo de la espada de Herodes. Significa restituir al niño el don de una paternidad fiel, de una maternidad acogedora y de una fraternidad gozosa.

Y, por último, hay un tercer contraste en esta historia a merced de los caprichos de Herodes. El cabo de la madeja está siempre en las manos de Dios. Según Mateo, la aventura de Jesús realiza un misterioso plan divino, un plan que ningún poder humano puede impedir. A pesar de todo, Dios lleva adelante su designio, por encima de la intriga siniestra de las tramas humanas (E. Masseroni, *La Parola come pane. Il Vangelo della domenica. Anno A*, San Paolo, Cinisello B. 1998, 31-34, *passim*).

Juan el Bautista y el bautismo de Jesús

(Mt 3,1-17)

^{3,1} En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea. ² Decía:

–Arrepentíos, porque está llegando el Reino de los Cielos.

³ A él se refería el profeta Isaías cuando dijo:

Voz del que grita en el desierto:

*«Preparad el camino al Señor,
allanad sus senderos».*

⁴ Llevaba Juan un vestido de pelo de camello y una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. ⁵ Acudían a él de Jerusalén, de toda Judea y de toda la región del Jordán; ⁶ ellos reconocían sus pecados y Juan los bautizaba en el río Jordán.

⁷ Viendo que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo:

–¡Raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a escapar del juicio inminente? ⁸ Dad frutos que prueben vuestra conversión ⁹ y no creáis que basta con decir: «Somos descendientes de Abrahán». Porque os digo que Dios puede sacar de estas piedras descendientes de Abrahán. ¹⁰ Ya está puesta el hacha en la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto va a ser cortado y echado al fuego. ¹¹ Yo os bautizo con agua para que os convirtáis, pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de quitarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. ¹² Tiene en su mano el biello y va a aventar su parva; recogerá su trigo en el granero, y la paja la quemará con un fuego que no se apaga.

¹³ Entonces llegó Jesús desde Galilea al Jordán y se dirigió a Juan para que lo bautizara. ¹⁴ Pero Juan trataba de impedirselo diciendo:

–Soy yo el que necesito que tú me bautices, y ¿eres tú el que vienes a mí?

¹⁵ Jesús le respondió:

–Deja ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia.

Entonces Juan accedió. ¹⁶ Nada más ser bautizado, Jesús salió del agua y, mientras salía, se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre él. ¹⁷ Y una voz del cielo decía:

–Éste es mi Hijo amado, en quien me complace.

La Palabra se ilumina

«*En aquellos días...*»: esta expresión –que Mateo sólo emplea aquí– indicaba en el lenguaje profético el comienzo del tiempo escatológico. En consecuencia, Juan es el profeta esperado, el que debía preceder al Mesías; sus vestidos (cf. 2 Re 1,8ss; Zac 13,4) y, sobre todo, su predicación le identifican como tal. El Juez escatológico, cuya venida es inminente, tendrá los caracteres del Hijo del hombre de los apocalipsis: cribará a todos (v. 12) y llevará el Espíritu como fuego y viento para discernir lo hecho por cada uno. El bautismo de Juan prepara el acontecimiento final y sanciona el compromiso de una vida nueva, pero no puede perdonar los pecados: Mateo reserva semejante prerrogativa a la muerte salvífica de Jesús (26,28).

El hecho de que quiso recibir el bautismo de Juan es, indudablemente, histórico: lo refieren, en efecto, los evangelistas, a pesar de que planteara dificultades en la primera comunidad cristiana: ¿acaso no era Jesús el Inocente?, entonces ¿por qué quiso recibir el bautismo? La reflexión posterior encontrará respuesta en la solidaridad de Jesús, que, como Siervo de Yahvé, «*fue contado entre los malhechores*» (cf. Is 53,12; Lc 22,37). El sentido original del fragmento hemos de buscarlo, sin embargo, en las primeras palabras pronunciadas por

Jesús en el evangelio. El término «justicia» significa, según Mateo, lo que Dios pide a los hombres: en consecuencia, Jesús viene al bautismo para *cumplir* perfectamente lo que siempre permanecía desatendido y pedía conversión y cumplimiento. La teofanía que sigue viene a confirmar el carácter definitivo de la misión de Jesús: se abren los cielos como en los apocalipsis y desciende sobre él el Espíritu, que obra como en una nueva creación (cf. Gn 1,2). La voz del cielo presenta solemnemente a Jesús no sólo como el Siervo de YHWH (cf. Is 42,1), sino como el Hijo de Dios (cf. la elección de *huiós*, «hijo», en vez de *páís*, «siervo/hijo»). La expresión no tiene sólo el sentido mesiánico de consagración para la misión de Cristo: aquellos a quienes se dirige el Evangelio, dado que ya conocen los orígenes de Jesús (capítulos 1-2), comprenden su significado profundo.

La Palabra me ilumina

Este evangelio viene a sacudir hoy nuestra conciencia con la fuerte voz del Bautista. Es una invitación a la claridad y a la decisión franca: ¿qué objeto tiene nuestra vida? ¿A dónde se dirigen nuestros caminos? Debemos reconocer que tenemos muchos fines sin una jerarquía de valores; debemos tomar conciencia de que nuestros caminos son con frecuencia tortuosos, múltiples, contradictorios y, en consecuencia, que nos falta la paz del corazón. Se dijo a propósito de Elías, con quien se compara a Juan, que «*su palabra quemaba como antorcha*» (Eclo 48,1), puesto que la antorcha, al arder, ilumina. Dejemos, pues, que la Palabra de Dios se acerque también hoy como fuego a nuestro corazón y lo ilumine, precisamente mientras destruye la escoria que se le ha adherido, el *cascabillo* de tantos objetivos ambiguos, de perspectivas de realización exclusivamente mundanas, espejismos de una felicidad que equivale a la satisfacción de nuestro egoísmo. Bajo esta luz incandescente

podremos ver nuestro pecado y el bien que debemos hacer. Ahora bien, ¿tendremos la fuerza necesaria para realizarlo, para volver a empezar a combatir siempre de nuevo contra nuestras miserias reconocidas? He aquí una vez más la respuesta consoladora de la Palabra: el Señor Jesús viene a visitarnos en nuestra condición de extrema debilidad. Él, enviado por el Padre para «cumplir toda justicia» (v. 15), puede darnos las fuerzas necesarias para cumplir la voluntad de Dios allí donde no lo consigamos y no sepamos cómo proceder. Viene no con el fuego inextinguible del juicio, sino con el fuego del Espíritu Santo, a fin de que también nuestra debilidad se transforme en instrumento de la gracia divina y dé «frutos que prueben vuestra conversión» (v. 8) para gloria del Padre, por medio de su Hijo amado, en el Espíritu de amor que hace de nosotros una creación nueva.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, Hijo predilecto de Dios, tú has venido con la plenitud del Espíritu Santo; impulsado por el amor que se consume por el Padre y por nosotros, pecadores, tú, el Inocente, quisiste acercarte al bautismo de penitencia para cumplir toda justicia. Ten todavía piedad de nuestro vagar cada vez más alejado de la meta de la paz. Ven a traernos la antorcha de la Palabra, luz para nuestro camino; ven a traernos la gracia de volver a empezar cada día de nuevo. Ven a injertarnos en ti, Vid verdadera, para que podamos dar los frutos de conversión y de santidad que el Padre y los hermanos esperan de nosotros.

La Palabra en el corazón de los Padres

Hermanos, la lectura del santo evangelio que acabamos de escuchar nos da un gran ejemplo de perfecta humildad tanto en el Señor como en el siervo. En el Señor

porque, aun siendo Dios, se dignó hacerse bautizar por un siervo. Ahora bien, puesto que «*el que se humilla será exaltado*» (Lc 14,11) –y el Señor apareció humilde con la forma de hombre para instruir a los hombres–, Dios Padre demostró enseguida cuán superior era a los hombres –más aún, incluso a los ángeles y a todo lo creado– haciendo descender desde su admirable gloria una voz dirigida a él: «*Éste es mi Hijo amado, en quien me complace*». También Juan es un siervo fidelísimo y humildísimo: al preferir ser bautizado por el Señor en vez de bautizarlo él, mereció que se le abrieran los ojos del alma de suerte que viera al Espíritu descender sobre él.

El Hijo de Dios fue bautizado por un hombre, no obligado por una angustiosa necesidad de lavar sus propios pecados –«*Él no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca*» (1 Pe 2,22)–, sino con la misericordiosa intención de lavar toda mancha de nuestros pecados, «*puesto que todos hemos pecado en muchas cosas*» y «*si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros*» (1 Jn 1,8).

Tras haber aprendido por la lectura del evangelio la humilde disposición del Señor, consideremos también la humilde obediencia del siervo. Sigue, en efecto: «*Juan trataba de impedirselo diciendo: Soy yo el que necesito que tú me bautices, y ¿eres tú el que vienes a mí?*» Con razón aquel hombre, nacido de mujer y, por consiguiente, no inmune de la mancha del pecado, tenía miedo de bautizar al Dios que, nacido de una virgen, sabía que no tenía ninguna mancha de pecado. Ahora bien, puesto que la verdadera humildad es la que va acompañada por la obediencia, humildemente realizó el servicio del que antes había experimentado temor.

Hemos hecho, hermanos queridísimos, estas consideraciones sobre el bautismo de nuestro Salvador según lo que él mismo nos ha concedido; volvamos ahora a nosotros mismos y, puesto que hemos escuchado la hu-

mildad y la obediencia tanto del que bautiza como del que ha sido bautizado, intentemos conservar con humilde obediencia el santo bautismo que hemos recibido, purificándonos de toda contaminación de la carne y del espíritu, y perfeccionando la santidad en el temor de Dios (Beda el Venerable, *Omeliæ sui vangeli*, Città Nuova, Roma 1990, 133).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíete a menudo y vive esta Palabra:

«*Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco*» (Mt 3,17).

Caminar con la Palabra

Ante este evangelio difícil me encuentro como Juan, que no comprende y repíete a Jesús: Soy yo quien necesita ser bautizado y eres tú, sin embargo, el que viene como alguien que tiene necesidad. ¿De qué te sirve a ti el bautismo? Y Dios, en la fila con los pecadores, repíete: es justo. Justicia es lo que Dios quiere, y quiere un Hijo que se haga hermano, Cordero que lleve sobre sí el pecado del mundo, que se sumerja en nuestro mal, para salir juntos a la superficie, para un cielo que se abre, para una voz que te llama hijo, para una paloma que aletea sobre tu caos, sobre tu cosmos.

Soy como Juan y quisiera impedirlo, porque me espero un Dios diferente. Jesús, Dios-con-nosotros, aparece donde nunca le habríamos esperado, mezclado con los pecadores para recibir un bautismo de penitencia y de conversión.

Jesús recibe sobre sí no tanto el agua del Jordán como nuestra humanidad: eso es el bautismo. Y se sumergirá en la muerte, como nosotros.

Se sumerge ahora en nuestro límite, Dios-con-nosotros, y va lejos, va al interior de la fragilidad de la caña que es el hombre; van tan al interior y tan lejos para que nadie se sienta tan solo que no pueda ser alcanzado por el cielo desgarrado, por una voz de Padre, por un agua que es nueva génesis, por una palo-

ma que expresa amor. Aparece la revelación de quién es el hombre, porque en Cristo cada hermano se convierte en hijo. Y las palabras «*éste es mi Hijo amado*» están dirigidas a mí, me revelan a mí mismo. Cada uno es hijo amado de Dios, Dios ama a cada uno. Le repíete a cada uno: «Tienes todo mi amor. Tú eres mi hijo». Soy hijo porque vivo de mis fuentes. Ahora bien, ¿es Dios verdaderamente la fuente de mis palabras, de mis opciones? Si es así, toda vida humana se vuelve en cierto modo relato de Dios; toda vida es teología, habla de Dios, revela algo de Cristo. Cada uno de nosotros es un Cristo incipiente, un hijo incabado.

Jesús comprende en el Jordán que su vocación es ser hijo, es decir, asemejarse a Dios, mostrar cómo actúa Dios. Y nuestra vocación es la misma: actuar en el mundo como actúa el Padre: «*Sed perfectos como el Padre*», «*Sed misericordiosos como el Padre*», el Dios cuya perfección consiste en la misericordia. Bendigamos esos momentos de gracia estupenda, en los que nos parece escuchar dirigidas a nosotros estas palabras: «Tú eres mi hijo, eres mi predilecto, en ti he puesto todo mi amor» (E. M. Ronchi, *Dietro i mormorii dell'arpa*, Sotto il Monte – Bérgamo 1999, 62s, *passim*).

La tentación en el desierto

(Mt 4,1-11)

¹ Entonces el Espíritu llevó a Jesús al desierto, para que el diablo lo pusiera a prueba. ² Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, sintió hambre. ³ El tentador se acercó entonces y le dijo:

–Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes.

⁴ Jesús le respondió:

–Está escrito: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*

⁵ Después el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo ⁶ y le dijo:

–Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: *Dará órdenes a sus ángeles para que te lleven en brazos, de modo que tu pie no tropiece en piedra alguna.*

⁷ Jesús le dijo:

–También está escrito: *No tentarás al Señor, tu Dios.*

⁸ De nuevo lo llevó consigo el diablo a un monte muy alto, le mostró todos los reinos del mundo con su gloria ⁹ y le dijo:

–Todo esto te daré si te postras y me adoras.

¹⁰ Entonces Jesús le dijo:

–Márchate, Satanás, porque está escrito: *Adorarás al Señor, tu Dios, y sólo a él le darás culto.*

¹¹ Entonces el diablo se alejó de él, y unos ángeles se acercaron y le servían.

La Palabra se ilumina

Jesús, que había venido a «*cumplir toda justicia*» (cf. 3,15), *debe* ser sometido a la tentación (cf. v. 1) como todos los hombres, y nos enseña a afrontarla con el ayuno y a vencerla con la humilde obediencia a la Palabra de Dios. El tentador elige el momento de la debilidad para acercarse a él (v. 2b), se insinúa con la duda y propone signos portentosos de confirmación. El fin del diablo es siempre separar de Dios y de su proyecto, probablemente con el pretexto de un bien mayor. Jesús responde citando las Escrituras, empleadas también por el adversario de una manera distorsionada. Éste era el estilo de las discusiones rabínicas, pero en este contexto significa que el camino de Jesús consiste en la adhesión a la voluntad de Dios expresada en la Palabra, en su perfecto cumplimiento, hasta poder ser reconocido él mismo como *el* cumplimiento de las Escrituras.

La perícopa evoca las caídas del pueblo en el desierto, pero las respuestas de Jesús son válidas para todos: a cada uno se le tienta en la fidelidad a su propia misión. El diablo invita al Salvador al egoísmo autosuficiente, sugiriéndole que se salve por sí mismo; la misma trampa se le presentará en la cruz (27,42s). A continuación, le tienta con la vanagloria, pidiéndole que experimente hasta qué punto está dispuesto Dios a salvarle. En la tercera tentación, el demonio hace brillar ante la mirada de Cristo la posibilidad de realizar de una manera rápida y eficaz su misión de Salvador... a cambio de un gesto de adoración.

La respuesta de Jesús –«*Márchate, Satanás*» (v. 10)– es muy parecida a la que dirigirá a Pedro cuando intenta desviarlo del camino de un mesianismo de dolores (16,23): el designio de Dios no se realiza a través del éxito mundano, del compromiso con la idolatría del poder. La trampa del divisor se hace, por tanto, manifiesta para todos, pero la presencia del Espíritu (v. 1) deja

intuir que, junto con la prueba, se da la fuerza necesaria para superarla (cf. 1 Cor 10,13).

La Palabra me ilumina

Jesús, el Salvador, fue tentado como nosotros: ésta es la «buena noticia», el evangelio que hoy nos conforta. Él no rechazó al diablo con un poder divino, sino con la clara adhesión de su voluntad humana a la Palabra de Dios, que también se nos entrega a nosotros. Ésta es la enseñanza que hoy nos anima. ¿Cómo discernir la tentación, que se presenta revestida siempre con las apariencias de un bien?

El divisor trabaja siempre de una manera insidiosa para separarnos de la comunión con Dios, de su voluntad y del camino que él nos traza para cumplirla. Sin embargo, la tentación no se dirige a producir inmediatamente la grieta de un rechazo, de una abjuración de la fe: al enemigo le basta con una hendidura, que podrá dilatar fácilmente, como una brecha en un muro de defensa. Se limita a insinuar en el corazón humano, rasguñado por la duda y la desconfianza hacia Dios, el estímulo del egoísmo que le impulsa a «saciarse» por sí mismo, en todos los ámbitos. Después ensancha la brecha con pensamientos de orgullo: nos parece que no somos nunca bastante apreciados, bastante vistosos... Corremos el riesgo de precipitarnos trágicamente, en sentido moral y espiritual, con tal de probar al mundo nuestro valor.

Por último, nos induce con la soberbia al rechazo de los caminos del Señor: nos hemos alejado sobremanera de la humildad y de la cruz necesarias para realizar el Reino. Es preciso destrozarse al instante las pequeñas sugerencias del maligno, porque crecen rápidamente, como un tumor del alma cuyo desarrollo mortal, al llegar a cierto estadio, se vuelve imparable. Si vigilamos los umbrales de nuestro corazón con la luz y la fortale-

za de la Palabra, podremos rechazar las tentaciones. Y puesto que Jesús es esta misma Palabra hecha carne, invoquemos con confianza su nombre santísimo, que tiene la fuerza necesaria para hacer fracasar las insidias diabólicas. Entonces podremos percibir innumerables presencias angélicas que nos apoyan en el servicio del bien, en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

La Palabra se convierte en oración

Jesús, Hijo de Dios y Salvador nuestro, te damos gracias por haber afrontado, como nosotros y por nosotros, las insidias del diablo. Tú nos has mostrado que la comunión con el Padre se realiza no en cosas excelsas, superiores a nuestras fuerzas, sino en la adhesión humilde y cotidiana a su voluntad, que la Palabra nos manifiesta. Te suplicamos que veles sobre nosotros para ayudarnos a rechazar toda tentación del divisor y que hagas que alcancemos fuerza por la invocación de tu nombre santo y por el abandono confiado a la bondad del Padre, a fin de poner nuestra vida enteramente al servicio del Reino.

La Palabra en el corazón de los Padres

Pues nuestra vida en medio de esta peregrinación no puede estar sin tentaciones, ya que nuestro progreso se realiza precisamente a través de la tentación, y nadie se conoce a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni vencer si no ha combatido, ni combatir si carece de enemigo y de tentaciones.

Éste que invoca desde los confines de la tierra está angustiado, pero no se encuentra abandonado. Porque a nosotros mismos, esto es, a su cuerpo, quiso prefigurarnos también en aquel cuerpo suyo en el que ya murió, resucitó y ascendió al cielo, a fin de que sus miembros no desearan de llegar adonde su cabeza los precedió.

De forma que nos incluyó en sí mismo cuando quiso verse tentado por Satanás. Nos acaban de leer que Jesucristo, nuestro Señor, se dejó tentar por el diablo. ¡Nada menos que Cristo tentado por el diablo! Pero en Cristo estabas siendo tentado tú, porque Cristo tenía de ti la carne, y de él procedía para ti la salvación; de ti procedía la muerte para él, y de él para ti la vida; de ti para él los ultrajes, y de él para ti los honores; en definitiva, de ti para él la tentación, y de él para ti la victoria.

Si hemos sido tentados en él, también en él vencemos al diablo. ¿Te fijas en que Cristo fue tentado y no te fijas en que venció? Reconócete a ti mismo tentado en él y reconócete también vencedor en él. Podía haber evitado al diablo, pero, si no hubiese sido tentado, no te habría aleccionado para la victoria cuando tú fueras tentado.

¿Qué nos decimos cuando leemos estas cosas? Que Dios no quiere, ciertamente, nuestra condena, si ha enviado a su Hijo a ser tentado, a ser crucificado, a morir y a resucitar por nosotros. Decimos que a Dios no le falta estima por nosotros, si por nosotros no dispensó a su Hijo. En él puedes ver tu fatiga y tu recompensa: tu fatiga en la pasión, tu recompensa en la resurrección. Nosotros tenemos, en efecto, dos vidas: una es aquella en la que estamos, la otra es aquella que esperamos. Resiste en esta vida y obtendrás la vida que no tienes ahora. Ahora bien, ¿qué quiere decir «resiste»? No dejarte vencer por el tentador. Cristo, con sus tentaciones, sufrimientos y muerte, te ha mostrado la vida que debes vivir ahora, y con su resurrección te ha mostrado la vida que te espera. Nosotros sólo sabíamos que el hombre nace y muere, pero no sabíamos que resucita y vive eternamente. Él asumió lo que tú conociste, para mostrarte lo que no conocías. Por eso se ha convertido en nuestra esperanza y nos hace caminar hacia la esperanza (Agustín de Hipona, *Comentario a los Salmos*, LX, 3s, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4; cf. Dt 8,3).

Caminar con la Palabra

Con frecuencia, incluso con muchísima frecuencia, nos acontece encontrar en la voluntad divina motivos que parecen en contradicción con la razón humana. Todos conocéis la famosa frase de Ovidio: «*Vide meliora, proboque, deteriora sequor*»: «Veo cuáles son las cosas mejores, y las apruebo, pero sigo las peores». Porque me resultan más cómodas en sustancia. Apruebo ciertas cosas, me gustan ciertamente otras. Y no consigo armonizar, por consiguiente... prefiero optar por las «peores».

El apóstol Pablo realiza el mismo discurso, aunque en otra clave, cuando dice: «*Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo que me lleva a la muerte?* Responde él mismo con la única respuesta plausible: «*¡Me liberará la gracia de Jesucristo, nuestro Señor!*» O sea, que existe una fuerza capaz de guiar al hombre por encima de las derrotas, una fuerza y una luz que proceden sólo de Cristo, que sólo la fe puede darnos, que sólo la gracia divina puede ayudarnos a realizar. Y he aquí que en un determinado momento se resuelve la contradicción como consecuencia de una respuesta positiva de mi inteligencia y de mi voluntad, iluminadas, sostenidas y atraídas por la gracia.

Existe, por tanto, una contradicción sólo aparentemente implacable entre la Palabra y la voluntad de Dios, y la inteligencia y la voluntad del hombre, porque allí donde el alma acoge la gracia, la contradicción, aunque continúe haciéndose sentir con su punzón cotidiano, se resuelve en una estupenda armonía de la mente y del corazón, y entonces se libera el poema del amor y de la santidad.

Sin embargo, permanece *realmente implacable* la contradicción *entre la mentalidad de Cristo* (el mensaje del Reino de los

Cielos y toda la enseñanza evangélica), por una parte, y, por otra, *la mentalidad humana corriente*, guiada y estimulada sólo por las fuerzas y por los instintos de la naturaleza corrupta.

Dicho con otras palabras: la contradicción la experimentan tanto Pablo como Ovidio. Ahora bien, Pablo la *resuelve* cada día, porque gime al constatarla y, en su gemido honesto, recurre humildemente a la gracia de Cristo, en la que encuentra la fuerza que le falta: «*Todo lo puedo en aquel que me da fuerza*». Ovidio *no la resuelve*, porque se limita a una constatación estéril (P. Beltrame-Quattrocchi, *Questo sconcertante Evangelo*, Marietti, Turín ³1975, 17-19, *passim*).

Los primeros discípulos y la actividad y la fama de Jesús (Mt 4,12-25)

¹² Al oír Jesús que Juan había sido encarcelado, se volvió a Galilea. ¹³ Dejó Nazaret y se fue a vivir a Cafarnaún, junto al lago, en el término de Zabulón y Neftalí, ¹⁴ para que se cumpliera lo anunciado por el profeta Isaías:

*¹⁵ Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los paganos.*

*¹⁶ El pueblo que habitaba en tinieblas
vio una luz grande,
a los que habitaban en una región
de sombra de muerte
una luz les brilló.*

¹⁷ Desde entonces empezó Jesús a predicar diciendo:

–Arrepentíos, porque está llegando el Reino de los Cielos.

¹⁸ Paseando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores. ¹⁹ Les dijo:

–Venid detrás de mí y os haré pescadores de hombres.

²⁰ Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron. ²¹ Más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago, el de Zebedeo, y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre, Zebedeo, reparando las redes. Los llamó también, ²² y ellos, dejando al punto la barca y a su padre, lo siguieron.

²³ Jesús recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas. Anunciaba la Buena Noticia del Reino y curaba las enfermedades y las dolencias del pueblo. ²⁴ Su fama llegó a toda Siria; le trajeron todos los que se sentían mal, aquejados de enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y parálíticos, y

él los curó. ²⁵ Y le siguió mucha gente de Galilea, la Decápolis, Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán.

La Palabra se ilumina

El comienzo de la misión de Jesús está presentado en tres cuadros, que perfilan tres aspectos fundamentales. *Jesús es la luz de las naciones* (vv. 12-17); invita a todos a la conversión para entrar en el Reino de Dios. La llamada es muy esencial: el sermón de la montaña y el resto del evangelio ilustrarán todo el alcance de la conversión requerida. *Jesús es el camino* (vv. 18-22); Mateo repite dos veces la estructura de la llamada de los primeros discípulos para imprimir sus rasgos esenciales. En primer lugar, es el Maestro quien elige a los discípulos: eso no era en absoluto lo acostumbrado; el modelo es, por consiguiente, el de la transmisión de un carisma profético (cf. 1 Re 19,19-21), antes que el de la enseñanza sapiencial. Por otra parte, el seguimiento de Jesús exige el desprendimiento radical del propio contexto para abrazar una misión nueva que es don (v. 19b).

La respuesta de los discípulos, pronta e incondicionada, introduce en una fraternidad diferente, en una comunión que trasciende todo vínculo de sangre, en una condición de vida donde la seguridad ya no se basa en lo que se hace o se proyecta, sino en la confianza en el Maestro. *Jesús es el Salvador* (vv. 23-25): pasa haciendo el bien a manos llenas con la palabra y con el poder taumátúrgico. El evangelista distingue entre la enseñanza dirigida a los discípulos y la predicación a las muchedumbres: en la enseñanza revela el designio salvífico de Dios y explicita los pasos del camino de conversión; la predicación, en cambio, tiene siempre como objeto la *alegre noticia del Reino* realizado en Jesús presente; en consecuencia, la conversión requerida también es fuente de alegría.

La Palabra me ilumina

Jesús es la magna luz que se ha levantado sobre nuestra tierra y brilla para nosotros. La luz verdadera, que ilumina a todo hombre, pasa a lo largo de la orilla de ese mar, una veces en calma y otras borrascoso, que es nuestra vida. Nos ve mientras estamos ocupados en las cosas de cada día. Sin embargo, cuando nos descubrimos mirados por Jesús en el momento presente, algo cambia en nosotros. Más aún, si nuestra mirada interior se encuentra con la suya y se establece en ella, ningún día será ya como antes. Jesús pasa como por casualidad por nuestras vidas; sin embargo –y esto es algo que se comprende después–, está buscando precisamente a cada uno de nosotros para iluminar la grisura y la *sombra de muerte* en las que nos encontramos sumergidos.

Acoger sin reservas la invitación a seguirle es la gran ocasión, la mejor suerte que nos puede acontecer. Para algunos, se tratará de dejarlo todo –trabajo, compromisos, afectos– para seguirle y encontrar en él toda la plenitud. A otros, el encuentro con Jesús les impondrá el abandono de esquemas interiores, certezas adquiridas, una manera habitual de relacionarse con las personas y las circunstancias. Seguirán viviendo aún la vida de siempre, aunque de una manera diferente, puesto que Jesús se convierte en su centro de irradiación. Su Palabra, que anuncia la alegría y traza su sendero, nos proporciona el entusiasmo de un comienzo siempre nuevo, la pasión de un compromiso retomado con un vigor siempre nuevo. Su Espíritu, que cura nuestras debilidades interiores, nos va plasmando poco a poco a su imagen. La dura realidad que tal vez debamos afrontar será nuestra tierra de misión: Jesús nos precede y nos invita a seguirle precisamente allí donde la gente de costumbre nos espera en el sitio de siempre. Es preciso que pueda encontrar en nosotros hombres nuevos, capaces de llevar a la existencia la luz de la mirada de Cristo y la alegría de su Reino.

La Palabra se convierte en oración

Pasa, Jesús, por las calles de nuestra vida, a lo largo de las orillas de nuestra soledad repleta de gente con la mirada apagada. Mira, Señor, la fatiga, la tristeza, la pena o el aburrimiento de nuestros días, e invítanos a seguirte dejando toda seguridad, para ponerte a ti como único fundamento de nuestra existencia. Atráenos fuertemente hacia ti, para que podamos caminar a la luz de tu Palabra y morar en la alegría de tu presencia, unidos los unos a los otros por un vínculo de fraternidad nuevo, mientras nos apresuramos juntos hacia tu Reino de amor y de paz, donde tú nos esperas.

La Palabra en el corazón de los Padres

Habéis oído, oh hermanos queridísimos, cómo Pedro y Andrés abandonaron las redes a la primera invitación y siguieron al Redentor. Todavía no le habían visto operar prodigios, todavía no le habían oído hablar del premio eterno, y, sin embargo, a una orden del Señor abandonaron todo lo que parecían poseer.

¿Qué diremos, pues, oh queridísimos? ¿Qué diremos el día del juicio nosotros, que no queremos desprendernos del amor al mundo ni nos decidimos a convertirnos? Tal vez alguien pueda pensar: ¿Qué dejaron, pues, esos dos pescadores para seguir la voz del Señor, dado que no poseían casi nada? Pues mirad, hermanos queridísimos, deja mucho aquel que no se queda nada para sí; deja mucho aquel que, aun abandonando poco, lo ha abandonado todo, no obstante.

Nosotros, a decir verdad, estamos apegados a las cosas que tenemos, y buscamos con el deseo las que no tenemos. Nuestras cosas exteriores, por muy pocas que sean, le bastan al Señor, que mira el corazón y no la sustancia material, que no mira cuánto le ofrecemos, sino el ánimo con el que se lo ofrecemos.

Si miramos después el valor material de la cosa dejada, veremos a nuestros santos traficantes adquirirse la vida eterna, en común con los ángeles, al precio de unas pocas redes y una barca. El Reino de Dios, aun siendo superior a cualquier valoración, en la práctica cuesta todo lo que uno tiene. A Pedro y Andrés les costó las redes y la barca; a la viuda le costó dos piezas de calderilla; a otro le costó un vaso de agua fresca. Si por casualidad alguien no tuviera ni siquiera un vaso de agua fresca para dárselo a un pobre, ni siquiera en ese caso tendría, a los ojos de Dios, las manos vacías, si el arca de su corazón está llena de buena voluntad..., puesto que a Dios le agrada la oblación del corazón. Es índice de buena voluntad alegrarse de la prosperidad del prójimo como de la nuestra; estimar como nuestros los males ajenos; soportar a quien se considera enemigo nuestro –más aún: amarle–; no hacer a nadie lo que no quieres que te hagan a ti; no negar a nadie lo que tú también deseas que te hagan justamente a ti; socorrer las necesidades del prójimo no sólo en la medida de nuestras propias fuerzas, sino querer serle útil incluso más allá de nuestras fuerzas (Gregorio Magno, *Homilías sobre los evangelios*, V, 1-3, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron» (Mt 4,22).

Caminar con la Palabra

Jesús tiene ideas claras: Dios vuelve a partir desde los pobres de la tierra. La novedad irrumpe a través de tres opciones, a las que corresponden tres respuestas por parte del hombre. En primer lugar, Jesús «*empezó a predicar*». El Reino es anuncio, Palabra, es noticia. Al anuncio de Jesús le hace eco la urgencia indiferible de la conversión. Jesús habla al corazón del hombre.

La nueva historia del mundo se decide en el fondo del corazón humano: allí donde cada uno es árbitro de su propia libertad.

El segundo movimiento inédito del ministerio de Jesús es el hecho de *llamar*. También aquí nos sorprende el *rabí* de Nazaret: es él quien elige y quien llama. Y la llamada provoca la libertad, la vida, todo: «Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron». Se produce una especie de ruptura entre el pasado y el futuro: el pasado es *rutina*, echar las redes desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana, en un mundo cerrado, hecho a nuestra medida; el futuro es echar otras redes como «pescadores de hombres», en un mundo sin medida o a medida de Dios.

Y, por último, la tercera novedad del Reino: Jesús «*curaba las enfermedades y las dolencias del pueblo*». El evangelio cura.

Así pues, la noticia del Reino irrumpe sobre la ola de tres verbos: «predicar», «llamar», «curar». Son los tres verbos que cambian la historia del mundo.

«¿Quién soy yo?»: se trata de una pregunta que atraviesa la existencia de cada uno de nosotros. Las respuestas son infinitas. Cada uno tiene su filosofía: los maestros del pensamiento..., pero también el chico o la chica de dieciocho años ebrios de su libertad, el obrero que suda por un puñado de dinero, el ama de casa que se ocupa de sus asuntos, la diva prendada de su belleza. Cada uno tiene su visión de esta partida irreplicable de la vida. ¿Qué dice Dios de ella? La Palabra habla claro. La vida es una llamada marcada por cuatro llamadas fundamentales. Está la llamada a la existencia, al banquete común de una familia; está la llamada a la vida de los hijos de Dios que se produce en el bautismo; está la llamada dirigida a Pedro y a sus amigos para que dejen las redes y se ocupen de una misión particular: engendrar vida en los otros; y está la llamada a la existencia en el tiempo «a la vida sin tiempo». Darnos cuenta de que hemos sido llamados es el juego de la fe; es el compromiso de comprender, de orar, de dar, de discernir. La aventura del Evangelio es un juego serio y fascinante. ¿Sabes que tú también eres uno de los llamados? (E. Masseroni, *La Parola come pane. Il Vangelo della domenica. Anno A*, San Paolo, Cinisello B. 1998, 48s, *passim*).

Las bienaventuranzas (Mt 5,1-16)

¹ Al ver a la gente, Jesús subió al monte, se sentó, y se le acercaron sus discípulos. ² Entonces comenzó a enseñarles con estas palabras:

³ Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos.

⁴ Dichosos los que están tristes, porque Dios los consolará.

⁵ Dichosos los humildes, porque heredarán la tierra.

⁶ Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciará.

⁷ Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos.

⁸ Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios.

⁹ Dichosos los que construyen la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

¹⁰ Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

¹¹ Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan, y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. ¹² Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

¹³ Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera

y que la pisen los hombres. ¹⁴ Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. ¹⁵ Tampoco se enciende una lámpara para tapanla con una vasija de barro, sino que se pone sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. ¹⁶ Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

La Palabra se ilumina

El evangelio según Mateo se caracteriza por la presencia de cinco grandes discursos en los que el evangelista concentra las enseñanzas del Maestro. En el capítulo 5 comienza el llamado «sermón de la montaña». Jesús proclama solemnemente, desde lo alto de un monte –lugar evocador del monte de la ley antigua–, las bienaventuranzas, que representan al mismo tiempo el exordio y la síntesis del largo discurso programático (capítulos 5-7).

El Reino de Dios ha llegado ahora (cf. Mt 4,17); Jesús, al realizar la profecía de Is 61,1-3, anuncia la Buena Noticia: la felicidad no está en la riqueza y el poder, sino en la pobreza. Aquellos a quienes desprecia el mundo son «dichosos», porque su misma indigencia les hace abrirse y acoger el don de Dios: Jesús mismo, manso y humilde de corazón. Sorprende descubrir en las bienaventuranzas que aquellos a quienes se clasifica, por lo general, como los «últimos» tienen en realidad un nombre y un rostro precisos; en ellos resplandece, por así decirlo, la multiforme gracia de la riqueza de Dios.

Son dichosos los *pobres*, porque de ellos «es» –desde ahora– el Reino de los Cielos: se han configurado, en efecto, con Cristo, que de rico se hizo pobre por nosotros. Dichosos los *humildes*, es decir, los que esperan con paciencia la salvación de Dios; dichosos los que *están tristes*, los que, frente al mal del mundo, derraman lágrimas de sufrimiento, de arrepentimiento y de inter-

cesión: Dios mismo los consolará en Cristo, en la resurrección. Están después los que *tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios*, es decir, de realizar la justicia de una manera íntegra y generosa.

Vienen, a continuación, los *misericordiosos*: se abre con ellos la segunda serie de las bienaventuranzas, donde se presentan las exigencias «operativas» indispensables para entrar en el Reino de los Cielos. El Misericordioso (cf. Éx 34,6) declara bienaventurado al que practica el amor la forma de perdón ilimitado y de socorro activo.

Siguen los que *tienen un corazón limpio*, es decir, los que no aceptan la maldad en su ser íntimo; a ellos se les promete la realización del más profundo de los deseos de los justos: «ver a Dios», algo que tendrá su cumplimiento en la Jerusalén de allá arriba (cf. Ap 22,4). Luego vienen los que *construyen la paz*: serán reconocidos como hijos del Dios que hace salir su sol sobre los buenos y sobre los malos (cf. Mt 5,45).

En la octava bienaventuranza vuelve a aparecer la expresión «hacer la voluntad de Dios» o «justicia»: es bienaventurado el que es capaz de adherirse de manera incondicional a la voluntad de Dios sin retroceder frente a las persecuciones. Esta bienaventuranza está recogida en la última fórmula, donde se produce un significativo cambio de sujeto. Se pasa de la tercera persona del plural a un «vosotros» bien determinado: los discípulos; ellos han sido llamados a sufrir por causa de Jesús.

Con todo, el seguimiento no comporta sólo incompreensión y hostilidad, sino también una gran exultación, porque a través de la cruz conduce a la gloria. Ese seguimiento, vivido de una manera integral, hace a los discípulos, de modo individual y comunitario, «sal», porque difunden el Evangelio que da sabor a la vida; «luz», porque anuncian a Jesús, luz del mundo, y «ciu-

dad situada en la cima de un monte», bien visible para todos no porque se jacten de sí mismos, sino porque sus obras y su vida dan testimonio de la gratuidad del amor de Dios y darán gloria al Padre celestial.

La Palabra me ilumina

El texto paradójico de las bienaventuranzas, escándalo y provocación, no cesa de inquietar a los que topan con él. Jesús nos sorprende una vez más. Nadie conoce como él el corazón del hombre, su sed de alegría, de paz, de plenitud. ¿Por qué afirma entonces que son dichosos los que resultan derrotados, los eternos perdedores? Sin embargo, sólo él tiene palabras de vida eterna. Más aún, él mismo es la Palabra que no pasa. Una palabra acallada en el trágico silencio de un día en el que el odio pareció triunfar, pero en el que resultó derrotado. Precisamente desde lo más hondo de las tinieblas de muerte resonó la hora de la resurrección que ha hecho feliz cada lágrima. Es, efectivamente, gracias a su cruz como Jesús puede dar, en su misma persona, la plenitud de la felicidad a quien cree en él y le entrega la vida.

Siguiendo el camino trazado por él, o sea, viviendo el Evangelio, la pobreza, el hambre y la sed de hacer la voluntad de Dios, la humildad, la compasión..., cambian de rostro: de experiencias de privación pasan a ser actos de amor; ya no son derrota de quien es aplastado por la prepotencia de los otros, sino opción libre del que renuncia a sí mismo por amor a Cristo y por el bien de los hermanos.

Jesús no se contenta con las apariencias; nos impulsa a ir más allá de cada fachada. Invita a sus discípulos a seguirle por un camino poco frecuentado, que sólo puede recorrer aquel a quien no ahoga la voz que desde su ser íntimo se levanta contra toda componenda con el mal, con la injusticia y la prepotencia.

Y ésta es precisamente la primera tarea que espera a cada hombre: no dejar que se ofusque su conciencia con falsos valores, no hacerla opaca ni permitir que se adormezca con opciones demasiado fáciles y cómodas, sino conservarla limpia y pura, como la de los pequeños y pobres de la tierra, la de los que no cuentan pero son capaces de una bondad y una solidaridad sinceras, sabiendo ofrecer, en su pobreza, más de lo que tienen. Entonces brillarán las bienaventuranzas con su verdadera belleza. Al acogerlas y vivirlas se va descubriendo que traen la «Buena Noticia» que es Jesús mismo, pobre, afligido, pacífico y humilde de corazón, misericordioso, crucificado por su debilidad y resucitado por el amor del Padre.

Como la eucaristía bajo las pobres especies del pan y del vino nos ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo, así las bienaventuranzas, tras la apariencia de palabras «duras», nos hacen entrar en comunión con Jesús. Lo atestiguan la vida de los santos, que, sin tener nada para ellos, a no ser fatigas y privaciones, son luz de esperanza por el camino de la humanidad y con su testimonio consiguen tocar los corazones más endurecidos, y hasta consiguen hacer nacer la duda de que es posible el amor, de que incluso es fácil por ser simple.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, cántanos aún tu espléndida promesa de felicidad para los pobres, los desolados, los oprimidos. Purifica nuestro corazón para que acojamos tu Palabra en un terreno bueno que la haga fructificar en cosecha de alegría y de bienaventuranza para todos los pobres de la tierra. Que tu anuncio llegue así a los confines de la tierra y sea apoyo para nuestro camino en el tiempo de la fe, hasta el día en que tú mismo –enjugada toda lágrima de nuestros rostros– te muestres como eres: Señor glorioso y nuestra eterna felicidad. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

En la sagrada tienda del testimonio, que Moisés preparó para los hebreos según el modelo que Dios le había mostrado en la montaña, todo lo que se encontraba en su interior era sagrado y santo; lo que había todavía más adentro recibía el nombre de «santo de los santos»: esta expresión daba a entender una mayor santidad y pureza. Al mismo tiempo, pienso que entre todas las bienaventuranzas proclamadas en la montaña, sagradas todas ellas, la bienaventuranza de los constructores de la paz es como el «santo de los santos». Llegar a ser hijos de Dios es, efectivamente, sin duda, una felicidad superior a todas las otras.

El hombre sobrepasa su naturaleza: de mortal se vuelve inmortal; de efímero, eterno; en suma, de hombre, Dios. ¡Oh magnanimidad de tan rico Señor! Pues bien, «pacificador» es aquel que da la paz, y nadie podría comunicarla a otro si no la poseyera antes. En consecuencia, el texto desea que tú, en primer lugar, estés colmado del bien de la paz, para poder procurarla después a los que carecen de ella.

Examinemos, en primer lugar, qué es la paz. ¿Qué otra cosa puede ser sino una disposición de ánimo benévola respecto al prójimo? ¿Qué hay, pues, en abierto contraste con la paz? El odio, la ira, la envidia, el rencor, la hipocresía, la desgracia de la guerra. El Evangelio quiere que tú estés lleno de la gracia de la paz, de manera que tu vida pueda ser la cura de las enfermedades ajenas. El que con la benevolencia y con la paz une a su prójimo y conduce a los hombres a una amistosa concordia, ¿no hace, verdaderamente, una obra digna del poder divino, en cuanto que limita los defectos de la naturaleza humana e introduce en su lugar el goce de las cosas buenas? Por ese motivo dice la Escritura que el pacificador es hijo de Dios, por ser imitador del verdadero Dios, que da estos bienes a la vida humana.

Ahora bien, tal vez la bienaventuranza no mira sólo al bien ajeno: a mí me parece que hay que llamar verdaderamente pacificador a aquel que conduce la lucha que se da en él mismo entre la carne y el espíritu a una pacífica concordia. Y eso tiene lugar cuando la ley de la carne deja de imponer su propio dominio y se hace obediente a las órdenes de Dios. Cuando el bien obrar exterior llega a coincidir con los sentimientos escondidos y los buenos sentimientos escondidos coinciden con las acciones visibles, entonces se realizará verdaderamente la bienaventuranza y se llamarán verdaderamente hijos de Dios los que se encuentren así unificados (Gregorio de Nisa, *Omelia settima*, UTET, Turín 1992, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

Caminar con la Palabra

Jesús vuelve a decir lo indecible. Dichosos los pobres. Dichosos los que lloran: para anunciar lo opuesto de nuestra historia, para contradecir toda nuestra lógica.

Dichosos los pobres. Unas palabras que creo comprender, que estoy seguro de no comprender.

Dichosos los pobres: y cada vez experimento el mismo sometimiento, el mismo miedo de arruinar el mensaje. Nuestras palabras lo velan, por muy bellas y apasionadas que sean: sólo el silencio, sólo la pura escucha vuelve a dar la inocencia al corazón y virginidad a la palabra.

¿Queremos ser dichosos? ¿Queremos correr este riesgo? Busquemos entonces en el fondo del corazón el coraje de ser pobres. La audacia de la pobreza no como carencia de algo, sino como cualidad del espíritu. Pero entonces simplifiquemos la vida. Tengamos el valor de encaminarnos hacia el empobreci-

miento. Quítate la máscara, descubre tu desnudez, reconóctete un rostro de mendigo y te descubrirás depositario de una cadena infinita de dones: Dios te regala la vida, Dios te regala la luz y el calor; el amigo te regala la alegría, su amor, la felicidad; lo desconocido te hace sentir vivo. Cada hombre es una posible fuente de riqueza, y tú te conviertes en una bendición para los otros. Así, la pobreza se vuelve creadora, la pobreza se vuelve feliz.

La pobreza y el amor van juntos en Jesús. Van juntos en cada uno de sus discípulos, porque entonces, y sólo entonces, eres capaz de dar prioridad a las personas sobre las cosas. Dichosos vosotros... porque tendréis. Hay una distancia entre el hoy y el mañana. Es la distancia de nuestro coraje. Y el retraso de la felicidad depende del retraso de nuestro coraje. Si pasáramos de la lógica de la acumulación a la del encuentro, el retraso de la felicidad se volvería verdaderamente breve (E. M. Ronchi, *Dietro i mormorii dell'arpa, Sotto il Monte* – Bérgamo 1999, 130-135, *passim*).

Se ha dicho, pero yo os digo (Mt 5,17-48)

¹⁷ No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la ley y los profetas; no he venido a abolirlas, sino a llevarlas hasta sus últimas consecuencias. ¹⁸ Porque os aseguro que, mientras duren el cielo y la tierra, la más pequeña letra de la ley estará vigente hasta que todo se cumpla. ¹⁹ Por eso, el que descuide uno de estos mandamientos más pequeños y enseñe a hacer lo mismo a los demás será el más pequeño en el Reino de los Cielos. Pero el que los cumpla y enseñe será grande en el Reino de los Cielos. ²⁰ Os digo que si no sois mejores que los maestros de la ley y los fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos.

²¹ Habéis oído que se dijo a nuestros antepasados: No matarás; y el que mate será llevado a juicio. ²² Pero yo os digo que todo el que se enfade con su hermano será llevado a juicio; el que lo llame estúpido será llevado a juicio ante el sanedrín, y el que lo llame impío será condenado al fuego eterno. ²³ Así pues, si en el momento de llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴ deja allí tu ofrenda delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda. ²⁵ Trata de ponerte a buenas con tu adversario mientras vas de camino con él, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. ²⁶ Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.

²⁷ Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. ²⁸ Pero yo os digo que todo el que mira con malos deseos a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. ²⁹ Por tanto, si tu ojo derecho es ocasión de pecado para ti, arráncatelo y arrójalo lejos de ti: te conviene más perder uno de tus miembros

que ser echado todo entero al fuego eterno.³⁰ Y si tu mano derecha es ocasión de pecado para ti, córtatela y arrójala lejos de ti: te conviene más perder uno de tus miembros que ser arrojado todo entero al fuego eterno.

³¹ También se dijo: El que se separe de su mujer, que le dé un acta de divorcio.³² Pero yo os digo que todo el que se separa de su mujer, salvo en caso de unión ilegítima, la expone a cometer adulterio; y el que se casa con una separada, comete adulterio.

³³ También habéis oído que se dijo a nuestros antepasados: No jurarás en falso, sino que cumplirás lo que prometiste al Señor con juramento.³⁴ Pero yo os digo que no juréis en modo alguno; ni por el cielo, que es el trono de Dios; ³⁵ ni por la tierra, que es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del gran rey.³⁶ Ni siquiera jures por tu cabeza, porque ni un cabello puedes volver blanco o negro.³⁷ Que vuestra palabra sea sí cuando es sí y no cuando es no. Lo que pasa de ahí, viene del maligno.

³⁸ Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente.³⁹ Pero yo os digo que no hagáis frente al que os hace mal; al contrario, a quien te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la otra; ⁴⁰ al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, dale también el manto; ⁴¹ y al que te exija ir cargado mil pasos, ve con él dos mil.⁴² Da a quien te pida y no vuelvas la espalda al que te pide prestado.

⁴³ Habéis oído que se dijo: Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo.⁴⁴ Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen.⁴⁵ De este modo seréis dignos hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos.⁴⁶ Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa merecéis? ¿No hacen también eso los publicanos? ⁴⁷ Y si saludáis sólo a vuestros hermanos ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo los paganos? ⁴⁸ Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

La Palabra se ilumina

Mateo responde en este extenso fragmento a una pregunta importante para una comunidad formada por personas procedentes del judaísmo: ¿cómo ser fieles a la Escritura y a la tradición judías? La conclusión plan-

teada es que verdadero judío es el cristiano, puesto que en Cristo se encuentra el pleno cumplimiento de la ley antigua. Jesús pide al discípulo eso que el evangelio llama la «justicia superior», que comporta una calidad de adhesión diferente a los preceptos. Él, en efecto, no introduce novedades externas en la ley, sino que la reconduce a su autenticidad recuperando su verdadera intención y llevándola a plenitud. Él, sobre todo, tras haber asumido nuestra humanidad y habernos hecho el don de su divinidad, nos ofrece la energía nueva para vivir el amor auténtico, que, por ser divino, supera la capacidad de la naturaleza humana.

El discurso de Mateo se articula en una serie de seis antítesis que afectan a algunos puntos de la ley; tres de ellos están relacionados con el comportamiento con el prójimo (y, por consiguiente, con la caridad), dos con el adulterio y el matrimonio, y otro con el juramento.

Aparece un modo diferente de leer la Escritura. Jesús puede decir respecto a lo transmitido: «*Pero yo os digo*». En el centro de la lectura se encuentra su persona. En él se encarna, en efecto, la voluntad real de Dios, que tiene como objeto la caridad, y es precisamente este «amor más grande» el que constituye la verdadera justicia. La cumbre de la perícopa se encuentra, por tanto, en la afirmación del v. 48: «*Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*», para indicar que la perfección del amor está en el perdón, en ese don de sí mismo en grado superlativo que llega a dar lo que más ama –a su propio Hijo unigénito– para salvar lo que estaba perdido: el hombre pecador.

La Palabra me ilumina

Vivimos en una sociedad contradictoria, que invita a cada uno a ser ley para sí mismo, aunque tenga que llover después los efectos devastadores provocados por un egoísmo tan exasperado. Las páginas evangélicas pro-

ponen al cristiano un mensaje claro e inmutable que atraviesa la historia de la humanidad como signo de contradicción. Por una parte están los poderosos, los listos, los ricos según este mundo, que conculcan los derechos de los otros afirmándose sólo a sí mismos. Por otra parte está el que sigue a Cristo pobre, humillado, escarnecido, aunque portador de la verdadera novedad de vida. Una promesa de orden y de paz brilla ante el corazón generoso del que no quiere morir sofocado en las miasmas de su «yo» tacaño y mezquino. La persona de Jesús nos invita. Él es nuestra verdadera ley. Jesús es amor, luz; es el Hijo obediente del Padre, que encuentra su gloria en hacer gozar al Padre haciendo siempre lo que le agrada (cf. Jn 8,29). El que se adhiere a Cristo supera todos los sofismas de un moralismo estrecho; siguiendo las huellas del Buen Pastor, recibe de él mismo, por gracia, el impulso de amor necesario para vivir con un corazón dilatado, dispuesto a correr por el camino del sacrificio hasta la muerte con la certeza de que sólo quien pierde su propia vida por Cristo y en Cristo, la vuelve a encontrar en él. Hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados por el Padre, que es el origen y la meta de nuestro camino. Él nos invita a su perfección de amor dándonos a su Hijo como modelo y al Espíritu santificador.

La Palabra se convierte en oración

Oh Dios, Padre nuestro, que en Jesús, tu Hijo, nos diste la plenitud y el cumplimiento de toda ley, haz que, alimentándonos de su cuerpo y de su sangre, y meditando cada día la divina Palabra, lleguemos a ser partícipes de su mismo amor y capaces de ver en cada hombre, incluso en el enemigo, un hermano que, como nosotros, ha sido salvado por Cristo al precio de su sangre. Concédenos un corazón nuevo y haz de nosotros testigos alegres de la verdadera libertad que tú das a tus hijos, en un mundo opaco y calculador.

La Palabra en el corazón de los Padres

El Señor nos ha enseñado hoy la gran sublimidad de la filosofía celeste, el gran valor de la milicia cristiana, diciendo: «*A quien te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la otra*» (Mt 5,39). Considera difícil esta manera de comportarse quien ignora lo grandes que son las recompensas de la paciencia. ¿Piensas acaso que puede obtener la victoria el que quiere conseguir la corona sin recibir ni siquiera una bofetada? ¿Puede buscar la gloria aquel a quien le parece insoportable una ofensa humana en defensa del honor divino? Pues para demostrar que no son difíciles las cosas ordenadas, se repite la misma lista de los mandamientos: «*Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no hagáis frente al que os hace mal...*»

Cuando habla así no pretende que nosotros compensemos vicios con vicios, sino que los superemos con la virtud y apaguemos la ira a las primeras chispas, porque, si llega al incendio completo del furor, no se aplacará sin derramamiento de sangre. La ira se vence con la mansedumbre, el furor se apaga con la docilidad, la maldad se ablanda con la bondad, con la bondad se abate la crueldad; la paciencia castiga a la impaciencia, la contienda se supera soportando las injusticias, la humildad derriba a la soberbia. Por tanto, hermanos, el que quiera vencer los vicios que empuñe las armas de la piedad, no las del furor. Ésta es la cumbre de la bondad, ésta es la cima de la piedad propia de la filosofía divina, no de la humana: «*No os resistáis al mal, antes venced el mal con el bien*» (Rom 12,21).

Pregunto: ¿qué locura puede haber más grande que golpear la mejilla de un hombre santo, que azotar la cara de un hermano dócil, que recubrir con triste rencor la belleza de un rostro plácido, que emplear la violencia contra un individuo ocupado en sus asuntos y considerar con alivio precisamente los sufrimientos aje-

nos? Por consiguiente, hermanos, si ante actos como éstos sabemos que somos víctimas de una gravísima locura, obedezcamos a Cristo y soportemos con toda la virtud de la piedad los mordiscos y los golpes, tanto para liberar a nuestros hermanos de su pena como para obtener el premio eterno por nuestra paciencia (Pedro Crisólogo, «Sermoni», 38, en G. Banterle [ed.], *Opere di san Pietro Crisologo*, 1: *Sermoni 1-62 bis*, Biblioteca Ambrosiana – Città Nuova, Milán – Roma 1996, 272ss, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48).

Caminar con la Palabra

Vamos a empezar enfrentándonos con el primer y desconcertante desafío. Jesús lo resume en el sermón de la montaña: «*Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48). He aquí una petición verdaderamente excesiva. ¿Cómo es perfecto Dios? El sermón de la montaña y todo el resto de la enseñanza y de los actos de Jesús nos dan indicios más que suficientes.

Dios «*hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos*» (Mt 5,45); Dios recompensa las acciones realizadas en lo secreto; Dios perdona; Dios es fiel en preocuparse por todas nuestras necesidades; Dios da cosas buenas a los que se las piden. La mayor alegría de Dios consiste en invitar a cada uno de nosotros a un banquete y ofrecerle todo lo mejor posible.

El punto crucial es éste: Dios es completamente para nosotros, pero de ninguna manera para sustraernos de nuestras responsabilidades. Al contrario, Dios es para nosotros de suerte que nosotros podamos ser, de todo corazón, para Dios y para los otros. Dios comparte tanto la alegría como la responsabilidad. Y Dios nos da siempre más de lo necesario, para ponernos en

condiciones de seguir sus deseos divinos. Las virtudes son, en todo esto, nuestra manera habitual de ser para los otros en la vida cotidiana. Surgen de corazones plasmados por Jesucristo, en cuanto huéspedes de nuestra «comunidad del corazón» y por el deseo de Dios por nosotros y de nosotros por Dios. La abundancia de Dios significa que la gracia y la energía para ser virtuosos están siempre a nuestra disposición.

Es inútil pensar en limitarse a vivir una vida suficientemente buena cuando se está frente a un Dios así. Dios no se conforma con menos que la plena responsabilidad y la alegría absoluta, y nos ofrece todo lo necesario para ello. Dios nos lo da todo, y cuando nosotros fallamos, continúa perdonándonos y nos sigue dando (D. F. Ford, *Dare forma alla vita*, Qiqajon, Magnano 2003, 97s, *passim*).

Actuar en lo secreto

(Mt 6,1-18)

¹ No hagáis el bien para que os vean los hombres, porque entonces vuestro Padre celestial no os recompensará. ² Por eso, cuando des limosna, no vayas pregonándolo, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para que los alaben los hombres. Os aseguro que ya han recibido su recompensa. ³ Tú, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha. ⁴ Así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te premiará.

⁵ Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su recompensa. ⁶ Tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te premiará. ⁷ Y al orar, no os perdáis en palabras, como hacen los paganos, creyendo que Dios los va a escuchar por hablar mucho. ⁸ No seáis como ellos, pues ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de que vosotros se lo pidáis. ⁹ Vosotros orad así:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;

¹⁰ venga tu Reino;

hágase tu voluntad

en la tierra como en el cielo;

¹¹ danos hoy el pan que necesitamos;

¹² perdónanos nuestras ofensas,

como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;

¹³ no nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal.

¹⁴ Porque si vosotros perdonáis a los demás sus culpas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. ¹⁵ Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas.

¹⁶ Cuando ayunéis, no andéis cariacontecidos como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que la gente vea que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su recompensa. ¹⁷ Tú, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, ¹⁸ de modo que nadie note tu ayuno, excepto tu Padre, que está en lo escondido. Y tu Padre, que ve hasta lo más escondido, te premiará.

La Palabra se ilumina

Jesús considera los tres fundamentos de la religión judía –la limosna, la oración y el ayuno– y los reconduce a una dimensión de mayor interioridad. A buen seguro, es necesario *practicar la justicia* (v. 1), esto es, corresponder a las exigencias divinas, pero lo que da significado y valor a todos los actos humanos es la intención del corazón. A partir de la afirmación inicial se desarrollan tres cuadros estructurados de una manera idéntica para favorecer la memorización. A la parodia de una actitud hipócrita le sigue una clara sentencia de reprobación y una indicación positiva. Jesús dirige la atención a la finalidad (*recompensa*) que nos prefijamos, porque, aun cuando la acción sea buena y piadosa, su finalidad puede ser perversa, estar dirigida al provecho de la propia vanidad. El bien, en cambio, debemos alcanzarlo siempre de aquel que es su fuente, el Padre, y estar orientado en última instancia a él. El secreto en su realización es garantía de autenticidad, mientras que su exhibición está considerada como hipocresía, que, en el griego bíblico, significa no sólo ficción, sino verdadera impiedad. El cuadro central se amplía con la enseñanza del padrenuestro. Las expresiones con las que Jesús introduce y concluye esta oración proporcionan su clave de lectura: es una oración de plena

confianza en un Dios que es Padre omnipotente y bueno, pero que no puede ser plegado de una manera mágica a nuestros fines (vv. 7s); y es impetración de misericordia que nos remite a los otros, para emprender un camino de reconciliación y de fraternidad (vv. 14s). Su originalidad no está en las peticiones particulares, que ya se encuentran de una manera semejante en la liturgia sinagoga, sino en la relación filial con Dios, que aparece en la oración de Jesús y en toda su vida, algo que él comunica a sus discípulos. Por otra parte, Jesús dispone las invocaciones en un orden que confiere un nuevo sello a la oración: las tres primeras están orientadas al cumplimiento escatológico del designio del Padre, y las otras cuatro tienen que ver con el hombre y con sus necesidades actuales. Eternidad y tiempo, gloria de Dios y vida del hombre constituyen el horizonte de la existencia cristiana y el objeto de la oración que florece en lo secreto de un corazón puro.

La Palabra me ilumina

Si hemos abierto el corazón a la escucha de la Palabra, hoy sentiremos resonar en nosotros, como un eco, esta pregunta: ¿Por qué? ¿Por quién? Estas pocas sílabas bastan para reconducir todo nuestro hacer, todos nuestros criterios, a su motivación profunda. Ahora bien, Jesús no quiere guiarnos sólo a la introspección psicológica; quiere llevarnos a la verdadera interioridad, de donde brotan todo gesto y toda palabra con una luminosa pureza. Lamentablemente, siempre estamos necesitados de aprobación y sentimos la tentación de transformar en vanidad las seguridades que nos vienen de los otros, hasta el punto de que tendemos a buscar nos un público, a pedir aplausos incluso para las acciones más nobles y santas, de las que hoy nos ha hablado el evangelio: la solidaridad diligente con los que se encuentran en necesidad, la oración, la mortificación.

Esta «comedia» –*hipócrita* significa también actor– es, sin embargo, impiedad, según la Biblia. ¿*Por qué* actúas? ¿*Por quién* lo haces? Jesús hoy nos enseña que hay alguien que siempre nos mira y ve en lo secreto de nuestras acciones, aunque no con la mirada sin piedad de un juez omnipresente, sino con una mirada infinitamente piadosa de Padre que nos quiere humildes y auténticos. Cuando rechazamos la tentación de buscar una «recompensa» para nuestra presunta bondad y persigamos de manera gratuita la gloria de Dios y el bien de los hermanos, entonces se nos dará la verdadera recompensa: la comunión con el Señor, una recompensa que nunca podremos exigir. Entonces florecerá en nuestro corazón el don de la oración filial: Padre nuestro... Entonces madurará en nosotros el fruto de una vida fraterna: el perdón.

La Palabra se convierte en oración

Padre nuestro, que estás en el cielo y ves en lo secreto de nuestro corazón, ayúdanos a buscar en cada cosa tu voluntad y tu gloria. Líbranos del maligno, que nos acecha de manera sutil, para que, curados del necio protagonismo, orientemos hacia ti todo nuestro ser y todo nuestro obrar. Concédenos permanecer bajo tu mirada con un corazón pobre, como hijos tiernamente amados, para realizar todas nuestras acciones a la luz de la fe; haznos capaces de entablar relaciones verdaderamente fraternas, que expresen el canto de la vida nueva. Padre nuestro, santificado sea tu nombre.

La Palabra en el corazón de los Padres

Lo que hoy vais a oír causa estupor a los ángeles, admiración al cielo y turbación a la tierra. Supera tanto las fuerzas humanas que no me atrevo a decirlo. Y, sin embargo, no puedo callarme. Que Dios os conceda escucharlo y a mí exponerlo.

¿Qué es más asombroso, que Dios se dé a la tierra o que nos dé el cielo?, ¿que se una a nuestra carne o que nos introduzca en la comunión de su divinidad?, ¿que asuma él la muerte o que a nosotros nos llame de la muerte?, ¿que nazca en forma de siervo o que nos engendre en calidad de hijos suyos?, ¿que adopte nuestra pobreza o que nos haga herederos suyos, coherederos de su único Hijo? Sí, lo que causa más maravilla es ver la tierra convertida en cielo, el hombre transformado por la divinidad, el siervo con derecho a la herencia de su señor. Y, sin embargo, esto es precisamente lo que sucede. Mas como el tema de hoy no se refiere al que enseña, sino a quien manda, pasemos al argumento que debemos tratar. Sienta el corazón que Dios es Padre, lo confiese la lengua, proclámelo el espíritu, y todo nuestro ser responda a la gracia sin ningún temor, porque quien se ha mudado de Juez en Padre desea ser amado y no temido.

Padre nuestro, que estás en los cielos. Cuando digas esto no pienses que Dios no se encuentra en la tierra ni en algún lugar determinado; medita más bien que eres de estirpe celeste, que tienes un Padre en el cielo, y, viviendo santamente, correspondes a un Padre tan santo. Demuestra que eres hijo de Dios, que no se mancha de vicios humanos, sino que resplandece con las virtudes divinas.

Sea santificado tu nombre. Si somos de tal estirpe, llevamos también su nombre. Por tanto, este nombre que en sí mismo y por sí mismo ya es santo, debe ser santificado en nosotros. El nombre de Dios es honrado o blasfemado según sean nuestras acciones, pues escribe el apóstol: «Es blasfemado el nombre de Dios por vuestra causa entre las naciones» (Rom 2,24).

Venga tu Reino. ¿Es que acaso no reina? Aquí pedimos que, reinando siempre de su parte, reine en nosotros de modo que podamos reinar en él. Hasta ahora ha impe-

rado el diablo, el pecado, la muerte, y la mortalidad fue esclava durante largo tiempo. Pidamos, pues, que, reinando Dios, perezca el demonio, desaparezca el pecado, muera la muerte, sea hecha prisionera la cautividad y nosotros podamos reinar libres en la vida eterna.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Éste es el reinado de Dios: cuando en el cielo y en la tierra impere la voluntad divina, cuando sólo el Señor esté en todos los hombres, entonces Dios vive, Dios obra, Dios reina, Dios es todo, para que, como dice el apóstol, Dios sea todo en todas las cosas (1 Cor 15,28).

El pan nuestro de cada día dánoslo hoy. Quien se dio a nosotros como Padre, quien nos adoptó como hijos, quien nos hizo herederos, quien nos transmitió su nombre, su dignidad y su Reino, nos manda pedir el alimento cotidiano. ¿Qué busca la humana pobreza en el Reino de Dios, entre los dones divinos? Un padre tan bueno, tan piadoso, tan generoso, ¿no dará el pan a los hijos si no se lo pedimos? Si así fuera, ¿por qué dice: no os preocupéis por la comida, la bebida o el vestido? Manda pedir lo que no nos debe preocupar porque como Padre celestial quiere que sus hijos celestiales busquen el pan del cielo. Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo (Jn 6,41). Él es el pan nacido de la Virgen, fermentado en la carne, confeccionado en la pasión y puesto en los altares para suministrar cada día a los fieles el alimento celestial.

Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Si tú, hombre, no puedes vivir sin pecado y por eso buscas el perdón, perdona tú siempre; perdona en la medida y cuantas veces quieras ser perdonado. Ya que deseas serlo totalmente, perdona todo y piensa que, perdonando a los demás, a ti mismo te perdonas.

Y no nos dejes caer en la tentación. En el mundo la vida misma es una prueba, pues asegura el Señor: es una

tentación la vida del hombre (Job 7,1). Pidamos, pues, que no nos abandone a nuestro arbitrio, sino que en todo momento nos guíe con piedad paterna y nos confirme en el sendero de la vida con moderación celestial.

Mas líbranos del mal. ¿De qué mal? Del diablo, de quien procede todo mal. Pidamos que nos guarde del mal, porque, si no, no podremos gozar del bien (Pedro Crisólogo, «Sermoni», 7/8, en G. Banterle [ed.], *Opere di san Pietro Crisologo*, 1: *Sermoni 1-62 bis*, Biblioteca Ambrosiana – Città Nuova, Milán – Roma 1996, 272ss, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Y tu Padre, que ve en lo secreto, te premiará» (Mt 6,4).

Caminar con la Palabra

La primera palabra de la oración que Jesús nos enseña y que nosotros recitamos –en cierto sentido– con él, en él, en su Espíritu, es *Padre*. Detengámonos, en primer lugar, en la que es, verdaderamente, la primera palabra: «Padre». Se trata de una palabra que tiene una extraña resonancia para el hombre de hoy: el hombre de hoy es huérfano, no tiene raíces más allá del espacio-tiempo, se siente perdido en un universo sin límites. Se le ha dicho que «Dios Padre» era el enemigo de su libertad, una especie de espía celeste, un Padre sádico, castrante. Y es preciso admitir que la historia de la cristiandad, tanto en Oriente como en Occidente, en una época o en otra, ha convalidado de manera suficiente esta acusación. Sí, somos huérfanos. La muerte del padre se inserta en el miedo al otro. Por ese mismo motivo aumenta hoy de una manera extraña la nostalgia del padre. Y la Iglesia nos enseña esta oración que comienza precisamente con la palabra «Padre».

Por consiguiente, ¿qué significa «Padre» para nuestra vida cotidiana? Significa que nunca estamos huérfanos, perdidos, abandonados a las fuerzas y a los condicionamientos de este mundo.

Las nebulosas y los átomos –que también ellos son nebulosas– aman al Padre de manera impersonal, con su misma existencia, pero nosotros, los hombres, podemos amarle personalmente, responderle de una manera consciente: cada uno de nosotros, por tanto, en virtud de este vínculo personal con el Padre, es más noble y más grande que todo el mundo. Los rostros se imprimen más allá de las estrellas, en el amor del Padre. Los momentos aparentemente efímeros de nuestra vida se imprimen para siempre en la memoria amante del Padre. Así, la angustia que habita en lo más hondo de nosotros se puede transformar en confianza, el odio en adhesión. He aquí lo que tenemos que advertir con fuerza cada día, y lo digo de manera particular a los jóvenes: es bello vivir, vivir es gracia, vivir es gloria, toda existencia es bendición.

Nuestra teología y nuestra espiritualidad saben bien que es imposible encerrar en palabras y en conceptos el misterio del origen. Pero Jesús nos revela que este abismo es un abismo de amor, un abismo paterno. Con Jesús, en él, en su aliento, nos atrevemos a balbucear: «Abba, Padre», palabra de infinita ternura infantil: aquí reside toda la paradoja cristiana (O. Clément, *Pregare el Padre Nostro*, Qiqajon, Magnano 1988, 75-78, *passim*).

El afán de los bienes terrenos (Mt 6,19-34)

¹⁹ No acumuléis tesoros en esta tierra, donde la polilla y la carcoma echan a perder las cosas, y donde los ladrones socavan y roban. ²⁰ Acumulad mejor tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la carcoma echan a perder las cosas, y donde los ladrones no socavan ni roban. ²¹ Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

²² El ojo es la lámpara del cuerpo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo está iluminado; ²³ pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo está en tinieblas. Y si la luz que hay en ti es tiniebla, ¡qué grande será la oscuridad!

²⁴ Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y querrá al otro, o será fiel a uno y al otro no le hará caso. No podéis servir a Dios y al dinero.

²⁵ Por eso os digo: No andéis preocupados pensando qué vais a comer o a beber para sustentaros, o con qué vestido vais a cubrir vuestro cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? ²⁶ Fijaos en las aves del cielo: ni siembran ni siegan ni recogen en graneros, y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ²⁷ ¿Quién de vosotros, por más que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida? ²⁸ Y del vestido, ¿por qué os preocupáis? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: no se afanan ni hilan, ²⁹ y, sin embargo, os digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. ³⁰ Pues si a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno Dios la viste así, ¿qué no hará con vosotros, hombres de poca fe? ³¹ Así que no os inquietéis diciendo: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? ³² Ésas son las cosas por las que se preocupan los paganos. Ya

sabe vuestro Padre celestial que las necesitáis. ³³ Buscad ante todo el Reino de Dios y lo que es propio de él, y Dios os dará lo demás. ³⁴ No andéis preocupados por el día de mañana, que el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su propio afán.

La Palabra se ilumina

Esta sección del sermón de la montaña trata sobre la relación de los discípulos con las riquezas. Mateo recoge en un único fragmento enseñanzas referidas también por Lucas en distintos puntos de su evangelio.

El centro unificador de los diferentes dichos se encuentra en el v. 33: el objetivo de quien sigue a Jesús debe ser el Reino, o sea, el esfuerzo por realizar en su propia existencia la soberanía de Dios correspondiendo a sus exigencias (*justicia*) expresadas por todo el sermón de la montaña. Esto implica un recto discernimiento (*ojo sano*: v. 22) de las realidades de este mundo, para poder evaluar en su justa perspectiva lo que perece y lo que permanece.

El verdadero tesoro inalienable al que vincular nuestro deseo debemos ponerlo en el cielo, en Dios, para que también el corazón, en medio de los acontecimientos mutables (v. 19), permanezca anclado ahí. Un discernimiento de este tipo da limpidez a la vida (vv. 22s) y excluye toda componenda: un siervo del Señor no puede ser esclavo de las riquezas (v. 24), ni siquiera con el pretexto de proveer a su propio futuro (vv. 25-34). Dios, mucho más que un patrón bueno, es un Padre atento que conoce y provee incluso para las necesidades de las más pequeñas de sus criaturas: «¿qué no hará con vosotros?» (v. 30).

Jesús nos invita, por tanto, a una fe más grande, que obra serenamente en el hoy, nos hace abandonar toda ansiedad por el mañana (vv. 31-34) y nos pone en las manos del Padre.

El discípulo de Jesús no está llamado al ocio, sino a desplegar todas las energías y potencialidades en lo que cuenta de verdad: cumplir la voluntad del Señor en la propia vida, momento a momento.

La Palabra me ilumina

«No andéis preocupados pensando...» Jesús nos hace comprender con toda claridad que el afán –estéril y desordenado derroche de energías– no es un mal característico sólo de los tiempos actuales: su causa última no se encuentra sólo en el ritmo frenético de nuestros días, sino en el corazón humano, siempre inclinado al mal. La avidez de riqueza o simplemente la necesidad de seguridad nos transmiten esta «enfermedad», que condiciona extensos sectores de nuestra vida. Ahora bien, Jesús es, verdaderamente, el médico celestial que ha venido a curar nuestras enfermedades, y nos sosiega: «Ya sabe vuestro Padre celestial...». El Señor aplaca la agitación descompuesta de nuestros pensamientos y proyectos unificándolos y orientándolos: «Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón». Jesús nos enseña a evaluar con inteligencia y a buscar sin compromisos lo que cuenta, o sea, esos bienes que nadie podrá quitarnos nunca y que sacian la vida no sólo para hoy y para mañana, sino para la eternidad.

Cuando optamos por amar a costa del sacrificio de nosotros mismos, por perseverar en la fidelidad a nuestro compromiso de vida, por prescindir de propuestas seductoras, pero que se realizarán a expensas de los otros... en mil circunstancias semejantes, acumulamos un capital en el cielo. Tras adoptar una opción justa, aunque dolorosa, empezamos a cobrar los intereses de la cuenta que hemos abierto allá arriba: la paz nos inunda y una alegría secreta ilumina nuestros ojos. Eso no significa desatender las necesidades concretas de la vida, que requieren con frecuencia una clarividencia

perspicaz. Sin embargo, ésta no coincide con el afán y la inquietud; por lo demás, el que mira a la meta eterna es el que ve más lejos. La verdadera previsión es la confianza en la providencia del Padre. Se trata de una confianza laboriosa, porque buscar el Reino de Dios y su justicia implica el compromiso de nuestras dotes; sin embargo, se trata de una laboriosidad alegre y exenta de afanes, puesto que el Reino entrevisto, el tesoro pregustado, es Jesús.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, ponemos en tus manos nuestro presente y nuestro futuro, nuestra vida y todas nuestras necesidades. Tú, que eres nuestro tesoro y nuestra herencia preciosa, haz que, a la luz del Espíritu, podamos ver con claridad qué inútiles afanes nos dominan y qué compromisos obligatorios, en cambio, rehuimos. Enséñanos a acoger tu señorío de amor, que nos convierte en hombres y mujeres plenamente confiados en la providencia del Padre celestial en toda circunstancia.

La Palabra en el corazón de los Padres

Hija mía muy querida, yo siempre proveo; más aún, te digo que lo que he dado al hombre es providencia suma. Con providencia lo creé, y cuando miré en mí mismo, me enamoré de la belleza de mi criatura. Me complací en crearla a mi imagen y semejanza con gran providencia; así, proveí a darle la memoria a fin de que recordara mis beneficios; le di el intelecto a fin de que, en la sabiduría de mi Hijo unigénito, conociera mi criatura mi voluntad de Padre eterno; le di la voluntad de amar, haciéndole partícipe de la clemencia del Espíritu Santo.

Mi infinita y eterna providencia proveyó a revestir al hombre, el cual, perdido el hábito de la inocencia y desnudado de toda virtud, perecía de hambre y moría de

frío en esta vida de peregrinación. Pero yo, suma providencia, salí al encuentro de esta necesidad: he aquí por qué, no obligado por vuestra justicia o por vuestra virtud, sino sólo por mi bondad, os procuré el hábito que os faltaba, por medio de este dulce y amoroso Verbo, mi Hijo unigénito. Él, despojándose a sí mismo de la vida, os revistió de aquella gracia e inocencia que recibís ahora en el santo bautismo.

Mi providencia procuró también al hombre el alimento para confortarle mientras va de peregrino y viandante en esta vida, a fin de que pueda llegar a su destino, que es el fin para el que lo creé.

¿Y qué alimento es éste? Es la sangre y cuerpo de Cristo crucificado, todo Dios y todo hombre, alimento de los ángeles y pan de vida. Es un alimento que sacia a todo hambriento que se deleita con este pan, pero no al que no conoce esta hambre: en efecto, quiere ser comido con la boca del santo deseo y saboreado por amor.

Todo esto os ha concedido mi providencia, que desde el principio del mundo hasta hoy ha provisto y proveerá, hasta el fin del mundo, para las necesidades y para la salvación del hombre de muchos y diferentes modos, en función de lo que yo, justo y verdadero médico, veo necesario para vuestras enfermedades. Nunca faltará mi providencia a quien quiera recibirla; o sea, que no faltará a los que esperan perfectamente en mí (Catalina de Siena, *Dialogo della Divina Provvidenza*, Edizioni Studio Domenicano, Bolonia 1991, 359.361-363, *passim*; existe edición española en *Obras de santa Catalina de Siena*, BAC, Madrid, 1996).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón» (Mt 6,21).

Caminar con la Palabra

¡Oh divina Providencia! ¡Oh divina Providencia! Nada es más amable ni adorable que tú, que alimentas maternalmente el pájaro del aire y la flor del campo: a los ricos y a los pobrecitos. Tú abres los caminos de Dios y realizas los grandes designios de Dios en el mundo.

En ti ponemos nuestra confianza, oh santa Providencia del Señor, porque tú nos amas mucho más que nosotros nos amamos a nosotros mismos. No, con tu ayuda divina, no quiero indagarte más; no, ya no quiero atarte las manos; no, ya no quiero desfigurarte. Sólo quiero abandonarme por completo en tus brazos, sereno y tranquilo. Haz que te tome como eres, con la sencillez del niño, con esa fe generosa que no ve límites. «Fe, fe, pero de ésa...», de la fe del beato Cottolengo, que encontraba luz por todas partes y veía a Dios en todo y a través de todo. ¡Divina providencia! ¡Divina Providencia!

Concédeme a mí, pobre siervo y zapatero remendón, y a las almas que oran y trabajan en silencio y sacrificio de vida en torno a los pobrecitos, concede a nuestros queridos benefactores esa amplitud de corazón, de caridad, que no mide el bien con el metro, ni funciona con cálculos humanos: la caridad que es suave y dulce, que se hace todo para todos; que pone su felicidad en poder hacer todo bien a los otros de manera silenciosa: la caridad que edifica y unifica en Jesucristo, con sencillez y candor.

¡Oh santa divina Providencia! Inspiradora y madre de la caridad, que es la divisa de Cristo y de sus discípulos. Anima, conforta y recompensa ampliamente en la tierra y en los cielos a cuantos, en nombre de Dios, hacen de padre, de madre, de hermanos y de hermanas con los infelices (*Le piú belle pagine di Don Orione*, Edizioni Don Orione, Tortona 1980, 85s).

Otras enseñanzas de Jesús (Mt 7,1-29)

^{7.1} No juzguéis, para que Dios no os juzgue, ² porque Dios os juzgará del mismo modo que vosotros hayáis juzgado y os medirá con la medida con que hayáis medido a los demás. ³ ¿Cómo es que ves la mota en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga que hay en el tuyo? ⁴ O ¿cómo dices a tu hermano: «Deja que te saque la mota del ojo», si tienes una viga en el tuyo? ⁵ Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver para sacar la mota del ojo de tu hermano.

⁶ No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las pisoteen, se vuelvan contra vosotros y os destrocen.

⁷ Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y os abrirán. ⁸ Porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra, y al que llama le abren. ⁹ ¿Acaso si a alguno de vosotros su hijo le pide pan le da una piedra?, ¹⁰ o si le pide un pez ¿le da una serpiente? ¹¹ Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a los que se las pidan! ¹² Así pues, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos, porque en esto consisten la ley y los profetas.

¹³ Entrad por la puerta estrecha, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por él. ¹⁴ En cambio, es estrecha la puerta y angosto el camino que llevan a la vida, y son pocos los que los encuentran.

¹⁵ Tened cuidado con los falsos profetas: vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.

¹⁶ Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los

espinos o higos de las zarzas? ¹⁷ Del mismo modo, todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos. ¹⁸ No puede un árbol bueno dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos. ¹⁹ Todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego. ²⁰ Así que por sus frutos los conoceréis.

²¹ No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. ²² Muchos me dirán aquel día:

–¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

²³ Pero yo les responderé:

–No os conozco de nada. ¡Apartaos de mí, malvados!

²⁴ El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica es como aquel hombre sensato que edificó su casa sobre roca. ²⁵ Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa, pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre roca. ²⁶ Sin embargo, el que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica es como aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. ²⁷ Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, se abatieron sobre la casa y ésta se derrumbó. Y su ruina fue grande.

²⁸ Cuando Jesús terminó este discurso, la gente se quedó admirada de su enseñanza, ²⁹ porque les enseñaba con autoridad y no como sus maestros de la ley.

La Palabra se ilumina

Las diferentes enseñanzas referidas en el capítulo 7 parecen simplemente yuxtapuestas; sin embargo, considerándolas en el interior del sermón de la montaña, se vuelve más evidente su hilo conductor. La primera parte del capítulo (vv. 1-11) se puede entender, en efecto, como un comentario a las peticiones finales del padrenuestro: la petición del perdón y la súplica de la liberación del mal. Jesús exhorta a no condenar a los hermanos y a tomar conciencia del propio pecado que ofusca la conciencia (vv. 1-5). Eso no significa suspender el discernimiento de una manera imprudente: el mal

existe, el rechazo obstinado de la gracia es una realidad. De ahí que no haya que dar las *cosas santas* –la doctrina de Jesús, los sacramentos confiados a la Iglesia– a quien las profanaría. El comentario del padrenuestro, abierto con la llamada a procurarse el verdadero tesoro (6,20), concluye con una invitación a la confianza en la eficacia de la oración: la mirada se eleva para contemplar y experimentar la extraordinaria bondad de un Dios que, aun siendo el Todo otro (*en los cielos*), es nuestro Padre (vv. 7-11).

La segunda parte del capítulo (vv. 12-29) concluye todo el sermón de la montaña: la «regla de oro» lo resume (v. 12), y la imagen de las dos puertas y de los dos caminos exhorta a abrazar de manera generosa sus exigencias, puesto que conducen a la vida. Sigue un sencillo criterio para evaluar a los que se presentan como «profetas»: cada árbol se reconoce por sus frutos. La imagen de las dos casas extiende la comprobación de la autenticidad a todos los discípulos: es preciso fundamentar de manera concreta la propia vida sobre «estas palabras» de Jesús para ser reconocidos por él en el día del juicio y entrar en el Reino del que él es Señor. Al final del sermón de la montaña, el evangelista anota el asombro de las muchedumbres, que empiezan a intuir la autoridad absolutamente única de Jesús.

La Palabra me ilumina

El Maestro nos ha hablado con claridad, señalándonos la puerta estrecha que se abre a los horizontes ilimitados de la luz, el camino estrecho que conduce a la vida, al rostro mismo de nuestro Padre, que está en el cielo y se inclina con una bondad inefable sobre nosotros para atraernos a él. También nosotros nos encontramos, después de dos milenios, entre las muchedumbres asombradas por la autoridad y la fascinación de Jesús. La palabra del Señor se dirige ahora a nosotros.

Las enseñanzas de Jesús en el sermón de la montaña son como rocas graníticas, y ellas mismas constituyen un monte elevado: tras haberlo contemplado, ¿qué decidimos? «*El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica*» pone la sólida roca de la voluntad de Dios como fundamento de su propia existencia, y quien hace la voluntad de Dios permanece para siempre (cf. 1 Jn 2,17). Si nuestra elección es sencilla y clara, si somos capaces de renovarla cada día, en las circunstancias ordinarias, no deberemos temer las inevitables tempestades de la vida: la hora en la que constatemos nuestra precariedad extrema será, al mismo tiempo, la hora de gracia en la que podrá hacerse más intensa la experiencia de la fidelidad del Padre que nos sostiene y conforta, haciéndonos saborear en lo íntimo *cosas buenas* precisamente allí donde los hombres y las situaciones parecen ofrecer únicamente el cáliz de la amargura. Vivir el Evangelio, o más bien esforzarnos por vivirlo superándonos siempre a nosotros mismos y nuestros propios intereses, es una elección contracorriente; Jesús no se hace ilusiones («*son pocos los que...*»), pero tampoco nos desilusiona: «*Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y os abrirán*». Su promesa abarca no sólo el tiempo presente, sino también la eternidad. Nosotros, que hemos escuchado sus palabras, debemos decidir si las tenemos en cuenta. El mismo Señor nos presenta una rápida síntesis: «*Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos*». Ojalá los hermanos puedan recoger frutos buenos y abundantes de nuestra vida, una vida que se haya vuelto auténticamente profética por la adhesión a la Palabra de Jesús.

La Palabra se convierte en oración

Te damos gracias, Señor Jesús, Verbo encarnado, por las palabras de vida eterna que nos has comunicado. Tú nos enseñas a vivir como hijos del Padre, en la confian-

za orante y en la fraternidad sincera. No permitas que, tras haber escuchado tus enseñanzas, edifiquemos sobre otros fundamentos nuestra vida; ahonda, más bien, todavía más nuestras raíces en la Palabra que no pasa, para que en los lances tempestuosos de la vida podamos permanecer firmes y dar frutos abundantes de caridad y de paz en todo tiempo.

La Palabra en el corazón de los Padres

«*Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos*» (Mt 7,12). Obrando así, amaremos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Cuando procuramos al prójimo el bien que deseamos para nosotros y sentimos una sincera compasión por él al verle sufrir el mal que tampoco nosotros queremos, lo amamos verdaderamente. Hacer otra cosa sería carecer de caridad fraterna.

Por consiguiente, quien quiera vivir en la caridad con el prójimo, que evite todo lo que le pueda ofender, siempre que, no obstante, la razón o los deberes que tenemos con Dios no exijan que nos comportemos de una manera diferente. Haciendo la voluntad de los otros y evitando todo lo que les ofende, la caridad será duradera e irá aumentando. San Juan, el discípulo predilecto de Jesús, nos da muchas y variadas recomendaciones y exhortaciones sobre la caridad fraterna. Dice: «*Si nosotros nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su perfección*» (1 Jn 4,12).

En efecto, la caridad verdadera y perfecta hace que tratemos al prójimo del mismo modo que deseamos ser tratados nosotros, y esto en cada cosa, tanto en las adversidades como en la prosperidad. Nadie es tan insensato que no experimente disgusto con su propio mal, si lo siente, y que no experimente, en cambio, placer con su propio bien, si lo conoce; que no desee que tengan

misericordia con él y le den tiempo para enmendarse cuando se ha equivocado; que no tema el castigo divino y no desee poder evitarlo. En efecto, cuando nosotros cometemos el mal, sabemos excusarlo ante Dios con nuestra fragilidad e imperfección y le pedimos que no nos trate como enemigos y rebeldes, sino que nos perdone mirando nuestra pobreza y debilidad. Pues bien, también nosotros debemos tratar de este modo a nuestro prójimo. La misericordia procede de la caridad. Afirma la Escritura: *«El hombre compasivo se hace bien a sí mismo»* (Prov 11,17). Lo repite Jesucristo: *«Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos»* (Mt 5,7). Y, hablando a los fariseos, dijo: *«Entended lo que significa: misericordia quiero y no sacrificios»* (Mt 9,13) (Dionisio el Cartujano, en AA. VV., *Un itinerario di contemplazione*, Edizioni Paoline, Cinisello B. 1986, 309-311, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos» (Mt 7,12).

Caminar con la Palabra

No juzguéis, dice el Señor. No juzguéis significa: «No os erijáis en jueces de nadie»; no condenéis, no juzguéis mal, no encerréis a la gente en un juicio definitivo y, de este modo, tampoco vosotros seréis encerrados en un juicio sin perdón. Pienso en Jesús, que alaba al centurión romano, al extranjero, a la mujer que corre tras él para tocarle el borde del manto... La suya es una alabanza cordial. La alabanza es la cumbre de la oración precisamente porque es, al mismo tiempo, la cumbre del amor. Nosotros no sabemos alabar. Lo que sabemos es condenar, juzgar. En la familia donde no florece la alabanza se eliminan unos a otros recíprocamente, se va en busca de vigas y motas antes que de talentos, huellas centelleantes de Dios en el cielo de toda

alma. Motas hay muchas, lo sabemos, pero ¿por qué nos encarnizamos en la fragilidad del otro? El riesgo grande es perder el sentido de las proporciones, cambiar las vigas por motas y las motas por vigas, por bloques, por obstáculos en las relaciones. El Señor nos convoca ante el espejo de nuestra alma para que también nosotros nos planteemos esta pregunta: «¿Por qué no te das cuenta de la viga que hay en tu ojo?». Concentras tu atención en escrutar a los otros y pierdes la capacidad de verte a ti mismo. Tu mirada se convierte en una mirada alienada. No eres ante el hermano ni juez ni fiscal. El mundo no es un tribunal en el que, por encima de todo, te pongas siempre de parte de la razón y de parte del poder. El Señor nos llama a vivir con sencillez las relaciones, con una medida que incluya también la alabanza y, también y sobre todo, la comprensión. No juzgues, intenta comprender y comprender y después también comprender, y, si lo consigues, prueba a alabar a tu hermano y se encenderá de luz el cielo de tu alma (E. M. Ronchi, *Dietro i mormorii dell'arpa*, Sotto il Monte - Bérgamo 1999, 218-221, *passim*).

El leproso, el centurión de Cafarnaún y la suegra de Pedro (Mt 8,1-17)

^{8.1} Cuando Jesús bajó del monte, le siguió mucha gente. ² Entonces se le acercó un leproso y se postró ante él diciendo:

–Señor, si quieres, puedes limpiarme.

³ Jesús extendió la mano, lo tocó y le dijo:

–Quiero, queda limpio.

Y al instante quedó limpio de la lepra. ⁴ Jesús le dijo:

–No se lo digas a nadie, pero ve, preséntate al sacerdote y lleva la ofrenda prescrita por Moisés, para que tengan constancia de tu curación.

⁵ Al entrar en Cafarnaún, se le acercó un centurión suplicándole:

⁶ –Señor, tengo en casa un criado paralítico que sufre terriblemente.

⁷ Jesús le respondió:

–Yo iré a curarlo.

⁸ Replicó el centurión:

–Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra y mi criado quedará sano. ⁹ Porque yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes y digo a uno: ¡ve! y va; y a otro: ¡ven! y viene; y a mi criado: ¡haz esto! y lo hace.

¹⁰ Al oírlo, Jesús se quedó admirado y dijo a los que le seguían:

–Os aseguro que jamás he encontrado en Israel una fe tan grande. ¹¹ Por eso os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el banquete del Reino de los Cielos, ¹² mientras que los hijos del

Reino serán echados fuera a las tinieblas; allí llorarán y les rechinarán los dientes.

¹³ Luego dijo al centurión:

–Vete y que suceda según tu fe.

Y en aquel momento el criado quedó sano.

¹⁴ Al llegar Jesús a la casa de Pedro, encontró a la suegra de éste acostada con fiebre. ¹⁵ Jesús tomó su mano y la fiebre desapareció. Ella se levantó y se puso a servirle.

¹⁶ Al atardecer le trajeron muchos endemoniados; expulsó a los espíritus con su palabra y curó a todos los enfermos.

¹⁷ Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías:

*El tomó nuestras flaquezas
y cargó con nuestras enfermedades.*

La Palabra se ilumina

Al sermón de la montaña le sigue un serie de diez milagros (capítulos 8-9). Jesús, que había sido presentado por el evangelista como el legislador definitivo, superior a Moisés, aparece ahora en su calidad de obrador de prodigios. Su figura se perfila en la descripción mateana de una manera solemne y hierática sobre el fondo de los relatos desbrozados de todos los elementos superfluos. Si la autoridad de su enseñanza («*pero yo os digo*») le había revelado poderoso en «palabras», ahora se revela como tal también en las obras. La relación entre «palabras» y «obras» es, en efecto, muy estrecha, como se subraya en la primera sección, donde Jesús, al concluir con una cita bíblica de «cumplimiento» tomada del profeta Isaías (53,4), anticipa en los milagros de curación la salvación total del hombre que llevará a cabo con su muerte como Siervo de YHWH.

Los destinatarios de sus intervenciones salvíficas –un leproso, un pagano y una mujer– representan a la humanidad enferma y marginada por los escrupulosos observantes de la ley y los preceptos, pero sobre a aquellos hacia los que Dios, mediante su Cristo, se inclina con piedad y los levanta con misericordia.

La purificación de los leprosos (vv. 1-4) constituye un claro signo mesiánico. Jesús toca al hombre considerado impuro y le devuelve la salud con la fuerza de su palabra. El segundo milagro –la curación del siervo del centurión (vv. 5-13)– se lleva a cabo a distancia, poniendo así de manifiesto la eficacia de la Palabra de Cristo. Su poder salvífico no sólo anula la lejanía en el espacio, sino que, sobre todo, derriba el muro de separación entre el pueblo elegido y los pueblos paganos: Jesús ofrece la salvación a todos, con tal de que se abran para acogerla mediante la fe. Aparece así de nuevo –como en la adoración de los Magos– el tema de la llamada a los gentiles, característico de Mateo.

Finalmente, la última curación está reservada a una mujer enferma, símbolo transparente de la humanidad enferma, que, al toque de Jesús, «*se levantó*» de su lecho de muerte –se usa el vocabulario de la resurrección de Jesús– y, renovada por el amor, revela su nueva identidad poniéndose a servir. Coopera así, con humildad, al plan de salvación universal: con su gesto, también ella, como María, declara: «*Aquí está la esclava del Señor*» (Lc 1,38).

La Palabra me ilumina

Un leproso, un pagano y una mujer enferma: éstas son las figuras en las que hoy se nos llama a reconocernos para descubrir nuestra necesidad de encontrarnos con Jesús, el Salvador. Él nos pide a cada uno de nosotros salir de nuestra propia situación de miedo, de soledad, de impotencia, para abrimos al don de su palabra de salvación, con la certeza de que él está dispuesto a extender hacia nosotros su mano sanadora. Ahora bien, ¿dónde encontrarle, sino en la eficacia de los signos sacramentales mediante los que todavía hoy se inclina hacia nosotros para hacernos experimentar la omnipotencia de su amor? Al entrar en el mundo, se «*revistió de*

debilidad» (cf. Heb 5,2), veló su omnipotencia para que el hombre –todo hombre– pudiera acercarse a él con plena confianza, sin esconder sus propias enfermedades. Como varón de dolores que conoce a fondo el sufrimiento, el Hijo del Altísimo vino como Siervo doliente, que cura no sólo las enfermedades humanas –del cuerpo y del espíritu– en virtud de su fuerza, sino que en su gran amor las toma sobre sí, las hace tuyas para que el hombre pueda conocer a cambio la alegría de resurgir cada vez de la muerte del pecado.

En este punto, liberado ahora de la esclavitud del mal, se le plantea de nuevo la gran alternativa: consumir su propia vida en la búsqueda egoísta y afanosa –y a fin de cuentas perfectamente inútil– de la gloria mundana, del poder y del placer, o bien ofrecerla a Dios y vivirla en medio de la alegría de servirle.

La humilde figura de la suegra de Pedro nos enseña que en la entrega de nosotros mismos, en el perdernos en favor de los hermanos, se saborea la belleza de la vida nueva adquirida al precio de la sangre redentora de Cristo. Hoy ya no se producen –o al menos no con tanta frecuencia– curaciones espectaculares como cuando Jesús pasaba entre muchedumbres de enfermos; sin embargo, cada vez que una persona prefiere a los otros por encima de sí misma en su vida concreta, esto es signo de que en su corazón se ha producido un milagro. En efecto, por naturaleza no somos capaces de obrar el bien, podemos desearlo, mas para realizarlo necesitamos el apoyo del Espíritu Santo. Pensar lo contrario es hacerse ilusiones. Necesitamos la gracia tanto o más que el aire que respiramos. Y puesto que ésta no se niega a nadie; podemos decir muy bien que hoy –a diferencia de cuando Jesús vivía en la tierra– vivimos en un estado de continuo milagro: basta con que, como el leproso y el centurión, pidamos la gracia con fe y con esperanza.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, siervo doliente enviado por el Padre para salvar a la humanidad perdida, tú que no dudaste en hacerte cargo de nuestras enfermedades, concédenos abrimos al don de tu salvación y vivir en medio de la gratitud y la alabanza por la vida que siempre nos renuevas. Enséñanos a servirte en nuestros hermanos, para que todos, liberados de la soledad y del pecado, vivamos unidos en la paz y en la alegría de ser hijos del único Padre, que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

La suegra de Simón estaba acostada con fiebre. ¡Ojalá venga y entre el Señor en nuestra casa y con un mandato suyo cure las fiebres de nuestros pecados! Porque todos nosotros tenemos fiebre. Tengo fiebre, por ejemplo, cuando me dejo llevar por la ira. Existen tantas fiebres como vicios. Por ello, pidamos a los apóstoles que intercedan ante Jesús, para que venga a nosotros y nos tome de la mano, pues si él toma nuestra mano, la fiebre huirá al instante. Él es un médico egregio, el verdadero protomédico. [...] Y acercándose a aquella, que estaba enferma... Ella misma no pudo levantarse, pues yacía en el lecho, y no pudo, por tanto, salirle al encuentro al que venía. Mas este médico misericordioso acude él mismo junto al lecho; el que había llevado sobre sus hombros a la ovejita enferma, él mismo va junto al lecho. «Y acercándose...» Encima se acerca, y lo hace además para curarla. «Y acercándose...» Fíjate en lo que dice. Es como decir: hubieras debido salirme al encuentro, llegarte a la puerta y recibirme, para que tu salud no fuera sólo obra de mi misericordia, sino también de tu voluntad. Pero ya que te encuentras oprimida por la magnitud de las fiebres y no puedes levantar-

te, yo mismo vengo. Y acercándose, la levantó. Ya que ella misma no podía levantarse, es tomada por el Señor. Y la levantó, tomándola de la mano. La tomó precisamente de la mano. También Pedro, cuando peligraba en el mar y se hundía, fue cogido de la mano y levantado. «Y la levantó tomándola de la mano». Con su mano tomó el Señor la mano de ella. ¡Oh feliz amistad, oh hermosa caricia! La levantó tomándola de la mano: con su mano sanó la mano de ella. Cogió su mano como un médico, le tomó el pulso, comprobó la magnitud de las fiebres, él mismo, que es médico y medicina al mismo tiempo. La toca Jesús y huye la fiebre. Que toque también nuestra mano, para que sean purificadas nuestras obras, que entre en nuestra casa: levantémonos por fin del lecho, no permanezcamos tumbados. Está Jesús de pie ante nuestro lecho, ¿y nosotros yacemos? Levantémonos y estemos de pie: es para nosotros una vergüenza que estemos acostados ante Jesús. Alguien podrá decir: ¿dónde está Jesús? Jesús está ahora aquí. «En medio de vosotros –dice el evangelio– está uno a quien no conocéis». «El Reino de Dios está entre vosotros». Creamos y veamos que Jesús está presente. Si no podemos tocar su mano, postrémonos a sus pies. Si no podemos llegar a su cabeza, al menos lavemos sus pies con nuestras lágrimas. Nuestra penitencia es unguento del Salvador. [...]

Y al instante –dice– la fiebre la dejó. Apenas la toma de la mano, huye la fiebre. [...]

¿Por qué dije todo esto? Porque aquí está escrito: Y al instante la fiebre la dejó y se puso a servirles. No basta con que la fiebre la dejase, sino que se levanta para el servicio de Cristo. «Y se puso a servirles». Les servía con los pies, con las manos, corría de un sitio a otro, veneraba al que le había curado. Sirvamos también nosotros a Jesús. Él acoge con gusto nuestro servicio [...] (San Jerónimo, *Comentario al Vangelo di san Marco*, I, 1,13-31, Città Nuova, Roma 1965, 45-48, *passim*; edición espa-

ñola: *Comentario al evangelio de san Marcos*, Ciudad Nueva, Madrid ²1995).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Mt 8,2).

Caminar con la Palabra

Hablamos continuamente de «milagros» sin preocuparnos demasiado de la exactitud con que lo hacemos. [...] Todos los días hablamos de los milagros de la técnica, expresando de esta manera nuestra admiración por los resultados del esfuerzo humano, que, hace poco, nos hubieran parecido imposibles. Llamamos milagro a una circunstancia que, de manera repentina y contra toda esperanza, nos libera de una opresión, o también al cumplimiento de un deseo ante cuya realización nos sentíamos impotentes y que, de pronto, se nos presenta como un regalo caído del cielo.

Pero también es verdad que todas estas expresiones las tomamos por un tanto equívocas, pues, cuando realmente se habla de un milagro o sobre el milagro, fruncimos el ceño, sabiendo conscientemente que el milagro es algo que tiene que ver con Dios. Dios mismo queda incluido, de una o de otra manera, en la definición, pues, si ésta no ocurre de forma inmediata, no hay posibilidad de hablar de un milagro auténtico. Sólo el milagro referido a Dios lo tomamos en serio. Quien habla de Dios se hace, incluso, más consciente de sí mismo. ¿No será ésta la razón de que el hombre se rebele tanto contra el milagro? ¿No querrá dejar de plantearse esta cuestión y que le dejen en paz?

Por otra parte, la tendencia, frecuentemente patológica, hacia un contacto con lo maravilloso y milagroso está en franca oposición con lo dicho, pues todo el mundo se apresura a conocer al curandero o al charlatán que acaba de aparecer, y se busca el ocultismo y el trato con las fuerzas misteriosas. Fuera de la Iglesia nos percatamos de todo esto por el éxito que cosechan la astrología, la charlatanería profética y el espiritismo;

son tipos de superstición que, como una especie de pseudorreligión, satisfacen la necesidad humana. Pero también dentro de la Iglesia hay muchos que están cautivados por las apariciones, profecías y sensacionalismos apocalípticos. [...]

Por estos motivos es de desear que se proponga la cuestión del milagro en sí mismo, siendo de importancia que esto se haga a partir de la Sagrada Escritura.

En el evangelio, el milagro da testimonio de la persona de Jesús. Su predicación del Reino y las curaciones que realizó no son independientes entre sí, sino que se completan recíprocamente formando un único conjunto significativo. Su Palabra obra en los milagros la salvación. Sus milagros son verdaderamente el Reino de Dios. Jesús no anuncia, en efecto, sólo el Reino, sino que lo hace presente con las obras. La actualidad del Reino se anuncia sólo con la aparición de Jesús. Dios ha ligado la realización del Reino a la misión de Jesús, y se sirve de él para la última y definitiva invitación: «*Haced penitencia y creed en el Evangelio*» (Mc 1,15). De este modo, el hombre queda situado frente a una opción inevitable, una invitación que puede significar para él la salvación o la ruina (A. de Groot, *El milagro en la Biblia*, Verbo Divino, Estella 1970, 7-8.72s).

Las exigencias del seguimiento de Jesús y la tempestad calmada

(Mt 8,18-27)

¹⁸Viendo Jesús que le rodeaba una multitud de gente, mandó que lo llevaran a la otra orilla. ¹⁹Se le acercó un maestro de la ley y le dijo:

–Maestro, te seguiré adondequiera que vayas.

²⁰Jesús le dijo:

–Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.

²¹Otro de sus discípulos le dijo:

–Señor, deja primero que vaya a enterrar a mi padre.

²²Jesús le dijo:

–Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos.

²³Jesús subió a una barca y sus discípulos lo siguieron. ²⁴De pronto, se alborotó el lago de tal manera que las olas cubrían la barca, pero Jesús estaba dormido. ²⁵Los discípulos se acercaron y lo despertaron diciéndole:

–Señor, sálvanos, que perecemos.

²⁶Él les dijo:

–¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?

Entonces se levantó, increpó a los vientos y al lago, y sobrevino una gran calma. ²⁷Y aquellos hombres, maravillados, se preguntaban: ¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y el lago le obedecen?

La Palabra se ilumina

Jesús acaba de realizar numerosos milagros y le rodea una gran muchedumbre. Entonces decide alejarse.

Esa decisión suscita en algunos el deseo de seguirle. La situación ofrece a Jesús el punto de partida para aclarar lo que significa hacerse discípulo suyo.

En primer lugar se adelanta un maestro de la ley. A éste, en vez de proponerle una carrera de honores, le explica Jesús que seguirle significa compartir en todo la suerte del Maestro, designado aquí por vez primera como *Hijo del hombre*, título que evoca antes que nada una condición de humildad. Seguir a Jesús significa así abrazar la inseguridad total y la pobreza del que es rechazado y está destinado a la muerte. Viene, a continuación, un discípulo que le pide que le deje ir primero a enterrar a su padre. Jesús le opone a éste una clara negativa, una negativa que parece poco razonable, hasta contraria a la caridad. Lo que en verdad pretende afirmar Jesús es que no se puede anteponer ningún interés terreno a la llamada divina.

Hay, por último, otros discípulos que, tras haber aceptado seguirle, están con él en la barca. De improviso, se desencadena una borrasca (literalmente: *un trastorno cósmico*), que pone al descubierto los sentimientos secretos de los corazones. A la tranquilidad soberana de Jesús, que, abandonado en manos del Padre, descansa seguro, se contraponen el miedo de los discípulos, que le despiertan invocando: «*Señor, sálvanos, que perecemos*» (v. 25). Jesús les reprocha su falta de fe (*oligópistoi*), que les hace incapaces de aceptar el aparente silencio de Dios. Después despliega su poder y realiza el milagro de aplacar los elementos desencadenados. El verbo empleado (*epetímese*) proporciona al episodio el color de un exorcismo: Jesús, como ya antes YHWH en el Primer Testamento, domina de manera soberana las fuerzas maléficas, representadas aquí por el mar, considerado como dominio del mal. Surge en todos una pregunta: «*¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y el lago le obedecen?*». Aparecen una vez más los temas fundamentales del relato de Mateo: la fe y la figura de Cristo.

La Palabra me ilumina

La confrontación con la persona de Jesús en este fragmento evangélico es directa y radical. Por eso es decisivo para poner a prueba la calidad de nuestra fe. Los personajes que animan la escena, atraídos por él, quieren seguirle, pero al mismo tiempo ponen límites a su seguimiento. Se trata de una incongruencia que acontece a menudo, índice de una fe y de un amor todavía débiles. ¿Y nosotros? ¿Estamos dispuestos a permitir que sea el Señor quien dicte de una manera incondicional las modalidades de su seguimiento? Si él es Dios, debemos amarlo necesariamente con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas, por encima de todas las cosas y personas. Ante sus requerimientos pierde sentido toda sensatez humana. El misterio de la llamada divina nos invita a dejarnos guiar por un amor puro, absoluto, total, para el que nada es demasiado exigente; un amor que no se detiene ni siquiera ante las incomprendiones; más aún, que se refuerza y se vuelve más profundo precisamente en las dificultades.

Jesús mismo, venido a la tierra para hacer la voluntad del Padre, nos ofrece el ejemplo. Su cuerpo colgado de la cruz se encuentra ante nuestra mirada como testimonio de que su amor no se detuvo ni siquiera ante el rechazo más crudo. Sólo si aceptamos entrar conscientemente en este movimiento oblativo, conoceremos la plenitud de la alegría y de la libertad de quien, por fin, ha encontrado aquello por lo que no sólo vale la pena vivir, sino también morir. La Iglesia, insinuada en la barca donde reposa Jesús, es el lugar en el que encuentra apoyo nuestra adhesión a Cristo, a veces entusiasta, a veces temerosa. Cuanto más estemos con él, más conoceremos su poder. Jesús nos recuerda hoy que no debemos dejarnos asustar por su silencio en los momentos de prueba: él está verdaderamente con nosotros hasta el final de los tiempos.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, concédenos el coraje de dejarlo todo para seguirte por donde vayas. Haz que, impulsados por tu amor, aceptemos sin dudas embarcarnos contigo para cualquier travesía que nos propongas. Enséñanos a no turbarnos durante tus silencios, y haz pura y ardiente nuestra oración, con la certeza de que tú puedes intervenir en cualquier momento con poder para liberarnos de todo peligro. Tú que eres Dios y vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

«*Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos*» (Mt 8,22). ¿Por qué –me preguntaréis– no da Jesús su permiso? Y si os sorprende que este joven pida permiso para un acto tan necesario, mucho más deberéis admirar el hecho de que éste, tras oír la prohibición de Jesús, se quede. ¿Pero no era –replicaréis– el colmo de la ingratitud no asistir al entierro del propio padre? Si se hubiera comportado así por indiferencia o negligencia, su acto hubiera sido, ciertamente, un acto de suma ingratitud, pero si su intención era la de no dejar un deber más importante, irse hubiera sido una insensatez extrema. Cristo puso al discípulo aquella prohibición no para enseñarnos a despreciar el honor debido a quien nos ha engendrado, sino para indicarnos que no hay nada más importante para nosotros que las realidades del cielo: por ellas debemos interesarnos con todo fervor y empeño, sin diferirlas ni un solo instante, por muy graves y urgentes que sean los motivos que podrían arrastrarnos a otros lugares. En consecuencia, si no debemos perder ni siquiera el tiempo necesario para sepultar a nuestro padre, juzgad de qué castigo nos haremos merecedores al alejarnos durante toda nuestra vida

de los intereses relacionados con Cristo, prefiriendo cosas absolutamente fútiles y vanas a compromisos verdaderamente necesarios. Deberemos admirar la sabiduría de la enseñanza de Cristo, que con tanta fuerza fija al joven a su palabra y, al mismo tiempo, le libera de una infinidad de dolores. En efecto, tras el entierro del padre, es preciso leer el testamento, dividir la herencia; en suma, llevar a cabo todas las cosas que siguen necesariamente a la muerte de un progenitor. Con el flujo y el reflujo de todos estos asuntos terrenos, el joven se habría visto trasladado bastante lejos del puerto de la verdad. En consecuencia, Cristo le sustrae de todos estos afanes y lo mantiene unido a él. En resumidas cuentas, el comportamiento del Señor nos enseña que no debemos perder ni un solo instante de tiempo, aunque haya muchísimas obligaciones que nos urjan, y que es preciso anteponer los compromisos espirituales a todos los negocios terrenos, incluso a los más necesarios; por último, comprendemos qué es la vida y qué es la muerte (Juan Crisóstomo, *Comentario al evangelio de san Mateo XXVII, 3s, passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Maestro, te seguiré adondequiera que vayas*» (Mt 8,19).

Caminar con la Palabra

Y Dios duerme. ¡Cuántas veces, en medio de las tempestades de la vida, hemos tenido la dolorosa impresión de que Dios estaba adormecido en alguna parte, lejos de nosotros! ¡Cuántas veces nuestras oraciones han volado lejos, sin que ninguna de ellas volviera atrás para traernos una respuesta! Tal vez se deba a que tenemos más necesidad de milagros que de fe. El mundo se encuentra en medio de la tempestad, en la barbarie; lucha contra la muerte y la desesperación, y Dios duerme, y Dios no

hace nada mientras las criaturas que él ha hecho así, que él ha hecho débiles, hacen frente a las horas de angustia. Él está presente, pero de la única manera que se pueden salvar la libertad y el amor. Sin esto deja de haber hombre; sin esto no hay ni siquiera Dios. Como ellos, también yo querría que no hubiera nunca tempestades, y, sin embargo, la vida y la muerte están en guerra también dentro de mí, y alimentan la muerte con nuestra misma respiración y sangre. Y quisiera que al menos le regañara al huracán y le dijera: «*Calla, cálmate*»; que le repitiera a mi angustia: «*Cálmate*». Quisiera ser eximido de la lucha. Quisiera un cielo siempre sereno y luces para indicar el camino. Pero sólo tengo la luz necesaria para dar el primer paso y la fuerza necesaria sólo para el primer golpe de remo.

Y participo así en el conflicto entre el caos y la vida, participo en la victoria, tal vez lejana, pero segura, del Señor de la vida.

«Señor, ¿te importo?»: es la pregunta que nace de la historia de cada uno de nosotros. Repitámosla, vivámosla; repitámosla hasta que sacuda al que duerme, hasta que podamos oír la respuesta pacificadora y tranquilizadora: «Sí, me importas». Y entonces cesarán los vientos que nos atormentan y dejará de darnos miedo el mar e iremos con él de orilla a orilla, de vida a vida, heridos, pero no rendidos, buscadores de un Dios próximo para quien tiene el corazón herido (E. M. Ronchi, *Ha fatto risplendere la vita*, Ed. Velar, Gorle, s. f., 161-164, *passim*).

Los dos endemoniados de Gerasa (Mt 8,28-34)

²⁸ Al llegar a la otra orilla, a la región de los gerasenos, salieron a su encuentro de entre los sepulcros dos endemoniados. Eran tan agresivos que nadie se atrevía a pasar por aquel camino. ²⁹ Y se pusieron a gritar:

—¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Hijo de Dios?
¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?

³⁰ A cierta distancia de allí, había una gran piara de cerdos hozando, ³¹ y los demonios le rogaban:

—Si nos echas, envíanos a la piara de cerdos.

³² Jesús les dijo:

—Id.

Ellos salieron y se metieron en los cerdos; de pronto, toda la piara se lanzó al lago por el precipicio y los cerdos murieron ahogados. ³³ Los porquerizos huyeron a la ciudad y lo contaron todo, incluso lo de los endemoniados. ³⁴ Toda la ciudad salió al encuentro de Jesús, y cuando lo vieron le rogaron que se marchara de su territorio.

La Palabra se ilumina

Tras bajar de la montaña, Jesús realiza algunos milagros que suscitan estupor y santo temor: «¿*Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y el lago le obedecen?*» (v. 27). Con el transcurso del tiempo su poder salvífico se hace cada vez más manifiesto. Mateo había señalado precedentemente que, llegada la noche, le lle-

varon muchos endemoniados y él expulsó a los espíritus con su palabra (cf. 8,16). Ahora encontramos el relato explícito de un exorcismo. Jesús ha pasado ahora a la otra orilla (vv. 18,28); en consecuencia, desafía a Satanás en tierra pagana, o sea, en su propio territorio, allí donde el maligno manda. De inmediato le salen al encuentro dos endemoniados relegados a los sepulcros, lugar en el que –como en el desierto– el enemigo de la vida parece triunfar de manera indiscutible. Son los mismos demonios, molestos señores de dos hombres, los que gritan la verdadera identidad de Jesús: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Hijo de Dios –así le increpan–? ¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?» (v. 29). Reconocen la autoridad de Jesús y saben también que les queda poco tiempo (cf. Ap 12,12): con la instauración del Reino de Dios serán precipitados, efectivamente, en el abismo del fuego eterno. Jesús no se deja atemorizar en absoluto por sus estrépitos; al expulsarlos con la fuerza de su palabra, muestra claramente que el Reino de Dios está ya presente y empieza a difundirse (cf. Mt 4,17).

La escena está dominada por un fuerte contraste: Jesús está *solo* y contra él están *muchos demonios*, como deja entender el hecho de que, tras ser expulsados, *piden* –por consiguiente, sólo pueden hacerlo con un permiso explícito– poder entrar en una piara de cerdos, animales considerados tradicionalmente como inmundos. El poder de Jesús es tal que con su sola palabra se precipitan inmediata y definitivamente en el lago de abajo.

La perícopa presenta, a continuación, un último cuadro: *toda* la ciudad sale en cortejo al encuentro de Jesús, aunque para conjurarle a que se aleje de allí. Mateo no señala nada. No hay ningún comentario que amortigüe el desconcertante rechazo. Jesús se va de allí, *solo*.

La Palabra me ilumina

Dejémonos guiar por el evangelista Mateo para mantener fija la mirada del corazón en Jesús, Señor de la vida, que baja hoy en campo abierto contra Satanás, que ha convertido los sepulcros en su reino, la violencia homicida y la rabia feroz en sus armas para vejar a dos pobres hombres. Éstos salen al encuentro de Jesús, y él los libera, concediendo al maligno trasladarse a una piara de cerdos, para precipitarse después en el abismo. En efecto, allí donde se encuentra Cristo, no hay espacio para el mal. Ésta es la «buena noticia» que vuelve a dar al hombre la esperanza de la salvación. Sin embargo, tal como dice Juan en el prólogo de su evangelio, el Verbo no fue recibido –más aún, fue obstaculizado–, y no sólo por los paganos, sino a menudo también por los que le reconocían como Hijo de Dios.

Jesús –nos enseña este pasaje del evangelio– es objeto de rechazo cada vez que, como sucede a los gerasenos, le salen al encuentro atraídos por su fama pero no se abren a la alegría de la liberación que él obra en sus hermanos y que querría obrar también en cada uno de nosotros. Por ella hay que pagar, en efecto, un precio, y no siempre estamos dispuestos a pagarlo. Los gerasenos se encuentran precisamente en esta situación. El camino de su territorio –el camino de la salvación– puede ser recorrido de nuevo sin miedo, pero no son capaces de alegrarse de ello; piensan que es mejor vivir entre peligros mortales, con tal de no arriesgarse a sufrir pérdidas económicas. A sus ojos, la vida vale no por lo que es, sino por lo que se posee para gozarla en medio de la abundancia de riquezas puramente materiales.

He aquí la lógica perversa: es mejor no tomar ni siquiera en consideración el soberano poder de ese Jesús que es el Hijo de Dios venido a liberar a los hombres. Es mejor alejarle del horizonte, pedirle amablemente que se vaya; es mejor que orar al Padre con las pala-

bras que el mismo Jesús nos enseñó: «*Líbranos del mal*» (Mt 6,13b). Jesús no se detiene para hacer plegar nuestra mala voluntad. Por esta vez nos deja solos con nuestra mezquina torpeza, pero volverá a persuadirnos. Sin embargo, no lo hará con su poder, sino con la debilidad de un amor crucificado. ¿Sabremos acogerlo al menos entonces?

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, que viniste a la tierra para vencer a las potencias del mal, concédenos llevar a cabo una viva experiencia de tu amor que salva. Haz que, liberados del pecado y llamados a recorrer el camino de la salvación, sepamos seguirte con alegría y fidelidad, renunciando a todo lo que nos podría separar nuevamente de ti y ser un obstáculo en el camino. Que tu Santo Espíritu sostenga en nosotros un ánimo generoso, capaz de vencer las oscuras tentaciones y de sostener a todos los hermanos que se encuentran en la prueba, para que ninguno, pagado de una falsa felicidad o escandalizado por tu cruz, pierda los verdaderos bienes y la verdadera alegría.

La Palabra en el corazón de los Padres

«Al narrar tus prodigios, te imploramos, oh Señor, que nos liberes del maligno y de las desgracias que nos procura, puesto que tú eres el único Maestro del universo»... Los discípulos, en coro, movidos por la compasión, vinieron a Cristo y le suplicaron en favor del hombre diciendo: «Mira, Cristo, ten piedad ante la vista de la violencia cometida contra la naturaleza que creaste y de la enorme vergüenza infligida por el enemigo a la imagen de tu gloria. Mira la tiranía que pesa sobre el hombre al que tú mismo honraste con tus propias manos, cómo está castigado por el odio originado por el enemigo. Sálvalo, Omnipotente y Maestro del universo.

Salva, salva, Cristo, al que te suplica y vuelve a sanarlo en tu misericordia. Que no se dé gloria a nuestro enemigo, oh Salvador, y que no diga en su maldad: “He vencido”. A una simple seña tuya, podrá perecer». Tras escuchar a sus discípulos, Cristo se alegraba de sus palabras. Respondió enseguida: «Me agrada vuestro celo, porque quiero que seáis misericordiosos... Ya antes de vuestra oración os había abierto mis entrañas a este hombre, y, si he venido del mar, ha sido a causa de él, pues ya le conocía antes de su nacimiento. Vine del cielo para salvar a todos los hombres; me hice hombre para salvar de la maldición a la raza afín a mi carne». En consecuencia, Jesús mismo, puesto que también es el Dios fuerte, castigó al demonio triturando su jactancia... Servidores de Cristo, vosotros que habéis escarnecido hoy al demonio, pidamos juntos a nuestro timonel que nos haga superar felizmente la tempestad de la vida. Sabemos que posee, para protegernos, un ojo que no conoce el sueño, y que, por las oraciones de la Madre de Dios, nos conduce sanos al puerto tranquilo y seguro, él, el Maestro del universo (Romano el Melodioso, *Inni*, XXIV, 11-14.21.25, editado por G. Gharib, Edizioni Paoline, Roma 1981, 255ss).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Ten piedad de mí, Señor, hijo de David*» (Mt 15,22).

Caminar con la Palabra

¡Dios es inaccesible! ¿Cómo podría ofenderle la criatura? El mal es un gran misterio. Sin embargo, el mal existe. Si bien sigue siendo difícil y casi imposible justificarlo, a pesar de todo el creyente puede buscar sus motivos. Entre tanto, hay algo que se impone: al hacerse hombre, Dios puede ser ofendido, traicionado, odiado y negado ahora por el hombre.

Dice la Sabiduría que la muerte entró en el mundo por la envidia. El maligno no puede tolerar que una criatura extraordinariamente más pobre que el ángel, por la gratuidad del amor divino, deba trascender la grandeza y la perfección natural de la naturaleza angélica. De este modo cree que puede frustrar el designio de Dios induciendo al hombre, apenas creado, a la desobediencia. El hombre debería morir por su desobediencia. Eso era lo que quería el maligno, pero Dios habría de transformar la misma muerte a la que ahora estaba sometido el hombre en la revelación más espléndida de su amor.

En esta tierra donde habita el hombre y donde Dios se ha encarnado es donde acontece el choque del maligno con Cristo, y Cristo es Dios. La historia no tiene otro contenido que la lucha del maligno contra Dios, que, en Cristo, se hizo presente en el mundo y, en cierto modo, está presente y es uno con cada hombre. ¡En qué grandioso drama está implicado el hombre! El mal arrecia, parece que no puede desahogarse plenamente más que con la destrucción del hombre. Ahora bien, dado que el hombre es ahora inseparable de Dios, la victoria de Dios está asegurada.

Ciertamente, se permitió al maligno encarnizarse en la lucha para la salvación del hombre, pero, en su debilidad, la humanidad asumida por el Verbo no puede dejar de resultar victoriosa sobre el mal, y la primera victoria es que el hombre vive ya ahora en unión con Cristo también en el sufrimiento, en la humillación y en su misma muerte. Qué pobre sería la enseñanza cristiana si no tuviéramos que reconocer nosotros esta presencia personal del maligno y la de Cristo que vence, no oponiendo al odio y al mal el castigo y la muerte, sino cargando el sufrimiento y la muerte sobre sí. Las fuerzas del mal no renuncian a su propósito de arruinar la obra de Dios, aunque Dios saca cada vez de las aparentes derrotas, de las humillaciones a los que se ve sometida la humanidad, nuevos motivos para que resplandezcan más la omnipotencia y la gratuidad de su amor (D. Bar-sotti, *Dio... e l'uomo*, Piemme, Casale M. 2001, 62-65, *passim*).

La curación de un paralítico (Mt 9,1-8)

¹ Subió a la barca, cruzó el lago y fue a su propia ciudad.
² Entonces le trajeron un paralítico tendido en una camilla. Jesús, viendo la fe que tenían, dijo al paralítico:

–Ánimo, hijo, tus pecados te quedan perdonados.

³ Algunos maestros de la ley decían para sí: «Éste blasfema».

⁴ Jesús, dándose cuenta de lo que pensaban, les dijo:

–¿Por qué pensáis mal? ⁵ ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados quedan perdonados, o decir: Levántate y anda? ⁶ Pues vais a ver que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados.

Entonces se volvió al paralítico y le dijo:

–Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

⁷ Él se levantó y se fue a su casa. ⁸ Al verlo, la gente se llenó de temor y daba gloria a Dios por haber dado tal poder a los hombres.

La Palabra se ilumina

Mateo presenta el tercer prodigio de poder realizado por Jesús –la curación de un paralítico– con un relato extremadamente conciso. La comparación con las narraciones de Marcos y Lucas muestra que se omiten una gran cantidad de detalles coloristas, como, por ejemplo, los cuatro portadores que descuelgan al paralítico desde el techo para eludir a la muchedumbre reunida ante la puerta. Este atenerse a lo esencial permite al evangelis-

ta concentrar toda la atención del lector en Jesús y en su palabra. Tras haber mostrado su autoridad en la enseñanza (cf. sermón de la montaña), Jesús manifiesta ahora su poder (*exúsia*) a través de la fuerza de su palabra, revelando que ella es capaz de perdonar los pecados. Después de haber mostrado su señorío sobre los elementos naturales y sobre el demonio, se enfrenta ahora con el pecado que anida en el corazón del hombre y es la raíz de todo mal, incluso de la enfermedad física. Jesús no se ocupa ahora de este problema –lo hará en otro momento (cf. Jn 9,1-3)–, sino que se presenta como salvador del hombre en sentido global, porque no ha venido a condenar, sino a manifestar la misericordia del Padre perdonando.

Algunos de los presentes –los maestros de la ley– se indignan. Vuelve como murmuración la pregunta que ya había aparecido otras veces: «¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y el lago le obedecen?» y, detrás de la pregunta, se formula también el juicio: es un blasfemo, porque se arroga un poder que corresponde únicamente a Dios. Sin embargo, Jesús, que conoce los pensamientos de los corazones, convalida su palabra realizando la curación exterior como contraprueba de la interior. El paralítico fue curado, tomó su camilla y se fue a su casa. Pero el relato prosigue con una nota muy importante: la muchedumbre, testigo de lo acaecido, da gloria a Dios, que «*ha dado tal poder a los hombres*», donde se pone de relieve el plural en lugar del singular, que parecería más obvio. Se trata de la sensibilidad eclesial de Mateo, que subraya el poder del perdón transmitido por Cristo a su Iglesia.

La Palabra me ilumina

«No habiendo podido los hombres –afirma Pascal– remediar la muerte, la miseria, la ignorancia, han decidido, para ser felices, no pensar en ello» (*Pensamientos*,

168). ¡Qué gran verdad es esto también en nuestros días! Como hijos de una cultura que hace del cuerpo y de la eficiencia su ídolo, nos quedamos desorientados cuando vemos amenazada nuestra salud física. Cuando se insinúa lentamente la enfermedad o cuando llega de manera fulminante y fatal a nuestras vidas, carecemos de un recurso espiritual del que alcanzar gracia y fuerza para hacer frente a la nueva situación en la que se encuentra nuestra vida.

El fragmento del evangelio que estamos examinando nos presenta a Jesús frente a una persona profundamente marcada por la enfermedad, hasta el punto de no ser ya autosuficiente. Su intervención desconcierta: parece dar una respuesta equivocada al problema que se le plantea. Tiene ante él a un paralítico, y él habla de perdón de los pecados. Lo que se manifiesta de inmediato a su mirada divina no es tanto el *handicap* físico, como las heridas interiores. Si no cura en primer lugar el cuerpo es porque, al ver más en el fondo, sabe que debe sanar antes el corazón –el lugar donde el pecado ha roto la armonía de la persona–; de otro modo, la misma curación física sería inútil.

Así pues, todos nosotros –aun cuando estemos físicamente sanos– estamos enfermos, puesto que, entumecidos en la parálisis del egoísmo y del orgullo, nos encontramos atados e impedidos interiormente para ocuparnos de otra cosa que no sea nosotros mismos, nuestra felicidad y nuestros intereses. Por nosotros mismos no tenemos con frecuencia ni siquiera la fuerza necesaria para presentarnos a Jesús para ser sanados o –y esta enfermedad todavía es más grave– ni siquiera nos damos cuenta de que estamos enfermos, necesitados de cura. Sin embargo, a ningún hombre se le deja solo, a merced de sí mismo. La comunidad de los enfermos –la Iglesia– se hace cargo de todos en la oración, con el anuncio de la Palabra, con la gracia de los sacramentos y con los gestos de la caridad diligente. A través de estos

camino se nos pone ante Jesús. Aquí entra en juego nuestra libertad: sólo si le permitimos penetrar en el centro de nuestro ser y nos reconocemos pecadores ante él, podremos ser renovados. El problema, pues, no es, de entrada, tener o no tener salud física, sino tener el corazón libre para amar. Entonces, la vida no se apaga ni con el sufrimiento ni con la decadencia física, sino que la acogemos cada día como don de Dios, para entregársela de nuevo a él. No se ha dicho que nuestro verdadero bien pase sin más por la recuperación de la salud física. Lo más importante es saber acoger, con abandono confiado, el camino que el Padre ha trazado para nosotros, aun cuando pase por los apuros de la enfermedad, del sufrimiento y, por último, de la muerte. Para el que cree, ésta es la puerta que introduce en el Reino de la vida.

La Palabra se convierte en oración

Oh Dios, Padre bueno, que nos enviaste a tu Hijo amado para liberarnos de la esclavitud del pecado, haz que, sostenidos por la oración de nuestros hermanos, permanezcamos con fe bajo tu mirada misericordiosa. Concédenos acoger siempre con humildad la gracia del perdón, a fin de que, sanados en el fondo de nuestro ser, quedemos libres para amar y para servirte como tú deseas. Que por el don del Espíritu, pueda unirse nuestra vida, con todas sus energías y su mismo sufrimiento, a la muerte redentora de tu Hijo para la salvación de todos los hombres.

La Palabra en el corazón de los Padres

No vayas a decir: No me ha dado lo que le pedía. ¡Vuelve a tu conciencia! Examínala, escrútila. Si has invocado a Dios, puedes estar seguro de que no te ha dado cuanto le has pedido para esta vida terrena porque no te

ayudaba. Hermanos, que crezca en vuestro corazón esta convicción: ¡el corazón cristiano, el corazón fiel! No empecéis a poneros tristes, como si hubierais sido defraudados en vuestros deseos, y no dejéis que os gane la indignación contra Dios. Consultad las Escrituras. ¡Fue escuchado el diablo y no fue escuchado el apóstol! Los demonios pidieron ir a los puercos y se les concedió (cf. Mt 8,31s). Dice el apóstol: «*Tengo un agujijón clavado en mi carne [...] He rogado tres veces al Señor para que apartase esto de mí y otras tantas me ha dicho: "Te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad"*» (2 Cor 12,7-9).

También el enfermo le pide muchas cosas al médico, y éste nos se las concede. No se pliega a la voluntad del enfermo, pero sí escucha su deseo de curar. Considera a Dios como tu médico. Pídele la salvación y él mismo será tu salvación. ¿Qué te importa que no quiera que tengas lo que tú querrías tener, si después se te dará él mismo? Pensad y reflexionad, hermanos, cuántos bienes concede Dios a los pecadores. Así comprenderéis lo que reserva a sus fieles. A los pecadores, que blasfeman de él, cada día les da el cielo y la tierra; les da las fuentes, los frutos, la salud, los hijos, la riqueza, la fecundidad. Es Dios quien da todos estos bienes. ¿Y deberemos pensar tal vez que el que da tales cosas a los pecadores, no reserva nada a los fieles? ¡Ciertamente, les reserva algo! No la tierra, sino el cielo. Les reserva a sí mismo, que es creador del cielo. El cielo es bello, y más bello es el autor del cielo. Pues yo, dices, veo el cielo, pero no veo al autor... Señal de que no tienes ojos capaces de ver el cielo, pues no tienes todavía un corazón capaz de ver al autor del cielo. Sin embargo, por eso mismo ha venido del cielo a la tierra: para purificar tu corazón, para que pueda ver a aquel que hizo el cielo y la tierra. Mientras tanto, espera pacientemente la salvación (Agustín de Hipona, *Comentarios sobre los salmos*, 85, 9).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Ánimo, hijo, tus pecados te quedan perdonados*» (Mt 9,2).

Caminar con la Palabra

Cuando Jesús, con la voz repentinamente dura, recalcó este desafío –«¿*Qué es más fácil*»–, debió de producirse alrededor un silencio de mármol. Uno de esos silencios henchidos de pánico que se encuentran sólo en el evangelio: «*El que de vosotros esté sin pecado, que le tire la primera piedra*». Jesús concede el don de inmediato. «*Ánimo, hijo, tus pecados te quedan perdonados*».

Ahora bien, ¿dónde está la alegría por el gran beneficio? El maestro mira alrededor, los ojos miran al suelo, las caras decepcionadas. Y en aquellas caras, bien legibles, las palabras de agradecimiento: Ése no ha comprendido, por tanto. No ha comprendido. Había esperado que esa noche correría por los senderos del huerto...

Correr con nuestras piernas, saciarnos si tenemos hambre, beber si tenemos sed, salvarnos si se hunde la barca, ver, sentir, tocar, vivir mucho tiempo: por eso venimos a buscarte, y, si hace falta, perforamos los techos. Si vuelves a darnos la inocencia y la paz del corazón, refunfuñamos: «¿*Eso es todo?*».

Jesús busca inútilmente en aquellas caras un signo de alegría. Sólo un malicioso contento aparece en el grupo de los fariseos. Perdonar los pecados es algo que sólo corresponde a Dios. Jesús ha blasfemado hoy. Le han cogido en fallo.

Pues decid –grita Jesús– «¿*qué es más fácil...*». Nadie responde. Y seguiríamos todos allí, todavía hoy, mudos, en aquella casa de Cafarnaún. Y el silencio, para no eternizar nuestra vida, lo rompe una vez más él, con la orden esta vez milagrosa: «*Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*». Ahora todos están alegres. El rabí de Nazaret es un Dios. El lisiado correrá esta noche por los senderos y todos bailarán. Alguien se aleja solitario. Y toma el camino del monte para encontrarse con el Padre (L. Santucci, *Volete andarvene anche voi?, Mondadori, Milán 1969, 94s, passim*).

Jesús, los pecadores y el ayuno; curación de una mujer y resurrección de una niña

(Mt 9,9-26)

⁹ Cuando se marchaba de allí, vio Jesús a un hombre que se llamaba Mateo, sentado en la oficina de impuestos, y le dijo:

–Sígueme.

Él se levantó y lo siguió.

¹⁰ Después, mientras Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores vinieron y se sentaron con él y sus discípulos.

¹¹ Al verlo los fariseos, preguntaban a sus discípulos:

–¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y los pecadores?

¹² Lo oyó Jesús y les dijo:

–No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. ¹³ Entended lo que significa: misericordia quiero y no sacrificios; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

¹⁴ Se le acercaron entonces los discípulos de Juan y le preguntaron:

–¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos, y tus discípulos no ayunan?

¹⁵ Jesús les contestó:

–¿Es que pueden estar tristes los amigos del novio mientras él está con ellos? Llegará un día en que les quitarán al novio; entonces ayunarán. ¹⁶ Nadie pone un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo, porque lo añadido tirará del vestido y el rasgón se hará mayor. ¹⁷ Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos, porque los odres revientan, el vino se derrama y se pierden los odres. El vino nuevo se echa en odres nuevos, y así se conservan los dos.

¹⁸ Mientras Jesús les decía esto, llegó un personaje importante y se postró ante él diciendo:

–Mi hija acaba de morir; pero si tú vienes y pones tu mano sobre ella, vivirá.

¹⁹ Jesús se levantó y, acompañado de sus discípulos, lo siguió. ²⁰ Entonces, una mujer que tenía hemorragias desde hacía doce años se acercó por detrás y tocó la orla de su manto, ²¹ pues pensaba: «Con sólo tocar su vestido quedaré curada».

²² Jesús se volvió y, al verla, dijo:

–Ánimo, hija, tu fe te ha salvado.

Y la mujer quedó curada desde aquel momento. ²³ Al llegar Jesús a casa del personaje y ver a los flautistas y a la gente alborotando, ²⁴ dijo:

–Marchaos, que la niña no ha muerto; está dormida.

Pero ellos se burlaban de él. ²⁵ Cuando echaron a la gente, entró, la tomó de la mano y la niña se levantó. ²⁶ Y la noticia se divulgó por toda aquella comarca.

La Palabra se ilumina

El milagro de la curación del paralítico –en el que Jesús se manifiesta como alguien que tiene el poder de perdonar los pecados– va seguido en el relato de Mateo por la llamada de un publicano. Son dos episodios, a primera vista diferentes, pero, en realidad, afines entre sí. Sorprende, en primer lugar, el nombre: *Mateo* –«don de Dios»– en vez de Leví, como se dice en el evangelio según Marcos y en el evangelio según Lucas. ¿Acaso fue Jesús mismo quien «renombró» precisamente a aquel a quien se atribuye el evangelio que estamos meditando?

Como el paralítico, también Mateo fue liberado del gran pecado que le tiranizaba: el apego al dinero. Al breve e intenso relato de la vocación –una simple orden por parte de Jesús y un acto de prontísima obediencia por parte del llamado (v. 9)– le sigue una controversia: los fariseos murmuran porque Jesús se sienta a la mesa con personas consideradas «impuras». En efecto, los publi-

canos, como recaudadores de impuestos, tenían fama de ladrones y favorecedores del dominio extranjero. Mateo, poniendo en labios del *Rabí* una sentencia bíblica por la que siente un particular aprecio, ilumina el comportamiento del Maestro: «*Misericordia quiero y no sacrificios*» (Os 6,6). Si participa en banquetes con pecadores es para manifestar la misericordia infinita del Padre, que le ha enviado a la tierra como médico de los enfermos para llevar la salvación a todos.

La persona de Jesús está destinada a suscitar las reacciones más diversas: asombro y alegría en los corazones abiertos, hostilidad y escándalo en el que se considera justo. Está también el que, perplejo y desorientado, emprende un camino de búsqueda: los discípulos de Juan, que practicaban ayunos suplementarios para apresurar la venida del Reino, interrogan a Jesús sobre el comportamiento anómalo de sus seguidores. La respuesta de Jesús, que alude a sí mismo como al esposo, representa el punto focal del fragmento. Desde ahora se revela que su acción salvífica está unida inseparablemente a la perspectiva de una suerte trágica que le arrancará con violencia de sus discípulos (cf. Is 53, en particular el v. 8).

Vienen, a continuación, las dos sentencias parabólicas del remiendo de paño nuevo al vestido viejo y del vino nuevo puesto en odres viejos (vv. 16s): ambas manifiestan que la novedad del evangelio no puede ser encerrada en los esquemas religiosos precedentes. Jesús comunica una nueva vida que supera y derriba todas las barreras, incluso la de la muerte. Lo experimenta el que cree en la eficacia de su palabra, como atestiguan los dos milagros referidos en los versículos siguientes: la curación de la mujer que sufría pérdidas de sangre y la resurrección de la hija del jefe de la sinagoga. Los relatos, despojados de todo detalle anecdótico, hacen converger la mirada sobre Jesús, el único Salvador.

La Palabra me ilumina

La vocación de Mateo está contada en un solo versículo. Jesús vio a un hombre, le llamó y él «*se levantó y lo siguió*». Ésta puede ser la historia de cada uno de nosotros, si reconocemos a Jesús cuando sale a nuestro encuentro en medio de nuestros compromisos, de nuestro pecado. La vocación no es, en efecto, únicamente un acontecimiento extraordinario que sucede una vez en la vida para transformarla de manera radical. El Señor renueva cada día su llamada y nos lleva siempre más adelante por el camino del seguimiento; Jesús posa su mirada sobre nosotros en cada momento cargada con el mismo amor con el que desde siempre pensó y quiso nuestra existencia. No desdeña sentarse a la mesa con nosotros, pecadores, entra en comunión con nosotros y acepta comer nuestro pan, mientras que él mismo es para nosotros Pan de vida.

Cada hombre está invitado a la mesa del Señor: por muy pecador que sea, por muy indigno que se reconozca, puede aceptar la invitación con alegría, porque Jesús viene a buscar precisamente al que está enfermo y perdido, sin escandalizarse de nuestra miseria ni detenerse ante la dureza de nuestro corazón. No es que esté ciego para no ver el mal, pero es un Esposo enamorado: sólo el amor cura las heridas más graves. No tengamos miedo, por tanto, a presentarnos ante él. Es seguro que nuestros odres viejos no pueden contener la fragancia espumante de la vida nueva que Jesús viene a ofrecernos, pero es él mismo quien nos llama: es preciso que seamos capaces de captar el momento, de decir sí simplemente y seguirle sin dudas.

El camino nos llevará a revivir también el momento en que el Esposo será perseguido, condenado y ejecutado. Es la hora de la cruz, la hora de la fidelidad a toda prueba, la hora de la gracia suprema, porque es precisamente en el momento de la mayor debilidad cuando

Jesús se hace reconocer como fuerza de vida, capaz de hacer resucitar incluso a los muertos.

A nosotros se nos pide una fe sencilla y perseverante; una fe –como la de la hemorroisa y la del jefe de la sinagoga– simultáneamente audaz e indiferente a ser objeto de mofa, una fe que encuentra su fuerza en mantenerse adherida de una manera tenaz al «manto de Jesús», es decir, a la lectura y a la relectura del evangelio, segura de que sólo en Cristo hay salvación y de que sólo él tiene derecho a ser el «Señor» de nuestra vida.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, que viniste a revelarnos la infinita misericordia del Padre, posa una vez más sobre nosotros tu mirada colmada de inefable amor y arráncanos de la adhesión a lo que nos mantiene alejados de ti. Enséñanos a acoger la novedad de vida que eres tú mismo, a fin de que, resucitados de la muerte de nuestro pecado, nos convirtamos también en un signo de esperanza para todos nuestros hermanos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Las riquezas revelaban a Mateo como maestro de avidez y lo oprimían hasta tal punto con el peso de las bolsas que no conseguía levantarse hasta la inocencia, a alzarse hasta la justicia, a impulsarse hasta la virtud. El hecho de que Cristo hubiera llamado para seguirle a un hombre como él, el hecho de que le hubiera elegido para tareas divinas, si no se investiga más a fondo, suscita una cuestión muy difícil. ¡Y ojalá suscitara sólo una cuestión y no el escándalo que manifestó en aquel tiempo la acusación de los presentes! ¿Cómo no había de encontrarse en un aprieto la fragilidad humana, al ver que el dinero tenía tanto valor para Cristo, que le

concedió su confianza a un hombre deshonesto, su favor a un individuo venal, el encargo de la caridad a un maestro de la codicia, la enseñanza de la santidad a un maestro de la usura, a un publicano del mundo el secreto del cielo?

Revisemos, pues, el orden de la lectura, a fin de escuchar la razón de que Cristo fuera a donde estaba Mateo. «*Cuando se marchaba de allí –dice–, vio Jesús...*». Jesús se marchó de allí para que Mateo tampoco se quedara. «*Y le dijo: “Ven y sígueme”*». No le dijo «*llévame*», porque buscaba a Mateo, no las bolsas de Mateo. «*Sígueme*», es decir, deposita los pesos, rompe las ataduras, suelta los lazos y sígueme; búscate a ti mismo, abandona la usura para conseguir encontrarte.

Mas el justo pretende juzgar a Dios porque se «inclina» hacia el hombre, porque se vuelve al pecador, porque está ávido del penitente, porque tiene sed del retorno del pecador, porque bebe la copa de la piedad. Hermanos, Cristo vino a la comida, vino al convite de la Vida, para que resucitaran de los sepulcros aquellos que yacían muertos; se sienta a la mesa de la indulgencia para aliviar a los pecadores con el perdón. La divinidad vino a la humanidad para que la humanidad llegara a la divinidad; vino el juez a la comida del reo para que el reo consiguiera una sentencia humanitaria; vino el médico entre los languidescentes para restablecer, comiendo con ellos, a los extenuados. Incluyó sus hombros el buen pastor para llevar de nuevo al redil salutífero a la oveja descarriada.

Sin embargo, el fariseo detesta todo esto; se mete en sutilezas; considera que la comida del Señor no es del espíritu, sino de la carne; de lujo terreno y no de gracia celestial. Así, así ve el que no ve (Pedro Crisólogo, «*Sermoni*», 28, 30, *passim*, en G. Banterle [ed.], *Opere di san Pietro Crisologo*, 1: *Sermoni 1-62 bis*, Biblioteca Ambrosiana – Città Nuova, Milán – Roma 1996).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*» (Mt 9,13).

Caminar con la Palabra

El descubrimiento de la misericordia de Dios aparece siempre en primer lugar en la revelación del Evangelio. Jesús no comienza nunca con la denuncia frontal del pecado del hombre culpable. Acoge, más bien, al pecador en la mansedumbre y en la humildad de su corazón, para descargarle del peso que le oprime. Jesús revela antes que nada, con los gestos y las palabras, la misericordia del Padre con los hombres pecadores y su voluntad de salvarlos de la muerte y llevarlos de nuevo a la vida. Sólo ante esta misericordia ofrecida de manera sobreabundante se vuelve capaz el hombre pecador de reconocer su propio pecado y de acoger el perdón divino. Es en el orden de la experiencia espiritual donde el descubrimiento de la misericordia precede y provoca el descubrimiento del pecado. El conocimiento de nuestro pecado supone, en efecto, que disponemos de bastante amor para mostrarnos sensibles a nuestra inadecuación respecto a las exigencias del amor. Ahora bien, la revelación de un amor infinito proyecta una luz incomparable sobre nuestras debilidades. En este sentido, la misericordia de Dios nos revela nuestro pecado. Cuanto más nos acercamos a Dios, más nos descubrimos pecadores. Pasa con el amor misericordioso de Dios como con la luz del sol, que invade la casa y, por contraste, hace resaltar las tinieblas rechazándolas.

El perdón de Dios es la palabra brotada de su misericordia y portadora de misericordia. El perdón es el acto mismo de la misericordia que alcanza al hombre pecador, le envuelve por completo y le libera de su pecado.

Está muy claro que el perdón de Dios no tiene absolutamente nada en común con la vaga indulgencia de un padre débil y permisivo que hace como si ignorara el error del hijo para evitar el choque. El perdón de Dios tampoco puede ser asimilado a la comprensión repleta de benevolencia del amigo que, teniendo

do en cuenta las motivaciones, las circunstancias o la pesada herencia del pasado familiar, acaba por excusar a quien le confía un error. No, perdonar es algo absolutamente distinto. Perdonar significa construir *ex novo*, transformando los elementos que el pasado ha dejado en pedazos. El perdón de Dios es el acto por excelencia en el que él manifiesta su amor creador y salvífico. El amor creador de Dios hace nacer al hombre, le hace vivir, le hace crecer y tender a su autonomía. El amor redentor de Dios hace renacer al hombre, le hace recuperar la vida, le vuelve a situar en un punto más adelantado del camino que estaba realizando ante Dios mediante la fe (J. C. Sagne, *Miseria e misericordia*, Qiqajon, Magnano 1992, 50-55, *passim*).

Curación de dos ciegos y de un sordomudo (Mt 9,27-34)

²⁷ Al salir Jesús de allí, le siguieron dos ciegos gritando:

–Ten piedad de nosotros, hijo de David.

²⁸ Cuando entró en la casa, se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo:

–¿Creéis que puedo hacerlo?

Ellos dijeron:

–Sí, Señor.

²⁹ Entonces tocó sus ojos diciendo:

–Que os suceda según vuestra fe.

³⁰ Y se abrieron sus ojos.

Jesús les ordenó terminantemente:

–Tened cuidado de que nadie lo sepa.

³¹ Pero ellos, nada más salir, lo publicaron por toda aquella comarca.

³² Mientras los ciegos se iban, le presentaron un hombre mudo poseído por un demonio. ³³ Jesús expulsó al demonio y el mudo recobró el habla. Y la gente decía maravillada:

–Jamás se vio cosa igual en Israel.

³⁴ Pero los fariseos decían:

–Expulsa los demonios con el poder del príncipe de los demonios.

La Palabra se ilumina

La sección de los diez milagros concluye con dos episodios que adquieren una importancia particular en el re-

lato de Mateo; la muchedumbre, maravillada, confirma cuanto Jesús había declarado al comienzo de su predicación: la venida del Reino de Dios (cf. Mt 4,17). La narración mateana, reducida a lo esencial, hace resaltar de una manera sorprendente la novedad traída por Cristo y la lucha que ésta desencadena. Los protagonistas del primer milagro son dos ciegos que siguen a Jesús a lo largo del camino gritando: «*Ten piedad de nosotros, hijo de David*» (v. 27). El título que emplean para invocar la ayuda de Jesús es precisamente el de quien reconoce en él la realización del mesianismo real tan esperado en Israel. Y por eso, tras la curación, Jesús ordena a los ciegos que no digan nada de cuanto les ha sucedido: todavía no ha llegado la hora de revelar el secreto mesiánico. La pregunta planteada por Jesús antes de realizar el milagro –«*¿Creéis que puedo hacerlo?*» (v. 28)– pone de relieve el punto central de todo el relato: la fe. Para obtener la curación es preciso *creer* en el poder salvífico de Jesús; el milagro no es un acto de magia, sino la manifestación del amor de Dios, que renueva a quien lo recibe.

El segundo relato es todavía más conciso: Jesús expulsa al maligno con una especie de exorcismo y le abre la boca a un mudo. Semejante poder de Jesús es interpretado enseguida por el pueblo como manifestación de su divinidad. Pero hay quien no lo reconoce: en efecto, los fariseos ven aquí una maquinación demoníaca, aunque el profeta Isaías había dicho: «*Se despegarán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán, brincaré el cojo como un ciervo, la lengua del mudo cantará*» (Is 35,5s). Con la obra de Jesús se realiza de manera clara la venida del Reino; sin embargo, es necesario estar dispuestos a recibirlo.

La Palabra me ilumina

Jesús se presenta hoy también como signo de contradicción (cf. Lc 2,34). Nadie puede permanecer neutral

ante él. Jesús ha venido para realizar un «discernimiento», para llevar a cabo un «juicio», a fin de que quien está ciego, vea, y el que cree ver, se quede ciego (cf. Jn 9,39). Antes que nada hace falta la humildad de reconocer que nuestra vista se encuentra con frecuencia entre tinieblas –por no decir incluso cegada– a causa de los instintos pasionales, por el desorden interior, por el pecado. Nosotros creemos ver muchas cosas, reconocer tal vez determinadas realidades, pero no nos damos cuenta de que somos sólo unos pobres ciegos hasta que Jesús no pone su santa mano sobre nuestros ojos abriéndolos sobre un mundo nuevo, un mundo que antes ni siquiera imaginábamos. Tocados por la gracia, aprendemos antes que nada a reconocerle a él y a reconocer su amor misericordioso, única vía de acceso para comprender –en el Espíritu Santo– el corazón del Padre. Así es como se nos concede conocer lo que de verdad es importante y lo que es, en cambio, relativo.

También nuestra boca tiene necesidad de soltarse de cuanto le impide abrirse a la alabanza pura y gratuita de nuestro Dios y Señor Jesucristo. Todas las palabras vanas y carentes de sentido que decimos cada día son en realidad palabras mudas si no toman el sentido y el poder de aquel que es la Palabra del Padre. Únicamente si nos reconocemos creados, dependientes de Dios y llamados gratuitamente por él a cooperar en el designio universal de salvación, podremos recuperar nuestra dignidad de hombres y mujeres que «ven» verdaderamente y que saben vivir de lo único necesario, de la palabra de salvación: «*Jesús, ten piedad de nosotros, pecadores*».

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, revelador del infinito amor del Padre, tú viniste a recorrer los caminos de nuestra historia humana: nos ponemos ante ti con toda nuestra pobreza. Abre nuestros ojos para que te veamos sólo a ti y de ti

aprendamos a conocer todas las cosas en su justo valor. Cúranos de nuestro mutismo, que nos encierra en nosotros mismos, y haz que, alcanzados por tu palabra de salvación, vivamos como criaturas libres y felices que, purificadas en el corazón, te ven a ti en cada persona y en todos los acontecimientos alegres o tristes de la vida te alaban a ti, que eres el Amor.

La Palabra en el corazón de los Padres

Estos dos ciegos, aunque privados de la visión material, poseían los ojos penetrantes de la fe y del corazón; con esos ojos pudieron ver la luz verdadera y eterna, el Hijo de Dios, de quien se había escrito con verdad: *«La Palabra era la luz verdadera que con su venida al mundo ilumina a todo hombre»* (Jn 1,9). De esa luz habla el mismo Isaías cuando escribe: *«¡Ánimo, no temáis!; mirad a vuestro Dios: trae la venganza y el desquite; viene en persona a salvaros». Se despegarán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán»* (Is 35,4s).

Así pues, puesto que los dos ciegos comprendieron con los ojos de la mente que este Salvador había venido en la carne para el género humano, no sin razón se ponen a gritar: *«Ten piedad de nosotros, hijo de David»* (Mt 9,27). Fue llamado hijo de David, en cuanto que asumió un cuerpo humano de la descendencia de David. Los dos ciegos no creyeron sólo que Cristo Señor fuera hijo de David, sino que –lo que es bastante más– pensaron que era Hijo de Dios. Justamente, a la pregunta *«¿creéis que puedo hacerlo?»* (v. 28), responden con prontitud: *«Sí, Señor»* (Mt 9,28). Advertimos muy bien cuán extraordinaria es la gracia del Señor en este caso, que dice a los dos ciegos: *«¿Creéis que puedo hacerlo?»*. No porque, en el caso de que hubieran creído, no pudiera él obrar igualmente el milagro, sino porque quiso que la obra de su poder divino fuera puesta en el don de la fe. A continuación, en el hecho de que los dos ciegos, una vez recibida la vista,

dieran a conocer por todas partes el poder del Señor, se da a entender que se debe anunciar la gracia del don divino en todas partes por obra de los que han creído.

Una gracia tan singular no puede, ciertamente, ni mantenerse escondida ni tampoco ser llamada: el Señor impartió entonces una magna gracia, pero se trata de una gracia que continúa dando él, que es bendito por los siglos. Amén (Cromacio de Aquileya, *Comentario al evangelio de Mateo*, 48, 1s, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Ten piedad de nosotros, hijo de David» (Mt 9,27).

Caminar con la Palabra

Algunos tienen los ojos cerrados porque no quieren comprender. No hay nada peor que esto: cerrarse a la luz, tal vez con el postulado indemostrable de que no existe lo sobrenatural. El creyente, en cambio, está llamado a dar el salto de calidad, a abandonarse a Cristo, a entrar en el misterio. ¿Cómo? Es interesante todo lo que Jesús dice pasando revista a los distintos elementos de la persona del hombre: *«¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Es que tenéis embotada vuestra mente? Tenéis ojos y no veis; tenéis oídos y no oís»* (Mc 8, 17s). Y podríamos añadir: *¿Tenéis memoria y no recordáis?* Fijaos que pone en juego todas las facultades. Es preciso entrar en el misterio de su persona con todas las fuerzas vivas que hay en nosotros. Sería preciso que esta frase nos entrara como una espada en el corazón: *«¿Todavía no tenéis fe? ¿Tampoco vosotros habéis comprendido nada todavía?»* (Mc 7,18).

Quisiera extraer algunas consecuencias prácticas. A menudo somos cegatos. Existe una estrecha relación entre los ojos y la fe. Estoy pensando en el comienzo de dos salmos: *«A ti levanto mis ojos»* (Sal 122); *«A ti, Señor, levanto mi alma»* (Sal 24). Los ojos son la ventana del alma. Es a través de estos ojos sobrenaturales de la fe como captamos la realidad de lo sobrenatural.

La existencia es un camino con Jesús al lado como el más discreto de los hermanos, pero sigues adelante como si estuvieras solo, y a menudo te sientes solo. Es preciso que nos quitemos las escamas de estos ojos. Debemos pedirle al Señor unos ojos para ver a Cristo en acción en la historia. Es él quien tiene en su mano la sucesión de los acontecimientos. Qué hermoso es lo que dice san Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios*: «Ver a Dios en todas las cosas y verlas todas en él».

Cierto, hay muchas cosas desconcertantes en la vida, y no sólo hoy, sino también ayer. Nuestra historia es el astillero donde se está construyendo el Reino y Cristo está en acción; se requiere ojos para ver. Nosotros vemos a menudo como ven los periódicos, que están tintados de laicismo y de terrenismo (M. Magrassi, *Per me vivere è Cristo*, La Scala, Noci 1991, 43-47, *passim*).

Jesús y las muchedumbres sin pastor; la misión de los Doce

(Mt 9,35–10,16)

³⁵ Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias.

³⁶ Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor. ³⁷ Entonces dijo a sus discípulos:

–La mies es abundante, pero los obreros son pocos. ³⁸ Rogad por tanto al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

^{10,1} Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio poder para expulsar espíritus inmundos y para curar toda clase de enfermedades y dolencias. ² Los nombres de los doce apóstoles son: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; luego Santiago el hijo de Zebedeo y su hermano Juan; ³ Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el publicano; Santiago, el hijo de Alfeo, y Tadeo; ⁴ Simón el cananeo, y Judas Iscariote, el que lo entregó.

⁵ A estos doce los envió Jesús con las siguientes instrucciones:

–No vayáis a regiones de paganos ni entréis en los pueblos de Samaría. ⁶ Id más bien a las ovejas perdidas del pueblo de Israel. ⁷ Id anunciando que está llegando el Reino de los Cielos. ⁸ Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios; gratis lo recibisteis, dadlo gratis. ⁹ No llevéis oro, ni plata ni dinero en el bolsillo; ¹⁰ ni zurrón para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni cayado, porque el obrero tiene derecho a su sustento.

¹¹ Cuando lleguéis a un pueblo o aldea, averiguad quién hay en ella digno de recibirlos y quedaos en su casa hasta que mar-

chéis. ¹² Al entrar en la casa, saludad, ¹³ y si lo merecen, la paz de vuestro saludo se quedará con ellos; si no, volverá a vosotros. ¹⁴ Si no os reciben ni escuchan vuestro mensaje, salid de esa casa o de ese pueblo y sacudíos el polvo de los pies. ¹⁵ Os aseguro que el día del juicio será más llevadero para Sodoma y Gomorra que para ese pueblo.

¹⁶ Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, astutos como serpientes y sencillos como palomas.

La Palabra se ilumina

La sección del evangelio dedicada a los prodigios de poder se cierra con un breve resumen que introduce el discurso apostólico. Los vv. 35-38, sin embargo, no sirven simplemente de transición: se recoge casi al pie de la letra el fragmento que precedía al sermón de la montaña, para indicar que la enseñanza y la actividad terapéutica de Jesús van estrechamente unidas. Ambas brotan, en efecto, de su compasión por las muchedumbres necesitadas de guía y de cuidados como un rebaño desbandado. Jesús conoce el corazón del Padre, invocado como Pastor de Israel en el Primer Testamento, y él mismo es el Mesías-Pastor enviado a cuidar de las ovejas dispersas (Ez 34,23). Jesús asocia a esta imagen la de la mies, que en los textos apocalípticos se refiere a los últimos tiempos (Mt 13,39b; Ap 14,14-16). Sin embargo, introduce un elemento nuevo en la simbología de costumbre: los obreros de la mies no son los ángeles, sino los discípulos. Su colaboración resulta, por tanto, esencial en el plan divino de salvación, y la comunidad cristiana debe elevar al Padre una oración suplicante, a fin de que suscite esos obreros en todos los tiempos.

Los apóstoles tienen un papel particular; por eso presenta Mateo la lista de los mismos después de haber hablado del poder que Jesús les ha conferido, a fin de que puedan compartir su misión. El evangelista recoge después, en un discurso que ocupa todo el capítulo 10, las instrucciones de Jesús a los discípulos relacionadas con

su mandato. Podemos identificar los ejes principales: el primer anuncio va dirigido al pueblo elegido (v. 6; cf. Hch 13,46); la grandeza del don recibido debe impulsar a los enviados a una entrega incondicionada (v. 8b) y a una confianza plena en la Providencia, con un estilo de pobreza y sencillez (vv. 9-11); el misionero lleva la paz, pero este bien puede ser desconocido o rechazado (vv. 13-16); la conciencia de la hostilidad no debe ser un freno para el enviado, sino que tiene que inducirle a moverse de manera prudente en las situaciones difíciles y a superarlas siempre con el corazón limpio.

La Palabra me ilumina

El evangelio no nos comunica, en primer lugar, las enseñanzas de Jesús, sino a él mismo, a su persona: al escuchar la Palabra, escuchamos su corazón. En este fragmento le hemos seguido en su camino a lo largo de las calzadas de los hombres y hemos captado su mirada posándose ampliamente sobre las multitudes, con una compasión infinita. En efecto, conoce las penas, las fatigas, las esperanzas de cada uno de ellos... Su mirada se vuelve después hacia sus discípulos, a nosotros, para invitarnos a compartir su mismo amor por el hombre. Jesús nos confía el anhelo de su corazón y nos confía el doble mandato de la oración y de la misión; condición necesaria para ambas es la pobreza del corazón, compuesta de gratitud y de gratuidad. También nosotros hemos sido «ovejas sin pastor»: el Señor ha podido alcanzarnos, cuidarnos, señalarnos el camino de la vida que desemboca en la alegría eterna. Pero quedan muchos hermanos nuestros que vagan todavía sin meta, buscando en vano el consuelo y la felicidad..., y a ellos quiere llegar Jesús a través de los «suyos», es decir, a través de nosotros.

Cada uno de nosotros puede convertirse, con la gracia de Dios, en obrero de su mies; Jesús nos llama jun-

to a sí a cada uno de nosotros, como a los apóstoles, para enviarnos lejos, a distancias que no se miden en kilómetros. ¡Qué lejos puede estar nuestro ambiente de trabajo del Señor! Sin embargo, él quiere hacernos conscientes de que hemos sido enviados a proponer, no a conquistar. Puede suceder que lo demos todo –por lo demás, todo nos había venido de él– y que veamos frustrada nuestra obra. El fracaso no debe detener al discípulo, sino volver a ponerle en camino: la paz de Cristo que lleva a los hermanos le acompañará enseñándole en su intimidad la sabiduría (cf. 50,8) para hacerle cada vez más sagaz y, al mismo tiempo, sencillo.

La Palabra se convierte en oración

Jesús, nuestra Misericordia, has venido, como buen pastor, a buscar en cada uno de nosotros a la humanidad perdida, para llevarla de nuevo al redil del Padre. Tus llagas nos han curado: haz que la salvación recibida por gracia sea comunicada por nosotros gratuitamente a nuestros hermanos. Tú, que siempre intercedes en nuestro favor, sostén nuestra oración y nuestra misión. Haznos obreros incansables del bien, portadores de paz, capaces de recorrer los caminos del hombre y de dejar en todos ellos una huella de luz: el testimonio del amor del Padre.

La Palabra en el corazón de los Padres

Escuchemos lo que manda el Señor a aquellos a quienes envía a predicar: «*Id anunciando que está llegando el Reino de los Cielos*» (Mt 10,7).

Antes del envío, dio a los santos predicadores el poder de hacer milagros, a fin de que aquellos que predicaban cosas nuevas realizaran también cosas extraordinarias, como se añade de inmediato: «*Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos,*

expulsad a los demonios» (Mt 10,8). Los milagros visibles resplandecen para atraer los corazones de aquellos que los admiran a la fe en las cosas invisibles, mucho más admirables.

Tras haber concedido la autoridad de la predicación y la facultad de avalarla con los milagros, dice nuestro Redentor: «*Gratis lo recibisteis, dadlo gratis*» (Mt 10,8). Preveía, en efecto, que algunos habrían de intentar usar los carismas recibidos del Espíritu Santo con fines de lucro y habrían de reducir la virtud de hacer milagros a instrumento de avaricia. Hay algunos que, aunque no reciben premios en dinero, buscan, no obstante, la retribución de la alabanza humana. Éstos no dan gratis lo que han recibido de manera gratuita, puesto que intentan recabar de un ministerio sagrado el precio de la alabanza. Por eso, el profeta, pretendiendo describir al hombre justo, dice muy bien de él que «*sacude de sus manos todo regalo*» (Is 33,15). Nótese que no dice sólo que sacude de sus manos «el regalo», sino «todo regalo», porque hay varios regalos: está el regalo del obsequio, el regalo de mano, el regalo de lengua. El regalo del obsequio consiste en la búsqueda del poder; el regalo de mano es el dinero; el regalo de lengua es la alabanza.

Ahora bien, vosotros, hermanos queridísimos, que vestís el hábito secular, mientras vais a conocer cuáles son vuestros deberes, fijad los ojos de la mente asimismo en vuestras obligaciones. El bien que os hacéis recíprocamente, hacedlo de manera gratuita. Del mismo modo que intentáis ocultar vuestras malas acciones, para que no las vean los otros, procurad esconder sobre todo vuestras acciones buenas, para no recibir por ellas alabanzas de los hombres. No hagáis nunca el mal por ningún motivo; haced siempre el bien, pero no lo hagáis nunca para obtener una retribución temporal. El tiempo pasa veloz. Preparémonos enseguida a presentarnos ante Dios ricos de buenas obras, con la ayuda de nues-

tro Señor Jesucristo, que vive y reina en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos (Gregorio Magno, *Homilias sobre el Evangelio*, IV, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Gratis lo recibisteis, dadlo gratis*» (Mt 10,8).

Caminar con la Palabra

Sabemos cuál fue la reacción de los discípulos ante la desconcertante noticia que cambió la faz del mundo: lo dejaron todo al instante. Y Jesús dice enseguida que esta bella noticia es preciso proclamarla a todas las gentes, por doquier, por todo el mundo. Querríamos que este anuncio sacudiera también nuestra conciencia. Es una bella noticia para mí, y puede ser nueva. Es nueva cada vez que la escucho.

«*¡Creed en el Evangelio!*». También aquí se cuele la palabra *creer*. No se trata de la aceptación de una verdad abstracta, sino de abandonarse a Jesús, que se revela como la única salvación, como el Reino que está aquí. Es darle crédito, darle carta blanca: es un abandonarse del todo en el Señor con todo nuestro ser. De ahí la importancia del acto de predicar: «*predicad a todo el mundo*» (cf. Mc 16,15). Tal vez hemos olvidado el carácter casi sacramental de esta predicación. Cuando se dice «*Evangelio de Cristo*», tenemos un genitivo, se trata de un genitivo objetivo y subjetivo al mismo tiempo: objetivo, porque Cristo es el objeto del anuncio, pues le anunciamos a él, pero también es subjetivo, porque es él quien anuncia a través de nosotros. Muchas veces nos desanimamos en nuestro ministerio y decimos: «¿De qué sirve mi predicación?». ¿Creo que el Evangelio es en mi boca el Evangelio de Cristo en sentido subjetivo, fuerza de salvación, por tanto, para todo el que se abre a la Palabra, que tiene una fuerza maravillosa en sí misma?

A buen seguro, no es preciso tomar esto en un sentido mágico. La Palabra es tal, si es acogida, si es escuchada: habla al corazón, quiere «un corazón a la escucha». Pero es poderosa, es eficaz,

lleva a cabo la salvación. Y para nosotros es siempre un comienzo: hoy debo acoger la Palabra que me salva: «*Ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón...*» (Sal 94,8).

Es posible que muchas veces la gente, al vernos trabajar generosamente (el Señor lo quiera), dé la impresión de decirnos: ¿Qué te hace hacerlo? Deberíamos tener una respuesta única: ¡Sólo él! ¡Sólo él me lleva a hacerlo! Aquí reside todo el cristianismo, si queremos reducirlo a lo esencial. Esta adhesión total a la persona de Cristo se convierte en el sentido único de la vida: «*Para mí la vida es Cristo*» (Flp 1,21).

Nuestra pastoral es toda una pedagogía del encuentro con Cristo; coger a los hermanos de la mano, llevarlos al encuentro de Jesús, el único Salvador, y retirarnos después en silencio (M. Magrassi, *Per me vivere è Cristo*, La Scala, Noci 1991, 28-36, *passim*).

Exigencias radicales de la misión

(Mt 10,17-11,1)

¹⁷ Tened cuidado, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas. ¹⁸ Seréis llevados por mi causa ante los gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los paganos. ¹⁹ Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo hablaréis, ni de qué diréis. Dios mismo os sugerirá en ese momento lo que tenéis que decir, ²⁰ pues no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará a través de vosotros.

²¹ El hermano entregará a su hermano a la muerte y el padre a su hijo. Se levantarán hijos contra padres y los matarán. ²² Todos os odian por causa mía, pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará. ²³ Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; os aseguro que no recorreréis todas las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre.

²⁴ El discípulo no es más que su maestro; ni el siervo más que su señor. ²⁵ Basta con que el discípulo sea como su maestro, y el siervo como su señor. Si al dueño de casa lo llamaron Belcebú, ¡más aún a los de su familia!

²⁶ Así pues, no les tengáis miedo, porque no hay nada oculto que no haya de manifestarse, ni nada secreto que no haya de saberse. ²⁷ Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz; lo que escucháis al oído, proclamadlo desde las azoteas.

²⁸ No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden quitar la vida; temed más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego eterno.

²⁹ ¿No se vende un par de pájaros por muy poco dinero? Y, sin embargo, ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita vuestro Padre. ³⁰ En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de

vuestra cabeza están contados. ³¹ No temáis, vosotros valéis más que todos los pájaros.

³² Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a su favor delante de mi Padre celestial; ³³ pero a quien me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre celestial.

³⁴ No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino discordia. ³⁵ Porque he venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre, a la nuera de su suegra; ³⁶ los enemigos de cada uno serán los de su casa. ³⁷ El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. ³⁸ El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. ³⁹ El que quiera conservar la vida, la perderá, y el que la pierda por mí, la conservará.

⁴⁰ El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. ⁴¹ El que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta; el que recibe a un justo por ser justo, recibirá recompensa de justo; ⁴² y os aseguro que quien dé un vaso de agua a uno de estos pequeños por ser discípulo mío no se quedará sin recompensa.

^{11,1} Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue a enseñar y a proclamar el mensaje en los pueblos de la región.

La Palabra se ilumina

El discurso apostólico continúa tomando en consideración la eventualidad de la persecución, connatural a la misma misión. Ante Jesús se impone, en efecto, una opción clara (vv. 32s) y su seguimiento exige un desprendimiento radical de los afectos más queridos (vv. 37-39). En consecuencia, es preciso que los discípulos, con la ayuda del Espíritu del Padre, estén preparados para hacer frente al odio, a las humillaciones y a la violencia, sabiendo transformar las circunstancias más desfavorables en ocasiones para un testimonio eficaz (vv. 17-22). Precisamente cuando los vínculos naturales más fuertes revelan toda su precariedad (v. 21), el enviado experimenta que pertenece a una familia sobre-

natural en la que el Padre no deja de socorrer, velar y proteger a los hermanos de su Hijo (vv. 25.29-31). Esta certeza debe sostener la perseverancia y la franqueza de los discípulos enviados a anunciar a todos lo que han escuchado de viva voz del Maestro de manera reservada. El único temor de los enviados debe ser renegar de Cristo; en efecto, el que permanece unido a él estrecha un vínculo vital con él, porque no tiene motivo para temer la condena de los hombres ni la muerte del cuerpo: el verdadero juicio que amenaza a todos es el de Dios (v. 28). En consecuencia, es preciso llevar a cabo una opción decidida y clarividente que, superando los limitados horizontes del tiempo presente, sea capaz de dirigirse al Eterno, presente en el tiempo, es decir, a Cristo. Es él quien da la justa medida y su justo peso a los vínculos afectivos; por él es preciso que estemos dispuestos a sacrificarlo todo, incluso a nosotros mismos, seguros de que él sabrá dar la vida en plenitud a quien esté dispuesto a perderla cada día por el camino de su seguimiento. Con todo, el anuncio del Evangelio no está destinado, inevitablemente, al fracaso: la conclusión del discurso apostólico presenta el caso en que se acoge al misionero. También aquí nos invita Cristo a ser capaces de mirar más allá de las apariencias: según un antiguo adagio, «el enviado de un hombre es como él mismo»; por eso, ni el más pequeño gesto de caridad dirigido a un discípulo quedará sin recompensa ante Dios.

La Palabra me ilumina

Esta página del evangelio nos recuerda que la verdadera perspectiva de la vida cristiana es la *martyría*, es decir, el testimonio. Los mártires son testigos luminosos de Cristo hasta el sacrificio de la vida por su causa; ahora bien, todo discípulo de Jesús está llamado a dar ese testimonio, a ese sacrificio incruento de sí mismo que se consume en lo secreto de una conciencia dispuesta a

toda renuncia por fidelidad al Señor y a su Palabra. Tal vez nos parezca que no tenemos madera de héroes y pensemos que a nosotros no se nos pedirá tanto. Olvidamos así que la inmensa multitud de los mártires de todos los tiempos cuenta con niños, ancianos, muchachos, gente común y «sin madera», precisamente como nosotros. Sin embargo, en la hora de la prueba, estos hermanos nuestros fueron capaces de proclamar con los hechos que el amor del Señor es la realidad más preciosa, por la que vale la pena sacrificar hasta la vida. Es posible que se nos dispense de este tipo de pruebas, pero de todos modos debemos asumir la lucha contra una mentalidad antievangélica que intenta dominar con insidias también a los creyentes. A diario se nos presentan infinitas ocasiones para dar testimonio de Cristo y del Evangelio: unas veces basta con declinar una invitación o poner de manifiesto el contenido poco edificante de una propuesta para hacernos impopulares entre los amigos. Cuando, más tarde, motivamos con sencillez nuestra propia decisión, corremos el riesgo de convertirnos en el hazmerreír de la compañía. *«Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres...»*: esta opción tiene siempre un precio y ha de ser renovada a diario, a toda costa, pues quien haya realizado su propia vida siguiendo los criterios del éxito, del placer y del poder, la perderá, mientras que quien haya perdido su propia vida por Jesús, la encontrará.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, testigo fiel y veraz del amor del Padre, sostén a tus discípulos con el don del Espíritu. Infunde fortaleza en quien está perseguido por la fe, valor en quien está llamado a abandonar todo para seguirte más de cerca, sabiduría a quien debe discernir los verdaderos de los falsos valores que propone el mundo. Haz, oh Señor, que sepamos reconocerte sin ambigüedad ante

los hombres, a fin de ser reconocidos por ti ante el Padre en el día de la vida sin fin.

La Palabra en el corazón de los Padres

Cristo parece decirnos: «Yo he dado el comienzo, he marcado los primeros pasos, pero quiero que la obra comenzada sea perfeccionada por medio de vosotros». Son palabras de quien quiere inspirar valor y confianza, de quien quiere asegurar a los suyos de que triunfarán sobre todas las dificultades y disipar la angustia que les inspira la previsión de las calumnias de los que han de ser objeto...

Observad cómo Jesús eleva a sus discípulos no sólo por encima de los afanes, de las inquietudes, de los peligros, de las insidias, sino enseñándoles también a despreciar la muerte, que parece la desgracia más terrible de todas. Jesús se comporta siempre así, es decir, habla no con argumentaciones de tal tipo que lleven a los hombres a aceptar lo contrario de lo que pensaban antes. ¿Teméis a la muerte y este temor os impide predicar? Pues bien, precisamente porque teméis a la muerte debéis predicar, puesto que sólo eso podrá salvaros de la muerte verdadera. Aunque vuestros enemigos os mataran, por muchos esfuerzos que hagan, no podrán tocar la parte más noble de vosotros. Dado que Dios lo sabe todo –dice Cristo– y puede y quiere salvaros, no penséis nunca que él os abandonará. *«No temáis, vosotros valéis más que todos los pájaros»* (Mt 10,31). A pesar de todas estas exhortaciones, nosotros hacemos ahora lo contrario de lo que Cristo nos manda.

Después de haber puesto en fuga el terror y la angustia, Cristo comienza de nuevo a animarles. Disipa un temor con otro temor, pero añade también la esperanza de grandes recompensas. Cuanto más largos y duros sean los sufrimientos del justo al confesar a Cristo, tanto más crecerá su alegría eterna. Vosotros me habéis

confesado con valor aquí en la tierra –dice Cristo– y yo os prometo una recompensa infinitamente por encima de vuestros méritos, porque os confesaré en el cielo. ¿Por qué os afanáis entonces, por qué queréis buscar aquí vuestro premio, vosotros que estáis salvados en la esperanza? Si hacéis el bien en la tierra y no recibís aquí recompensa alguna, no os turbéis, incluso alegraros, porque eso significa que os está reservada para el tiempo futuro, es decir, para la eternidad, una recompensa más grande que vuestros méritos (Juan Crisóstomo, *Homilía* 34, 3s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El que quiera conservar la vida, la perderá, y el que la pierda por mí, la conservará*» (Mt 10,39).

Caminar con la Palabra

El martirio, que es volver a proponer el «*lenguaje de la cruz*» (1 Cor 1,18), está inscrito desde siempre en la vida del cristiano, desde el bautismo, que es inmersión en la muerte del Señor.

Por eso debemos preguntarnos: ¿*por qué puede ser perseguido el cristiano?* ¿Por qué el camino del discípulo es el camino de la cruz en el que puede ser enrolado como Simón el Cirieneo para llevar la cruz del Señor? Porque allí donde aparece el justo, pobre y desarmado, se vuelve molesto para los impíos, que le ven como portador de un juicio contra sus sentimientos y sus acciones (cf. Sab 2,10-20). Donde aflora el radicalismo cristiano, allí donde la memoria de Cristo se vuelve auténtica y eficaz, allí debe saber el cristiano que se hace posible beber el cáliz.

Hoy se trata de tomar conciencia de que la Iglesia es una «*minoría*», es el pequeño rebaño (cf. Lc 12,32), y por eso debe renovar comunitariamente su seguimiento del Siervo-Señor Jesucristo contando con la hostilidad hasta el martirio, sin ceder, no obstante, al espíritu de cruzada, de enemistad, de separación del mundo. No hay que buscar el choque de la fe, pero acontece.

Si la confesión de fe no conduce a un morir concreto y cotidiano por el Señor, perdiendo la propia vida, entonces el mismo vivir por él está invalidado desde la raíz. En vistas a ello es necesario que la comunidad cristiana viva *el primado de la fe* en un conocimiento-amor del Señor por encima de todo conocimiento y de todo amor. Se trata de silabear el aquí y el ahora en la lógica del Siervo que da la vida por los otros, que se hace esclavo hasta lavar los pies a los hermanos, que envuelve al pecador con la misericordia de Dios, que obra la paz con mansedumbre, que ora y desea que todos los hombres lleguen a la verdad y se salven. ¡Se trata de la *santidad*!

Los santos son la auténtica y concreta *sequentia sancti evangelii* en la historia, entre los hombres. Tenemos necesidad de santos y de comunidades santas, de Iglesias santas. Sólo de este modo podremos invitar al mundo a creer en Jesucristo y en aquel que le envió. Seguimiento como santidad vivida, porque el Evangelio no es un libro, no es sólo un anuncio, sino que es y debe ser la vida del cristiano (E. Bianchi, *Cristiani nella società*, Rizzoli, Milán 2003, 69-76, *passim*).

Juan el Bautista

(Mt 11,2-15)

² Juan, que había oído hablar en la cárcel de las obras del Mesías, envió a sus discípulos ³ a preguntarle:

–¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?

⁴ Jesús les respondió:

–Id a contar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: ⁵ los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. ⁶ ¡Y dichoso el que no encuentre en mí motivo de tropiezo!

⁷ Cuando se marcharon, Jesús se puso a hablar de Juan a la gente:

–¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ⁸ ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre lujosamente vestido? Los que visten con lujo están en los palacios de los reyes. ⁹ ¿Qué salisteis entonces a ver? ¿Un profeta? Sí, y más que un profeta. ¹⁰ Éste es de quien está escrito: Yo envío mi mensajero delante de ti; él te preparará el camino. ¹¹ Os aseguro que entre los hijos de mujer no ha habido uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él. ¹² Desde que apareció Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos pretenden apoderarse de él. ¹³ Pues todos los profetas y la ley anunciaron esto hasta que vino Juan. ¹⁴ Y es que, queráis aceptarlo o no, él es Elías, el que tenía que venir. ¹⁵ El que tenga oídos, que oiga.

La Palabra se ilumina

El discurso apostólico va seguido en Mateo de una nueva sección narrativa (capítulos 11-12) cuyo hilo conductor podemos situarlo en la discusión sobre la identidad de Jesús. La figura del Bautista, protagonista de este fragmento, es captada por Mateo en su profundidad humana además de en su grandeza excepcional. El Precursor, sumergido en la oscuridad de la cárcel y en la noche del espíritu, parece dudar un tanto a la hora de reconocer en Jesús al Mesías anunciado por él como Juez justo e implacable. Con todo, la duda se abre a la pregunta. Juan envía a preguntar: «¿Eres tú el que tenía que venir?» (v. 3).

Éste era un título mesiánico; Jesús responde presentando los signos mesiánicos (cf. Is 26,19; 29,18ss; 35,5). Sin embargo, sigue abierta la posibilidad del escándalo, porque siempre nos acecha la tentación de proyectar expectativas parciales o personales sobre la promesa de Dios. Jesús proclama a este respecto una décima bienaventuranza. Juan se encuentra, a buen seguro, entre estos *bienaventurados* que permanecen en una búsqueda continua de la verdad y de la voluntad de Dios, sin presumir de sí mismos y de sus propias convicciones. Por eso le exalta Jesús ante las muchedumbres como un hombre de una pieza, que no se pliega al cambio de los acontecimientos ni busca el apoyo de los poderosos ni su interés personal. Pero es también el más grande entre los profetas y «entre los hijos de mujer», por su papel único de precursor del Mesías.

Juan marca el límite entre la Primera Alianza y el Nuevo Pacto (v. 13): por eso, el más pequeño de los que pertenecen al reino, a la economía de la gracia, es más grande que este hombre de extraordinario valor. El Bautista, con su ejemplo y su predicación, dio comienzo a un grupo de *violentos*, o sea, de hombres fuertes que, vencidos a sí mismos con la penitencia, dan un asal-

to victorioso al Reino de los Cielos: éste es el significado más probable del enigmático v. 12, entendido, no obstante, por algunos como una alusión a la prisión de Juan, precursor de Jesús también en la muerte cruenta.

La Palabra me ilumina

«¿Eres tú el que tenía que venir?» La pregunta expresa la incertidumbre de un hombre al que el mismo Jesús definió como el mayor de todos y, al mismo tiempo, revela que la verdadera grandeza del Bautista es la humildad. Diríase que el único temor de Juan haya sido fracasar en la misión que Dios le había confiado, no haberla comprendido bien: Jesús era muy distinto al Mesías que él había anunciado; ¿cuál era, entonces, la verdad? Juan no renunció a buscarla ni siquiera en la oscuridad de la cárcel, cuando su tarea había terminado prácticamente. Su pregunta nos invita a no dar por descontadas las convicciones que hemos sostenido desde siempre, y a ponernos, más bien, en tela de juicio sin tener miedo a que sea una especie de fracaso, a estar de rodillas ante el Señor para decirle: «Tal vez no te conozco todavía: ¿quién eres tú en verdad?».

El Bautista nos enseña a interrogar a este Jesús que siempre nos sorprende, superando nuestras categorías mentales y el conocimiento que de él teníamos. Jesús es verdaderamente el que tenía que venir, la Novedad de Dios que hoy, ahora, se acerca al hombre. Sin embargo, también nosotros, como Juan, debemos aceptar los signos de su realeza sin escandalizarnos de él: el Señor de la gloria está de hecho todavía con nosotros, hasta el fin de los tiempos, como el Siervo de YHWH, que cargó humildemente con el dolor y el pecado del hombre para curarle y salvarle. Vela el esplendor de su rostro con las pobres apariencias de los enfermos, de los indigentes, de los marginados. Y precisamente con el rostro de nuestros hermanos sometidos a las más duras pruebas

viene a visitarnos cada día. Debemos aprender a hacernos una santa violencia –la única permitida por el Evangelio– para reconocerle, servirle y amarle como él mismo elige presentarse hoy a nosotros.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú eres el que siempre vienes; eres la respuesta del Padre a las expectativas más profundas del corazón humano. Enséñanos el camino de la humildad que tú has recorrido para venir a nosotros. Danos la mirada de la fe para ser capaces de reconocer los signos de tu presencia incluso en la oscuridad de la prueba. Acógenos entre los más pequeños de tu Reino, dado por gracia a quien sabe destrozar en sí mismo toda violencia y responder al mal con el bien.

La Palabra en el corazón de los Padres

¿Qué habéis venido a ver en el desierto? ¿Un profeta? Sí, ciertamente, os digo, y aún más que un profeta. El cometido del profeta consiste sólo en predecir el futuro, y no en mostrar su cumplimiento. Juan es, por consiguiente, más que un profeta, muestra con el dedo al que había preanunciado y precedido.

Se dice que no es una caña agitada por el viento, que no lleva ropa lujosa; se atestigua que el nombre de profeta es poco para caracterizarle. Escuchemos qué título se puede decretar que sea digno de él: «*Éste es* –prosigue el Señor– *de quien está escrito: Yo envío mi mensajero delante de ti*». La palabra griega «ángel» corresponde a la palabra «mensajero». El término «ángel» le va bien a quien ha sido enviado para anunciar la venida del Juez supremo, puesto que contiene en sí mismo la dignidad de la función indicada. Se trata de un gran nombre, pero la vida de Juan lo mereció en verdad. También vosotros podéis merecer este nombre sublime. En efecto, si cada

uno de vosotros, en la medida de sus posibilidades, aleja al prójimo del mal, le reconduce al bien, recuerda al que se ha descarriado el Reino y la pena que le esperan en la eternidad, es un ángel, evidentemente, por ser un mensajero de las santas palabras de Jesús. Aquel que ha advertido ya en su corazón la llamada del Amor divino, que saque de él una palabra de aliento para el prójimo. Es posible que no tengáis pan para dar a un mendigo, pero el que tiene lengua puede dar algo mejor que el pan. En efecto, alimentar con el alimento de la Palabra a un alma destinada a vivir eternamente es mejor que saciar de pan terrestre un cuerpo que debe morir un día. Absteneos, por consiguiente, de privar a vuestro prójimo de la limosna de la palabra. Que vuestras conversaciones inútiles cambien y se dirijan a la edificación del prójimo. Considerad la rapidez con la que discurre nuestra vida; mirad a la verdad del Juez que debe venir (Gregorio Magno, *Homilías sobre los evangelios*, VI, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«¿Eres tú el que tenía que venir?» (Mt 11,3).

Caminar con la Palabra

¿Queréis ver dónde está el Mesías, dónde se le acoge? ¿Queréis ver dónde se acoge la realidad de la salvación, obra de Dios, por las personas con una libre responsabilidad? Es allí donde reina Dios y no otros, allí donde el anuncio de que Dios reina es salvación para los que están oprimidos.

Entre los hombres hay personas de primera y de segunda categoría, ricos y pobres, y esto no en virtud de la obra de Dios, de su voluntad, sino porque los hombres son pecadores. El pecado de los hombres pesa, de hecho, sobre los pobres, sobre su carne. El anuncio evangélico es: allí donde Dios es el Señor no

hay otros señores, no hay pobres. Desde este punto de vista, la provocación que llega es que, si reconocemos y acogemos a Dios, eso se comprueba no sólo en la realidad interior, que sólo unos ojos invisibles pueden ver, sino también en el modo de ser de nuestras relaciones. Allí donde el otro se convierte en hermano, se acoge a Dios. Allí donde se pone al otro en condiciones de ser hermano, se significa que el modo de vivir en la tierra es el que propone Jesús, es el que Jesús nos ha enseñado.

Cuando se van los discípulos del Bautista, Jesús pregunta a los que están a su alrededor: «¿Qué salisteis a ver en el desierto?...» (Mt 11,7). Y hace dos extrañas alusiones al modo de comprender al Bautista por parte de la gente. Dice de él que no es una caña agitada por el viento, sino una persona que *se mantiene en pie*. Se trata de una provocación dirigida a los oyentes para que se pregunten si ellos, personalmente, se mantienen en pie o se dejan arrastrar por los vientos. El ir a ver a Juan en el desierto podía ser también el viento de una moda, como el hecho de escuchar ahora al mismo Jesús. La provocación se convierte así en esto: todos estiman a este hombre, pero ¿quién le toma en serio? ¿Quién le escucha de verdad?

Juan no es como una caña agitada por el viento, sino alguien que tiene su propia estatura moral, sabe lo que quiere y por qué, en el Señor y en verdad. Este mantenerse en pie por su parte es también un mantenerse en pie respecto a los vientos que son las vías aparentes de autorrealización. Y Jesús lo subraya.

No falta, a continuación, en el texto, la referencia al hecho de que el Reino de los Cielos sufre violencia. Ser personas del Reino, de un modo o de otro, significa no estar en los palacios, sufrir el viento que sopla; mantenerse en pie no porque no sopla el viento, sino porque se está de pie a pesar de las diferentes direcciones que puede tomar el viento (S. Bastianel, *Ho visto il Signore*, Piemme, Casale M. 1999, 46, 49, *passim*).

Los niños caprichosos y los reproches contra las ciudades de Galilea

(Mt 11,16-24)

¹⁶ ¿Con quién compararé a esta generación? Es como esos muchachos que, sentados en la plaza, cantan a los otros esta copla: ¹⁷ «Os hemos tocado la flauta y no habéis danzado, hemos entonado lamentos y no habéis hecho duelo». ¹⁸ Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: «Está endemoniado». ¹⁹ Viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: «Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores». Pero la sabiduría ha quedado acreditada por sus obras.

²⁰ Entonces Jesús se puso a increpar a las ciudades en las que había hecho la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido:

²¹ –¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros realizados en vosotras, hace tiempo que, vestidas de saco y sentadas sobre ceniza, se habrían convertido. ²² Por eso os digo que el día del juicio será más llevadero para Tiro y Sidón que para vosotras.

²³ Y tú, Cafarnaún, ¿te elevarás hasta el cielo? ¡Hasta el abismo te hundirás! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros realizados en ti, hoy seguiría en pie. ²⁴ Por eso os digo que el día del juicio será más llevadero para Sodoma que para ti.

La Palabra se ilumina

El elogio del Bautista había concluido con una expresión lapidaria: «*Y es que, queráis aceptarlo o no, él es Elías, el que tenía que venir*». El evangelio prosigue con el tema del reconocimiento y de la acogida de Jesús y de

su precursor. Como niños caprichosos que no quieren jugar a nada –ni a las bodas ni a los funerales–, los contemporáneos de Jesús, tras haber rechazado el ejemplo de austeridad ofrecido por Juan, rechazan ahora la propuesta de la alegría y de la comunión. Los jueces de «*esta generación*» se revelan contradictorios e insensatos: no podrán condenar la sabiduría de Dios, confirmada por sus mismas obras.

Con un dicho aparentemente accidental, Jesús realiza una afirmación importantísima, porque en ella se identifica a sí mismo con la Sabiduría: él es mucho más que el Maestro; es la personificación del designio mismo de Dios sobre la creación (Prov 8,22-31), confiado y revelado por la ley a la cooperación de los hombres (Bar 3,37–4,1). Se vuelve así inexcusable la obstinada ceguera de las pequeñas ciudades de Galilea, que, aun habiendo visto las obras de la Sabiduría, no se convirtieron; Jesús las apostrofa comparándolas con Tiro y Sidón, emblema, según algunos profetas, de la rebelión contra Dios, y con Sodoma, ciudad de la perversión, donde Dios no pudo encontrar los pocos justos suficientes para rescatar a su población corrompida.

La Palabra me ilumina

La Palabra de Dios no es una información impersonal, aunque se dirige a todos; al contrario, es lo más personal que puede haber, porque procede de las Personas divinas y suscita la respuesta del hombre, convertido en interlocutor del Eterno. El reproche de Jesús a «*esta generación*» se dirige hoy a nosotros, que, como los contemporáneos del Señor, sentimos la tentación de dejar caer la Palabra en saco roto. Ella nos llama unas veces al arrepentimiento y otras a la alegría, pero nos invita siempre a reconocer en Jesús la infinita sabiduría de Dios, la revelación plena del amor del Padre por noso-

tros. La Palabra, por tanto, pide una respuesta, y corre el riesgo de encontrarnos desganados, como los niños de los que habla el evangelio: no nos agrada tomar una decisión que pueda cambiarnos la vida, que exija una conducta coherente. El reproche que el Señor nos dirige hoy es el don que nos ofrece: si alza un poco la voz –como se hace con los niños caprichosos– es a fin de cuentas para hacerse oír, para atraernos hacia él, a una comunión más profunda y, por eso, más exigente.

Acojamos, pues, su invitación a la conversión con un sincero arrepentimiento, vivamos la alegría de la salvación con una exultación contagiosa y, sobre todo, aprendamos a contemplar en Jesús la Sabiduría de Dios, que actúa siempre en la historia y quiere suscitar también nuestra colaboración: quien escucha la Palabra con corazón abierto, se convierte en su anunciador en medio de los hermanos con su misma vida.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú eres la Palabra eterna del Padre y la infinita Sabiduría con que ha sido creada cada cosa. Tú, el Altísimo, has bajado a buscar a cada hombre para convertirle en amigo de Dios, en el invitado esperado en el convite nupcial del cielo. Te pedimos que nos concedas saber escuchar hoy tu voz; habla a nuestro corazón, empujalo al arrepentimiento, a fin de que podamos conocer la alegría de ser salvados y llamados a obrar contigo en favor de la redención de todos nuestros hermanos.

La Palabra en el corazón de los Padres

Hermanos y padres: hay muchos que dicen: «Si hubiéramos vivido en los días de los apóstoles y, como ellos, se nos hubiera hecho dignos de contemplar a Cristo, también nosotros habríamos sido santos como ellos». Pero esos tales no saben que él es aquel que, en-

tonces como ahora, habla en todo el mundo. Tal vez alguien diga: «No es lo mismo haberlo visto entonces en cuerpo y oír ahora sólo sus palabras y recibir una enseñanza sobre él y sobre su Reino». También yo digo que no es en absoluto lo mismo ahora y entonces, pero añadido que el estado actual es mucho mejor y nos conduce con más facilidad a una fe y a una certeza mayores. En efecto, entonces aparecía como un hombre de nada; frecuentaba a publicanos y pecadores y comía con ellos, y también la gente más sencilla decía de él con desprecio: «¿Acaso no es éste el hijo de María y de José, el carpintero?».

En aquel cuerpo humano en el que Dios se daba a ver enteramente como hombre, exento de cualquier cualidad de más respecto a los otros hombres, sometido a la necesidad de comer, beber, dormir, sudando, cansándose y, excepto en el pecado, realizando todas las acciones humanas, en aquel cuerpo no era cosa de poca monta reconocerle así y creerle Dios, el Dios que ha hecho el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos. De modo que quien le escucha ahora proclamar cada día, mediante los santos evangelios, la voluntad de su Padre y no le obedece con temor y temblor, tampoco entonces habría aceptado creer de ninguna manera. Y también es de temer que, en medio de una incredulidad total, habrían blasfemado de él como antidiós antes que considerarle como el Dios verdadero. Dichoso, en cambio, el que escucha las santas palabras y no se limita a gemir retrasándolo día a día y dejando discurrir inútilmente el tiempo de su vida, sino que, en cuanto ha oído al Señor, de inmediato empieza a obrar. Éste obtendrá misericordia, como siervo obediente y agradecido; se volverá desde ahora artífice probado de todas las virtudes y será colmado en el siglo futuro con todas las delicias de los bienes inefables de Dios: ojalá podamos todos nosotros obtenerlos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Si-

meón el Nuevo Teólogo, *Le catechesi*, Città Nuova, Roma 1995, nn. 29, 435-437 y 44s, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*La sabiduría ha quedado acreditada por sus obras*»
(Mt 11,19).

Caminar con la Palabra

Ahí está. La humanidad espera a Dios. El pueblo elegido es como la punta adelantada de la marcha y, por consiguiente, se muestra más sensible a la espera, fija los ojos en el horizonte. El Mesías debe estar ya cerca. ¿Qué busca este pueblo, su pueblo, en él? ¿Qué rasgos hay que descubrir, a primera vista, a su llegada? El poder, la gloria, la luz fulgurante, el triunfo.

¿Qué llega? La debilidad, la pequeñez, la oscuridad, el anonimato. ¿Quién ha advertido la venida de Dios bajo el velo de la carne de un niño? ¡Nadie! Ninguno de los que le esperaban le ha visto. Ninguno se ha movido en Jerusalén, la ciudad santa, el escabel de Dios.

¡Peor aún! Alguien se ha movido, pero ha sido para matar al importuno que venía de una manera diferente a como se le esperaba. El pueblo más religioso de la tierra, el pueblo elegido, no vivía sino de esta espera, y esa espera se había vuelto espasmódica, se sentía en el aire. ¿Qué buscaba este pueblo en el horizonte mesiánico, en la aurora de todas las profecías? Al hijo de David, al vencedor, al que habría de restaurar el Reino, al que habría de expulsar, por fin, a los odiados romanos. ¿Qué es lo que llega? Un pobre obrero, escondido en un pueblo desconocido y además despreciado. No hay nada que hacer. Después de tantos años nadie se ha dado cuenta. Los ojos buscaban algo muy distinto al sudor de un trabajador o al anonimato de un pobre. ¿Y como acaba la historia? El choque entre aquel que dice ser el Hijo de Dios y los que no pueden aceptar un modo de proceder como éste llega a su apogeo y se resuelve en la crucifixión de un inocente. Es difícil creer en Dios, es difícil comprenderle en

su pensamiento íntimo, y más difícil todavía escucharle. Pero tampoco hay que escandalizarse, conociendo la realidad de la debilidad humana, que es infinita, aunque no supera la misericordia de Dios (C. Carretto, *Il Dio che viene*, Città Nuova, Roma 1971, 127-129, *passim*).

El Evangelio para los sencillos (Mt 11,25-30)

²⁵ Entonces Jesús dijo:

-Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has dado a conocer a los sencillos. ²⁶ Sí, Padre, así te ha parecido bien. ²⁷ Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. ²⁸ Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. ²⁹ Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. ³⁰ Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

La Palabra se ilumina

Se ha definido esta perícopa como el *Magnificat* de Jesús, como su himno de júbilo. También la refiere en parte Lucas, en un contexto semejante al de Mateo, donde se trata del desconocimiento o de la acogida brindada a Jesús (este último aspecto ha sido omitido por Mateo). El sentido más inmediato del fragmento es, por tanto, que la intuición de los misterios del Reino («estas cosas») y de la identidad de Jesús es puro don del Padre. Ese don ha sido escondido «a los sabios y prudentes», tan convencidos de conocer los caminos de Dios que rechazan al enviado, a pesar de sus obras y sus milagros (vv. 19s). Con todo, Jesús realiza estas afirmaciones mientras está en oración, en una rebosante ac-

ción de gracias: su condena no es tanto una condena de la sabiondez religiosa de los fariseos como más bien una exaltación de la humildad de Dios, que es verdaderamente un «*Dios escondido*» (Is 45,15) para el que no quiere hacerse pequeño, sencillo. Jesús, en la exultación de su alabanza, adora la voluntad del Padre (v. 26) y revela su propio vínculo único e inefable con él. El Hijo es el verdadero pequeño que lo recibe todo del Padre; por eso –mientras que su mismo misterio permanece velado– él conoce a Dios como nadie y hace participar también a los suyos de su propio conocimiento filial. Los vv. 28-30 constituyen la invitación del Maestro (cf. Eclo 51,23-27) o, mejor aún, de la misma Sabiduría a aprender el camino de la vida (cf. Prov 8,1-11; Mt 11,19b). Una imagen bíblica comparaba la ley y su estudio a fondo con un yugo: Jesús exhorta ahora a sus discípulos a asumir *su* yugo y *su* enseñanza, que liberan del peso insostenible de innumerables y detallados preceptos. La norma a seguir desde ahora es el mismo Maestro, manso y humilde de corazón, que impone a los que le siguen el yugo suave de la caridad.

La Palabra me ilumina

El fragmento evangélico nos hace penetrar no sólo en la oración de Jesús, sino en su mismo corazón, y no como intrusos, sino como huéspedes invitados y esperados. La misión de Jesús se ha encontrado con desconfianza y cierres; sin embargo, es capaz de elevar la mirada al cielo y bendecir al Padre, que es el Señor del cielo y de la tierra. Junto con Cristo podemos contemplar dos órdenes de grandeza completamente distintos e irreductibles. Por un lado, está la grandeza según los criterios humanos, la de los sabios que se elevan sobre los demás por la presunta superioridad de su inteligencia; por otro, está la grandeza de Dios, que se hace pequeño para entregarse a los pequeños, se revela en la

sencillez para hablar al corazón de los más sencillos. Jesús exulta por la humildad de Dios y la hace suya: el Hijo eterno conoce perfectamente al Padre, pero viene y se queda entre nosotros como el más pequeño de todos, para enseñarnos la humildad y la confianza como vía segura del conocimiento de Dios. La auténtica mística cristiana pasa por este camino. Lo que la distingue no son las visiones o revelaciones extraordinarias, sino la comunión con el Hijo, la asimilación a él, manso y humilde de corazón. La posibilidad de esa vida mística se nos ofrece a diario: podemos escuchar a Jesús, que nos invita a unirnos a él, a aprender de él, en cada circunstancia. Si somos capaces de responderle realizando el Evangelio –y podemos realizarlo plenamente incluso entre las paredes domésticas– entonces crecerá en nosotros una intuición sencilla e inefable de los misterios de la fe, y la vida cotidiana se convertirá en el lugar de nuestra exultación. Liberados del pesado fardo del obrar «por deber», así como de la tiranía de nuestro egoísmo, podremos asumir el «*yugo suave*» de Jesús, el mandamiento nuevo del amor, cuya «*carga ligera*» eleva hacia lo alto a quien la lleva.

La Palabra se convierte en oración

Te bendecimos, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque en tu infinita humildad has querido inclinarte sobre nosotros y darnos a tu Hijo como compañero de nuestra peregrinación. Haz que aprendamos en la escuela de la verdadera Sabiduría a no querer buscar cosas grandes, superiores a nuestras fuerzas, sino a seguir el camino seguro que conduce a ti: el de la sencillez evangélica y la mansedumbre. Ayúdanos a recorrerlo en el discurrir de los días, llevando junto con Jesús el peso suave de la caridad, a fin de conocer, junto con la fatiga del camino, la exultación de la meta y la inefable alegría de la comunión contigo.

La Palabra en el corazón de los Padres

El Señor llama diciendo: «*Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré*». No llama a éste o a aquél en particular, sino que se dirige a todos los que están atormentados por las preocupaciones, por la tristeza o se encuentran en pecado. *Venid* no porque yo quiera pedir os cuentas de vuestras culpas, sino para perdonarlas. *Venid* no porque yo tenga necesidad de vuestras alabanzas, sino porque tengo una ardiente sed de vuestra salvación. Yo, en efecto, dice, os aliviaré, os pondré en absoluta seguridad.

No os espantéis, por tanto, cuando oís hablar de *yugo*, porque ese yugo es *suave*, ni tengáis miedo cuando oigáis hablar de *carga*, porque es *ligera*. Entonces, ¿por qué ha hablado antes –diréis vosotros– de la puerta estrecha y del camino angosto? Nos parece así cuando somos perezosos y nos encontramos abatidos espiritualmente, pero si pones en práctica y cumples las palabras de Cristo, la carga será ligera. Pero ¿cómo se puede cumplir lo que dice Jesús? Podrás hacerlo si te vuelves humilde, manso y modesto. Esta virtud es, en efecto, la madre de toda la filosofía cristiana. Por ese motivo, cuando Jesús empieza a enseñar sus leyes divinas, empieza por la humildad. Promete que esta gran virtud será recompensada. Ésta no será –dice en sustancia– útil sólo a los otros, porque vosotros seréis los primeros en recibir sus frutos, puesto que os sentiréis confortados en vuestras almas. El Señor te da ya, incluso antes de la vida eterna, la recompensa y te ofrece la corona del combate. «¿Qué temes?» –parece decir el Señor–. ¿Temes parecer digno de desprecio, si eres humilde? Mírame a mí: considera todos los ejemplos que te he dado y entonces reconocerás claramente qué gran bien es la humildad».

En consecuencia, no tengas miedo, ni huyas de este yugo que te libera de todos los otros. Sométete a él con

gran fervor y reconocerás entonces cuán suave es. No te oprimirá el cuello, pues se te impondrá únicamente para enseñarte a caminar armoniosamente; te conducirá por la vía real y te preservará de los abismos que se abren a tus dos lados y, al final, te hará proceder con facilidad por el camino angosto. Así pues, ya que procura semejantes bienes y proporciona tal seguridad y alegría, llevemos este yugo con toda el alma y con todo el fervor del corazón. De este modo podremos encontrar alivio para nuestras almas aquí en la tierra y obtener los bienes eternos en el cielo, por la gracia y el amor de nuestro Señor Jesucristo (Juan Crisóstomo, *Comentario al evangelio de san Mateo*, 38, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has dado a conocer a los sencillos*» (Mt 11,25).

Caminar con la Palabra

Esta mañana me levanté temprano y advertí algo nuevo; en el espacio de una noche ha terminado el verano, el viento arranca y arrastra serpenteando las hojas doradas, los pájaros se recogen en bandadas, las grullas vuelan en filas anchísimas, se han instalado entre nosotros los cuervos y las cornejas, el aire está invadido por el fresco perfume otoñal de las frondas marchitas, arrastradas por la angustia.

Todo gira, todo se desliza hacia el abismo de la muerte. Sólo él permanece, sólo en él se encuentra la inmutabilidad, la vida y el reposo: «Hacia él tiende todo el curso de los acontecimientos; en él, como las periferias hacia el centro, convergen todos los radios del tiempo». Fuera de este único Centro, la única certeza es que nada hay de cierto y que nada hay más miserable y más soberbio que el hombre. Sí, todo se agita en la vida, todo vacila, pero desde lo hondo del alma se eleva la necesidad ine-

luctable de apoyarse en la «columna y fundamento de la verdad», y no simplemente de una verdad particular, humana, menuda, que se retuerce y después vuela lejos, como polvo empujado hacia los montes por el soplo del viento, sino de la verdad íntegra y eterna en los siglos, una y divina.

Ahora bien, ¿cómo nos acercaremos a esta «columna»? Todo el fragmento evangélico de Mt 11,27-30 tiene un significado especialmente cognoscitivo. Este significado aparece tanto más claro si notamos que el objeto de todo el capítulo es el problema del conocimiento, de la insuficiencia de todo conocimiento racionalista y de la necesidad de un conocimiento espiritual. Sí, Dios «*ha escondido*» todo lo que puede considerarse como digno de ser conocido «*a los doctos y a los sabios*» y «*se lo ha revelado a los pequeños*». La veraz sabiduría humana, la veraz racionalidad humana, son insuficientes precisamente por ser humanas. Mientras que la falta de esa riqueza absolutamente intelectual que impide entrar en el Reino de los Cielos puede ser la condición para adquirir la sabiduría espiritual. La plenitud de todo está en Jesucristo, y, por eso, sólo es posible obtener la sabiduría por él y en él. Todos los esfuerzos humanos tormentosamente realizados por los pobres sabios para alcanzar el conocimiento son vanos. Como camellos torpes se han cargado con sus conocimientos y, como agua salobre, la ciencia sólo puede hacer más intensa la sed del saber sin calmarla nunca. En cambio, el «*yugo suave*» del Señor y su «*carga ligera*» dan al intelecto lo que no da (ni puede dar) el peso cruel, gravoso y molesto de la ciencia. Ésta es la razón por la que continúan resonando, como fuente perenne de agua viva, las palabras divinas: «*Venid a mí todos los que estáis fatigados y cansados...*» (Mt 11,22-30) (P. Florenski, *La colonna e il fondamento della verità*, Rusconi, Milán 1998, 44-48, *passim*).

Las controversias sobre el sábado (Mt 12,1-21)

¹ En una ocasión iba Jesús caminando por los sembrados. Era sábado. Sus discípulos sintieron hambre y se pusieron a arrancar espigas y a comerlas. ² Los fariseos, al verlo, le dijeron:

—¿Te das cuenta de que tus discípulos hacen algo que no está permitido en sábado?

³ Jesús les respondió:

—¿No habéis leído lo que hizo David cuando sintieron hambre él y sus compañeros: ⁴ cómo entró en el templo de Dios y comió los panes de la ofrenda que ni a él ni a los suyos les estaba permitido comer, sino sólo a los sacerdotes? ⁵ ¿Tampoco habéis leído en la ley que en día de sábado los sacerdotes del templo pueden incumplir el precepto del sábado sin incurrir en culpa? ⁶ Pues yo os digo que hay aquí alguien más importante que el templo. ⁷ Si supierais lo que significa «*misericordia quiero y no sacrificios*», no condenaríais a los inocentes. ⁸ Porque el Hijo del hombre es señor del sábado.

⁹ Jesús marchó de allí y entró en la sinagoga de ellos. ¹⁰ Había allí un hombre que tenía una mano atrofiada. Entonces, los que buscaban un motivo para acusar a Jesús le hicieron esta pregunta:

—¿Está permitido curar en sábado?

¹¹ Él les contestó:

—Si alguno de vosotros tiene una oveja y se le cae en un hoyo un día de sábado, ¿no le echa mano y la saca? ¹² Pues un hombre vale mucho más que una oveja. Por tanto, se puede hacer el bien en sábado.

¹³ Entonces dijo al hombre:

–Extiende tu mano.

La extendió y quedó restablecida como la otra. ¹⁴ Pero los fariseos, al salir, se pusieron a planear el modo de acabar con él.

¹⁵ Jesús lo supo y se alejó de allí. Lo siguieron muchos y los curó a todos, ¹⁶ advirtiéndoles que no dijeran que había sido él. ¹⁷ Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías:

¹⁸ *Éste es mi siervo, a quien elegí;
mi amado, en quien me complazco;
derramaré mi espíritu sobre él
y anunciará el derecho a las naciones.*

¹⁹ *No disputará, ni gritará;
no se oirá en las plazas su voz.*

²⁰ *No romperá la caña cascada
ni apagará la mecha que apenas arde,
hasta que haga triunfar la justicia.*

²¹ *En él pondrán las naciones su esperanza.*

La Palabra se ilumina

Los episodios narrados en esta página del evangelio parecen ejemplificar el contraste entre el yugo pesado de la ley y el suave y ligero propuesto por Jesús en los versículos precedentes (vv. 28-30). El deseo de una observancia rigurosa había inducido a los fariseos a elaborar una casuística detallada de los trabajos permitidos o prohibidos en el día consagrado a Dios. La libertad de Jesús al respecto es desconcertante y escandalosa para sus estrechos horizontes. En efecto, espigar para alimentarse estaba permitido, pero en el día del sábado esa acción estaba asimilada al trabajo de la trilla. De ahí la observación de los fariseos, a quienes Jesús les responde ofreciéndoles tres indicios para comprender el misterio de su persona. En primer lugar, les recuerda cómo David, el antepasado del Mesías, en un caso de necesidad análoga, fue incluso más allá de las prescripciones legales del culto. A continuación, recuerda el ejemplo de los sacerdotes que, por las exigencias de su servicio en el templo, podían infringir el

descanso sabático; Jesús deja intuir al respecto que él es el verdadero lugar de la presencia de Dios, el que habría de sustituir el templo en el tiempo escatológico (cf. Jn 4,21; Ap 21,22).

Por último, tras una invitación a reconocer que el significado profundo del culto se encuentra en la misericordia, Jesús se identifica de manera implícita con el Hijo del hombre, Juez de la historia y, en consecuencia, *Señor del sábado*. La respuesta de Jesús resulta inquietante para los fariseos, que poco después volverán a plantear la cuestión «*para acusarle*».

La Ley permitía curar a los enfermos graves en sábado, pero ése no era el caso del hombre de la mano atrofiada. Jesús infringe una vez más las estrecheces del legalismo; muestra con un ejemplo muy concreto que el valor de la persona humana trasciende toda la casuística y que *hacer el bien* es siempre –también en sábado– la norma suprema. La hostilidad creciente de los fariseos induce a Jesús a alejarse (vv. 13-21): prosigue su misión consoladora como Siervo de YHWH, con humildad y mansedumbre, hasta que haya hecho triunfar la justicia de Dios (v. 20).

La Palabra me ilumina

La mentalidad legalista de los fariseos puede hacernos sonreír: en ocasiones se presenta tan estrecha que resulta grotesca. Con todo, no debemos considerarla extraña a nosotros o como un fenómeno circunscrito a ciertas épocas y ambientes: su raíz se propaga hasta nosotros y a nuestro tiempo. La novedad de Jesús manifiesta la novedad misma de Dios, irreductible a los esquemas humanos. En efecto, el que cree siente constantemente la tentación de sustituir la fe –adhesión de todo el ser al Dios vivo– con la «religiosidad», entendida como un sistema de normas, creencias y prácticas que ligan el hombre a Dios. Sin embargo, el que afirma

que no cree se forma también su propio sistema de opiniones, preceptos y comportamientos tranquilizadores, rigurosamente intangibles incluso cuando se elaboran para legitimar la transgresividad.

Jesús reconduce a todos –creyentes, agnósticos o ateos– a la norma de vida fundamental: *hacer el bien*, poner a la persona del otro, con sus necesidades concretas, en el centro de nuestros propios intereses. Si esto vale para todos, mucho más debe valer para los cristianos, que realizan de este modo el verdadero culto a Dios, el sacrificio auténtico de ellos mismos a través del ejercicio de la misericordia. Jesús no permite que nos atrincheremos detrás del cumplimiento formal de nuestras obligaciones religiosas, probablemente juzgando mal a quienes no hacen lo mismo. Jesús nos invita, una vez más, al amor auténtico a Dios, un Dios que nos remite siempre al verdadero bien de nuestro prójimo. Él nos quiere como cooperadores suyos en esta «práctica de piedad» fundamental. Toda expresión de religiosidad que no esté animada por este amor no es, en verdad, más que «puro precepto humano, simple rutina» (Is 29,13), que atrofia irremediablemente no sólo la mano, sino el corazón de quien lo practica. Que el Señor nos encuentre siempre abiertos a la novedad de su amor en las circunstancias ordinarias de nuestra vida.

La Palabra se convierte en oración

Oh Dios, Padre bueno, tú quieres introducir a cada hombre en el día sin ocaso, en el sábado de tu descanso. Concédenos comprender que sólo la caridad constituye el camino seguro hacia la meta y es culto y sacrificio agradable a ti. Haznos fieles a la observancia del único precepto, movilízanos cada día por la presencia de los hermanos que pones a nuestro lado para que podamos amarte en ellos, con los hechos y en verdad.

La Palabra en el corazón de los Padres

La observancia del sábado traía a los hombres muchas y grandes ventajas. Por ejemplo, enseñaba a los judíos a ser más mansos y benévulos con sus familiares y compatriotas; les hacía conocer la providencia de Dios y sus obras; educaba gradualmente a los hombres para que se aplicaran a las cosas del espíritu... ¿Entonces Cristo –me diréis– viene a abolir todas estas ventajas? Al contrario, bien lejos de abolirlas, Jesús amplía enormemente su alcance.

Ha llegado, de hecho, el tiempo de enseñar a los hombres toda la verdad del modo más sublime y más elevado. Ya no hay necesidad de que antiguas disposiciones aten las manos al hombre, que, liberado del mal, vuela ahora hacia todos los bienes. Ya no es necesario un día especial para aprender que Dios ha creado todas las cosas, ni para volvernos más dóciles y humanos, dado que ahora todos estamos llamados a imitar el amor mismo de Dios por los hombres. «*Sed misericordiosos como es misericordioso vuestro Padre celestial*», dice Jesús (Lc 6,36). «*Celebremos, pues, la fiesta –dice Pablo– no con levadura vieja, ni con levadura de maldad, sino con ázimos de pureza y de verdad*» (1 Cor 5,8).

Vivamos, pues, también nosotros incesantemente en fiesta y no cometamos pecado alguno: ésta es la verdadera fiesta. Intensifiquemos nuestra vida espiritual, practiquemos el descanso espiritual absteniendo nuestras manos de la avaricia y liberando nuestro cuerpo de fatigas inútiles e insensatas. Os digo que si nos volvemos verdaderamente sabios y vigilantes, estas cosas tampoco nos resultarán difíciles. Vosotros, en cambio, continuad sintiendo temor de la media medida. Os exhortamos a dar a los pobres una parte de lo que poseéis, pues otros se han despojado de todo lo que tenían. Os amonestamos para que no seáis envidiosos, pues otros han llegado a dar la vida por amor a los hermanos. Os

conjuramos a perdonar a los que os injurian y a no airaros contra el que os ofende, pues otros, cuando son golpeados, presentan la otra mejilla. ¿Qué podremos decir un día a Dios...? ¿Quién es feliz y tiene buenas esperanzas: el que roba o el que es misericordioso? Reflexionemos y preparémonos con todo empeño y fervor para estas nobles batallas: nos cansaremos y sufriremos durante breve tiempo, pero al final conquistaremos coronas que no se marchitan y duran eternamente. Quiera Dios que todos nosotros podamos obtenerlas por la gracia y el amor de nuestro Señor Jesucristo. A él sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (Juan Crisóstomo, *Comentario al evangelio de san Mateo*, 39,3s, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Misericordia quiero y no sacrificios*» (Mt 12,7).

Caminar con la Palabra

Están los milagros del sábado. Son milagros negros para nosotros: son la sonda que toca el abismo de nuestra infamia. El hidrópico, la mujer encorvada, el hombre de la mano atrofiada, el paralítico de Cafarnaún, llevan por el mundo esta sombría verdad: que cuando Jesús los curó después de años de tormento, los hombres, los sanos, se opusieron escandalizados diciendo: «Es sábado». Así, cada uno de los que fueron curados tiene dos milagros para contar: el de la piedad del Padre y este otro no menos asombroso de la crueldad de los hermanos. En su memoria, al ojo feliz de Cristo quedan asociados, inexorablemente, los ojos torvos de aquellos testigos; a su voz —«*Vete en paz*»—, el gruñido de los chacales apegados al miserable precepto: «Es sábado». No siento envidia de los beneficiarios de estos milagros. Resucitar una mano es un poco como resucitar a alguien, porque la mano tiene un alma, la mano vive, junto al hombre que la posee, su pequeña vida pensativa y misteriosa.

La mano del hombre puede hacer desaparecer una isla del mar, hacer una llanura donde había una montaña, poblar de torres y tulipanes un desierto, pero puede hacer cosas más insustituibles: cuando el rostro de aquel a quien dejamos deja de ser visible a causa de la lejanía, sólo su mano puede decirnos todavía: «¡Adiós, vuelve!». Cuando el hombre actúa, el ojo, el oído y hasta la lengua no hacen más que obedecer, ejecutar. Con la mano, sin embargo, no siempre es así. Ésta, podríamos decir, es capaz del bien y del mal por sí sola. Es capaz de preceder, rápida y furtiva, al pensamiento que la guía, o bien de revelarse y dudar: es capaz de pecar o de hacer bien por su cuenta. La mano de alguien que se creía honrado puede extenderse hacia una joya que no es suya...

Jesús resucita una mano en la sinagoga. Es una mano atrofiada, dice Lucas. Pero atrofiada no significa muerta. Y la historia de Cristo está llena de cosas atrofiadas que vuelven a ser turgentes. Atrofiada estaba la samaritana en el pozo de Sicar, atrofiado Pedro la noche en que renegó, atrofiado el ladrón crucificado a la derecha de la cruz. Y atrofiada la mano que se desentumece, hoy, a la Palabra de Jesús: «*Extiende tu mano*». La extiende, y hacia aquella mano otras manos, sanas y furiosas, apuntan su índice: «¿*Está permitido curar en sábado?*...». Después se estrechan entre ellas en un pacto de venganza: «*Le haremos morir*». También estas manos están al trabajo. Y en sábado no sería lícito (L. Santucci, *Volete andarvene anche voi? Una vita di Cristo*, Arnoldo Mondadori, Milán 1970, 89-91, *passim*).

El corazón sano y el corazón enfermo

(Mt 12,22-37)

²² Entonces le presentaron un endemoniado ciego y mudo. Jesús lo curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. ²³ Toda la gente, atónita, decía:

—¿No será éste el hijo de David?

²⁴ Pero los fariseos, al oírlo, dijeron:

—Éste expulsa los demonios con el poder de Belzebú, príncipe de los demonios.

²⁵ Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo:

—Todo reino dividido acaba en la ruina; ninguna ciudad o casa dividida puede subsistir. ²⁶ Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido. ¿Cómo, pues, subsistirá su reino? ²⁷ Y si yo expulso los demonios con el poder de Belzebú, ¿con qué poder los expulsan vuestros hijos? Por eso ellos serán vuestros jueces. ²⁸ Pero si yo expulso los demonios con el poder del Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios.

²⁹ ¿Cómo puede entrar uno en casa de un hombre fuerte y saquear su ajuar, si no lo ata primero? Sólo entonces podrá saquear su casa. ³⁰ El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama.

³¹ Por eso os digo que se perdonará a los hombres todo pecado y toda blasfemia, pero la blasfemia contra el Espíritu no se les perdonará. ³² Al que diga algo contra el Hijo del hombre se le perdonará, pero al que lo diga contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro.

³³ Si un árbol es bueno, dará fruto bueno; pero si un árbol es malo, dará fruto malo. Porque el árbol se conoce por el fruto. ³⁴ ¡Raza de víboras! ¿Cómo podéis vosotros decir cosas buenas siendo malos? Porque la boca dice lo que brota del

corazón. ³⁵ Del hombre bueno, como atesora bondad, salen cosas buenas; en cambio, del hombre malo, como atesora maldad, salen cosas malas. ³⁶ Y yo os digo que en el día del juicio tendréis que dar cuenta de las palabras vacías que hayáis dicho. ³⁷ Por tus palabras serás absuelto, y por tus palabras serás condenado.

La Palabra se ilumina

Una parte relevante del ministerio público de Jesús está constituida por la liberación de personas poseídas de diferentes modos por el demonio. Hay, de hecho, enfermedades físicas cuya verdadera causa es espiritual: Jesús ha venido también a curar estas enfermedades (cf. v. 15). Mateo refiere un episodio de exorcismo de este tipo en el marco del conflicto con los fariseos, que se endurecen con la progresiva manifestación del poder sobrenatural de Jesús. Dado que las muchedumbres empiezan a intuir su identidad mesiánica (v. 23), los fariseos le calumnian de la manera más grave, declarándolo en connivencia con el maligno. Jesús, que conoce lo que se esconde en el corazón de cada hombre (v. 25a; cf. Jn 2,25), responde abiertamente a las habladorías que se propagan mostrando su intrínseca irracionalidad (vv. 25-27). De este modo, la refutación de los adversarios se entabla al anuncio del Reino de Dios (v. 28) y se convierte en una clara propuesta de salvación (v. 30). Sin embargo, para recibirla es necesario volver a colocar el corazón, el centro de nuestro propio ser, en una perspectiva de verdad: entonces hasta las convicciones, las palabras y las obras estarán marcadas por la bondad y la verdad.

El que reconoce la acción del Espíritu Santo en el ministerio de Jesús debe entrar decididamente en sus filas, en las filas del más *fuerte*, el único que puede aplastar al príncipe de este mundo (vv. 28-30; Jn 12,31). El que atribuye, en cambio, a Satanás el bien que Jesús realiza, está dominado por un espíritu de blasfemia

(vv. 24.31s) y con su cegamiento voluntario se excluye definitivamente de la salvación, rechazando la misericordia de Dios. A esta consecuencia extrema se llega de una manera gradual: por ello, no debemos ser superficiales a la hora de tolerar y alimentar malos sentimientos en el corazón, ni mucho menos al expresarlos en juicios mentirosos. La maldad que anida en las palabras procede de hecho del corazón del hombre y lo revela infaliblemente, como «*el árbol se conoce por el fruto*».

El peso de cada «*palabra vacía*», es decir, de toda calumnia, es tal que cada uno tendrá que dar cuenta de ellas a Dios.

La Palabra me ilumina

En años recientes ha habido una tendencia a leer los evangelios como si los exorcismos narrados en ellos fueran simplemente curaciones que la ignorancia de los antiguos ha contado de manera crédula y colorida. Hoy, sin embargo, no es raro que médicos y psiquiatras admitan el origen preternatural de ciertos males que sufren sus pacientes.

Jesús vino para derrotar al autor del pecado y de la muerte, que quiere apoderarse del corazón humano: por eso, los evangelistas describen el ministerio del Señor como una lucha abierta y continua contra el maligno. El demonio tiene artes sutiles y redes impalpables; prefiere actuar sin ser molestado de una manera poco aparente. Jesús le desenmascara, revelando su infausta presencia incluso allí donde el hombre parece perfectamente dueño de sí mismo.

Existe, en efecto, una opresión del maligno de la que sólo «*el más fuerte*», Jesús y los que actúan en su nombre, puede liberar; ahora bien, existe asimismo una connivencia con el mal que cada uno debe reconocer y rechazar, con la ayuda del Señor y de su Santo Espíritu.

Jesús nos enseña a diagnosticar el estado de salud espiritual en el que nos encontramos a partir de un dato concretísimo: las palabras, «*porque la boca dice lo que brota del corazón*». En ocasiones, es cierto, emitimos un juicio con superficialidad, comentamos un hecho sin haber sopesado bien nuestras afirmaciones. Debemos darnos cuenta de que también nuestra superficialidad puede acarrear daño a la conciencia de los hermanos y de que, de todos modos, indica una cierta enfermedad interior. Si, a continuación, nos acaece formular juicios perentorios, emitir insinuaciones sobre la conducta de los otros o incluso calumniar al prójimo, entonces nuestra enfermedad es verdaderamente grave; no podemos hacernos la ilusión de tener un *buen tesoro* en el corazón.

El Señor nos invita hoy a tomar conciencia del estado de nuestra salud espiritual a fin de poder decidir conscientemente: o con él o contra él. A pesar de nuestras fragilidades y miserias, podemos ser suyos: el Padre no negará nunca el perdón y la gracia a quien se dirige a Jesús, a quien espera su ayuda para curarse e invoca al Espíritu para ser liberado de todo compromiso con el mal.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, Salvador nuestro, tú que con tu cruz y tu resurrección derrotaste al poder tenebroso del maligno, ilumina con tu Santo Espíritu las profundidades de nuestros corazones, a fin de que podamos ver el mal que siempre nos tienta y, con tu ayuda, logremos rechazarlo, para seguir con ardor de caridad todo lo que está bien. Haz que sepamos mostrarnos vigilantes para poder realizar gestos de auténtica bondad y ofrecer palabras de benevolencia y de consuelo a cuantos se dirijan a nosotros en la hora de la prueba.

La Palabra en el corazón de los Padres

Dice un proverbio: «Quien se custodia a sí mismo conservará una buena ciudad fortificada». Por nuestra parte, debemos preguntarnos de qué tipo de custodia está bien disponer. Hay algunos, en efecto, que han hecho alianza con la muerte. Hubo un tiempo en que el impío me había sometido también a mí a su tiranía, dominando con fuerza todos mis miembros. ¡Ay de mí! no ha dejado en pie ni el muro de la continencia, ni el contrafuerte de la paciencia... Un poco más y mi alma habría morado en el infierno. Pero bendito sea el Señor, que me visitó y rescató. En efecto, cuando el maligno se disponía a entregar mi alma a la cárcel de allá abajo, llegó uno *más fuerte* que él (cf. Lc 11,22) que, atando al fuerte, saqueó sus cosas (cf. Mt 12,29) y liberó de la cárcel y de la sombra de la muerte al que era su prisionero. Ahora bien, su liberación tuvo lugar con la confesión: ésta es la escoba gracias a la cual la cárcel, una vez limpia y adornada con los juncos verdeantes de las virtudes, vuelve a ser morada.

En este punto, el alma posee una morada donde acoger a aquel a quien debe tan grandes beneficios. ¡Ay de ella!, sin embargo, si se negara a recibirle, puesto que aquel que ya ha sido echado fuera, al volver, la encontraría limpia y adornada, pero vacía. ¿Cómo es posible? Acontecerá, sin duda, si, limpia en la superficie, está llena de lodo por dentro. Una apariencia de virtud sin verdad es como una cualidad sin sustancia. ¿Acaso no es una ficción execrable que raspemos el pecado en la superficie y no lo erradiquemos por dentro? Podéis estar seguros: pululará con mayor abundancia, y el huésped maligno que había sido echado fuera volverá con siete peores que él (cf. Mt 12,44s). ¿Quieres ver una morada limpia, adornada, pero vacía? Observa al hombre que no omite ni una sola iota de las cosas exteriores (cf. Mt 5,18) pero es esclavo en su corazón de su propia voluntad,

cultiva la avaricia, desea la gloria, ama la ambición. Sucede algunas veces que vemos a hombres disfrazados hasta tal punto que se engañan incluso a sí mismos; éstos no consiguen ver en su interior el gusano que consume sus vísceras. Si queremos evitar tal peligro, es preciso que no se encuentre en nosotros sólo el ejercicio corporal, que vale bien poco, sino que se encuentre la piedad, útil en toda circunstancia, y el ejercicio del espíritu (Bernardo de Claraval, *Sermón segundo para la Asunción, passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«La boca dice lo que brota del corazón» (Mt 12,34).

Caminar con la Palabra

El exorcismo es una actividad muy importante en la vida de Jesús. Satanás es aquel que introduce el mal en la tierra, insinúa la sospecha, intenta incluso hacer que Dios sospeche del hombre, de su gratuidad; Satanás es aquel que introduce la discordia entre los hombres, en las familias, en los grupos; Satanás es el que induce a la desconfianza recíproca, a la envidia. Expulsar los demonios es hacer la obra contraria. En vez de la animosidad se siembra comprensión, en vez de la envidia altruismo, en vez de violencia paz, en vez de egoísmo apertura. El que lleva a cabo esta obra sólo puede realizarla en nombre de Jesús.

¿Qué provecho obtenemos nosotros? Se trata de un formidable criterio de discernimiento. Allí donde hay discordias, amarguras, maldades, maledicencias, está Satanás; en cambio, allí donde encontramos caminos de aceptación, benevolencia, respeto, estima recíproca, comprensión, vengan de donde vengan y lleven la etiqueta que lleven, es Cristo quien actúa. También en los lugares donde Jesús es poco conocido, donde no se le nombra, podemos encontrar actos de paciencia, de bondad, de caridad, suscitados por la gracia de Cristo a través del Espíritu Santo. Pero, al mismo tiempo, se nos llama a que prestemos

atención a todo lo que no va en esta línea, sea cual sea la etiqueta que lleve, sea cual sea la modalidad ideológica que lo reviste. Podríamos afirmar, por tanto, que Dios está presente allí donde nada se opone al amor entre los hombres, aunque sea en los gestos más pequeños.

Al mismo tiempo, Dios es juez inexorable de cuanto va contra la construcción de la humanidad, de todo cuanto escandaliza, divide, ofende, obstaculiza el camino, de todo cuanto quita la fe, la esperanza, la caridad, la confianza en el futuro.

Ésta es la visión de Cristo-Mesías; por una parte, extremadamente amplia, capaz de penetrar más allá de los confines visibles de las confesiones; por otra, sin embargo, extremadamente exigente, capaz de juzgar cualquier gesto —aunque se realice bajo nombre cristiano— que divide y no hace crecer el amor fuera y dentro de nosotros (C. M. Martini, *Cammini laicali*, Piemme, Casale M. 1992, 39s, *passim*).

El signo de Jonás y la familia de Jesús

(Mt 12,38-50)

³⁸ Entonces algunos maestros de la ley y fariseos le dijeron:

–Maestro, queremos ver un signo hecho por ti.

³⁹ Jesús respondió:

–Esta generación perversa e infiel reclama un signo, pero no tendrá otro signo que el del profeta Jonás. ⁴⁰ Pues así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra.

⁴¹ Los ninivitas se levantarán en el día del juicio junto con esta generación y la condenarán, porque ellos hicieron penitencia ante la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más importante que Jonás. ⁴² La reina del sur se levantará en el juicio junto con esta generación y la condenará, porque ella vino del extremo de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más importante que Salomón.

⁴³ Cuando un espíritu inmundo sale del hombre anda por lugares áridos buscando descanso y, al no encontrarlo, ⁴⁴ dice: «Volveré a mi casa, de donde salí»; al llegar la encuentra vacía, barrida y adornada. ⁴⁵ Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y se instalan allí, con lo que el estado de ese hombre resulta peor al final que al principio. Así le ocurrirá también a esta generación perversa.

⁴⁶ Aún estaba Jesús hablando a la gente, cuando llegaron su madre y sus hermanos. Se habían quedado fuera y trataban de hablar con él. ⁴⁷ Alguien le dijo:

–¡Oye! Ahí fuera están tu madre y tus hermanos, que quieren hablar contigo.

⁴⁸ Respondió Jesús al que se lo decía:

—¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

⁴⁹ Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo:

—Éstos son mi madre y mis hermanos. ⁵⁰ El que cumple la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

La Palabra se ilumina

Un sutil pero vigoroso hilo conductor une tanto entre sí como en el interior del capítulo 12 los tres fragmentos de esta página evangélica. Mateo, a diferencia de Lucas, prefiere poner el episodio de la petición de un signo por parte de los fariseos como punto culminante de las controversias precedentes, y precisamente en este marco retoma el discurso sobre los espíritus inmundos. De hecho, los dos fragmentos están incluidos en la advertencia a «*esta generación perversa*» (vv. 39.45b), una expresión que, en el lenguaje profético, significaba «infidel a la Alianza». Como ya hiciera el pueblo en el éxodo de Egipto, así también los fariseos, por su incredulidad, piden continuamente pruebas y confirmaciones. Jesús, al negarles un signo inmediato, deja intuir que él mismo será *el signo* con su muerte y resurrección, de las que lo acontecido a Jonás había sido presagio. Con todo, también esta prueba requerirá la adhesión de fe que niegan los fariseos: las disposiciones de ánimo de los paganos son mucho mejores, pues están dispuestos a reconocer en Jesús al *Profeta* y a la *Sabiduría* misma. Lo que probablemente pretende el evangelista, a través de los dos episodios bíblicos citados, es volver a llamar a la fe a su propia comunidad. Por consiguiente, para estar en una relación verdadera con Dios es necesario que se dé el asentimiento de la fe y que se renueve continuamente; de otro modo, se vuelve a caer de una forma todavía peor bajo el dominio del mal (vv. 43-45).

Con el último episodio concluye toda la sección narrativa de los capítulos 11s, como si constituyera la res-

puesta a la pregunta implícita que la recorre: «¿Quién acoge verdaderamente a Jesús e intuye el misterio de su persona?». El que establece con él un vínculo más fuerte que la consanguinidad, mediante el cumplimiento de la voluntad de Dios, del Dios al que él llama «*mi Padre, que está en los cielos*».

Jesús «*señalando con la mano*» abre un horizonte ilimitado a todos los que mediante el asentimiento de la fe unen la obediencia concreta a la voluntad del Padre y se vuelven, precisamente por eso, hermanos de aquel que es el único que conoce plenamente a Dios y lo quiere revelar (cf. 11,27).

La Palabra me ilumina

Este fragmento, compuesto y fragmentario en apariencia, nos hace recorrer, en realidad, un camino de unificación interior y de comunión con Jesús. En efecto, a menudo pretendemos, de una manera más o menos consciente, que el Señor confirme nuestra frágil fe con signos vistosos e irrefutables. Nuestra actitud tal vez esté exenta de la malicia de los fariseos, pero revela una gran ingenuidad: es como si, por una parte, deseáramos llegar a ser grandes deportistas y, por otra, pidiéramos ser exonerados del cansancio del entrenamiento. La fe se refuerza precisamente en la oscuridad, cuando desaparece el componente sensible y emotivo. El Señor responde a nuestras inseguridades ofreciéndonos el doble signo de su muerte y resurrección: el acontecimiento histórico de la cruz humilla nuestras pretensiones, mientras que la gloria de la resurrección solicita nuestro asentimiento de fe al testimonio apostólico. Retomando la metáfora del deporte, podríamos decir que el signo ofrecido por Jesús es un entrenamiento intensivo. Verdaderamente, nuestra fe necesita una mayor robustez, porque en nuestro tiempo sufre un asedio particular; en consecuencia, es preciso renovar cada día nues-

tra adhesión a Jesús manteniendo «*barrida y adornada*» (v. 44) nuestra morada interior por medio de la oración, la vigilancia y la lucha contra los falsos valores que la mentalidad corriente insinúa en nosotros. Ese combate espiritual no agota las fuerzas dispersándolas en múltiples direcciones; al contrario, las unifica, puesto que orienta decididamente a Cristo nuestros deseos y esperanzas, nuestros compromisos y las circunstancias cotidianas. La lucha no puede desarrollarse, en efecto, sólo en un plano ideal: la adhesión de fe al Señor implica todos los aspectos de la vida, poniéndolos bajo el sello de la obediencia a la voluntad del Padre. Se trata, a no dudar, de una experiencia ascética: debemos sustituir continuamente nuestro criterio por las indicaciones del Evangelio, que contradicen el egoísmo instintivo de nuestras opciones. Pero se trata también de una experiencia mística: «*El que cumple la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*» (v. 50), nos promete Jesús, invitándonos a sentirle presente a nuestro lado cada vez que nos esforzamos por poner en práctica la Palabra de vida escuchada.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, Hijo obediente del Padre, tú has venido a rescatarnos de la esclavitud del mal para hacernos tus verdaderos hermanos: refuerza nuestra fe, sostén nuestra perseverancia en el combate espiritual, dirige nuestros pasos por el camino de la voluntad del Padre, para que, haciendo siempre lo que te agrada, compartamos, ya desde ahora contigo la alegría de ser hijos.

La Palabra en el corazón de los Padres

Nuestro buen Señor Jesucristo nos ha concedido la gracia de hacernos partícipes de su nombre adorado; en

efecto, cada uno de nosotros, aunque sus ocupaciones o su grado le den lustre, no recibe su nombre de ninguna de las cosas que nos rodean. Mientras que todos los nombres terrenos callan, aquellos que creen en Cristo tienen un único verdadero nombre, el de cristianos. Si se nos ha dado esta gracia superior, es preciso reflexionar, en primer lugar, sobre la grandeza del don, de modo que agradezcamos dignamente a Dios lo que nos ha concedido y, a continuación, nos mostremos dignos en nuestra vida de lo que la fuerza de este nombre exige. San Pablo comprendió mejor que nadie lo que es Cristo y nos explicó con sus acciones cómo debe ser aquel que lleva su nombre. También él nos dio a conocer el significado del nombre «Cristo» diciéndonos que Cristo es poder y sabiduría de Dios, paz, santificación..., fundamento de nuestra fe, primogénito de la nueva creación, hijo primogénito entre muchos hermanos... Quien quiera recibir su nombre de Cristo debe configurarse, por tanto, en primer lugar, con lo que este nombre exige... Cuando oigamos que Cristo es «rescate», ya que sufrió como rescate por nosotros, debemos mirar siempre a aquel que es nuestro Señor, de modo que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para aquel que nos posee por habernos rescatado con su vida. La ley de nuestra vida debe estar representada, en consecuencia, por la voluntad del Señor; si nos alejamos de su voluntad, volvemos de nuevo a través de nuestros pecados al malvado tirano de nuestras almas: la muerte. Y si a Cristo se le llama siempre fundamento de la fe (1 Cor 3,10) y piedra angular (cf. Mt 21,42), tampoco estos dos nombres se revelan inútiles en la construcción de la vida virtuosa, puesto que nos enseñan que el comienzo de la alta construcción de nuestra vida, semejante al de una torre, es la fe en él. Si sobre ella ponemos el principio de nuestra vida y con ella regulamos nuestros pensamientos y nuestras acciones de todos los días, el vértice de todas las cosas –Cristo– se convierte también en nuestro vér-

tice. Nuestra construcción recibirá la belleza propia del ángulo si con la ayuda de la cuerda de la virtud trazamos líneas absolutamente rectas, y no torcidas o curvas (Gregorio de Nisa, *Fine, professione e perfezione del cristiano*, III, Città Nuova, Roma 1979, 80ss).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El que cumple la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*» (Mt 12,50).

Caminar con la Palabra

La excelsa figura de Cristo domina todo este plan divino; en ella se fijan las ideas eternas; Él es el Alfa y la Omega. Antes de su encarnación en él convergen las figuras, símbolos, ritos y profecías, y después de su venida, todo también está supeditado a él; es verdaderamente «el eje del plan divino». [...] También hemos visto cómo ocupa el centro de la vida sobrenatural. Lo sobrenatural se encuentra primeramente en él: Hombre-Dios, humanidad perfecta, indisolublemente unida a una Persona divina, posee la plenitud de la gracia y de los celestiales tesoros, de los cuales mereció por su pasión y muerte ser constituido dispensador universal.

Vivir sobrenaturalmente es participar de esa vida divina, de la que Cristo es el depositario. De él nos viene el ser hijos adoptivos de Dios, y no lo somos sino en la medida en que somos conformes al que es por derecho Hijo verdadero y único del Padre pero quiere tener con él una multitud de hermanos por la gracia santificante. A esto se reduce toda la obra sobrenatural considerada desde el punto de vista de Dios.

Vamos a ver cómo el fundamento de todo este edificio espiritual es la fe en la divinidad de Nuestro Señor. [...] Consideremos lo que ocurría cuando Jesucristo vivía en Judea. Veremos, al recorrer el relato de su vida en los evangelios, que es la fe lo que sobre todas las cosas reclama a cuantos a él se dirigen. [...]

Como condición indispensable de sus milagros requiere la fe en él aun tratándose de aquellos a quienes más ama. [...] Limita deliberadamente los efectos de su poder allí donde no encuentra fe. El evangelio nos dice expresamente que en Nazaret «no hizo muchos milagros por razón de la incredulidad de sus moradores» (Mt 13,58). Diríase que la falta de fe paraliza, si así puedo expresarme, la acción de Cristo. [...] En cambio, allí donde la encuentra, nada sabe rehusar, y se complace en hacer públicamente su elogio con verdadero calor.

Vengamos, por fin, al Calvario. ¡Qué magnífica recompensa promete al Buen Ladrón, atendiendo a su fe! [...] Le perdona sólo por esta fe todos sus pecados y le promete un lugar en su Reino eterno. La fe era la primera virtud que Nuestro Señor exigía a los que se le acercaban, y la primera que ahora nos reclama a nosotros. [...] ¿Quiere esto decir que basta sólo la fe? No; los sacramentos y la observancia de los mandamientos son igualmente necesarios, pero un hombre que no cree en Jesucristo, nada tiene que ver con sus mandamientos ni con los sacramentos. La gloria de Dios exige de nosotros que durante el tiempo de nuestra vida terrenal le sirvamos en la fe. Ése es el homenaje que espera de nosotros y el que constituye toda nuestra prueba, antes de llegar a la meta final. Llegará un día en que habremos de ver a Dios cara a cara; su gloria entonces consistirá en comunicarse plenamente en todo su esplendor y en toda la claridad de su eterna bienaventuranza, pero, mientras estemos aquí abajo, entra en el plan divino que Dios sea para nosotros un Dios oculto; aquí abajo, Dios quiere ser conocido, adorado y servido en la fe; cuanto más extensa, viva y práctica sea ésta, tanto más agradables nos haremos a las divinas miradas (C. Marmion, *Cristo vita dell'anima*, Vita e Pensiero 1954, 185-195, *passim*; edición española: *Cristo, vida del alma*, Fundación Gratis Date, Pamplona 1993).

El sembrador y la explicación de la parábola (Mt 13,1-23)

¹ Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. ² Se reunió en torno a él mucha gente, tanta que subió a una barca y se sentó, mientras la gente estaba de pie en la orilla. ³ Y les expuso muchas cosas por medio de parábolas. Decía:

–Salió el sembrador a sembrar. ⁴ Al sembrar, parte de la semilla cayó al borde del camino, pero vinieron las aves y se la comieron. ⁵ Parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotó en seguida porque la tierra era poco profunda, ⁶ pero cuando salió el sol se agostó y se secó porque no tenía raíz. ⁷ Parte cayó entre cardos, pero éstos crecieron y la ahogaron. ⁸ Finalmente otra parte cayó en tierra buena y dio fruto: un grano dio cien, otro sesenta, otro treinta. ⁹ El que tenga oídos para oír, que oiga.

¹⁰ Los discípulos se acercaron y le preguntaron:

–¿Por qué les hablas por medio de parábolas?

¹¹ Jesús les respondió:

–A vosotros Dios os ha dado a conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. ¹² Porque al que tiene se le dará, y tendrá de sobra; pero al que no tiene, aun aquello que tiene se le quitará. ¹³ Por eso les hablo por medio de parábolas, porque aunque miran no ven, y aunque oyen no escuchan ni entienden. ¹⁴ De esta manera se cumple en ellos lo anunciado por Isaías:

*Oiréis, pero no entenderéis;
miraréis, pero no veréis,
¹⁵ porque se ha embotado,
el corazón de este pueblo,
se han vuelto torpes sus oídos,*

*y se han cerrado sus ojos;
de modo que sus ojos no ven,
sus oídos no oyen,
su corazón no entiende,
y no se convierten a mí
para que yo los sane.*

¹⁶ Dichosos vosotros por lo que ven vuestros ojos y por lo que oyen vuestros oídos, ¹⁷ porque os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.

¹⁸ Así pues, escuchad vosotros lo que significa la parábola del sembrador. ¹⁹ Hay quien oye el mensaje del Reino, pero no lo entiende; viene el maligno y le arrebató lo sembrado en su corazón. Éste es como la semilla que cayó al borde del camino. ²⁰ La semilla que cayó en terreno pedregoso es como el que oye el mensaje y lo recibe en seguida con alegría, ²¹ pero no tiene raíz en sí mismo, es inconstante y, al llegar la tribulación o la persecución a causa del mensaje, en seguida sucumbe.

²² La semilla que cayó entre cardos es como el que oye el mensaje, pero las preocupaciones del mundo y la seducción del dinero asfixian el mensaje y queda sin fruto. ²³ En fin, la semilla que cayó en tierra buena es como el que oye el mensaje y lo entiende; éste da fruto, sea ciento, sesenta o treinta.

La Palabra se ilumina

En la articulación del evangelio según Mateo se suceden secciones narrativas y grandes discursos que recogen las enseñanzas de Jesús siguiendo el desarrollo del relato. Los capítulos precedentes (11s) habían trazado el crecimiento de la desconfianza por parte de los fariseos hasta llegar a la hostilidad abierta respecto a Jesús. Las siete parábolas referidas aquí por Mateo –de las que sólo dos son comunes con Marco– reflejan esa situación y proporcionan la clave de lectura a los discípulos. Los vv. 1-3 trazan un cuadro de sosegada solemnidad, semejante a la introducción del sermón de la montaña. Como entonces, el Maestro se dirige a una inmensa muchedumbre; ahora, sin embargo, a causa de la obstinada dureza de corazón de muchos, no ofrece ya su ense-

ñanza de un modo inmediatamente comprensible. En efecto, si se acerca una intensa fuente de luz a unos ojos enfermos, los deslumbra; Jesús se ve obligado a velar su enseñanza dispensándola en forma de parábolas, a fin de no privar de una posibilidad extrema a muchos de sus oyentes (vv. 10-17).

El discurso se dirige así a una doble asamblea: en primer lugar, a la muchedumbre, después al grupo de los discípulos, a quienes se les ha permitido *conocer los misterios del Reino de los Cielos*. En ocasiones, la explicación de las parábolas se resiente de la interpretación de la primera comunidad cristiana, que la aplica a su propia situación. Es lo que parece verificarse en este fragmento, puesto que la detallada alegoría que aparece en la explicación induce a los discípulos a examinar su propia actitud de escucha, mientras que el sentido primario de la parábola es diferente: Jesús quiere hacer comprender que el crecimiento del Reino no es inmediato y triunfal, como muchos esperaban, sino que está confiado a la libre acogida de los hombres y a su cooperación perseverante, capaz de vencer las asechanzas del maligno y las inevitables dificultades. Sin embargo, el Reino ha de ser llevado y anunciado a todos, sin prejuicios y sin reparar en las fuerzas. Allí donde encuentra un terreno bueno, crece y da un fruto sobreabundante, que compensa ampliamente el trabajo del sembrador, es decir, de Jesús y de cada uno de sus discípulos anunciadores del Evangelio.

La Palabra me ilumina

El Reino de los Cielos y la Palabra que anuncia su gracia y sus exigencias constituyen verdaderamente una semilla cargada de potencialidad. Jesús ha venido a sembrarla a manos llenas en los surcos de la historia y en los recovecos de cada corazón. Su munificencia nos sorprende, pero es precisamente esta imperturbable ge-

nerosidad lo que el Señor quiere enseñarnos; a través de la parábola y de su explicación ilumina nuestra misión y nuestra conciencia. Jesús envía a cada uno de sus discípulos a llevar el anuncio del Reino de Dios a los que encuentren en el lugar donde vivan y trabajen. No resulta fácil: por lo general, procedemos al reconocimiento del terreno que nos rodea, es decir, evaluamos *si* y *con quien* vale la pena manifestar nuestras convicciones. El Señor nos indica el camino de la gratuidad: la vida que hemos recibido debemos comunicarla a los otros, a todos, aunque sólo sea a través de una sonrisa siempre acogedora respecto a los que nos rodean. No debemos tener miedo al fracaso de nuestro apostolado, ni a la escasa fecundidad de nuestro testimonio. No nos corresponde a nosotros sopesar los resultados.

Se nos exhorta, más bien, a dar, sin cálculo ni exclusiones, sin desánimo ni pretensiones, lo que hemos recibido gratuitamente: el Reino de Dios en nosotros. La parábola del sembrador nos empuja, por consiguiente, hacia los hermanos. Su explicación, sin embargo, nos interroga también personalmente: ¿qué hemos hecho de la Palabra del Reino sembrada en nosotros? Las realidades más preciosas son las más expuestas a las asechanzas del maligno; no podemos dar lo que no hemos recibido y madurado en el fondo de nosotros mismos. Tal vez sepamos muchas cosas en materia de enseñanzas evangélicas, pero acoger la Palabra es mucho más: es cultivar con esmero la semilla de gracia depositada en nosotros, liberando siempre el corazón de la indiferencia que nos aplasta (camino), del estorbo de muchas realidades que nos hacen superficiales (piedras) y del afán por los bienes de este mundo (espinas).

Si la Palabra puede crecer en nosotros, uno de sus frutos más hermosos será precisamente la generosidad y la franqueza a la hora del llevar el anuncio del Reino de Dios a los hermanos.

La Palabra se convierte en oración

Jesús, divino Maestro, haz que al escuchar hoy tu voz no endurezcamos nuestro corazón. Hazlo libre y pobre, para que podamos acoger en él la semilla de tu Palabra y dejarla crecer en nosotros, hasta dar los frutos de caridad y de paz que esperan nuestros hermanos y que, desde ahora, anticipan tu Reino eterno.

La Palabra en el corazón de los Padres

La humana fragilidad no debe presumir de explicar aún lo que ya está explicado por la misma verdad. Ahora bien, no faltan cosas, en la misma explicación hecha por el Señor, sobre las que debéis reflexionar seriamente... ¿Quién me hubiera creído si yo hubiera querido ver en las espinas la representación de las riquezas? Sobre todo por el hecho de que las espinas pinchan, mientras que las riquezas deleitan. Sin embargo, las riquezas son espinas porque laceran la mente con las picaduras de los pensamientos que llevan consigo; más aún, hieren y hacen brotar sangre cuando arrastran hasta el pecado. Con razón el Señor no sólo las llama «riquezas», sino «riquezas engañosas»: engañosas porque no pueden permanecer por mucho tiempo en nuestra posesión; engañosas porque no nos liberan de la pobreza. Sólo son verdaderas aquellas riquezas que nos hacen ricos en virtudes. Por consiguiente, hermanos, si codiciáis ser ricos, amad las verdaderas riquezas. Si buscáis la excelencia del verdadero honor, tended al Reino celeste. Si amáis la gloria de las dignidades, apresuraos para ser inscritos en la curia suprema de los ángeles y de los santos.

Custodiad en el corazón las palabras del Señor que oís con vuestros oídos. En efecto, la Palabra divina es alimento de la mente. Así como un estómago débil rechaza el alimento material, así puede ser rechazada la Palabra oída. Ahora bien, del mismo modo que el que

no retiene los alimentos se encuentra, ciertamente, en peligro de muerte, temed también el peligro de la vida eterna si, después de haber recibido el alimento de la santa exhortación, no guardáis en la memoria las palabras de vida. Cuidado: todo lo que hacéis pasa, y, queráis o no, cada día os acercáis, sin tener jamás ni un momento de pausa, al juicio eterno. ¿Por qué amar lo que debéis abandonar? ¿Por qué desatender aquello a lo que debemos llegar?... Sin embargo, aunque el terreno bueno da fruto *con paciencia*, las obras buenas que hacemos no son nada si no somos capaces de soportar también pacientemente los males. Cuanto más asciende alguien en la perfección, tanto más crece contra él la adversidad del mundo. De ahí se sigue que veamos a muchos que hacen el bien y, con todo, gimen bajo el peso de pesados fardos de tribulaciones. Según la palabra del Señor, éstos dan fruto mediante la paciencia: acogiendo ahora con humildad los azotes, serán recibidos, después de los azotes, en el descanso celestial. Así, la uva que se pisa se transforma en vino deleitoso; así la aceituna que se exprime con fuerza, se libera de su grasa y se transforma en aceite; así, mediante la trilla, se separa el grano del cascabillo y llega limpio al granero (Gregorio Magno, *Homilías sobre los evangelios*, XV, 1-4, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El que oye el mensaje y lo entiende, éste da fruto*» (Mt 13,23).

Caminar con la Palabra

«*Un sembrador salió a sembrar*». Ya esta sola frase vibra de alegría y de profecía. Está llena de promesas y de éxtasis. La alegría está en la semilla: todo comienzo es alegría y gracia. En la semilla está la profecía. Esta sola frase nos lleva ya derechos

al corazón de toda posibilidad. Porque hay un Dios sembrador no cansado e infatigable, un Dios obstinado en la confianza, que sale todavía por los caminos del mundo. «*Un sembrador salió a sembrar*». Dios no es segador, sino sembrador, mano que da, fuerza que sostiene, día que comienza, voz que despierta. Dios es para mí certeza de que mañana estaré más vivo, por mérito de sus semillas, en busca de tierra buena, en busca de mí, que soy al mismo tiempo todo esto: que soy campo de piedras y de espinas, de tierra buena y de tierra pisoteada. Sé que mi fuerza reside sólo en la incansable siembra de Dios. Sé que por tres veces, como dice la palabra, no respondo; infinitas veces, como me dice mi propia experiencia, no respondo; y después sucede que una vez respondo: el treinta, el sesenta o el ciento por uno.

Vendrá el fruto, la pequeña semilla llevará las de ganar. Y aunque tres y muchas veces sea negativa la respuesta, al final despuntará el brote. La locura del sembrador divino es la de tener confianza siempre y en cualquier circunstancia, incluso en mí, que siento el peso de mis «noes» y el peso del fruto de una abundancia diferente. El sembrador sigue saliendo a sembrar todavía hoy y los caminos del mundo y del alma exultan y gimen. El mundo está preñado de vida. Y el cielo y la tierra esperan mi respuesta (E. M. Ronchi, *Dietro i mormorii dell'arpa*, Sotto il Monte 1999, 233-235, *passim*).

Otras parábolas y explicación de la parábola de la cizaña

(Mt 13,24-43)

²⁴ Jesús les propuso esta otra parábola:

–Con el Reino de los Cielos sucede lo que con un hombre que sembró buena semilla en su campo. ²⁵ Mientras todos dormían, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue. ²⁶ Y cuando creció la hierba y se formó la espiga, apareció también la cizaña. ²⁷ Entonces los siervos vinieron a decir al amo: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es posible que tenga cizaña?». ²⁸ Él les respondió: «Lo ha hecho un enemigo». Le dijeron: «¿Quieres que vayamos a arrancarla?». ²⁹ Él les dijo: «No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. ³⁰ Dejad que crezcan juntos ambos hasta el tiempo de la siega; entonces diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, pero el trigo amontonadlo en mi granero».

³¹ Les propuso otra parábola:

–Sucede con el Reino de los Cielos lo que con un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. ³² Es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece es mayor que las hortalizas y se hace como un árbol, hasta el punto de que las aves del cielo pueden anidar en sus ramas.

³³ Les dijo otra parábola:

–Sucede con el Reino de los Cielos lo que con la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.

³⁴ Jesús expuso todas estas cosas por medio de parábolas a la gente, y nada les decía sin utilizar parábolas, ³⁵ para que se cumpliera lo anunciado por el profeta:

*Hablaré por medio de parábolas,
publicaré lo que estaba oculto
desde la creación del mundo.*

³⁶ Entonces dejó a la gente y se fue a la casa. Sus discípulos se le acercaron y le dijeron:

–Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

³⁷ Jesús les dijo:

–El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; ³⁸ el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; y la cizaña, los hijos del maligno; ³⁹ el enemigo que la siembra es el diablo; la siega es el fin del mundo; y los segadores, los ángeles. ⁴⁰ Así como se recoge la cizaña y se hace una hoguera con ella, así también sucederá en el fin del mundo. ⁴¹ El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su reino a todos los que fueron causa de tropiezo y a los malvados, ⁴² y los echarán al horno de fuego. Allí llorarán y les rechinarán los dientes. ⁴³ Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.

La Palabra se ilumina

Jesús explica por medio de las parábolas la realidad del Reino, tan diferente de las expectativas de las muchedumbres y de los mismos discípulos, desconcertados y tal vez decepcionados por las resistencias y las oposiciones encontradas por el Maestro (capítulos 11s). Las diversas corrientes espirituales contemporáneas a Jesús –fariseos, zelotas, esenios, qumranianos– tendían a formar una comunidad de justos claramente separados de los malvados y de los infieles, a fin de preparar la venida del Reino de Dios. Jesús, en cambio, hace comprender que el Reino está presente y crece desde ahora, aunque su desarrollo esté obstaculizado por la cizaña, o sea, por la acción de aquellos que están sometidos al maligno (v. 38).

La eliminación definitiva de las fuerzas del mal no vendrá hasta el fin de los tiempos, de ahí que el momento actual deba caracterizarse por la paciencia y por la confianza: Dios mismo intervendrá para destruir el

mal y para tutelar a los que le pertenecen, pero no corresponde al hombre proceder a una depuración intempestiva que pueda comprometer el incremento del bien antes que favorecerlo.

Hay otra característica fundamental del Reino expresada con las imágenes del grano de mostaza y de la levadura: su prodigioso desarrollo acontece a partir de un comienzo insignificante. Sin embargo, este comienzo encierra una enorme potencialidad intrínseca, que implica a toda la realidad.

En el grano de mostaza y en la levadura podemos reconocer al mismo Jesús (cf. Jn 12,24) y su enseñanza, aunque también el testimonio eficaz de la comunidad cristiana, que no debe preocuparse por su propia «visibilidad». Por otra parte, esta comunidad no será nunca, aquí abajo, una comunidad de perfectos: deberá tolerar en su interior individuos turbulentos y ser capaz de superar las ocasiones de tropiezo. Sin embargo, el trabajo del tiempo presente desembocará en la gloria, cuando el Hijo del hombre –con quien se identifica Jesús– juzgará la historia y entregará el Reino al Padre, a fin de que Dios sea todo en todos (vv. 37-43; cf. 1 Cor 15,24-28).

A través de las parábolas se puede percibir, ya desde ahora, el proyecto divino sobre el cosmos –«*lo que estaba oculto desde la creación del mundo*»– que se realizará plenamente cuando este mundo llegue a su desenlace final.

La Palabra me ilumina

Una semilla minúscula puede encerrar en sí un árbol majestuoso, una mies abundante: así sucede con el Reino, así sucede con Jesús. Ahora bien, la semilla debe morir para dar su fruto... Un puñado de levadura fermenta toda una gran masa de harina y la transforma en pan. Sin embargo, la levadura debe desaparecer para ser eficaz... Jesús nos educa para contemplar la realidad

con unos ojos nuevos, descubriendo en ella como en filigrana el designio del Padre, el rostro del Hijo, la acción del Espíritu. A nosotros, discípulos constantemente tentados a desanimarnos por la inutilidad de nuestros esfuerzos, nos ofrece el Señor su mirada, sus pensamientos, que distan de los nuestros como el cielo está por encima de la tierra.

Dios ha elegido lo que es débil, lo que es necio, insignificante a los ojos del mundo, para renovar el mundo desde sus fundamentos. Ha elegido la cruz –esto es, la aniquilación y la infamia– para salvar a la humanidad y redimir el cosmos. En consecuencia, no debe maravillarnos la presencia del mal que nos asedia y obstaculiza lo que hacemos. Este dato, de hecho, nos obliga a renovar cada día nuestra adhesión al Señor y, por eso mismo, a asumir nuestra cruz con perseverancia y amor. Sólo así podremos compartir la misión y la suerte del Hijo, que ha destruido el pecado y perdonado a los pecadores muriendo como semilla en el surco de nuestra historia para llevar al Padre, en «*el tiempo de la siega*», la abundante mies de los salvados. Del fracaso de una hora ha germinado la gloria eterna, ofrecida a todos nosotros, «*hijos del Reino*», hijos en el Hijo por la misericordia del Padre.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, esperanza nuestra, concédenos contemplar con tu mismo corazón los misterios del Reino de los Cielos, a fin de que las tribulaciones del tiempo presente no sean para nosotros ocasión de tropiezo, sino estímulo para una fe mayor y más pura. Enséñanos a vislumbrar en las humildes realidades cotidianas la presencia del Reino y a dilatar sus confines, abriendo toda nuestra existencia, hecha partícipe de la gloria de los hijos de Dios por medio de la cruz, al misterio pascual.

La Palabra en el corazón de los Padres

«*Sed santos, porque yo soy santo*» (1 Pe 1,16; Lv 11,44). Como para animarnos, en su compasión, a nosotros, a quienes escruta y ve entre los pecadores, a imitar sus obras, nos dice: «Alejaos del mal y practicad todo lo que está bien; perseguid toda virtud en la medida en que os sea posible; sed santos en la medida en que está en vuestro poder, si queréis tener comunión conmigo». Estoy convencido de que este «*sed santos*» lo dijo el Señor por aquellos que ya han recibido la gracia del Espíritu, para exhortarlos a no volverse de nuevo al mal con su indolencia, como si dijera: «No te des al ocio, tú que eres espiritual, puesto que el ocio engendra la maldad y la maldad produce todo tipo de malicia. Del mismo modo que sucede con una fuente que, si se para, aunque sólo sea un momento, desaparece y se convierte en un lugar de agua parada, así sucede también con quien se purifica a sí mismo mediante la práctica de los mandamientos: por poco que decaiga en esta práctica, decae en la misma medida de la santidad. No os mostréis incrédulos a mis palabras, hermanos; sabed más bien esto: si nos ejercitáramos en toda virtud sin descuidar nada de lo que forma parte de los mandamientos, pero sólo deseáramos la gloria de los hombres y nos las ingeniáramos de algún modo para buscarla, nos veríamos privados de nuestra recompensa por todo lo demás. Y esto acontece con cualquier otra concupiscencia.

Es malo el que recibe en su corazón el grano del mal sembrador y produce como fruto las espinas del pecado por el diablo, que irán a arder en el fuego eterno, como la envidia, el odio, el rencor, los celos, el sectarismo, la presunción, la vanagloria, el orgullo, el fraude, la curiosidad, la calumnia y cualquier otra abominable pasión que contamina nuestro hombre interior.

Que no suceda nunca, hermanos, que nosotros produzcamos como fruto semejante cizaña acogiendo con

nuestra indolencia la semilla del maligno en nuestros corazones. Que suceda, más bien, que produzcamos el treinta, el sesenta y el ciento por Cristo en frutos cultivados en nosotros mediante el Espíritu: frutos que consisten en «*caridad, alegría, paz, benignidad, bondad, magnanimidad, fe, mansedumbre, continencia*» (Gál 5,22). Que podamos crecer alimentados por el pan del conocimiento y crecer en las virtudes y llegar al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo, a quien corresponde toda gloria por los siglos. Amén (Simeón el Nuevo Teólogo, *Catechesi, Città Nuova, Roma 1995, 262-265, passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Padre nuestro, venga tu Reino; hágase tu voluntad*» (Mt 6,10).

Caminar con la Palabra

A quien cree en Dios no le resulta difícil admitir que la venida de su Reino debe ser el sentido y el fin de la historia. Otra cosa es, sin embargo, decidir cuál es la colaboración que Dios pide al hombre, cuál es el sentido de tantas aparentes derrotas, cuáles son los tiempos previstos por Dios...

Si pensamos en las expectativas guerreras de los judíos de aquel tiempo, comprenderemos de inmediato que la enseñanza principal de Jesús se encuentra en la imagen elegida: no la de un rey, no la de un guerrero, no la de un poderoso, sino *la de un campesino*. La construcción del Reino de Dios es obra de un sembrador.

Con respecto a las grandiosas expectativas judías, el cuadro es humilde y cotidiano. Más aún, si fuera posible, el asunto se complica y se agrava. El sembrador está contrarrestado por su enemigo; la semilla buena se ve obligada a sabiendas a convivir con la semilla de la hierba mala...

Así, con una sola imagen, Jesús preveía y aceptaba algo que escandaliza a los hombres de todos los tiempos: que el mal siga mezclado con el bien, y los buenos con los malos. ¿Por qué? Distinguir entre «buenos» y «malos» es una operación hipócrita mientras no nos demos cuenta de que ninguno de nosotros puede colocarse definitivamente en una parte o en otra.

Es en el terreno de nuestro corazón donde ha caído la semilla del amo bueno del campo y la del enemigo, y es en la libertad de nuestro corazón donde se decide si la cizaña sofocará al grano o si el grano saldrá vencedor sobre la cizaña.

Con esta parábola se nos advierte de que la venida del Reino de Dios necesitará «toda una larga paciencia»: el drama de la Iglesia está ya anunciado por completo. Y están previstos ya el escándalo y el desprecio de los que siempre reprocharán a la Iglesia no ser bastante pura, sin ni siquiera pensar que precisamente esta espera es lo que permite a cada uno de nosotros encontrarse en su casa en la Iglesia, a pesar del mal que continuamos cometiendo.

Decía Bernanos: Muchos quisieran una Iglesia limpia y agradable como un hotel de lujo donde sólo se hospedan personas refinadas, pero si se les contentara descubrirían con disgusto que en una Iglesia así ellos serían los primeros que no podrían entrar (A. Sicari, *Viaggio nel Vangelo, Jaca Book, Milán 1995, 63-66, passim*).

El tesoro, la perla y la red

(Mt 13,44-52)

⁴⁴ Sucede con el Reino de los Cielos lo que con un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo deja oculto y, lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

⁴⁵ También sucede con el Reino de los Cielos lo que con un mercader que busca ricas perlas y que, ⁴⁶ al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.

⁴⁷ También sucede con el Reino de los Cielos lo que con una red que echan al mar y recoge toda clase de peces; ⁴⁸ una vez llena, los pescadores la sacan a la playa, se sientan, seleccionan los buenos en cestos y tiran los malos.

⁴⁹ Así será el fin del mundo. Saldrán los ángeles a separar a los malos de los buenos, ⁵⁰ y los echarán al horno de fuego; allí llorarán y les rechinarán los dientes.

⁵¹ Jesús preguntó a sus discípulos:

—¿Habéis entendido todo esto?

Ellos le contestaron:

—Sí.

⁵² Y Jesús les dijo:

—Todo maestro de la ley que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

La Palabra se ilumina

Jesús ha querido hacer comprender en las parábolas precedentes que el Reino de los Cielos es distinto de las

expectativas comunes. Con la imagen del tesoro y de la perla revela ahora el esplendor de esta realidad y su estar por encima de todo deseo. Los elementos de convergencia entre las dos parábolas «gemelas» enfocan su significado fundamental. El Reino es algo *que se encuentra*, y hay que batirse por él, no importa que sea por casualidad o por una búsqueda precisa; en consecuencia, es una realidad ya presente. Su fascinación y su valor son de tal naturaleza que inducen a vender todo lo que se había adquirido precedentemente con tal de poseerlo. El tema de la alegría, del hallazgo inesperado de una realidad maravillosa, se encuentra explícito en la primera parábola y subentendido en la segunda; en ambas, sin embargo, se resalta la naturaleza y casi la obviedad de tener que dejar todo lo que se posee para tener algo que, evidentemente, vale más (vv. 44s).

El discurso parabólico concluye con la parábola de la red, afín a la de la cizaña. El evangelista las separa brevemente para poder ratificar el tema del juicio al final de los tiempos. Actualmente, la red de los predicadores del Evangelio recoge a todo tipo de individuos, pero no basta con «ser del grupo»: para entrar en posesión del Reino es preciso haber tomado una decisión clara respecto a él.

Es interesante saber que los moluscos estaban considerados *peces malos*: eran comestibles, pero se despreciaban por no tener espina dorsal. Aquí, los moluscos representan a los individuos «sin nervio» que, por no haber llevado a cabo una opción clara y coherente, serán excluidos del Reino junto con los «malvados» (cf. v. 41).

Los vv. 51s reflejan la preocupación del Maestro por que su enseñanza sea bien comprendida: esto no contradice la tradición precedente, sino que la ilumina con la aportación de su incomparable novedad. El hombre instruido en las Escrituras que se hace discípulo de Jesús se convierte en administrador de un inmenso tesoro

espiritual, porque la Palabra de la Primera Alianza se enriquece con las enseñanzas del Nuevo Pacto.

La Palabra me ilumina

«*Sucede con el Reino de los Cielos lo que con un tesoro escondido... con un mercader que busca ricas perlas...*» Sucede también hoy encontrarse con Jesús, y éste es el encuentro más afortunado, la cosa más bella que pueda suceder a cualquiera. «¿Cómo lo has encontrado, dónde, cuándo? La alegría que ilumina tu vida y la renueva me atestigua que eres sincero...»

No se trata de preguntas imaginarias: el que ha hecho una opción fundamental por el Señor se ha visto interrogado a menudo de este modo. Nuestro mundo, en todas sus latitudes, anda muy escaso de alegría; incluso cuando multiplica las formas de diversión, su risa tiene el sonido estridente de la desesperación. Sólo Jesús da la verdadera alegría, porque él es la fuente de la alegría en nosotros.

«¿Cómo lo has encontrado...?» Alguno podrá responder, como el mercader de perlas, que llevaba ya tiempo buscando un sentido para su propia vida, una finalidad a su acción. Otros, en cambio –como el hombre que encuentra el tesoro escondido–, no estaban buscando; sin embargo, han quedado fulminados por un hallazgo. Casi nunca se trata de una visión extraordinaria; de ordinario, entrevemos al Señor Jesús en una comunidad eclesial, en un hombre o en una mujer de Dios, en una situación de indigencia de la que alguien se ha hecho cargo por amor a los hermanos y, después, ha descubierto presente al verdadero pobre, al hermano que se hace cargo de todos.

En cualquiera de estos casos, es precisamente a Jesús a quien se encuentra a través de estas realidades y estas personas, no cabe duda de ello. Por eso, como los pri-

meros discípulos, como Pablo y el ejército innumerable de los santos, también nosotros consideramos todo lo demás como si de nada se tratara y nos ponemos con entusiasmo tras las huellas de aquel que nos ha hecho entrever un resplandor de su incomparable belleza y ha encendido en nosotros una chispa de su divina caridad. Eso no significa que todos los que han encontrado a Jesús hayan entrado en un convento o se hayan marchado a las misiones; muchos se han limitado a transformar su prestigio, sus posesiones o sus aptitudes en ocasiones de servicio. Y de este modo ha entrado el Reino de los Cielos en una industria, en un hospital, en una escuela. Su alegría se ha irradiado, se ha propagado como una onda sonora... Que el Señor nos dé oídos para escuchar y continuar su canto que transforma la vida en una fiesta: la fiesta del encuentro con Cristo y su Reino.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú mismo eres el Reino y nuestra alegría. Concede a los que te han encontrado un impulso siempre nuevo para seguirte por los caminos de la caridad con un corazón libre y pobre, y haz que por su testimonio puedan encontrarte muchos, porque tú eres el tesoro escondido de la existencia humana, el todo por el que vale la pena dejar cualquier cosa.

La Palabra en el corazón de los Padres

Puesto que el tesoro, que está escondido bajo las divinas Escrituras, me había sido indicado por un santo hombre, no tardé en levantarme, buscarlo y verlo. Más aún, tras haber invocado a este santo que me ayudara, abandoné cualquier otra actividad de la vida y me fui al lugar donde aquel hombre bueno me había indicado que se encontraba el tesoro, y –con gran fatiga y pena,

noche y día– no paré de excavar y cavar, de echar fuera la tierra y ahondar el agujero, hasta que el tesoro empezó a brillar. Y así lo contemplo ahora completamente desplegado ante mis ojos. Al verlo, no paro de gritar, dirigiéndome a los que no creen y no quieren cansarse excavando: «Venid y ved todos vosotros, que no creéis en la divina Escritura». Hago esto porque creo de verdad a Salomón, que dice: «*La aprendí con sencillez, sin envidia la comparto*» (Sab 7,13); por esa razón grito a todos: «Venid y aprended que no sólo en el futuro, sino ya ahora, en cualquier parte, se encuentra ante vuestros ojos, en vuestras manos, a vuestros pies, el tesoro inexpressable que está “*por encima de todo principado, potestad, poder y señorío*” (Ef 1,21). Venid y creed que este tesoro del que os hablo es la “*luz del mundo*” (Jn 8,12)».

Y no digo esto de mi propia cosecha (cf. Jn 14,10), sino que es el mismo tesoro quien lo ha dicho y lo dice: «*Yo soy la resurrección y la vida*» (Jn 11,25), yo soy el grano de mostaza (cf. Mt 13,31) escondido en la tierra (cf. Mt 13,44), soy la perla que los fieles deben comprar (cf. Mt 13,46), yo soy el Reino de los Cielos escondido en medio de vosotros (cf. Lc 17,21; Jn 1,26). También aquí abajo, aunque por naturaleza nada puede contenerme, estoy contenido, no obstante, en vosotros según la gracia, de invisible me hago visible. Yo soy la levadura: el alma me coge, me pone en su naturaleza, que, al fermentar, se hace enteramente semejante a mí (cf. Mt 13,33). Me he convertido, para mis siervos, en paraíso. Soy la fuente luminosa de la corriente y del río inmortal. Soy el sol que sale a toda hora (Simeón el Nuevo Teólogo, *Le catechesi*, Città Nuova, Roma 1995, 491-494, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Sucede con el Reino de los Cielos lo que con un tesoro escondido*» (Mt 13,44).

Caminar con la Palabra

La raíz de donde brota toda la experiencia cristiana es, obviamente, Jesucristo. En el lenguaje cristiano, también en el habla común, hay algunas palabras importantes, riquísimas en contenido, palabras fuertes y orientadoras que, no obstante, se han echado a perder, han palidecido y se han vaciado por el uso.

Una de ellas es la palabra *evangelio*, reducida ahora a significar únicamente los cuatro libritos que cuentan la vida de Cristo. Demasiado poco. Su significado es, sin embargo, muy profundo. Evangelio significa *alegre noticia*. En la base de todo –como aparece tanto a partir de una lectura bíblica como a partir de nuestra misma experiencia personal– se halla precisamente el encuentro con un «evangelio», una «alegre noticia», una noticia sorprendente y esperada que cambia el sentido de toda la vida, que cuando la oyes te ensancha el corazón y te vuelve a dar deseos de vivir.

En los textos bíblicos de vocación y de misión hay siempre un mandato divino: ve, grita, anuncia, te envío. Pero se trata de un mandato que hay que entender bien. Nadie se convierte en un cristiano serio y comprometido por orden o por imposición exterior, sino siempre y únicamente bajo el impulso que nace del interior, del corazón. Es verdad, existe un imperativo en los textos de misión, pero el imperativo de Dios nace de dentro.

Hay dos pequeñas palabras que ilustran muy bien todo lo que estamos diciendo: «*Sucede con el Reino de los Cielos lo que con un tesoro escondido... con un mercader*» (Mt 13,44).

En primer lugar, un hombre descubre un tesoro: es el momento del descubrimiento y de la sorpresa, es decir, el encuentro con la «alegre noticia», que proyecta una luz nueva sobre la vida y sobre todas las cosas. A continuación, el hombre toma conciencia de lo que ha encontrado y pasa a la acción: vende todo lo que tiene. Es el momento del desprendimiento, de la conversión. Por último, el hombre que lo ha vendido todo para tener aquel tesoro queda atado por completo a su tesoro: toda su vida está en función del aquel tesoro.

Es en esta rica experiencia –de descubrimiento, de conversión y de alegre posesión– donde se arraiga el dinamismo apostóli-

co, a saber: el deseo de decir a todos que hay un tesoro, que vale la pena buscarlo, por el que incluso vale la pena venderlo todo para poseerlo, porque una vez que lo posees te das cuenta de que tienes en tu mano todo lo que da sentido a la vida. La alegre noticia es que, en Jesús, Dios se ha acercado tanto a nosotros que se ha hecho hombre, nuestro hermano; se ha sumergido en la historia, implicado en nuestra aventura sin posibilidad de arrepentirse. Esta alegre noticia está cerca, al alcance de la mano, pero es preciso alargar la mano para cogerla (B. Maggioni, *Il tesoro nascosto*, Ancora, Milán 1997, 7-10, *passim*).

5

Jesús

y los discípulos

(Mt 13,53–18,35)

Jesús y su patria; Herodes y el Bautista

(Mt 13,53–14,12)

⁵³ Cuando Jesús acabó de contar estas parábolas, se marchó de allí. ⁵⁴ Fue a su pueblo y se puso a enseñarles en su sinagoga. La gente, admirada, decía:

—¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría y esos poderes milagrosos? ⁵⁵ ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Santiago, José, Simón y Judas? ⁵⁶ ¿No están todas sus hermanas entre nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto?

⁵⁷ Y se escandalizaban por su causa. Pero Jesús les dijo:

—Un profeta sólo es despreciado en su pueblo y en su casa.

⁵⁸ Y no hizo allí muchos milagros por su falta de fe.

^{14,1} Por entonces, el tetrarca Herodes oyó hablar de Jesús ² y dijo a sus cortesanos:

—Es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos; por eso actúan en él los poderes milagrosos.

³ Es que Herodes había detenido a Juan, lo había encadenado y lo había metido en la cárcel, por causa de Herodías, la mujer de su hermano Filippo. ⁴ Pues Juan le decía:

—No te es lícito tenerla por mujer.

⁵ Y aunque quería matarlo, tuvo miedo al pueblo, que lo tenía por profeta.

⁶ Un día que se celebraba el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en público y agradó tanto a Herodes ⁷ que éste juró darle lo que pidiese. ⁸ Ella, azuzada por su madre, le dijo:

—Dame ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista.

⁹ El rey se entristeció, pero por no romper el juramento que había hecho ante los comensales, mandó que se la dieran, ¹⁰ después de enviar emisarios para que cortaran la cabeza a Juan en la cárcel. ¹¹ Trajeron la cabeza en una bandeja y se la dieron a la muchacha, la cual a su vez se la llevó a su madre. ¹² Después vinieron sus discípulos, recogieron el cadáver, lo sepultaron y fueron a contárselo a Jesús.

La Palabra se ilumina

Con el relato de la visita de Jesús a su tierra comienza –según la opinión común de los exégetas– una nueva sección del evangelio según Mateo, que culminará en el discurso eclesial. El evangelista omite a sabiendas el nombre de Nazaret, para dar a entender que cuanto sucede en ese momento en aquella pequeña ciudad de Galilea interesa en realidad al mundo entero.

El Maestro es objeto del rechazo de sus paisanos, como será rechazado, en general, por sus hermanos, por los hombres. Los habitantes de Nazaret no niegan los hechos maravillosos que ha realizado –y que lo acreditan como enviado extraordinario de Dios–, pero se dejan escandalizar por sus humildes orígenes y concluyen que no puede ser en absoluto el Mesías glorioso esperado por Israel. Frente a un rechazo tan claro y absurdo, Jesús afirma: «*Un profeta sólo es despreciado en su pueblo y en su casa*» (v. 57). El episodio adquiere para Jesús un valor emblemático: su destino será ser rechazado por su pueblo, por la humanidad, que lo rechazará por lo que piensa conocer de él –es el «*hijo del carpintero*»–, sin saber en realidad, porque no quiere creer, de «*dónde*» viene y quién es verdaderamente.

El rechazo inmediato del que fue objeto Jesús en su patria ofrece al evangelista la conexión para hablar de otro gran profeta, el Bautista, perseguido también y muerto después por el mismo Herodes, que, ahora, quería conocer al nuevo *rabí*, curioso por todo lo que oye decir de él. Juan se encuentra en la cárcel por haber

dado «testimonio de la verdad», y será decapitado por la petición insensata de una jovencita «manipulada» por una madre corrupta y vengativa. No se oye de él ni siquiera una palabra, y en esto también fue precursor de Jesús, que callará ante Pilato. Juan anticipa en su muerte la suerte que padecerá Cristo, el siervo de YHWH.

Mateo narra el episodio de la prisión y muerte del Bautista como un resumen de martirio, suerte común de los profetas. Resulta significativo, en efecto, que en el v. 5 se refiera la opinión del pueblo, «que lo tenía por profeta», con una alusión evidente a las palabras de Jesús (13,57).

La Palabra me ilumina

El Señor se hace continuamente presente en nuestra vida a través de las realidades más usuales y ordinarias. Su gloria puede esconderse tanto en las hojas de otoño que caen silenciosas como en la brisa que acaricia nuestro rostro o en el viento impetuoso que silba entre las casas... Todo es signo de su amor infinito. Nos corresponde a nosotros reconocerlo. Por lo general, estamos demasiado ciegos para darnos cuenta de su presencia. Esperamos las visitas de Dios como algo grandioso, fulgurante, y nos quedamos decepcionados si nuestros días discurren monótonos, sin las emociones religiosas que podríamos esperar. Jesús no fue reconocido por los suyos. Él está también ahora en medio de nosotros, se hace presente en nuestros hermanos y nos habla, pero nosotros tal vez lo esperamos en otro lugar. ¿Cómo admitir que su Palabra nos resuena hoy a través de los labios de aquella persona que tal vez nos aburre y que –sobre todo– nos somos capaces de amar y de estimar?

Jesús, que vino al mundo y volvió al Padre, sigue con nosotros, huésped silencioso de nuestros tabernáculos, hecho «cosa» por amor, aun sabiendo que nosotros lo

habríamos de rechazar. Hoy son nuestra incredulidad y nuestra indiferencia las que lo eliminan de nuestra vida. A veces, antes que su discreta y amable compañía, preferimos tumultuosas aventuras que nos hacen malgastar el tiempo y las energías en algo que no vale. Jesús está. Está en medio de nosotros, que somos los «suyos». ¿Seremos capaces de reconocerle y acogerle? ¿Seremos también capaces de aceptar que nos envíe a nosotros sus «profetas» para que vuelvan a llamarnos a la verdad, a una vida auténticamente humana y cristiana? «*Vino a los suyos y los suyos no le recibieron*», se dice dramáticamente en el prólogo del evangelio según Juan. El sentido de la vida depende siempre de esta elección: recibir a Jesús o rechazarle en las modalidades en que él quiere dejarse encontrar. Por desgracia, caemos fácilmente en el error de ver como más propio de nuestra dignidad no reconocerle de hecho presente en los hermanos, en los superiores, en la Iglesia, antes que desenmascarar nuestra soberbia y plegarnos al amor humilde que cree en su presencia en todo y en todos. El orgullo y la necesidad nos hacen cambiar la verdad por el placer de un momento, para no «hacer un papelón». Y así es como alejamos de nuevo a Jesús. Con todo, él siempre está dispuesto a entregarnos, con el perdón, la posibilidad y la alegría de conocerle y de seguirle.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú que te has hecho hermano nuestro para presentarnos al Padre como hijos redimidos y renovados por el perdón, ten piedad de nosotros, que, encerrados en el estrecho horizonte de sueños mezquinos de grandeza humana, no somos capaces de reconocerte ni nos abandonamos confiados a tu Palabra de salvación. No te canses de esperarnos y pon siempre junto a nosotros a personas que nos ayuden a caminar en la verdad y en la caridad. Tú, que eres el Amor, inflama

nuestro corazón, para que, superada toda desconfianza e incredulidad, nos convirtamos en fieles discípulos tuyos, humildes e intrépidos anunciadores del Evangelio, para llevar tu paz allí donde reinen las incomprensiones, las divisiones y las guerras fratricidas. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Hoy, mientras se nos narraba la virtud de Juan y la crueldad de Herodes, se han estremecido nuestros corazones... ¿Qué puede permanecer firme cuando la grandeza de los crímenes hace perecer la grandeza de las virtudes?

«*Herodes –dice el evangelio– había detenido a Juan*»: Juan, escuela de la virtud, maestro de la vida, modelo de santidad, vía de la penitencia, disciplina de la fe; Juan, más grande que un hombre, parejo a los ángeles, cumbre de la ley, sementera del Evangelio, voz de los apóstoles, silencio de los profetas, lámpara del mundo, precursor de Cristo, testigo de Dios, instrumento de toda la Trinidad.

«*Lo había encadenado y lo había metido en la cárcel*»: Herodes, eres tú quien ha cometido el adulterio, ¿y es Juan el Bautista el que va a la cárcel? Te pregunto: ¿dónde está el rostro de las cosas, dónde el pudor? Al menos, ¿dónde está Dios? ¿Dónde está el hombre? ¿Dónde está lo lícito? ¿Dónde está la ley? Por decirlo de una vez, Herodes, todo se ha confundido, por tus acciones, por tus juicios, por tus órdenes.

Juan reprende a Herodes con amonestaciones, no con acusaciones; quería corregirle, no hacerle perecer; pero Herodes prefirió perecer antes que volver en sí. La libertad de la inocencia se vuelve particularmente odiosa a quien es prisionero de las culpas. La virtud es contraria a los viciosos, [...] a los crueles les resulta insoportable la compasión, a los impíos la piedad, a los

injustos la justicia. El evangelista demuestra esto cuando dice: «*Juan decía: “No te es lícito tomar la mujer de Filipo, tu hermano”*». Éste es el motivo por el que se oponía Juan. El que amonesta ofende a los malvados. Quien reprende a los perversos va contra ellos. Juan decía lo que era según la ley, lo que ayudaba a la salvación; a buen seguro, lo que no estaba inspirado por el odio, sino por el amor: ésta es la recompensa que obtuvo de un impío por su piedad.

«*Quería matarle –dice–, pero temía al pueblo*». Fácilmente se desvía de la justicia quien no teme a Dios, sino a los hombres. Sólo el temor de Dios enmienda los ánimos, rechaza los delitos, conserva la inocencia, confiere una constante capacidad de bien (Pedro Crisólogo, «Sermoni» 127, en G. Banterle [ed.], *Opere di san Pietro Crisologo*, 3: *Sermoni 125-179*, Biblioteca Ambrosiana – Città Nuova, Milán – Roma 1998, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Y se escandalizaban por su causa*» (Mt 13,57).

Caminar con la Palabra

Los hombres, por una parte, se asombran y se preguntan: «*¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría y esos poderes milagrosos?*». Por otra, se escandalizan de él: «*¿No es éste el hijo del carpintero?*». Así juzgaban a Cristo. Habrían acogido sin particulares dificultades una acción inexplicable de Dios, porque habrían comprendido palabras de sabiduría, revelaciones portentosas, milagros de Dios, legislador de la naturaleza, que rompe sus leyes; del Señor, que dispone de todo como soberano. Habrían aceptado también a un mortal que hubiera enseñado cosas grandes como hombre de Dios, aunque tuviera un origen humano común, de una familia cuyo apellido se pueda nombrar. Lo que no consiguen comprender es la unión de ambos hechos: la sabiduría y la fuerza divina, por una parte y al mismo tiempo,

en la misma persona, la procedencia humana y la humana naturaleza visibles. No consiguen persuadirse de que el arco del puente sea tan poderoso que una dos orillas aparentemente imposibles de conectar. El pensamiento les sugiere: o lo divino o lo humano. Sin embargo, ésta es precisamente la naturaleza de Cristo. En él, Dios y el hombre, la eternidad y el tiempo, el cielo y la tierra, lo infinito y lo finito, la soberanía y la servidumbre, la bienaventuranza y la pasión, se han convertido en unidad. Por eso se escandalizan. También la Iglesia les ofrece los mismos motivos de escándalo. También aquí está la parte divina: en el anuncio inefable de la doctrina, en la remisión de los pecados y en la oferta de la gracia, en las imposiciones que cautivan a las conciencias. Sin embargo, contiene, al mismo tiempo, el elemento humano: la doctrina infalible se expresa en conceptos, en palabras, en definiciones humanas; se explica a través de discusiones, se anuncia por medio de hombres. La remisión de los pecados se lleva a cabo con palabras humanas de sacerdotes que son hombres. La gracia se concede por medio de ritos, palabras y signos visibles. Lo eterno se conecta con formas caducas. Aceptarían una Iglesia radiante con la magnificencia divina pero libre de todo elemento humano. Aceptarían también una Iglesia que fuera organización puramente humana, una unión de hombres con la misma fe. Sin embargo, se escandalizan de una Iglesia en la que estén conectados lo divino y lo humano.

Ésta es la naturaleza de Cristo, la naturaleza de la Iglesia cristiana. No se debe remover esta piedra de escándalo. Es algo determinante. Sólo es cristiano aquel que acepta, a través de la fe, lo divino en lo humano. Quien no quiere dejar subsistir en su plenitud o lo uno o lo otro deforma el cristianismo. La composición está excluida (R. Gutzwiller, *Meditazioni su Mateo*, Edizioni Paoline, Milán 1961, 256-258, *passim*; edición española: *Meditaciones sobre san Mateo*, Ediciones San Pablo, Madrid 1965).

Primera multiplicación de los panes (Mt 14,13-21)

¹³ Jesús, al enterarse de lo sucedido, se retiró de allí en una barca a un lugar tranquilo para estar a solas. La gente se dio cuenta y lo siguió a pie desde los pueblos. ¹⁴ Cuando Jesús desembarcó y vio aquel gran gentío, sintió compasión de ellos y curó a los enfermos que traían. ¹⁵ Al anochecer, sus discípulos se acercaron a decirle:

–El lugar está despoblado y es ya tarde; despide a la gente para que vayan a las aldeas y se compren comida.

¹⁶ Pero Jesús les dijo:

–No necesitan marcharse; dadles vosotros de comer.

¹⁷ Le dijeron:

–No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces.

¹⁸ Él les dijo:

–Traédmelos aquí.

¹⁹ Y después de mandar que la gente se sentase en la hierba, tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes, se los dio a los discípulos y éstos a la gente. ²⁰ Comieron todos hasta hartarse, y recogieron doce canastos llenos de los trozos sobrantes. ²¹ Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

La Palabra se ilumina

Todos los evangelistas refieren este acontecimiento extraordinario, clasificado por los exégetas en el género literario de los «milagros de donación». El relato evan-

gético –modelado sobre el de Eliseo (2 Re 4,42-44)– ha tomado una enorme resonancia en la tradición eclesial, y en la narración mateana –mucho más concisa respecto a la de Marco– el milagro se revela como una auténtica «teofanía» ante los discípulos todavía titubeantes. Se les invita a creer cada vez más firmemente en el poder sobrenatural de Jesús y –consecuencia de la fe– a compartir con los otros los dones recibidos para crear comunión.

En el relato se pueden señalar fácilmente tres vetas de significado diferentes, aunque la Palabra en cuanto tal no cesa nunca de enriquecerse con valores simbólicos que la hacen inagotable. Hay, en primer lugar, un sentido *mesiánico* por el que el milagro puede ser considerado como la realización del don del verdadero maná (cf. Ex 16,4-35): Jesús es el nuevo Moisés que sacia el hambre de la multitud de peregrinos en camino, a través del desierto de la vida, hacia la verdadera Tierra Prometida. Éste es el aspecto subrayado en particular en el pasaje paralelo del evangelio según Juan, donde se dice que Jesús, reconocido como Mesías y buscado por la muchedumbre para hacerlo rey, se aleja: aceptará reinar únicamente desde lo alto de la cruz.

En segundo lugar, aparece el sentido *eclesial*: Jesús implica a sus discípulos en el milagro, pidiéndoles su colaboración en la distribución de los panes y los peces bendecidos por él a la muchedumbre (v. 19). Son ya una imagen viva de la Iglesia que continuará, en todos los lugares y en todos los tiempos, anunciando el Evangelio y distribuyendo el «pan de la vida», la eucaristía.

Por último, son muchos los elementos lingüísticos que ponen de relieve el *sentido eucarístico* del milagro; nótese, por ejemplo, el uso de los verbos «tomar», «benedecir», «partir», «dar», así como el recuerdo contenido en la expresión «*al anochecer*» (v. 15), que es igual a la empleada por Mateo para introducir el relato de la ins-

titución de la eucaristía durante la última cena. El gran milagro anticipa, por tanto, para las muchedumbres el reconocimiento de Jesús como Pan vivo bajado del cielo para saciar el hambre humana, de suerte que todos puedan tomar no sólo lo que necesitan, sino recoger también «*doce canastos llenos de los trozos sobrantes*» (v. 20): en este detalle particular se entrevé ya la dimensión misionera de la Iglesia.

La Palabra me ilumina

Puede suceder que después de haber seguido generosamente a Jesús un buen trecho del camino, adentrándonos con él en un terreno que se va haciendo cada vez más desértico, nos venga la tentación de preguntarnos: «¿Es razonable lo que estoy haciendo? Tal vez no haya que exagerar. Es bello estar con él, pero, más allá de la poesía, es preciso tener en cuenta muchas necesidades concretas y cotidianas». Nos inclinamos fácilmente, en efecto, a creer que los problemas que debemos resolver exigen una respuesta inmediata y eficiente, incompatible por completo con la entrega gratuita a Jesús.

La duda puede insinuarse también en el corazón de los discípulos, es decir, de los que han sido llamados a seguir a Jesús más de cerca. ¿Es sensato –se preguntan algunos– no tener en cuenta las exigencias normales y humanas, cuyo primer y claro ejemplo es el comer y el beber? Sin embargo, Jesús, a través de este relato, referido escrupulosamente por todos los evangelistas, nos recuerda que quien opta por seguirle no queda decepcionado. Del «signo» hemos pasado a la «realidad». Tras la cena del Jueves Santo, multitudes de hombres han podido experimentar a lo largo de los siglos que alimentándose de Jesús, verdadero Pan bajado del cielo para colmarnos de toda dulzura, es posible afrontar situaciones trabajosas sin ceder a la tentación de la duda y del desánimo.

Aquel anochecer, Jesús puso entre las manos de los discípulos el pan y los peces bendecidos para que los distribuyeran: respondía a su temor implicándolos directamente en el milagro que estaba realizando. Ellos obedecieron y experimentaron la alegría de ser dispensadores del verdadero pan que sacia toda hambre.

La pobreza humana no es nunca un obstáculo para Dios: abandonándonos con sencillez a la acción de la gracia recibimos la fuerza para llevar a cabo la misión que se nos ha confiado. Si después nos sobrevienen dudas y perplejidades que podrían comprometer nuestro camino espiritual, es sensato confiarnos humildemente al juicio de quienes tienen en la Iglesia la tarea del discernimiento y hacer exactamente lo que nos indiquen. Es más necesario que nunca invocar al Espíritu, a fin de que haga comprender a cada cristiano –y a cada consagrado en particular– que Jesús no abandona a quien lo deja todo para seguirle. Él está allí, dispuesto a cambiar todo desierto en un lugar de convite para una fiesta sin fin, a la que debemos desear invitar a todos los hermanos, seguros de que para todos ellos habrá alimento en abundancia. Y puesto que mientras falte alguien a la fiesta no podrá ser plena la alegría, la Iglesia se prodiga para hacer llegar a todos la apremiante invitación.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú que sacias nuestra hambre más allá de todo deseo, haz que no detengamos nuestros pasos cuando te adentras por los desiertos inhóspitos del sufrimiento y del aparente sinsentido del vivir. No permitas que en esos momentos nos venza la tentación de pensar que tú no nos bastas; más aún, que nos apartas de lo que es más necesario. Ilumínanos siempre con la luz de tu Espíritu, a fin de que seamos capaces de reconocer tu presencia en todo gesto de caridad fraterna, que nos ofrece el pan para volver a darnos fuerzas y es-

peranza. Concédenos también una mirada de amor y de compasión que nos permita darnos cuenta de las necesidades de nuestros compañeros de camino, de modo que podamos llegar todos juntos al banquete eterno en el que tú mismo serás nuestro comensal, nuestro alimento y nuestro servidor. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Yo, que antes era el despreciado, soy ahora el preferido, ahora he sido antepuesto a los elegidos. Yo, que antes era el pueblo de pecadores despreciado, me encuentro ahora en una condición de vida venerable que me une a la sagrada realidad del cielo y he sido admitido ahora a la dignidad de comensal del cielo. Para procurarme el alimento no me hacen falta lluvias abundantes ni la laboriosa producción de la tierra ni frutos de plantas. No pido ni ríos ni fuentes para mi sed. Mi alimento es Cristo; mi bebida, la sangre de Dios. Ahora no espero entradas anuales para saciarme: Cristo se me ofrece cada día. No tendré miedo de que cualquier intemperie meteorológica o cualquier pérdida de la cosecha agrícola me lo mengüen, con tal de que la devoción me lo preserve con cuidado asiduo. Mi alimento es tal que quien lo come ya no tiene hambre; mi alimento es tal que no engrasa el cuerpo, sino que robustece el corazón del hombre.

El pan del cielo, el verdadero, me lo guarda el Padre. El pan de Dios, que da la vida a este mundo, ha bajado del cielo para mí.

¿Por qué pides que te ofrezca el pan que él da a todos, cada día, siempre? Te corresponde a ti coger este pan. Acércate a este pan y lo cogerás. De él se ha dicho: «*Todos los que se alejan de ti, morirán*» (Sal 72,27). Si te alejaras de él, morirías; si te acercaras a él, vivirías. Éste es el pan de la vida; por consiguiente, el que come la vida no puede morir. ¿Cómo podrá morir quien tiene la vida

por alimento? ¿Cómo podrá desaparecer el que tenga la vida como sustento? Acercaos a él y saciaos: él es pan. Acercaos a él y bebed: él es fuente. Acercaos a él y alumbraos: él es luz. Acercaos a él y seréis libres: «*Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad*» (2 Cor 3,17). Acercaos a él y libraos de los lazos: él es perdón de los pecados. ¿Os preguntáis quién es él? Escuchad lo que dice él mismo: «*Yo soy el pan de vida. El que venga a mí ya no tendrá hambre, y el que cree en mí ya no tendrá sed*» (Ambrosio, *Comentario al salmo 118*, 18, 26-28, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Jesús vio aquel gran gentío y sintió compasión de ellos*» (Mt 14,14).

Caminar con la Palabra

Hoy, como hace dos mil años, Cristo ve venir hacia él muchedumbres numerosas que tienen hambre, por las que siente compasión, a las que llama, a las que pide el corazón. Hoy como entonces, las provisiones, los recursos de la Iglesia, parecen irrisorios. Jesús pide, antes que nada, un acto de confianza, un gesto de abandono en sus manos; les dice: «*Sentaos*». Intentemos comprender: les ha pedido, naturalmente, lo que más les costaba. Mientras estaban de pie, no dependían más que de ellos mismos, tenían la posibilidad de irse a comer a sus casas... Es decir, podían marcharse. Ahora bien, al sentarse, renunciaban a bastarse a sí mismos, a arreglárselas por ellos mismos; dependían de él, estaban entregados, como las hostias sobre la patena del ofertorio. Me parece que muchos dudaron ante aquella invitación. ¿Qué habríamos hecho nosotros en su lugar? Al final algunos se sentaron y otros lo hicieron a continuación. Y por fin llegó el gran momento, cuando se sentaron los cinco mil. Después empezó a circular el pan, pero el milagro ya había tenido lugar antes. El milagro más grande lo había obtenido el Señor de ellos: el milagro de su fe y de su amor. ¿Y nosotros?

¿Creemos en él? ¿Creemos que Cristo es capaz de saciar nuestra hambre? Nos diría antes de cualquier milagro: «¿Crees en mí? ¿Crees que puedo cambiar tu vida, llenarla, renovarla? ¿Crees que soy bastante poderoso y que te amo bastante para que puedas vivir, gracias a mí, una vida diferente de la que has vivido hasta ahora, de la que has vivido sin mí?». Queremos creer, sí, pero no vivimos de la fe. Siempre tendremos razones, óptimas razones, para no creer. La fe seguirá siendo siempre un acto por encima de nuestras fuerzas naturales, una gracia a la que deberemos abrirnos, una oscuridad que deberemos soportar. Tener fe significa tener bastante luz para soportar un margen de oscuridad. Cuanto más oremos, más nos comunicaremos, más amaremos a Dios y a nuestro prójimo, y más convencidos estaremos de la realidad y de la presencia del objeto de nuestra fe (L. Evely, *A confronto col Vangelo*, Citadella, Asís 1969, 183-191, *passim*).

Jesús camina sobre las aguas y las curaciones

(Mt 14,22-36)

²² Luego mandó a sus discípulos que subieran a la barca y que fueran delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. ²³ Después de despedirla, subió al monte para orar a solas. Al llegar la noche estaba allí solo.

²⁴ La barca, que estaba ya muy lejos de la orilla, era sacudida por las olas, porque el viento era contrario. ²⁵ Al final ya de la noche, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. ²⁶ Los discípulos, al verlo caminar sobre el lago, se asustaron y decían:

–Es un fantasma.

Y se pusieron a gritar de miedo. ²⁷ Pero Jesús les dijo en seguida:

–¡Ánimo! Soy yo, no temáis.

²⁸ Pedro le respondió:

–Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.

²⁹ Jesús le dijo:

–Ven.

Pedro saltó de la barca y, andando sobre las aguas, iba hacia Jesús. ³⁰ Pero al ver la violencia del viento se asustó y, como empezaba a hundirse, gritó:

–¡Señor, sálvame!

³¹ Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo:

–¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?

³² Subieron a la barca, y el viento se calmó. ³³ Y los que estaban en ella se postraron ante Jesús, diciendo:

–Verdaderamente eres Hijo de Dios.

³⁴ Terminada la travesía, tocaron tierra en Genesaret.

³⁵ Al reconocerlo los hombres del lugar, propagaron la noticia por toda aquella comarca y le trajeron todos los enfermos. ³⁶ Le suplicaban que les dejara tocar siquiera la orla de su manto, y todos los que la tocaban quedaban sanos.

La Palabra se ilumina

El episodio narrado tiene un claro valor simbólico y contiene un mensaje teológico que no es difícil identificar. La barca que atraviesa, con los discípulos a bordo, las aguas agitadas por el viento es imagen de la Iglesia sacudida por los acontecimientos tumultuosos de la historia. Del mismo modo que ya en el Primer Testamento YHWH había sacado de Egipto al pueblo elegido y lo había guiado por el desierto hasta la tierra prometida, así también ahora Jesús socorre al pequeño núcleo que constituirá el comienzo de las comunidades del nuevo Israel, de la humanidad entera redimida por su sangre.

Mateo subraya ulteriormente el sentido eclesial del episodio refiriendo –sólo él– el asunto de Pedro: asegurado por Jesús, camina sobre las aguas, pero inmediatamente después, preso de la duda, empieza a hundirse; mientras siente que se lo tragan las aguas –de la muerte– invoca la salvación, y la mano de Cristo le salva (vv. 28-31); el Maestro y el discípulo suben, por fin, a la barca; vuelve la bonanza, que asegura una navegación tranquila y segura. Por lo que respecta al género literario, podemos hablar de un «relato de epifanía»: Jesús, al mostrar su soberanía sobre los elementos naturales desencadenados –símbolo del mal–, parece anticipar la manifestación de su victoria pascual sobre la muerte. Las palabras «*¡ánimo! Soy yo, no temáis*» (v. 27) revelan la identidad divina del Nazareno; la expresión «*Soy yo*» retoma, en efecto, la fórmula del nombre de YHWH (cf. Éx 3,14).

Los vv. 28-31, referidos a Pedro, aluden después a la función primacial del apóstol en la Iglesia. Pedro puede caminar sobre las fuerzas del mal como el Maestro, aunque su fe es insuficiente –«*hombre de poca fe*» (v. 31), y necesita la ayuda de Jesús. El v. 33 –propio de Mateo– concluye el relato con una profesión coral de fe en Cristo: «*Y los que estaban en ella se postraron ante Jesús, diciendo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios”*». Leyendo el episodio en clave pascual, esta «confesión» de los discípulos corresponde al acto de adoración que ellos mismos realizaron cuando le encontraron en Galilea después de la resurrección (Mt 28,17).

El fragmento va seguido de un resumen que pone de relieve el poder salvífico de Jesús (vv. 34-36). Llega por vez primera junto a Genesaret, pueblo situado en la fértil llanura de la ribera noroccidental del lago de Galilea, y enseguida le traen «*todos los enfermos*» y él los cura a «*todos*»: es el Salvador de cada hombre, y cada hombre, gracias a él, puede volver a esperar en la salvación.

La Palabra me ilumina

Hay una especie de hilo de oro que acomuna a los personajes perfilados en el fragmento evangélico propuesto: la fe. Se requiere la fe a los discípulos, que, por orden de Jesús, deben subir solos a la barca, mientras que su Maestro despide a la muchedumbre entusiasmada por haber sido saciada de pan en el desierto. Una fe-obediencia dura y probada por las largas horas de travesía en medio de olas agitadas, con el tormentoso pensamiento de que ha sido precisamente Jesús quien les ha abandonado en la noche, en la dificultad, en el desconcierto. Se vuelve a pedir de nuevo la fe a los discípulos cuando le ven avanzar –¡como un fantasma!– sobre las aguas agitadas por el viento. Por consiguiente, es otra vez él quien les pone en dificultades, en vez de socorrerles.

También se pone a prueba la fe de Pedro. Es él quien pide: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas», pero, ciertamente, no le resulta fácil despegarse de la barca de los compañeros para aventurarse, en medio de la tempestad, al encuentro del misterioso personaje que le ha animado a no tener miedo. Su fe se revela verdaderamente escasa, como la de los discípulos, como la de todos nosotros; sin embargo, en el momento de mayor peligro, ese «poco de fe» –no más grande que un grano de mostaza– le hace brotar del corazón el grito de una auténtica oración gracias a la cual encuentra ayuda de inmediato.

El verdadero problema de los discípulos y también el nuestro es precisamente el de ser capaces de postrarnos ante Jesús y decirle con todas nuestras fuerzas: «Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios. Sí, verdaderamente, tú eres el Señor de lo imposible, que has venido a hacerte nuestro imprevisible compañero de camino en el arduo viaje de la vida. Dios Altísimo y, sin embargo, sumamente próximo». Precisamente porque es Dios, sus pensamientos superan nuestros pensamientos, sus caminos no son nuestros caminos; el camino que elige para nosotros no es nunca el que nosotros nos esperaríamos, no es nunca el más obvio. Por lo general, el hombre se siente presa del temor frente a lo imprevisto, y a menudo se siente incluso paralizado por el miedo y la angustia. Ahora bien, cuando lo imprevisto viene de Dios, tiene una marca inequívoca: trae consigo una paz profunda, porque es fruto del amor.

Eso es lo que importa comprender, como habían intuido los pobres enfermos de Genesaret, que acudieron todos a Jesús sin miedo. Su deseo era tocar siquiera la orla de su manto para obtener la salvación. Creer es precisamente la humilde certeza de quien no desea otra cosa que encontrar a Jesús, poner ante él su propia pobreza y miseria con la seguridad de que será sanado por él.

La Palabra se convierte en oración

Oh Jesús, nuestro único Señor, nos postramos humildemente ante ti y te renovamos nuestra adhesión total: haz que siempre seamos capaces de acoger con fe lo que preparas para nosotros momento a momento. Tus caminos no son nuestros caminos, tu sabiduría choca a menudo con nuestros cálculos avaros: danos sencillez de corazón e impulso de amor para ser capaces de seguirte siempre y a todas partes, incluso en medio de la tormenta. Con frecuencia nos sentimos desfallecer por nuestra debilidad y miseria: no permitas que caigamos en el desánimo, sino sosténnos y cúranos con la fuerza de tu Espíritu, a fin de que a través de nuestra pobreza se manifieste el poder de tu amor. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Está el mar, está la tempestad. No te queda más que gritar: «¡Señor, que perezco!» (Mt 14,30). Que te presente la mano aquel que camina intrépido sobre las olas; que te levante en tu ansiedad; que, uniéndote a él, consolide tu seguridad. Que te hable en lo íntimo y te diga: Mira hacia mí; ¿ves lo que he soportado? Tú soportas tal vez a un hermano malvado o a un enemigo exterior, ¿y acaso no los he soportado yo? Se estremecían en el exterior los judíos, y en el interior me traicionaba el discípulo. ¿Enfurece, pues, la tempestad? Porque es él quien salva del miedo y de la tempestad. Tal vez tu barca está siendo sacudida violentamente porque él duerme en ti. El mar se volvía cada vez más violento; la navecilla en la que viajaban los discípulos se veía sacudida, y Cristo dormía. Por fin, se acuerdan de que dormía entre ellos el dominador y el creador de los vientos. Y entonces se acercaron a Cristo y despertaron. Él dio órdenes a los vientos y se produjo una gran bonanza (cf. Mt 8,23-26).

Es natural que tu corazón se turbe si te olvidas de aquel en quien crees. Tus sufrimientos te parecen intolerables porque no vuelves a pensar en lo que Cristo soportó por ti. Si Cristo no te viene a la mente, es que duermes para ti. Despierta a Cristo, recupera la fe. Cristo duerme en ti si te has olvidado de los padecimientos de Cristo; Cristo vela en ti cuando te acuerdas de ellos. Y cuando hayas contemplado con todo el corazón lo que sufrió, ¿acaso no soportarás también tú de buen ánimo –y hasta alegrándote– tus dolores, al encontrar cierta semejanza entre lo que sufres tú y lo que tuvo que sufrir tu rey? Así pues, cuando empieces a consolarte y a alegrarte con estos pensamientos, será señal de que él se ha despertado, de que ha dado órdenes a los vientos y se ha producido la bonanza (Agustín de Hipona, *Comentarios a los Salmos*, 54, 10).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«¡Señor, sálvame!» (Mt 14,30).

Caminar con la Palabra

Evangelio de miedo, Evangelio de gritos. Humanísimo Evangelio. Primero Jesús está ausente, después aparece como un fantasma, a continuación como una mano firme que te coge. Un *crescendo* de fe. Tres experiencias de Dios dentro de una liturgia cósmica, de olas, de viento, de noche, de violencia. Se trata de nuestra liturgia existencial, de la historia de nuestros días, de nuestros miedos y de los milagros invocados. Y de los hundimientos y de manos que te atrapan. «Ya al final de la noche», sólo tras una larga noche de lucha viene Jesús hacia los suyos. Y nosotros querriamos que viniera enseguida, a las primeras señales de fatiga, a los primeros signos de peligro. ¿Tal vez estamos abandonados? ¿Es posible que los discípulos estén abandonados a sí mismos? No. No pidamos milagros al Señor, sino energías para la noche; la barca avanza no por el amainar del

viento, sino por el prodigio de los remeros que no se rinden porque saben que al final de la noche está el Señor, como resurrección, como pacificación, como atracadero. Quiero dar las gracias a Pedro por su humanísima oscilación entre la fe y la duda: «¡Señor, ayúdame!». Porque toda duda puede ser redimida, incluso sólo por una plegaria, gritada en la noche, o en la tempestad, o en el viento. Porque el problema no es Dios; somos nosotros y nuestra corta fe. El milagro no sirve para creer: sirve el encuentro con el Señor, sentir su mano.

Porque el milagro primero no es la tempestad calmada; el milagro es la fuerza para continuar remando en medio de la borrasca, con el viento en contra, escrutando lo que falta para que acabe la noche (E. M. Ronchi, *Dietro i mormorii dell'arpa, Sotto il Monte – Bérgamo 1999, 243, passim*).

Controversia sobre la tradición y lo puro y lo impuro

(Mt 15,1-20)

¹ Entonces unos fariseos y maestros de la ley venidos de Jerusalén se acercaron a Jesús y le dijeron:

² –¿Cómo es que tus discípulos no observan la tradición de nuestros antepasados? ¿Por qué no se lavan las manos para comer?

³ Jesús les respondió:

–¿Y cómo es que vosotros desobedecéis el mandato de Dios para seguir vuestra tradición? ⁴ Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y el que maldiga a su padre o a su madre será reo de muerte. ⁵ Pero vosotros decís: El que diga a su padre o a su madre: «He ofrecido a Dios los bienes con los que te podía ayudar» ⁶ no tiene obligación de socorrer a su padre. Así anuláis el mandamiento de Dios con vuestra tradición. ⁷ ¡Hipócritas!, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo:

⁸ *Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí;*

⁹ *en vano me dan culto,
pues las doctrinas que enseñan
son preceptos humanos.*

¹⁰ Y llamando a la gente les dijo:

–Escuchad atentamente: ¹¹ Lo que entra por la boca no mancha al hombre; lo que sale de la boca es lo que le mancha.

¹² Los discípulos se acercaron entonces a decirle:

–¿Sabes que los fariseos se han sentido ofendidos al oír tus palabras?

¹³ Jesús respondió:

–Toda planta que no haya plantado mi Padre del cielo será arrancada de raíz. ¹⁴ Dejadlos; son ciegos, guías de ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, caerán ambos en el hoyo.

¹⁵ Pedro tomó la palabra y le dijo:

–Explícanos esta comparación.

¹⁶ Y Jesús contestó:

–¿Ni siquiera vosotros entendéis todavía? ¹⁷ ¿No comprendéis que todo lo que entra por la boca baja al vientre y va a parar al estercolero? ¹⁸ Sin embargo, lo que sale de la boca viene del corazón, y eso es lo que mancha al hombre. ¹⁹ Porque del corazón vienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las injurias. ²⁰ Eso es lo que mancha al hombre; comer sin lavarse las manos no mancha a nadie.

La Palabra se ilumina

Como subraya bien el procedimiento estilístico de la inclusión, el tema central del largo fragmento es el debate sobre la contaminación provocada por las manos no lavadas antes de las comidas. La referencia a esta cuestión –que se repite explícitamente en los vv. 2 y 20– abarca, en efecto, toda la perícopa.

La primera parte (vv. 1-9) tiene por objeto una controversia entre Jesús y algunos fariseos y maestros de la ley sobre la pureza ritual; la segunda (vv. 10-20) trata de la impureza en un sentido más lato. El Maestro se dirige primero a la muchedumbre (v. 10) y después a los discípulos (v. 12ss).

En la exposición de este debate, Mateo sigue fielmente el esquema de las disputas –halálicas– del judaísmo: pregunta (v. 2), contrapregunta (v. 3), argumentación (vv. 4-6), prueba bíblica (vv. 7-9). Los cristianos –enseña el evangelista– deben tener la Escritura como norma de su conducta moral, según la auténtica interpretación ofrecida por Jesús.

Una delegación de maestros de la ley y de fariseos hace notar que los discípulos de Jesús no realizan las

purificaciones rituales. Estas purificaciones, reservadas originariamente a los sacerdotes (cf. Éx 30,17-21), habían sido extendidas obligatoriamente por ellos mismos a todo Israel, considerado como un reino sacerdotal y un pueblo santo (cf. Éx 19,6; Lv 20,26). Esta «tradición de los antiguos» constituía para los fariseos la *Torá* oral, tan obligatoria como la escrita. Jesús no acepta esa extensión indebida de las normas que hace correr el riesgo de instrumentalizar la religión para intereses egoístas, como muestran los dos ejemplos que cita.

Los adversarios se preocupan de las abluciones, pero van contra los mandamientos de Dios. Los fariseos, basándose en una falsa interpretación de la ley sobre la observación de los votos (Nm 30,3), invalidan el cuarto mandamiento, que prescribe honrar a los padres. Según la tradición, no se permitía a los hijos, en efecto, socorrer a los padres con los propios bienes; en caso de que los hubieran declarado consagrados al Señor con un voto. En realidad, esos bienes –entregados a los sacerdotes para el templo– seguían siendo usados por sus propietarios. Se crea, por consiguiente, una ficción jurídica en apoyo de un comportamiento aparentemente religioso, aunque, en realidad, era inhumano e hipócrita. Tras denunciar el hecho, Jesús lo condena retomando las palabras proféticas de Isaías, que lanzaba reproches al pueblo porque honraba a Dios sólo con los labios (Is 29,13).

En la segunda parte del fragmento (vv. 10-20), Jesús, llamando a la gente, se dirige a ella con un doble mandato: «¡Escuchad atentamente!»; va a ofrecer, en efecto, una enseñanza sobre la pureza interior en forma de *mashal* (dicho sapiencial). Jesús contrapone la actitud sincera del corazón a la observancia formalista de la ley, haciendo pasar así de una ética abstracta basada en normas externas y fáciles de manipular a una ética basada en la conciencia iluminada por el Espíritu. Lo que mancha al hombre –repite como conclusión– no son los

alimentos, sino «*lo que sale de la boca*» (v. 11), es decir, la palabra que brota del corazón, que, según la mentalidad judía, constituye el centro del hombre. Si éste no es puro, se convierte en fuente de toda maldad y egoísmo. En efecto, sólo por maldad se pueden considerar como no válidos los mandamientos de Dios centrados en el amor.

La Palabra me ilumina

Es frecuente encontrar a personas para quienes la religión y la pertenencia a la Iglesia no es más que una jaula opresora de normas de la que es preciso evadirse reivindicando la propia libertad. ¿De dónde nace esta incomodidad? Las causas pueden ser muchas, pero una de ellas es, a no dudar, el modo de celebrar el culto. Si éste se vive sólo de una manera exterior, se queda en un montón de preceptos inútiles que acaban siendo aburridos y también perjudiciales.

La observancia exacta puede hacer surgir, en efecto, la pretensión de tener derechos sobre Dios en virtud de un comportamiento correcto, mientras que, en realidad, todavía no ha tenido lugar un encuentro real con el Dios vivo y verdadero. Cuando él entra verdaderamente en la vida de una persona, conduce a una adhesión que supera toda ley, sin infringir ninguna. El yugo que antes parecía pesado se vuelve ligero, porque ahora se lleva con buen ánimo. Jesús, nuestro camino, ha venido precisamente a trazar un gran camino de libertad para nosotros: el camino del amor.

San Agustín se hará eco de la enseñanza del Maestro cuando afirma su célebre: «Ama y haz lo que quieras». Sólo el amor permite tener una inteligencia sabia de lo que cuenta de verdad. Sin embargo, ¿cómo amar de verdad –sin cambiar por amor lo que se nos vuelve cómodo y agradable– si no es dejando espacio a la vida divina en nosotros? Todo cristiano, en virtud del bautismo,

tiene en sí mismo esa fuente, la cuestión consiste en descubrirla y hacerla manar. El amor –el Espíritu Santo– ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rom 5,5) y puede conducirnos a vivir una vida de verdaderos hijos de Dios.

Jesús insiste sobremanera en el hecho de que no es importante lo que entra en el hombre, sino lo que sale de su corazón. En consecuencia, es preciso que nos pongamos a la escucha de la Palabra que nos ha sido dirigida, a fin de descubrir las exigencias de la vida cristiana. La Palabra es, verdaderamente, lámpara para los pasos del creyente, luz segura que indica el camino que debemos recorrer. Es preciso dejarnos interpelar por ella continuamente si queremos evitar los dos escollos contrapuestos: un ritualismo que se contenta con observancias exteriores y un engañoso permisivismo que se permite todo en nombre de la libertad. Una vez más, es la contemplación de Jesús crucificado lo que indica la medida del amor auténtico: absoluta gratuidad que se entrega libremente por todos, sin cálculos ni restricciones.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú conoces las hipocresías de las que se alimenta a menudo nuestro egoísmo. Ten piedad de nosotros y condúcenos por tus caminos de libertad y de amor. Purifica nuestro corazón, para que, siguiendo tus enseñanzas, aprendamos a saborear la verdadera libertad. Haz que, empujados por el Espíritu, podamos correr por el camino del auténtico amor y convertir toda nuestra vida en una ofrenda agradable al Padre por todos los hermanos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Lo mismo que suele acontecer al que desde la cumbre de un alto monte mira algún dilatado mar, esto mis-

mo le sucede a mi mente cuando desde las alturas de la voz divina, como desde la cima de un monte, mira la inexplicable profundidad de su contenido.

Sucede, en efecto, lo mismo que en muchos lugares marítimos en los que, al contemplar un monte por el lado que mira al mar, lo vemos como cortado por la mitad y completamente liso desde su cima hasta la base, y como si su cumbre estuviera suspendida sobre el abismo. La misma impresión que causa al que mira desde tan elevada altura a lo profundo del mar, la misma sensación de vértigo experimento yo al quedar como en suspenso por la grandeza de esta afirmación del Señor: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

Dios se deja contemplar por los que tienen el corazón purificado. «A Dios nadie lo ha visto jamás», dice san Juan, y Pablo confirma la sentencia con estas palabras tan elevadas: «A quien ningún hombre ha visto ni puede ver».

Ésta es aquella piedra leve, lisa y escarpada que aparece como privada de todo sustentáculo y aguante intelectual; de ella afirmó también Moisés en sus decretos que era inaccesible, de manera que nuestra mente nunca puede acercarse a ella por más que se esfuerce en alcanzarla, ni puede nadie subir por sus laderas escarpadas, según esta sentencia: «Nadie puede ver al Señor y quedar con vida».

Y, sin embargo, la vida eterna consiste en ver a Dios. Y que esta visión es imposible lo afirman las columnas de la fe, Juan, Pablo y Moisés. ¿Te das cuenta del vértigo que produce en el alma la consideración de las profundidades que contemplamos en estas palabras? Si Dios es la vida, el que no ve a Dios no ve la vida. Y que Dios no puede ser visto lo atestiguan, movidos por el Espíritu divino, tanto los profetas como los apóstoles. ¿En qué angustias, pues, no se debate la esperanza del hombre?

Pero el Señor levanta y sustenta esta esperanza que vacila. Como hizo en la persona de Pedro cuando estaba a punto de hundirse, al volver a consolidar sus pies sobre las aguas. Por lo tanto, si también a nosotros nos da la mano aquel que es la Palabra, si, viéndonos vacilar en el abismo de nuestras especulaciones, nos otorga la estabilidad iluminando un poco nuestra inteligencia, entonces ya no temeremos, si caminamos cogidos de su mano. Porque dice: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Gregorio de Nisa, PG, 44, 1.263).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíete a menudo y vive esta Palabra:

«Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

Caminar con la Palabra

Sabemos bien lo que es el hombre: basta con que miremos dentro de nosotros mismos. Que es capaz de cometer pecado es algo que constatamos a menudo, si hemos mantenido vigilante en nosotros el sentido de una sublimidad de valores o viva la voz del Espíritu, que discierne por nosotros y con nosotros lo que es «fruto» suyo y lo que procede de las «obras de la carne». Lo constatamos cuando tenemos pensamientos más grandes que nosotros o indignos de nosotros; cuando alimentamos palabras inútiles, dañinas y engañosas; cuando nuestras obras envuelven una semilla de idolatría. Lo constatamos cuando intentamos poner en el país del olvido las llamadas que nos llegan del deber o las exigencias que, de vez en cuando, nos llegan en nombre de la coherencia con nuestro compromiso cristiano.

Que el hombre es capaz de alcanzar la santidad lo constatamos en cuanto advertimos el impulso generoso a una trascendencia en la oración, o en la amistad, o en el servicio a los otros. Lo constatamos cuando nos sentimos pobres frente al inmenso mar de la verdad y advertimos la belleza de una aventura es-

pensal por ella misma; cuando, frente a las llamadas de tantos mensajes, vibramos por causas dominadas por la pura gratuidad; cuando descubrimos la belleza sencilla de una tarea bien hecha y de una empresa llevada a buen puerto...

El lenguaje de Jesús es claro: «*Porque del corazón vienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las injurias*».

La santidad es lo contrario. Es lo contrario de los vicios, de las depravaciones y de los defectos. Pero es también otra cosa: es la obra santa que el Espíritu lleva a cabo en nosotros si le damos nuestro consentimiento. La santidad consiste en saber que «*Dios es más grande que nuestro corazón*», pero es necesario que este corazón nos lance reproches; que sea un impulso fuerte y tenaz para nuestra voluntad de conversión, un grito humilde que nos haga decir como Pedro: «*Aléjate de mí, que soy un hombre pecador*». La santidad consiste en desear el rostro del Padre y reconocerlo en el de Cristo y orar como el apóstol Felipe: «*Señor, muéstranos al Padre y nos basta*». Consiste en pedirle que se quede cuando venga la noche de la aridez, de la vida, del cansancio, y conviene decir: «*Creo, Señor, pero aumenta mi fe*» (C. Massa, *La tenda di Pietro*, Edizioni Paoline, Roma 1979, 105s, *passim*).

La fe de la cananea (Mt 15,21-28)

²¹ Jesús se marchó de allí y se retiró a la región de Tiro y Sidón. ²² En esto, una mujer cananea venida de aquellos contornos se puso a gritar:

–Ten piedad de mí, Señor, hijo de David; mi hija vive maltratada por un demonio.

²³ Jesús no le respondió nada. Pero sus discípulos se acercaron y le decían:

–Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros.

²⁴ Él respondió:

–Dios me ha enviado sólo a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

²⁵ Pero ella fue, se postró ante Jesús y le suplicó:

–¡Señor, socórreme!

²⁶ Él respondió:

–No está bien tomar el pan de los hijos para echárselo a los perrillos.

Ella replicó:

²⁷ –Eso es cierto, Señor, pero también los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.

²⁸ Entonces Jesús le dijo:

–¡Mujer, qué grande es tu fe! Que te suceda lo que pides. Y desde aquel momento quedó curada su hija.

La Palabra se ilumina

En el evangelio según Mateo emerge con una particular insistencia el tema de la salvación universal y en

él aparecen varias veces las expresiones de gran estima pronunciadas por Jesús respecto a los paganos llamados a la fe (cf. Mt 8,5-13; 11,21). Sin embargo, la salvación de los «gentiles» pasa históricamente, en el plan de Dios, por la elección de Israel. Al leer el relato del milagro de la curación de la hija de una mujer cananea –pagana, por consiguiente– es preciso tener en cuenta un doble orden de consideraciones: por un lado, la tradición evangélica; por otro, la comunidad judeocristiana a la que iba dirigido el evangelio de Mateo. Sus miembros se preguntaban, en efecto, si «el pan de los hijos» –la eucaristía– se podía distribuir también a los paganos convertidos.

La respuesta que ofrece el evangelista es clara: la condición para entrar en el Reino es la fe auténtica, que no retrocede ante ninguna dificultad, según el modelo de la fe de Abrahán (cf. Rom 4,9-25). La mujer cananea, como el centurión (cf. Mt 8,10), arranca una alabanza de admiración de los labios de Cristo, precisamente por su confianza total.

La dureza inicial de las respuestas de Jesús constituye una «prueba» de la fe: la mujer acepta en su humildad y sin discusión el designio divino y reconoce la elección de Israel, pero en su pobreza continúa esperando que no se le niegue la salvación. Y así sucede de hecho; más aún, quedándose en el último sitio, se encuentra, en cierto modo, todavía más cerca del Salvador, «*el cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza y tomó la condición de esclavo*» (Flp 2,6s).

Con su actitud humilde y su oración insistente, la mujer cananea da testimonio de tener hacia Jesús una consideración como no han demostrado tener los maestros de la ley, ni los habitantes de Nazaret, ni siquiera los discípulos. En efecto, aunque es pagana, le conside-

ra realmente como don del Padre ofrecido a todos, con tal de que lo acojan.

La Palabra me ilumina

La figura de la mujer cananea nos habla a cada uno de muchos modos, según las distintas estaciones de la vida espiritual. No hay auténtica vida de fe que no deba confrontarse, antes o después, con el misterioso silencio de Dios, que parece no escuchar, sino incluso rechazar la oración más apesadumbrada. Jesús mismo grita a su Padre desde lo alto de la cruz su dolor por la experiencia de abandono a la que está siendo sometido: «*Desde el mediodía toda la región quedó sumida en tinieblas hasta las tres. Hacia las tres gritó Jesús con voz potente: "Elí, Elí. ¿lemá sabaktani?"*, que quiere decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"» (Mt 27,46s; cf. Sal 21).

Sin embargo, estamos seguros de que Dios no es un padre sádico que se divierte haciendo sufrir a sus criaturas. Jesús mismo afirma que «*el que pide recibe, el que busca encuentra, y al que llama le abren*» (Mt 7,7). ¿Por qué, entonces, la duda en la respuesta? ¿Cuál es su sentido? No es posible establecer por qué ha elegido Dios este camino, pero sabemos que le gusta ser invocado durante tiempo, con insistencia, con perseverancia. Como una madre que goza al oír la voz de su hijo, así Dios, a través de la oración, nos tiene junto a él, haciéndonos crecer en la comunión con él y en la caridad con los hermanos. En su momento no dejará de oírnos mucho más allá de lo que esperábamos, y la mejor prueba de que nos escucha será precisamente nuestra propia conversión.

Si bien el hombre parte siempre en su relación con Dios de una atención egoísta a sus propias necesidades, con el crecimiento de la fe y del amor su corazón entra en sintonía con la voluntad de Dios, la ama y coopera

así de una manera activa en la realización del designio divino de salvación. Este camino sólo es posible si crecen en nosotros de modo paralelo la fe y la humildad. Se trata de comprender que Dios es Dios y nosotros somos únicamente sus pequeñas criaturas. Estar en su presencia nos libera verdaderamente de toda presunción y nos abre al don más verdadero, que es reconocer a Dios la sabiduría de quien sabe lo que está bien para todos y para cada uno.

La Palabra se convierte en oración

Señor, tú conoces la debilidad de nuestra fe: concédenos una oración humilde, intensa, perseverante, capaz de sostener también tu silencio. Sabemos que tú nos hablas incluso cuando callas, pero en el momento de la prueba nos asalta la tentación de la duda y nos sentimos vacilar. Haz que aprendamos a creer en ti con un abandono cada vez más pleno, seguros de que tú ves y mantienes todo en tus manos. Te suplicamos por nosotros y por todos nuestros hermanos: ayúdanos según la riqueza de tu amor y sostenenos en el arduo camino de la vida. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

El pasaje del evangelio que se ha leído nos incita a orar, a creer y a confiar no ya en nosotros, sino en el Señor. Si falta la fe, es imposible la oración. En efecto, ¿quién ora alguna vez lo que no cree? Por eso también el bienaventurado apóstol, exhortando a la oración, dice: «*Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará*» (Rom 10,13). Y para demostrar que la fe es la fuente de la oración y que el arroyo no puede correr cuando la fuente está seca, añade: «*Ahora bien, ¿cómo podrán invocar al Señor si no han creído en él?*» (Rom 10,14). En consecuencia, para orar debemos creer y, para que no

disminuya la fe con la que oramos, debemos orar. La fe hace brotar la oración, y la oración que mana obtiene la estabilidad de la fe. La fe –repito– es la fuente de la oración, la cual, cuando se efunde, obtiene firmeza para la misma fe.

Precisamente para que no disminuyera la fe en las tentaciones, dijo el Señor: «*Velad y orad, para no entrar en la tentación*» (Lc 22,46). ¿Qué significa «*entrar en la tentación*», sino «*salir de la fe*»? La tentación progresa, en efecto, en la medida en que retrocede la fe, y viceversa. Pues bien, a fin de que vuestra caridad comprenda con mayor claridad que la exhortación del Señor «*velad y orad, para no entrar en la tentación*» se hizo a propósito de la fe, para que no disminuyera y desapareciera, dijo en este pasaje del evangelio: «*Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como al trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga*» (Lc 22,31s). Ora aquel que nos defiende, ¿y no ora el que se encuentra en el peligro? Son los humildes los que tienen fe, no los soberbios. Hablad por los que no tienen voz, orad por los que lloran (Agustín de Hipona, *Sermones*, 115, 1.4).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:
«*Ten piedad de mí, Señor*» (Mt 15,22).

Caminar con la Palabra

La fe en Cristo es la raíz y el centro de la vida cristiana, la identidad del cristiano. Nosotros somos cristianos porque creemos en Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para salvarnos. Jesús no es un libro, un dogma o un código de comportamiento: es una persona que vivió históricamente hace dos mil años, el Hijo de Dios nacido de María virgen, en el que creemos, al que amamos e intentamos imitar. Si Jesús ha resuci-

tado verdaderamente –y nosotros lo creemos de verdad–, entonces todo cambia en mi vida y nada es ya como antes. En suma, la fe, si es auténtica, cambia la vida. Hace al hombre más humano, más alegre, más motivado, más generoso, más capaz de sacrificarse por el prójimo, menos egoísta y más altruista, etc. Naturalmente, todo esto sucede si la fe es auténtica, sincera.

No necesito ver a Jesús para amarle. Así es, creo en él, le conozco porque leo el evangelio y le amo, le rezo y le pido todos los días amarle cada vez más.

La fe tiene dos dimensiones: una intelectual, racional, y otra emocional, existencial. La primera es el asentimiento del intelecto a las verdades contenidas en el «Credo» que el pueblo cristiano canta en la misa dominical. Nosotros creemos que Dios es el único clavo firme del que suspender la vida del hombre. La segunda dimensión de la fe es el amor, el corazón, la conmoción por haber recibido el don de creer. El corazón no expresa sólo un sentimiento superficial, sino al hombre interior, al hombre profundo. El problema de fondo de la fe es llegar al corazón, convertirse en la experiencia fundamental de la vida. Si alguien está enamorado de Cristo, su vida cambia por fuerza, y cambia para mejor en todos los sentidos. Apoyado en Cristo, puedo hacer todos los razonamientos que quiero, aunque, sustancialmente, estoy llamado, en mi pequeñez, a enamorarme de él. No es fácil, sino más bien incómodo por las renunciaciones que requiere, al menos al comienzo, pero es preciso intentarlo sabiendo que nada es imposible para Dios: por eso la oración es el motor de la vida cristiana. Estar enamorado de Jesús constituye la clave de bóveda de la vida, lo que da sentido y alegría a la existencia, lo que llena los días y las noches con un sentimiento inexpressable de plenitud, serenidad, paz del corazón, dulzura, ternura, fuerza, optimismo, júbilo, juventud... Eso es Jesucristo para mí: el único amor de mi vida (P. Gheddo, *La tentazione di credere*, Piemme, Casale M. 1999, 91-94, *passim*).

Curaciones y segunda multiplicación de los panes

(Mt 15,29-39)

²⁹ Jesús partió de allí y se fue a la orilla del lago de Galilea; subió al monte y se sentó allí. ³⁰ Se le acercó mucha gente trayendo cojos, ciegos, sordos, mancos y otros muchos enfermos; los pusieron a sus pies y Jesús los curó. ³¹ La gente se maravillaba al ver que los mudos hablaban, los mancos quedaban sanos, los cojos caminaban y los ciegos recobraban la vista, y se pusieron a alabar al Dios de Israel.

³² Entonces Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:

–Me da lástima esta gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. No quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan por el camino.

³³ Los discípulos le dijeron:

–¿De dónde vamos a sacar en un despoblado pan para dar de comer a tanta gente?

³⁴ Jesús les preguntó:

–¿Cuántos panes tenéis?

Ellos respondieron:

–Siete, y unos pocos pececillos.

³⁵ Entonces Jesús mandó a la gente que se sentara en el suelo. ³⁶ Tomó los siete panes y los peces, dio gracias, los partió y se los iba distribuyendo a los discípulos, y éstos a la gente. ³⁷ Comieron todos hasta saciarse, y recogieron siete cestos llenos de los trozos sobrantes. ³⁸ Los que comieron eran cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños. ³⁹ Después despidió a la gente, subió a la barca y fue a la región de Magadán.

La Palabra se ilumina

El fragmento se abre con un resumen de curaciones: el evangelista presenta a Jesús como Salvador de todos los que sufren. Su figura domina la escena: sentado en el monte, acuden a él las muchedumbres –como en peregrinación– para poner los enfermos a sus pies. Son cuatro los tipos de minusválidos que presentan al Señor: cojos, ciegos, sordos, mancos. Jesús da así cumplimiento a la profecía de Isaías: «*Se despejarán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán, brincará el cojo como un ciervo, la lengua del mudo cantará*» (Is 35,5s).

Las muchedumbres, al ver las curaciones que había realizado, «*se pusieron a alabar al Dios de Israel*» (v. 31). Ve a un hombre, cree en Dios. Y Jesús, a quien afecta profundamente el sufrimiento de la gente, revela adecuadamente el rostro del Dios «grande en el amor», que se estremece de compasión por su pueblo. En consecuencia, también se cumple la profecía de Jeremías: «*Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo*» (Jr 31,31).

Y es precisamente la «compasión» lo que impulsa a Jesús a realizar una nueva multiplicación de panes. Con todo, este pasaje no debemos considerarlo como una simple «repetición» de Mt 14,13-21. Además de la figura de Jesús, emerge aquí también el grupo de los discípulos, quienes van adquiriendo cada vez más un papel preciso: se están preparando para su misión en la Iglesia. El diálogo que se desarrolla entre ellos y el Maestro recuerda el lamento de Moisés en el desierto, cuando preguntó a Dios: «*¿Dónde puedo yo encontrar carne para todo este pueblo?*» (Nm 11,13). Los discípulos, como el gran guía del pueblo de Israel, ejercen una tarea de mediación: presentan los siete panes y los pocos peces. El «rito» de la multiplicación se formula por medio de cuatro verbos clave: tomar, dar gracias, partir y distribuir; el desenlace es sorprendente: «*Comieron todos hasta saciarse*».

Y hay también algo más: los siete cestos llenos con los trozos sobrantes indican no sólo la totalidad, sino también la sobreabundancia del don, signo y anticipación del banquete del Reino en el que Jesús mismo servirá y se ofrecerá como alimento para saciar la verdadera hambre de cada hombre.

La Palabra me ilumina

En nuestra época, marcada por el progreso técnico y científico, asistimos con suma frecuencia impotentes a un fenómeno inquietante. Toda la humanidad, de una manera cada vez más grave y extendida, se siente afligida por una gran cantidad de males a los que ni siquiera puede dar un nombre preciso: disgusto de la vida, «debilidad mortal», angustia e inquietud. Son muchos, demasiados, los que desaparecen a lo largo de la peregrinación por esta tierra. En esta situación, el cristiano tiene que llevar a cabo una gran misión. Aunque pobre y débil como todos, tiene, sin embargo, la «buena suerte» de conocer a Jesús, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, venido a cargar sobre sí nuestras enfermedades para dar a todos la salvación y la paz. En él –en su Palabra y en los sacramentos, particularmente en la eucaristía– encuentra la fuerza y el apoyo necesarios para hacer frente a las fatigas de la vida con una mirada nueva, la mirada del que ya ve brillar la luz de la resurrección en las tinieblas del Viernes Santo.

Muchos hermanos tienen necesidad urgente de este testimonio de fe y de esperanza, de serenidad y de paz para poder «creer» ellos también, o sea, para descubrir la firmeza de la roca sobre la que apoyarse con seguridad. Se nos pide dar testimonio con toda nuestra vida de que el que sigue a Jesús no queda verdaderamente decepcionado. Él puede atraernos también, efectivamente, hacia sí a lo largo de un camino que se adentra en el desierto. Él mismo –hecho hombre– experimentó

durante tres días el amargo sabor de la muerte, pero fue resucitado por el poder del Espíritu Santo. Así, también cada uno de nosotros está llamado a seguirle con la certeza de que él no nos engañará, sino que sabrá escucharnos mucho más allá de todas nuestras expectativas.

En efecto, quien sigue a Cristo no sólo recibe abundancia de vida, sino que encuentra en él mucho más de lo que su corazón nunca hubiera podido imaginar. El hombre está hecho para la vida, y en Jesús recibe el don de la misma vida divina. Ante la mirada del corazón del que cree se abre de par en par un gran horizonte, puesto que la vida eterna comienza desde ahora en la comunión con el que se nos da desde ahora en el signo del pan partido y de la sangre derramada, para recibirnos un día en el banquete del Reino celestial.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, toma nuestra vida en tus santas manos y haz de ella un don para todos nuestros hermanos. Nosotros somos bien poca cosa, pero tú, que has querido servirte de nuestra pobreza, enséñanos a convertirnos contigo y por ti en un pan bueno, capaz de saciar el hambre de las multitudes, de los que ya no saben dónde alcanzar la vida verdadera que nunca tendrá fin. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Un día, santa Gertrudis preguntó al Señor cómo podía aplicarse para serle más agradable; de improviso vio a la Iglesia universal conducida a la presencia de Dios. El Señor dijo a Gertrudis: «He aquí la multitud a la que servirás hoy». Entonces, bajo el impulso de una inspiración divina inmediata, ella se postró a los pies de Jesús y besó la llaga de su pie izquierdo en expiación de los pecados cometidos en la Iglesia a través de los pen-

samientos, los deseos o la mala voluntad; después le suplicó que le concediera ser partícipe de la expiación perfecta con la que él purificó el mundo entero de sus pecados. De inmediato el alma recibió un pan que ofreció al Señor, que lo aceptó con alegría. Más tarde, levantando los ojos, dio gracias a Dios Padre; tras haber bendecido el pan, se lo dio a Gertrudis a fin de que lo distribuyera a toda la Iglesia.

Más tarde, Gertrudis besó el pie derecho del Señor, a fin de suplir todas las omisiones cometidas en la Iglesia; después besó con grandísima devoción las llagas de la mano izquierda en expiación por todos los pecados cometidos en todo el mundo de palabra, de palabra y con hechos; a continuación besó la llaga de la mano derecha... Gertrudis recibía cada vez un pan y lo ofrecía al Señor, que lo bendecía y se lo devolvía para que lo distribuyera a la Iglesia. Finalmente, se acercó a la llaga de amor del costado de Cristo y, besándola con todo el afecto de su corazón, oraba con insistencia al Señor para que, tras la digna expiación de los pecados y la plena satisfacción de las negligencias, se dignara ahora, por la abundancia de su divina bondad, conceder a la Iglesia los méritos de su vida, méritos que, en presencia de Dios Padre, le hacen resplandecer con una incomparable majestad. Obtenida esa gracia, llena de alegría –como habría de hacer con un quinto pan–, la distribuyó precisamente como sucede en los banquetes más solemnes, cuando se ofrece al final a los invitados, de manera sobreabundante, dulces y otras delicadezas.

Respecto a la visión del Señor que tomaba los panes y daba gracias a Dios, Gertrudis comprendió su significado: cada vez que alguien realiza una obra buena, aunque sea pequeña, para alabanza de Dios, o recita un padrenuestro, un avemaría, un salmo o cualquier otra plegaria en nombre y para la salvación de la Iglesia, el Hijo de Dios la acoge muy favorablemente como fruto de su propia humanidad, da gracias al Padre, le da su

bendición y la distribuye, multiplicada por la bendición, a toda la Iglesia para el crecimiento de su salvación eterna (Gertrudis de Helfta, *L'araldo*, IV, 21, 2-4).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Me da lástima esta gente...*» (Mt 15,32).

Caminar con la Palabra

Se va a plantear a los apóstoles la pregunta decisiva de Jesús: «¿Y quién decís vosotros que soy yo?». Cuando esto llegue deberán poder dar la respuesta adecuada. La fe es, en primer lugar, un «sí» a una persona, no a una cosa; es la entrega completa a la persona de Jesús. Precisamente esto es lo que no le resulta fácil al hombre. Por eso es necesario mostrar a los apóstoles que aquí se trata de una personalidad de una naturaleza absolutamente particular. Jesús se revela como Señor de lo creado, soberano de las fuerzas naturales. Cuando cura a los cojos, a los lisiados, a los ciegos y a los mudos, cuando multiplica el pan con una sola palabra y basta para alimentar a cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños, todo eso supera los límites del poder humano. Jesús lleva las pruebas de su credibilidad. Cristo tiene compasión de estas muchedumbres. Más tarde también los apóstoles se vuelven partícipes de este poder de Jesús y también ellos deberán emplear el poder que les ha sido conferido para ayudar a los que sufren, compartiendo su dolor a fin de comprenderlo y superarlo. Deben pasar hambre con los hambrientos, para saciarlos con la fuerza de Dios.

Dios colma el espíritu y las manos de los hombres a fin de que los tengan abiertos para distribuirlos a su vez. Por eso el evangelio señala: «*Tomó los siete panes y los peces, dio gracias, los partió y se los iba distribuyendo a los discípulos, y éstos a la gente*». La posición de la Iglesia, que recibe de lo alto y transmite hacia abajo, está expresada con claridad. De ahí que cada hombre, sobre todo cada ministro de Dios, deba estar unido, por arriba, a Dios con la oración y con la meditación, y abierto, por abajo, a la muchedumbre con el amor y con la com-

preensión. Si la misión y el espíritu se funden en unidad, se cumple la voluntad de Cristo (R. Gutzwiller, *Meditazioni su Mateo*, Edizioni Paoline, Milán 1961, 278-280, *passim*; edición española: *Meditaciones sobre san Mateo*, Ediciones San Pablo, Madrid 1965).

Los signos de los tiempos y la levadura de los fariseos

(Mt 16,1-12)

¹ Los fariseos y saduceos se acercaron a Jesús con la intención de ponerle a prueba y le pidieron que les mostrase una señal del cielo. ² Él les respondió:

[—Por la tarde decís: «Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojizo». ³ Y por la mañana: «Hoy hará malo, porque el cielo está rojizo y cargado». Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no los signos de los tiempos]. ⁴ Esta generación perversa e infiel reclama un signo, pero sólo se les dará el signo de Jonás.

Y sin más, los dejó y se marchó.

⁵ Cuando los discípulos pasaron a la otra orilla, se habían olvidado de llevar pan.

⁶ Jesús les dijo:

—Tened mucho cuidado con la levadura de los fariseos y saduceos.

⁷ Ellos comentaban entre sí: «Lo dice porque no hemos traído pan». ⁸ Jesús se dio cuenta y les dijo:

—¡Hombres de poca fe! ¿Por qué comentáis que es porque no tenéis pan? ⁹ ¿Aún no entendéis? ¿No recordáis los cinco panes repartidos entre los cinco mil hombres y todos los cestos que recogisteis? ¹⁰ ¿Ni los siete panes repartidos entre los cuatro mil hombres y todos los canastos que recogisteis? ¹¹ ¿Cómo no entendéis que no se trata de panes? ¡Cuidado con la levadura de los fariseos y saduceos!

¹² Entonces comprendieron que no se refería a que tuvieran cuidado con la levadura del pan, sino con las enseñanzas de los fariseos y saduceos.

La Palabra se ilumina

«Prueba» y «señal» son los dos términos-clave de este fragmento. Los adversarios de Jesús se reunieron para «ponerle a prueba». Como no están dispuestos a creer, los milagros que Jesús realiza no les bastan para «probar» su identidad mesiánica. Los fariseos y los saduceos –estos últimos sobre todo se sienten amenazados en sus poderes e intereses– le exigen «*una señal del cielo*», es decir, exigen que le pida a Dios su intervención con un acontecimiento extraordinario. Jesús, a lo largo de toda su existencia terrena, choca con la incredulidad y la hostilidad. Al comienzo de su vida pública, llevado por el Espíritu al desierto, fue «probado» allí por Satanás, pero con la fuerza de la Palabra de Dios rechazó la tentación de un mesianismo espectacular y abrazó la voluntad del Padre, que había trazado para él un camino de humildad y de *kenosis*: salvar a la humanidad ofreciendo su vida como prueba suprema de amor. Y precisamente mientras cuelga de la cruz se le pedirá aún –última tentación– que dé una «señal»: «*Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creeremos en él*» (Mt 27,41ss). Entonces ofrecerá, efectivamente, un signo, pero no el que descarta el sufrimiento y la cruz, sino el «*signo de Jonás*», entendido por Mateo como la resurrección de Jesús tras su breve permanencia en el corazón de la tierra, en las profundidades de los infiernos a donde había bajado Adán arrastrando consigo a toda la humanidad.

Los versículos siguientes (vv. 5-12) revelan que no sólo es grande la tensión con los adversarios, sino que también crece la incompreensión de los mismos discípulos. Éstos, poco después del milagro de la multiplicación de los panes, se muestran preocupados por no tener nada que comer, olvidándose de la provisión de pan... Jesús se apoya en esta referencia para ponerles en guardia contra «*la levadura de los fariseos y los sadu-*

ceos», es decir, contra su enseñanza. Como hombres de poca fe, necesitan seguir a Jesús con una mayor radicalidad, adhiriéndose firmemente a su doctrina, confiando en su ayuda en las dificultades (cf. el recuerdo de sus dos prodigiosas multiplicaciones de panes) y guardándose de una concepción distorsionada y «terrena» del Mesías.

La perícopa se cierra, sin embargo, con una nota de esperanza, porque, como se subraya, los discípulos «comprenden» la enseñanza de Jesús.

La Palabra me ilumina

«*¿Aún no entendéis?*» (Mt 16,9). ¡Cuántas veces y de cuántos modos nos dirige el Señor Jesús a nosotros –gente de poca fe– su apesadumbrada pregunta! Con excesiva frecuencia, en efecto, no comprendemos las innumerables «señales» que él pone ante nuestros ojos. Todo nos habla de su amor, pero es preciso prestar atención a su presencia discreta y leer cada acontecimiento de la vida personal y de la historia universal con los ojos iluminados por la fe. Entonces podremos exclamar con el salmista:

*«Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco. [...]*

*Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.*

*Te doy gracias,
porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras»* (Sal 139,6.13s).

Nosotros somos el testimonio vivo del amor eterno, que nos ha llamado a la existencia en el marco de un maravilloso designio. Este designio se va revelando poco a poco, gracias también a nuestra libre y amorosa adhesión a la voluntad de Dios. Sin embargo, el Señor

debe plantearnos cada día una segunda pregunta: «¿No recordáis?» (Mt 16,9). En efecto, no sólo con frecuencia somos incapaces de leer en nuestra historia todo lo que nos habla de él, sino que casi siempre nos olvidamos también de las grandes gestas salvíficas que ha llevado a cabo el Señor en favor de toda la humanidad al venir a buscarnos a nosotros, pecadores, para ser misericordioso con nosotros. Cada cristiano debería recuperar un fuerte sentido de la historia: no vive una vida sólo «suya», sino que forma parte de un designio universal de salvación; ha recibido de otros el patrimonio de la fe y debe transmitirlo a otros; camina hacia la eternidad en comunión con todos los hombres.

La Iglesia repite cada día las palabras del memorial: «*Haced esto en memoria mía*». ¡Qué lejos estamos, sin embargo, de dejarnos penetrar por esta memoria que hace presente para nosotros su sacrificio redentor!... De ahí que –como los discípulos– tal vez nos preocupemos de lo que tenemos o no tenemos para comer y no nos damos cuenta de que Jesús nos está hablando de algo muy distinto. Sordos, obtusos y ciegos como somos, no comprendemos que él está en medio de nosotros como Pan de vida, como memoria viviente de aquel amor excesivo capaz de colmar nuestros corazones ahora y siempre. La perícopa evangélica termina dejando abierta una rendija de esperanza: «*Entonces comprendieron...*» (v. 12). Estar asiduamente con Jesús va transformando poco a poco nuestros corazones, abre nuestras mentes, nos configura con él, nos da sus sentimientos: entonces se ilumina también el sentido de nuestra existencia.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, concédenos tu Espíritu bueno para que, iluminados en lo hondo del corazón, seamos capaces de acoger con alegría la gran lección de tu amor, que nos

precede y nos envuelve. Haz que en la hora del sufrimiento y de la oscuridad seamos capaces de mantener viva en medio de nuestros hermanos la memoria de tu don de salvación con un testimonio fiel y apasionado, para que a todos sea posible reconocer en tu muerte y resurrección el magno y único signo de la esperanza humana.

La Palabra en el corazón de los Padres

El primer signo que han realizado el Padre y el Hijo, para confundir a los infieles y llevar a cabo nuestra salvación, me parece que es la concepción de la Virgen. En efecto, después de que se declaró previamente a este respecto: «*Pues el Señor mismo os dará una señal*» (Is 7,14a), como dirigiéndose a los que preguntaban de qué signo se trataba, el texto del profeta añadió, aunque con palabras que son de evangelista: «*Mirad, la joven está encinta y da a luz un hijo*» (Is 7,14b).

Justamente, por tanto, cuando ahora esta «*generación perversa e infiel reclama un signo, [...] sólo se les dará el signo de Jonás*» (Mt 16,4), a fin de que los que no están edificados por un signo de poder, se escandalicen por el signo de la debilidad o bien por el de los tres días de sepultura y muerte. Ese signo, que algunos han rechazado, nosotros lo acogemos, ciertamente, con fe plena y devota veneración, reconociendo que el Hijo, que la Virgen concibió, es para nosotros *en el fondo del infierno* signo de liberación y de perdón, y *allá arriba en lo alto* signo y esperanza de exultación y de gloria. El que « *bajó a las regiones inferiores de la tierra*» (Ef 4,9) es, precisamente, «*el mismo que ha subido a lo alto de los cielos para llenarlo todo*» (Ef 4,10). El Señor ya ha elevado el signo: primero en el patíbulo de la cruz, después en el trono del Reino.

Ciertamente, tenemos como signo de benevolencia a la Madre y al Hijo (cf. Sal 86,17). Todo lo que pertenece

a la madre es, a buen seguro, para nosotros un milagro, pues ella es de manera única y sin par Madre y Virgen; todo lo que pertenece al Hijo es para nosotros un milagro, puesto que no sólo es único, sino también incomprendible, Dios y hombre. La Madre, al concebir y dar a luz virgen, es signo para nosotros del hecho de que es Dios el hombre que concibió y dio a luz; el Hijo, al realizar obras divinas y padecer condiciones humanas, es signo para nosotros del hecho de que conducirá el hombre a Dios, para lo cual fue concebido, fue dado a luz y sufre también (Guerrico de Igny, *Sermoni*, Qiqajon, Magnano 2001, 363-364, *passim*; edición española: *Sermones litúrgicos*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2004 [2 vols.]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«¿Aún no entendéis? ¿No recordáis?» (Mt 16,9).

Caminar con la Palabra

Hemos desarrollado una buena atención a las condiciones meteorológicas; somos capaces de distinguir entre una nube que viene del mar, cargada de agua, y un viento del desierto, que presagia sequía. Pues bien, ¿cómo es que no prestamos una atención igual al significado «religioso» del tiempo que vivimos? Hay, en la historia, tiempos de administración ordinaria..., pero hay también tiempos de crisis, en los que se prepara un profundo desconcierto de las relaciones humanas. En estos tiempos sería necio quedarse tranquilo como hicieron los hombres de la generación del diluvio, distraídos, incapaces de prepararse para la inminente catástrofe. Pues bien, dice Jesús, el tiempo que estamos viviendo es tiempo de crisis, no de tranquilidad; es tiempo de revolución, no de conservación. «¿Por qué no juzgáis vosotros mismos lo que es justo?»; ¿por qué no os dais cuenta de que muchas de vuestras preocupaciones carecen ahora de sentido y de que vuestras distracciones os están llevando a la rui-

na? Debemos aprender de Jesús mismo la actitud adecuada. Él vive proyectado hacia el futuro cumplimiento de su misión. Jesús no se deja adormecer por los intereses que puede proponer la vida de una manera abundante, no se deja desviar por las propuestas que el mundo multiplica (carrera, éxito, riqueza, placer...); plenamente consagrado a su misión, mira hacia la meta que el Padre le ha propuesto. Hacernos conscientes del tiempo que vivimos significa hacer como Jesús: no ilusionarnos con que el camino sea llano y fácil, con que sólo nos esperen éxitos. Al contrario, Jesús vino a traer la división, no la paz. La afirmación resulta escandalosa y la podríamos contraponer a muchas otras frases del Nuevo Testamento: «La paz os dejo, mi paz os doy». No cabe duda de que la misión de Jesús es precisamente la reconciliación de los hombres con Dios, de los hombres entre ellos; y todo esto se resume en la palabra «paz». Sin embargo, se equivocaría quien pensara que esta paz se conquista fácilmente. Cristo ha destruido la enemistad por medio de su cruz, y la paz es el fruto de su sacrificio. Por eso es necesario vigilar la lucidez del pensamiento: la paz de Cristo se afirma a través de contrastes y también desgarros. Se te pide que te adhieras a él sin componendas, sin vacilaciones, y esto provocará, inevitablemente, divisiones (S. Sirboni – L. Monari, *Lampada per i miei passi*, EDB, Bolonia 1994, 240s, *passim*).

La confesión de fe de Pedro; primer anuncio de la pasión y condiciones del seguimiento (Mt 16,13-28)

¹³ De camino hacia la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

–¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

¹⁴ Ellos le contestaron:

–Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas.

¹⁵ Jesús les preguntó:

–Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

¹⁶ Simón Pedro respondió:

–Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

¹⁷ Jesús le dijo:

–Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre, que está en los cielos.

¹⁸ Yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer. ¹⁹ Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

²⁰ Entonces mandó a sus discípulos que no dijeren a nadie que él era el Mesías.

²¹ Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y que tenía que sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían y al tercer día resucitaría.

²² Entonces Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprimirle:

-Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso.

²³ Pero Jesús, volviéndose, dijo a Pedro:

-¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son como los de Dios, sino como los de los hombres.

²⁴ Y dirigiéndose a sus discípulos añadió:

-Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. ²⁵ Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí, la conservará. ²⁶ Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su vida? ¿O qué puede dar a cambio de su vida? ²⁷ El Hijo del hombre está a punto de venir con la gloria de su Padre y con sus ángeles. Entonces tratará a cada uno según su conducta. ²⁸ Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin ver al Hijo del hombre venir como rey.

La Palabra se ilumina

El episodio ocupa un lugar central en los evangelios sinópticos. Mateo da un relieve particular a la identidad de Jesús y al papel de Pedro. Jesús se identifica aquí con el Hijo del hombre, el Juez universal esperado para el final de los tiempos: una figura gloriosa, humano-divina (cf. Dn 7,13s), que no se presta a esperanzas políticas, como la del Mesías/Cristo. Por lo demás, el sondeo de opiniones (v. 14) atestigua que la gente duda a la hora de proyectar sobre Jesús esperanzas de ese tipo: la respuesta de Pedro no es, por consiguiente, algo previsible. Jesús lo confirma solemnemente, constituyendo al apóstol en jefe de la nueva comunidad mesiánica e imponiéndole un nombre nuevo, signo de una nueva identidad y misión.

El mesianismo de Jesús, sin embargo, difiere radicalmente del sentir humano: la gente no está preparada para acogerlo (v. 20), ni siquiera Pedro lo está, a pesar de la revelación del Padre. En efecto, manifiesta toda su debilidad frente al primer anuncio de la pasión, en el que Jesús parece identificarse con el Siervo sufriente

más que con el Cristo. Llegados ahí, Jesús emplea una expresión durísima dirigida a Pedro, le llama «Satanás», dado que le presenta las mismas tentaciones mesiánicas que ya le había insinuado el demonio en el desierto.

Con todo, Jesús no revoca la misión que le había confiado a Pedro: de ahí que debamos reconocer que la Iglesia, desde la «roca» de su fundamento, aunque está constituida por hombres frágiles, permanecerá firme e inmortal en virtud de la presencia del mismo Cristo (v. 18b). Sin embargo, el camino de los discípulos debe calcar las huellas del Maestro: deberán compartir sus sufrimientos, humillaciones, aparentes fracasos, para compartir también la victoria.

Jesús lo asegura a través de la revelación implícita que en él realizan y unifican tres figuras proféticas de la Escritura tan diferentes que parecen antitéticas: la escatológica del Hijo del hombre, la real del Mesías y la misteriosa del Siervo sufriente.

La Palabra me ilumina

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Hoy nos somete Jesús al examen de la fe. Como hizo Simón Pedro, tal vez pudiéramos superar la parte teórica con una respuesta exacta, fruto de la gracia de Dios que trabaja en nosotros. «Tú eres el Mesías», la realización de las mejores esperanzas, «el Hijo de Dios vivo». La afirmación de Pedro brota del corazón, no, a buen seguro, de sus nociones de teología, y suscita la igualmente cordial exclamación del Señor. Quisiéramos responder con el mismo ardor a Jesús.

Con todo, eso no bastaría para superar el examen: hemos comprendido que Jesús es Dios, pero debemos comprobar también nuestro concepto de Dios y de su obrar. En efecto, nuestro vínculo con él requiere la imi-

tación, el seguimiento del Hijo: ésta es la prueba práctica, la comprobación de la fe. Nosotros creemos en el Dios omnipotente, pero no hemos comprendido aún de manera suficiente que su omnipotencia es misericordia infinita, llegada hasta el sacrificio del Hijo. Por eso nos quedamos desconcertados o decepcionados frente a las oposiciones y a los fracasos: nos falta la conciencia de que Cristo está presente entre nosotros como Crucificado-Resucitado, para salvarnos, abriéndonos por delante su mismo camino.

Si queremos ser discípulos suyos, no hay otro camino. Ese camino conduce a la plenitud de la vida, aunque a costa de renunciaciones y de fatigas: para avanzar es preciso rechazar los falsos valores propuestos por la mentalidad mundana. El *Hijo de Dios vivo* es también verdadero hombre: sólo él puede enseñarnos a ser personas auténticas, capaces de realizar aquella humanidad que corresponde a las expectativas del Padre. Si siguiéramos con confianza la enseñanza y el ejemplo del Maestro, podríamos superar también el examen definitivo que el evangelio nos deja entrever hoy, puesto que *«el Hijo del hombre está a punto de venir con la gloria de su Padre y con sus ángeles. Entonces tratará a cada uno según su conducta»* (v. 27).

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Haz que, firmemente basados en la roca de la fe de Pedro, aprendamos a pensar y a sentir según el corazón del Padre y a seguirte abrazando cada día nuestra cruz, a fin de llegar contigo a la gloria de la resurrección.

La Palabra en el corazón de los Padres

La lectura del santo evangelio que habéis acabado de escuchar ahora, hermanos, debe ser meditada con una

gran atención y mantenida bien en la mente por el hecho de que demuestra la gran fuerza de la fe perfecta contra todas las tentaciones. Si queremos saber de qué modo debemos creer en Cristo, nada más claro que lo que dice Pedro: *«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»*. Si después queremos aprender lo que vale esa fe, nada es más evidente que lo que dice el Señor sobre la Iglesia: *«Y las puertas del abismo no prevalecerán sobre ella»*.

Llegado Jesús al territorio de Cesarea de Filipo, interrogaba a los discípulos diciendo: *«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»*. Respondió Simón Pedro: *«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo»*. Notad la maravillosa distinción por la que, al verse obligados tanto Jesús como su fiel discípulo a expresar una opinión sobre las dos naturalezas de nuestro Señor y Salvador, el Señor indica la humildad de la naturaleza asumida, el discípulo, en cambio, afirma la excelencia de la eternidad divina.

El Señor dice de sí mismo lo que es menor; el discípulo dice de él lo que es mayor. El Señor dice de sí que ha sido creado para nosotros; el discípulo dice que es él quien nos ha creado. Así, el Señor acostumbra a llamarse a sí mismo en el evangelio con mucha más frecuencia Hijo del hombre que Hijo de Dios, para recordarnos la tarea que ha asumido para nosotros. Por eso es necesario que nosotros con la mayor humildad veneremos la alteza de su divinidad; si, efectivamente, llevamos siempre en nuestra mente con una intención piadosa el poder de la divinidad por la que hemos sido creados, también nosotros como Pedro seremos recompensados con el premio de la bienaventuranza eterna.

«Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Pedro, que antes se llamaba Simón, recibe del Señor el nombre de Pedro porque se ha adherido con un propósito firme y tenaz a aquel de quien se ha escrito: *«La piedra era Cristo»* (1 Cor 10,4). Sobre

esta piedra ha sido edificada la Iglesia, porque sólo con la fe y el amor de Cristo, o sea, gracias a la asunción de los sacramentos de Cristo, gracias a la observancia de los preceptos de Cristo, es posible conseguir la suerte de los elegidos y la vida eterna, como dice el apóstol: «*Nadie puede poner un cimiento distinto del que ya está puesto, y este cimiento es Jesucristo*» (1 Cor 3,11) (Beda el Venerable, *Comentario al evangelio según Mateo*, I, 20).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo*» (Mt 16,16).

Caminar con la Palabra

En el evangelio de Mateo (16,13-16) aparece un diálogo entre Jesús y los apóstoles en el que el Maestro les pregunta: «¿*Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?*». Ellos, tal vez Pedro, el más locuaz, y en nombre de todos, le responde: «*Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas*». Entonces Jesús les dirigió una pregunta más directa: «*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*». Esta vez, con más seguridad, respondió Pedro en nombre de todos: «*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo*».

Teresa de Calcuta está plenamente de acuerdo con la respuesta de Pedro. Durante una de sus estancias en la clínica romana Salvator Mundi, donde fue ingresada dos o tres veces a causa de sus problemas de corazón, la madre Teresa reflexionó sobre quién era para ella Jesús de Nazaret. Y, tal vez a petición de alguien o por deseo de compartir con sus hermanas el fruto de aquella meditación, puso por escrito sus conclusiones. Unas conclusiones que respondían a la pregunta «¿*quién es Jesús para mí?*».

Y escribió:

«Para mí, Jesús es

El Verbo hecho carne.

El Pan de la vida.

La víctima sacrificada en la cruz por nuestros pecados.

El Sacrificio ofrecido en la santa misa por los pecados del mundo y por los míos propios.

La Palabra, para ser dicha.

La Verdad, para ser proclamada.

El Camino, para ser recorrido.

La luz, para ser encendida.

La Vida, para ser vivida.

El Amor, para ser amado.

La Alegría, para ser compartida.

El Sacrificio, para ser dado a otros.

El Pan de Vida, para que sea mi sustento.

El Hambriento, para ser alimentado.

El Sediento, para ser saciado.

El Desnudo, para ser vestido.

El Desamparado, para ser recogido.

El Enfermo, para ser curado.

El Solitario, para ser amado.

El Indeseado, para ser querido.

El Leproso, para lavar sus heridas.

El Mendigo, para darle una sonrisa.

El Alcoholizado, para escucharlo.

El Deficiente Mental, para protegerlo.

El Pequeñín, para abrazarlo.

El Ciego, para guiarlo.

El Mudo, para hablar por él.

El Tullido, para caminar con él.

El Drogadicto, para ser comprendido en amistad.

La Prostituta, para alejarla del peligro y ser su amiga.

El Preso, para ser visitado.

El Anciano, para ser atendido.

Para mí, Jesús es mi Dios.

Jesús es mi Esposo.

Jesús es mi Vida.

Jesús es mi único amor.

Jesús es mi Todo»

(J. L. González-Bolado, *Madre Teresa, San Paolo, Cinisello B*
2003, 28s).

La transfiguración de Jesús

(Mt 17,1-13)

¹ Seis días después, tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó a un monte alto a solas. ² Y se transfiguró ante ellos. Su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. ³ En esto, vieron a Moisés y a Elías, que conversaban con Jesús. ⁴ Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús:

–Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres hago tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁵ Aún estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió y una voz desde la nube decía:

–Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadlo.

⁶ Al oír esto, los discípulos cayeron de bruces, aterrados de miedo. ⁷ Jesús se acercó, los tocó y les dijo:

–Levantaos, no tengáis miedo.

⁸ Al levantar la vista no vieron a nadie más que a Jesús. ⁹ Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó:

–No contéis a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

¹⁰ Los discípulos le preguntaron:

–¿Por qué dicen los maestros de la ley que primero tiene que venir Elías?

¹¹ Jesús les respondió:

–Sí, Elías tenía que venir a disponerlo todo. ¹² Pero os digo que Elías ha venido ya y no lo han reconocido, sino que han hecho con él lo que han querido. Del mismo modo van a hacer padecer al Hijo del hombre.

¹³ Entonces entendieron los discípulos que se refería a Juan el Bautista.

La Palabra se ilumina

«*Seis días después...*»: el relato de la transfiguración está situado tras la profesión mesiánica de fe pronunciada por Pedro en Cesarea de Filipo (Mt 16,16) y el anuncio de su inminente pasión por parte de Jesús. Los discípulos se sienten turbados por la perspectiva de sus sufrimientos; Jesús en persona elige entonces a tres y se los lleva con él aparte sobre un «monte» alto, lugar que siempre tiene un importante valor simbólico en Mateo. La transfiguración de la humanidad de Cristo ofrece un anticipo de su gloria pascual; la voz del Padre manifiesta a los apóstoles la verdadera identidad del Hijo, a fin de que se refuerce su fe vacilante. El relato, a través de la descripción del evangelista, adquiere una tonalidad no sólo teofánica, sino también apocalíptica, especialmente en la conclusión (vv. 6-9).

El acontecimiento presenta fuertes analogías con el relato de Éx 24,12-18. Durante el camino por el desierto, Moisés sube al monte Sinaí: la montaña estuvo recubierta durante *seis días* por una nube y, al séptimo, Dios le llama *desde la nube*. Jesús, antes de su éxodo definitivo, sube con tres discípulos a un monte, donde Dios se manifiesta de un modo singular. El cuerpo de Jesús experimenta una transformación que anticipa con su fulgor la suerte reservada a los justos en el Reino de su Padre (cf. Mt 13,43). Se trata ya de una irrupción de la gloria divina en nuestra humanidad. Su rostro, más resplandeciente que el sol, recuerda y supera la luz emanada del rostro de Moisés (Éx 34,29). Jesús aparece presentado también como el enviado definitivo de Dios. Junto a él aparecen, en efecto, Moisés y Elías, los dos justos que resumen la totalidad de la revelación del Primer Testamento (la ley y los profetas)

y marcan su cumbre: favorecidos por una experiencia particular de la intimidad divina sobre el monte Sinaí (Éx 34 y 1 Re 19,9-18), no resultaron tocados por la muerte y fueron ligados a la esperanza mesiánica según la tradición. Pedro, dirigiéndose a Jesús como «Señor» –título mesiánico entrañable a Mateo–, le pide su consentimiento para construir tres tiendas: se trata de una referencia a las tiendas de la fiesta de las cabañas, que probablemente se celebraba durante aquellos días, o bien –según el lenguaje apocalíptico– a las «moradas eternas», donde los justos habrían de gozar de las delicias del Paraíso.

Sobreviene la nube luminosa que indica la presencia de Dios, la *Shekiná*, que había tomado posesión del templo erigido por Salomón (1 Re 8,10s). De ella sale la voz que, con su revelación, constituye el núcleo del relato. Las palabras pronunciadas sobre el Hijo son las mismas de la proclamación acontecida en la teofanía del Bautismo (Mt 3,16s). Jesús es el Hijo único, amado y elegido por Dios para la tarea mesiánica, el Profeta definitivo prometido (cf. Dt 18,15). En la cita de Mateo están presentes tres pasajes de la Escritura: el Sal 2, que habla de la entronización del Mesías; Gn 22,2, donde se alude a Isaac, el hijo amado, e Is 42,1, con el primer canto de Siervo en el que Dios se complace.

Pedro hubiera querido hacer tres tiendas, poniendo a Jesús en el mismo plano de Moisés y de Elías. El Padre muestra que Jesús es la tienda de la presencia y del encuentro entre Dios y el hombre (cf. 1 Cr 17,1-15). Los representantes del Primer Testamento dejarán, en efecto, su puesto a Jesús «solo». Es él –él «solo»– el que lleva a cumplimiento la ley y los profetas y el que cuenta en el tiempo el amor eterno del Padre; él es la Palabra plena y definitiva para escuchar. Mientras que en el episodio del bautismo la voz celestial se dirige a Jesús, aquí se dirige precisamente a los discípulos, a fin de que comprendan la identidad del Maestro y le sigan. Sólo el

evangelista Mateo se detiene en la reacción de los discípulos: ante la voz que venía del cielo, «*cayeron de bruces, aterrados de miedo*» (v. 6). Se quedaron aturcidos por la revelación divina, y sólo gracias al gesto y a la palabra del Jesús se pueden levantar, o mejor, al pie de la letra, «resurgir». El fragmento concluye con una nueva palabra de revelación por parte de Jesús: les explica que Elías –esperado por los maestros de la ley como precursor del Mesías– ya ha venido en realidad en la persona de Juan el Bautista, que anticipó también su muerte violenta. De este modo, Jesús se encamina hacia su destino de sufrimiento, que los discípulos también están llamados a compartir, llevando escondida en el corazón la luz del Tabor: ésta les permitirá reconocer en los rasgos del desfigurado su rostro más brillante que el sol.

La Palabra me ilumina

Cuanto más enamorados estamos de Cristo –¿y qué verdadero cristiano no quiere estarlo?–, tanto más volvemos a recorrer con ansioso deseo las sobrias páginas de los evangelios en las que se habla de él. Entre ellas, las que narran la transfiguración atraen profundamente al corazón del creyente. A alguien –por gracia– le ha sido dado, por tanto, en un momento de la respiración eterna, ver con los ojos de la carne el fulgor de la gloria de Dios resplandecer en un rostro humano, en el rostro del más bello de los hijos de los hombres. Sin embargo, cada uno de nosotros está llamado a esta gracia, a este privilegio singular. El evangelio de Mateo traza el itinerario desde sus primeros capítulos.

Como los Magos, también nosotros estamos invitados a ponernos en camino para reconocer que –desde el momento de la encarnación del Verbo– cada niño pobre, fugitivo, marginado, es una imagen del Rey de reyes que se encuentra –humilde– en nuestras calles. A quien busca el rostro de Dios no le falta una luz que le

guíe a encontrarle, a adorarlo. Es la luz que irrumpe desde el interior del cuerpo de Cristo sobre el Tabor y le hace más brillante que el sol, para que el creyente la lleve en el corazón incluso en los momentos en que su camino pase por la hora del Getsemaní. La luz divina está escondida ahora para siempre en el corazón de cada hombre. Seremos felices si, escuchando la Palabra de Jesús, le hacemos cada vez más espacio. En efecto, sólo con la escucha de la Palabra de Dios aprenderemos a reconocer a Cristo en el rostro de cada desfigurado, de cada hombre pobre y crucificado.

Al atardecer de la vida, según lo que él mismo ha dicho (cf. Mt 25,31-46), se nos preguntará precisamente si le hemos acogido en los pequeños, en los despreciados. Nuestro amor –su amor en nosotros– encenderá también en los rostros pobres la luz de su belleza y nosotros –finalmente– le veremos en toda su gloria, que se nos revelará no de una manera fugaz, sino plena y para siempre.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, que antes de la pasión mostraste a tus discípulos tu rostro glorioso, a fin de que no desfallecieran en la hora de la gran prueba, invítanos también a nosotros a subir contigo al monte alto de la oración. En medio del silencio y del recogimiento, haz que sintamos resonar en nuestro corazón tu Palabra, que es luz para nuestros pasos y apoyo para afrontar, con una fe siempre renovada, el camino cotidiano de la vida en este valle de lágrimas.

Y mientras, solícitos, avanzamos en nuestra peregrinación terrena hacia la casa del Padre, te suplicamos, humildemente, por nuestros hermanos más pobres y sufrientes, por nuestros compañeros de viaje más duramente probados y tentados por el desfallecimiento, que tengan ya desde ahora la gracia de ver transfigurados

sus dolores en aquella luz gloriosa que marca el paso de la cruz a la gloria de la resurrección.

La Palabra en el corazón de los Padres

«*Dulce es la luz –dice Salomón– y agradable para los ojos ver el sol*» (Ecl 11,7). ¿Qué significa, para los ojos, ver el sol? El esposo es luz y «*su rostro brillaba como el sol*» (Mt 17,2); en sus ojos, sin embargo, se refleja la fascinación de una belleza sorprendente, que deslumbra con su esplendor, como un astro de luz infinita. Entonces, ¿por qué no me acerco para calentarme? ¡Oh, tumulto de las preocupaciones humanas! ¿Por qué priváis a mi pobre alma de los ojos de Jesús? Alejaos de mí, quién sabe si podré procurarme, de alguna manera, como a hurtadillas, un poco de este gozo, aunque sólo sea un instante. Y si no se me permite saborear plenamente esta visión bienaventurada, que al menos pueda alegrarme de haberla deseado. El solo hecho de desear esta belleza es como despojarse de la propia fealdad y revestirse de su esplendor.

El que busca ardientemente el rostro de Jesús ya ha llegado, en realidad a exaltar al Hijo del hombre y ya ha despuntado para él el día de la gloria. Éste es, por tanto, para ti el signo de que has visto verdaderamente a Jesús: si le has glorificado con todo el corazón en la alabanza y en la bendición. ¡Oh rostro más deseable que cualquier otra cosa, que no privas de tu visión a los que te buscan y que glorificas con tu luz a los que te ven! Ahora bien, como dijo el mismo Jesús, esta alegre glorificación dura sólo una brevísima hora y, además, rara vez se concede.

Es ésta una hora feliz, y grande es su ganancia. Es la hora en la que él glorifica, a su vez, a los que le dan gloria. «*Dios de los ejércitos, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve*» (Sal 79,4). Efectivamente, la visión del rostro de Jesús es, en verdad, portadora de salvación y de

vida, pero el hombre no podrá verlo si antes no muere a sí mismo, para vivir sólo para él. ¡Bienaventurados los ojos de todos aquellos que lo han visto! (Juan de Ford, *Sermoni sul Cantico dei Cantici*, XVIII, 1s, El Cerchio, Rímini 2003, 219-221, *passim*; se está preparando una edición española en Monte Carmelo).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Al levantar la vista no vieron a nadie más que a Jesús*» (Mt 17,8).

Caminar con la Palabra

La luz de la transfiguración de Cristo nos asegura, ya hoy, que la obra de la resurrección ha comenzado en nosotros. Estamos en la noche. En medio de estas tinieblas brilla una pequeña lámpara. A nosotros nos corresponde mantener los ojos fijos en esta luz. ¿Por qué buscan muy lejos lo que está tan cerca? En ocasiones, renunciando a la fe y a la paciencia, exigimos prodigios y milagros, signos inmediatamente visibles. Manteniéndonos ante Dios, podemos ver todo, por consiguiente, a la luz de Cristo: considerar todo ser humano a esta luz, saber que en cada hombre brilla el reflejo de la imagen del Creador.

Nuestro prójimo no es, necesariamente, aquel que nos es simpático, sino el hombre herido por la vida, tendido en el margen de nuestro camino. No es sólo aquel por el que experimentamos una amistad inmediata, sino también aquel que, precisamente porque nos es, a primera vista, indiferente, merece más que cualquier otro ser mirado con la mirada misma de Cristo. Renunciar a gemir por todo lo que éste pueda tener de negativo, para considerar los dones, la obra positiva de Dios, la pequeña luz depositada en él. Considerarnos también a nosotros mismos a la luz de Cristo.

La luz de Cristo transfigura en nosotros las mismas sombras. Sólo él llega a lo inalcanzable, a esas voluntades rebeldes que no realizan lo que aman, sino que se vuelven a lo que saben

contrario a su bien. Ahora bien, para esto es preciso volvernos hacia la luz. Una transformación como ésta no se realiza en un día. Debemos modificarnos continuamente de nuevo, a fin de ser aferrados por Dios, trabajados por él, cambiados en lo íntimo de nosotros mismos. Pero se trata de una transformación en vistas a qué. En vistas a llegar a ser capaces de acoger tanto los acontecimientos fáciles como las horas duras y las oposiciones, siempre dispuestos a ir hacia lo que está delante. Los apóstoles contemplan a Cristo transfigurado y desean permanecer en aquella luz fulgurante. Pero deben bajar de nuevo de la montaña y, de ahora en adelante, ver brillar la luz de Cristo en la Iglesia naciente, en ellos mismos, en el mundo, entre los hombres (Mt 17,9). Y esto es verdad para cada cristiano: volver a bajar para irradiar a Dios, para ser portador de paz y de reconciliación en las divisiones de la familia cristiana y en los desgarros de la familia humana, de modo que, a través de esta luz de Cristo en nosotros, también el que no puede creer quede encaminado, sin que él sepa cómo, hacia la esperanza de Dios (R. Schultz, en *Carta de Taizé* 1981, *passim*).

El epiléptico curado y el segundo anuncio de la pasión (Mt 17,14-23)

¹⁴ Cuando llegaban a donde estaba la gente, se acercó un hombre, que se arrodilló ante Jesús, ¹⁵ diciendo:

–¡Señor, ten compasión de mi hijo, que tiene ataques y está muy mal! Muchas veces se cae al fuego y otras al agua; ¹⁶ se lo he traído a tus discípulos, pero no han podido curarlo.

¹⁷ Jesús respondió:

–¡Generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo tendré que soportaros? Traéd-melo aquí.

¹⁸ Jesús le increpó, y el demonio salió del muchacho, que quedó curado en el acto. ¹⁹ Después, los discípulos se acercaron en privado a Jesús y le preguntaron:

–¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?

²⁰ Él les dijo:

–Por vuestra poca fe; os aseguro que si tuvierais una fe del tamaño de un grano de mostaza, diríais a este monte: «Trasládate allá» y se trasladaría; nada os sería imposible.

²² Un día que estaban juntos en Galilea, les dijo Jesús:

–El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, ²³ y le darán muerte, pero al tercer día resucitará.

Y se entristecieron mucho.

La Palabra se ilumina

Tras haber pedido ayuda en vano a los Doce, un hombre –que por su humilde actitud recuerda al centurión

(cf. Mt 8,6) y a la cananea (Mt 15,22)– suplica a Jesús que cure a su hijo epiléptico. Con su palabra autorizada y eficaz, Jesús, realizando un exorcismo, lleva a cabo de inmediato la curación. Partiendo del relato de este milagro –narrado con la máxima concentración y sin detalle alguno–, el fragmento evangélico refiere la enseñanza de Jesús sobre la fe. Los términos que dan unidad a la composición aparecen expresados en sus afirmaciones –o, mejor, en su desconsolado lamento– sobre la «*generación incrédula y perversa*» (17,17) y sobre la «*poca fe*» de los discípulos (17,20). ¿A quién se refiere? La primera sentencia, de claro sabor bíblico, no parece referirse directa o exclusivamente a los discípulos, sino más bien –por sus fuertes resonancias veterotestamentarias (cf. Dt 32,5; Nm 14,27)– parecen ser una severa advertencia dirigida al pueblo elegido y, por consiguiente, al nuevo Israel, a todos los que sienten la tentación de ceder a la tentación de la incredulidad y, en consecuencia, de alejarse cada vez más de Dios y de su plan de salvación. Se llegará, de hecho, hasta el rechazo claro de Jesús, el enviado definitivo del Padre.

¿Y cómo va la salud espiritual de los discípulos? Ellos, que lo han dejado todo para seguir a Jesús, no han conseguido curar al muchacho por su «*poca fe*». «*Poca fe*» no es sinónimo de «*incredulidad*»; se trata más bien de una fe enferma, resquebrajada por las dudas, miedos, desconfianza. Es una fe que no convierte su relación vital con Cristo en el perno y en el fulcro de toda acción. Jesús dice, en efecto, que bastaría un grano de fe auténtica para trasladar las montañas. La afirmación hiperbólica es una invitación a creer en el poder de la fe, que crece precisamente en las situaciones de mayor sufrimiento y prueba, y se hace madura cuando ya no se escandaliza ante el signo de la cruz. Jesús anuncia, por segunda vez, su próxima «*entrega*» en manos de los hombres, y los discípulos vuelven a experimentar tristeza. Sólo al precio de su muerte, sólo con su

resurrección y el don del Espíritu, Jesús estará siempre en medio de los suyos para hacer de la «*generación incrédula y perversa*» su pueblo santo, que anuncia con coraje el Evangelio de la salvación.

La Palabra me ilumina

Dejémonos aferrar por la escena evangélica puesta ante los ojos de nuestro corazón. En el centro se encuentra –soberano– Jesús con toda su amable divino-humanidad. Nosotros nos encontramos en la figura del padre que suplica con pesadumbre para obtener una curación imposible, aunque también en la del hijito que está obligado a padecer la tiranía de su mal: un continuo pasar –podríamos decir parafraseando– de la esperanza más viva a la desesperación más negra. Henos, pues, aquí, suplicantes e impotentes, bajo la mirada misericordiosa de Jesús, que espera únicamente nuestra fe para llevar a cabo lo imposible y para hacernos, a nuestra vez, capaces de realizar otros gestos de sincera caridad. No son fáciles de pronunciar, por ejemplo, las palabras de estima y de perdón, y no es fácil acoger sin discriminaciones al prójimo, restituir a una vida de plena comunión a quien vive aprisionado por sus propios miedos y se siente descartado por todos...

Se trata del milagro de la fe como adhesión incondicionada a Jesús, el único Salvador del hombre, venido en la carne a «*contarnos*», a «*mostrarnos al vivo*» el amor del Padre: una dilección que no conoce límites, que llega a «*entregar*» a su Hijo único, al Hijo de su amor, en manos de nuestra volubilidad e impiedad.

Es el milagro que Jesús espera poder realizar cada día en sus discípulos y en todo el mundo, porque su amor no puede estar contento hasta que no haya llegado a todos. Ahora bien, nosotros nos sentimos siempre como «*hombres de poca fe*» y hasta como «*generación incrédula y perversa*», que no es capaz de creer en el poder

de la Palabra de Jesús, sino que está trágicamente inclinada a dejarse arrastrar por la «mentalidad del mundo». Sin embargo, la Palabra permanece clara y sencilla: basta con un grano de fe, basta con un acto de sincero abandono, con el humilde reconocimiento de nuestra pobreza, para que las montañas de nuestro orgullo puedan rebajarse, convirtiéndose en caminos llanos por los que caminar al encuentro del Señor, que siempre viene, que siempre nos espera, que siempre está dispuesto a entregarse a la muerte para darnos a todos vida en abundancia.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, henos aquí ante ti con nuestra poca fe: cura, tú que lo puedes todo, nuestro corazón incrédulo e incapaz de un abandono total. La tentación de la desconfianza nos asedia: danos la fuerza de resistir y de rechazarla apoyándonos firmemente en tu Palabra, que no pasa. Si pones tú mismo en la alforja de nuestro corazón un grano de fe, entonces también nosotros trasladaremos las montañas: nada es imposible para ti. Nosotros lo creemos y, postrados, repetimos humildemente nuestro acto de fe.

La Palabra en el corazón de los Padres

Es bueno y saludable visitar a los huérfanos y a las viudas, en particular a las pobres y cargadas de hijos. Y también es conveniente y bueno que los hermanos en Cristo visiten a los que están atormentados por espíritus malos, realizando por ellos, como conviene, oraciones agradables a Dios, o sea, no basadas en un discurso elegante y bien preparado: los que actúan así se parecen a un bronce que resuena o a un címbalo que retiñe (cf. 1 Cor 13,1), y con todas sus palabras no ayudan a los que exorcizan. En efecto, no actúan con fe recta y

según la enseñanza del Señor, que dijo: «*Esta clase de demonios no puede ser expulsada sino con la oración y el ayuno*» (Mc 9,29). Y habla de una oración incesante, atenta, esto es, la oración del que suplica e invoca a Dios con alegría de corazón, con suma vigilancia y castidad, sin odio ni malignidad.

Vayamos, pues, a ver al hermano o a la hermana enfermos y visitémoslos como conviene, sin deseo de ganancia, sin estrépito ni chismorreos, sin revestirnos de una falsa piedad y sin soberbia, sino con el espíritu bondadoso y humilde de Cristo. Los exorcismos se desarrollan en medio del ayuno y la oración, no haciendo alardes de doctrina, no con discursos elegantes y estudiados, sino dando verdaderamente pruebas de haber recibido de Dios la gracia de la curación. Así pues, vosotros, a quienes se ha dicho: «*Gratis lo recibisteis, dadlo gratis*» (Mt 10,8), perseverad incesantemente, con constancia, en ayunos, oraciones, vigiliias y en vuestras buenas obras, para gloria de Dios. Mortificad las pasiones con la virtud del Espíritu Santo. Quien obra así es un templo del Espíritu Santo, expulsa los demonios y Dios le ayuda, porque es una acción verdaderamente buena socorrer de este modo a los enfermos. Y será grande la recompensa reservada a los que sirven en la fe a los hermanos con los dones que Dios les ha concedido (Pseudo-Clemente, *A las vírgenes*, 12).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Si tuvierais una fe del tamaño de un grano de mostaza, nada os sería imposible*» (cf. Mt 17,20).

Caminar con la Palabra

En el Reino de Dios, en el país donde se enhebran los camellos por los ojos de las agujas, suceden otros muchos hechos c-

uriosos: árboles que crecen en el mar y montañas que se trasladan como los bastidores de un teatro.

En el mundo del alma hay macizos inminentes, que quitan espacio al amor y acaban sofocándolo. No hay otra solución que arrancarlos y echarlos más allá: una operación increíble, aunque toda verdadera vida interior está repleta de estos milagros. Y puesto que no hay trabajo más urgente, en el mundo del alma, que el de mover las montañas, la fe, que lo permite, es un género de primera necesidad. Y es un género perecedero: se consume cada día y cada día hay que pedirla.

Cada uno de nosotros sabe lo terrible que es encontrarse, en el interior de nuestro propio espíritu, frente a estos peñascos sin hendiduras que obstaculizan cualquier camino. Frente a ellos surge, fortísima, la tentación de detenernos. Por eso, Jesús nos dice que basta un poco de fe en el bien para que se realice lo imposible y se allane el camino.

También el camino de la Iglesia encuentra estos obstáculos insuperables. Ante las montañas que cierran el camino del pueblo de Dios hay quien propone medirlas con gran cuidado: altura, anchura, profundidad, volumen. Ocupación admirable, larga y complicada, tras la cual las montañas siguen en su sitio y el pueblo de Dios continúa sin saber a dónde ir. Hay quien propone excavarlas y trasladar los escombros con carretillas. Ahora bien, excavar las montañas es un trabajo largo y provoca fácilmente el desaliento. Jesús indica un medio absolutamente heterogéneo: la fe.

Existe, por ejemplo, la convicción de que sólo la violencia puede conducir a los hombres a la salvación. Si no se traslada esta montaña, hay que renunciar a creer en el poder del amor. Otro enorme macizo es la persuasión de que todas las relaciones humanas están determinadas por factores económicos, con una concatenación tan implacable que no deja ningún espacio a la justicia, ni a la misericordia, ni a la fraternidad ni, en general, a cualquier otro valor que no sea configurable económicamente. Si no conseguimos remover estas montañas, el hombre está perdido.

Al ver Mahoma que no conseguía remover la montaña, fue él a ella. He aquí una diferencia fundamental entre Mahoma y Jesús. Según el evangelio, son precisamente las montañas las

que deben desplazarse; no se debe ir a ellas. Puede ser que, de una manera inconsciente, nos hagamos discípulos del profeta del islam. Al no tener demasiada confianza en la carga revolucionaria de la fe, acabamos por convencernos de que necesitamos ir a los macizos. Alguno llega a abrazarlos incluso con tanto entusiasmo que se queda él mismo fosilizado. Con todo, mientras alguien crea verdaderamente, no hay nada que temer. Su grano de mostaza hará volar cadenas enteras de montes (G. Biffi, *Meditazioni sulla vita ecclesiale*, Piemme, Casale M. 1993, 17-19).

Jesús paga los impuestos

(Mt 17,24-27)

²⁴ Cuando llegaron a Cafarnaún, se acercaron a Pedro los que cobraban el impuesto del templo y le dijeron:

–¿No paga vuestro maestro el impuesto?

²⁵ Pedro contestó:

–Sí.

Al entrar en la casa, se anticipó Jesús a preguntarle:

–¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿a quiénes cobran los impuestos y contribuciones: a sus hijos o a los extraños?

²⁶ Pedro contestó:

–A los extraños.

Jesús le dijo:

–Por tanto, los hijos están exentos. ²⁷ Con todo, para que no se escandalicen, vete al lago, echa el anzuelo y saca el primer pez que pique, ábrele la boca y encontrarás en ella una moneda de plata. Tómala y dásela por mí y por ti.

La Palabra se ilumina

«*Los hijos están exentos*» (v. 27): esta afirmación de Jesús constituye el corazón del fragmento propuesto, cuyos versículos representan una de las contribuciones más originales y más interesantes del evangelio según Mateo. Ahora bien, dado que la perícopa concluye con un milagro un tanto extraño, ha suscitado entre los exégetas un interés contrastado.

Todo adulto varón judío estaba obligado a pagar, anualmente, un impuesto personal al templo equivalente a medio siclo o dos dracmas (cf. Éx 30,11-16, actualizado en Neh 10,33). El texto evangélico, menos simple de lo que a una primera lectura puede parecer, no permite comprender si Jesús se refiere únicamente al impuesto del templo de Jerusalén o si sus palabras se refieren a todo tipo de impuestos. La libertad que reivindica para sí y para Pedro, en representación de todos los discípulos, se puede entender o bien como la libertad del Hijo de Dios respecto al templo, o bien a la libertad política respecto a los reyes y a los jefes –en este caso los romanos–. Con todo, está clara la invitación del Maestro, y de los discípulos después de él, a someterse a la ley, tanto a la religiosa del templo como a la política del censo, a pesar de considerarse libres de ellas.

Mateo, con una evidente preocupación eclesial, subraya que Jesús paga los impuestos para evitar el «escándalo»: no quiere ser considerado injustamente como un agitador, como un zelota, ni tampoco desea turbar inútilmente a los judíos sinceros, con los que desea evitar rupturas en puntos no esenciales.

El extraño milagro del pez que tiene en la boca justamente un estáter, que corresponde a dos dracmas y, por consiguiente, al impuesto por dos personas, puede significar que Dios mismo paga el tributo a la ley en la persona de Jesús: el único que puede pagar el impuesto es, en definitiva, el Soberano del universo.

La Palabra me ilumina

Un simple hecho de la vida cotidiana, aparentemente trivial, si no incluso molesto, se transforma por obra de Jesús en una enseñanza sublime sobre nuestra extraordinaria dignidad. También nosotros, como Pedro, intentamos eliminar muchas veces lo más pronto posible una situación fastidiosa, sin hacernos demasiadas pre-

guntas. Jesús, en cambio, invita a la reflexión: «¿Qué te parece?». Dejemos que nos interrogue, que nos haga «razonar». Todo cambia entonces de perspectiva; hasta pagar los impuestos se convierte en ocasión y en fuente para penetrar más a fondo en el misterio de nuestra verdadera identidad.

Como bautizados, ahora somos miembros de Cristo, hemos sido hechos hijos de Dios habitados por el Espíritu Santo, que es fuente de auténtica libertad en nosotros. Nuestra vida ha sido transfigurada de una manera radical y total, y esto debe ser visible en toda su manifestación. Ésa es nuestra tarea cotidiana: hacer aparecer en el exterior la realidad divina que habita en nosotros. Todo lo que somos y lo que hacemos lleva el sello de la vida nueva que el bautismo comporta. Si cooperamos activamente con la gracia, podemos dar abundantes frutos de bien; si por mala voluntad oponemos resistencia, la semilla de eternidad que hay en nosotros nos hará sentir sus propias exigencias y nos atormentará.

Ninguna condición exterior podrá violar o menoscabar jamás la profundidad de nuestra conciencia: el Espíritu que ha sido derramado en nuestros corazones nos guía a la verdad completa y nos hace capaces también de padecer el martirio, con tal de no despreciar el Evangelio. Con Jesús nos es posible ser libres incluso encadenados, y es posible permanecer sometidos con una libertad soberana al último hombre de la tierra. Más aún, con Jesús somos libres con esa libertad que nos hace capaces de elegir el último puesto por amor y preferir a los otros por encima de nosotros mismos, siempre y únicamente por amor. Lo importante es que el corazón se entregue por completo a aquel que es amor y que, amando, se puso a los pies de todos. Esto es necedad y esclavitud a los ojos del mundo, mas, para quien ama, ¿qué libertad es más grande que ésta?

La Palabra se convierte en oración

Te damos gracias, Señor Jesús, por habernos regalado una maravillosa libertad, tu misma libertad de Hijo amado del Padre. Haz que sepamos comprender que esa libertad no es arbitrio caprichoso de hacer lo que nos parece cómodo, sino que sólo podemos ejercerla verdaderamente amando y poniéndonos al servicio los unos de los otros. Que, manteniendo fija la mirada en ti, nos resulte dulce participar con nuestro humilde y bondadoso padecimiento en tu pasión redentora y expresarte así nuestra gratitud y nuestro deseo de llegar, con todos nuestros hermanos, al Reino de la luz y de la paz sin fin.

La Palabra en el corazón de los Padres

Te confesaré, te alabaré, ¡oh Señor!, con todo mi corazón. Coloco todo mi corazón sobre el ara de tu confesión; te ofrezco un holocausto de alabanza. Abrácese, dice, todo mi corazón con la llama de tu amor; nada me reserve para mí, ni aquello por lo que a mí mismo toca; me quemaré todo para ti, todo arderé para ti. Te amaré con todo mi corazón, como inflamado por ti. Si hemos preparado en nuestro ser íntimo un refugio o una morada a Dios, allí hablamos, allí somos escuchados. Dios, en efecto, no se encuentra lejos de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos.

No hay otro obstáculo que te separe de Dios más que la culpa. Derriba ese tabique que es el pecado y estarás en compañía de aquel que reza. Dice el salmista: «*Señor, tú restituirás por mí*». En efecto, si yo quisiera restituir, demostraría que he robado; tu, en cambio, Señor Jesús, pagaste la deuda sin robar nada. Observa cómo paga él la deuda por nosotros.

Vinieron un día los cobradores del tributo, que en virtud de este título exigían un didracma, esto es, dos dracmas, por persona. Fueron al Señor para cobrarle el tri-

buto –mejor dicho, no fueron a él, sino que se dirigieron a los discípulos– y preguntaron: «*¿No paga vuestro maestro el tributo?*». Los discípulos lo refieren al Maestro. Y él dice: «*Los reyes de la tierra ¿a quiénes cobran los impuestos y contribuciones: a sus hijos o a los extraños?*». Le respondieron: «*A los extraños*». «*Por tanto –concluyó–, los hijos están exentos. Con todo, para que no se escandalicen –dijo a Pedro–, vete al lago, echa el anzuelo y saca el primer pez que pique, ábrele la boca y encontrarás en ella un estáter*», es decir, dos didracmas, puesto que el estáter es una medida de peso que corresponde a cuatro dracmas. «*Allí encontrarás y darás por ti y por mí. Señor, tú restituirás por mí*». Con una combinación afortunada encontramos aquí el primer pez cogido con el anzuelo, capturado con el anzuelo: el primero que fue sacado del mar, el primogénito de entre los muertos. En su boca encontramos dos didracmas, es decir, cuatro dracmas: en su boca encontramos los cuatro evangelios. Mediante estos cuatro dramas somos liberados del poder de este mundo. En efecto, por medio de los cuatro evangelios dejamos de estar en deuda [con el mundo] y quedan perdonados todos nuestros pecados. Él pagó, pues, por nosotros. ¡Gracias a su misericordia! Él no tenía deuda alguna: no pagó por sí, sino por nosotros. Decía: «*He aquí que vendrá el príncipe de este mundo y no encontrará nada en mí*». ¿Qué significa «no encontrará nada en mí»? No encontrará en mí ningún pecado; no tiene ningún motivo para matarme. Quería decir: Afrontaré la pasión no por necesidad, sino por libre decisión, para pagar deudas no contraídas por mí. «*Señor, tú restituirás por mí*» (Agustín de Hipona, *Comentario a los salmos*, 137, 2.16).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Los hijos están exentos*» (cf. Mt 17,26).

Caminar con la Palabra

Llegar a ser *libres* no significa llegar a ser *grandes* en el mundo, llegar a ser libres *contra* el hermano, libres *contra* Dios; significa llegar a ser libres de nosotros mismos, de la mentira que me hace creer que no hay más que yo, que soy el centro del mundo; libres del odio que nos hace aniquilar la creación de Dios; libres de nosotros mismos, para los otros. Ahora bien, sólo la verdad de Dios me permite ver al otro: ella orienta mi mirada replegada sobre mí mismo más allá de mí y me muestra a los otros, y procediendo así obra en mí la acción del amor, de la gracia de Dios. Ésta destruye nuestra mentira y crea la verdad, destruye el odio y crea el amor. La verdad de Dios es el amor de Dios, y el amor de Dios nos hace libres de nosotros mismos, para los otros. Ser libres no significa otra cosa que estar en el amor, y estar en el amor no significa otra cosa que estar en la verdad de Dios.

El hombre que ama porque ha sido liberado por la verdad de Dios es el hombre más revolucionario de la tierra. Es el vuelco de todos los valores, es la mezcla explosiva en la sociedad humana, es el más peligroso de los hombres: ha reconocido, en efecto, que los hombres son mentirosos hasta el fondo, y en todo momento está dispuesto a dejar caer sobre ellos la luz de la verdad. Y eso por amor.

Sin embargo, la acción molesta que tales hombres realizan en el mundo provoca el odio de éste. De ahí que el caballero de la verdad y del amor no sea el héroe idolatrado por las masas, el que no tiene enemigos; al contrario, es alguien a quien el mundo rechaza, del que se liberaría gustosamente, alguien que el mundo arrincona, mata. El camino por el que la verdad de Dios vino al mundo conduce a la cruz. Esto nos enseña que toda verdad que quiera tener consistencia ante Dios está destinada a la cruz (D. Bonhoeffer, *Memoria e fedeltà*, Qiqajon, Magnano 1995, 110-112, *passim*).

El amor a los niños

(Mt 18,1-11)

¹ En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron:

—¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?

² Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos ³ y dijo:

—Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. ⁴ El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. ⁵ El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge.

⁶ Al que sea ocasión de pecado para uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le ataran una piedra de molino al cuello y lo arrojaran al fondo del mar. ⁷ ¡Ay de quienes son ocasión de pecado en el mundo! Es inevitable que esto exista. Sin embargo, ¡ay de aquellos que sean ocasión de pecado! ⁸ Por eso, si tu mano o tu pie son ocasión de pecado para ti, córtatelos y arrójalos: es mejor entrar en la vida manco o cojo que ser arrojado al fuego eterno con las dos manos y los dos pies. ⁹ Y si tu ojo es ocasión de pecado para ti, sácatelo y arrójalos: es mejor entrar en la vida con un solo ojo que ser echado al fuego eterno con los dos ojos.

¹⁰ Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial. [El Hijo del hombre ha venido, en efecto, a salvar lo que estaba perdido].

La Palabra se ilumina

Tras el discurso programático de la montaña, el misionero y el parabólico, con el capítulo 18 nos encon-

tramos con el discurso eclesial, en el que se tratan algunos problemas internos de la vida de la comunidad cristiana.

La pregunta que subyace en todo el discurso es ésta: ¿cómo puede construirse una comunidad que pretende ponerse a seguir al Crucificado? La respuesta aparece con claridad: será fiel a su misión y pondrá siempre en su centro al que se hizo el último y siervo de todos: Jesús, revelador del Dios-amor, que se hizo pequeño para acoger a los pequeños.

Jesús no responde directamente a los discípulos que le preguntan «¿quién es el más importante?». Sin embargo –a la manera de los profetas–, realiza un gesto simbólico que descompone las perspectivas arribistas de sus interlocutores. El niño puesto en el centro y señalado como modelo da un vuelco completo a los esquemas usuales de valoración. En efecto, en el mundo judío, los niños pertenecían a la categoría de los pobres, de los menesterosos, de los que no son nada ni cuentan para nada. Pues bien, Jesús afirma que quien quiera ser el más importante en el Reino de los Cielos debe hacerse como ellos, o sea, abandonarse por completo a Dios con una fe sencilla y confiada. Jesús mismo fue el primero en darnos ejemplo, a fin de que sigamos sus huellas. Él se hizo pequeño y lo siguió siendo –el último– en medio de los suyos.

Y he aquí otra nota fundamental: para entrar en el Reino de los Cielos no sólo es necesario hacerse pequeño, sino también «acoger a los pequeños»; en efecto, quien los acoge, acoge al mismo Cristo. Lo contrario de la acogida es poner obstáculos (*escándalo*) a la fe de los hermanos.

En sentido bíblico, el escándalo no es tanto un acto pecaminoso en sentido moral como una actitud, una mentalidad que disuade de creer en Jesús; por eso Jesús nos recordó ante todo la exigencia de la *conver-*

sión. Cada ser humano es precioso a los ojos del Padre: convertirse significa redescubrir ese amor y recordar que la vida de cada criatura, hasta la más pequeña e indefensa, es sagrada, porque está escondida con Cristo en Dios.

La Palabra me ilumina

Es difícil escapar de la tentación de querer ser alguien. De un modo o de otro, todos contamos con el deseo –más o menos inconfesado– de ser importantes y reconocidos. Perseguimos el éxito, el dinero, el poder, precisamente para enmascarar nuestra poquedad constitutiva, ontológica. Jesús nos invita a quitarnos todas las máscaras. En él encontramos la verdad que nos hace libres: no somos más que niños ante nuestro Padre, que está en el cielo.

La verdadera felicidad comienza cuando, al tomar conciencia de esta verdad, nos mostramos agradecidos por ese amor que nos envuelve y deseamos ser custodiados con ternura –como la Virgen María– en una pequeñez que es nuestra verdadera grandeza. Ahora bien, son pocos los que abrazan con humilde coraje el camino de la infancia espiritual. Con suma frecuencia ni siquiera los niños son hoy verdaderamente tales: al ser educados en una mentalidad mundana, pierden muy pronto su genuina fragancia; lejos de ser los «pobres» abandonados en manos de sus progenitores, se manifiestan llenos de pretensiones y llegan con frecuencia a tiranizar a los adultos... Ahora bien, ¿no son ellos mismos las víctimas de un estado de «escándalo» permanente propio de una sociedad que se considera autosuficiente y señora de sí misma?

Jesús, en cambio, puso en medio de los suyos a un niño de verdad para mostrarnos de manera inequívoca cuál es la escala de valores del Reino de su Padre. Pero hay más todavía: él, el Hijo eterno en el cual y por el

cual son todas las cosas, ha puesto su morada entre nosotros como el pequeño que debe ser acogido. De este modo, quiere hacernos comprender que sólo Dios es grande, y nosotros llegamos a serlo en la medida en que nos reconocemos criaturas suyas. El hombre que, queriendo desconocer su propio origen, se levanta con atrevida soberbia, acaba volviéndose trágicamente ridículo. Jesús, que nos ama como criaturas predilectas del Padre, no se avergüenza de nuestra pequeñez y nos invita a entrar con él en la dimensión de nuestra verdadera grandeza, que es la dignidad filial. Siendo Hijo de Dios se hace Hijo del hombre, para acogernos como hermanos en la casa de su Padre. ¿Hay alegría más grande?

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú viniste entre nosotros no revestido de fuerza, sino de debilidad. No quisiste someternos con tu omnipotencia, sino que pediste ser acogido como un niño pobre e indefenso. Concédenos abandonar nuestras presuntas grandezas, derriba los muros de nuestro orgullo, a fin de que reconociéndonos pequeños ante Dios saboreemos la alegría y la libertad de quien lo espera todo de nuestro Padre bueno. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

¿Qué nombre es más santo que el que «*será llamado hijo del Altísimo*»? Que también sea engrandecido por nosotros, pequeños, el Señor grande, que para hacernos grandes se hizo pequeño. «*Un niño –dice el profeta– ha nacido para nosotros, un hijo se nos ha dado*». «Para nosotros» –digo–, no para él, que, sin duda, en cuanto nacido antes de los tiempos y de modo mucho más glorioso del Padre, no tenía necesidad de nacer en el tiempo de la madre. Tampoco para los ángeles, que, al cono-

cerle ya en su grandeza, no tenían necesidad de conocerle en su pequeñez. Por eso nació para nosotros, por eso se nos dio a nosotros, porque nos hacía falta.

Ahora debemos hacer aquello para lo que nació y se nos dio el que nació para nosotros y se nos dio. Usémoslo, ahora que es nuestro, para nuestra utilidad; sirvámonos del Salvador para nuestra salvación. He aquí que pone al pequeño en medio de nosotros. ¡Oh pequeño, deseado por nosotros los pequeños! Intentemos llegar a ser como este pequeño; aprendamos de él, que es dócil y humilde de corazón (Mt 11,29), de suerte que el Dios grande no se haya hecho sin razón un hombre pequeño, de suerte que no haya «muerto por nada», que no haya sido crucificado en vano.

Aprendamos su humildad, imitemos su mansedumbre, abracemos su amor, compartamos sus dolores. Ofrezcamos a él mismo como «*holocausto propiciatorio por nuestros pecados*», porque precisamente para eso nació y se nos dio. Ofrezcámosle a la mirada del Padre, porque el Padre «*sacrificó a su propio Hijo por nosotros*», y porque «*el Hijo se anonadó a sí mismo tomando la condición de esclavo*».

Él cargó con el pecado de muchos e intercedió por los pecadores, para que no perezcan. No pueden perecer aquellos por quienes el Hijo intercede, por quienes el Padre entregó al Hijo a la muerte para que vivan. Por consiguiente, del mismo modo es preciso esperar el perdón de ambos, porque ambos tienen igual misericordia en la piedad, igual potencia en la voluntad, una sola sustancia en la divinidad, en la que vive y reina un solo Espíritu Santo con ellos, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén (Bernardo de Claraval, *Lodi alla Vergine Madre*, en *Opera omnia* I, Città Nuova, Milán – Roma 109-111, *passim*; edición española: *Las alabanzas de María y otros escritos escogidos*, Ciudad Nueva, Madrid 1998).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18,3).

Caminar con la Palabra

«¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?» Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: [...] “El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos”». ¿Quién podrá ayudarnos a hacernos de nuevo niños, a no ser María, la madre de Dios y madre de los hombres? Ante nuestra madre, nos hacemos o más bien seguimos siendo pequeños. «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre... y junto a ella el discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Después dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”». ¿Acaso no fue gracias a esta proximidad de María que Juan pudiera conservar hasta la vejez extrema un ánimo de niño tejido de ternura y de confianza en medio de las crisis de la Iglesia naciente?

Cristo sabe bien lo que hay en el hombre. Sabe que María es el camino más seguro para entrar en el Reino: la puerta secreta que se descubre cuando, aparentemente, ya no hay salida. Este hombre que se enarbola ante Dios y sus mandamientos, se suaviza ante María y su pureza, y después, casi sin saberlo, confiándose a ella, capitula ante Dios. Se ha sentido tocado en un punto neurálgico que despierta toda su infancia, un punto nostálgico que suscita un deseo inconfesado de vuelta a la infancia.

María, rincón de la infancia adonde le gusta retirarse al hombre envejecido por el pecado. María, jardín cerrado donde se esconde, para pedir perdón, el hombre que se mostraba jactancioso ante los otros. ¡Qué admirable juego del amor de Dios, que, para no asustar, esconde su justicia detrás de la ternura de su Madre!

Cuando el orgullo o la vergüenza hacen casi imposible cada llamada a Dios, queda una oración al alcance del pecador más desesperado. Es la oración a la Señora, que Péguy llamaba con

tanta justicia «la oración de reserva», el avemaría: todo hombre lo puede susurrar cuando ya no se siente capaz de decir el padrenuestro. De este modo, estamos seguros de oír a María que nos entrega a su Hijo: «Jesús, aquí tienes a tu hermano, porque también soy su madre» (R. Etchegaray, *Tiro avanti como un asi-no...*, Edizioni Paoline, Cinisello B. 1985, 94s).

La oveja perdida y la corrección fraterna

(Mt 18,12-20)

¹² ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le extravía una de ellas, ¿no dejará en el monte las noventa y nueve e irá a buscar la descarriada? ¹³ Y si llega a encontrarla, os aseguro que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se extraviaron. ¹⁴ Del mismo modo, vuestro Padre celestial no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños.

¹⁵ Por eso, si tu hermano te ofende, ve y repréndelo a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. ¹⁶ Si no te escucha, toma contigo uno o dos, para que cualquier asunto se resuelva en presencia de dos o tres testigos. ¹⁷ Si no les hace caso, díselo a la comunidad; y si tampoco hace caso a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano.

¹⁸ Os aseguro que lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo. ¹⁹ También os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre celestial. ²⁰ Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

La Palabra se ilumina

La sugestiva página evangélica de la oveja perdida tiene un carácter particular en la narración de Mateo. En efecto, el evangelista no sólo saca a la luz que Jesús se apresura a ir en busca de los pecadores (cf. Lc 15,4-7), sino también que toda la comunidad eclesial está llamada a mostrar una gran solicitud por los «pequeños»,

o sea, por las personas de condición humilde, pobres e indefensas, y, por consiguiente, más expuestas al riesgo de alejarse de la fidelidad al Evangelio. A continuación, los guías espirituales tienen la «misión» específica de reconducir al seno de la comunidad a los hermanos que se han salido del buen camino, sin dejar ninguna vía de reconciliación y de reintegración por explorar. Los «pequeños» tienen, en efecto, un valor inmenso a los ojos del Padre: él quiere que ni uno solo de ellos se pierda (cf. v. 14).

En profunda continuidad con el mensaje de la parábola, se ponen de manifiesto, en la segunda parte del discurso eclesial (vv. 15-20), dos aspectos fundamentales de la vida cristiana: el deber de la corrección fraterna y el valor de la oración comunitaria.

Si la parábola (vv. 12-15) da a conocer la voluntad de Dios de que ninguna se pierda, la corrección fraterna y la oración comunitaria constituyen los medios privilegiados para llegar a ese fin. Dado que la comunidad no está compuesta de santos, sino de hombres inclinados al pecado, hace falta un camino de conversión.

En primer lugar, la oración concorde de todos los miembros de la comunidad puede impetrar la gracia del arrepentimiento y de la vuelta del hermano pecador. En segundo lugar, la corrección recíproca también es expresión de caridad. En consecuencia, es tarea de todos la corrección de los hermanos que se equivocan, con tal de que se haga verdaderamente con benevolencia y del modo más oportuno.

Mateo enumera un procedimiento disciplinar articulado en tres momentos diferentes marcados por algunos «si...» en un proceso creciente de intervenciones hasta el remedio extremo de tener que considerar al hermano como «*un pagano o un publicano*». Con todo, esto no significa considerarlo separado de Cristo, que es precisamente «amigo» de los pecadores, sino ponerlo en con-

diciones de experimentar la privación del gran bien que es la comunidad eclesial. Ésta, a su vez, se empeñará todavía más en orar por la conversión del hermano y por su vuelta al seno de la Iglesia.

La Palabra me ilumina

Es difícil que hoy no haya alguna persona presa de angustia por alguna persona querida que se interna de una manera desconsiderada por un camino de muerte. Son demasiadas las asechanzas y demasiado frágiles las personas para conseguir resistir al choque de tantas seducciones nefastas que proceden del mundo. Tal vez nosotros mismos hemos experimentado lo fuertes que son las tentaciones y, por eso, podemos comprender lo que significa ser la oveja perdida buscada con amor y reconducida al redil. Ahora bien, todos estamos llamados también a convertirnos, para los hermanos, en el «buen pastor» que, sin perder tiempo en realizar grandes disquisiciones sobre los males de la sociedad, sale de casa y va en busca del que ya no consigue encontrar el camino de retorno.

Sabemos muy bien, en efecto, que, con frecuencia, después de clamorosos alejamientos del que ha querido irse, en el corazón del que se ha quedado solo se excava una nostalgia atormentadora de la casa común en que el Padre y los hermanos viven juntos en la paz. El evangelio nos dice claramente que quien debe dar el primer paso, incluso mil, infinitos, pasos de amor, es el pastor y no la oveja perdida.

Hoy, en nuestro mundo tecnológico, la imagen bucólica del rebaño y de los verdes pastos sobre los montes de Israel ha dejado el sitio a muchos lugares miserables en los que todo habla de angustia y desolación, de soledad y de abandono; pero es precisamente ahí donde cada uno de nosotros debe ir si no quiere convertirse en un Caín que se niega a «custodiar» a su hermano cuan-

do, en realidad, ya lo ha matado con su indiferencia. Todos, de muchos modos, debemos ocuparnos los unos de los otros, para que en la fiesta del Reino –que comienza desde ahora– no haya sitios vacíos. Jesús, el manso Pastor, ha venido a enseñarnos que la alegría sólo existe cuando al rebaño no le falta ni siquiera aquella ovejilla que quería perderse.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, misericordia del Padre, tú que estás en medio de nosotros cada vez que oramos de manera concorde, presenta nuestras oraciones al Padre. Concédenos un amor apasionado por la salvación de todos los hermanos, para que no quede excluido ningún hombre de la alegría y de la fiesta del banquete eterno en el Reino donde todos –pecadores perdonados– seremos alimentados y saciados por ti. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

En su Evangelio, el mismo Señor Jesús aseguró que el pastor deja las noventa y nueve ovejas y va en busca de la descarriada. Es la oveja centésima, de la que se dice que se había descarriado: que la misma perfección y plenitud del número te instruya y te informe. No sin razón se le da la preferencia sobre las demás, pues es más valioso un consciente retorno del mal que un casi total desconocimiento de los mismos vicios. Pues el haber enmendado el alma enfangada en el vicio, liberándola de las trabas de la concupiscencia, no sólo es indicio de una virtud consumada, sino signo eficaz de la presencia de la divina gracia. Ahora bien, enmendar el futuro es incumbencia de la atención humana; condonar el preterito es competencia del divino poder.

Una vez encontrada la oveja, el pastor la carga sobre sus hombros. Considera atentamente el misterio: la ove-

ja cansada halla el reposo, pues la extenuada condición humana no puede recuperar las fuerzas sino en el sacramento de la pasión del Señor y de la sangre de Jesucristo, *que lleva a hombros el principado*; de hecho, en la cruz cargó con nuestras enfermedades, para aniquilar en ella los pecados de todos. Con razón se alegran los ángeles, porque el que antes erró, ya no yerra, se ha olvidado ya de su error.

Me extravié como oveja perdida: busca a tu siervo, que no olvida tus mandatos. Busca a tu siervo, pues la oveja descarriada ha de ser buscada por el pastor, para que no perezca. Ahora bien, el que se extravió puede volver al camino, puede ser reconducido al camino. Ven, pues, Señor Jesús, busca a tu siervo, busca a tu oveja extenuada; ven, pastor, guía a José como a un rebaño. Se extravió una oveja tuya mientras tú te detenías, mientras discurrías por los montes. Deja tus noventa y nueve ovejas y ven en busca de la descarriada. Ven, pero no con la vara, sino con la caridad y la mansedumbre del Espíritu.

Búscame, pues yo te busco. Búscame, hállame, recíbeme, llévame. Puedes hallar al que tú buscas; te dignas recibir al que hubiera encontrado y cargar sobre tus hombros al que hubieras acogido. No te es enojosa esta piadosa carga, no te es oneroso transportar la justicia. Ven, pues, Señor, porque si es verdad que me extravié, sin embargo *no olvidé tus mandatos*; tengo mi esperanza puesta en la medicina. Ven, Señor, pues eres el único capaz de reconducir la oveja extraviada, y a los que dejes, no les causarás tristeza, y a tu regreso ellos mismos mostrarán a los pecadores su alegría. Ven a traer la salvación a la tierra y alegría al cielo.

Ven, pues, y busca a tu oveja no ya por mediación de tus siervos o por medio de mercenarios, sino personalmente. Recíbeme en la carne, que decayó en Adán. Recíbeme como hijo no de Sara, sino de María, para que sea una virgen incorrupta, pero virgen de toda mancha

de pecado por la gracia. Llévame sobre la cruz, que es salvación para los extraviados: sólo en ella encuentran descanso los fatigados, sólo en ella tienen vida todos los que mueren (Ambrosio de Milán, *Comentario sobre el salmo 118* (Sermón 22, 3.27-30: CSEL 62, 489-490.502-504; PL 15, 1512.1520-1521).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Vuestro Padre celestial no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños*» (Mt 18,14).

Caminar con la Palabra

He aquí una comunidad particular, concreta, amasada de Evangelio y de culpa, de amor y de egoísmo. Un discípulo ha cometido una «culpa» en su interior. ¿Qué se puede hacer? ¿Dejar que se pierda? ¿Marginarlo? ¿Juzgarlo? La imagen del buen pastor en busca de la ovejilla perdida sugiere otro estilo. Hay que poner en acción la pedagogía de la paciencia para «ganarse» al pecador. Tres notas caracterizan la progresión apremiante del perdón. Antes de hacer público al que yerra está el diálogo a dos. Es el momento del amor discreto. Después se sugiere la implicación de «una o dos personas»: no como testigos de la culpabilidad del imputado, sino como hermanos dotados de autoridad para garantizar una mayor eficacia en la corrección fraterna. Es el paso del amor apremiante. Y, por último, la Iglesia: con la fuerza de su poder de misericordia y de verdad, toda la comunidad debe hacerse cargo del que yerra. Pero también ella puede fracasar. Sin embargo, ni siquiera sobre el rechazo perverso del pecador pende un juicio de exclusión definitiva... No queda entonces más que la fantasía inagotable de la misericordia de Dios en sus llamadas sin límite. En suma, la comunidad fraterna está completamente abierta a vencer el corazón del pecador. La misma «pasión» que siente por el hermano que se equivoca se convierte en sinfonía hacia lo alto, en sinfonía de una oración increíblemente eficaz. Y esto es posible viviendo en una adhesión singular: el estar reunidos en el nom-

bre de Jesús. La fórmula es precisa: expresa la dirección de una fraternidad que tiende al Señor. De este modo, la comunidad eclesial se convierte en un lugar extraordinario: es el signo del pastor bueno que va en busca de la oveja perdida; es el signo de la presencia de Jesús en lo más vivo de una comunidad orante para dar eficacia a la oración.

La «corrección fraterna» es algo necesario en cada familia, en cada comunidad. A buen seguro, no resulta fácil usar el tono de la discreción frente al error del que yerra; dan ganas de echarse en cara, probablemente con la jactancia de ser sinceros. No es fácil usar la paciencia frente a la culpa ajena. Dan ganas de tomar el atajo del juicio, unas veces duro hasta la arrogancia y otras severo hasta la presunción de ser justos. Y cuando, en una familia o en una comunidad, el que se equivoca se siente asediado por el aliento del juicio, se distancia y se aleja cada vez más. Ya no siente ningún eco de la misericordia de Dios. Haría falta un milagro para volver la mirada hacia su casa. Ahora bien, el primer milagro sugerido por Jesús es la obstinación de la misericordia, que sabe mirar al otro con el coraje de llamarle hermano; que sabe mirar hacia lo alto con el coraje de dirigirse a Dios con el nombre de «Padre» (E. Maseroni, *La Parola come pane. Il vangelo della domenica. Anno A*, San Paolo, Cinisello B. 1998, 173-175).

El perdón y el deudor despiadado (Mt 18,21-35)

²¹ Entonces se acercó Pedro y le preguntó:

–Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces?

²² Jesús le respondió:

–No te digo siete veces, sino setenta veces siete. ²³ Porque con el Reino de los Cielos sucede lo que con aquel rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. ²⁴ Al comenzar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. ²⁵ Como no podía pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer y a sus hijos, y todo cuanto tenía, para pagar la deuda. ²⁶ El siervo se echó a sus pies suplicando: «¡Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré todo!». ²⁷ El señor tuvo compasión de aquel siervo, lo dejó libre y le perdonó la deuda. ²⁸ Nada más salir, aquel siervo encontró a un compañero suyo que le debía cien denarios; lo agarró y le apretaba el cuello diciendo: «¡Paga lo que debes!». ²⁹ El compañero se echó a sus pies suplicándole: «¡Ten paciencia conmigo y te pagaré!». ³⁰ Pero él no accedió, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda. ³¹ Al verlo sus compañeros se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor todo lo ocurrido. ³² Entonces el señor lo llamó y le dijo: «Siervo malvado, yo te perdoné aquella deuda entera porque me lo suplicaste. ³³ ¿No debías haber tenido compasión de tu compañero como yo la tuve de ti?». ³⁴ Entonces su señor, muy enfadado, lo entregó para que lo castigaran hasta que pagase toda la deuda. ³⁵ Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no os perdonáis de corazón unos a otros.

La Palabra se ilumina

Pedro le plantea a Jesús una pregunta que tiene una gran importancia para toda la comunidad: «¿Cuántas veces hay que perdonar al hermano en caso de recibir una ofensa personal?». La práctica judía preveía que se perdonara una misma culpa hasta tres veces. Pedro, al preguntar si basta con «*siete veces*» (número que indica la perfección), se muestra disponible a un perdón generoso. Sin embargo, Jesús da una vez más un vuelco a la perspectiva yendo más allá de la ley establecida: es preciso perdonar «*setenta veces siete*», o sea, siempre.

Es fácil percibir en la respuesta del Maestro una alusión al «canto de la espada» de Lámelec (Gn 4,23s), que pretendía para sí una venganza de «*setenta veces siete*» superior a la fijada por Dios para Caín. La petición de Jesús exige, por tanto, un cambio radical de mentalidad, un cambio que haga pasar al hombre de la atención a sí mismo y de la reivindicación de sus propios derechos al amor desmesurado y gratuito por el otro. Ésta es la verdadera conversión que restaura en él su semejanza original con Dios, haciéndole «perfecto» como su Padre, es decir, misericordioso más allá de todo cálculo y medida.

El fragmento, para hacer más claro y eficaz el mensaje, prosigue con la parábola del siervo sin entrañas. Ésta, exclusiva de Mateo, se articula en tres escenas; las dos primeras –simétricas– ponen en clara contraposición los dos diferentes comportamientos que se pueden asumir frente a un deudor: la misericordia hasta «perjudicarse» a sí mismo en favor de los otros, o la dureza hasta aniquilar a los otros en beneficio de los propios intereses (vv. 24-27; 28-30); la tercera escena describe el castigo reservado a quien no es capaz de ser benévolo. Los tonos empleados son los propios del judaísmo escatológico, que revelan que la parábola ha sido adaptada en vistas a las exigencias eclesiales de la

comunidad judeocristiana a la que se dirige el evangelista.

Por una parte, hay un siervo «inicuo», que pide a su señor tiempo para saldar su deuda y no sólo obtiene un aplazamiento, sino la condonación total (cien mil talentos es una suma que nunca hubiera podido reembolsar); por otra, este mismo siervo, agraciado, en vez de derramar sobre los otros la misericordia que han usado con él, se muestra duro e inflexible hasta el punto de no perdonar una pequeña deuda a un consiervo suyo que le debe una cifra irrisoria. Él mismo se condena. En efecto, tal como nos recuerda la oración que nos enseñó Jesús, para obtener el perdón del Padre también nosotros debemos perdonar a los hermanos. La naturaleza herida por el pecado sería incapaz de esto; por eso Jesús, el perdón del Padre, ha venido a clavar en la cruz el documento de nuestra deuda y a derramar en nuestros corazones su Espíritu de amor.

La Palabra me ilumina

Para quien ha encontrado a Cristo y en él ha conocido la misericordia del Padre que perdona y renueva la vida, la piedad con los hermanos se convierte en un deber imprescindible: «¿*No debías haber tenido...?*». Cuando el corazón del hombre ha conocido los amplios horizontes del verdadero amor, cuando ha descubierto que cada uno de nosotros ha sido pensado y querido desde la eternidad por un designio que le arranca del anonimato y de la desesperación del sinsentido para hacerle cooperador de la salvación universal, inevitablemente se adquiere también una mirada diferente sobre los hombres, reconocidos en Cristo como hermanos.

El amor tiene una ley propia fundamental: cuando se comparte con los otros, se multiplica; cuando lo retenemos para nosotros mismos, se deteriora en egoísmo. Así como una llamita no se apaga si enciende otras, sino

que hace aumentar la luz, así el amor del Señor, propagado, se vuelve un río impetuoso que derriba todas las barreras, supera todo límite en un *crescendo* de caridad que llega a abarcar toda la humanidad.

Por el contrario, si el comportamiento está en abierta contradicción con la fe profesada, la incoherencia se convierte en un gran obstáculo para la fe de los hermanos. Un cristiano que no sea capaz de perdonar y hasta probablemente conserve en su corazón sentimientos de rencor, no se perjudica sólo a sí mismo, sino también a los otros a los que escandaliza. En efecto, el encuentro con Cristo no es auténtico si no transforma radicalmente las relaciones interpersonales a partir de las que tenemos con las personas que viven a nuestro lado.

No siempre resulta fácil –más aún, en ocasiones puede resultar muy difícil– superar ciertas reacciones interiores frente a los que nos han causado sufrimiento. Para vencer la resistencias instintivas no hay camino más seguro que mantener fija la mirada en Jesús crucificado. Con excesiva frecuencia olvidamos todo lo que el Señor nos ha perdonado y nos perdona continuamente, mientras que tenemos una memoria óptima para cobrarnos el más pequeño desaire recibido. Nuestro «yo» se muestra a menudo un monarca absoluto a quien todos deben honor y reverencia: ¡ay de él si alguien se permite ofender tal majestad! Sucede entonces que, mientras no honramos nunca de manera suficiente a nuestro Señor y Salvador, reclamamos justicia por cualquier nadería. Sólo un amoroso recuerdo del sacrificio de Cristo podrá arrancarnos del pecho ese corazón de piedra y enseñarnos la dulce compasión de Dios.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, que viniste a la tierra a revelarnos el rostro misericordioso del Padre, haz que, mirándote a ti, Siervo sufriente hasta la muerte de cruz, seamos capa-

ces de superar la lógica mezquina de nuestros cálculos e intereses, a fin de dejarnos guiar por el Espíritu Santo por los caminos de la libertad y del amor. Tú, que eres para nosotros el perdón del Padre, ven a morar en nuestro corazón, ven a hacer brotar de él una fuente de alegría pura, para derramarla de manera abundante sobre nuestros hermanos, sobre nuestros compañeros de viaje.

La Palabra en el corazón de los Padres

Dos cosas, pues, son las que de nosotros quiere aquí el Señor: que condenemos nuestros propios pecados y que perdonemos los de nuestro prójimo. Y la condonación del señor está en función del perdón, porque lo uno haga más fácil lo otro; pues aquel que considera sus propios pecados, estará más dispuesto al perdón de su compañero. Y no perdonar simplemente de boca, sino de corazón, pues de lo contrario, manteniendo el rencor, no hacemos sino clavarnos la espada a nosotros mismos. Porque ¿qué es lo que pudo haberte hecho tu ofensor comparado con lo que tú te haces a ti mismo cuando enciendes tu ira y te atraes contra ti la sentencia condenatoria de Dios?

Porque, si estás alerta y sabes obrar filosóficamente, todo el mal recaerá sobre la cabeza del ofensor y él será quien lo pague todo. Mas, si te obstinas en tu malhumor y enfado, entonces el daño será para ti: no el que te hace tu enemigo, sino el que te haces tú a ti mismo. No digas, pues, que te injurió y te calumnió y te hizo males sin cuento, pues cuanto más digas, más demuestras que es un bienhechor tuyo. Porque él te ha dado ocasión de expiar tus pecados. Si más te hubiera agraviado, de mayor perdón hubiera sido causa. Verdaderamente, si nosotros queremos, nadie será capaz de agraviarnos ni dañarnos. Nuestros mismos enemigos nos harán los mayores favores. Y no digo sólo los hombres. ¿Puede haber algo

más perverso que el diablo? Y, sin embargo, hasta el diablo puede ser para nosotros ocasión de la mayor gloria, como lo demuestra la historia de Job. Si, pues, el diablo puede ser para ti ocasión de corona, ¿a qué temes a un hombre enemigo? Mira, si no, cuánto ganas sufriendo con mansedumbre los ataques de tus enemigos.

En primer lugar, y ésta es la mayor ganancia, te libras de tus pecados; en segundo lugar, adquieres constancia y paciencia; en tercer lugar, ganas mansedumbre y misericordia, porque quien no sabe irritarse contra quienes le ofenden y dañan, con más razón será suave con los que le quieren. En cuarto lugar, te limpias definitivamente de la ira. ¿Y puede haber bien comparable a éste? Porque el que está puro de ira, evidentemente también estará libre de la tristeza, de la que es fuente la ira, y no consumirá su vida en vanos afanes y dolores. El que no sabe irritarse no sabe tampoco estar triste, sino que gozará de placer y de bienes infinitos.

En conclusión, cuando a los otros aborrecemos, a nosotros mismos nos castigamos; y al revés, a nosotros mismos nos hacemos beneficio cuando a los otros amamos. Sobre todo esto, tus mismos enemigos, aun cuando fueren demonios, te respetarán; o, por mejor decir, con esta actitud tuya, ni enemigos tendrás en adelante. En fin, lo que vale más que todo y es lo primero de todo: así te ganarás la benevolencia de Dios; y, si has pecado, alcanzarás perdón; si has practicado el bien, añadirás nuevo motivo de confianza.

Esforcémonos, pues, por no odiar a nadie, a fin de que Dios nos ame. Así, aun cuando le debemos diez mil talentos, se compadecerá de nosotros y nos perdonará. ¿Pero dices que te perjudicó tu enemigo? Pues tenle compasión, no le aborrezcas; llórale, no le rechaces. Porque no eres tú el que ha ofendido a Dios, sino él; tú más bien has adquirido gloria, si lo sabes llevar pacientemente. Considera que, cuando Cristo iba a ser crucifi-

cado, se alegró por sí y lloró por los que le crucificaban. Tal ha de ser también nuestra disposición del alma: cuanto más se nos agravie y perjudique, tanto más hemos de llorar a quienes nos agravian y perjudican. Porque a nosotros, sólo bien puede venirnos de ello; mas a ellos, todo lo contrario. ¡Pero es que me insultó, es que me hirió en presencia de todo el mundo! Luego en presencia de todo el mundo se cubrió de ignominia y deshonor y abrió la boca de infinitos acusadores y tejió para ti más numerosas coronas y juntó mayor coro de heraldos de tu paciencia. ¡Pero es que me calumnió delante de los otros! ¿Y qué tiene eso que ver cuando ha de ser Dios el que te ha de pedir cuentas y no esos que oyeran a tu calumniador? A sí mismo fue a quien se añadió materia de castigo, pues no sólo tendrá que dar cuenta de sus propios actos, sino también de lo que dijo contra ti. Él te desacreditó a ti delante de los hombres, pero él quedó desacreditado delante de Dios. Mas, si no te bastan estas consideraciones, piensa que también tu Señor fue calumniado no sólo por Satanás, sino también por los hombres, y calumniado ante quienes más él amaba.

Y como el Padre, así también su Unigénito. De ahí que éste dijera: Si al amo de casa le han llamado Belcebú, mucho más se lo llamarán a sus familiares. Y no sólo calumnió al Señor aquel maligno demonio, sino que se le dio crédito, y no le calumnió en cosas de poco más o menos, sino de infamias y culpas gravísimas. En efecto, de él hizo correr que era un endemoniado, impostor y enemigo de Dios. Mas ¿es que después de hacer beneficio se te ha pagado con malos tratos? Pues por eso justamente has de llorar por quien te los ha dado y alegrarte por ti, porque has venido a ser semejante a Dios, que hace salir su sol sobre buenos y malos.

Acaso te parezca por encima de tus fuerzas el imitar a Dios. A la verdad, para quien vive vigilante, esto no es difícil. Pero, en fin, si te parece superior a tus fuerzas,

yo te pondré ejemplos de hombres como tú. Ahí está José, que, después de sufrir tanto por parte de ellos, fue el bienhechor de sus hermanos; ahí Moisés, que, después de tanta insidia por parte de su pueblo, ruega a Dios por él; ahí Pablo, que, no obstante no poder ni contar cuánto sufrió por parte de los judíos, aún pedía ser anatema por su salvación; ahí Esteban, que, apedreado, rogaba al Señor que no les imputara aquel pecado. Considerando también estos ejemplos, desechemos de nosotros toda ira, a fin de que también a nosotros nos perdone Dios nuestros pecados, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea al Padre y al Espíritu Santo gloria, poder y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén (Juan Crisóstomo, *Comentario al evangelio según Mateo*, LXI, 5).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos» (Mt 5,7).

Caminar con la Palabra

Probemos a preguntarnos si no hay en nuestra familia, entre nuestros amigos, alguien al que no hayamos perdonado la ofensa que nos ha hecho, alguien del que nos hayamos separado pensando: «No, con esta persona ya no puedo tener nada en común». ¿O somos hasta tal punto inconscientes de que no conocemos ni siquiera uno. ¿No corremos el riesgo de que se levanten una vez uno tras otro para acusarnos: «Te separaste de mí en la discordia»; «No has sido capaz de soportarme»; «Un día te hice mal y me dejaste solo»; «Te he buscado con frecuencia y me has evitado»? En ese momento revivirán ante nosotros nombres que ni siquiera recordamos, los nombres de muchos a los que no hemos sido capaces de perdonar el pecado.

Y entre ellos tal vez se encuentre el de un verdadero amigo, el de un hermano, el de uno de nuestros padres. Se levantaría

entonces contra nosotros una única gran voz, amenazadora, terrible: «Has sido un hombre duro. Toda tu cortesía no te sirve de nada; todos te éramos indiferentes u odiosos; nunca has sabido lo que obra el perdón: cuánto bien hace al que lo experimenta y cuán libre hace al que lo concede».

¡Tomamos tan a la ligera nuestras relaciones con los demás! Nos volvemos insensibles y pensamos que cuando no alimentamos pensamientos malos contra alguien es como si le hubiéramos perdonado. Y olvidamos por completo que no tenemos ningún pensamiento bueno respecto a él. Sin embargo, perdonar significa tener sólo pensamientos buenos respecto a él, significa «llevar» al otro. Y esto es precisamente lo que evitamos; no llevamos al otro, no pasamos a su lado y acabamos por acostumbrarnos a su silencio.

Lo que cuenta es el llevar: llevar al otro en todo, en todas las facetas de su carácter, incluso en las difíciles y desagradables, y callar ante sus errores y sus pecados, incluso ante los cometidos contra nosotros. Llevar y amar sin desistir: esto se acerca al perdón.

Quien adopta una actitud semejante respecto al otro, respecto a su padre, respecto a un amigo, respecto a su propia mujer, respecto a su propio marido e incluso respecto a los extraños, respecto a todos los que encuentra, sabe muy bien lo difícil que resulta. Incluso llegará a decir en alguna ocasión: «No, ahora ya no puedo más. Señor, ¿cuántas veces he de perdonar? ¿Durante cuánto tiempo habré de soportar que alguien se muestre duro conmigo, que me ofenda y me hiera, que se muestre falto de atención y de delicadeza, que continúe haciéndome daño?».

Pedro nos hace sonreír: ¡siete veces! Nos parece muy poco. Cuántas veces hemos perdonado ya y cerrado los ojos... Pero, en verdad, no debemos reírnos de Pedro. Perdonar siete veces, pero perdonar de verdad, es decir, cambiar en bien todo el daño que se nos ha hecho, trocar el mal por el bien, acoger al otro como si hubiera sido siempre nuestro hermano más querido, no es cosa de nada. Es un verdadero tormento este continuo interrogarme: «¿Cómo me las arreglaré con éste, cómo haré para soportarle? ¿Dónde empieza mi derecho?». Veamos: hagamos, pues, como Pedro, vayamos a Jesús. Si acudimos a otro o si nos interrogamos a nosotros mismos, no obtendremos ayu-

da alguna o sólo una ayuda pésima. Jesús, sí, Jesús puede ayudarnos realmente, aunque de una manera absolutamente sorprendente: «No te digo hasta siete –le dice a Pedro–, sino hasta setenta veces siete», y sabe muy bien que es la única manera de ayudarlo (D. Bonhoeffer, *Memoria e fedeltà*, Qiqajon, Magnano 1995, 94-98, *passim*).

6

El viaje de Jesús a Jerusalén (Mt 19,1–25,46)

Matrimonio, celibato y niños

(Mt 19,1-15)

¹ Cuando Jesús terminó este discurso, se marchó de Galilea y se dirigió a la región de Judea, a la otra orilla del Jordán. ² Le siguió muchísima gente y los curó allí.

³ Se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a prueba, le preguntaron:

–¿Puede uno separarse de su mujer por cualquier motivo?

⁴ Jesús respondió:

–¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, los hizo varón y hembra, ⁵ y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos uno solo? ⁶ De manera que ya no son dos, sino uno solo. Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

⁷ Replicaron:

–Entonces, ¿por qué mandó Moisés que el marido diera un acta de divorcio a su mujer para separarse de ella?

⁸ Jesús les dijo:

–Moisés os permitió separaros de vuestras mujeres por vuestra incapacidad para entender, pero al principio no era así. ⁹ Ahora yo os digo: El que se separa de su mujer, excepto en caso de unión ilegítima, y se casa con otra, comete adulterio.

¹⁰ Los discípulos le dijeron:

–Si tal es la situación del hombre con respecto a su mujer, no tiene cuenta casarse.

¹¹ Él les dijo:

–No todos pueden hacer esto, sino sólo aquellos a quienes Dios se lo concede. ¹² Algunos no se casan porque nacieron in-

capacitados para ello; otros porque los hombres los incapacitaron; y otros eligen no casarse por causa del Reino de los Cielos. Quien pueda poner esto en práctica que lo haga.

¹³ Entonces le presentaron unos niños para que les impusiera las manos y orase. Los discípulos les regañaban, ¹⁴ pero Jesús dijo:

–Dejad a los niños y no les impidáis que vengan a mí, porque de los que son como ellos es el Reino de los Cielos.

¹⁵ Después de imponerles las manos, se marchó de allí.

La Palabra se ilumina

El capítulo 19 se abre con una escena particularmente emblemática: mientras Jesús, rodeado de una enorme muchedumbre, se ocupa de curar a los enfermos, se le acercan algunos fariseos para ponerle una «pregunta trampa» a propósito de una controvertida cuestión rabínica sobre el divorcio. ¿Hay que seguir las indicaciones de Shammai o las de Hillel? El primero, exponente de la escuela rigorista, admitía la posibilidad de disolver el matrimonio sólo en caso de adulterio; el segundo se inclinaba a permitirlo «por cualquier motivo». Jesús, en vez de insertarse en una de las dos escuelas, ofrece, también en este caso, una respuesta nueva, abre una perspectiva que no admite ambigüedad o componendas: al mismo tiempo que reafirma con vigor el principio de la indisolubilidad del matrimonio, va más allá de lo que había concedido Moisés en la ley «por vuestra incapacidad para entender».

Jesús, remontándose al proyecto originario de Dios, afirma con absoluta claridad que el hombre y la mujer unidos en matrimonio forman, por voluntad divina, «una sola carne» (cf. Gn 2,24). En consecuencia, el divorcio es siempre una opción humana que se opone al designio divino. Frente a la turbación de los discípulos por la severidad de la ley matrimonial propuesta por el Maestro, éste no mitiga sus palabras. Así las cosas,

concluyen que es mejor no casarse, y Jesús pronuncia unas palabras cargadas de misterio: «No todos pueden hacer esto, sino sólo aquellos a quienes Dios se lo concede» (v. 11).

El texto –de controvertida interpretación–, seguramente arcaico y pronunciado por Jesús, está claro en su significado fundamental. Hay tres tipos de personas que no se unen en matrimonio: los inhábiles para él por malformación física, los que se han vuelto tales por obra de hombres y, por último, los que optan voluntariamente por renunciar al matrimonio para dedicarse con corazón indiviso y con todas sus fuerzas a Dios y a la difusión de su Reino. Comprender la belleza de la virginidad y de la castidad consagradas es puro don del Padre, que «ha escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las ha dado a conocer a los sencillos» (Mt 11,25). Ésa es la razón por la que Jesús invita a los discípulos a hacerse como niños: sólo así tendrán la pureza necesaria para acoger el Reino de los Cielos como don gratuito y la frescura para responder al don con la entrega total del propio ser.

La Palabra me ilumina

El fragmento evangélico nos invita a preguntarnos con qué disposiciones nos acercamos a Jesús y a la escucha de su Palabra: ¿con ánimo sencillo y dispuesto a acoger su mensaje o bien con una actitud inclinada a juzgarlo y adaptarlo para legitimar nuestras propias decisiones tomadas por comodidad?

Sea cual sea nuestra actitud, es cierto que Jesús no se deja aprisionar en nuestras mezquindades, sino que siempre –incluso cuando partimos un poco mal dispuestos– nos invita a dar un salto de calidad y nos renueva incansablemente su confianza, nos indica la meta final, para cuya consecución ninguna fatiga es excesiva. El designio del Padre sobre el hombre desde el princi-

pio –según se nos recuerda en este pasaje– es un maravilloso proyecto de amor. Ahora bien, el amor tiene una ley imprescindible: requiere nuestra entrega plena y total. Sólo a ese precio se puede saborear toda su belleza. Esto vale tanto en el caso del matrimonio como en cualquier modalidad de consagración religiosa.

Cuando se entra en el camino del amor no hay atajos ni rebajas. El amor es por su propia naturaleza totalizador: es necesario perder la propia vida para poder recuperarla; es necesario permanecer fieles a las opciones realizadas para ser fecundos en el bien. ¿Se trata de un mensaje anacrónico, imposible de proponer en nuestra época y en nuestra cultura, en la que impera la ley del placer? Jesús es un Maestro incómodo, pero sin él el hombre acaba por no ser ni siquiera él mismo: fuera del proyecto que Dios ha trazado para él nunca podrá sentirse realizado. Incompleto en sí mismo, sediento de felicidad, es una criatura que anhela la plenitud, aunque tiene miedo de dar los pasos, de dar el salto de calidad que puede llevarle a la plenitud. Sólo Jesús puede curar su «esclerocardia», su obstinada rebelión contra las órdenes de Dios, una rebelión que, lejos de llevarle a la libertad, le produce tristeza y muerte. Jesús nos pone una vez más a los niños como ejemplo: la realización humana se obtiene con un retorno consciente a los orígenes. El tiempo de la vida presente nos ha sido dado para que, a través de un camino de purificación, volvamos a ser como cuando salimos de las manos de nuestro Padre y Creador: pequeños, sin complicaciones, abiertos a acoger con alegría y con asombro el don de la vida para darlo a otros a nuestra vez.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, vuelve a colmarnos de tu Espíritu, a fin de que se acallen en nosotros las infinitas complicaciones de nuestros razonamientos y de nuestro corazón

sólo brote el «sí» de la adhesión sencilla y pura al proyecto que el Padre ha trazado para nosotros. Haz que, contemplando tu cruz, se imprima en nosotros la silenciosa lección del amor que vence precisamente cuando parece haberlo perdido todo. Sé tú nuestro apoyo en la hora de la prueba para no cejar en la fidelidad; sé tú nuestro ejemplo para ser capaces de abandonarnos confiadamente en las manos del Padre, seguros de tu ayuda.

La Palabra en el corazón de los Padres

¿Cómo podríamos describir la dicha de un matrimonio contraído ante la Iglesia, confirmado por la oblación, sellado por la bendición, proclamado por los ángeles y ratificado por el Padre celestial? Qué bella pareja forman los dos creyentes que comparten la misma esperanza, el mismo ideal, el mismo modo de vivir, el mismo espíritu de servicio. Los dos hermanos, ambos al servicio del Señor, sin división alguna en la carne y en el espíritu, son, en efecto, dos en una sola carne. Al ser una sola carne son también un solo espíritu: juntos oran, juntos se postran, juntos hacen penitencia; recíprocamente se exhortan y se instruyen, recíprocamente se sostienen. Ambos intervienen en la santa asamblea y juntos participan en la mesa divina. Están unidos en la prueba y en la alegría. Ninguno se esconde del otro, ninguno huye del otro, ninguno es un peso para el otro.

Visitan gustosamente al que está enfermo, ayudan al que lo necesita. Dan con generosidad, se prodigan con sinceridad, atienden a los compromisos diarios con seriedad y nunca están mudos cuando se trata de alabar al Señor. Cristo, que lo ve todo y lo oye todo, se alegra y les envía su paz. Donde están los dos, allí está Cristo; y donde está él, no hay sitio para el maligno (Tertuliano, *A las mujeres*, 2, 6-9).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre*»
(Mt 19,6).

Caminar con la Palabra

Si hay un campo en el que Jesús se muestra riguroso y hasta exigente es precisamente el del amor, aparentemente todavía más exigente de lo que se mostró Moisés antes que él. Añade también una razón contra la que se quebrarían todas las objeciones: «*Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre*». Está claro. El hombre y la mujer que se han comprometido en el amor no lo han hecho solos. En el mismo momento se comprometieron en Dios, porque quien se compromete en el amor se compromete en Dios. Porque Dios es amor. Y eso no puede ser sencillo para nadie, aunque, de hecho, nada es más sencillo. Quien cree verdaderamente en Dios, ha sentido al menos el amor; así, en el amor humano que ha sentido nacer en su corazón, ha conocido algo de Dios. Cuando se ha empezado a conocer a Dios, cuando se ha encontrado un poco de su amor, ya no es posible amar por juego o amar sólo por un tiempo y, después, vivir para ver. Quien ha empezado a amar, ama para siempre y a pesar de todo, a pesar de cualquier fallo que pueda cometer el ser amado, tal como Dios nos ama para siempre, sean cuales sean nuestros fallos.

Amar para siempre. ¿Cómo es posible? ¿No prueba la experiencia lo contrario? Son muchas las parejas que se rompen en los primeros años. Y aun cuando subsista una fidelidad inviolada, ¿puede decirse que el amor verdadero sobrevive para siempre? Tanto para el hombre como para la mujer sería imposible si, al entrar en el amor, no hubieran entrado en Dios. Al entrar en el amor como creyentes, se entra en la vida y en el juego de Dios. Y Dios mismo se convierte en el garante del amor que nos ofrece cada día como regalo, un amor humano en el que su amor está presente como en filigrana. No depende de nosotros salvar nuestro amor. Es Dios quien lo salva y sale garante del mismo.

¿De qué modo salva nuestro amor? Iniciándonos poco a poco en las costumbres de su amor. Ahora bien, es propio de su amor ser entrega y perdón. Dios no lleva cuentas de nuestras caídas. Allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom 5,20). No lleva cuentas de nuestros fallos. No se venga nunca de nuestros golpes bajos, sino que ama siempre más, es decir, perdona... Perdonar significa ser cada vez más fuertes en el amor. Significa también permitir al amor aumentar y hacerse más profundo. Los enamorados que todavía no han tenido nada que perdonarse no se conocen verdaderamente. Están vencidos todavía recíprocamente por una imagen ideal que el uno proyecta sobre el otro: imagen que se relaciona más con las propias necesidades inconscientes que con la realidad del otro. Ahora bien, no podemos amar al otro más que en su realidad. Ser capaz de perdonar significa salir de nosotros mismos, reconocer al otro también con sus defectos, en lo que más nos asemeja, porque también nosotros somos frágiles.

Cimentarse en el amor significa siempre cimentarse en Dios. Esto es verdad por lo que se refiere al matrimonio, pero también es verdad referido a todo amor, en particular para aquellos que han renunciado al matrimonio para vivir en el celibato por el Evangelio. También ellos, aunque de otra forma, se cimientan, se arriesgan, en un amor no menos difícil. No puede haber menos amor en sus vidas, porque Dios no está menos en ellos. Cuanto más esté Dios en una vida, más amor habrá (A. Louf, *Solo l'amore basterà*, Piemme, Casale M. 1987, 174-176).

El joven rico

(Mt 19,16-30)

¹⁶ En cierta ocasión se acercó uno y le preguntó:

–Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para obtener la vida eterna?

¹⁷ Jesús le contestó:

–¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno sólo es bueno. Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

¹⁸ Él le preguntó:

–¿Cuáles?

Jesús contestó:

–No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio; ¹⁹ honra a tu padre y a tu madre, ama a tu prójimo como a ti mismo.

²⁰ El joven le dijo:

–Todo eso ya lo he cumplido. ¿Qué me falta aún?

²¹ Jesús le dijo:

–Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en los cielos. Luego ven y sígueme.

²² Al oír esto, el joven se fue muy triste porque poseía muchos bienes. ²³ Jesús dijo a sus discípulos:

–Os lo aseguro: es difícil que un rico entre en el Reino de los Cielos. ²⁴ Os lo repito: le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios.

²⁵ Al oír esto, los discípulos se quedaron impresionados y dijeron:

–Entonces, ¿quién podrá salvarse?

²⁶ Jesús les miró y les dijo:

–Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible.

²⁷ Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo:

–Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué nos espera?

²⁸ Jesús les contestó:

–Os aseguro que vosotros, los que me habéis seguido, cuando todo se haga nuevo y el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis también en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. ²⁹ Y todo el que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o tierras por mi causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.

³⁰ Hay muchos primeros que serán últimos y muchos últimos que serán primeros.

La Palabra se ilumina

El presente fragmento, dotado de una composición unitaria, tiene como tema central el seguimiento de Cristo y la consiguiente relación con los bienes materiales *en vistas a la vida eterna*, que resulta ser el punto culminante de la perícopa. La pregunta inicial dirigida por el joven a Jesús –«*Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para obtener la vida eterna?*»– la recoge el mismo Jesús en la sentencia del v. 29, que encierra la promesa hecha a los discípulos: «*Y todo el que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o tierras por mi causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna*». Entre la introducción y la conclusión, el discurso está articulado en escenas sucesivas que van ahondando y ampliando el horizonte. La negativa del joven a vender sus bienes permite a Jesús comunicar una enseñanza general sobre el peligro ínsito en las riquezas, siempre en vistas a la vida eterna (vv. 23-26). Sus palabras suscitan dos preguntas diferentes en los discípulos. La primera llena de turbación: «*Entonces, ¿quién podrá sal-*

varse?» (v. 25); en cambio, la segunda –expresada por Pedro– tiene todavía como centro el fin por el que tiene sentido renunciar a las riquezas. Ese fin es la vida eterna, y, todavía antes, una más profunda y auténtica comunión con Dios y con todos los hombres. Para emplear otra expresión presente en el fragmento, el fin es la consecución de la «*perfección*» (v. 21).

Sin embargo, será bueno subrayar que ésta –según una opinión acreditada entre los exégetas– no debe entenderse como la propuesta de un «plus» reservado a un grupo restringido de discípulos. Al contrario, indica simplemente el «cumplimiento», vivir hasta el fondo –sin componendas o medias tintas– según la lógica del Evangelio. Nadie puede «entrar en la vida» manteniendo el corazón apegado a los bienes precederos. La condición para ser verdaderamente libres para Dios es la de seguir a Jesús poniendo sólo en él –y no en las riquezas– nuestra propia confianza. Como ya ha afirmado el evangelista, el Reino de Dios pertenece a los pobres en el espíritu (cf. Mt 5,3), que en su pequeñez y humildad reciben como don de Dios precisamente todo lo que es imposible a las fuerzas humanas: la gracia para resistir al poder seductor de las riquezas. La salvación eterna no es nunca un derecho, ni siquiera para los discípulos que lo han dejado todo para seguir a Jesús; es un don que la bondad divina derrama sobre quien quiere y como quiere (cf. 20,1-16), con el inconfundible estilo de otorgar privilegio a quien menos se lo espera: precisamente a los últimos. Jesús concluye, pues, su enseñanza introduciendo de manera solemne –«*Os aseguro que...*» (v. 28)– la promesa dirigida a los discípulos: ellos –pobres pescadores, publicanos y pecadores– serán asociados a su gloria real en la *regeneración*, es decir, cuando, al final de los tiempos, aparecerá la nueva creación, en donde una vez más serán rebajadas las ambiciones humanas y exaltada la pobreza.

La Palabra me ilumina

«En cierta ocasión se acercó uno...» También hoy nos encontramos –como si de un espejo nítido se tratara– frente a la imagen de aquel joven que de generación en generación seguirá interrogando por nosotros a Jesús sobre lo que tiene que hacer de bueno para «obtener» la vida eterna. He aquí una buena pregunta que debe hacernos reflexionar. ¿Deseamos nosotros la vida eterna? ¿Está dirigido al cielo nuestro corazón? Sin embargo, esta pregunta, que revela un deseo profundo, esconde también una grave incompreensión, que Jesús pone inmediatamente de relieve.

La vida eterna no se «consigue» haciendo algo bueno, sino que se recibe amando al único que es bueno. Se nota en aquel joven la existencia de algo así como una fractura entre deseo y vida. Parece como si nos encontráramos ante un soñador al que le gusta identificarse con el papel del héroe, pero, después, en la práctica, ni siquiera se atreve a levantar la mirada por miedo a cruzar su mirada con la de Jesús y encontrarse, a su pesar, movilizad de verdad en la gran aventura que es la vida cristiana, para la que no se pide otro requisito más que un corazón libre y ardiente, dispuesto a seguir al Señor sin cálculos ni programas.

El joven había preguntado qué debía «hacer»; se le dice que se libere de todo lo que podía «hacer» y se ponga a «seguir», dejando que el mismo Dios «haga» de él lo que quiera, con soberana libertad. El ansia de saber por anticipado todos los pasos que debemos dar supone un gran peligro para la vida espiritual; es un grave riesgo detenerse a calcular los gastos y los intereses a fin de poder decidir si nos conviene o no comprometernos... Si tuviéramos que esperar a ser adecuados para la vocación, nunca podríamos dar el primer paso. «*Entonces, ¿quién podrá salvarse?*». Es imposible para el hombre –haga lo que haga–, pero no para Dios.

He aquí, pues, la invitación a abandonarnos confiados al Dios de lo imposible, capaz de encender en nuestro pequeño corazón la llama ardiente de su amor, venciendo toda resistencia. Se respira un aire de miedo: el gran miedo ante la puerta estrecha, el miedo de pasar por el «*ojo de la aguja*» del no tener seguridades. Así preferimos acallar las preguntas últimas, puestas amorosamente en nuestro corazón por Dios casi como una brújula que, en medio de la espesa niebla de los afanes mundanos, nos indica de una manera decidida la dirección adecuada para llegar a la casa del Padre. Preferimos también renunciar a ser verdaderamente jóvenes, contentándonos con una vida «irreprochable», aunque vieja y cansada, encerrada en la monotonía de unos gestos siempre iguales, o llena de rumor, como para pretender impedir que resuene más agudo en el silencio el eco de la Palabra viva y penetrante, capaz de hacer brotar lágrimas de sincero arrepentimiento.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, Maestro bueno, tú que conoces nuestros más verdaderos deseos, no permitas que los sofoquemos en la búsqueda de lo que nunca podrá satisfacerlos. Penetra con tu mirada en las profundidades de nuestro corazón y derrite como la nieve al sol todo nuestro miedo. Si ves que nos alejamos de ti, no nos abandones a un destino de tristeza, sino repítenos incansablemente tu Palabra para que nos convierta a ti y muéstranos la alegría de vivir en la gratuidad del amor que no hace cálculos, sino que se entrega por completo y lo acoge todo con humilde reconocimiento.

La Palabra en el corazón de los Padres

Después de la muerte de sus padres quedó solo con una única hermana mucho más joven. Tenía entonces

unos dieciocho o veinte años, y tomó cuidado de la casa y de su hermana. Menos de seis meses después de la muerte de sus padres, iba, como de costumbre, de camino hacia la iglesia. Mientras caminaba, iba meditando y reflexionaba cómo los apóstoles lo dejaron todo y siguieron al Salvador (Mt 4,20; 19,27); cómo, según se refiere en los Hechos (4,35-37), la gente vendía lo que tenía y lo ponía a los pies de los apóstoles para su distribución entre los necesitados; y qué grande es la esperanza prometida en los cielos a los que obran así (Ef 1,18; Col 1,5).

Pensando estas cosas, entró a la iglesia. Sucedió que en ese momento se estaba leyendo el evangelio, y se escuchó el pasaje en el que el Señor dice al joven rico: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dáselo a los pobres; luego ven, sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo» (Mt 19,21). Como si Dios le hubiese puesto el recuerdo de los santos y como si la lectura hubiera sido dirigida especialmente a él, Antonio salió inmediatamente de la iglesia y dio la propiedad que tenía de sus antepasados: 80 hectáreas, tierra muy fértil y muy hermosa. No quiso que ni él ni su hermana tuvieran ya nada que ver con ella. Vendió todo lo demás, los bienes muebles que poseía, y entregó a los pobres la considerable suma recibida, dejando sólo un poco para su hermana.

Pero de nuevo entró en la iglesia y escuchó aquella palabra del Señor en el evangelio: «No os preocupéis por el mañana» (Mt 6,34). No pudo soportar mayor espera, sino que fue y distribuyó a los pobres también esto último. Colocó a su hermana donde vírgenes conocidas y de confianza, entregándosela para que fuese educada. Entonces él mismo dedico todo su tiempo a la vida ascética, atento a sí mismo, cerca de su propia casa. No existían aún tantas celdas monacales en Egipto, y ningún monje conocía siquiera el lejano desierto. Todo el que quería enfrentarse consigo mismo sirvien-

do a Cristo, practicaba la vida ascética solo, no lejos de su aldea.

Por aquel tiempo había en la aldea vecina un anciano que desde su juventud llevaba una vida ascética en soledad. Cuando Antonio lo vio, «tuvo celo por el bien» (Gál 4,18) y se estableció inmediatamente en la vecindad de la ciudad. Desde entonces, cuando oía que en alguna parte había un alma que se esforzaba, se iba, como sabia abeja, a buscarla y no volvía sin haberla visto; sólo regresaba después de haber recibido, por decirlo así, provisiones para su jornada de virtud.

Ahí, pues, pasó el tiempo de su iniciación y afirmó su determinación de no volver más a la casa de sus padres ni de pensar en sus parientes, sino de dedicar todas sus inclinaciones y energías a la práctica continua de la vida ascética. Hacía trabajo manual, pues había oído que «el que no quiere trabajar tampoco tiene derecho a comer» (2 Tes 3,10). De sus entradas guardaba algo para su manutención y el resto lo daba a los pobres. Oraba constantemente, habiendo aprendido que debemos orar en privado (Mt 6,6) sin cesar (Lc 18,1; 21,36; 1 Tes 5,17). Además, estaba tan atento a la lectura de la Escritura que nada se le escapaba: retenía todo, y así su memoria le servía en lugar de libros (Atanasio, *Vida de san Antonio*, 2-4).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en los cielos» (Mt 19,21).

Caminar con la Palabra

¿Qué es un deseo? Puede ser un simple voto, pero también puede llegar a dominar la vida de una persona. Semejantes de-

seos plasman la vida. Con todo, lo que deseamos de hecho puede ser muy diferente de lo que creemos que debemos desear. Podemos aspirar a tener un determinado deseo, como amar la verdad o a Dios, pero, al mismo tiempo, podemos ser conscientes de que esto es, en realidad, poco más que un voto en nuestra vida, mientras que otros deseos hacen presa en nosotros con una fuerza que nos ata. Hay vínculos poderosos que pueden tomar el control sobre nosotros en lo que se refiere a nuestro trabajo, a la familia, a la religión, al dinero, a las artes, a la diversión, al ordenador, etc. Ninguna de estas realidades es un mal en sí misma, pero todos sabemos cómo nos sentimos al ser presa de un deseo que nos absorbe hasta el punto de que, contrariamente a todo nuestro sano criterio de juicio, comenzamos a organizar en torno a él toda nuestra vida.

Los deseos requieren una atención esmerada y sabia, inteligencia y educación. Frente a tal situación, las personas con sentido común buscan, generalmente, el «equilibrio». Sin embargo, no basta. Es como si percibiéramos que, en cierto modo, hemos sido hechos precisamente para el exceso.

Hay dos verdades cristianas grandes y sencillas respecto al deseo. La primera es que Dios nos desea. Tal vez sea ésta, entre todas, la verdad más difícil de aferrar. ¿Nos despertamos cada mañana asombrados de que Dios nos ame, conscientes de que ésta es la fuente suprema de toda delicia, de la dignidad y del valor que tenemos? ¿Dejamos que nuestra jornada se plasme por el deseo de Dios de entrar en relación con nosotros? ¿Estamos habituados a considerarnos a nosotros mismos, a los otros y la creación a la luz del deseo que Dios alimenta, es decir, de que todos nosotros podemos florecer? ¿Deseamos, simplemente, gozar de Dios? En verdad, es amar a Dios lo que da armonía a todos los otros deseos. Éste es el gran deseo, capaz de plasmar toda nuestra vida.

La segunda gran verdad cristiana respecto al deseo es que todos estamos invitados a desear lo que Dios desea... Pero cuidado: Dios tiende a tomarnos más en serio (y alegremente) de lo que nos tomamos nosotros mismos. Al plantear tímidamente los grandes interrogantes sobre el significado y la forma de nuestra vida, es probable que encontremos respuestas que superan por completo nuestra imaginación. Es muy común encon-

trarnos reflexionando en un segundo momento –cuando una vida que parecía relativamente administrable ha conocido el multiforme exceso de Dios– cómo en realidad no teníamos la menor idea de aquello en que nos estábamos adentrando (D. F. Ford, *Dare forma alla vita*, Qiqajon, Magnano 2003, 59ss, *passim*).

Los obreros de la última hora

(Mt 20,1-16)

¹ Por eso, con el Reino de los Cielos sucede lo que con el dueño de una finca que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña. ² Después de contratar a los obreros por un denario al día, los envió a su viña. ³ Salió a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo ⁴ y les dijo: «Id también vosotros a la viña y os daré lo que sea justo». ⁵ Ellos fueron. Salió de nuevo a mediodía y a primera hora de la tarde e hizo lo mismo. ⁶ Salió por fin a media tarde, encontró a otros que estaban sin trabajo y les dijo: «¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?». ⁷ Le contestaron: «Porque nadie nos ha contratado». Él les dijo: «Id también vosotros a la viña». ⁸ Al atardecer, el dueño de la viña dijo a su administrador: «Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros». ⁹ Vinieron los de media tarde y cobraron un denario cada uno. ¹⁰ Cuando llegaron los primeros, pensaban que cobrarían más, pero también ellos cobraron un denario cada uno. ¹¹ Al recibirlo, se quejaban del dueño ¹² diciendo: «Estos últimos han trabajado sólo un rato y les has pagado igual que a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor». ¹³ Pero él respondió a uno de ellos: «Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No quedamos en un denario? ¹⁴ Toma lo tuyo y vete. Si yo quiero dar a este último lo mismo que a ti, ¹⁵ ¿no puedo hacer lo que quiera con lo mío? ¿O es que tienes envidia porque yo soy bueno?». ¹⁶ Así los últimos serán primeros, y los primeros, últimos.

La Palabra se ilumina

Al responder a Pedro, que le había preguntado lo que recibirá el que lo deja todo para seguirle, había dicho

Jesús: «Y todo el que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o tierras por mi causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna» (Mt 19,29). La palabra de los obreros enviados a trabajar en la viña –propia de Mateo– se conecta idealmente con esa enseñanza y le da una mayor hondura. Lo que da el Señor nunca debe ser considerado como un «derecho» adquirido por nuestras prestaciones, sino siempre como un don gratuito de la bondad divina y, como tal, no puede ser «juzgado», sino sólo acogido o rechazado. En consecuencia, para poder entrar en relación con Dios, es necesario –como ya advirtió Jesús al comienzo de su predicación– un cambio de mentalidad, o conversión, pues de otro modo nos arriesgamos al escándalo.

El acento principal de la parábola, que retoma la imagen de la viña –símbolo de Israel en la tradición bíblica–, está puesto en la bondad desmesurada –y por eso incomprendida– de Dios, que acoge, en Cristo, a los últimos llegados al Reino de Dios, es decir, a los paganos y a los pecadores convertidos, y les ofrece el mismo trato reservado a los primeros llamados. En esta página podemos leer en filigrana la situación de la comunidad judeocristiana de Mateo, en la que confluían paganos y pecadores, con gran escándalo del judaísmo rabínico contemporáneo. Más allá del dato histórico, estamos ante una situación que –en diferentes aspectos– se repite cada vez que prevalece entre los miembros de un grupo «la envidia» (v. 15), es decir, cuando deja que se apoderen de ella los celos amargos y la «cólera» ante la liberalidad de Dios, considerando injusto lo que, sin embargo, es fruto del amor más grande.

No por casualidad, inmediatamente después de la parábola se encuentra el tercer anuncio de la pasión (vv. 17-19): Jesús es rechazado por quien no acepta la revelación del amor del Padre. Él se acerca a todos los hombres y llama a cada uno para trabajar en su viña. Sin embargo, sólo los «pequeños» son capaces de gozar

de esta llamada, porque no miden la bondad de Dios con los patrones de la justicia humana, sino que aceptan, con un corazón sencillo, la gratuidad del don que Jesús nos ha traído. La Iglesia, en la medida en que está abierta a acoger a los últimos –más aún, a buscarlos sin pausa a todas las horas del día y en cada rincón de la tierra–, se revela como «consorte» de Cristo, como aquella en quien se cumplen las promesas hechas a los primeros, es decir, a Israel, aunque estaban dirigidas en realidad a todos los hombres.

La Palabra me ilumina

Si el dueño de la parábola hubiera pagado a los obreros empezando por los primeros que llamó para trabajar en la viña, éstos se habrían marchado sin quejarse, satisfechos con la paga, y los últimos habrían gozado sin ser molestados por la liberalidad del generoso patrón. ¿A qué viene entonces la provocación que supone mostrar el incomprensible saldo que nos hace estremecernos cada vez? Jesús, al revelarnos el rostro de un Dios que es Padre misericordioso, nos invita a salir de nuestro mezquino egoísmo para entrar en una dimensión donde el cálculo cede su puesto a la gratuidad. Así es, en efecto, «nuestro Padre, que está en los cielos»: un misterio de amor que siempre nos sorprende y nos invita a superarlos. Aun conociendo bien el Evangelio, nos sucede con excesiva frecuencia en la práctica que estamos apegados a un concepto de presunta «justicia» que, en realidad, no es otra cosa más que injusticia camuflada e indiferencia con los marginados.

¿Por qué en vez de quejarse del salario no sintieron más bien los «primeros» la exigencia de dar las gracias por haber sido llamados enseguida al trabajo, sin verse obligados a vivir la penosa espera que fácilmente hace caer a las personas paradas en la incomodidad o en la desesperación? Haber sido llamados por Dios no es, por

otra parte, asumir un «trabajo duro», sino una invitación a prestar un servicio que lleva ya en sí mismo –como el amor– su recompensa. ¿Y cuál es, a fin de cuentas, esta recompensa, sino entrar precisamente en una comunión plena con el mismo Dios, que se entrega por completo a todos? Así las cosas, son imposibles las diferencias, es imposible tanto el más como el menos... Eso es lo que comprendieron los santos, que aprendieron la gran lección ofrecida por Jesús, que vino a morir de amor para que nadie quede excluido de la medida colmada y rebosante de un amor gratuito que nos hace descubrir a cada uno que somos amados eternamente con un amor de ternura y predilección.

La Palabra se convierte en oración

Henos aquí ante ti, oh Padre, todos nosotros, obreros llamados a trabajar en tu viña. Haz que aceptemos con alegría el sitio que has dispuesto para nosotros. Ten piedad de nosotros por todas la veces que, llenos de envidia y de celo maligno, hemos murmurado contra ti, incapaces de gozar del bien de nuestros hermanos. Haz que aprendamos a conocer la anchura, la altura y la profundidad de tu desmesurado amor, que sabe inclinarse para acoger precisamente a los últimos, a los pobres y a los pecadores para colmarlos de tu alegría eterna.

La Palabra en el corazón de los Padres

A ti, Señor, se dirigen mis ojos y a ti están dirigidos siempre. A ti, en ti y a través de ti se orientan todos los anhelos de mi alma; cuando, después, declinan mis fuerzas interiores –que son nada–, que te anhelan mis mismas caídas, que te anhelan mis abandonos. Pero, entre tanto, ¿hasta cuándo me harás esperar? ¿Durante cuánto tiempo obligarás todavía a mi alma miserable, atormentada, abrasada de sed, hasta cuándo la obliga-

rás a arrastrarse en tu busca? Escóndeme, te lo suplico, al amparo de tu rostro, lejos de las intrigas del mundo; ponme en sitio seguro en tu tienda, lejos de la riña de las lenguas (cf. Sal 30,21). Pero he aquí que el asno de mi cuerpo se pone a rebuznar, y los muchos –es decir, la razón y la inteligencia– arman un gran alboroto.

Ahora, pues, Señor, te venero con plena confianza, Dios, principio único de todas las cosas, sabiduría gracias a la cual es sabia toda alma sabia; don gracias al cual son bienaventuradas todas las cosas bienaventuradas. A ti, Dios único, te venero, te adoro, te bendigo; a ti te amo o amo amar; te deseo con todo mi corazón, con toda mi mente, con toda mi fuerza. Sé que todos los ángeles o los espíritus buenos que te aman me aman a mí también. Sé que todos los que permanecen en ti y están en condiciones de escuchar las plegarias y los impulsos del hombre me escuchan en ti, así como también yo canto en ti con alegría su gloria. Todos los que encuentran su bien en ti, me dan en ti su ayuda, y no pueden estar celosos de mi comunión contigo: sólo es propio del espíritu malo convertir nuestra miseria en su alegría y nuestro bien en su derrota.

Oh Dios, por el cual, a través del cual y en el cual existimos, del que nos alejamos con el pecado, pero que no permites nuestra perdición. Tú, principio al que volvemos, forma que seguimos, gracia por la que nos reconciliamos, te adoramos y te bendecimos. A ti la gloria por los siglos. Amén (Guillermo de Saint-Thierry, *Contemplazione di Dio*, V, Qiqajon, Magnano 1985, 39s, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Los últimos serán primeros, y los primeros, últimos» (Mt 20,16).

Caminar con la Palabra

Los obreros de la primera hora trabajaron, ciertamente, todo el día, pero estaban seguros desde la mañana temprano de que aquélla iba a ser una buena jornada, una jornada empleada bien, fructuosa, con un sentido, a diferencia de los otros, que tuvieron que esperar el ocaso del sol a fin de que su jornada pudiera tener un sentido, pudiera aliviarse del envilecimiento: «¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?». Le contestaron: «Porque nadie nos ha contratado». A cada hombre un denario; a todos la moneda que rescata de la injusticia, del envilecimiento, de la inutilidad, la jornada de la vida. Más allá de la justicia están la caridad, la bondad: «¿O es que tienes envidia porque yo soy bueno?».

El hecho de ser llamados desde la mañana temprano a dar un sentido a nuestra propia jornada es ya un don; saber el motivo por el que soportamos el peso de la jornada es ya un don.

«Toma lo tuyo y vete». No hay palabra de la Biblia más espantosa que esta orden. ¿Qué puedo tomar que sea mío y no de Dios? ¿Adónde voy? ¿Dónde puedo cercar un terreno en el que Dios no tenga como mínimo derecho de paso? «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué presumes como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4,7).

«Toma lo tuyo y vete». ¿Qué es mío? El denario, puesto que había trabajado todo el día, es mío, pero ¿cómo es mía la mano que lo coge? ¿Cómo soy yo «mío»? Y en el lugar adonde voy y que puedo llamar mío, ¿qué hay sino la nada?

«Toma lo tuyo y vete». Escribió el obispo Fenelón (1651-1715): «No había nada en mí que precediera a sus dones. El primero de ellos, que fue el fundamento de todos los otros, es lo que llamo "yo mismo". Le debo no sólo todo lo que tengo, sino también todo lo que soy. Este Dios que me ha hecho, me ha dado lo que soy... Todo es don: el que recibe los dones es él mismo el primer don recibido» (A. S. Bessone, *Prediche della domenica. Anno A*, Litografia Selva, Vigliano Biellese 1993, 311-315, *passim*).

Tercer anuncio de la pasión; ambiciones y servicio

(Mt 20,17-28)

¹⁷ Cuando Jesús subía a Jerusalén, tomó consigo a los doce discípulos aparte y les dijo por el camino:

¹⁸ –Mirad, estamos subiendo a Jerusalén. Allí el Hijo del hombre va a ser entregado a los jefes de los sacerdotes y maestros de la ley, que lo condenarán a muerte ¹⁹ y lo entregarán a los paganos para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen, pero al tercer día resucitará.

²⁰ Entonces, la madre de los Zebedeos se acercó a Jesús con sus hijos y se arrodilló para pedirle un favor.

²¹ Él le preguntó:

–¿Qué quieres?

Ella contestó:

–Manda que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda cuando tú reines.

²² Jesús respondió:

–No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber?

Ellos dijeron:

–Sí, podemos.

²³ Jesús les respondió:

–Beberéis mi copa, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes lo ha reservado mi Padre.

²⁴ Al oír esto, los otros diez se indignaron contra los dos hermanos. ²⁵ Pero Jesús los llamó y les dijo:

–Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que los magnates las oprimen. ²⁶ No ha de ser así

entre vosotros. El que quiera ser importante entre vosotros, sea vuestro servidor,²⁷ y el que quiera ser el primero, sea vuestro esclavo,²⁸ de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos.

La Palabra se ilumina

Jesús, muy consciente de que su «hora» está a punto de llegar, se encamina hacia Jerusalén y, mientras sube hacia la ciudad santa, toma aparte a los Doce y les habla de lo que le espera para precaverlos contra el escándalo de la cruz. Esta tercera predicción de la pasión se presenta más precisa y detallada respecto a las dos precedentes; en efecto, Jesús declara aquí abiertamente que será condenado a la «crucifixión» (cf. v. 19). Dibuja con sus mismas palabras su rostro de Mesías con los rasgos del Siervo sufriente.

Los discípulos, en vez de sentirse implicados por el anuncio del Maestro, se preocupan por acaparar los primeros puestos en el Reino mesiánico, cuya inauguración consideran inminente. Y tal vez se deba sólo al respeto que Mateo siente por Santiago y Juan el hecho de que ponga en labios de su madre –y no en sus mismos labios, como ocurre en Mc 10,35-37– la petición de sentarse a la derecha y a la izquierda de Cristo. Tampoco la afirmación de Jesús –«*No sabéis lo que pedís*» (v. 22a)– y la pregunta que sigue –«*¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber?*» (v. 22b)– son suficientes para iluminar a los dos hijos de Zebedeo, cegados por la búsqueda de una gloria mundana. Sin embargo, la expresión bíblica empleada por Jesús –«*beber la copa de amargura*»– debía ser para ellos por lo menos elocuente para indicar que Jesús se estaba encaminando hacia un destino de sufrimiento y de muerte, Cordero inocente que carga sobre sí el castigo reservado a los pecadores (cf. Jr 25,15; 49,12; Is 51,17; Sal 75,9).

Frente a la indignación de los otros discípulos, igualmente codiciosos de poder, Jesús, con una paciencia infinita, reúne una vez más a los Doce a su alrededor y –ahora en la víspera de su pasión– vuelve a empezar desde el principio su enseñanza. Los que quieran seguirle deben estar dispuestos a abrazar un modo de vida contrapuesto por completo al que propone el mundo como modelo ideal para seguir. La dominación romana –a la que estaba sometido Israel– constituía un ejemplo concreto del despotismo de los grandes, que –ironía de la suerte– exigían ser llamados «benefactores» (cf. Lc 22,25); para los discípulos de Jesús, por el contrario, «mandar» debe significar «servir», porque la verdadera grandeza se encuentra en la humildad, no en el poder; se encuentra en la entrega, no en el dominio. El Hijo del hombre ha venido, en efecto, como Siervo sufriente para rescatar a la humanidad; ha ofrecido su vida «en favor» de las multitudes, es decir, de todos, para expiar los pecados que hacían a los hombres esclavos de Satanás. Al proceder de este modo, nos ha dejado un ejemplo para que sigamos sus huellas (cf. Jn 13,15; 1 Pe 2,21).

La Palabra me ilumina

Precisamente en el momento en que Jesús comparte su secreto de amor con los discípulos, anunciándoles su muerte inminente, ellos muestran tener en su corazón unas preocupaciones completamente distintas. Qué dolor representó, ciertamente, para Jesús darse cuenta de que estaba tan solo –casi un anticipo de la soledad del Getsemaní–, pero qué dolor debió suponer también para los discípulos darse cuenta de lo lejos que estaban de los pensamientos de su Maestro. ¿Y nosotros? ¿Cuáles son nuestros sentimientos cuando sentimos acercarse la hora de la «prueba»? ¿Cuáles son nuestros pensamientos habituales sobre el sentido de la vida? ¿A qué

aspiramos? ¿Cuáles son nuestras expectativas y nuestras secretas aspiraciones? Jesús, que nos habla a través del evangelio, nos invita a seguirle por la vía del amor humilde, de la pobreza, del don y de la pérdida de nosotros mismos en favor de los otros. El mundo nos propone la búsqueda de la gloria clamorosa, del éxito, del poder, sin importarle el daño que puedan sufrir los otros... Nos hallamos siempre frente al encuentro-desencuentro entre dos lógicas: la del amor, que quiere servir hasta dejarse aniquilar, y la del egoísmo, que somete a los otros poniéndolos a nuestros propios pies. ¿En qué parte nos encontramos? Hemos oído repetir, ciertamente, mil veces –y tal vez hasta lo hayamos dicho o predicado– que la verdadera grandeza está en el servir, y, probablemente, también nos mostremos deseosos de convertir nuestra vida en un servicio a Dios y a los hermanos.

Ahora bien, ¿hemos valorado suficientemente la poderosa atracción que ejerce sobre todos –también sobre nosotros– el espíritu mundano que nos rodea y penetra en nosotros? ¿Qué defensas levantamos constantemente para ser fuertes contra las sutiles tentaciones que nos impulsan desde todas partes a vivir no según el Evangelio, sino según el mundo, es decir, de una manera egoísta e idolátrica? ¿Pedimos al Señor que nos convierta en verdaderos cristianos, en santos?

Las llamadas del Señor encuentran en nosotros a menudo más resistencia que adhesión. Jesús nos llama cada día a seguirle más cerca con una vida enteramente entregada a los otros, y permanece ahí, en espera silenciosa, mirándonos desde lo alto de la cruz. Su silencio grita a nuestro corazón. Será precisamente la toma de conciencia del abismo que existe entre nuestro deseo más profundo y lo concreto de nuestras opciones lo que abra en nosotros la vía a la oración. Sólo la invocación humilde e incesante podrá obtenernos del Señor, efectivamente, la gracia de entrar en su miste-

riosa lógica de amor, tan diferente de nuestra búsqueda del humano bienestar. Beber con fe su cáliz en la mesa eucarística irá transformando poco a poco nuestro sentir hasta hacernos capaces –por pura gracia– del verdadero y único amor que es capaz de perderse para encontrarse.

La Palabra se convierte en oración

Purifica, Señor, nuestro corazón y vence, con la fuerza de tu Espíritu, toda resistencia, a fin de que podamos corresponder al deseo de bien que has puesto en nosotros desde el primer momento de nuestra creación. Que tu gracia nos sostenga y nos ilumine, para que –renunciando generosamente a toda lisonja mundana– sepamos elegir siempre lo que a ti te agrada, que es lo único que puede hacernos verdaderamente felices. Que nunca nos espante el trabajo que debemos realizar, que no nos desanime la incomprensión que podamos encontrar, que no nos seduzca nuestro mismo pecado. A pesar de nuestras múltiples contradicciones, haznos capaces de ese amor humilde que sabe dar su propia vida para el bien de sus hermanos. Enséñanos a reinar contigo poniéndonos al servicio de todos, hasta el día en que tú mismo nos servirás en el banquete del Reino, donde nos sentaremos con todos los que –por don tuyo– habremos tenido el honor de servir en esta tierra.

La Palabra en el corazón de los Padres

El Señor, deseando sanar las heridas de nuestra soberbia, «*aun siendo de naturaleza divina*», una vez recibida la forma de hombre, «*se humilló haciéndose obediente hasta la muerte*» (cf. Flp 2,6-8), y así nos amonestó también a nosotros para que, si queremos llegar a la cumbre de la verdadera altura, emprendamos la vía de la humildad; nos exhortó a que, si queremos ver la

verdadera vida, soportemos con paciencia las adversidades del mundo presente hasta la muerte. Por eso, cuando los hijos de Zebedeo piden la sede del Reino, enseguida les llama a beber su cáliz, es decir, a imitar la agonía de su pasión, para que recuerden que no se puede llegar a la cumbre del cielo más que a través de las asperezas y las bajezas de la tierra.

«¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?». Llama cáliz a la amargura de la pasión. Quien lo acepte por Cristo con humildad, paciencia y alegría con razón reinará con él. Así pues, dado que los hijos de Zebedeo deseaban sentarse junto con él, les exhorta a seguir su pasión para alcanzar, finalmente, la cumbre de la anhelada majestad.

Ellos responden: «*Lo podemos*». Manifestaban con sencillez al Señor su voluntad y su devoción, aunque después mostrarían de manera evidente su debilidad cuando, llegado el momento de beber el mismo cáliz que el Señor, también ellos, como los otros discípulos, «*le abandonaron y huyeron*». Ahora bien, el temor a beber ese cáliz no oprimió durante mucho tiempo su corazón, sino que, aunque habían huido durante la pasión, cuando Jesús resucitó volvieron enseguida, se corrigieron y, recibida la gracia del Espíritu, tuvieron el valor necesario para beber el cáliz del Señor durante todo el tiempo que siguió a partir de entonces.

También nosotros, hermanos queridísimos, aunque sin sufrir cadenas, heridas y persecuciones, podemos recibir, a pesar de todo, el cáliz de la salvación y obtener la palma del martirio si adquirimos la costumbre de suplicar al Señor con espíritu de humildad y ánimo contrito, si nos esforzamos en soportar con serenidad las ofensas del prójimo, si gozamos con beneficiar y orar por la vida y la salvación de todos los que nos odian y maltratan. Si ofrecemos de este modo nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (cf. Rom 12,1),

por condescendencia del cielo se nos recompensará con la misma gloria de los que han muerto por el Señor (Beda el Venerable, *Omellie sul Vangelo*, II, 21, Città Nuova, Roma 1990, 465ss, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El que quiera ser el primero, sea vuestro esclavo*» (Mt 20,27).

Caminar con la Palabra

También nosotros somos hijos de Zebedeo. Somos también como Juan y Santiago, que piden ser los primeros, que piden a quien tenga poder que les haga surgir de la prisión del anonimato, ser alguien. Todos somos hijos de Zebedeo en busca de puestos de prestigio y todos esperamos ser estimados, admirados, aplaudidos, más que ser justos y bondadosos; preferimos ser hombres de primeros puestos antes que hombres de las bienaventuranzas.

En cuanto se constituye un grupo, en cuanto se reúnen dos o tres, inmediatamente se plantea la pregunta: «¿Quién es el primero?», y es preciso ajustar las cuentas con esta ansia, con esta voluntad de poder.

Los discípulos entran en un conflicto de poder. Nosotros, a nuestra vez, entramos en conflicto con la vida para emerger. Todos tenemos necesidad de estima y de aprecio para dar lo mejor de nosotros mismos. Pero aquí Jesús toca una cuerda más profunda y más oscura de nuestro corazón: necesitamos imponernos, seducidos, como Santiago y Juan, por el amor al poder.

«*Quien quiera ser el primero*», dice Jesús, y no condena la ambición de tener éxito. Nosotros debemos tener éxito en la vida. Pero él le da un vuelco al camino. El poder se adquiere con la debilidad. El poder viene del servicio. El primer puesto se conquista con la cruz, con la entrega. Lo que cuenta para los primeros puestos en el Reino es la capacidad de acercar los labios a la copa de Jesús y ser bautizados en la sangre de su cruz.

Es la copa de la vida entregada, de la vida recuperada. Es la copa del grano de trigo que se anula porque cree en la vida que renace de la oscuridad de la tierra y de la muerte. Es la copa de quien ama sin esperar premio, de quien ama hasta perderse, de quien ama el primero (E. M. Ronchi, *Ha fatto risplendere la vita*, Gorle – Bérgamo 2003, 240-243, *passim*).

Los dos ciegos de Jericó (Mt 20,29-34)

²⁹ Al salir ellos de Jericó, le siguió mucha gente. ³⁰ Y dos ciegos que estaban sentados junto al camino, al oír que Jesús pasaba, gritaron:

–¡Señor, hijo de David, ten compasión de nosotros!

³¹ La gente les decía que se callaran, pero ellos gritaban todavía más fuerte diciendo:

–¡Señor, hijo de David, ten compasión de nosotros!

³² Jesús se detuvo, los llamó y les preguntó:

–¿Qué queréis que haga por vosotros?

³³ Ellos contestaron:

–¡Señor, que se abran nuestros ojos!

³⁴ Jesús, compadecido, tocó sus ojos y al instante recobraron la vista y le siguieron.

La Palabra se ilumina

El tema de la ceguera como símbolo de la condición humana se repite más veces en el evangelio según Mateo. En este episodio, el señorío de Cristo, en camino hacia Jerusalén, donde sufrirá la muerte infamante en la cruz, es reconocido y proclamado por *dos* ciegos, esto es, el número mínimo indispensable para dar testimonio de manera válida. Su demanda de *salvación* –«¡Señor, que se abran nuestros ojos!» (v. 33)– tiene lugar mediante el uso de una fórmula que refleja el lenguaje

litúrgico propio de la comunidad de Mateo. En efecto, el Mesías era esperado originariamente como alguien que curaría a los enfermos, en particular a los ciegos (cf. Is 61,1s). Esta prerrogativa había quedado oscurecida después por la imagen de un Mesías político, dispuesto a aplastar a los enemigos de Israel. Por eso la muchedumbre, entusiasmada por los signos que realizaba Jesús, intenta hacer callar a los dos ciegos, a fin de que con su inoportuna insistencia no detengan el camino del hijo de David hacia su «ciudad». Sin embargo, Jesús se detiene para ayudar, para *servir* (v. 28). El texto evangélico subraya en este pasaje, más que el grito de los enfermos, el poder de Jesús, que, yendo contracorriente, se inclina sobre los menesterosos y oye de inmediato su petición, que expresa al mismo tiempo su situación de indignidad y su fe.

Jesús se revela como alguien que no busca el aplauso de la gente, que no se preocupa por adquirir o perder el favor de la muchedumbre, sino que como el Mesías bueno y compasivo, conmovido por los sufrimientos ajenos, libra a los hombres de sus enfermedades. La más grave es precisamente la simbolizada por la ceguera física, o sea, el no «ver» a Jesús, el no reconocer en él al Salvador. Sin embargo, cuando se abren los ojos de los ciegos, al primer milagro le sigue otro todavía mayor: éstos, curados, se ponen a seguir a Jesús, para subir con él hasta el Gólgota, hasta compartir su suerte, convirtiéndose así de salvados en cooperadores de la salvación.

La Palabra me ilumina

«*Si estuviéseris ciegos –ha dicho Jesús–, no seríais culpables, pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece*» (Jn 9,41). Para nuestro camino de conversión es importante dejarnos iluminar por la Palabra del Evangelio, de manera que nos pongamos ante la verdad de

nuestra pequeñez y miseria ante nuestro Salvador. Si humildemente nos reconocemos ciegos y expresamos con fe nuestro deseo de recibir una mirada nueva sobre la realidad, sobre nosotros mismos, sobre los otros y sobre el mismo Dios, nuestra oración no quedará, a buen seguro, defraudada.

En efecto, Jesús está aquí y ahora, resucitado y glorioso, dispuesto a preguntarnos también a nosotros: «¿Qué quieres que haga por ti?». Éste es el insondable misterio de nuestro Salvador: después de subir a la derecha del Padre, no está lejos de nosotros, envuelto en su gloria, sino que se queda con nosotros hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). Si le invocamos, se inclina hacia nosotros y nos pregunta con una humildad infinita en qué puede servirnos.

Él es precisamente el Siervo bondadoso y sufriente que ha venido a hacerse cargo de nuestras enfermedades para darnos a cambio a sí mismo, Luz verdadera que ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9). A su luz vemos la luz: escuchando y poniendo en práctica su Palabra, todo lo que parecía duro e incomprensible –como el misterio del dolor, por ejemplo– se encuentra insertado en un misterioso designio de salvación; todo lo que parecía imposible –una misión que se nos había encargado, la obediencia, la superación de las dificultades interiores– se vuelve de repente no sólo posible, sino algo sencillo y fácil. Jesús ha venido entre nosotros para que ya nadie esté ciego. Y así está el que no sabe que es amado, el que ignora que tiene un destino eterno, que es un ser único y precioso para Dios.

Sólo el que ama puede ver, porque, en verdad –como decía Antoine de Saint-Exupéry–, «sólo se ve bien con el corazón». Jesús nos cura sanándonos a fondo, ofreciéndonos siempre su perdón, a fin de que, purificados de las tinieblas del pecado, podamos experimentar, como él, compasión por los sufrimientos de los otros y vaya-

mos, con él, al lugar donde el Padre nos llama a realizar su voluntad para bien de todos los hermanos, hasta que lleguemos todos juntos a contemplar en la gloria, ya sin velos –los velos de la fe y de las lágrimas– el rostro que encierra toda belleza: Jesús, esplendor del Padre.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, Luz de Luz, ten piedad de nosotros, que te imploramos. Sin ti, vagamos como ciegos ignoros de que están sumergidos en las tinieblas, encerrados en la tristeza de una vida sin sentido; sugiérenos siempre al corazón la palabra verdadera que ilumine nuestras mentes y revigore nuestro espíritu. Renueva cada mañana nuestra mirada, para que el esplendor de lo creado sea para nosotros presagio de la gloria celestial y, sobre todo, para que seamos capaces de acercarnos a nuestros hermanos como a iconos vivientes de ti, nuestro amado Salvador, que por nosotros padeciste el mayor dolor. Conviértenos en un reflejo de tu luz para alegría de todos.

La Palabra en el corazón de los Padres

Gloria a la inefable compasión y a la inexpressable misericordia de nuestro Señor. El enemigo se las arregló en el tiempo de la transgresión de Adán para herir al hombre interior y cegarle el corazón que la guía y le hace ver a Dios. Desde entonces sus ojos se volvieron al mal y a las pasiones, impedidos para ver los bienes celestiales.

Estaba herido tan gravemente que nadie podía curarle, a no ser el mismo Señor. Sólo él podía hacerlo. Él mismo vino y quitó el pecado del mundo. Él solo llevó a cabo la gran y salvífica redención y curación del alma. La liberó de la esclavitud, la sacó de las tinieblas, la glorificó con su luz, secó en ella la fuente de los

pensamientos impuros. Los remedios terrestres del alma, es decir, únicamente sus obras de justicia, no estaban en condiciones de sanarla y de curarla, pero gracias a la naturaleza divina y celestial del don del Espíritu Santo, sólo gracias a este remedio, pudo recibir el hombre la curación y llegar a la vida, puesto que su corazón había sido purificado.

Como aquel ciego, aunque no podía caminar e ir junto al Señor porque no veía, elevó un grito con voz más fuerte que la de los ángeles –dijo, en efecto: «*Hijo de David, ten piedad de mí*» (Lc 18,38)– y con esa fe obtuvo la curación porque el Señor fue a él y le restituyó la vista, así el alma, aunque está llena de heridas, de pasiones ignominiosas, aunque está cegada por la tiniebla del pecado, tiene, sin embargo, la voluntad necesaria para gritar y clamar a Jesús, a fin de que venga él mismo y le conceda la redención eterna.

Si el ciego no hubiera gritado, si la hemorroísa no se hubiera acercado al Señor, no habrían recibido la curación; así, si alguien no se acerca al Señor con toda su voluntad y con firme resolución y no suplica con la plena certeza de la fe, no obtiene la curación... Tengamos, por consiguiente, fe y acerquémonos a él de verdad para que obre de inmediato la curación en nosotros. Ha prometido, en efecto, conceder el Espíritu Santo a los que se lo pidan (cf. Lc 11,13), abrir a los que llaman, dejarse encontrar por los que le buscan (cf. Lc 11,9s), y no es mendaz *aquel que ha prometido* (Heb 10,23). A él la gloria y el poder por los siglos. Amén (Pseudo-Macario, *Spiritu e fuoco. Omelie spirituali*, XX, 3-8. Qiqajon, Magnano 1995, 249-251, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«¡Señor, que se abran nuestros ojos!» (Mt 20,33).

Caminar con la Palabra

El hoy en el que vivimos y del que formamos parte está intoxicado de un montón de egoísmo y aidez por las cosas. Y sólo el don de la sabiduría puede hacernos comprender el verdadero sentido de la vida y del amor de Dios.

Necesitamos curar nuestros ojos, «virginizarlos» mirando a Dios, poniendo por delante de todo nuestro «sí» a su amor. Sólo reconociéndonos como hijos y abriéndonos a Dios Padre nos realizaremos verdaderamente y alcanzaremos el auténtico bienestar, el que todos buscan y nos hace sentir cómo, a pesar de las dificultades y las situaciones no fáciles, a pesar de su carácter repetitivo, la vida tiene sentido, es don. Entonces las cruces y las preocupaciones se afrontan y se viven bajo una luz muy diferente, muy purificada.

Tú necesitas amar y dar amor. Necesitas sentirte amado, debes cambiar. El amor de Dios te cambia. Naciste por amor y para amar. Es difícil vivir esta verdad en el mundo envenenado y vulgar en el que vivimos; por eso tenemos necesidad de purificar nuestros ojos mirando a Jesús en la cruz. Dios no nos ha creado estáticos, inmóviles, sino en movimiento: nos transforma, nos hace crecer. Jesús camina siempre en el Evangelio: el suyo es un caminar físico, pero es también un signo de que debemos y podemos crecer. ¿Eres capaz de amar? Si frente a esta pregunta experimentas cierta incomodidad, eso es signo de que empiezas a comprender que debes cambiar. He leído este bellissimo episodio de la madre Teresa de Calcuta, que me parece muy centrado:

«En un barrio de Melbourne visité a un anciano que, al parecer, estaba abandonado de todos. Apenas eché una ojeada a su habitación vi en qué condiciones tan deprimentes vivía. Quise hacer limpieza pero el me repetía: “No, está bien así”. Había una preciosa lámpara totalmente cubierta por el polvo acumulado durante años. Le pregunté:

–¿Por qué no enciende la lámpara?

–¿Para qué voy a encenderla si nadie viene a visitarme? Yo no la necesito.

–¿Y usted la encendería si una hermana viniese a visitarle?

–Sí, si oigo una voz humana la encenderé.

Al día siguiente me mandó decir:

–Diga a mi amiga que la luz que ella encendió en mi vida continúa encendida y radiante» (F. Peyron – P. Angheben, *Voglia di libertà*, Effatà, Cantalupa 1968, 124s, *passim*).

Entrada en Jerusalén; el signo del templo

(Mt 21,1-17)

¹ Próximos ya a Jerusalén, al llegar a Betfagé, cerca del monte de los Olivos, Jesús envió a dos discípulos ² con este encargo:

–Id a la aldea de enfrente; nada más entrar, encontraréis una borrica atada con su pollino al lado; desatadlos y traéd-melos. ³ Y si alguien os dice algo, diréis que el Señor los necesita, pero que en seguida los devolverá.

⁴ Esto sucedió para que se cumpliera lo que dice el profeta:

⁵ *Decid a la hija de Sión:*

*Mira, tu rey viene a ti,
humilde y sentado en un asno,
en un pollino,
cría de un animal de carga.*

⁶ Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les mandó: ⁷ trajeron la borrica y el pollino, pusieron sobre ellos los mantos, y él montó encima. ⁸ El gentío, que era muy numeroso, tendía sus mantos en el camino; otros cortaban ramas de árboles y las tendían por el camino. ⁹ Y la gente que iba delante y detrás gritaba:

*Hosanna al hijo de David,
bendito el que viene en nombre del Señor.
Hosanna en las alturas.*

¹⁰ Al entrar Jesús en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, y se preguntaban:

–¿Quién es éste?

¹¹ La gente respondía:

–Es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea.

¹² Jesús entró en el templo y echó a todos los que estaban allí vendiendo y comprando, volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían las palomas. ¹³ Y les dijo:

–Está escrito:

*Mi casa es casa de oración,
pero vosotros la convertís
en cueva de ladrones.*

¹⁴ Algunos ciegos y cojos se acercaron a Jesús en el templo y él los curó. ¹⁵ Pero los jefes de los sacerdotes y maestros de la ley, al ver los prodigios realizados y a los niños que aclamaban en el templo: «¡Hosanna al hijo de David!», se indignaron ¹⁶ y le dijeron:

–¿No oyes lo que están diciendo?

Jesús les respondió:

–Sí. ¿Es que nunca habéis leído ese pasaje de la Escritura que dice: *De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza?*

¹⁷ Y dejándolos, salió fuera de la ciudad y fue a Betania, donde pasó la noche.

La Palabra se ilumina

El evangelista Mateo, uniendo el relato de la entrada en Jerusalén con el de la purificación del templo, subraya el papel mesiánico de Jesús. Es el rey bondadoso y misericordioso que llega a la ciudad santa no para juzgar y condenar a su pueblo, sino para salvarlo con la ofrenda de su propia vida. En él se cumple el texto profético de Zacarías: «*Salta de alegría, Sión; lanza gritos de júbilo, Jerusalén, porque se acerca tu rey, justo y victorioso, humilde y montado en un asno, en un joven borriquillo*» (Zac 9,9).

Al releer este oráculo, Mateo omite adrede la invitación a la exultación y la sustituye con esta expresión isaiana: «*Decid a la hija de Sión*» (Is 62,11). Jerusalén, en efecto, no puede exultar porque no se abre a la salvación y rechaza al que avanza no como un héroe sobre un fogoso corcel, sino sobre un humilde asno –aunque

también era una cabalgadura principesca– para anunciar la paz y la fidelidad de Dios a su pueblo.

A diferencia de la ciudad de Jerusalén o, lo que es lo mismo, sus jefes, la multitud de los «pobres» exulta y entona himnos a su rey, le recibe con grandes manifestaciones de alegría y de veneración, extienden mantos y adornan con ramos frondosos el camino recorrido por Jesús. El grito «Hosanna», que originariamente era una afligida invocación de salvación, suena ahora en labios de la muchedumbre y de los pequeños como una aclamación festiva y como una proclamación de fe, por estar unida –como subraya el evangelista– a la denominación «hijo de David» en señal del reconocimiento de la mesianidad de Cristo.

Esa acogida hace todavía más manifiesto el frío rechazo que le oponen las autoridades al Mesías y todavía más grave la espera del encuentro escatológico con él (cf. Mt 23,39). Como en tiempos de los Magos, toda Jerusalén está «*conmovida*» (v. 10) y se pregunta por la identidad del que es aclamado por la multitud, pero no es capaz de abandonarse con fe a la intuición del que lo declara hijo de David y profeta.

También en la segunda escena, la de la purificación del templo, se nota la misma dualidad trágica. Jesús entra con autoridad en el templo y lo purifica, cumpliendo también en este caso la palabra de los profetas (cf. Miq 3,1-3; Zac 14,21; Jr 7,11) y suscitando una fuerte tensión entre los judíos (cf. Jn 2,13-20); su acción, sin embargo, no se limita a esto; inmediatamente se acercan a él algunos ciegos y cojos –es decir, los excluidos de la zona sagrada a causa de su minusvalía– y él, en vez de marginarlos, se detiene junto a ellos y los cura, revelándose así como el Mesías «bondadoso» que libera a los oprimidos, sana a los enfermos y es aclamado por los pequeños.

La Palabra me ilumina

Hay momentos –y podría ser ahora– en los que Jesús, queriendo cumplir la misión que le había confiado el Padre, viene a tomar posesión de nosotros, su ciudad santa. No se presenta con poder o con suntuosidad, pero avanza decidido. Dichosos nosotros si somos capaces de reconocerle y aclamarle: «Jesús, ten piedad de mí y sálvame».

Jesús entra hasta el fondo de nuestro corazón y desea quitar de él todo lo que le impide ser templo del Espíritu y casa de oración para su Padre. ¡Cuántos apegos desordenados, cuántos afectos mal dispuestos, cuántos regateos aceptamos en nosotros! El cristiano –alguien que en virtud del bautismo no se pertenece a sí mismo, sino a Cristo– debería tender a lo que es esencial, a la unificación interior, a la sencillez; en una palabra: debería desear únicamente amar a Dios con todo su corazón y todas sus fuerzas, y amar a las criaturas sólo en él y por él, sólo con espíritu de humilde servicio y no por ansia de poder o de placer.

Acojamos sin temor a Jesús como Señor absoluto de nuestro corazón y dejemos que, con el poder de su Espíritu, nos consagre de nuevo totalmente a él. Sin sus visitas de gracia ni siquiera nos daríamos cuenta de que mucho de lo que nos parece dirigido a su gloria no sirve, en realidad, más que para hacer un gran mercado dentro de nosotros... No nos sustraigamos a todo lo que puede iluminar dentro de nosotros y ofrecernos el criterio adecuado de discernimiento.

No es preciso esperar acontecimientos extraordinarios: el evangelio, leído y meditado a diario, es visita de gracia, como también lo son los sacramentos de la reconciliación y, en grado máximo, el de la eucaristía. Si bien la purificación es –y no puede ser de otro modo– dolorosa, sólo el corazón purificado conoce la alegría pura de la infancia espiritual, la mirada transparente y

límpida que nos hace gritar con exultación: «¡Sálvanos, oh hijo de David! ¡Sálvanos, oh Altísimo!».

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú, nuestro Rey, vienes a nosotros desde lejos con humildad y mansedumbre; llénanos de tu Santo Espíritu, a fin de que, haciéndonos pequeños y pobres, salgamos festivos a tu encuentro y te abramos las puertas de nuestro corazón para poder permanecer, silenciosamente, en comunión contigo y escuchar lo que quieres decirnos. Que no te detengan las barreras levantadas por nuestro orgullo, sino derríbalas –como tú sabes y con los medios que conoces– sin temor, para que no se nos niegue –aunque seamos pecadores– la alegría de convertirnos en verdadero templo de tu presencia, en el que entrar en comunión plena y perfecta con el Padre, que te envió a sanar nuestras dolencias y a convertirnos en un pueblo santo. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Veo, hermanos, que habéis venido a la iglesia con más prontitud de lo acostumbrado y que habéis traído con alegría ramas de olivo. Ahora bien, ¿de qué serviría hacer esto si no supiéramos por qué lo hacemos ni lo que significan estos gestos? Debéis saber que en este día –es decir, el jueves antes de su pasión– nuestro Salvador cabalgó en un asno al monte de los Olivos para ir a Jerusalén. La muchedumbre, al saberlo, le salió al encuentro agitando ramos de palmas y, llena de alegría, se puso a alabar a Dios con voz potente...

Si la santa madre Iglesia celebra hoy estos acontecimientos históricos es para que se cumplan –algo mucho más importante– espiritualmente. Toda alma santa es la asna de Dios. El Señor cabalga sobre la asna y se dirige hacia Jerusalén cuando empieza a morar en vuestras al-

mas, las hace despreciar este mundo y amar la patria celestial. Vosotros extendéis vuestros mantos ante Dios en su camino si mortificáis vuestros cuerpos con la abstinencia, preparándole así el camino para llegar junto a vosotros. Cortáis ramas de los árboles si os preparáis a vosotros mismos el camino para salir al encuentro de Dios practicando las virtudes de los santos Padres. ¿Qué fue Abrahán? ¿Qué fue José? ¿Qué fue David? ¿Qué fueron los otros justos, sino árboles fecundos de frutos? Si deseáis obtener la salvación eterna, aprended la obediencia en la escuela de Abrahán, la castidad en la escuela de José, la humildad en la escuela de David.

La palma significa la victoria. Así, nosotros llevamos ramas de palma si cantamos la gloriosa victoria del Señor, esforzándonos en derrotar al diablo con la bondad de nuestra vida. Y por eso también, hermanos, debéis saber que lleva en vano la rama de olivo quien no realiza las obras de misericordia. De manera semejante, lleva sin provecho alguno la rama de palmera quien se deja llevar al engaño por el diablo. Volved, queridos, a vuestras conciencias y considerad atentamente si hacéis espiritualmente lo que realizáis físicamente.

Creed fuertemente, hermanos, que sería peligroso para nosotros no anunciar los misterios de nuestro Salvador, pero también es peligroso para vosotros prestar poca atención. Os exhortamos, por consiguiente, a purificaros de todo lo que es envidia, odio, ira, malas palabras, maledicciones y calumnias, a fin de poder celebrar dignamente este día. Perdonad a los que han pecado contra vosotros, a fin de que el Señor os perdone vuestras culpas: quien haya conservado en su corazón odio o cólera, aunque sólo sea contra un solo hombre, no comerá en la santa comunión la vida con Pedro, sino que obtendrá la muerte con Judas en la santa comunión. Que nos libere de esta desventura aquel que os creó con poder y os rescató con amor: Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu

Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén. (Anónimo de Italia septentrional, «XIV Homélie du IX^e siècle», X, en *SCh*, Du Cerf, París 1970, 209ss, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Bendito el que viene en nombre del Señor*» (Mt 21,8).

Caminar con la Palabra

Tiro adelante como un asno... Sí, como el animal así descrito en un diccionario bíblico: «El asno palestino es bastante robusto, soporta bien el calor, se alimenta de cardos; gracias a la forma de sus pezuñas, tiene una marcha muy segura; por último, su mantenimiento es poco costoso. Sus únicos defectos son la testarudez y la pereza».

Tiro adelante como la asna de Jerusalén, que en el día de las palmas fue cabalgadura real y pacífica para el Mesías. No sé gran cosa, pero soy capaz de llevar a Cristo en mis espaldas y estoy más orgulloso de ello que de ser vasco. Soy yo quien le lleva, pero es él quien me guía. Sé que me conduce hacia su reino, donde estaré a mis anchas para siempre en verdes pastos.

Tiro adelante a pasitos, por senderos escarpados, lejos de las autopistas, donde la velocidad impide reconocer la cabalgadura y al jinete. Cuando tropiezo en una piedra, mi Señor se siente, a buen seguro, traqueteado, pero nunca me reprocha nada. Su amabilidad y paciencia conmigo son maravillosas; me deja tiempo para saludar a la encantadora asna de Balaán, para soñar ante un campo de lavanda, para olvidarme incluso de que le llevo.

Tiro adelante en silencio. Es increíble cómo nos comprendemos sin hablar; por otra parte, no comprendo bien cuando me cuchichea algo a la oreja. Las únicas palabras que he comprendido parecen dirigidas sólo a mí y puedo dar testimonio de su verdad: «*Mi yugo es suave y mi carga ligera*» (Mt 11,30). Es precisamente como cuando llevaba de manera solícita a su madre hacia Belén en una noche de Navidad. «Ella pesaba poco,

porque tendía sólo hacia el futuro que llevaba dentro», como ha dicho Jules Supervielle, el poeta amigo de los asnos.

Tiro adelante con alegría. Cuando quiero cantar sus alabanzas, armo un alboroto del diablo, lleno de desentonos. Entonces él se ríe con toda su alma, con una risa que transforma los senderos en pistas de baile, mis pezuñas en sandalias aladas. En esos días, os lo aseguro, hacemos camino.

Tiro adelante, tiro adelante como un asno que lleva a Cristo en su lomo (R. Etchegaray, *Tiro avanti come un asino...*, Edizioni Paoline, Cinisello B. 1986, 11s).

La higuera sin fruto; la autoridad de Jesús

(Mt 21,18-27)

¹⁸ Por la mañana temprano, cuando volvía a la ciudad, sintió hambre. ¹⁹ Vio una higuera junto al camino, se acercó a ella y, al no encontrar más que hojas, le dijo:

–Que nunca más brote de ti fruto alguno.

Y la higuera se secó en el acto.

²⁰ Al ver esto, los discípulos se quedaron admirados y se preguntaban:

–¿Cómo es que la higuera se secó en el acto?

²¹ Jesús les respondió:

–Os aseguro que si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que, si decís a este monte: «Quítate de ahí y arrójate al mar», sucederá así. ²² Y todo lo que pidáis con fe en la oración lo obtendréis.

²³ Jesús entró en el templo y, mientras enseñaba, se le acercaron los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo y le dijeron:

–¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te ha dado esa autoridad?

²⁴ Jesús les respondió:

–También yo os voy a hacer una pregunta. Si me contestáis, os diré con qué autoridad hago esto. ²⁵ El bautismo de Juan, ¿de dónde venía, de Dios o de los hombres?

Ellos discutían entre sí y comentaban: «Si decimos que de Dios, nos dirá: ¿Por qué no le creísteis? ²⁶ Y si decimos que de los hombres, hay que temer a la gente, porque todos piensan que Juan era un profeta». ²⁷ Así que respondieron a Jesús:

–No sabemos.

Entonces Jesús les dijo:

–Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

La Palabra se ilumina

«Cuando voy a recoger su cosecha, oráculo del Señor, no hay racimos en la vid, ni higos en la higuera, y la hierba está marchita» (Jr 8,13). A la luz de éste y de otros textos proféticos (cf., por ejemplo, Os 9,10; Miq 7,1) se puede comprender el alcance de este único y extraño milagro «negativo» de Jesús. Su poder está puesto al servicio de una destrucción o de una maldición. El valor simbólico de semejante gesto –de claro sabor profético y fácilmente descifrable en el ambiente judío– está todavía más acentuado por el evangelista Mateo, que, a diferencia de Marco (Mc 11,20), hace inmediata y, por consiguiente, muy visible la actuación de la maldición de Jesús contra la planta símbolo de Israel y, tal vez, del culto practicado en él, reducido sólo a apariencia exterior. La esterilidad del árbol representa la infidelidad del pueblo elegido, que, aunque había sido cuidado de una manera tan amorosa, defraudó las expectativas de Dios (cf. Is 5).

El gesto profético contra la higuera es, de todos modos, un mensaje dirigido por Jesús no sólo a Israel, sino también a su Iglesia, una llamada a no contentarse con la apariencia del follaje, sino a reconocer en Jesús el fruto enviado por el Padre. La advertencia se dirige asimismo a los discípulos: «*Todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego*» (Mt 7,19). El gesto y la Palabra de Jesús llaman, por tanto, a vivir en una actitud de fe plena para ser fecundos. El signo primero y principal de esa fe es la oración perseverante y confiada, que se fundamenta en la certeza de obtener todo cuanto pide según la voluntad del Padre.

La Palabra me ilumina

El Evangelio no deja nunca de sorprendernos. Hoy Jesús, viajero madrugador, se detiene con mucha hambre ante una higuera y busca algo con que saciar su hambre. Allí está la higuera, lozana de hojas. Pero el Señor no encuentra frutos. Él está frente a nosotros –porque se trata de nosotros– con la humilde condición de quien está necesitado. Quisiera encontrar algo que le pudiera ser agradable, pero nosotros, con toda nuestra hermosa apariencia, no le ofrecemos precisamente nada...

La maldición de Jesús suena demasiado dura a los oídos de nuestro corazón, pero ¿no debería sonarnos todavía más inconcebible nuestra indiferencia cuando decepcionamos a un Dios que se hace mendigo de nuestra dulzura? ¿Se trata acaso de una estación en la que podemos permitirnos dejarle marcharse lejos de nosotros, decepcionado, porque no hemos dado fruto? Sin embargo –¿cómo no comprenderlo?–, la historia no termina con la maldición, porque él es Dios y no hombre. Del mismo modo que asumió nuestra pobreza para enriquecernos con su divina riqueza, así ahora se va, decidido a convertirse él mismo en el fruto que cuelga del árbol, a fin de que ya nadie se encuentre en un leño estéril presagio de muerte.

«*Que nunca más brote de ti fruto alguno*» (v. 19): estas palabras, más penetrantes que una espada de doble filo, se revelan aún, a la luz de la pasión, como palabras de amor y no de castigo, como palabras que llevan a cabo un «cambio maravilloso»: asumen nuestra esterilidad radical y nos ofrecen el fruto de la eterna fecundidad. El Señor –que «*hiere, pero venda la herida; golpea, pero cura con su mano*» (Job 5,18)– nos indica el camino para salir de nuestra miseria mortal: la fe que se convierte en oración confiada e incesante. La petición de un corazón creyente nunca quedará defraudada. ¿Qué podríamos pedir, por tanto, sino permanecer siempre en él, en su

amor, y ser discípulos suyos, para dar frutos en abundancia y dar gloria al Padre? (cf. Jn 15,1-8).

La Palabra se convierte en oración

Oh Padre, tú que enviaste a Jesús como fruto santo de tu viña, haz que, viviendo unidos estrechamente a él, como los sarmientos a la cepa, también nosotros demos frutos de salvación para todos los hermanos y obtengamos todo cuanto te pedimos con fe en la oración, a fin de que nuestra alegría sea completa. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Así como cuando el Señor buscó el fruto en aquella planta no era la estación de los higos (cf. Mc 11,13), así el Señor viene ahora antes de la comunión del Espíritu, buscando obtener del alma el fruto de la buena voluntad. Allá, en efecto, en el mundo visible, se ha visto en el pueblo de Israel, porque éste no dio a Dios un fruto digno (cf. Mt 3,8), negándose a creer en él. Pero eso significa también que en cada alma, antes de la acción de la gracia y antes de que ésta produzca los frutos del Espíritu (cf. Gál 5,22), el Señor busca un fruto que le es propio, a saber: su misma voluntad, su decisión, la fe, toda su castidad, que ella le debe confiar, así como su habilidad para realizar obras buenas, interna y externamente, en la medida en que está en su poder.

Éstas son las cosas que el Señor quiere obtener de nosotros, así como la tensión incesante hacia él; entonces concede al alma la gracia, viniendo a morar en ella, y la considera digna, una vez que ha llegado a la estación madura de los higos, de dar los frutos del Espíritu. En efecto, el Señor va a cada alma buscando un fruto para entrar en ella y reposar, ya que él murió por todos y rescató con su muerte a toda la estirpe de Adán.

En consecuencia, toda alma está en deuda con él y, por eso, debe morir a sí misma y vivir para él (cf. Rom 6,11), recibirle y prepararse a sí misma y su propio cuerpo como una casa, a fin de que el Señor, al entrar y encontrar reposo en las buenas costumbres de nuestra voluntad, alimentado, saciada su sed, vestido, confortado por las virtudes de nuestra alma, nos diga: «*Venid y tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber*» (Mt 25,34s) (Pseudo-Macario, *Omelie*, Collezione III, 16, 5, 3-5).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Y todo lo que pidáis con fe en la oración lo obtendréis*» (Mt 21,22).

Caminar con la Palabra

Y así es como el discurso llega a la fe. Hay fe y fe. No siempre lo que los hombres llaman fe es tal a los ojos de Dios. A lo largo del relato evangélico hemos encontrado diferentes palabras de Jesús que nos han llamado a la fe: aquí se pretende subrayar su poder (la verdadera fe es capaz de trasladar montañas). Ahora bien, el poder de la fe no está en la cantidad: las muchas plegarias y las muchas prácticas de los judíos no eran la verdadera fe. ¿Qué es, entonces, la fe? ¿Cuáles son las condiciones de su poder?

Fe es esperar *de Dios*, y no de nosotros mismos o de nuestras obras: la fe es gratuidad, y por eso se expresa en la oración. Fe es esperar de Dios *lo que él quiere darnos*: no debemos obstinarnos en querer ser nosotros la medida del proyecto de Dios. Es Dios la medida del don, no nosotros.

Fe es hacernos disponibles para que Dios nos abra a la «novedad» del Reino mesiánico y a la «universalidad» de la gente: la negación de la fe es el repliegue sobre nosotros mismos, la celosa conservación de nuestro propio privilegio.

Fe es la actitud de quien «no vacila en su corazón» (Mc 11,23): la negación de la fe es el continuo oscilar entre Dios, por una parte, y todas las otras ideas posibles e imaginables, por otra.

Fe es, por último, extender a todos lo que Dios ha hecho por nosotros: aquí se encuentra la fuente y la medida del perdón. Pero eso supone –una vez más– la conciencia de haber sido previamente perdonados, amados de manera gratuita (B. Maggioni, *Il racconto di Marco*, Citadella, Asís 1987, 160s; edición española: *El relato de Marcos*, Ediciones San Pablo, Madrid 1982).

Los dos hijos (Mt 21,28-32)

²⁸ ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: «Anda, hijo, vete a trabajar hoy en la viña». ²⁹ Él respondió: «No quiero». Pero después se arrepintió y fue. ³⁰ Luego se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él respondió: «Voy, señor». Pero no fue. ³¹ ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad de su padre?

Le contestaron:

–El primero.

Entonces Jesús les dijo:

–Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el Reino de Dios. ³² Porque vino Juan a mostraros el camino de la salvación y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las prostitutas le creyeron. Y vosotros, a pesar de verlo, no os arrepentisteis ni creísteis en él.

La Palabra se ilumina

La parábola de los dos hijos es la primera de tres parábolas llamadas «de ruptura», porque expresan la confrontación decisiva de Jesús con el judaísmo. La presenta exclusivamente Mateo y se puede atribuir a buen seguro –en su forma originaria– a Jesús, cuyo timbre de autenticidad se reconoce en el v. 31 con sus agrias palabras dirigidas a sus oyentes: «*Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el Reino de Dios*».

El texto nos ha llegado con un orden diferente en varios códices importantes: un grupo introduce primero al hijo que se niega y luego va a la viña; otro grupo pone en primer lugar al hijo que acepta la invitación del padre sólo de palabra. La dificultad textual no cambia el significado de la parábola, que no sólo tiene una referencia propiamente histórica, sino que adquiere también un valor más amplio. En el relato originario, el hijo que respondió inmediatamente «sí» a la invitación de su padre pero después no llevó sus palabras a la práctica, designaba a los representantes del judaísmo oficial, es decir, a los sumos sacerdotes y a los ancianos, interlocutores de Jesús; el hijo que primero se negó pero después fue a trabajar designaba a los pecadores que, habiendo reconocido en Juan –fiel en el cumplimiento de la misión que le había sido confiada, a saber: indicar «*el camino de la justicia*» (Prov 8,20)– al enviado de Dios, se habían convertido y habían hecho penitencia.

La predicación de Jesús –precedida de la del Bautista– provoca en cada uno una decisión de la que depende su propia suerte en el juicio de Dios, un juicio que no debemos esperar sólo al final de los tiempos, sino que obra ya en la historia, momento a momento: quien acoge el Evangelio camina por la vía de la salvación; el que lo rechaza de manera obstinada se encamina hacia la perdición.

La Palabra me ilumina

El evangelio nos presenta, una vez más, a un padre con dos hijos. No supone ningún trabajo ver detrás de este padre al único Padre verdadero, que casi parece suplicar a sus hijos para que vayan a trabajar en la viña. Hoy queremos contemplar con amor a este padre que tanto debe sufrir a causa de sus hijos. Uno le dice «sí», pero no hace lo que le dice; el otro, aunque después cumple la voluntad de su padre, le ofende antes, pre-

sentándole una negativa tal vez no demasiado elegante. Pobre padre..., pero, sobre todo, pobres hijos, que no son capaces de amar a un padre así.

¿Quién de nosotros no se reconocería en estos dos hermanos siempre «desplazados» respecto al deseo de un padre tan bueno? Ahora bien, sabemos que mientras todos nosotros somos esos hijos degenerados, el Padre tiene otro Hijo, el único que puede ser considerado de verdad como tal: Jesús. Él no dijo «sí» y «no»; en él sólo hubo «sí» (cf. 2 Cor 1,19). Vino a trabajar en la viña de su Padre de buen grado, sin ningún titubeo, y cumplió perfectamente su voluntad incluso cuando hubo de reconocerse –en el huerto de los Olivos– como racimo maduro destinado a ser exprimido hasta la última gota de sangre. Éste es el precio que pagó para que todos nosotros recuperáramos la posibilidad de llegar a ser verdaderos hijos capaces de pronunciar un «sí» sin desmentido.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú que eres el único Hijo verdadero, enséñanos a cumplir con amor la voluntad del Padre. Haz que nos adhiramos de manera incondicional a sus invitaciones, sin oponer nuestros cálculos y sin faltar a las promesas hechas. Sé tú nuestra fidelidad, nuestro «Amén» pleno y total a su voluntad, fuente de nuestra paz. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

¡Oh obediencia suave e iluminadora, porque disipas las nieblas del amor propio! ¡Oh obediencia vivificadora, porque das la vida de la gracia al alma! Tú eres benigna y piadosa; llevas todo peso grave con benignidad y mansedumbre, porque te acompañan la fortaleza y la verdadera paciencia. ¿Qué diremos de esta virtud exce-

lentísima? Diremos que es un bien que no contiene el mínimo mal. Enamórate de esta gloriosa virtud. ¿Quieres mostrarte agradecida por los grandes beneficios que de mí, el Padre eterno, has recibido? Sé obediente, porque es la obediencia lo que muestra que no eres ignorante, en cuanto que ésta deriva del conocimiento de mi Verdad. Es un bien que se conoce en el Verbo, que os enseñó la vía de la obediencia haciéndose obediente hasta la oprobiosa muerte de la cruz.

El desobediente quiere juzgar la voluntad de quien le manda y, además, juzgarla según su insuficiente opinión y su no iluminado juicio; pero no somete a ningún examen su propia voluntad, que es la que le da la muerte. El verdadero obediente juzga para bien, con la luz de la fe, la voluntad del superior y por eso no busca ya su propia voluntad, sino que inclina la cabeza y nutre su propia alma con el perfume de la verdadera y santa obediencia.

Es propio de la obediencia ser la llave que abre, porque con la obediencia del primer hombre se cerró el cielo y, en consecuencia, con la obediencia del humilde e inmaculado Cordero unigénito Hijo mío se abrió la puerta de la vida eterna, que había permanecido cerrada durante tanto tiempo. Él os la ha dejado como mandamiento en la obediencia común, a la que todos estáis obligados. Y os la ha dejado también en los consejos, aconsejándoos sobre lo que es necesario para caminar hacia la gran perfección pasando por el angosto portillo de la orden religiosa...

Yo llamo a unos a un estado, a otros a otro estado, según lo que cada uno puede recibir, pero cada uno debe estar colmado de esta medida de amor. Os he puesto a todos en la viña de la obediencia para trabajar de diferentes modos. A cada uno se le dará el premio según la medida del amor (Catalina de Siena, *Diálogo - Obbedienza*, Studio Domenicano, Bolonia 1989,

453-458, *passim*; edición española: *Obras de santa Catalina de Siena: El diálogo; Oraciones y soliloquios*, BAC, Madrid ⁵1995).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el Reino de Dios*» (Mt 21,31).

Caminar con la Palabra

A lo largo de toda la Biblia resuena esta palabra, que figura entre las más breves y simples del lenguaje humano, pero entre las más queridas para Dios. Ésta expresa el misterio de la obediencia a Dios: Abrahán dijo: «Aquí estoy» (Gn 22,1); Moisés dijo: «Aquí estoy» (Éx 3,4); Samuel dijo: «Aquí estoy» (1 Sm 3,1ss); Isaías dijo: «Aquí estoy» (Is 6,8); María dijo: «Aquí estoy» (Lc 1,38); Jesús dijo: «Aquí estoy» (Heb 10,9). Nos parece asistir a una especie de convocatoria en la cual los llamados responden uno a uno: «¡Presente!» Estos hombres han respondido de verdad a la «llamada» de Dios. La Biblia privilegia tanto esta palabra que la pone en boca también de criaturas inanimadas: *Los llama (los astros) él y dicen: «Aquí estamos, y brillan alegres para su Hacedor»* (Bar 3,35). Pero entre los muchos «aquí estoy» de la Biblia falta uno, y esta ausencia ha marcado para siempre el destino del hombre. Cuando Dios llamó a Adán después del pecado, quizá para perdonarle, Adán, en lugar de responder: «Aquí estoy», fue a esconderse (cf. Gn 3,10).

Ahora nos corresponde a nosotros. Toda la vida, día tras día, se puede vivir bajo la enseña: «*Aquí estoy; vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*». Por la mañana, al comenzar una nueva jornada, y después, al acudir a una cita, a un encuentro, al comenzar un nuevo trabajo: «*Aquí estoy; vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*». Nosotros no sabemos qué nos reservará ese día, ese encuentro, ese trabajo; sólo sabemos una cosa con certeza: que en ellos queremos hacer la voluntad de Dios. Nosotros no sabemos lo que nos reserva a cada uno

el futuro, pero es bello encaminarnos hacia él con estas palabras en los labios: «Aquí estoy; vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad» (R. Cantalamessa, *La obediencia*, Edicep, Valencia 2000, p. 74ss).

Los viñadores homicidas (Mt 21,33-45)

³³ Escuchad esta otra parábola: Había un hacendado que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labradores y se ausentó. ³⁴ Al llegar la vendimia, envió sus criados a los labradores para recoger los frutos. ³⁵ Pero los labradores agarraron a los criados, hirieron a uno, mataron a otro y al otro lo apedrearon. ³⁶ De nuevo envió otros criados, en mayor número que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. ³⁷ Finalmente les envió a su hijo, pensando: «A mi hijo lo respetarán». ³⁸ Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: «Éste es el heredero. Vamos a matarlo y nos quedaremos con su herencia». ³⁹ Le echaron mano, lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron. ⁴⁰ ¿Qué os parece? Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿que hará con esos labradores?

⁴¹ Le respondieron:

–Acabará de mala manera con esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo.

⁴² Jesús les dijo:

–¿No habéis leído nunca en las Escrituras: «La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en piedra angular; esto es obra del Señor y es realmente admirable»?

⁴³ Por eso os digo que se os quitará el Reino de Dios y se entregará a un pueblo que dé a su tiempo los frutos que al Reino corresponden. ⁴⁴ [El que caiga sobre esta piedra quedará deshecho, y sobre quien ella caiga será aplastado].

⁴⁵ Cuando los jefes de los sacerdotes y los fariseos oyeron estas parábolas, comprendieron que Jesús se refería a ellos.

⁴⁶ Querían echarle mano, pero tuvieron miedo de la gente, porque lo tenían por profeta.

La Palabra se ilumina

La llamada parábola de los «viñadores rebeldes u homicidas» se presenta como una amplia composición insertada en los tres evangelios sinópticos en el ámbito de la confrontación polémica entre Jesús y las autoridades judías en Jerusalén, más concretamente en el área del templo. En ella podemos distinguir dos momentos: la parábola propiamente y su aplicación, que se resiente de sucesivas lecturas ligadas al misterio de Cristo y a la situación eclesial. Jesús sabía que, como enviado definitivo de Dios, habría de padecer la suerte de los profetas enviados antes: ser ignorado, perseguido y muerto. La parábola se abre con una referencia a la alegoría de Isaías sobre la viña (5,1-7), donde se recuerda la historia de la Alianza de Dios con su pueblo obstinadamente infiel, a pesar de las repetidas invitaciones a la conversión y los numerosos momentos de reconciliación y de perdón (cf. Jr 7,24ss; 9,13ss). Después de haber enviado a sus profetas, Dios envió, por último, a su propio Hijo –máximo don al que podía llegar–, pero también él fue rechazado y asesinado.

Jesús, al pronunciar esta parábola ante las autoridades religiosas del judaísmo, denuncia la grave responsabilidad en la que incurren por el rechazo que opusieron a su misión. El Reino de Dios se hace presente a través de la persona y de la acción de Jesús: rechazarle significa rechazar la salvación. Los labradores de la viña representan claramente a los jefes de los judíos, y los siervos simbolizan a los profetas. Jesús mismo se considera el último enviado, el Mesías, al que está reservada la suerte de los profetas.

En este punto, el evangelista Mateo amplía la lectura de la parábola con una pregunta (v. 40) que introduce la

condena inexorable de los viñadores homicidas y el arriendo de la viña a otros que den buenos «frutos». Se trata del nuevo «pueblo» mesiánico fundado sobre la piedra angular que es Cristo resucitado, que incluye tanto a los judíos como a los paganos. La valoración de los «frutos» en el Reino –y esto vale también para los lectores cristianos– no se hace sobre la base del pueblo de pertenencia, sino sobre la base del amor, voluntad suprema del Padre.

La Palabra me ilumina

Nos encontramos frente a una parábola trágicamente clara: en ella leemos con pesar la historia de violencia de la que fue víctima Jesús, el enviado del Padre. Y podríamos detenernos aquí como ante un acontecimiento ineludiblemente pasado si no fuera porque continuamente se repite la misma suerte trágica de mil maneras, en la tragedia que atropella a personas singulares o a pueblos enteros, en las injusticias padecidas por los últimos, por los pequeños, por los pobres... Nosotros sabemos que en ellos es Jesús, el Hijo predilecto del Padre, el que es ultrajado y crucificado de nuevo. Pero hay algo más que decir: nosotros no podemos señalar con el dedo acusador a cuantos matan a los hermanos para afirmar su propio poder o para apoderarse de su magra «herencia», no podemos erigirnos en jueces; debemos, más bien –como cristianos–, sentirnos responsables de ese mal, hacernos cargo de él, expiarlo... Y no sólo de palabra, sino que, por íntima convicción, debemos declarararnos nosotros mismos como esos asesinos. Es muy fácil hacer callar la voz del Espíritu que, al poner al descubierto la violencia escondida en nuestro corazón, nos llama a la conversión, a fin de que podamos dar frutos de bondad. Es muy fácil incrementar el rumor y volvernos sordos, pero no es éste el camino que debemos emprender. Si el Señor nos habla y se hace presente a

nosotros con sus visitas de gracia –los sacramentos, la escucha de la Palabra...– es para ofrecernos un camino de salvación y para hacernos cooperadores de la salvación, trabajadores solícitos en su viña, que es la Iglesia y toda la humanidad. El primer paso que debemos dar consiste precisamente en llamar por su nombre al mal que habita en nuestro corazón, admitir que también nosotros estamos, de muchos modos, contra los hermanos y contra nuestro Dios. Reconocerlo y confesar humildemente nuestro pecado nos abre a la acogida del perdón que Dios nos ofrece en Jesús. Él vino a derramar su sangre para hacernos capaces de amar, es decir, de ver al otro no como rival, sino como hermano, como hijo del único Padre bueno, como partícipe de nuestra misma vida. Este amor recíproco es el que el Padre espera de nosotros, su viña predilecta.

La Palabra se convierte en oración

Oh Padre, agricultor celestial, tú que con tu Palabra omnipotente creaste el cielo y la tierra, y con tu amor paciente cultivas incansablemente el árido suelo de nuestros corazones, ábrenos para acoger el don de tantos cuidados solícitos, a fin de poder ser tu viña predilecta, fecunda en frutos.

Haz que, sin apartar nunca la mirada de aquel al que traspasamos, guardemos con amor en la memoria del corazón los acontecimientos de salvación obrados en favor nuestro y, agradecidos, te ofrezcamos el canto de alabanza y agradecimiento, el canto de la vida y de la santidad. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Por el santo evangelio habéis oído un símil sobre los obreros que trabajan en una viña, pero hay también una vendimia espiritual, en la que Dios se alegra de los fru-

tos de su propia viña, puesto que nosotros «cultivamos» a Dios, pero Dios nos cultiva a nosotros. Nosotros, sin embargo, no «cultivamos» a Dios de modo que lo hagamos mejor con el cultivo; de hecho, lo «cultivamos» adorándolo, no arándolo. Él, en cambio, nos cultiva a nosotros como el agricultor cultiva el campo. Por el hecho de cultivarnos nos hace mejores y busca en nosotros su propio fruto. Su obra de cultivador respecto a nosotros consiste en el hecho de que no cesa de extirpar de nuestros corazones los gérmenes del mal con su Palabra, de abrir, por así decirlo, nuestro corazón con el arado de la Palabra, de plantar en él las semillas de los preceptos y de esperar el fruto de la vida de fe. Cuando hayamos recibido en nuestro corazón esta acción de Dios, que nos cultiva de modo que le rindamos el culto apropiado, intentemos no resultar ingratos a nuestros agricultor, sino ofrezcámosle el fruto del que pueda gozar. Nuestro fruto, sin embargo, no le hará a él más rico, sino a nosotros más felices.

El Padre plantó, pues, una viña y la arrendó a algunos labradores para que le entregaran los frutos en la estación apropiada. A continuación, envió a sus siervos para pedir los frutos de la viña. Los labradores, sin embargo, les insultaron y hasta los mataron y se negaron a entregar los frutos. Entonces el padre de familia dijo: «*Enviaré a mi Hijo único, tal vez a él le respeten*». Pero los labradores lo mataron y lo echaron fuera de la viña...

La viña fue plantada cuando se dio la ley en el corazón de los judíos. Se envió a los profetas a pedir los frutos, es decir, una vida recta, pero fueron ultrajados y asesinados. Se envió también a Cristo, pero también lo mataron, es decir, mataron también al mismo heredero, y así perdieron la heredad. Su plan criminal se volvió contra ellos. Mataron para poseer, pero como habían asesinado, perdieron la posesión.

Sin embargo, «la piedra descartada por los constructores se ha convertido en la piedra angular». La piedra angular es Cristo, cabeza de la Iglesia. ¿Por qué es piedra angular de la Iglesia? Porque, por una parte, llamó a los judíos a la fe y, por otra, a los paganos, y unió mediante la gracia de su paz, por así decirlo, dos paredes que iban en sentidos diferentes; se encontraron en él, piedra angular, puesto que precisamente es él «nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos uno solo» (Ef 2,14) (Agustín de Hipona, *Sermones*, 87, 1s, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en piedra angular» (Sal 117,22; Mt 21,42).

Caminar con la Palabra

Ante todo, en las terribles palabras de Cristo: «Se os quitará a vosotros el Reino de Dios...» (v. 43) se expresa el extraordinario amor de Dios por Israel. No se trata de una fría condenación, sino que es una «pasión de amor» la que se desarrolla entre Cristo e Israel. Él dijo un día que no había sido enviado más que «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 15,24).

Se trata, además, de un rechazo pedagógico, no definitivo. De igual forma, en el Antiguo Testamento había habido rechazos de Dios, como el que concluyó con el exilio en Babilonia. Uno está descrito por Isaías, en la primera lectura de hoy, con la misma imagen de la viña («Pues ahora os diré a vosotros lo que voy a hacer con mi viña: quitar su valla para que sirva de pasto, derruir su tapia para que la pisoteen»). Pero esto no le ha impedido a Dios continuar amando a Israel y vigilando sobre él.

San Pablo nos asegura asimismo que este último rechazo, anunciado por Jesús, no será definitivo. Es más, misteriosamente, deberá servir para permitir a los paganos entrar en el Reino. «¿Es que —escribe— han tropezado para quedar caídos? ¡De ningún modo!» (Rom 11,11).[...] Precisamente, Pablo,

considerado erróneamente el factor de la ruptura entre Israel y la Iglesia, es el que nos sugiere la actitud justa frente al drama del pueblo hebreo. No autoseguridad y necia vanagloria («¡Somos nosotros ahora el nuevo Israel, nosotros los elegidos»: cf. Ef 2,13), sino más bien temor y temblor ante el insondable misterio del actuar divino («El que crea estar en pie, mire que no caiga»: 1 Cor 10,12) [...], y los judíos son consanguíneos de Jesús según la carne. Jesús amaba profundamente a su pueblo. Él lloró por la ruina inminente de Jerusalén (cf. Lc 19,41ss) y no se alegró como de una revancha.

[...] Yo no comprendo cómo un cristiano que ama verdaderamente a Israel puede no desear que llegue un día en el que éste descubra a Jesús, que se define en el evangelio como «gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,32). No creo que esto sea hacer proselitismo. Pero, por el momento, la cosa más importante es remover los obstáculos que hemos interpuesto a esta reconciliación, la «mala luz» en la que hemos puesto a Jesús ante sus ojos. También los obstáculos presentes en nuestro lenguaje. Cuántas veces utilizamos, sin que nos demos cuenta, las palabras «hebreo» o «judío» en sentido despreciativo o, al menos, negativo, según nuestro modo de hablar.

A partir del Concilio Vaticano II, las relaciones entre cristianos y judíos han cambiado a mejor rápidamente. El decreto sobre el ecumenismo ha reconocido a Israel un estatuto aparte entre las religiones (cf. Decreto *Unitatis redintegratio*). El judaísmo, para un cristiano, no es simplemente «otra religión»; es parte integrante de nuestra misma religión. En efecto, adoramos al mismo «Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob», que para nosotros los cristianos es igualmente «el Dios de Jesucristo» (R. Cantalamessa, *Echad las redes. Reflexiones sobre los evangelios*. Año A., Edicep, Valencia 2003, 321-323, *passim*).

El banquete de bodas

(Mt 22,1-14)

¹ Jesús tomó de nuevo la palabra y les dijo esta parábola:

² –Con el Reino de los Cielos sucede lo que con aquel rey que celebraba la boda de su hijo. ³ Envió a sus criados para llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. ⁴ De nuevo envió otros criados encargándoles que dijeran a los invitados: «Mi banquete está preparado, he matado becerros y cebones, y todo está a punto; venid a la boda». ⁵ Pero ellos no hicieron caso y se fueron unos a su campo y otros a su negocio. ⁶ Los demás, echando mano a los criados, los maltrataron y los mataron. ⁷ El rey entonces se enojó y envió sus tropas para que acabasen con aquellos asesinos e incendiasen su ciudad. ⁸ Después dijo a sus criados: «El banquete de boda está preparado, pero los invitados no eran dignos. ⁹ Id, pues, a los cruces de los caminos y convidad a la boda a todos los que encontréis». ¹⁰ Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala se llenó de invitados.

¹¹ Al entrar el rey para ver a los comensales, observó que uno de ellos no llevaba traje de boda. ¹² Le dijo: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?». Él se quedó callado. ¹³ Entonces el rey dijo a los servidores: «Atadlo de pies y manos y echadlo fuera a las tinieblas; allí llorará y le rechinarán los dientes». ¹⁴ Porque son muchos los llamados, pero pocos los escogidos.

La Palabra se ilumina

La parábola de las bodas reales forma, junto con las dos precedentes, una trilogía que expresa, en un im-

presionante *crescendo*, el veredicto de condena de los jefes de los judíos que rechazan el Evangelio de salvación proclamado por Jesús. En la primera se indica el mal (Mt 21,32); en la segunda se presenta el castigo (Mt 21,43), y ahora se muestra su ejecución (v. 13).

Esta última parábola, continuación de la precedente, se dirige a los mismos oyentes y se articula asimismo en varias escenas. En la primera parte (vv. 2-10) se compara el Reino con un banquete ofrecido por el rey con motivo de las bodas de su hijo. Antes de la fiesta se invita a muchas personas, pero todas rechazan la invitación. Se renueva la invitación cuando el banquete ya está dispuesto, pero también ahora se produce un rechazo general; más aún, se insulta y asesina a algunos de los siervos del rey. Se trata de la síntesis de la parábola de los viñadores homicidas, en la que se presenta el itinerario de la historia de Israel desde el Éxodo hasta los tiempos de Jesús.

La invitación se extiende ahora a todos indistintamente, buenos y malos: ahora, por fin, se llena de convidados la sala del banquete y puede comenzar la fiesta (vv. 8-10). Sin embargo, a uno de los comensales, que ha entrado sin el traje de boda, se le echa fuera a las tinieblas (v. 13).

También esta parábola, que se remonta en sus orígenes a Jesús, ha experimentado muchas transformaciones. Al significado primitivo del anuncio, dirigido en primer lugar a Israel –que lo rechazó– y después a todos, se añade una consideración sobre el hecho de que no basta con ser llamado al banquete y asistir, sino que es preciso presentarse con el traje nupcial. Éste –según dicen algunos documentos históricos– se entregaba gratuitamente, aunque era preciso acercarse al guardarropía contiguo antes de entrar en la sala nupcial. O sea, que no es posible salvarse sin acoger la gracia –que el Señor da a todos los que la invocan– y dejarse transfor-

mar –revestir– por ella. Así pues, no basta con ser «llamado»; también es preciso ser «elegido». Cada uno será juzgado sobre la base de esta obra fundamental que es la conversión, fruto de la Palabra escuchada y puesta en práctica (cf. Mt 7,24).

La Palabra me ilumina

Todo está dispuesto para el banquete nupcial del hijo del rey. Conocemos bien al protagonista de este relato. Todo se refiere a él, al gran director de la aventura humana. En la parábola no se registran otras palabras más que las suyas. Sabemos también quién es el hijo por cuyas bodas se ha dispuesto la cena festiva. Por tanto, tampoco debería resultarnos difícil reconocernos en los invitados que rechazan neciamente la ocasión de sentarse en el banquete nupcial. Es una negación obstinada que irrita al rey, defraudado en su amor apasionado. Con todo, no se rinde, no se da por vencido.

Hasta tal punto nos quiere que llega a destruir todo lo que es para nosotros causa de «distracción» y nos hace olvidar nuestro más profundo deseo de vida y de felicidad. Llega incluso a fingir que nos abandona, pero, de hecho, envía a sus siervos a buscar por todas partes –a los cruces de los caminos, a lo largo de los setos, a los lugares más escondidos y remotos– a otros invitados, sin importarle que sean buenos o malos: lo importante es que digan «sí».

¿Y entre estos últimos llamados no nos encontramos precisamente nosotros, que, después de nuestros rechazos, nos íbamos, cansados, abatidos, en busca de nuevas y sórdidas aventuras? Nosotros, los «elegidos» en virtud del bautismo, nos hemos convertido de nuevo en «paganos» a causa de nuestro modo de vivir, más de acuerdo con la mentalidad del mundo que con el Evangelio. Es la experiencia de la pobreza la que hace brotar, por fin, del corazón el «sí» que el Señor espera. Ahora bien,

¿se trata verdaderamente de un «sí» total, incondicional, de un «sí» bañado por las lágrimas del arrepentimiento e iluminado por la alegría del perdón? La parábola presenta todavía una nota triste, una nota que no puede dejar de hacernos reflexionar. Es posible tener el atrevimiento de presentarse en las bodas sin el traje nupcial. No se trata –como puede suceder en los desposorios humanos– de la pompa exterior, sino de una realidad muy profunda. El rito del bautismo prevé, entre otros símbolos, la entrega de la «vestidura blanca» al recién bautizado, que va acompañada por la siguiente oración: «N, eres ya nueva creatura y has sido revestido de Cristo. Esta vestidura blanca sea signo de tu dignidad de cristiano. Ayudado por la palabra y el ejemplo de los tuyos, consévala sin mancha hasta la vida eterna». Presentarse en las bodas sin el traje de boda no significa tanto estar sucios por el pecado –los últimos invitados son buenos y malos– como rechazar, una vez más y con mayor descaro, la comunión de vida con Jesús. Y el rey, aunque la sala del banquete esté atestada, no podrá dejar de notar que falta todavía alguien. Si su reacción es fuerte y dura, lo es sólo por amor. Amenaza como lo hace un padre dolorosamente sorprendido por lo absurdo del comportamiento de un hijo disoluto. De hecho, ¿qué puede haber más increíble que nuestro obstinado rechazo del amor?

La Palabra se convierte en oración

Oh Padre, que nunca te cansas de dirigir a todos los hombres tus invitaciones a la salvación, perdónanos por nuestros innumerables rechazos y abre nuestro corazón para que acoja con alegría la invitación a sentarnos en la mesa de tu Hijo amado, donde él se entrega a sí mismo como alimento capaz de saciar todos nuestros deseos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Los que no buscan el conocimiento y la contemplación de la belleza divina con gran paciencia, con gemidos y lágrimas, a fin de alcanzarla una vez purificados y entrar en comunión con ella, esos tales, dime, ¿cómo podrán llamarse también cristianos? «*El que ha nacido de la carne es carne, y el que ha nacido del Espíritu es espíritu*» (Jn 3,6); el que, habiendo nacido corporalmente, no ha pensado nunca que debe ser engendrado espiritualmente, ¿cómo podrá ser espiritual y colocarse entre los hombres espirituales? A menos que lo haga de incógnito, como alguien vestido con ropa sórdida, que no se entrometa entre los santos vestidos con ropas resplandecientes y, tras haberse sentado con ellos en la mesa real, sea echado fuera (cf. Mt 22,11-13).

Por eso os ruego a todos que os esforcéis mientras estamos a tiempo; luchad para convertirnos en hijos de Dios y para ser llamados hijos de la luz; odiad toda mala concupiscencia hasta en las cosas más pequeñas y de menos valor. Y podremos hacerlo si consideramos la grandeza de la gloria, de la alegría y de las delicias que nos esperan.

Dime, en efecto: ¿qué puede haber mejor en el cielo y en la tierra que llegar a ser hijos de Dios y coherederos de Cristo (cf. Rom 8,17)? ¡Nada en verdad! ¿Qué puede haber más insensato que desobedecer a Dios? El que cree, en efecto, que Dios existe, se hace un concepto muy grande de él, puesto que sabe que es el único Soberano, Creador y Señor de todas las cosas, que es inmortal y que su Reino no tendrá fin. Así pues, el que sabe que Dios es así, ¿cómo no se apresurará a dar su misma alma a la muerte por amor a él?

Esta entrega de sí mismo se produce en nosotros como un fruto repleto de jugo: caridad, misericordia, compasión por el prójimo, mansedumbre, humildad, aguante en las pruebas, pureza de corazón. Y esto es lo

que nos engendra de lo alto (cf. Jn 3,3), nos hace hijos de Dios y nos reviste de Cristo (cf. Rom 13,14; Gál 3,27), lo que nos manifiesta como hijos de la luz (cf. Ef 5,8) y, ya desde aquí abajo, nos hace conscientemente partícipes de la vida eterna (Simeón el Nuevo Teólogo, *Le catechesi*, Città Nuova, Roma 1995, 239-242, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Todo está a punto; venid a la boda*» (Mt 22,4).

Caminar con la Palabra

¿Por qué habría de ser tan difícil creer en el amor loco de Dios y responder alegremente a su invitación a la fiesta? «*Todo está a punto; venid a la boda*». Pues bien, hemos buscado desde siempre protegernos de Dios, tomar garantías contra sus acercamientos, a veces con el pretexto de ocupaciones sensatas, de asuntos importantes, de preocupaciones mejores: *He comprado un campo y necesito ir a verlo; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego que me excuses. Y otro dijo: Acabo de casarme y, por tanto, no puedo ir*» (Lc 14,18); a veces, ocurre también que nos juzgamos no aptos; nos consideramos indignos: «No, no, esto no puede ser para mí; la invitación está reservada a otros, a la gente bien, a los sensatos, a las personas como es debido». Como si no fueran precisamente los pequeños, los pobres, los que tienen acceso al conocimiento del misterio de Dios; como si no hubiera sido la despreciable gentuza de las calles y de las plazas los que llenaron la sala del banquete de la parábola... los ciegos, los lisiados, los cojos. Como si no supiéramos que el primero en entrar en el Reino siguiendo al Cordero degollado no fue Juan el Bautista, ni san José, ni el profeta Elías, ni tampoco Abrahán y Moisés, sino, sin duda, inmediatamente después de Adán y Eva (el honor les correspondía a ellos, a los «progenitores», ciertamente), el ladrón-asesino que, colgado en la cruz que había junto a la del Salvador, olvidaba su homicidio y sus robos para no pensar más que en la misericordia de su

Vecino-Dios. Y oye que le responde con tono calmado y dulce: «Hoy, antes de que se ponga el sol, estarás conmigo en el jardín de Dios». Tenemos la cabeza demasiado dura para comprender todo esto y el corazón todavía más duro para poder aceptarlo. Así, nos negamos, nos replegamos sobre nosotros mismos, nos cerramos al amor: «Excúsame, excúsame...». En el fondo, se trata de falta de serenidad con nosotros mismos... Es una enorme gracia no ponernos coléricos con nosotros mismos, con los otros, y creer, en cambio, en el amor fiel y loco del Dios que viene a salvar lo que estaba perdido (L.-A. Lassus, *Pregare è una festa*, Gribaudi, Turín, 69-72, *passim*; edición española: *La fiesta de la plegaria*, Narcea, Madrid 1989).

El tributo al César

(Mt 22,15-22)

¹⁵ Entonces los fariseos se pusieron de acuerdo para buscar algún motivo de acusación en sus palabras ¹⁶ y le enviaron discípulos suyos con los partidarios de Herodes a decirle:

–Maestro, sabemos que eres sincero, que enseñas con verdad el camino de Dios y que no te dejas influir por nadie, pues no miras las apariencias de las personas. ¹⁷ Dinos, pues, tu parecer: ¿Estamos obligados a pagar tributo al César o no?

¹⁸ Jesús se dio cuenta de su mala intención y les dijo:

–¿Por qué me ponéis a prueba, hipócritas? ¹⁹ Mostradme la moneda del tributo.

Ellos le presentaron un denario, ²⁰ y él les preguntó:

–¿De quién es esta imagen y la inscripción?

²¹ Le respondieron:

–Del César.

Jesús les replicó:

–Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

²² Al oír esto, se quedaron asombrados, lo dejaron y se fueron.

La Palabra se ilumina

El evangelio de Mateo presenta ahora algunas controversias dirigidas por grupos representativos del judaísmo oficial, que buscaban coger a Jesús en fallo con sus mismas palabras, preguntándole sobre cuestiones

cada vez más importantes: el tributo al César, que oponía a los herodianos y los fariseos contra los zelotas; la resurrección de los muertos, que no aceptaban los saduceos; el mandamiento principal, preocupación de los fariseos como judíos observantes. Jesús, interpelado como «maestro» (vv. 16.24.36), les plantea cada vez una pregunta más radical y supera la dificultad resolviendo el problema en un nivel más profundo.

La cuestión que plantean a Jesús sobre si había que pagar o no el tributo al emperador romano era una pregunta muy insidiosa y poseía un doble valor: político y religioso. Los rabinos discutían, efectivamente, sobre si en conciencia, ante Dios (v. 16), era o no lícito pagar semejante impuesto. Sin embargo, a los interlocutores de Jesús no les movía más que la intención de encerrarle en un dilema: respondiera como respondiera, se habría atraído la ira de una parte de los presentes, los herodianos o los zelotas. En efecto, los primeros, que se mostraban en connivencia con las fuerzas de ocupación, aceptaban el pago del tributo, así como también los fariseos, a condición de mantener cierta libertad religiosa. Los zelotas, por el contrario, habían convertido en un deber moral no someterse al tributo.

La respuesta de Jesús supera de golpe los niveles de lo «permitido» o de lo «prohibido». Él no se inclina ni por la resignación al orden constituido, por otra parte injusto, ni por su rechazo. Para empezar, pone a sus interlocutores frente a su propia maldad, más precisamente frente a su hipocresía, que consiste aquí en fingir estar preocupados por una cuestión de actualidad, cuando, en realidad, sólo quieren perjudicar a Jesús. Él, haciendo que le muestren un denario con la efigie del emperador, que se consideraba y se hacía considerar como Dios, plantea una contrapregunta: «¿De quién es esta imagen y la inscripción?» (v. 20). La conclusión que extrae de ahí –«Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (v. 21)– es muy simple (como la

verdad) y con ella Jesús logra conjugar la opción pragmática de pagar los tributos al emperador con la opción religiosa de la fidelidad a Dios.

Lo que pertenece al César en el contexto inmediato está muy claro: el dinero, símbolo del poder político y administrativo. Lo que pertenece a Dios se puede determinar a partir de la misma enseñanza de Jesús: «Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (cf. Dt 6,4s; Mt 22,37). La entrega plena a Dios como único Señor no admite compromisos ni interferencias.

La Palabra me ilumina

«Al oír esto, se quedaron asombrados, lo dejaron y se fueron» (v. 22). Una reacción extraña. Prueba evidente de que no iban de buena fe, pues de otro modo, en vez de dejarle, le habrían seguido con entusiasmo. En efecto, con su respuesta, Jesús no resuelve tanto un problema práctico como recuerda al hombre su dignidad más profunda: por haber sido creado a imagen de Dios, pertenece a Dios, y Dios lo reivindica para él. Ahora bien, el pecado ha desfigurado la imagen. Cristo, con su muerte y resurrección, nos ha liberado de la sujeción al maligno, para que pueda resplandecer de nuevo en nosotros la efigie de gloria del Padre y cada rostro humano vuelva a ser un icono de su rostro de luz.

A la liberación llevada a cabo por Cristo debe unirse nuestra respuesta libre y activa. A saber, es preciso que aprendamos a vivir en la libertad de los hijos, que es la libertad del verdadero amor, que se hace don para los otros. Sin embargo, es muy fácil dejarse someter por mil señores.

Así como los interlocutores de Jesús se acercaron a él no para dejarse guiar por el camino de la vida, sino para

ponerle una pregunta trampa, así también nosotros indagamos muchas veces sobre las verdades de la fe o de la moral no movidos por el sincero deseo de crecer como hijos de Dios, sino buscando pretextos para alejarnos de Jesús, para justificar nuestros rechazos a las exigencias de una auténtica conversión y de un fiel seguimiento.

Con suma frecuencia nos dejamos sofocar y enredar por mil preocupaciones o pseudoproblemas que se agigantan de manera desmesurada si intentamos resolverlos con criterios puramente humanos o con cálculos egoístas, mientras que se resolverían con una gran simplicidad a la luz del Evangelio y con la lógica de la fe. Sólo a la luz de Cristo encuentra todo su justa ubicación y proporción. Si estamos con él, nos ponemos de parte de quien no está condicionado por nada ni por nadie, sino que es capaz de ser siervo de todos; se trata de esa libertad que sólo se encuentra –paradójicamente– perdiéndose por amor, poniendo a Dios y a los hermanos en primer lugar, porque ése es el verdadero orden que debemos respetar.

Cuando, por el contrario, intentamos evitar a Jesús, cogerle en fallo, nos encaminamos por una senda que muy pronto se nos revelará terriblemente sórdida: por muchos encuentros que podamos tener, ningún rostro humano será ya para nosotros reflejo del rostro de Dios, sino únicamente «imagen del César». Es la triste realidad de un mundo en el que las relaciones entre los hombres están determinadas por los intereses del dinero o del poder.

La Palabra se convierte en oración

Crea en nosotros, oh Padre, un corazón sencillo que reciba con alegría tu Palabra, para que todos nuestros pasos los demos a su luz. Llénanos de tu Espíritu, para que con un amor siempre creciente sigamos a tu Hijo y

nos configuremos con él. Que nuestra vida resplandezca por su espíritu de servicio y por una entrega plena a nuestros hermanos, pero se distinga también por esa libertad que nos capacita para no bajar nunca a entrar en componendas con el mundo, ni anteponer nada a tu amor. Haz de nosotros una imagen viva de tu rostro de luz; haznos una moneda tuya en la que estén grabadas la alegría y la admiración de pertenecerte.

La Palabra en el corazón de los Padres

Al decir de algunos, las palabras del Salvador tienen sólo un sentido literal puro y simple: «*Dad al César lo que es del César*», es decir, pagad los impuestos que debéis pagar. Ahora bien, ¿quién de nosotros se opone al pago del impuesto debido al César? Este pasaje tiene, por tanto, en sí un misterio y un significado escondido.

Hay dos imágenes en el hombre: una es la que el hombre recibió de Dios en tiempos de la creación, como dice el Génesis: «*A imagen y semejanza de Dios*» (Gn 1,27); la otra es la imagen del hombre *terrestre* (1 Cor 15,49), que recibió más tarde a causa de su desobediencia y de su pecado, cuando fue expulsado del paraíso, seducido por las lisonjas del príncipe de este mundo. Así como una moneda, o un denario, lleva la efigie del emperador del mundo, así el que realiza las obras del príncipe de las tinieblas lleva la imagen de aquel cuyas obras realiza. Y Jesús ordena restituir esta imagen y arrancarla de nuestro rostro para recuperar aquella según la cual fuimos creados a semejanza de Dios en el origen. Así es como damos al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Y Pablo ha dicho en el mismo sentido: «*Y así como llevamos la imagen del terrestre, llevaremos también la imagen del celestial*» (1 Cor 15,49). Las palabras «*dad al César lo que es del César*» significan, pues: abandonad la imagen del hombre terrestre, rechazad la imagen terrestre para tomar la figura del hombre celeste.

Levantémonos, pues, y pidamos a Dios que seamos dignos de ofrecerle sus dones, porque él nos los restituirá y, en vez de los bienes terrenos, nos concederá los del cielo en Cristo Jesús, a quien pertenecen la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (Orígenes, *Homilías sobre Lucas*, 39, 4-7).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repítese a menudo y vive esta Palabra:

«Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21).

Caminar con la Palabra

Los cristianos, unidos a Cristo e insertados en la Iglesia, se encuentran, ciertamente, inmersos en todos los ámbitos y en cada pliegue de la sociedad, pero deben hacerlo siguiendo su propia originalidad e identidad: «como cristianos», como ciudadanos del mundo, fieles al Evangelio, guiados por la conciencia cristiana. Éste es su modo de estar en el mundo al servicio del Reino de Dios. La vocación de los cristianos es ser «alma del mundo». ¿Cómo podemos vivir esta vocación hoy, en nuestra sociedad? ¿Cómo podemos fermentarla, hacerla más verdadera y visible? Permaneciendo dentro como levadura que hace fermentar la masa (cf. Mt 13,33). Infundiendo en ella sabor y fragancia, con una conducta irreprochable, que es capaz de interrogar y contagiar, de suerte que hasta los que no creen se sientan atraídos y todos intuyan que vivir según el Evangelio es el modo más hermoso y más «ventajoso» que existe, porque respeta y promueve, más que cualquier otro, la dignidad de cada persona, hace habitable la tierra y favorece una convivencia en la justicia y en la paz.

La verdad del Evangelio pide ser atestiguada en aquellos lugares donde viven, sufren, gozan y mueren los hombres y las mujeres. Pide ser atestiguada en la familia, así como en el mundo de la escuela y en el del trabajo; tanto en la economía como en la política; tanto en la administración de justicia como en el

uso de los bienes naturales y ambientales... Aquí se vuelve más urgente la dimensión misionera, porque precisamente aquí, en los diferentes ambientes de la vida profesional y social, extiende mayormente la cristianización sus tentáculos y la sociedad se esfuerza por organizarse públicamente sin hacer referencia a la herencia cristiana y, con frecuencia, perdiendo y renegando hasta de los mismos valores humanos. Hoy más que nunca, hay una enorme necesidad de hombres nuevos, de cristianos verdaderos, de personas dotadas de un corazón grande y generoso, las cuales, con la sola fuerza del Evangelio, intenten «convertir la conciencia personal y al mismo tiempo colectiva de los hombres» (*Evangelii nuntiandi*, 18) (D. Tettamanzi, *Mi sarete testimoni*, Centro Ambrosiano, Milán 2003, 164-167, *passim*).

La resurrección de los muertos

(Mt 22,23-33)

²³ Aquel mismo día se le acercaron unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:

²⁴ –Maestro, Moisés dijo: Si alguno muere sin tener hijos, su hermano se casará con la viuda para dar descendencia al hermano difunto. ²⁵ Pues bien, había entre nosotros siete hermanos, y el primero, que estaba casado, murió. Al no dejar descendencia, su mujer se casó con su hermano. ²⁶ Y pasó lo mismo con este segundo y con el tercero, hasta los siete. ²⁷ La última en morir fue la mujer. ²⁸ En la resurrección, ¿de cuál de los siete será mujer, si todos estuvieron casados con ella?

²⁹ Jesús les respondió:

–Estáis equivocados. No comprendéis las Escrituras ni el poder de Dios. ³⁰ Porque cuando resuciten, ni ellos ni ellas se casarán, sino que serán como ángeles en el cielo. ³¹ Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os dijo Dios: ³² Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos.

³³ Y la gente que estaba escuchando se quedó admirada de su enseñanza.

La Palabra se ilumina

El círculo de la hostilidad se va estrechando en torno a Jesús: tras los fariseos y los herodianos, «*aquel mismo día*», también los saduceos se adelantan para burlarse del Maestro. De esta secta, políticamente influyente y comprometida con el poder romano, procedían los sumos sacerdotes. Ateniéndose exclusivamente a la

tradición escrita más antigua, en particular al Pentateuco, rechazaban la fe en la resurrección de los muertos compartida por los fariseos y por el pueblo (cf. Jn 11,24) y atestiguada por textos más recientes de la Escritura, además de por la tradición oral (Dn 12,2s; 2 Mac 7,9). Éstos presentan, pues, a Jesús el caso paradójico de una mujer que fue dada como esposa a siete hermanos sucesivamente, pereciendo todos ellos sin dejar descendencia. La cuestión que los saduceos plantean con sarcasmo (v. 28) deja entrever su mezquino horizonte materialista, así como la discutible concepción de otros que, evidentemente, entendían la vida eterna como una prolongación infinita del presente.

La respuesta de Jesús es clara. En primer lugar, desenmascara los errores fundamentales de sus interlocutores, su ignorancia de la Escritura y, en consecuencia, la falta de un auténtico conocimiento de Dios; después resuelve el caso que le proponen haciéndoles comprender que la condición de los resucitados es completamente distinta a la actual. Por último, Jesús refuta la incredulidad de los saduceos sobre la resurrección de la carne con una argumentación tomada del Pentateuco, que ellos aceptaban, y basada en la teología de la Alianza: si Dios elige vincularse a alguien con un pacto de amistad, ese pacto debe ser, como Dios, eterno: en consecuencia, tampoco el amigo de Dios se puede disolver en la nada. El hombre, llamado a la comunión con el Señor, participa de su condición divina con la transfiguración de todo su propio ser. La respuesta de Jesús no puede más que dejar asombrada a la gente, que constata la autoridad de su doctrina tanto en las cuestiones contingentes (v. 22) como en las espirituales.

La Palabra me ilumina

«No es Dios de muertos, sino de vivos» (v. 32). Podemos bendecir, verdaderamente, a nuestro Salvador, que

nos ha mostrado y abierto el horizonte último de la vida: sólo esto, en efecto, da plenitud de significado al tiempo presente, en cada uno de sus instantes. La provocación de los saduceos nos ha obtenido de Jesús una palabra clara como la aurora de la Pascua, pregnante como la misteriosa consistencia del cuerpo del Resucitado. Porque «si la vida va hacia la nada, vivimos ya ahora para nada. En cambio, si me encamino hacia la vida eterna, en cierto modo la eternidad ya es ahora mía» (Giacomo Biffi). No, no estamos encaminados hacia la nada: Jesús lo afirma hoy de una manera decidida. El que nos ha suscitado a la existencia nos llama ya desde ahora a la comunión con él, y él mismo se encargará de hacerla perfecta. Sin embargo, es necesaria nuestra plena disponibilidad, es decir, la entrega incondicionada del amor. Éste es un lenguaje incomprensible para los que, como los saduceos, se han instalado cómodamente en los intereses de este mundo.

Es preciso hacernos constantemente de nuevo *extranjeros y peregrinos en la tierra*, como hombres y mujeres que tienden hacia la patria celestial como Abraham, Isaac y Jacob (cf. Heb 11,13ss). Esa perspectiva no priva de alegría a la existencia; es más, la libera de la angustia producida por la precariedad de las cosas. Éstas pasan, es verdad, en cuanto que constituyen la escena de este mundo, pero el amor del que proceden perdura, y en él todo subsiste. Por eso, «*el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*» (1 Jn 2,17) y goza ya desde ahora orientando también hacia la eternidad todas las realidades transitorias.

La Palabra se convierte en oración

Oh Dios, Padre eterno, en ti está la fuente de la vida y hacia ti refluye todo lo creado. Te suplicamos: tú que por amor nos llamaste a la existencia y nos quieres unidos perennemente a ti en el amor, mantén despierto en no-

sotros el sentido de la eternidad, para que los hermanos puedan descubrir en nuestro vivir y en nuestro obrar cotidiano la alegría de las realidades que no perecen.

La Palabra en el corazón de los Padres

La muerte es siempre grande, profunda y oscura, como un océano nocturno, y la mayor parte de los hombres rehúye detener en ella su pensamiento, por no tener en su propia razón suficiente luz para no quedar aterrorizados [...] Pero agradezcamos a nuestra religión que no sólo suprima el angustioso miedo que rodea el misterio de la muerte, sino que nos eduque igualmente para considerarla con un sincero realismo y a extraer de ella las enseñanzas indispensables para evaluar bien todo lo que forma parte de nuestro tránsito en el tiempo. La religión convierte la muerte en una lámpara: ella ilumina lo que basta a los problemas de la supervivencia del hombre más allá de su fin temporal, de suerte que esta vida temporal no quede cegada por la duda y desconcertada por la desesperación, sino que adquiera, por el contrario, su sentido escatológico y su pleno significado. Ahora bien, ¿cómo encender esta lámpara, es decir, cómo dar a la muerte un poder de luz, siendo que la muerte es de por sí la gran tiniebla y nuestra suprema enemiga (cf. 1 Cor 15,26)? Este prodigioso encendido es posible –más aún, fácil– para el cristiano que considera la muerte en el marco de las nuevas relaciones que Cristo ha establecido entre nosotros y él, y, por su mediación, entre Dios y nosotros.

La fe nos dirá que Cristo, vida él mismo (cf. Jn 11,25; 14,6), ha insertado nuestra humilde, efímera y corruptible vida en la divina.

Y la esperanza, fundada en la bondad desbordante de Dios y en la misericordia que nos ha obtenido Cristo, nos garantiza poder merecer la fortuna esperada, y aplacará la rebelión de nuestro dolor.

Y, finalmente, la caridad [...] nos hará entrever la mano activa del Padre, aun cuando su gesto misterioso sea para nosotros un desgarramiento muy acerbo; nos enseñará a conectar nuestra muerte con la de Cristo, con su inmolación infinitamente amorosa y a convertirla en una oblación humilde y magnánima; y con muchas otras lecciones nos amonestará para ver en la muerte una invitación que obliga a la bondad humilde, sabia, solícita, generosa; y esto no sólo para nuestra conversión, sino también para ventaja ajena, es decir, para el sufragio de aquellos a quienes la muerte corporal ha separado físicamente de nosotros, pero no los ha sustraído a la circulación de la caridad (Pablo VI, *Discursos*, 2 de noviembre de 1966).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22,32).

Caminar con la Palabra

La libertad de plantearse las «preguntas que cuentan» constituye un requisito previo indispensable de toda vida que sea verdaderamente racional. Quien se niega esta libertad fundamental comete una especie de suicidio espiritual. Ahora bien, los «eternos problemas» tienen como característica, además de la de ser ineludibles, la de tener como respuesta universal un «dilema»; dos hipótesis contradictorias entre sí que, en conjunto, agotan todos los casos posibles, de modo que en una o en otra se debe encontrar necesariamente la verdad.

El hombre se plantea el problema del «antes» y el problema del «después» frente a su propia existencia.

¿Qué hay a mis espaldas? Reflexionando bien, las respuestas posibles son dos y sólo dos: o está el azar o un acto de decisión inteligente.

¿Qué hay después de la muerte? Tras descartar todas las hipótesis que son provisionales en sí mismas y, por consiguiente, remiten a resoluciones posteriores, las salidas pensables son dos y sólo dos: o está la aniquilación o está la vida eterna. Es extraordinario ver cómo tantos espíritus que se consideran fuertes y exentos de prejuicios se dan por satisfechos, al menos en apariencia, con afirmaciones románticas y vacías, como las que hablan de una permanencia del individuo en una realidad más amplia, como la naturaleza, la patria, la clase obrera, la humanidad besada por el «sol del futuro». Si no hay individuo, no hay supervivencia: es pura y simple frustración, aunque la llamemos con nombres más acariciadores y menos importunos.

Aunque formal y directamente se refiera al «después», este dilema determina mi actual firmeza y el sentido de mis días terrenos. Si la meta es la nada, la nada es desde ahora, más allá de las variopintas apariencias, la única «realidad»; si la vida va hacia la nada, vivimos ya ahora para nada. En cambio, si me encamino hacia la vida eterna, en cierto modo la eternidad ya es ahora mía.

Sería bueno señalar que ninguna de las dos perspectivas corresponde a mi medida ni suscita mi pacífica y natural complacencia: la aniquilación me repugna y el solo hecho de pensar en ella provoca un escalofrío de horror en todas mis fibras íntimas. Pero también la vida eterna me espanta y, en cuanto consigo considerarla un poco, me quedo sin respiración. De modo que me encuentro suspendido entre una absurda expectativa de la nada y una expectativa trascendente y turbadora del todo y del siempre.

La hipótesis «horrenda» de la aniquilación tendría como única respuesta existencial posible la desesperación, que corroería e intoxicaría ya desde ahora todos mis momentos de paz interior y de alegría, de compromiso con cualquier causa y trabajo. La persuasión «excesiva» de la vida eterna tiene como respuesta existencial la tensión y la confianza sobrenatural que componen la «esperanza teológica».

Lo que de todos modos me está vedado es la obtusa serenidad del pájaro de los bosques, que no sabe si «más allá de picar, cantar, amar, hay alguna otra felicidad». Yo sí lo sé. Yo sé que me está esperando o la aniquilación o la existencia eterna...

El hombre se encuentra, por tanto, en la bifurcación entre el absurdo y el misterio. O, si se quiere, todo el discurso es una demostración por «reducción al absurdo» de que la única actitud espiritual conciliable con la supervivencia de la racionalidad es la de disponerse a acoger el misterio (G. Biffi, *La bella, la bestia e il cavaliere*, Jaca Book, Milán, 44-45.48-50.59, *passim*; edición española: *La bella, la bestia y el caballero. Ensayo de teología inactual*, Encuentro, Madrid 1987).

El mandamiento más importante; Hijo de David y su Señor (Mt 22,34-46)

³⁴ Cuando los fariseos oyeron que había tapado la boca a los saduceos, se reunieron ³⁵ y uno de ellos, experto en la ley, le preguntó para ponerlo a prueba:

³⁶ –Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?

³⁷ Jesús le contestó:

–*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.* ³⁸ Éste es el primer mandamiento y el más importante. ³⁹ El segundo es semejante a éste: *Amarás al prójimo como a ti mismo.* ⁴⁰ En estos dos mandamientos se basa toda la ley y los profetas.

⁴¹ Cuando estaban reunidos los fariseos, Jesús les preguntó:

⁴² –¿De quién pensáis que es hijo el Mesías?

Contestaron:

–De David.

⁴³ Jesús les arguyó:

–Entonces, ¿cómo es que David, inspirado por el Espíritu, le llama señor cuando dice:

⁴⁴ *Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha
hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies?*

⁴⁵ Si David le llama Señor, ¿cómo puede ser el Mesías su hijo?

⁴⁶ Nadie podía responderle, y desde aquel día nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

La Palabra se ilumina

Mateo inserta la discusión sobre el mandamiento más importante de la ley en el contexto de la polémica acontecida en Jerusalén con los jefes del pueblo. Las diversas facciones, divididas por motivos religiosos y políticos, concordaban en la oposición a Jesús y se aproximan en el intento de cogerle en fallo (vv. 34s). Así pues, los fariseos *se reunieron* para plantear una cuestión controvertida, cuya respuesta habría de dejar, inevitablemente, descontenta a una parte del auditorio. En efecto, en aquella época se distinguían 613 preceptos en la ley; de ellos, 365 eran negativos y 248 positivos. Si bien se reconocía que el fulcro estaba en el mandamiento del amor a Dios, proclamado varias veces al día en la oración de *Shema'*, se atribuía, no obstante, a otros mandamientos la misma importancia, y los rabinos más rígidos rechazaban incluso la distinción entre preceptos mayores y menores.

La respuesta de Jesús es, una vez más, clara, perfectamente insertada en el surco de las Escrituras y, sin embargo, sorprendente: existe una jerarquía entre los mandamientos, y el del amor a Dios es el primero absolutamente. Sin embargo, «*el segundo es semejante a éste*» (v. 39), es decir, que lo reproduce en el plano de la convivencia humana, comprobándolo en la práctica. Éstos son los dos pilares que sustentan las Escrituras. Tras haber respondido a las diferentes cuestiones suscitadas por los adversarios, Jesús plantea, a su vez, una pregunta inquietante, una pregunta que pone en crisis la concepción corriente del Mesías como descendiente de David destinado a una realeza político-militar. Jesús, adoptando el estilo característico de las discusiones rabínicas, demuestra que el Mesías no puede tener un origen y una misión puramente humanos (v. 45). El silencio de los fariseos es la respuesta más elocuente a la pregunta de Jesús.

La Palabra me ilumina

La Palabra de Dios no se nos dirige como tema de conversación o de diatriba, sino como huella de vida que se plasma en todos los aspectos de la existencia, dejándonos la indicación del camino que debemos seguir. Hoy se nos ha manifestado cuál es el signo luminoso que nos impulsa a avanzar constantemente: el amor. Jesús declara que el amor es mucho más que un vago sentimiento, que una emoción o un impulso pasajero; es una realidad que implica a toda la persona humana: espíritu, voluntad, intelecto y sensibilidad.

Todas estas facultades del hombre deben estar orientadas por completo al amor a Dios, puesto que nos han sido dadas como don en vistas a una plena comunión con él. En consecuencia, si el Señor nos manda amar, es porque nos ha creado con este fin y nos ha dado la posibilidad de hacerlo con una medida que va infinitamente más allá de nuestras capacidades naturales: «*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado*» (Rom 5,5).

La vida diaria tiene mil imperativos: Jesús nos invita a reconocer entre ellos aquel para el que hemos sido creados y en cuyo cumplimiento consiste nuestra realización: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente. Sólo unificando todas nuestras energías en esta dirección llegaremos a ser plenamente lo que somos. Ahora bien, precisamente porque debe implicar a todo el ser, el amor a Dios tiene una continua comprobación concreta en las personas y en las situaciones que abordamos. Por esa razón puede afirmar Jesús que el segundo mandamiento es semejante al primero: porque lo expresa en la práctica de la vida diaria.

Jesús nos enseña a sintetizar y a tender a lo esencial. Ahora nos corresponde a nosotros decidir si queremos la huella divina que se nos ha mostrado para vivir como

verdaderos hijos de Dios o si queremos limitarnos a discutir sobre ello.

La Palabra se convierte en oración

Jesús, Hijo de Dios, tú eres el Señor de la vida y el único que puede indicarnos la meta y el camino. Concédenos obedecer el mandamiento del amor que nos hace hombres y mujeres auténticos, conformes al proyecto del Padre. Enséñanos a honrar en cada hermano tu divina presencia y a servir a cada uno con tu misma caridad, para realizar, ya desde ahora, la eterna comunión de amor para la que hemos sido creados.

La Palabra en el corazón de los Padres

Yo, Señor, sé con certeza que os amo, y no tengo duda en ello. Heristeis mi corazón con vuestra Palabra y luego al punto os amé. Además de esto, también el cielo, la tierra y todas las criaturas que en ellos se contienen por todas partes me están diciendo que os ame y no cesan de decírselo a todos los hombres, de modo que no puedan tener excusa si lo omiten.

Pero el más alto y seguro principio de ese amor es que vos usáis con ellos vuestra misericordia, haciendo que os amen aquellos con quienes habéis determinado ser misericordioso. Concedéis por vuestra piedad que os tengan amor los que por misericordia vuestra teníais escogidos para que os amaran, sin lo cual serían inútiles las voces con las que el cielo y la tierra se explican incessantemente en vuestras alabanzas, como si las dijieran a los sordos.

Pero ¿qué es lo que yo amo cuando os amo? No es hermosura corpórea, ni bondad transitoria, ni luz material agradable a estos ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones, no la gustosa fragancia de las flores, ungüentos o aromas; no la dulzura del maná o la miel,

ni finalmente deleite alguno que pertenezca al tacto o a otros sentidos del cuerpo.

Nada de eso es lo que amo cuando amo a mi Dios; y no obstante eso, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar y un cierto deleite cuando amo a mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi alma. Resplandece entonces en mi alma una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebatara el tiempo; se siente una fragancia que no la esparce el aire; se recibe gusto de un manjar que no se consume comiéndose; y se posee estrechamente un bien tan delicioso que, por más que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por fastidio. Pues todo esto es lo que amo cuando amo a mi Dios (Agustín de Hipona, *Las confesiones*, X, 6, 8).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. [...] Amarás al prójimo como a ti mismo» (Mt 22,37.39).

Caminar con la Palabra

El grado más bajo de la caridad es el respeto, y el primer grado del respeto al otro es el respeto a su vida. Respeto a la dignidad, respeto a los derechos, respeto a las conveniencias, respeto a las conciencias, respeto a la libertad... Hay que respetar todas las ramas del respeto, pero si se arranca la raíz, sólo quedan palabras, y la raíz es la humilde vida del prójimo. ¡Oh, amigos míos, si, tal como exige la lógica, se pudiera poner el respeto a la vida humana como fundamento de toda política, de toda moral, de toda institución social! ¡Qué revolución resultaría o, mejor, qué renovación y qué conversión!

El grado más elevado de la caridad es el amor al enemigo. ¿Comprendéis? ¿Sabéis lo que es el amor? ¡Bien! ¿Y sabéis lo

que es el enemigo? Sí, el enemigo, sí, justamente ese ser que está ahí. Y ahora estrujaos un poco el cerebro para poner juntas las dos cosas. ¿Lo conseguís? No, no lo conseguís de ninguna manera. Es como pedirlos que encontréis blanco el negro y redondo el cuadrado. Yo amo a los que me gustan, amo a los que sienten y piensan como yo, a los que estimo y admiro... ¿Acaso no tengo derecho? Tenéis derecho a amar a vuestros amigos y a hacerles todo el bien que queráis, pero ¿y a los otros? Sí, a los otros, porque es aquí donde empieza el deber ¿Qué deber? El de amar al prójimo. ¿Quién es mi prójimo? Cualquier persona, ese que se encuentra ahí. ¿Queréis una indicación más completa? Ese que no tiene nada para gustarme, ese que no es nada para mí, ese que no se me impone ni arrebató mi admiración; en pocas palabras, ese al que, con razón o sin ella, no amo. ¡A ese es al que debo amar como a mí mismo! Pero ¿por qué no puedo contentarme con amar a los que amo y debo esforzarme en amar a los que no amo? Porque aquellos a los que amas son todavía tú, mientras que aquel a quien no amas es verdaderamente el Otro. ¿Y por qué debo amar al Otro? Para salir de la prisión, para no morir, para tener la vida eterna. ¿Salir de qué prisión? De la prisión del yo. Y los muros de esta prisión son los otros, porque es contra ellos contra quienes choco. Allí donde comienzan ellos, acabo yo. No puedo ir al lugar donde ellos están. No puedo ser lo que ellos son. Me aprietan por todas partes. Empujo, para ganar un poco de espacio, pero todos hacen lo mismo y nos aplastamos. Es preciso salir de ahí para no morir. Los otros son mi muerte. ¿Qué es la muerte? La separación. Pero la vida es unir en mí todo lo que me pertenece; en consecuencia, unirme yo mismo a otros es magnificar la vida. En cuanto amo, se abre una ventana. Se comparten las penas y se multiplican las alegrías. He entrado en el país de la vida. Y el amor es Dios, con cualquier nombre que le llames, y aunque no se le nombre (L. del Vasto, *Introduzione a la vita interiore*, Jaca Book, Milán 1989, 251-254, *passim*; edición española: *El umbral de la vida interior*, Sígueme, Salamanca 1989).

Invectivas y lamento por Jerusalén (Mt 23,1-39)

¹ Entonces Jesús, dirigiéndose a la gente y a sus discípulos, les dijo:

² -En la cátedra de Moisés se han sentado los maestros de la ley y los fariseos. ³ Obedecedles y haced lo que os digan, pero no imitéis su ejemplo, porque no hacen lo que dicen. ⁴ Atan cargas pesadas e insoportables, y las ponen a las espaldas de los hombres, pero ellos no mueven ni un dedo para llevarlas. ⁵ Todo lo hacen para que los vea la gente: ensanchan sus filacterias y alargan los flecos del manto; ⁶ les gusta el primer puesto en los convites y los primeros asientos en las sinagogas; ⁷ que los saluden por la calle y los llamen «maestros». ⁸ Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar «maestro», porque uno es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. ⁹ Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra; porque uno sólo es vuestro Padre: el del cielo. ¹⁰ Ni os dejéis llamar preceptores, porque uno sólo es vuestro preceptor: el Mesías. ¹¹ El mayor de vosotros será el que sirva a los demás. ¹² Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

¹³ ¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que cerráis a los demás la puerta del Reino de los Cielos! Vosotros no entráis, y a los que quieren entrar no les dejáis.

¹⁵ ¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un discípulo y cuando llega a serlo lo hacéis merecedor del fuego eterno, el doble peor que vosotros!

¹⁶ ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: «Jurar por el santuario no compromete, pero si uno jura por el oro del santuario queda comprometido!». ¹⁷ ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro o el santuario que santifica el oro? ¹⁸ También de-

cís: «Jurar por el altar no compromete, pero si uno jura por la ofrenda que hay sobre él queda comprometido». ¹⁹ ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda o el altar que la santifica? ²⁰ Pues el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que hay encima; ²¹ el que jura por el santuario, jura por él y por quien lo habita; ²² el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está sentado en él.

²³ ¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe! Hay que hacer esto sin descuidar aquello. ²⁴ ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!

²⁵ ¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera el vaso y el plato, mientras que por dentro siguen llenos de rapiña y ambición! ²⁶ ¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro el vaso, para que también por fuera quede limpio!

²⁷ ¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados: por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muerto y podredumbre! ²⁸ Lo mismo pasa con vosotros: por fuera parecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de maldad.

²⁹ ¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los mausoleos de los justos! ³⁰ Decís: «Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros antepasados, no habríamos colaborado en la muerte de los profetas». ³¹ Pero lo que atestigüáis es que sois hijos de quienes mataron a los profetas. ³² ¡Colmad también vosotros la medida de vuestros antepasados! ³³ ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo escaparéis a la condenación del fuego eterno?

³⁴ Pues bien, yo os envío profetas, sabios y maestros de la ley. A unos los mataréis y crucificaréis; a otros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad.

³⁵ Así os hacéis responsables de toda la sangre inocente vertida sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el santuario y el altar. ³⁶ Os aseguro que todo esto le sucederá a esta generación.

³⁷ ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas y no has querido! ³⁸ Pues bien, vuestra casa quedará desierta.

³⁹ Os digo que ya no me veréis más hasta que digáis: «*Bendito el que viene en nombre del Señor*».

La Palabra se ilumina

Mateo recoge en este capítulo los dichos polémicos contra los escribas y los fariseos que los otros sinópticos refieren en diferentes contextos. De este modo, el evangelista, en los umbrales del relato de la pasión, pone de relieve la divergencia, que ahora se ha vuelto insuperable, entre la mentalidad farisaica y la enseñanza de Jesús. Por otra parte, el fragmento deja aparecer la ruptura definitiva entre la Iglesia y la sinagoga, así como la naciente tendencia de los discípulos a asumir modelos de comportamiento contrarios a la doctrina evangélica. El capítulo se articula en tres partes: en primer lugar, aparece una amonestación de Jesús dirigida *a la gente y a sus discípulos*, para invitarles a respetar la doctrina de los intérpretes autorizados de la ley (v. 2) y para que se guarden también de su incoherencia, vanagloria y ambición (vv. 1-12).

Sigue un apóstrofe de tono profético dirigido contra los maestros de la ley y los fariseos, con una serie de siete «*ay de*». No se trata de una amenaza, sino más bien de la exclamación acogojada de quien, al ver acercarse el castigo de una manera ineludible, dirige la última llamada vehemente a la conversión. Jesús censura en particular la estrechez de los fariseos, que entran en polémicas sobre la ley para plegarla a sus propios intereses y, mientras la vacían de su significado, ostentan una observancia escrupulosa con el objetivo de suscitar admiración en los otros (vv. 16-32).

La perspectiva de condena que sigue a los siete *ayes* recupera el estilo encendido de la predicación del Bautista (3,7): Jesús no ha venido a juzgar, sino a salvar; sin embargo, ahora, al final de su ministerio, muestra cuál será el desenlace del obstinado rechazo de la salvación

por parte de los jefes del pueblo (vv. 33-36) y de la ciudad santa. Esta predicción está cargada de sufrimiento y de un amor muy tierno, como revela la lamentación por Jerusalén con la que concluye el capítulo. Con todo, en las tinieblas de la historia se entrevé un rayo de esperanza: llegará un día en el que el pueblo de Israel, que rechazó a Cristo, lo recibirá con exultación como «*el que viene en nombre del Señor*» (v. 39).

La Palabra me ilumina

La reprimenda contra la hipocresía de los maestros de la ley y los fariseos es un aviso severo y acongojado que Jesús dirige a sus discípulos, a nosotros. La ambición, la vanagloria y el formalismo constituyen, en efecto, la carcoma que puede corroer las más nobles intenciones de servicio al Señor y a los hermanos. Si dejamos espacio a estas tendencias, el culto se convierte en idolatría del yo, la interpretación de la Palabra se pliega a los propios fines y el cumplimiento escrupuloso de algunos preceptos puede cubrir la transgresión de mandamientos mucho más importantes. Jesús nos invita vigorosamente a la autenticidad, es decir, a la humildad, que es la única que nos guía a reconocer con alegre libertad de corazón la nada que somos y el todo que recibimos en cada instante del único Padre del cielo, del único Maestro, Cristo. Ser el siervo de todos, con el deseo de configurarse con Jesús, Siervo sufriente por nuestra salvación: ése es el imperativo para quien ejerce una autoridad en la Iglesia.

El cristiano que aspira a crecer y a progresar debe tener muy claro que la grandeza del discípulo no será diferente a la de su Maestro, que eligió para sí el último sitio y llevó a cabo su misión en medio de la ignominia y con un aparente fracaso.

El Evangelio nos encuentra siempre faltos y necesitados de conversión; precisamente por eso se nos ofrece,

para que podamos dirigir de nuevo la mirada a nuestro humildísimo Salvador, desenmascarando las ambiciones y las modalidades de hipocresía que se insinúan también en nosotros, discípulos que querrían hacerse pasar por maestros sin haber abrazado todavía la cruz, sin haber emprendido todavía el camino del servicio hasta la consumación del don de nosotros mismos en la caridad.

La Palabra se convierte en oración

Oh Cristo, nuestro único Maestro, renueva a tu imagen nuestro ser y nuestro obrar. Crea en nosotros un corazón humilde y puro, que desee únicamente servir a Dios y a los hermanos con una caridad sin ficción y sin medida. Danos la certeza de que sólo por este camino te encontraremos a ti, que viniste en nombre del Señor para hacerte Siervo sufriente a fin de rescatarnos de toda vanidad.

La Palabra en el corazón de los Padres

Que cada uno de nosotros se acuse y se reprenda a sí mismo –y no a Adán– por cualquier pecado en el que caiga, y cada uno de nosotros muestre una penitencia digna, si quiere conseguir de verdad la vida eterna en el Señor. Sin embargo, si no queréis y permanecéis en vuestro endurecimiento, esto es lo que dice el Señor: «*Cuando, en efecto, tiemble la tierra, esté el cielo descompuerto* (cf. Is 13,13) *y se enrolle como un libro* (cf. Is 34,4; Ap 6,14), *quedarán aterrados frente a estas espantosas calamidades*». Los que contradicen, murmuran o hacen todavía peor, ¿cómo se defenderán entonces? ¿Acaso dirán: «No hemos oído», o bien: «Nadie nos ha avisado»? Con razón se les podrá responder: «¡Cuántas cosas os he predicho, oh infelices, y cuántas exhortaciones os he dirigido por medio de los profetas, de los apóstoles, de

todos mis siervos y hasta personalmente! ¿No oíais decir en mis evangelios: «Haced penitencia». Y aunque yo dijera: «*Estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida*» (Mt 7,14), ¿no estabais acaso sobre lechos blandos y buscabais la comodidad en todos? Y cuando os decía: «*El que quiera ser el primero, que sea el último de todos, el esclavo de todos y el siervo de todos*» (Mc 9,35; 10,44; cf. Mt 20,27), ¿no preferisteis acaso los primeros puestos en la mesa y los primeros asientos (cf. Mt 23,6), sitios preeminentes, autoridad, funciones, otros cargos, y acaso no os negasteis a someteros o a servir con humildad de ánimo al que era vil, pobre y rechazado? Por eso os suplico a todos, padres y hermanos espirituales míos, y nunca cesaré de suplicar a vuestra caridad que ninguno de vosotros descuide su propia salvación (Heb 2,3). Según las palabras del Señor, no cesemos de velar y orar (cf. Mt 26,41), hasta que no pasemos a las bienaventuranzas del más allá y no consigamos los bienes prometidos por la gracia y el amor a los hombres de nuestro Señor Jesucristo, a quien corresponde toda gloria por los siglos de los siglos. Amén (Simeón el Nuevo Teólogo, *Le catechesi*, Città Nuova, Roma 1995, 182-202, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Uno sólo es vuestro preceptor: el Mesías. El mayor de vosotros será el que sirva a los demás*» (Mt 23,10b-11).

Caminar con la Palabra

Nada permanece secreto, nada escondido, precisamente nada. En realidad, la humanidad se divide en dos categorías: aquellos cuyas culpas escondidas han salido a la luz y aquellos cuya realidad escondida no ha salido a la luz. A éstos se les llama «morales», honestos; a aquéllos, «inmorales», deshonestos.

Y, en verdad, el sol sólo puede sacar a la luz las acciones, no los pensamientos. Pero nos equivocáramos enormemente si nos contentáramos con esta constatación y continuáramos viviendo tranquilamente –prudentemente– como antes. El sol, la luz, que irrumpe en cada rincón y revela lo que está escondido, se llama Cristo. Y así todo cambia.

Nosotros llevamos una existencia pública, visible, y al lado una existencia oculta, secreta, de pensamientos, sentimientos y esperanzas que nadie llega a conocer; y nos quedaríamos paralizados de terror si supiéramos que todos nuestros pensamientos y todos nuestros sentimientos pudieran ser exhibidos a los ojos de todos.

Y he aquí que, contra toda regla dictada por la discreción, se dice en la Biblia que al final compareceremos ante Cristo con todo lo que somos y hayamos sido, y no sólo ante Cristo, sino también ante los hombres que estén junto a nosotros.

Será Cristo quien juzgue. Será su Espíritu el que discierna entre los espíritus. En consecuencia, sólo cuenta una pregunta: ¿cómo te sitúas respecto a este hombre Jesucristo? Quien aquí abajo haya pasado a su lado sin haber pronunciado su «sí» o su «no» con claridad, en la hora de la muerte, cuando su vida sea pesada en la eternidad, deberá estar frente a él, deberá mirarle a la cara. Y su pregunta será: «¿Has vivido en el amor a Dios y a los hombres, o bien has vivido sólo para ti mismo?» En ese momento no habrá ninguna escapatoria, ninguna excusa, ninguna charla; en ese momento toda la vida quedará al descubierto a la luz de Cristo «*para que cada uno reciba el premio o castigo que le corresponda por lo que hizo durante su existencia corporal*» (2 Cor 5,10) (D. Bonhoeffer, *Memoria e fedeltà*, Qiqajon, Magnano 1995, 226-230, *passim*).

La venida del Hijo del hombre

(Mt 24,1-35)

¹ Jesús salió del templo y, cuando se alejaba, se acercaron sus discípulos para mostrarle las construcciones del templo. ² Él les dijo:

–¿Veis todo esto? Os aseguro que no quedará aquí piedra sobre piedra. ¡Todo será destruido!

³ Estaba sentado en el monte de los Olivos, cuando se le acercaron los discípulos en privado y le dijeron:

–Dinos cuándo ocurrirá esto y cuál será la señal de tu venida y del fin de este mundo.

⁴ Jesús les respondió:

–Cuidad de que nadie os engañe. ⁵ Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: «Yo soy el Mesías», y engañarán a muchos. ⁶ Oiréis hablar de guerras y rumores de guerra. No os alarméis; todo esto tiene que ocurrir, pero aún no habrá llegado el fin. ⁷ Se levantará pueblo contra pueblo y reino contra reino, y habrá hambre y terremotos en diversos lugares; ⁸ todo eso será el comienzo de la gran tribulación. ⁹ Entonces os entregarán a la tortura y os matarán, y todos los pueblos os odiarán por causa de mi nombre. ¹⁰ Muchos estarán en peligro de sucumbir, se traicionarán y se odiarán mutuamente. ¹¹ Surgirán numerosos falsos profetas que engañarán a muchos, ¹² y por la maldad creciente se enfriará el amor de la mayoría. ¹³ Pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará. ¹⁴ Esta Buena Noticia del Reino se anunciará en el mundo entero, como testimonio para todas las naciones. Entonces vendrá el fin.

¹⁵ Cuando veáis instalado en el lugar santo el ídolo abominable y devastador, anunciado por el profeta Daniel (procure

entenderlo el que lee),¹⁶ entonces los que estén en Judea que huyan a los montes;¹⁷ el que esté en la azotea, que no baje a tomar nada de casa;¹⁸ y el que esté en el campo, que no vuelva en busca de su manto.¹⁹ ¡Ay de las que estén encintas y criando en aquellos días!²⁰ Orad para que vuestra huida no sea en invierno o en sábado.²¹ Porque habrá entonces una tribulación tan grande como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora ni volverá a haberla.²² Y si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría; pero, en atención a los elegidos, se acortarán.²³ Entonces, si alguno os dice: «Mira, el Mesías está aquí o allí», no le creáis.²⁴ Porque surgirán falsos mesías y falsos profetas y harán grandes señales y prodigios con el propósito de engañar, si fuera posible, aun a los mismos elegidos.²⁵ Mirad que os prevengo antes de que suceda.²⁶ Así que, si os dicen que está en el desierto, no vayáis; y si os dicen que está en un lugar secreto, no lo creáis.²⁷ Porque como el relámpago sale de oriente y brilla hasta occidente, así será la venida del Hijo del hombre.²⁸ Donde está el cadáver, allí se reunirán los buitres.

²⁹ Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo y las fuerzas celestes se tambalearán.³⁰ Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, y todos los pueblos de la tierra se golpearán el pecho, y verán *al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo*, con gran poder y gloria.³¹ Él enviará a sus ángeles con la gran trompeta, y reunirá de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo a otro del cielo.

³² Fijaos en lo que sucede con la higuera: cuando sus ramas se ponen tiernas y brotan las hojas, conocéis que se acerca el verano.³³ Pues lo mismo vosotros, cuando veáis todo esto, sabed que ya está cerca, a las puertas.³⁴ Os aseguro que no pasará esta generación sin que todo esto suceda.³⁵ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

La Palabra se ilumina

La última sección del evangelio según Mateo está introducida por el discurso escatológico. Éste se encuentra estrechamente unido al relato de la pasión y resurrección de Jesús (cf. 26,1); por otra parte, las referencias al plano histórico inmediato –la predicción

de la caída de Jerusalén (70 d. C.)– se entrelazan aquí continuamente con las relativas al fin de los tiempos. Estas dos características, comunes a todos los sinópticos, nos hacen comprender la hondura teológica de los acontecimientos en cuestión: el rechazo de Jesús por parte de los judíos le ha llevado a la muerte en la cruz y, a su vez, el misterio pascual ha inaugurado el tiempo del fin, el juicio de la historia, del que se convierte en presagio la caída de Jerusalén.

Puesto que la redacción definitiva del evangelio según Mateo es, ciertamente, posterior al año 70 d. C., los dos planos del discurso quedan distinguidos con mayor claridad (v. 3) de lo que sucede en Marcos, y el interés se dirige más bien a los últimos tiempos. El «*fin de este mundo*» (v. 3) estará preparado por *dolores* que son el trabajo necesario para el nacimiento de un mundo nuevo (v. 8): también en el judaísmo se llamaba *dolores* a los pródromos del Reino mesiánico. El largo tiempo del final se caracterizará por cataclismos cósmicos e históricos (v. 7), así como por el desencadenamiento de una persecución contra los discípulos de manera abierta y violenta o bien solapada.

De todos modos, el objetivo será separar de Jesús a sus discípulos apartándolos de su fe y enfriando su caridad (vv. 9-14.24). Jesús pone en guardia a los suyos sobre los signos portentosos y contra las predicaciones que presentan los *falsos cristos* y los *falsos profetas*. El signo de la venida del Hijo del hombre será él mismo, vuelto de improviso visible a todos (vv. 27.30). Jesús, respondiendo a la pregunta de los discípulos (v. 3b), se identifica, pues, de manera implícita con el Hijo del hombre, la misteriosa figura divino-humana que, según el profeta Daniel y otros textos apocalípticos judíos de los que Jesús toma algunos temas, habría de juzgar y concluir la historia (vv. 29.31b). Sin embargo, Jesús subraya el carácter salvífico de su venida gloriosa, así como la imposibilidad de establecer su momento preci-

so. De ahí la invitación a la vigilancia, sabiendo que en los acontecimientos de la historia ya está en acto un juicio, ya ha comenzado la última y definitiva hora.

La Palabra me ilumina

La historia del siglo pasado registró calamidades descomunales. El incrementado poder destructivo del hombre se ha sometido a su voluntad de mal, o bien al deseo de supremacía impulsado hasta la eliminación sistemática de los adversarios, incluso de pueblos enteros. Indudablemente, los cristianos se han preguntado en otras ocasiones si no estarían viviendo los últimos tiempos.

El evangelio nos indica, es cierto, los signos del final, pero, sobre todo, nos asegura de que todo lo que quiere o permite el Padre tiene un fin salvífico: el *día del Señor* predicho por los profetas comenzó ya en el Gólgota; el rescate de la humanidad y del cosmos ha empezado ahora en el jardín de la resurrección. En consecuencia, no debe encontrarnos desprevenidos el largo y doloroso trabajo que lleva al nacimiento de un mundo nuevo. Sin embargo, Jesús, sabiendo que la última hora está acechada sobremanera por el desencadenamiento de las fuerzas del mal, avisa de manera previa e insistente a los discípulos.

El verdadero enemigo del hombre, el maligno, recurrirá a todo para sofocar o desorientar su fe y frustrar su caridad; sólo una tenaz perseverancia y una vigilancia constante y sagaz les permitirá sostener la lucha para ser encontrados fieles en el día de la venida de Jesús. Este discurso toca de cerca a nuestro acontecer cotidiano: perseverar hasta el fin significa convertir la Palabra de Jesús, y sólo ella, en la regla de nuestro comportamiento a toda costa; si *verdaderamente* lo queremos, enseguida nos daremos cuenta de lo que nos va a costar.

Vigilar significa acoger el juicio de la cruz sobre los acontecimientos, sobre nuestras jornadas, sobre la cultura de la que respiramos una mentalidad opuesta al Evangelio. Sin embargo, allí donde haya un hombre que acoja en su vida el juicio de la cruz de Cristo, allí habrá una humanidad nueva que está naciendo. En la hora decisiva esto será evidente a los ojos de todos, pero el Señor nos pide a nosotros que prepararemos ya desde ahora, con una fe activa, la vida del mundo que vendrá.

La Palabra se convierte en oración

Jesús, Señor de la gloria y Rey de los siglos, sostén la fe vacilante de tus discípulos en la hora oscura que se cierne sobre la historia. Que tu Palabra sea lámpara para nuestros pasos y dirija nuestro camino diario, a fin de que no vacile nuestra esperanza y no se nos apague el fuego de la caridad. Que la fuerza de tu Espíritu nos haga perseverar hasta el fin, cuando podremos contemplar sin velos tu rostro radiante y exultar por el don de tu salvación.

La Palabra en el corazón de los Padres

Anunciamos la venida de Cristo, pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior. La primera llevaba consigo un significado de sufrimiento; esta otra, en cambio, llevará la diadema del Reino divino. Pues casi todas las cosas son dobles en nuestro Señor Jesucristo. Doble es su nacimiento: uno, de Dios, desde toda la eternidad; otro, de la Virgen, en la plenitud de los tiempos. Es doble también su descenso: el primero, silencioso, como la lluvia sobre el vellón (Sal 72,6); el otro, manifiesto, todavía futuro. En la primera venida fue envuelto con fajas en el pesebre (Lc 2,7); en la segunda se revestirá de luz como vestidura (cf. Sal 104,2a). En la primera «soportó la cruz sin miedo

a la ignominia» (Heb 12,2), en la otra vendrá glorificado y escoltado por un ejército de ángeles (cf. Mt 25,31).

No pensamos, pues, tan sólo en la venida pasada; esperamos también la segunda. Y, habiendo proclamado en la primera: «*Bendito el que viene en nombre del Señor*» (Mt 21,9), diremos eso mismo en la segunda (cf. Mt 23,39) y, saliendo al encuentro del Señor con los ángeles, aclamaremos adorándolo: «*Bendito el que viene en nombre del Señor*».

Vendrá, pues, nuestro Señor Jesucristo desde los cielos. Vendrá ciertamente hacia el fin de este mundo, en el último día, con gloria. Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo, que fue creado al principio, será otra vez renovado (Cirilo de Jerusalén, *Catequesis XV*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El que perseverare hasta el fin se salvará*» (Mt 24,13).

Caminar con la Palabra

Los períodos históricos sometidos a catástrofes están previstos por Jesús, sobre todo, con la intención de dar unos criterios rectores sobre el modo en que debemos comportarnos. Esos criterios pueden encerrar también enseñanzas útiles para nosotros. Se dicen cosas obvias que, sin embargo, los hombres no hacen.

¿Cuál es nuestra situación? ¿No se presenta todo negro en nuestro tiempo?, ¿no se presenta todo como terriblemente catastrófico?, ¿no se habla por todas partes de guerra y de destrucción? Sin embargo, si tuviéramos una visión clara de esta situación, no tendríamos miedo de las catástrofes, sino que aprovecharíamos con paciencia y serenidad lo que nos reserva la vida de cada día. Haríamos ni más ni menos lo que es necesario hacer, a pesar del futuro. Sólo puede comprender este

problema el que, con fe y confianza, sabe que Dios —y en el fondo sólo él— es el futuro.

La segunda sugerencia que nos hace Jesús en este texto es la oración. La oración es para él infinitamente poderosa, y sus posibilidades están evaluadas de una manera realista. Debemos confiar en Dios y rezar también por el futuro humano. La oración tiene siempre su significado para la historia; más aún, es también un imperativo.

Y Jesús nos da todavía una tercera sugerencia: se acortarán estos días por los «elegidos». Si no lo fueran, ningún hombre permanecería en vida en el ámbito de la situación histórica a la que se refiere Jesús. También aquí tenemos que observar algo: ellos no convierten este mundo en un paraíso terrenal, pero son para nuestra historia la bendición de Dios; sólo más tarde, en el juicio final, podremos apreciar cuál ha sido su incidencia. En consecuencia, por muy catastróficas que puedan ser las situaciones, nunca tendremos derecho a creer sólo en las tinieblas de esta tierra. Cuando llegan, deben encontrarnos repletos de fe y de amor. Nos sostienen el poder de Dios y su Palabra, porque con nuestra libertad y nuestra disponibilidad podemos ser los elegidos de nuestro tiempo. Debemos tener conciencia de nuestro compromiso. Si por nuestra fidelidad somos los creyentes, si somos los hijos de Dios y, por consiguiente, los hijos de su eterna predilección, por la oración debemos esperar también siempre que los días de las tinieblas serán acortados. Y debemos brillar siempre como las estrellas en el cielo (H. Rahner, *Prediche bibliche*, Edizioni Paoline, Roma 1967, 32-38, *passim*).

La vigilancia y fidelidad en el servicio (Mt 24,36-51)

³⁶ En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre. ³⁷ Cuando venga el Hijo del hombre sucederá lo mismo que en tiempos de Noé. ³⁸ En los días que precedieron al diluvio, la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que entró Noé en el arca, ³⁹ y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrastró a todos. Pues así será también la venida del Hijo del hombre. ⁴⁰ Entonces, de dos que haya en el campo, uno será tomado y otro dejado. ⁴¹ De dos que estén moliendo juntas, una desaparecerá y otra quedará. ⁴² Así que velad, porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor. ⁴³ Tened presente que si el amo de casa supiera a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no le dejaría asaltar su casa. ⁴⁴ Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora en que menos penséis vendrá el Hijo del hombre.

⁴⁵ Portaos como el criado fiel y sensato a quien el amo pone al frente de su servidumbre para que les dé de comer a su debido tiempo. ⁴⁶ Dichoso ese criado si, al llegar su amo, lo encuentra haciendo lo que debe. ⁴⁷ Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes. ⁴⁸ Sin embargo, si ese criado es malo y piensa: «Mi amo tarda», ⁴⁹ y se pone a golpear a sus compañeros y a comer y a beber con los borrachos, ⁵⁰ cuando su amo llegue, el día en que menos lo espera y a la hora en que menos piensa, ⁵¹ le castigará con todo rigor y le tratará como se merecen los hipócritas. Entonces llorará y le rechinarán los dientes.

La Palabra se ilumina

Jesús, respondiendo a los discípulos, indicó los signos preparatorios de los últimos tiempos. Prosiguiendo

con su discurso, afirma que, sin embargo, el día y la hora definitivos llegarán de una manera absolutamente inesperada. De ahí la necesidad de la vigilancia, confirmada por medio de varias comparaciones y parábolas. El ejemplo bíblico de Noé y del diluvio es iluminador: como ya lo hizo entonces, el Señor avisa previamente, pero la vida de los hombres prosigue con sus ocupaciones habituales. Sin embargo, es precisamente en el contexto de la vida donde debemos acoger el aviso divino, puesto que el Señor vendrá de improviso y se llevará a cabo una separación entre los que se han adherido a su Palabra y los que han preferido ignorarla (vv. 37-42).

La imagen del ladrón nocturno resulta particularmente eficaz para exhortar a la vigilancia, mientras que la parábola del siervo añade al tema la nota de la confianza otorgada por parte de Dios al hombre y del premio o del castigo correspondientes al comportamiento de este último: se trata de una invitación clara a la fidelidad dirigida por Jesús a los jefes del pueblo elegido, y que el evangelista aplica a los responsables de la comunidad de los discípulos (vv. 45-51).

La Palabra me ilumina

El sentido de la inminencia de la venida del Señor era, indudablemente, muy vivo y fecundo de gracia (con algunas excepciones que deja entrever el Nuevo Testamento: cf. 2 Tes 3,6-15) en las primeras generaciones cristianas. Sin embargo, Jesús no habló sólo para la gente de su tiempo, ni sólo para los que estén en vida en el momento de su venida: sus palabras *«no pasarán»*. ¿Por qué habría insistido tanto en este acontecimiento si sólo tuviera que ver con un exiguo número de personas, con la última generación de la historia? ¿Qué valor tiene este aviso para la humanidad de todos los tiempos? La *hora* de la entrada en el día último será para cada uno de nosotros el instante de su muerte, cuando

salgamos del fluir del tiempo para entrar en la eternidad, en la que todos los tiempos –incluso el último día– son compresentes. No cabe duda de que habrá un día y una hora, que sólo el Padre conoce, en los que concluirá la historia: Jesús multiplicó los ejemplos para convencernos de esto y de la absoluta necesidad de la vigilancia. No obstante, en general, se prefiere pensar que la cosa no tiene que ver con nuestra existencia personal, y seguimos llevándola precisamente como la gente del tiempo de Noé. Sin embargo, la última hora de la historia tiene que ver precisamente con todos, porque cada uno entra en ella con su propio tránsito de este mundo. A fin de ser encontrados dispuestos en ese instante supremo, debemos prepararnos con la fidelidad de una vida conforme a la voluntad del Señor y entregada al bien de los hermanos.

«Dichoso ese criado»... Comprendemos así la importancia de la oración elevada con humilde perseverancia y ofrecida en nombre de todos los hombres: *«Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte»*. Que todo hermano y la humanidad entera puedan aferrar la mano materna de María para que les ayude a atravesar la hora definitiva, y a entrar en la luz radiante del día sin ocaso.

La Palabra se convierte en oración

Padre de infinita bondad, sólo tú conoces el día y la hora en que recogerás en tu seno, plenamente renovados, la humanidad y el cosmos que has creado y redimido. Haz, te suplicamos, que no falte nadie a la fiesta eterna que has preparado para todos tus hijos. Haz que también los que han bajado la guardia en la vigilancia y se han mostrado faltos de fidelidad a tu Palabra, por la oración fraterna de todos los creyentes, experimenten, en el instante supremo, el socorro de la Madre purísima de tu Hijo y se salven.

La Palabra en el corazón de los Padres

Es menester estar atentos, vigilar, orar según el precepto de nuestro Señor Jesucristo, que dice: *Procurad que vuestros corazones no se emboten, [...] Velad, pues, y orad en todo tiempo, para que os libréis de todo lo que ha de venir y podáis presentaros sin temor ante el Hijo del hombre*» (Lc 21,34-36).

Si hemos escuchado y creído estas cosas, nuestra vigilancia mostrará nuestra fe; sacúdete las escamas y la pereza y todo lo que entorpece tu ánimo con mortífera somnolencia, que la sentencia de nuestro Señor y Salvador haga vibrar todos nuestros sentidos, a fin de que, depuestos todos los afanes mortales, estemos siempre dispuestos, esto es, a la espera de la venida del último día, en el que nos estarán reservadas la pena o la gloria; que nos estimule, pues, al combate espiritual el discurso del Señor que hemos recordado más arriba, en el que nos enseñó a estar continuamente vigilantes y en oración, de suerte que no seamos, por así decirlo, creyentes y no creyentes, oyentes y no oyentes.

¡Cuán dichosos son aquellos siervos a quienes el amo a su llegada encuentra velando! Feliz esa vigilia en la cual se espera al mismo Dios y Creador del universo, que todo lo llena y todo lo supera. ¡Ojalá se dignara el Señor despertarme del sueño de desidia, a mí, que, aun siendo vil, soy su siervo! ¡Ojalá me inflamara en el deseo de su amor inconmensurable y me encendiera con el fuego de su divina caridad resplandeciente!: con ella brillaría más que los astros y todo mi interior ardería continuamente con este divino fuego.

¡Ojalá mis méritos fueran tan abundantes que mi lámpara ardiera sin cesar, durante la noche, en el templo de mi Señor, e iluminara a cuantos penetran en la casa de mi Dios! Concédeme, Señor, te lo suplico en nombre de Jesucristo, tu Hijo, y mi Dios, un amor que nunca mengüe, para que con él brille siempre mi lám-

para y no se apague nunca y sus llamas sean para mí fuego ardiente y para los demás luz brillante (Columbano, *Instrucciones*, XII).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Así que velad, porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor*» (Mt 24,42).

Caminar con la Palabra

El retraso de la *parusía* (retorno del Señor) induce a muchos al abandono. «*Mi señor se retrasa*», dice el siervo en su corazón, y se aprovecha de ello. La prolongación del tiempo es un dato de hecho, una constatación innegable, y el siervo tiene razón en esto. Ahora bien, se equivoca en la conclusión que saca de ello. La parábola se sitúa exactamente aquí, mostrando que la conclusión que debe sacarse del retraso de la venida del Señor es la opuesta a la del siervo.

La constatación de que el patrón se retrasa puede llevar a una conclusión completamente equivocada si se olvida que —en todo caso— será imprevisible del todo, sin ningún aviso previo, como la venida del ladrón por la noche. Es verdad que el Señor parece tardar, pero puede llegar de un momento a otro. Con retraso o sin él, la única actitud responsable sigue siendo la vigilancia continua. El retraso no atenúa el deber de vigilar; simplemente, lo prolonga. Dejando de hablar en sentido figurado, podríamos decir que para el cristiano el tiempo se hace «urgente» no porque sea «corto», sino porque, por breve o largo que sea, es siempre el ámbito de las opciones decisivas.

La parábola no sólo denuncia el relajamiento recordando la intacta validez del mandato de la vigilancia, sino que indica también dos formas posibles que puede asumir el relajamiento de la espera: enseñorearse sobre los compañeros de servidumbre y llevar una vida placentera. Mateo había indicado ya, algunas líneas más arriba, otra forma de relajamiento, tal vez todavía más frecuente que las dos aquí mencionadas. Lo con-

trario de la vigilancia no es sólo el placer desmandado o el dominio sobre los otros, sino también el simple vivir sin sospechar. Como en tiempos de Noé, la gente come y bebe, toman mujer y marido, sin darse cuenta de que el diluvio es inminente. Las excesivas cosas, aunque de por sí sean honestas, pueden distraer de la vigilancia, tanto en el sentido de no avisarnos ya de la venida del Señor como en el de dejar de darnos cuenta del juicio que ya actúa en la historia y en la vida. Vigilar es el modo de vivir del que no se erige en señor, sino que administra con sabiduría los bienes del verdadero señor, «distribuyendo a cada uno el alimento en el tiempo oportuno» (Sal 103,27). Esta discreta llamada al modo como Dios mismo dispone de los bienes del mundo es muy significativa (B. Maggioni, *Le parabole evangeliche*, Vita e Pensiero, Milán 1992, 141s, *passim*).

Las diez vírgenes

(Mt 25,1-13)

¹ Sucede con el Reino de los Cielos lo que con aquellas diez jóvenes que salieron con sus lámparas al encuentro del esposo. ² Cinco de ellas eran necias y cinco sensatas. ³ Las necias, al tomar las lámparas, no se provieron de aceite, ⁴ mientras que las sensatas llevaron aceite en las alcuzas, junto con las lámparas. ⁵ Como el esposo tardaba, les entró sueño y se durmieron. ⁶ A medianoche se oyó un grito: «Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro». ⁷ Todas las jóvenes se despertaron y prepararon sus lámparas. ⁸ Las necias dijeron a las sensatas: «Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan». ⁹ Las sensatas respondieron: «Como no vamos a tener bastante para nosotras y vosotras, será mejor que vayáis a los vendedores y os lo compréis». ¹⁰ Mientras iban a comprarlo, vino el esposo. Las que estaban preparadas entraron con él a la boda y se cerró la puerta. ¹¹ Más tarde llegaron también las otras jóvenes diciendo: «Señor, señor, ábrenos». ¹² Pero él respondió: «Os aseguro que no os conozco». ¹³ Así pues, vigilad, porque no sabéis el día ni la hora.

La Palabra se ilumina

La parábola de las diez vírgenes que esperan la venida del esposo presenta, más allá de su aparente simplicidad, numerosos problemas exegéticos, pero, a pesar de todo, éstos no impiden captar el mensaje de fondo. La escena está ambientada en el último día de los festejos según los usos matrimoniales palestinos, cuando, a la puesta del sol, el novio va con los «amigos del esposo» a

la casa de la esposa, donde hacían fiesta las «vírgenes», es decir, las compañeras y amigas de ella. A la llegada del cortejo, se formaba una comitiva única para ir a la casa del esposo, donde se celebraba el matrimonio y tenía lugar el banquete nupcial final. El retraso que se produce en el relato de Mt 25,1-13, aunque previsto, se prolonga sobremanera. El sueño hace presa por igual en todas las muchachas. La necedad y la prudencia no están ligadas, por tanto, a la falta de vigilancia, sino más bien al hecho de no tener las lámparas encendidas en el momento en el que, en medio de la noche, se oye el grito: «*Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro*» (v. 6). El aceite, símbolo de alegría y de fiesta, representa asimismo, según los rabinos, las obras justas que permiten participar en la alegría mesiánica. Cada uno debe estar preparado para no encontrar la puerta cerrada y oír la respuesta terrible: «*Os aseguro que no os conozco*» (v. 12). En este punto, el rostro del Esposo del banquete mesiánico se convierte, efectivamente, en el del Cristo juez, que rechaza a los que dicen: «*Señor, Señor*» (cf. Mt 7,22s), pero no hacen la voluntad del Padre. Estemos siempre atentos a la inminencia de su venida. En consecuencia, todos los discípulos están llamados en todo momento a ser luz del mundo, a fin de que los hombres, al ver sus obras buenas, den gloria al Padre (cf. Mt 5,16).

La Palabra me ilumina

«*Yo duermo, pero mi corazón vela*» (Cant 5,2). El tema nupcial nos traslada al corazón del misterio cristiano: el Señor nos ama con un amor eterno y ha establecido con nosotros una alianza nupcial. Con la encarnación vino a la tierra a elegir a la novia; ahora esperamos su retorno, cuando vuelva para introducir a la Iglesia-humanidad, su esposa, en el Reino de los Cielos. Su retorno es cierto. Sin embargo, el día y la hora de su llegada, siempre inminente, los desconocemos. En la actitud de las

diez vírgenes encontramos representados los dos modos de esperar al Señor, al Esposo, al que viene: puede ser una espera distraída, divertida, o bien una espera vigilante, preparada para salirle al encuentro aun cuando el sueño parezca tener las de ganar. Dar prioridad a una de las dos actitudes depende de la calidad del amor que hay en nosotros y nos convierte en personas tenebrosas o en lámparas encendidas, dispuestas para poder alumbrar y hacer cómoda la carrera en cuanto un grito en la noche haga presagiar la venida del Señor.

La existencia humana se puede vivir, efectivamente, como un cortejo de bodas que sale al encuentro del Señor. Por eso es esencial la virtud de la vigilancia. Vigilar es pensar en aquel que va a venir, considerar su ausencia como un vacío imposible de colmar, consumirse porque tarda su llegada, no aceptar nunca que otro u otros ocupen hasta tal punto nuestro corazón que lo separen de su deseo de él. Esta actitud interior de espera y de derretimiento ni se compra ni se vende: «*Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa sería despreciable*» (Cant 8,7); sin embargo, se puede volver contagiosa y comunicar a los otros el anhelo y el deseo. Por eso las vírgenes prudentes, por el hecho de negarse a compartir su aceite, no pueden ser consideradas unas egoístas antipáticas. En su corazón está la alegría del esposo al que hay que recibir de manera festiva, porque el hecho de esperarle es la realidad más importante de la vida, por la que es justo sacrificar cualquier otro interés. Ellas nos advierten: no asistir a esta cita de amor priva de sentido a toda la existencia. Sería trágico oír resonar la voz: «*¡No os conozco!*».

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesucristo, dulcísimo Salvador nuestro, dignate encender tú mismo nuestras lámparas para que brillen sin cesar en tu templo y reciban de ti, que eres la luz

perenne, la luz indeficiente con la cual se ilumine nuestra oscuridad y se alejen de nosotros las tinieblas del mundo. Te ruego, Jesús mío, que enciendas tan intensamente mi lámpara con tu resplandor que, a la luz de una claridad tan intensa, pueda contemplar el santo de los santos que está en el interior de aquel gran templo, en el cual tú, Pontífice eterno de los bienes eternos, has penetrado; que allí, Señor, te contemple continuamente y pueda así desearte, amarte y quererte solamente a ti, para que mi lámpara esté siempre luciente y ardiente en tu presencia.

Te pido, Salvador amantísimo, que te manifiestes a nosotros, que llamamos a tu puerta, para que, conociéndote, te amemos sólo a ti y únicamente a ti, que seas tú nuestro único deseo, que día y noche meditemos sólo en ti y en ti únicamente pensemos. Enciende en nosotros un amor inmenso hacia ti, como corresponde a la caridad con la que Dios debe ser amado y querido; que esta nuestra dilección hacia ti invada todo nuestro interior y nos penetre totalmente, y hasta tal punto inunde todos nuestros sentimientos que nada podamos ya amar fuera de ti, el único eterno. Así, por muchas que sean las aguas de la tierra y del firmamento, nunca llegarán a extinguir en nosotros la caridad, según aquello que dice la Escritura: «Las aguas torrenciales no podrían apagar el amor».

Que esto llegue a realizarse, al menos parcialmente, por don tuyo, Señor Jesucristo, a quien pertenece la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Columbano, *Instrucciones*, XII).

La Palabra en el corazón de los Padres

Las cinco vírgenes, cuando se dieron cuenta de la inutilidad de su carrera, se volvieron y encontraron cerrada la sala de las bodas de Cristo. Gritaron todas con voz dolorosa, entre lágrimas y sollozos: «Oh Inmortal,

ábrenos la puerta de tu misericordia también a nosotras, que hemos servido a tu poder en la virginidad». Entonces el rey exclama: «No se os abrirá el Reino, no os conozco. *Marchaos, desapareced de aquí, porque no llevaréis la corona incorruptible*» (Mt 25,10-12). Al oír a Cristo, Rey del universo, que exclamaba a las cinco: «¿Quiénes sois? ¡No os conozco!» (Mt 25,12), gritan llorando: «Juez justísimo, hemos mantenido la castidad, hemos practicado la templanza en todo, nos hemos consumido con ardor en ayunos, hemos buscado la pobreza».

A las insensatas que hablan así al Juez universal les responde Cristo: «Os voy a decir abiertamente el trato que he recibido de las que han entrado conmigo: me vieron en la aflicción, muy hambriento, y se apresuraron a saciarme; estaba sediento y me dieron de beber con todo esmero; viéndome extranjero, me hospedaron como a un amigo de la familia; encadenado, me cuidaron; vinieron a visitarme cuando estaba enfermo (Mt 25,35s); observaron de manera escrupulosa toda mi ley; por eso han encontrado la corona incorruptible.

Vosotras observabais el ayuno sin tocar el alimento, pero habéis hecho uso constantemente de la maledicencia y de la calumnia contra los hombres. Es más útil comer, beber y vivir de manera inteligente que ayunar sin conocer el ayuno de cosas que perjudican. ¿Cómo pedís entonces la corona incorruptible?».

La ley, la de Dios, no es gravosa, puesto que él no pide más de lo que podemos darle lo que busca es la buena voluntad. ¿No tienes más que dos óbolos en la tierra? ¿No posees nada más? El Misericordioso los acepta igual, porque es Señor, y te dará la preferencia sobre el que ha dado todo un patrimonio. ¿Ni siquiera tienes un óbolo para ofrecer? Ofrece un vaso de agua fresca a quien te lo pide (Mt 10,42): es Cristo quien lo acepta con reconocimiento y seguro que te dará la corona incorruptible (2 Cor 4,18).

Piedad, ten piedad de mí, Salvador, me postro ante ti: dame compunción, Salvador; y dásela también a cuantos me escuchan, a fin de que observemos todos tus preceptos en esta vida y no nos quedemos fuera de la sala nupcial. En tu misericordia, ten piedad de nosotros, tú que quieres siempre la salvación de todos (1 Tim 2,4). Llámanos, Salvador, a tu Reino, a fin de que podamos obtener la corona incorruptible (Romano el Melodioso, *Inni*, Edizioni Paoline, Roma 1981, XXXVI, 10,31, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro*» (Mt 25,6).

Caminar con la Palabra

Esperar o experimentar el sabor de vivir. Se ha dicho incluso que la santidad de una persona se mide por el espesor de sus esperanzas. Tal vez sea verdad. Si es así, María es la más santa de las criaturas precisamente porque toda su vida aparece acompañada por los ritmos gozosos de quien espera a alguien.

Santa María, virgen de la esperanza, danos de tu aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Mira: las reservas se han consumido. No nos mandes a los vendedores. Vuelve a encender en nuestras almas los antiguos fervores que nos quemaban por dentro, cuando bastaba una nadería para hacernos saltar de alegría: la llegada de un amigo lejano, el rojo del atardecer después de un temporal, el crepitar del tronco que vigilaba las vueltas a casa en invierno, el toque de las campanas en los días de fiesta, la llegada de las golondrinas en primavera, el olor acre que brotaba de las prensas, las cantinelas otoñales que llegaban de las muelas del molino, la incubación tierna y misteriosa del seno materno, el perfume de espliego que irrumpía cuando se preparaba una cuna. Hoy ya no sabemos esperar porque andamos cortos de esperanza. Se han secado las fuentes. Padecemos una profunda crisis de deseo. Y ahora, satisfechos con

los mil sucedáneos que nos asedian, corremos el riesgo de no esperar ya nada, ni siquiera en las promesas ultraterrenas que han sido firmadas con la sangre del Dios de la Alianza.

Santa María, virgen de la esperanza, danos un alma vigilante. Que llegados a los umbrales del tercer milenio, nos sintamos más hijos del crepúsculo que profetas del adviento. Centinela de la mañana, despierta en nuestros corazones la pasión por llevar al mundo, que se siente ya viejo, anuncios jóvenes. Llévanos, finalmente, con el arpa y la cítara, para que contigo, madrugadora, podamos despertar a la aurora (T. Bello, *Maria, donna dei nostri giorni*, Edizioni Paoline, Cinisello B. 1993, 17-20, *passim*).

Los talentos

(Mt 25,14-30)

¹⁴ Sucede también con el Reino de los Cielos lo que con aquel hombre que, al ausentarse, llamó a sus criados y les encomendó su hacienda. ¹⁵ A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno según su capacidad; y se ausentó. ¹⁶ El que había recibido cinco talentos fue a negociar en seguida con ellos, y ganó otros cinco. ¹⁷ Asimismo, el que tenía dos ganó otros dos. ¹⁸ Pero el que había recibido uno solo, fue, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. ¹⁹ Después de mucho tiempo, volvió el amo y pidió cuentas a sus criados. ²⁰ Se acercó el que había recibido cinco talentos llevando otros cinco y dijo: «Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado». ²¹ Su amo le dijo: «Bien, criado bueno y fiel; como fuiste fiel en cosa de poco, te pondré al frente de mucho: entra en el gozo de tu señor». ²² Llegó también el de los dos talentos y dijo: «Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado». ²³ Su amo le dijo: «Bien, criado bueno y fiel; como fuiste fiel en cosa de poco, te pondré al frente de mucho: entra en el gozo de tu señor». ²⁴ Se acercó finalmente el que sólo había recibido un talento y dijo: «Señor, sé que eres hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; ²⁵ tuve miedo y escondí tu talento en tierra; aquí tienes lo tuyo». ²⁶ Su amo le respondió: «¡Criado malvado y perezoso! ¿No sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí? ²⁷ Debías haber puesto mi dinero en el banco y, al volver yo, habría retirado mi dinero con los intereses. ²⁸ Así que quitadle a él el talento y dáselo al que tiene diez. ²⁹ Porque a todo el que tiene se le dará y tendrá de sobra, pero al que no tiene, aun aquello que tiene se le quitará. ³⁰ Y a ese criado inútil arrojadlo fuera a las tinieblas. Allí llorará y le rechinarán los dientes».

La Palabra se ilumina

Las diversas parábolas e imágenes que aparecen en el discurso escatológico ahondan en el tema bajo aspectos siempre nuevos. La parábola de los talentos considera la perspectiva de un tiempo prolongado de espera antes del retorno del Señor (v. 19); por eso nos enseña a vivir no sólo con fidelidad (24,42-44), vigilancia y sabiduría amorosa (25,1ss), sino también con laboriosidad responsable y creativa, puesto que deberemos rendir cuentas de cómo hemos empleado los bienes que nos han sido confiados.

La parábola está centrada, efectivamente, en esa rendición de cuentas en la que se manifestará el corazón de cada uno de los siervos, dado que las realizaciones concretas nacen de la idea que nos hacemos del *amo*, de Dios. Los dos primeros siervos le recuerdan al cristiano que la gratuidad de Dios se convierte en tarea para el hombre; por eso hemos de invertir los bienes que nos ha confiado el Señor con sagacidad, a fin de entregárselos de nuevo con fruto. En consecuencia, hemos de vivir el Evangelio y anunciarlo a otros: se trata de un tesoro precioso que no debemos sepultar y volver ineficaz.

En el tercer siervo, sin embargo, se desenmascara la actitud del que, en la práctica, no cree en la bondad de Dios y considera que debe corresponder a sus pretensiones antes que a su amor de Padre (v. 24). La idea que nos hacemos de Dios genera, por consiguiente, un determinado comportamiento, al que corresponderá el desenlace final del hombre. El que con fidelidad amorosa se compromete a corresponder a la gracia recibida en lo *poco* de las cosas de este mundo, entrará en la alegría eterna de la comunión con Dios y de él obtendrá la autoridad sobre el *mucho* de los bienes incorruptibles (vv. 21.23). En cambio, el que considera al Padre un *hombre duro* y no se preocupa de hacer fructificar el Evangelio y los dones de la vida cristiana, se aleja ya desde esta

vida del verdadero Dios, que es amor, y se arriesga a quedar privado para siempre del sumo bien (vv. 26-30).

La Palabra me ilumina

La parábola de los talentos, situada en el marco del discurso escatológico, nos invita a tomar conciencia de la grandeza de la llamada a la vida cristiana y de la responsabilidad que esa llamada comporta. En efecto, con frecuencia no nos damos cuenta de que el Padre nos ha confiado un tesoro inestimable, y dejamos inactivo y sin que dé fruto el talento destinado a adquirir la vida eterna para nosotros y para muchos hermanos.

Detrás de la imagen del talento –que equivaldría aproximadamente a una suma millonaria– se oculta la suma de los dones de gracia que nos ha otorgado el Señor. No se trata, por tanto, de dones particulares de la naturaleza, como el talento artístico o musical, sino más bien de bienes poco llamativos, aunque de capital importancia: la fe, la esperanza y la caridad –virtudes teologales conferidas en el bautismo–, la posibilidad de escuchar la Palabra de Dios y de conocer al Señor Jesús, la vida sacramental, el don de la oración, de la comunidad eclesial...

Toda Palabra de Dios que escuchamos es parte de este ingente patrimonio. Tal vez éramos millonarios sin saberlo y por eso el Señor ha venido hoy a avisarnos con claridad: «Lleva cuidado, porque tendrás que dar cuenta de todo esto, pues te lo he confiado para el bien de tus hermanos: con ese tesoro debes construir el Reino de Dios para los otros». Jesús nos ha enseñado muchas cosas. Nos ha hablado como nadie lo ha hecho, indicándonos el camino de la vida. Nos ha dado su mismo Espíritu, a fin de que podamos vivir según la voluntad del Padre. Él murió para romper las cadenas que nos ataban al pecado y resucitó para estar con nosotros hasta el final de los tiempos. ¿Queremos frustrar su

obra? Él nos ha dicho: «*Perdonad y seréis perdonados*» (cf. Mc 11,25) Éste es, por ejemplo, uno de los talentos que se nos ha confiado. Podemos sepultarlo o invertirlo: no nos faltarán las ocasiones concretas. Si optamos por hacerlo fructificar, el talento se multiplicará, porque el hermano al que hayamos perdonado podrá entrar también en la nueva lógica del amor más fuerte que la venganza y que el resentimiento. Si queremos invertir los tesoros con los que Dios nos colma cada día, estaremos entre aquellos pobres que hacen ricos a muchos (cf. 2 Cor 6,10). Esta fidelidad a la Palabra de Jesús *en lo poco* de los asuntos cotidianos nos adquiere el *mucho* de la vida eterna.

La Palabra se convierte en oración

Bendito seas, oh Dios, Padre bueno y fuente de todo bien: tú, que nos has confiado los tesoros de tu gracia, enséñanos a comprender el inestimable valor de la fe y de la esperanza, y a corresponder con caridad laboriosa a la Palabra de vida que nos has dado. Haz que un día podamos entregarte, multiplicados, los talentos que hemos recibido y que entremos en la alegría de tu Reino como siervos fieles, junto con una multitud de hermanos.

La Palabra en el corazón de los Padres

Con un poco de paciencia y con un mínimo de determinación, o –para decirlo mejor– con la ayuda del Dios vivo, somos nuevamente plasmados y renovados en el alma y en el cuerpo, y recibimos incluso aquello de lo que no somos dignos. Por la gracia de mi salvador Jesucristo, también yo, que soy el más mezquino e inútil de todos, he recibido mucho, pero es bueno proclamar con gratitud los beneficios de Dios, amigo del hombre.

Por gracia, en efecto, he recibido gracia, beneficio tras beneficio; al término de la ascensión, luz; y, por la luz, una luz más clara. Y después, en medio de ésta, resplandeció, fúlgido, el sol, y de él salió un rayo que me llenó por completo, y allí me quedé llorando lágrimas dulcísimas y admirando lo inexpresable.

El intelecto divino me instruía así: «¿Has visto a lo que te ha llevado mi poder, en mi amor por el hombre, gracias a un poco de fe y de amor, para confirmar tu caridad? He aquí que, aunque todavía sometido al dominio de la muerte, te has vuelto inmortal; mientras todavía habitas en el mundo estás conmigo, eres pequeño a la vista y contemplas lo invisible. Sí, soy yo quien te ha hecho pasar de la nada al ser».

Con temblor y alegría, respondí a estas palabras: «¿Quién soy yo, Señor, para que hayas fijado tu mirada en mí, pecador e impuro, y te hayas dignado conversar conmigo? Tú, que eres inmaculado, ¿cómo te muestras a mí accesible y dulce, y te presentas bellísimo con tu fulgurante gloria y gracia?».

Hermanos, conozco muchas cosas que son ignoradas por la mayoría; sin embargo, soy el más tosco de todos los hombres; me alegro porque Cristo, en quien he puesto mi fe, me ha entregado su Reino eterno. Estoy como un hijo ante él, a pesar de que no me atrevo a abrir la boca. Oigo que me dice: «*Bien, siervo fiel...*» y lo que sigue; sin embargo, me parece, a decir verdad, que no he guardado ni siquiera uno de los talentos que se me había dado.

Y cuando estoy más bajo que nadie, precisamente entonces me siento transportado por encima de los cielos y de nuevo me siento unido a Cristo, Dios nuestro, en la caridad. A él, una vez despojado de esta carne terrestre, espero acercarme todavía más (Simeón el Nuevo Teólogo, *Le catechesi*, Città Nuova, Roma 1995, 313-315, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Bien, criado bueno y fiel; como fuiste fiel en cosa de poco, te pondré al frente de mucho: entra en el gozo de tu señor*» (Mt 25,21.23).

Caminar con la Palabra

No debe dejar de tener un significado de fe la fatiga de cada día, si Cristo compara el Reino de Dios y su crecimiento con el trabajo que están llamados a desarrollar algunos siervos. Aparece una invitación y una entrega a cada uno de ellos. La actividad profesional no aparece, por tanto, separada de la llamada en el Reino, donde se participa con la propia persona, con el propio trabajo y con el propio compromiso. Todo esto es posible porque se ha concedido a los siervos una suma de dinero correspondiente a su capacidad. Disponer de la posibilidad de operar ya es para ellos un don, porque, de lo contrario, estarían obligados a permanecer inactivos. La fatiga de cada día es respuesta a una vocación que ofrece un sentido cristiano a la profesión. En consecuencia, debemos acoger el trabajo en el interior de una relación personal con Dios, que confiere una dimensión de fe al compromiso cotidiano. La entrega de dinero a los siervos no va acompañada de ninguna recomendación.

Dios quiere al hombre libre, responsable, creativo, o sea, capaz de descubrir con su propia inteligencia las posibilidades de negociar con los dones recibidos. El trabajo de los siervos durante la ausencia del amo está guiado por un sentido de vigilante espera. Podemos deducirlo del inmediato empleo de los bienes recibidos. Vigilar significa, por consiguiente, disponernos a hacer presentes, a través de nuestro propio compromiso diario y del encuentro con los otros, los signos de este mundo nuevo que nace en el amor, en la solidaridad entre las personas y en la transformación material de las realidades. La alegría definitiva del Reino –compartir la misma felicidad de Dios– no es tanto una recompensa al trabajo humano, que es ya un don en sí mismo, como un premio. Existe, en efecto, una desproporción

entre el trabajo de los siervos y lo que reciben. Se pone así de relieve la libertad absoluta de Dios, que nunca se deja condicionar por los méritos, sino que va más allá de ellos (G. Gatti, *Genitori, vangelo vivo per i figli*, Ancora, Milán 1982, 108-112, *passim*).

El juicio final

(Mt 25,31-46)

³¹ Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. ³² Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, ³³ y pondrá las ovejas a un lado y los cabritos al otro. ³⁴ Entonces el rey dirá a los de un lado: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; ³⁶ estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme». ³⁷ Entonces le responderán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos, o desnudo y te vestimos? ³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». ⁴⁰ Y el rey les responderá: «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis». ⁴¹ Después dirá a los del otro lado: «Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; ⁴³ fui forastero, y no me alojasteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis». ⁴⁴ Entonces responderán también éstos diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, forastero o desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?». ⁴⁵ Y él les responderá: «Os aseguro que cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo». ⁴⁶ E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.

La Palabra se ilumina

Con el gran cuadro del juicio final termina el discurso escatológico y se cierra la enseñanza de Jesús (cf. 26,1). Las parábolas precedentes han ido preparando *in crescendo* este final solemne, que repite algunos pasajes proféticos (en particular Dn 7,9ss) y apocalípticos. Jesús se identifica, una vez más, implícitamente, con el hombre de origen divino enviado por Dios a concluir y juzgar la historia, con el Rey de la gloria cuya figura estaba exenta de las connotaciones políticas atribuidas al Mesías.

El Evangelio de Jesús habrá llegado a todos los confines de la tierra al final de los tiempos (24,14); por eso, toda la gente se reunirá ante él, y él llevará a cabo una distinción entre unos y otros (vv. 31-33). Esta premisa, que corona la respuesta a los discípulos sobre la parusía (24,3.30s), va seguida de dos escenas semejantes de premio y de castigo donde se revela un aspecto absolutamente inesperado del personaje glorioso: el que es el justo Juez es, al mismo tiempo, el Pobre, y en cuanto tal el testigo fidedigno para evaluar la vida de cada uno. En efecto, el evangelista, mediante el procedimiento típicamente semítico de la repetición o de la variación de ciertas fórmulas, subraya que el criterio discriminador del juicio será la caridad diligente, expresada con los elencos de las buenas obras recurrentes en el Antiguo Testamento y ejercida –sorprendentemente– en favor del Rey.

A todos se les ha ofrecido la misma posibilidad de encontrarle, socorrerle y servirle, puesto que se ha presentado a todos en la historia «de incógnito», con la ropa pobre y humilde de sus hermanos más pequeños. No habrá, pues, en el juicio privilegios de elección, mejores oportunidades o una mayor sagacidad por parte de algunos en el reconocimiento del Señor: sólo contará el amor, o mejor, los gestos del amor. Por «*estos pequeños*» (v. 45) hay que entender, probablemente, los discípulos,

pero en cuanto configurados con el mensaje evangélico y, por consiguiente, pobres, afligidos, bondadosos, perseguidos... De ahí que la indiferencia y la omisión del socorro a los últimos traerán consigo consecuencias gravísimas: la caridad se ofrece o se niega siempre al Señor, y precisamente optando concretamente por la misericordia o por el egoísmo es como cada uno decidirá su destino eterno (vv. 34.41).

La Palabra me ilumina

El grandioso escenario del juicio final ha inspirado a generaciones de artistas de todos los campos. Lo que siempre impresiona al acercarse a esta página del evangelio es el contraste y, al mismo tiempo, la continuidad entre la historia y su meta final: la gloria. El Rey, ante cuyo trono se reunirán todas las gentes, declara haberse presentado como un pobre, un forastero, un enfermo, y nadie le ha reconocido.

La gloria divina –tan diferente de los criterios mundanos– está ya presente, por tanto, en el acontecer humano; su esplendor, sin embargo, permanece velado. Lo demuestra el relato de la pasión que sigue de inmediato. Todo el sufrimiento y la humillación humana se recogen de una manera emblemática en el cuerpo llagado y ultrajado de Jesús, pero «*por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre, para que ante el nombre de Jesús doble la rodilla todo lo que hay en los cielos, en la tierra y en los abismos*» (Flp 2,9).

Con la autoridad que le corresponde por haber padecido por amor a la humanidad obedeciendo el designio salvífico del Padre, el Rey continúa presentándose ante nosotros en cada hermano probado por el dolor y por la miseria, y de este modo se da a cada uno la posibilidad de usar de la misericordia con Dios; sólo la caridad podrá indicarnos el camino adecuado, el sendero que conduce a la comunión eterna con Cristo: «*Señor, ¿cuándo*

te vimos...? Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, Rey de la gloria, tú nos sales al encuentro sin apariencia ni esplendor, sin poder ni pretensiones: tu indignancia es un grito callado. Concédenos un corazón compasivo para consolarte, manos atentas para cubrirte y saciar tu hambre, pies solícitos para ir a visitarte hoy mismo, en tus *hermanos más pequeños*, que también son hermanos nuestros. Haz de nuestra existencia en la tierra una inexhausta peregrinación de caridad con los otros, para que, llegados finalmente al umbral de tu Reino, podamos oír la invitación: *Venid, benditos* (A. M. Canopi).

La Palabra en el corazón de los Padres

Escucha bien lo que digo. Dios se ha hecho por ti hombre pobre: por eso, también tú, que crees en él, estás obligado a hacerte pobre como él. Él es pobre según la humanidad; tú eres pobre respecto a la divinidad. Observa, pues, cómo podrás alimentarle, presta mucha atención. Cuando tienes hambre y sed por él, esto se cuenta como alimento y bebida dados a él. Puesto que mediante éstas y otras obras semejantes purificas tu alma y te liberas a ti mismo de las pasiones, Dios goza con lo que haces por ti mismo y dice: «Todo lo que has hecho por esta pequeñísima alma tuya me lo has hecho a mí».

A nosotros, los bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt 28,19), se nos llama hermanos de Cristo (cf. Heb 2,11s), pero somos también sus miembros (cf. 1 Cor 6,15). Por consiguiente, si tú –hermano y miembro suyo– honras, hospedas y curas a

todos los otros, pero te descuidas a ti mismo, abandonando tu alma a la carestía de la pereza o a la sed de la indolencia o a la angostísima prisión de este cuerpo inmundo a causa de la glotonería y del amor a los placeres, ¿es posible que no ultrajes de este modo al hermano de Cristo? ¿Acaso no lo has abandonado en el hambre y en la sed? ¿Acaso no te has olvidado de visitarle cuando estaba en la cárcel? (cf. Mt 25,42)?

Sí, hermano, no pienses que Dios se encuentra en una situación embarazosa, que no puede alimentar a los pobres y por eso nos manda a nosotros tener misericordia con ellos. ¡De ninguna manera! Más bien, lo que el diablo, sirviéndose de nuestra codicia, había hecho contra nosotros y buscando nuestra perdición, Cristo, por medio de la misericordia, lo ha dispuesto para que fuera a nuestro favor y se hiciera para nuestra salvación. ¿Qué quiero decir? El diablo nos había sugerido apoderarnos y atesorar para nosotros lo que había sido puesto para las necesidades comunes, a fin de procurarnos, mediante esta codicia, dos cargos y hacernos merecedores de la condenación eterna. El primer cargo está constituido por no haber tenido misericordia, y el segundo, por haber puesto nuestra propia esperanza en las riquezas acumuladas antes que en Dios (Simeón el Nuevo Teólogo, *Le catechesi*, Città Nuova, Roma 1995, 249-252, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40).

Caminar con la Palabra

Si el Verbo se hizo carne, si vivió entre los pobres, los humildes y las personas destrozadas; si compartió nuestra común hu-

manidad compuesta de todo el fango, la inmundicia y el sufrimiento de la vida, fue para compartir toda su ternura con nuestra humanidad destrozada. Vino a atraer a sus discípulos a este camino de descenso a fin de que sean una sola cosa con los pobres, los cojos, los paralíticos y los ciegos, para servirles y revelarles su valor y su belleza: son templo de Dios, luz del mundo, sal de la tierra, amados del Padre.

El grito de los oprimidos, de los aislados, de los rechazados, molesta, provoca miedo, rechazo. Ahora bien, si es escuchado, puede despertar también el corazón de los sabios y de los poderosos, y llamarles al cambio, a la conversión; llamarles no sólo a organizar y a hacer cosas con generosidad, sino también a entrar en comunión.

Jesús nos revela que está presente, escondido en el pobre, en el cojo, en el paralítico, en el que es objeto de rechazo, en aquel al que se deja de lado. «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40).

Alimentar al que tiene hambre es alimentar a Jesús. Dar agua al que tiene sed es quitarle la sed a Jesús. Visitar al que está enfermo o en la cárcel es visitar a Jesús. Acoger al extranjero es acoger a Jesús. Vestir al que está desnudo es vestir a Jesús.

Ahora bien, no debemos idealizar a los pobres y a los débiles con todas sus heridas. A veces resulta muy penoso estar con ellos en la angustia, del mismo modo que resultaba penoso permanecer junto a Jesús crucificado. El grito de los pobres molesta y sacude nuestra seguridad, nuestro modo de hacer, nuestras costumbres y nuestros valores sociales bien arraigados.

Los pobres pueden crear el «des-orden» llamando a un nuevo orden. Son profetas, pero profetas que nos sacuden y nos hacen mal. Nosotros quisiéramos hacer cosas, ver los resultados, probar nuestras cualidades. Pero el amor no está nunca por un resultado; es un don, un don gratuito.

Jesús llama a sus discípulos a tomar este camino hacia abajo no para una obra social, sino para vivir una comunión de amor con Jesús, presente en el débil y en el pobre. Esta comunión nos introduce en el silencio, en la contemplación. Jesús nos revela que, al encontrar al pobre y entrar en una relación

de amor con él, entramos en una relación de amor con Dios. El pobre se convierte en sacramento de Jesús, en lugar de su morada (J. Vanier, *Gesù il dono dell'amore*, EDB, Bolonia 1994, 156-159, *passim*; traducción catalana: *Jesús, el do de l'amor*, Ediciones Claret, Barcelona 1994).

7

Pasión y resurrección
(Mt 26,1–28,15)

El complot y la unción de Betania

(Mt 26,1-13)

¹ Cuando terminó Jesús este discurso, dijo a sus discípulos:

² –Ya sabéis que dentro de dos días se celebra la fiesta de la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para que lo crucifiquen.

³ Entonces se reunieron los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio de Caifás, que era el sumo sacerdote, ⁴ y acordaron en consejo prender a Jesús con engaño y darle muerte. ⁵ Pero decían: «Durante la fiesta no, pues podría alborotarse el pueblo».

⁶ Se encontraba Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, ⁷ cuando se acercó a él una mujer con un frasco de alabastro lleno de perfume muy caro y lo derramó sobre su cabeza mientras estaba sentado a la mesa. ⁸

Al ver esto, los discípulos se indignaron y decían:

–¿A qué viene este despilfarro? ⁹ Podía haberse vendido por mucho dinero y habérselo dado a los pobres.

¹⁰ Jesús se dio cuenta y les dijo:

–¿Por qué molestáis a esta mujer? Ha hecho una buena obra conmigo. ¹¹ A los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. ¹² Y al derramar ella este perfume sobre mi cuerpo, se ha anticipado a preparar mi sepultura. ¹³ Os aseguro que en cualquier parte del mundo en que se anuncie esta buena noticia, será recordada esta mujer y lo que ha hecho.

La Palabra se ilumina

El evangelio según Mateo, mostrándose coherente con su orientación y simplificando los datos procedentes de las fuentes empleadas, pone en el centro de su interés a Jesús. El capítulo 26, que abre el relato de la pasión, está introducido por unas «palabras» de Jesús. El Maestro, una vez acabados los cinco grandes discursos consagrados a la enseñanza, anuncia, en efecto, que la Pascua inminente será una «Pascua» particular en la que el Hijo del hombre –verdadero Cordero– será «entregado» para ser crucificado.

Los adversarios de Jesús ya están montando el complot para apoderarse de él con engaño, pero quieren evitar las fiestas pascuales, dada la gran afluencia de gente. Por encima de sus intenciones y maquinaciones, no hacen otra cosa que insertarse, de una manera misteriosa, en el plan salvífico de Dios, un plan del que Jesús es soberanamente señor y cuyo desarrollo conoce por anticipado. Él ha sido *entregado*, en efecto, por Dios a los hombres, aunque esto no suprime la responsabilidad de quien lo ha *entregado* (en el texto griego se emplea el mismo verbo *paradidomai*).

Antes de entrar en el relato de esta «entrega» humana, el evangelista relee un episodio acaecido en Betania, en casa de Simón el leproso. Una mujer, cuyo nombre calla el texto, lleva a cabo un acto de unción con Jesús, anticipando de manera profética la unción de su cuerpo, que, una vez bajado de la cruz el atardecer del viernes, será depositado con prisa en la tumba de José de Arimatea sin ritos fúnebres ulteriores, a fin de respetar el reposo festivo.

El mismo Jesús responde a los discípulos, indignados por tal derroche de perfume, planteando otra pregunta: «¿Por qué molestáis a esta mujer?». Ella ha realizado –subraya– una obra buena en favor de Jesús, que está a punto de morir (cf. v. 10). Los cuidados dis-

pensados a los moribundos y a los difuntos estaban incluidos por los rabinos entre las obras meritorias.

La contraposición entre los pobres y Jesús se convierte también en una profecía de su muerte. Si vuestra indignación –parece decir, apremiándoles a realizar un serio examen de conciencia– nace de una verdadera compasión por los pobres, podréis usar todavía con ellos vuestra benevolencia, porque seguirá habiendo siempre; más aún, como bien ha puesto de relieve la página del juicio final (Mt 25,31-46), precisamente ellos se convertirán en su misma presencia en el mundo. Pues él, Jesús, el Hijo del hombre, se va para siempre: él es el pobre que se encamina a la muerte.

La mujer aparece, por tanto, como alguien que, por intuición de amor, ha llevado a cabo un gesto profético y ha sido capaz de mostrarse próxima con un acto de exquisita y gratuita delicadeza a Jesús, que se encamina a su dolorosa pasión. Con una expresión solemne, introducida por «*os aseguro...*» (v. 13), promete a la mujer una gran recompensa: será recordada junto con su Señor en todas partes donde se anuncie la Buena Noticia del amor más fuerte que la muerte. Y la Palabra de Jesús no pasa.

La Palabra me ilumina

Jesús mismo quiso ligar de manera indisoluble al anuncio del Reino la memoria de la mujer que, con un providente gesto de amor, ungió su cabeza con el aceite perfumado y precioso, en un marco altamente dramático, atravesado por negras sombras.

Por una parte, el complot de las máximas autoridades religiosas y políticas; por otra, la traición de uno de los Doce; y en el centro de la narración brilla con toda intensidad un gesto totalmente gratuito y amoroso: la unción del cuerpo de Jesús, preludio de su muerte vio-

lenta, pero, aún más, prenda de su resurrección. Jesús mismo es el frasco preciosísimo que el odio humano rompe para que desde él se difunda la fragancia de la «*inmensa caridad*» (cf. Ef 2,4) de Dios, capaz de llegar al corazón de cada hombre.

Como atestigua el Cantar de los cantares, el nombre del Esposo es perfume que exhala fragancia, óleo embriagador. También la mujer –anónima en el relato de Mateo, a fin de dejar espacio para que cada lector pueda identificarse con ella– derrama el unguento de su precioso frasco cuyo perfume embriaga a los que son capaces de comprender la misteriosa lógica del amor, que es «derrocharse» uno para que los otros estén alegres.

Es la misma razón por la que Cristo, para salvarnos, no se contentó con un pequeño gesto de amor, sino que quiso convertirse por nosotros en el pobre por excelencia que, traicionado y entregado por una cifra irrisoria, se dirige al suplicio más horrible cargando sobre sí la infamia de todos los humillados de la tierra. ¿Y nosotros engrosamos las filas de los que se irritan, de los que venden y compran al mismo Cristo, preocupados únicamente por sus mezquinos cálculos, o estamos del lado de los que exultan de alegría al ver que alguien ha comprendido la desmesurada caridad de Dios y quiere intercambiar el amor «derrochándose» a sí mismo en una entrega gratuita y total?

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú viniste a derramar con prodigalidad tu misma vida, a fin de que nosotros conociéramos la gratuidad y el esplendor del verdadero amor. Haznos capaces de gestos sin cálculo para honrarte a ti, que eres el principio y la fuente de toda verdadera caridad con todos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Recuerdo haberos hablado de dos unguentos: uno el de la contrición, el otro el de la devoción, pero hay otro unguento que sobrepasa de largo a estos dos; lo llamaré unguento de la piedad, porque se obtiene de las necesidades de los pobres, de las ansiedades de los oprimidos, de la turbación de los tristes, de las culpas de los pecadores, en suma, de todos los sufrimientos de miserables de todo tipo, aunque se trate de enemigos. Estos ingredientes parecen despreciables, pero el unguento que de ahí se obtiene supera todos los otros aromas. Muchas miserias puestas juntas y contempladas con ojos de piedad: éstos son los ingredientes con los que se componen unguentos óptimos, agradables al Esposo. Dichosa el alma que se ha preocupado por enriquecerse recogiendo tales aromas, infundiéndolos con el óleo de la misericordia y quemándolos con el ardor de la caridad.

Ahora bien, recurramos al evangelio y busquemos si hay, por casualidad, algo que tenga que ver con estos unguentos... Se habla de una mujer que entra de improviso, y en un lugar besa y unge los pies con unguento, y en otro la misma u otra lleva un frasco de alabastro lleno de unguento, que derrama sobre la cabeza de Jesús. También tú, si tienes vísceras de misericordia, si intentas hacer el bien a todos, hasta tal punto que ni siquiera niegas a un enemigo ayuda espiritual o corporal por amor a Dios, está claro que posees en abundancia unguentos óptimos, con los que puedes ungió no sólo los pies o la cabeza del Señor una sola vez, sino, en lo que de ti depende, también todo el cuerpo, que es la Iglesia.

Y tal vez no fuera casual que el Señor quisiera reservar el unguento no para su cuerpo muerto, sino para su cuerpo vivo. Vive, en efecto, la Iglesia que come el Pan vivo bajado del cielo. Ella es el cuerpo más querido de

Cristo... ¿Acaso lo prohibió cuando le echaban el unguento preciosísimo por la cabeza y en los pies? No; más aún, reprendió a quien hubiera pretendido impedirlo, y respondió a los que objetaban el derroche: «¿Por qué molestáis a esta mujer?» (Mt 26,10).

Haciendo una pequeña digresión, en alguna ocasión, cuando me he sentado por mi cuenta a los pies de Jesús y, al recordar mis pecados, he ofrecido con aflicción un sacrificio de espíritu amargado, o bien he estado cerca de la cabeza –aunque sea en raras ocasiones– y he exultado con el recuerdo de los beneficios divinos, he oído decirme: «¿Por qué este derroche?». O sea, que se me reprochaba que viviera sólo para mí mismo, cuando –se me decía– habría podido ser útil a muchos. Y decían: «Podía haberse vendido por mucho dinero y habérselo dado a los pobres» (Mt 26,8s). Ahora bien, no habría sido tampoco un buen negocio ganar todo el mundo si después perdiera mi alma. De donde comprendí que estas palabras eran las moscas de las que habla la Escritura, que, al ir a morir al unguento, echan a perder su suavidad (Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los cantares*, XII, 1.6-8, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«¿Por qué molestáis a esta mujer?[...] al derramar ella este perfume sobre mi cuerpo, se ha anticipado a preparar mi sepultura» (Mt 26,10.12).

Caminar con la Palabra

En el vino de Caná aparece el rostro gratuito de Dios, así como la unción de Betania, cuando Jesús, acogiendo el gesto humanísimo de afecto de María, que lo cubrió de perfume, habla de un Dios al que le gusta el perfume. La mujer de Betania con su frasco de nardo, que vale lo que gana un jornalero en un

año, hace algo que va más allá de la ley: ama, inventa, crea, hace como Dios y consume con un gesto de amor un patrimonio completo de cálculos y de tristezas. Éste es el perfume de Betania que le gusta a Dios, como el vino de Caná. Es verdad, Dios es respuesta, legislador, vértice de la pirámide de los seres... Todo esto es importante; pero nos hemos olvidado de que Dios es profundidad y nos llama a la profundidad y de que el cristianismo vivirá siempre porque en el centro de la fe está la misma realidad que hay en el centro de la vida, a saber: el amor. Nos hemos olvidado de que Dios es también como el perfume de Betania, como el vino de Caná, gratuito, bajo el signo de la fiesta, del banquete, de la amistad, del inútil y amado perfume, y nos hemos olvidado asimismo de que las cosas gratuitas son también las más necesarias para vivir.

La mentalidad calculadora hace decir: «Podía haberse vendido por mucho dinero y habérselo dado a los pobres». Es cierto, se podía dar. Ahora bien, el evangelio replica: «Fíjate en el perfume, no en el precio; envidia el gesto, no el dinero; comprende el corazón que está detrás, no el gasto». Toma como modelo la generosidad, la liberalidad, la capacidad de entrega de la mujer de Betania. Y es que ante Dios no vale la ley de la cantidad: las dos moneditas de la viuda cuentan más que las ofrendas de los ricos. Lo mucho y lo poco no son los criterios de Dios. La tiranía de la cantidad no está en el campo del don, no hay capitalismo en el campo de la caridad; lo único que hay es la exigencia de la verdad, que pongas tu corazón en todo lo que haces, porque toda acción llevada a cabo con todo el corazón nos acerca a lo absoluto de Dios. No es el dinero el que decide el valor de las cosas, sino la parte de humanidad, la gloria humana que hay en ellas (E. Ronchi, *Bibbia e pietà mariana*, Queriniana, Brescia 2002, 100-102, *passim*).

La traición de Judas y el señalamiento del traidor

(Mt 26,14-25)

¹⁴ Entonces uno de los Doce, el llamado Judas Iscariote, fue a ver a los jefes de los sacerdotes y ¹⁵ les dijo:

–¿Qué me dais si os lo entrego?

Ellos le ofrecieron treinta monedas de plata.

¹⁶ Y desde ese momento andaba buscando la ocasión para entregarlo.

¹⁷ El primer día de la fiesta de los panes sin levadura se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

–¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

¹⁸ Él contestó:

–Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: «El maestro dice: Se acerca el momento, y quiero celebrar la cena de Pascua en tu casa con mis discípulos».

¹⁹ Ellos hicieron lo que Jesús les había mandado y prepararon la cena de Pascua.

²⁰ Al atardecer, se puso a la mesa con los Doce ²¹ y, mientras cenaban les dijo:

–Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar.

²² Muy entristecidos, se pusieron a decirle uno por uno:

–¿Soy yo, Señor?

²³ Jesús respondió:

–El que come en el mismo plato que yo, ése me entregará.

²⁴ El Hijo del hombre se va, tal como está escrito de él, pero ¡ay de aquel que entrega al Hijo del hombre! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!

²⁵ Entonces preguntó Judas, el traidor:

–¿Soy yo acaso, Maestro?

Y Jesús le respondió:

–Tú lo has dicho.

La Palabra se ilumina

En el corazón del drama de la pasión encontramos el entrelazado de dos iniciativas: la de Judas y la de Jesús. Por un lado, el traidor, que se alía con los jefes de los sacerdotes; por otro, Jesús y sus discípulos, que preparan lo necesario para comer juntos la Pascua. El verbo *entregar* (en griego *paradídōmai*) se repite aquí cinco veces y adquiere un doble valor. Referido a Judas, expresa la traición (en latín, *tradere* significa precisamente «entregar»); referido a Jesús, la entrega en manos de los hombres para cumplir fielmente la voluntad del Padre.

El evangelista lee la figura-acción de Judas en función de las preocupaciones catequéticas de la comunidad para la que escribe. Se le presenta como un hombre venal que traiciona al Maestro por una cifra irrisoria: treinta monedas de plata era la indemnización prevista por la muerte de un esclavo (cf. Éx 21,32). El texto remite asimismo a Zac 11,12, donde los comerciantes de cabras valoran y pagan con esta suma al pastor-profeta que representa al Señor.

Mateo utiliza las citas del Primer Testamento con la intención de ayudar a dar al asunto de Judas el significado de un cumplimiento siniestro de la Escritura, a fin de amortiguar, al menos en parte, el escándalo vinculado al hecho de que precisamente uno de los Doce fuera el traidor. Jesús celebra después la Pascua con los suyos, tras haber establecido con precisión el lugar y realizando de este modo una anticipación consciente de su autotregua.

El interés de Mateo en el relato es más cristológico que histórico, por lo que sus notas no son vinculantes para

determinar los hechos con precisión: el punto central es que durante la comida pone al descubierto –mostrando conocerla bien– la trama secreta de Judas.

Todos los discípulos –y éste es el propósito catequético que persigue Mateo– se ponen en crisis por la afirmación de Jesús: «*Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar*» (v. 21), y le preguntan. Sólo Judas, al final, se dirige a él llamándole «Maestro» en vez de «Señor», como hacen todos en el evangelio según Mateo, reconociendo así en Jesús al *Kyrios*. Judas está ahora «fuera» del grupo de los discípulos solidarios con el destino del Maestro. Su presencia en medio de los Doce y la dura lamentación de Jesús muestran que cada uno puede verse implicado, desgraciadamente, en el drama de la defección y de la traición.

La Palabra me ilumina

Jesús había tomado la defensa del amor gratuito de la mujer que le había honrado ungiendo su cuerpo después de que el anuncio de la pasión hubiera sumido en la angustia a los oyentes atentos. Este gesto de amor permanecerá, por voluntad del mismo Cristo, ligado para siempre al anuncio del Evangelio. Pero hay también una traición que se recordará siempre allí donde se predique la Buena Noticia. Judas, en efecto, está ahí, en las páginas del evangelio, para recordar que todos, incluso aquellos que fueron elegidos –llamados próximos–, llevan en el corazón un tremendo misterio de iniquidad.

Los mismos discípulos –elegidos por Jesús después de una noche de oración–, frente a la dolorosa perspectiva de la traición anunciada por el Maestro, se plantean angustiados la pregunta: «¿Soy yo, Señor?». Cada uno de ellos, con humildad y temor, muestra que no está demasiado seguro de sí mismo. ¿Quién puede decir de lo que es capaz el corazón humano impulsado por el mie-

do o por las pasiones? La inminente huida de todos ilustrará adecuadamente que ninguno de ellos podía estar tranquilo.

También Judas plantea la pregunta de manera lúcida, como para desafiar a Jesús, para asegurarse de su providencia o tal vez para intentar salvar al menos las apariencias ante los otros discípulos. ¿Qué le impulsó a tanto? No fueron, ciertamente, las treinta monedas de plata las que le llevaron a «entregar» al Maestro. En su comportamiento se intuye la amargura de una venganza por una desilusión padecida, por una especie de voluntad desesperada de eliminar aquel amor hecho Rostro que sus ojos ya no pueden resistir. Traiciona porque se siente traicionado. Y Judas está aquí, en el corazón de cada uno. Su siniestro negocio nos recuerda que no se puede matar al amor cuando no conseguimos apoderarnos de él, someterlo, instrumentalizarlo.

El amor es tan humilde que no lo puede destruir ninguna ingratitud. Jesús mismo muestra a Judas –y a cada uno de nosotros– que el verdadero amor nunca se deja detener. Frente a la entrega-traición de Judas, Jesús nos revela la verdadera entrega-confiada al designio del Padre, que consigue, precisamente derramando su propia sangre hasta la última gota, la destrucción del odio devastador desde su misma raíz. La fuerza «débil» de Jesús es tal que él, entregándose a la muerte, la transforma en vida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? Cristo ha resucitado.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, misericordia infinita, ten piedad de las vilezas y de las traiciones, de los engaños que tenemos escondidos en el corazón. Quémalos en la llama de tu amor, para que, no cediendo nunca a las sugerencias del maligno, seamos tus fieles testigos en medio de los her-

manos y nos entreguemos con confianza en manos del Padre, para cumplir como tú y contigo su voluntad, que es salvación para todo el mundo. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Quien desee meditar piadosamente sobre la pasión de Jesucristo, lo primero que tiene que hacer es contemplar la perfidia del traidor. Estaba lleno de tanto veneno de fraude que traicionó a su Maestro y Señor; encendido por tal llama de codicia, que vendió por dinero al Dios óptimo, por vil moneda la preciosísima sangre de Cristo; fue tanta su ingratitud que persiguió a muerte a quien le había nombrado criado administrador, a quien le había elevado al excelso grado de apóstol; fue tanta su crueldad que no le disuadieron de su pérfida maquinación ni la familiaridad de la cena ni la humildad del lavatorio ni siquiera el coloquio suave. ¡Oh excesiva bondad del Maestro con el duro discípulo y del piadoso Amo con el siervo más que malvado. Es cierto, hubiera sido mucho mejor para él no haber nacido (Mt 26,24).

Ahora bien, aunque no se explique la impiedad del traidor, nos sorprende infinitamente más la dulcísima bondad del Cordero de Dios. Se da como modelo a los mortales. El débil corazón humano, traicionado por la amistad, ya no podrá decir: «*Si mi enemigo me injuriasse, lo aguantaría*» (Sal 54,13), ya que está el hombre de las confidencias únicas, el hombre que parecía uno con el ánimo del Maestro, su consejero y su íntimo, el hombre que probó el pan de Cristo, el hombre que, en la santa cena, comió con él los suaves alimentos, levantó sobre él el golpe de la iniquidad.

Y, a pesar de todo eso, el bondadosísimo Cordero sin fraude no dudó en darse a la muy maliciosa boca, a la boca que le besó en la hora de la traición. Y lo comunicó, para no negarle nada, para darle todo lo que hubiera

podido enternecer la pertinacia de un corazón malo (Buenaventura de Bagnoregio, *Opúsculos místicos*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar... ¿Soy yo acaso, Maestro?» (Mt 26,21.25).

Caminar con la Palabra

Queridos hermanos: hay un nombre que vuelve muchas veces en la oración de la misa que estoy celebrando en conmemoración del cenáculo del Señor y también en el evangelio que os he leído, un nombre que produce espanto: Judas, el traidor. ¡Pobre Judas! Tal vez os sorprendan estas palabras que he dicho sobre este discípulo infeliz que, en un determinado momento, no pudo mantener la fidelidad al Maestro. No sé lo que pudo pasar por su cabeza. Es uno de los personajes misteriosos que encontramos en la pasión del Señor. Tampoco voy a intentar explicároslo; me contentaré esta noche con pedir os un poco de piedad para con nuestro hermano Judas. No os avergoncéis de asumir esta fraternidad. Yo no me avergüenzo, porque sé cuántas veces he traicionado al Señor, y creo que ninguno de vosotros debe avergonzarse de él. Y al llamarle «hermano» nos encontramos en el lenguaje del Señor, porque, cuando recibió el beso del traidor en Getsemaní, el Señor le respondió con unas palabras que no debemos olvidar: «Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?» (cf. Mt 26,50; Lc 22,48). «Amigo»: esta palabra, que os expresa la infinita ternura de la caridad del Señor, os hace comprender también por qué le he llamado en este momento, siguiendo precisamente el lenguaje que me ha sugerido el Señor, «Hermano». El Señor había dicho en el cenáculo: «Ya no os llamo siervos, sino amigos» (Jn 15,15). Los apóstoles se convirtieron en los amigos del Señor; buenos o no, generosos o no, fieles o no, siguen siendo siempre sus amigos. Nosotros podemos traicionar la amistad de Cristo, pero Cristo no nos traicionará nunca a nosotros, a sus amigos, aun cuando lo mereciéramos, aun cuando nos rebeláramos contra él, aun

cuando le negáramos. A sus ojos y a su corazón, seguimos siendo siempre los amigos del Señor. Judas es un amigo del Señor incluso en el momento en que, al besarlo, consumaba la traición al Maestro. ¿Cómo es posible que un apóstol del Señor acabara como traidor? ¿Conocéis, hermanos míos, el misterio del mal? ¿Podéis decirme cómo nos hemos vuelto malos nosotros? Porque recordad que ninguno de nosotros ha dejado de descubrir en un determinado momento el mal dentro de él. Ya no es un misterio nuestra maldad, como tampoco lo es la traición de Judas. El apóstol se convirtió en traidor en un momento determinado, y también en un determinado momento el cristiano se ha convertido en un negador, en un momento determinado el bautizado es alguien que reniega de su bautismo; alguien que ha estado marcado con el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo comienza a blasfemar de estos santos nombres que le consagraron como hijo de Dios, miembro de la Iglesia. ¡Qué misterio! Fijaos, Judas es hermano nuestro, hermano en esta miseria común, en esta sorpresa (P. Mazzolari, *Omelia del Giovedì Santo*, 1957).

La cena y el anuncio de la traición de Pedro

(Mt 26,26-35)

²⁶ Mientras cenaban, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo:

–Tomad y comed; esto es mi cuerpo.

²⁷ Tomó luego una copa y, después de dar gracias, se la dio diciendo:

–Bebed todos de ella, ²⁸ porque ésta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados. ²⁹ Os digo que ya no volveré a beber el fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre.

³⁰ Y después de cantar los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos.

³¹ Entonces Jesús les dijo:

–Todos vais a fallar por mi causa esta noche, porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. ³² Pero después de resucitar, iré delante de vosotros a Galilea.

³³ Pedro le respondió:

–Aunque todos fallen por causa tuya, yo no fallaré.

³⁴ Jesús le dijo:

–Te aseguro que esta misma noche, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces.

³⁵ Pedro le replicó:

–Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

Y lo mismo dijeron todos los discípulos.

La Palabra se ilumina

El relato de la institución de la eucaristía según el evangelista Mateo presenta algunas características que lo hacen particularmente expresivo del rito litúrgico que la comunidad debía practicar desde hacía tiempo. A la invitación *tomad* añade, en efecto, el verbo *comed* y en el v. 27 transforma la afirmación *bebieron* en el mandato: *bebed*, confiriendo a la narración un tono claramente litúrgico. Por otra parte, la referencia a Lv 17,11 pone en relación el rito eucarístico con la muerte inminente en la cruz, dándole un valor salvífico de expiación (cf. Gn 31,31-34) por las multitudes, es decir, por todos (así debemos entender el *todos* del texto). La sangre simboliza, en efecto, la vida, y la Alianza con el Señor se había estipulado, precisamente, derramando la mitad de la sangre de las víctimas sobre el altar y la otra mitad sobre el pueblo (cf. Éx 24,4-8). Jesús es consciente de la inminencia de su «hora», la hora decisiva, y también del escándalo de todos los suyos, pero al mismo tiempo deja entrever la perspectiva (v. 29) del convite escatológico en el Reino del Padre.

Después del v. 30, con el anuncio de la negación de Pedro, empieza el «relato de la pasión» propiamente. Se encuentran, pues, frente a frente la actitud de entrega plena y total de Jesús y la incompreensión de los discípulos, que todavía andan muy lejos de aceptar a un Mesías que sufre.

Pedro, que había confesado solemnemente en Cesarea, en nombre de los Doce y por revelación del Padre, la mesianidad de Jesús (cf. Mt 16,16), hablando ahora en nombre propio manifiesta una seguridad presuntuosa en sus propias fuerzas: «*Aunque todos fallen por causa tuya, yo no fallaré... Aunque tenga que morir contigo, no te negaré*» (vv. 33s). Sólo la oración de Jesús –como se atestigua en Lc 22,31– le salvará de una caída todavía más ruinosa. Hasta el cabeza de los apóstoles vaciló du-

rante la pasión, pero Jesús, tras la resurrección, reunirá de nuevo el rebaño disperso por Galilea y lo fortalecerá enviándole el Espíritu Santo. Entonces se irradiará el Evangelio a todas las gentes.

La Palabra me ilumina

Jesús se da a sí mismo en el signo del pan y del vino durante una cena pascual con sus discípulos, de los que uno estaba a punto de traicionarlo, otro iba a renegar de él y, en cualquier caso, todos le iban a abandonar. Él sabe todo esto, pero no liga su entrega a la correspondencia humana. Más aún, cuanto más pobres y pecadores son aquellos por quienes la hace, tanto más urgente es su ofrenda, como él mismo enseñó en una de sus parábolas (cf. Lc 14,12-14). Desde hace casi dos mil años, cada día renueva su entrega de amor en medio de una comunidad que no es diferente de aquella de los Doce que se encontraban con él en el cenáculo: conocemos incluso demasiado bien las posibles traiciones y las amargas negaciones que llevamos en el corazón. Sabemos, tal vez por experiencia, lo mal consejero que es el miedo: por miedo a los juicios, a perder la estima, a tener que renunciar a algo a lo que estábamos muy apegados, fingimos en ocasiones que nunca hemos conocido a Jesús, para no sentirnos obligados a tener que actuar en consecuencia, o sea, según lo que dice el Evangelio, y poder vivir también nosotros con la cómoda mentalidad del mundo... Sin embargo, Jesús no se deja molestar por nuestras vilezas y por nuestras traiciones. Acepta *conscientemente* la hostilidad y los rechazos y sigue amando, ofreciéndose a cada uno.

Dan ganas de temblar por Jesús, por esa entrega suya de amor tan santa y tan total que es desconocida y casi ha desaparecido. Jesús, fiel a su promesa: «*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*» (Mt 28,20), se ofrece de una manera tácita, in-

condicionada, sin cansarse nunca; se hace presente no de una manera estrepitosa, sino en la humilde semejanza de la hostia consagrada; se deja ofender, olvidar, traicionar, y continúa llegando a cada uno con la plenitud de un amor que no conoce resentimientos y puede llegar a hacerse compañero de cada renegador, de cada traidor, porque nos ama con un amor tan ilimitado que no tiene en cuenta ningún trato vil. Y es sólo él quien puede mantener al mismo tiempo una compañía tan variada de personas capaces de todo y quien, sin embargo, elige para ser nada menos que su Cuerpo. Sólo alguien que sea amor puede llegar a tanto.

La Palabra se convierte en oración

Abre, oh Señor, nuestro corazón para acoger con siempre renovada gratitud y alegría el don de amor que eres tú mismo, presente en medio de nosotros en el signo del pan y el vino consagrados. Perdona nuestras durezas y nuestras dudas, ten piedad de nuestras mezquindades y de nuestras presunciones. Alimentados por ti, haz que nos configuremos cada vez más plenamente a ti, a fin de que toda nuestra vida sea una perenne eucaristía, acción de gracias al Padre, que te ha entregado; a ti, que te has ofrecido, y al Espíritu, que te hace presente a nosotros. Tú que no desdeñaste hacerte una sola realidad con nosotros, haz que alcancemos siempre de ti, de tu pasión redentora, la fuerza necesaria para vivir juntos como hermanos, sintiéndonos, en ti, miembros los unos de los otros. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

En primer lugar, diré que este sacrosanto Misterio es misterio de eterna novedad, de una novedad que siempre renace en maravillosa floración, que siempre excede la razón cuando lo considera. Antiguo por figura, es

nuevo como don, nuevo como verdad. La criatura que lo recibe, recibe el espíritu de novedad. Pensad: el que instituyó este sacramento no lo hizo movido por el temor, ni por deseo de nada útil; el suyo fue un impulso que no tiene nombre, a no ser éste: amor sin medida. Jesús, ardiendo de amor por nosotros, quiso entregarse por completo a nosotros y se puso allí dentro completo y para siempre, hasta la consumación de los siglos.

Toda alabanza, todo himno, todo elogio y toda acción de gracias son insuficientes para exaltar este sacramento. Toda la bondad, toda la belleza, toda la santidad están contenidas en él. Y el que quiera acceder a este sacramento debe considerar quién es él, quién es aquel al que se quiere unir, cómo y por qué se acerca a tanto misterio. Debe pensar que se acerca al bien que es todo el bien y la fuente de todo bien, al único bien, sin el cual nada es bueno. Debe pensar que va a recibir aquel bien, que es Dios hecho hombre, que sacia, alegra, colma a todas las criaturas y las sobrepasa infinitamente. ¡Oh bien no considerado, no conocido, no amado, sino por aquellos que lo dan todo para tener todo!

Si los sentidos corporales captan el pan, ¿por qué el alma no considera y no capta con la misma evidencia el infinito que se abre delante de par en par, la eternidad que se va a unir a ella?... En consecuencia, es preciso dirigirse hacia tan gran bien con el alma llena de reverencia, es menester acercarse a la mesa de la eternidad con amor y temblor y, sobre todo, con un amor ardiente y dilatado. Pero también como a una fiesta gozosa, con el alma adornada y alegre, porque se dirige hacia aquel que es la suma belleza, alegría y gloria, que es la suma santidad, felicidad y bienaventuranza...

Es menester salir a recibir para ser recibido; limpio para ser limpiado; vivo para ser vivificado; justo para ser justificado; unido para ser unificado. Unificado con el Dios increado y dulcemente humanado por la infinidad

de los siglos (Ángela de Forlino, *Le Istruzioni. L'Eucaristia, passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Tomad y comed; esto es mi cuerpo... ésta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados» (Mt 26,26.28).

Caminar con la Palabra

Para tener una idea adecuada del sacrificio de nuestro Salvador no debemos mirar de inmediato a la cruz, sino empezar por la contemplación de la última cena. Ésta nos brinda una primera revelación que corrige nuestra manera espontánea de concebir el sacrificio. A saber, nos revela que el aspecto de la acción de gracias fue fundamental en el sacrificio de Cristo y, por consiguiente, debe serlo también en nuestra vida. Cuando pensamos en un sacrificio, en el sentido religioso del término, lo vemos como un don que hacemos a Dios, no como un don que Dios nos hace. Jesús, en cambio, consideró su sacrificio ante todo como un don que él recibía del Padre. Todos los relatos de la institución de la eucaristía nos refieren que, antes de dar a los apóstoles su cuerpo y su sangre, Jesús dio gracias al Padre.

Cuando da gracias, sabe lo que va a hacer en el instante siguiente: ve que el Padre le da la posibilidad de un don más generoso, la posibilidad de ofrecer el pan celestial para comunicar la vida divina. Así pues, da gracias: «Te doy gracias, oh Padre, porque mediante este pan, que tengo en mis manos, yo mismo me convertiré en pan para la vida del mundo. Te doy gracias por haberme dado mi cuerpo, que puedo dar como alimento espiritual a mis discípulos; por haberme dado mi sangre, que puedo transformar en sangre de Alianza. Te doy gracias ante todo por haberme dado un corazón lleno de amor, deseo de realizar esta entrega completa de mí mismo, a fin de establecer esta alianza de amor eterno entre tú, Padre, y todos mis hermanos. Éste es el significado más profundo de la acción de

gracias de Jesús. La eucaristía es un don «para la vida del mundo» (Jn 6,51).

Generalmente, damos gracias a Dios después de que él nos haya procurado la salvación. Jesús, sin embargo, dio gracias a Dios antes de haber sido salvado. La eucaristía nos lleva a reconocer hasta el fondo la importancia que tiene la actitud filial de acción de gracias para la vida cristiana; nos lleva a unirnos, en todo momento y en cualquier circunstancia, a la acción de gracias filial de Jesús y nos da fuerza para ello. Hay muchas circunstancias en las que es fácil dar gracias al Señor. En las circunstancias penosas nos resulta difícil mantenernos en una actitud de gratitud. Se requiere entonces un esfuerzo intenso para reconocer que en tales circunstancias se esconden gracias preciosas, especialmente la gracia suprema de participar en la pasión de Cristo y en su victoria (A. Vanhoye, *Dio ha tanto amato il mondo*, Edizioni Paoline, Milán 2003, 9-10.22-23.31s; edición española: *Tanto amó Dios al mundo*, San Pablo, Madrid 2005).

En Getsemaní y el arresto de Jesús (Mt 26,36-56)

³⁶ Entonces fue Jesús con ellos a un huerto llamado Getsemaní y les dijo:

–Sentaos aquí mientras voy a orar un poco más allá.

³⁷ Llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo; comenzó a sentir tristeza y angustia, ³⁸ y les dijo:

–Siento una tristeza mortal; quedaos aquí y velad conmigo.

³⁹ Después, avanzando un poco más, cayó rostro en tierra y estuvo orando así:

–Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de amargura, pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú.

⁴⁰ Volvió donde estaban los discípulos y los encontró dormidos. Entonces dijo a Pedro:

–¿Con que no habéis podido estar en vela conmigo ni siquiera una hora? ⁴¹ Velad y orad, para que podáis hacer frente a la prueba; que el espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil.

⁴² Por segunda vez se alejó y volvió a orar así:

–Padre mío, si no es posible que pase sin que yo la beba, hágase tu voluntad.

⁴³ Regresó y volvió a encontrarlos dormidos, pues sus ojos estaban cargados.

⁴⁴ Los dejó y volvió a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. ⁴⁵ Entonces volvió donde estaban los discípulos y les dijo:

–¿Todavía estáis durmiendo y descansando? Ha llegado la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los

pecadores. ⁴⁶ Levantaos, vamos. Ya está aquí el que me va a entregar.

⁴⁷ Aún estaba hablando cuando llegó Judas, uno de los Doce, y con él un gran tropel de gente con espadas y palos, enviados por los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. ⁴⁸ El traidor les había dado esta señal: «Al que yo bese, ése es; prendedlo». ⁴⁹ Nada más llegar, se acercó a Jesús y le dijo:

–¡Hola, maestro!

Y lo besó.

⁵⁰ Jesús le dijo:

–Amigo, haz lo que has venido a hacer.

Entonces, se adelantaron, echaron mano a Jesús y lo prendieron.

⁵¹ Uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y, dando un golpe al criado del sumo sacerdote, le cortó una oreja.

⁵² Jesús le dijo:

–Guarda tu espada, que todos los que empuñan la espada perecerán a espada. ⁵³ ¿O crees que no puedo acudir a mi Padre, que pondría a mi disposición en seguida más de doce legiones de ángeles? ⁵⁴ Pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así?

⁵⁵ Luego se dirigió a la gente y dijo:

–Habéis salido a prenderme con espadas y palos como si fuera un bandido. A diario he estado enseñando en el templo y no me apresasteis. ⁵⁶ Pero todo esto ha ocurrido para que se cumpla lo que escribieron los profetas.

Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

La Palabra se ilumina

En la escena dramática del huerto de los Olivos, en la que Jesús pide al Padre que le dispense de la acerba prueba de la pasión y muerte, Mateo representa de una manera plástica y eficaz los sufrimientos interiores de Cristo y su «tentación» frente a la perspectiva del fracaso total de su misión desde el punto de vista humano. Jesús avanza en medio de una soledad cada vez más profunda, hasta quedarse completamente solo ante el Padre y ante el tentador: deja Jerusalén para dirigirse a

un lugar apartado, Getsemaní (lit. «presa para las aceitunas»); se aleja también de los discípulos tomando consigo sólo a los más íntimos, los que habían sido testigos de su transfiguración (v. 37; cf. Mt 17,1) y, por último, se separa también de ellos. El texto emplea una expresión –«*Quedaos aquí*» (en griego *autû*) (v. 38)– que recuerda el término que se emplea en la Biblia griega para el relato del sacrificio de Isaac (cf. Gn 22,5), pero Jesús añade una invitación con respecto a Abrahán: «*Velad conmigo*». Ahora bien, eso es precisamente lo que los discípulos no fueron capaces de hacer (v. 40), porque no comprendieron la gravedad de la «hora», no intuyeron que el tentador acechaba a Jesús, a fin de que se sustrajera a la voluntad del Padre.

Mateo muestra cómo Jesús se mantiene fiel a su propia misión y cumple la voluntad del Padre hasta el final. También esta escena está articulada en tres partes (un procedimiento narrativo muy estimado por el evangelista).

En el primer cuadro (vv. 47-50), la escena está dominada por Judas, que hace capturar al Maestro con un beso de reconocimiento: «*¿No causa un disgusto mortal que un amigo querido se vuelva enemigo?*» (Eclo 37,2). El segundo cuadro (vv. 52-54) está introducido por la escena de un discípulo que echa mano a la espada; Jesús se ve obligado a intervenir para repetir una vez más con extrema claridad que la violencia no se vence con la violencia; él ha venido para ser el Siervo sufriente que vence el mal con el bien. El tercer cuadro está ocupado por las palabras que Jesús dirige a los agresores (v. 55), a través de las cuales se revela, una vez más, como el que lleva a su cumplimiento las promesas de Dios. El fragmento se cierra con la huida de los discípulos (v. 56b), revelando así su total incompreensión del misterio de Cristo, que se hace débil y vulnerable por amor a los hombres.

La Palabra me ilumina

No podemos acercarnos a la narración evangélica de la agonía de Jesús en Getsemaní sin sentir una profunda conmoción. El Hijo amado del Padre vive en esta hora el drama más lancinante de toda vida humana: la adhesión al designio de Dios –fin mismo de su misión– se le vuelve difícil, incomprensible, incluso repugnante. Tal vez nunca como en esta página, en la que experimenta debilidad y miedo, fragilidad y angustia, se muestra Jesús como hermano nuestro en humanidad. Sin embargo, nunca como en esta página podemos aprender de él lo que significa ser hijos. Hay, en efecto, rasgos de la vida de Jesús que nosotros no podemos imitar. Por ejemplo, para ser verdaderos cristianos, no se nos pide en absoluto tener el poder del Cristo taumaturgo. Sin embargo, el Padre sí pide a todos el milagro de la obediencia y de la fe pura, desnuda y sufrida. Y en esto Jesús se muestra como nuestro sublime modelo en el huerto de los Olivos.

La dura lucha se cierra con un acto de fe total y confianza, que le permiten hacer frente a la muerte no como víctima, sino como «Señor», *Kyrios*. Su figura no desaparece en la ignominia, sino que se agiganta. Si la hora del Tabor nos había hecho entrever la divinidad de Jesús en su corporeidad, Getsemaní nos muestra su ilimitada «condescendencia», que se rebaja hasta tal punto que asume no sólo la debilidad y la fragilidad de nuestra naturaleza humana, sino también su pecado. En esta humildad resplandece la divinidad.

Cada vez que se acepta silenciosamente una ofensa por amor o se soporta con una paciencia incansable el peso de situaciones desventajosas o incluso injustas, precisamente entonces brilla en el rostro humano un rayo de luz divina. Contemplar la tragedia de la hora del Getsemaní significa crecer en el amor por Jesús, que se postró con el rostro en tierra –«*Soy gusano, no hombre*»

(Sal 21,7)– compartiendo la pobreza y la turbación de cada uno de nosotros. Cuando el dolor llama a nuestra puerta, todos sentimos la tentación de no reconocernos ya como hijos del Padre.

La pregunta ineludible: «¿Por qué precisamente a mí?», resquebraja a menudo nuestra fe superficial. Sin embargo, ése es justamente el momento de no vacilar y de no dudar con incredulidad, sino de reforzarnos en la fe y dar así gloria a Dios (cf. Rom 4,19s): sólo superando las luchas y los malos tragos de la lancinante contradicción entre lo que pensamos nosotros de Dios y el modo en que él se revela en nuestra historia es como podemos llegar a ser verdaderos creyentes. Entonces, precisamente a través de la prueba y del dolor, aprendemos a ser, en Jesús, verdaderamente hijos de Dios.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, nuestro Maestro y Hermano en humanidad, tú que experimentaste la dureza de la prueba y de la tentación, haz crecer en nosotros la fe en la paternidad de tu Dios y nuestro Dios, a fin de que ninguna turbación ofusque jamás en nosotros la certeza de su amor eternamente fiel. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Es fuerte la muerte, que puede privarnos del don de la vida. Es fuerte el amor, que puede restituirnos a una vida mejor.

Es fuerte la muerte, que tiene poder para desposeernos de los despojos de este cuerpo. Es fuerte el amor, que tiene poder para arrebatarnos a la muerte su presa y devolvérnosla.

Es fuerte la muerte, a la que nadie puede resistir. Es fuerte el amor, capaz de vencerla, de embotar su agui-

jón, de reprimir sus embates, de confundir su victoria. Lo cual tendrá lugar cuando podamos apostrofarla diciendo: ¿Dónde están tus pestes, muerte? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?

Es fuerte el amor como la muerte, porque el amor de Cristo da muerte a la misma muerte. Por esto dice: Oh muerte, yo seré tu muerte; país de los muertos, yo seré tu aguijón. También el amor con el que nosotros amamos a Cristo es fuerte como la muerte, ya que viene a ser él mismo como una muerte, en cuanto que es el aniquilamiento de la vida anterior, la abolición de las malas costumbres y el sepelio de las obras muertas.

Este nuestro amor hacia Cristo es como un intercambio de dos cosas semejantes, aunque su amor hacia nosotros supera al nuestro. Porque él nos amó primero y, con el ejemplo de amor que nos dio, se ha hecho para nosotros como un sello, mediante el cual nos hacemos conformes a su imagen, abandonando la imagen del hombre terreno y llevando la imagen del hombre celestial, por el hecho de amarlo como él nos ha amado. Porque en esto nos ha dejado un ejemplo para que sigamos sus huellas.

Por esto dice: Grábame como un sello en tu corazón. Es como si dijera: «Ámame como yo te amo. Tenme en tu pensamiento, en tu recuerdo, en tu deseo, en tus suspiros, en tus gemidos y sollozos. Acuérdate, hombre, qué tal te he hecho, cuán por encima te he puesto de las demás criaturas, con qué dignidad te he ennoblecido, cómo te he coronado de gloria y de honor, cómo te he hecho un poco inferior a los ángeles, cómo he puesto bajo tus pies todas las cosas. Acuérdate no sólo de qué grandes cosas he hecho para ti, sino también de qué duras y humillantes cosas he sufrido por ti, y dime si no obras perversamente cuando dejas de amarme. ¿Quién te ama como yo? ¿Quién te ha creado sino yo? ¿Quién te ha redimido sino yo?»

Quita de mí, Señor, este corazón de piedra; quita de mí este corazón endurecido, incircunciso. Tú que purificas los corazones y amas los corazones puros, toma posesión de mi corazón y habita en él, llénalo con tu presencia, tú que eres superior a lo más grande que hay en mí y que estás más dentro de mí que mi propia intimidad. Tú que eres el modelo perfecto de la belleza y el sello de la santidad, sella mi corazón con la impronta de tu imagen; sella mi corazón, por tu misericordia, tú, Dios por quien se consume mi corazón, mi lote perpetuo. Amén (Balduino de Canterbury, *Tratados*, 10).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de amargura, pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26,40).

Caminar con la Palabra

¿Cómo podemos comprender estas palabras pronunciadas por Jesús en Getsemaní: «Mi alma está triste hasta la muerte» (Mc 14,34)? ¿Cómo puede llegar de verdad hasta ese punto el Verbo de Dios? ¿Cómo puede pronunciar semejantes palabras? Y los tres amigos de Jesús duermen. ¡Cómo los comprendo!, porque yo también duermo frente a la pasión del Señor; con frecuencia, tampoco yo he sido capaz de pasar media hora con él, ante el Santísimo Sacramento, agitado en mis pensamientos, mientras miraba tres o veinte veces el reloj. Llego a comprender las negaciones de Pedro; la traición de Judas, sí, lo comprendo; encuentro muchos ejemplos de la cobardía de Pilato: basta con mirar mi vida; comprendo los latigazos, las espinas, la sed de Jesús; comprendo la muerte misma, sí, comprendo la cruz. Pido perdón, me siento culpable y preveo, efectivamente, que Jesús pueda decir: «Mi alma está triste hasta la muerte».

Sin embargo, me parece que hay un campo en el que no podemos penetrar. El evangelio nos dice: «Entonces fue Jesús con

ellos a un huerto llamado Getsemaní y les dijo: «Sentaos aquí mientras voy a orar un poco más allá» (Mt 26,36). Entre ese aquí donde debéis quedaros y el allá donde voy a orar hay un abismo inconmensurable. No, no hay nada común entre ese aquí y aquel allá. Hay un enterramiento de la vida en la muerte, aunque la vida triunfa después. No es posible ninguna aproximación entre ese aquí y aquel allá, no es posible imaginar ninguna coparticipación. Por una parte, aquí, el hombre pecador, reducido a su impotencia, llamado sólo a velar. Por el otro, el Santo, el Cordero, a merced de su espantosa soledad, de su lucha, llamado a consentir: «No sea como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26,39). Por una parte, aquí, el hombre tan débil y cargado que se adormece en su pecado; por otra, el Señor, tan despierto, aplastado por el pecado, que entra vivo en la muerte (J. Loew, *Gesú chiamato il Cristo*, Morcelliana, Brescia 1971, 195-198, *passim*; edición española: *Ese Jesús al que se llama Cristo*, Euramérica, Madrid 1973).

Jesús, ante el sanedrín (Mt 26,57–27,2)

⁵⁷ Los que apresaron a Jesús lo condujeron a casa del sumo sacerdote Caifás, donde estaban reunidos los maestros de la ley y los ancianos. ⁵⁸ Pedro lo siguió de lejos hasta el palacio del sumo sacerdote; entró y se sentó con los criados para ver en qué paraba la cosa. ⁵⁹ Los jefes de los sacerdotes y todo el sanedrín buscaban una acusación falsa contra Jesús para condenarlo a muerte. ⁶⁰ Pero no la encontraron, a pesar de que se presentaron muchos testigos falsos. Al fin comparecieron dos, ⁶¹ que declararon:

–Éste ha dicho: «Puedo derribar el templo de Dios y reconstruirlo en tres días».

⁶² El sumo sacerdote se levantó y le dijo:

–¿No respondes nada contra esta acusación?

⁶³ Pero Jesús callaba. El sumo sacerdote le dijo:

–Te conjuro por Dios vivo; dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

⁶⁴ Jesús le respondió:

–Tú lo has dicho; y además os digo que veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso, y que viene sobre las nubes del cielo.

⁶⁵ Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y dijo:

–¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ⁶⁶ ¿Qué os parece?

Ellos respondieron:

–Es reo de muerte.

⁶⁷ Entonces se pusieron a escupirle en la cara y a darle bofetadas; otros lo golpeaban, ⁶⁸ diciendo:

—Mesías, adivina quién te ha golpeado.

⁶⁹ Pedro estaba afuera, sentado en el patio. Se le acercó una criada y le dijo:

—Tú también estabas con Jesús, el Galileo.

⁷⁰ Pero él lo negó ante todos, diciendo:

—No sé de qué me hablas.

⁷¹ Salió después al portal, lo vio otra criada y dijo a los que había allí:

—Éste andaba con Jesús de Nazaret.

⁷² Y por segunda vez negó con juramento:

—Yo no conozco a ese hombre.

⁷³ Poco después se acercaron a Pedro los que estaban allí y le dijeron:

—No hay duda de que tú eres uno de ellos; se te nota el acento.

⁷⁴ Entonces él se puso a echar imprecaciones y a jurar:

—¡No conozco a ese hombre!

Inmediatamente cantó un gallo. ⁷⁵ Pedro recordó lo que Jesús le había dicho: «Antes que cante el gallo, me habrás negado tres veces».

Y saliendo afuera, lloró amargamente.

^{27,1} Cuando se hizo de día, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron la decisión de matar a Jesús. ² Lo llevaron atado y se lo entregaron a Pilato, el gobernador.

La Palabra se ilumina

Jesús, arrestado por la noche, fue conducido al palacio de los sumos sacerdotes, donde ya le esperaban (v. 57). Pedro le sigue de lejos, espectador tembloroso y emblema de los discípulos de todos los tiempos. Mateo da un amplio relieve al interrogatorio y a los ultrajes de la noche: la auténtica sesión del sanedrín, celebrada a la mañana siguiente, se limita a ratificar la condena y a dar un paso ulterior en la *entrega* de Jesús: del traidor (lit., «*el que entrega*»: v. 46) a los jefes del pueblo y de éstos a las autoridades paganas (27,2).

Jesús fue capturado, escupido, golpeado, escarnecido, atado; sin embargo, se mantiene soberano de la situación, mientras se desencadena el ciego furor de los adversarios. Calla frente a las acusaciones falsas, y al conjuro solemne del sumo sacerdote responde del modo más pregnante y provocador. Elude, en efecto, la cuestión mesiánica con una respuesta que da la impresión de que debe entenderse como: «*Eso lo dices tú*».

En realidad, Jesús no correspondía a las expectativas comunes sobre el Mesías, hijo adoptivo de Dios predestinado al éxito político y militar (v. 63). Con todo, la afirmación de Jesús es mucho más grave: al identificarse por primera vez explícitamente con el Hijo del hombre, declara su origen divino, su propia igualdad con Dios (v. 64). A los oídos de los judíos, ésta es la verdadera blasfemia que merece la pena de muerte.

Las palabras de Jesús ante el sanedrín poseen una profundidad inconmensurable: citando Dn 7,13, deja entender que el juicio sobre la historia, confiado al Hijo del hombre, comienza *desde ahora*, con su pasión. Precisamente en el momento en que está a merced de los hombres se encuentra, en realidad, «*sentado a la derecha del Todopoderoso*» (v. 64).

Pablo expresa esta verdad hablando de la cruz como poder y sabiduría de Dios (1 Cor 1,22ss), mientras que el paralelo joánico se encuentra en 12,31: en el momento en el que se decide la muerte de Jesús, empieza, paradójicamente, el juicio de este mundo y su liberación del maligno.

El contraste entre la majestad divina de Jesús y el escarnio de los hombres es enorme: ¿qué posición tomará el discípulo? Pedro la va a indicar con su repetida negación en forma cada vez más grave, pero también con el llanto amargo por su debilidad, bien conocida por el Maestro.

La Palabra me ilumina

Pedro, que había entrado en el palacio de los sumos sacerdotes «*para ver en qué paraba la cosa*» (v. 58), sale de allí ahogado en lágrimas, tras haber experimentado el fracaso de su presunta fidelidad. No nos resulta difícil reconocernos en este discípulo, tan impetuoso y sincero como frágil: nuestro amor a Jesús todavía no está preparado para la entrega total. Tal vez la idea de perder cierta reputación basta para retenernos a la hora de manifestar abiertamente nuestra fe. Y precisamente mientras Jesús se revela como testigo fiel y veraz del Padre, mientras revela la gloria de Dios en la majestad ultrajada de su rostro herido, tal vez nosotros preferimos «salvar la cara» y distanciarnos de «*aquel varón de dolores penetrado de sufrimiento*» (Is 53,3); con los hechos o con un silencio vil, cuando no con las palabras, también nosotros declaramos: «*No conozco a ese hombre*».

Como Pedro, también nosotros renegamos repetidamente del Señor, casi sin darnos cuenta, cuando con el pretexto de la tolerancia religiosa renunciamos al signo del crucifijo en lugares públicos y hasta en nuestras habitaciones, cuando en nombre del respeto a las opiniones ajenas renunciamos a la tarea de anunciar a los otros el mensaje de Jesús. Él nos conoce hasta el fondo; ha medido el abismo de nuestra mezquindad y desea colmarlo con su misericordia. Por eso padece todavía por nosotros y sufre el ultraje de nuestros oportunismos.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, que, para salvarnos, no rechazaste padecer la ignominia y el desprecio de los hombres, concédenos un sincero arrepentimiento por nuestra vileza. Que tu perdón nos haga capaces de dar testimonio en toda circunstancia de la gloria de la cruz, de la victoria

del amor humilde, de la omnipotencia de tu misericordia. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

También Lucas escribió que, cuando Pedro fue preguntado si era de ellos, respondió la primera vez: *Yo no lo he conocido*. Y lo dijo con toda justicia, pues no hay duda que habría sido una presunción decir que conocía a aquel a quien la mente humana jamás puede abarcar, pues *nadie conoce al Hijo, sino el Padre* (Mt 11,27). La segunda vez, atestigua Lucas, dijo: *No soy*. Es decir, que prefirió negarse a sí mismo antes que negar a Cristo. Aunque parecía que él negaba que había estado con Cristo, en realidad se negaba a sí mismo. Con todo, es cierto que por negar su parte humana ya pecó contra el Hijo del hombre, aunque no contra el Espíritu Santo, y por eso fue perdonado (Mt 12,32). Y al ser interrogado por tercera vez, respondió: *No sé lo que dices* o, lo que es lo mismo, yo no entiendo vuestros sacrilegios.

Pero aunque nosotros le excusemos, él no se excusó, ya que para confesar a Jesús no es suficiente una respuesta ambigua, sino que es necesaria una confesión franca. Porque ¿de qué sirve un rodeo en las palabras si quieres aparecer como uno que ha renegado? Y por eso se dice que Pedro no respondió así con objeto de dar un rodeo, ya que, cuando después lo recordó, comenzó a llorar. Y así prefirió confesar él mismo su pecado, para que, por la confesión, le fuese perdonado el pecado que había contraído por la negación –pues *el justo empieza por acusarse a sí mismo* (Prov 18,17)– y después lloró.

¿Por qué lloró? Porque el pecado le cogió de sorpresa. También yo suelo llorar si no pecho, es decir, si no me vengo, si no obtengo lo que injustamente deseo; Pedro se arrepintió y lloró porque se había equivocado

como hombre. No atiendo tanto a lo que dijo; fijo más mi atención en que lloró. Veo sus lágrimas, no encuentro un afán de excusarse, y aunque no puede defenderse, puede empero lavarse. ¡Que las lágrimas laven ese pecado que no se atreve a confesar de viva voz! Los llantos conducen al perdón y a la honradez. Las lágrimas confiesan la culpa sin temor; las lágrimas reconocen el crimen sin el tormento de la vergüenza; las lágrimas no piden el perdón, pero lo obtienen. Ya he encontrado por qué Pedro guardó silencio: era para que una demanda de perdón tan pronta no hiciera más grande su pecado. Es necesario llorar antes, y ya después se puede pedir.

¡Qué buenas lágrimas son las que lavan la culpa! Por eso lloran todos aquellos a los que Jesús mira. La primera vez, Pedro renegó y no lloró: era porque el Señor no le había mirado. Le negó una segunda vez y tampoco lloró, pues aún no le había mirado el Señor; pero, al negarle por tercera vez, Jesús clavó en él su mirada y comenzó a llorar con incontenible amargura. Míranos, Señor Jesús, para que sepamos llorar nuestro pecado. Con esto se nos enseña que incluso la caída de los santos es provechosa. Ningún daño me acarreó la negación de Pedro, y, sin embargo, he recibido un gran beneficio de su arrepentimiento. He aprendido a guardarme de los planes de los hombres de mala fe. Pedro, cuando estaba entre los judíos, renegó; Salomón, engañado por sus amigos paganos, cayó en el error.

Pedro lloró con una amargura profunda, lloró con el fin de que sus lágrimas pudieran lavar su pecado. También tú debes llorar tu culpa con lágrimas si quieres conseguir el perdón en el mismo momento e instante en que te mire Cristo. Si te acontece caer en algún pecado, el que está como testigo en lo más íntimo de tu ser te mira para hacerte recordar y confesar tu error. Imita a Pedro, que, en otro lugar, responde a la tercera pregunta: *Señor, tú sabes que te amo* (Jn 21,15). Pues como le

había negado, serán otras tres las que le confiese, y, habiéndole negado de noche, le confiesa de día.

Ahora bien, todo esto está escrito para que comprendamos que nadie se debe vanagloriar, porque si el mismo Pedro cayó porque dijo: *Aunque los otros se escandalizaren, yo jamás me escandalizaré* (Mt 24,33), ¿quién podrá presumir, con derecho, de sus propias fuerzas? También David, después de decir: *Yo dije en el tiempo de mi bienestar, jamás seré conmovido*, confiesa que esa jactancia le hizo engañarse, diciendo: *Apartaste tu rostro de mí y fui confundido* (Sal 29,7ss).

¿Cómo podrías hacerte presente a mí, Pedro, para que me mostrases en qué pensabas cuando llorabas? ¿De dónde –me pregunto– te podría hacer venir? ¿Acaso del cielo, donde ya tienes un puesto entre los coros de los ángeles, o tal vez de la tumba? En realidad, no creo que pienses que sea una injuria para ti estar allí mismo donde resucitó el Señor. Enséñame qué gran utilidad te reportaron las lágrimas. Aunque, en verdad, bien pronto lo has enseñado, ya que, al llorar después de caer, ese llanto te ha hecho digno de ser elegido para regir a otros, precisamente tú, que antes ni a ti mismo eras capaz de gobernarte (Ambrosio, *Comentario al evangelio de Lucas*, X, 86-91).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Pero Jesús callaba*» (Mt 26,63).

Caminar con la Palabra

La Iglesia, como nos dijo Pablo VI y como nos repitió Juan Pablo II, es experta en humanidad. ¿Qué significa esto a la luz del Viernes Santo, sino la lucidez de la mirada del creyente, que sabe reconocer la pasión de Cristo, fruto del pecado, que prosigue en cada persona envilecida en su dignidad, golpeada en

sus derechos, empobrecida en sus impulsos? Nadie tiene en el mundo una vocación más elevada que el hombre; sin embargo, a veces, nos parece que a nadie como a muchos de nuestros semejantes se les niegan las cosas más esenciales, incluso la vida ya iniciada, aunque todavía no abierta a la sonrisa en el mundo. Sin olvidar las multitudes de otros continentes a las que, tal vez también por responsabilidad nuestra, carecen de comida, de alimento, de casa o de dignidad. Debemos acordarnos hoy de todos los que en nuestro horizonte cotidiano renuevan cada día el acontecimiento doloroso de la cruz.

Nuestro mundo ha aprendido a lanzar hombres al espacio con una tranquilidad casi desenvuelta, ha sido capaz de hacer cosas maravillosas para sacar al hombre de su indigencia secular y liberarle de la lucha contra la escasez, pero, al mismo tiempo, ha dejado que surgieran continuamente nuevas formas de sufrimiento y de pasión, en las cuales podemos reconocer el mismo misterio de mal y de pecado que actúa en la historia, y del que Cristo ha venido a liberarnos.

La pasión de Cristo pasa hoy, en consecuencia, por las casas de muchos que sufren: de los parados, de los que miran el futuro con un temor creciente, de los secuestrados esperados todavía con ansia y aflicción, de los que han sido víctimas de una violencia absurda y despiadada. Pero pasa también por las casas de los ancianos, pasa por las casas de los que esperan justicia sin conseguir obtenerla, de los que, por cualquier motivo, han tenido que abandonar su patria sin conseguir encontrar otra nueva o sentirse acogidos, que tal vez ni siquiera tienen una casa y están, probablemente, a nuestro lado. El misterio de la cruz se renueva en todos los que se sienten excluidos –a los que nuestra sociedad hace sentirse como tales– y en aquellos a los que se les indican vías de salida –drogadictos, inadaptados, encarcelados– que, también en lugares que deberían ser de expiación, pero asimismo de redención, siguen siendo víctimas de un clima de violencia y de muerte que ellos mismos contribuyeron a crear en el pasado. Esta pasión y este sufrimiento pasan, por último, por el corazón de todos los que piensan que su sacrificio y su fidelidad al deber cotidiano son inútiles, incomprendidos, y caen víctimas de este deber (C. M. Martini, *La parola nella città*, EDB, Bolonia 1982, 61s, *passim*; edición española: *Una voz profética en la ciudad*, PPC, Madrid 1996).

La muerte de Judas (Mt 27,3-10)

³ Mientras tanto, Judas, el traidor, al ver que lo habían condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y los ancianos ⁴ diciendo:

–He pecado entregando a un inocente.

Ellos replicaron:

–¿A nosotros qué? Allá tú.

⁵ Él arrojó en el templo las monedas, se marchó y se ahorcó.

⁶ Los jefes de los sacerdotes tomaron las monedas y dijeron:

–No se pueden echar en el tesoro del templo, porque son precio de sangre.

⁷ Y después de deliberar, compraron con ellas el campo del alfarero para sepultura de los forasteros. ⁸ Por eso, aquel campo se llama hasta hoy «Campo de sangre». ⁹ Así se cumplió lo anunciado por el profeta Jeremías: *Tomaron las treinta monedas de plata, precio de aquel que fue tasado por los hijos de Israel*, ¹⁰ y compraron el campo del alfarero, según lo que me mandó el Señor.

La Palabra se ilumina

Nos encontramos ante el fragmento más trágico del evangelio según Mateo, ese en el que se narra –y es el único evangelista que lo hace– el final desesperado del apóstol Judas, uno de los Doce. «*Judas, el traidor, al ver que lo habían condenado*» (v. 3), tomó conciencia de su traición. «*Se arrepintió*» (v. 3), dice el texto empleando el

verbo *metamélomai* en vez del acostumbrado *metanoeo*. Se trata, en efecto, de un remordimiento que, por desgracia, no le abre a la búsqueda del perdón.

Pedro, tras la traición, vuelve al Señor; Judas intenta hacer hacia atrás el mismo recorrido que le había llevado al delito con la intención de cancelarlo y se dirige a aquellos mismos jefes religiosos judíos que habían pactado con él las treinta monedas de plata (cf. Zac 11,12; Éx 21,32) como precio por entregarles a Jesús. Sin embargo, los cómplices no ayudan ciertamente a Judas a encontrar la paz: «¿A nosotros qué? Allá tú» (v. 4).

A la conciencia del pecado cometido entregando sangre inocente le hace eco una amarga soledad, que se vuelve desesperación y culmina con un gesto extremo. En el relato del suicidio de Judas se encuentra, en filigrana, la figura del traidor a David, Ajitófel, que «viendo que no seguían su consejo, aparejó su asno y se marchó a su casa, en su ciudad; luego, una vez puesta en orden su casa, se ahorcó» (2 Sm 17,23). Por tanto, también en este caso la traición recae sobre el que la perpetró.

Por otra parte –y éste es otro de los propósitos del evangelista–, Mateo quiere mostrar que en la persona de Jesús todo acontece según las Escrituras. El relato concluye con una cita del Primer Testamento que resulta muy confusa en los detalles, aunque clara en su significado global. Se atribuye a Jeremías un pasaje de Zacarías (11,12). El trueque del profeta-pastor enviado por Dios (cf. Zac 11,12), que perpetró Judas por treinta monedas, se renueva ahora en la persona del Mesías que no fue reconocido; Judas se convierte, por tanto, en figura de todo el pueblo de Dios, que rechaza totalmente al enviado, aunque su traición y su final constituyen también una fuerte advertencia para el nuevo Israel, para la Iglesia, para nosotros.

La Palabra me ilumina

En torno a la figura de Judas han surgido muchas leyendas amargas, y la sombra siniestra del traidor no ha cesado nunca de inquietar a los creyentes. ¿Cómo es posible que precisamente uno de los Doce pudiera llevar a cabo una traición tan repugnante? En verdad, el corazón humano es un abismo, y la libertad pone al hombre continuamente frente a opciones que pueden convertirse en ámbito de gracia o de desesperación.

No es casual que el evangelio cuente también las negaciones de Pedro, igualmente graves, pero que, por el recuerdo de las palabras de Jesús, se convirtió en ocasión para recuperar la inocencia mediante las lágrimas y el perdón. En el fondo, todos nos sentimos capaces –y lo somos realmente– de acciones horribles. Sin embargo, lo que ni siquiera conseguimos imaginar es lo grande que debió ser el dolor de Jesús por no haber conseguido, durante los años de la asidua compañía de Judas, hacer mella en su corazón, abrirlo al amor.

Para el hombre replegado en sí mismo e incapaz de creer en el perdón no queda otra salida que la desesperación: Judas, en efecto, prefiere pagar orgullosamente el castigo por su propio pecado, condenándose por sí mismo con una justicia despiadada. Jesús había manifestado de muchas maneras en su enseñanza el rostro de Dios como un Dios de piedad, de amor, de compasión con el que se equivoca; ahora bien, precisamente en el momento supremo de su misión, él mismo debe rendirse ante la negativa a acoger la dimensión de la gratuidad del amor.

La incapacidad de dejarse amar de manera gratuita por Dios tal vez sea la tentación más insidiosa y grave con la que, antes o después, se topa todo hombre. Quiéramos comprar o trocar siempre todo, alcanzarlo todo con nuestras capacidades y nuestras fuerzas; quiéramos obtener la estima, incluso la de Dios, por nues-

tros propios méritos. Cuando tocamos con la mano nuestra pobreza y miseria, la soberbia –y éste es precisamente el pecado original y originante– nos hace sentir vergüenza de nosotros mismos y nos aprisiona, haciéndonos insensibles incluso a las lágrimas de Cristo, que nos espera para tener piedad de nosotros... Sin embargo, Dios es más fuerte que nuestra orgullosa autosuficiencia; sólo él, que ha plasmado nuestro corazón, comprende todas nuestras obras (cf. Sal 32,15). Sólo a él corresponde el juicio.

La Palabra se convierte en oración

Ten piedad de nosotros, Jesús, Salvador nuestro; en tu bondad, no recuerdes nuestras continuas traiciones, sino dirige hacia nosotros tu mirada benevolente y sigue llamándonos amigos. Derrama en nosotros tu Espíritu para que, tocados por el amor, nos dejemos invadir por una profunda nostalgia de tu rostro. Que ya nada pueda separarnos de ti, sino que todo nos conduzca siempre de nuevo a ti, hasta la tristeza del pecado. Sumergidos en un mundo donde todo es cálculo e interés, concédenos estar, como tú, dispuestos a hacer de nuestra vida un don, una ofrenda al Padre para la salvación de los hermanos, en particular de aquellos que no te reconocen y te rechazan.

La Palabra en el corazón de los Padres

Quien devuelve bien por mal es el mismo Señor, «*que justifica al impío*» (Rom 4,5) y dijo mientras estaba colgado en la cruz: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Lc 23,34).

El salmista, después de haber dicho: «*En vez de amarme, me injuriaban*» (Sal 108,4), ¿qué añade? «*Yo, en cambio, oraba*» (*ibíd.*). En verdad, no se dice lo que pedía al orar, pero ¿qué podríamos imaginar de mejor sino que

oraba por ellos? Ellos, en efecto, injuriaban de una manera gravísima al Crucificado cuando le abofeteaban como a un simple hombre; él, en cambio, decía desde aquella cruz: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*», así que, mientras ellos en lo profundo de su maldad le devolvían mal por bien, él desde lo más alto de su bondad les devolvía a ellos bien por mal.

Se puede imaginar, por otra parte, que oraba también por sus discípulos –como anunció también previamente antes de su pasión– a fin de que no disminuyera su fe. Para enseñarnos la virtud de la paciencia, no quiso demostrar su poder mientras colgaba del leño. Para nosotros, en efecto, era mucho más útil el ejemplo que así nos daba de su paciencia que si nos hubiera propuesto, destruyendo sin vacilar a sus enemigos, apresurarnos también nosotros impacientemente a vengarnos de los malos, de los que nos hacen mal.

Así pues, cuando descubrimos que algunos son desagracedidos, no sólo no devolviendo el bien, sino hasta devolviéndonos mal por bien, nosotros debemos orar. Cristo oraba, ciertamente, por los otros; nosotros, sin embargo, debemos orar antes que nada por nosotros, para que, con la ayuda misericordiosa de Dios, podamos vencer nuestro impulso natural, que nos lleva a desear la venganza cuando, presentes o ausentes, se nos injuria. Además, con el recuerdo de la paciencia de Cristo, que, despertándose de repente, como ocurrió aquella vez que dormía en la nave, calma la tempestad que nos ha sacudido íntimamente, nosotros, con ánimo tranquilo y aplacado, debemos orar también por nuestros detractores, a fin de poder decir seguros: «*Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros las perdonamos*» (Mt 6,12) y de advertir que él las perdonaba, aunque no tenía, evidentemente, ningún pecado que hacerse perdonar (Agustín de Hipona, *Exposiciones sobre los salmos*, 108, 4s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*He pecado entregando a un inocente*» (Mt 27,4).

Caminar con la Palabra

He dudado antes de escribirte por miedo a ser mal entendido por los que me rodean. Es verdad que el evangelio no se muestra tierno contigo. Juan te trata de «*ladrón*» (Jn 12,6), y el mismo Jesús llega a decir: «*¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!*» (Mc 14,21). Si te escribo es porque sigues siendo hermano mío y porque no consigo comprender tu enigma. Y además, me sorprende continuamente dirigiendo a Cristo la misma pregunta que le hicieron los apóstoles cuando anunció, sin nombrarte, que uno de ellos lo habría de entregar: «*¿Acaso soy yo?*».

¿Quién eres, Judas, tú que, como los otros apóstoles, lo habías dejado todo para seguir a Jesús? Dime, ¿fuiste tú el engranaje indispensable para poner en movimiento la redención, tú que oíste las palabras: «*Lo que tienes que hacer, hazlo pronto*»? Dime, Judas, ¿te perdiste verdaderamente? Tu vida y tu muerte plantean hasta el paroxismo todo el problema del mal, de la predestinación y de la libertad, del juicio y de la salvación. ¿No fuiste, sobre todo, la víctima de tu soledad? Estabas solo «*y era de noche*» (Jn 13,30). ¿Por qué no dejaste resonar en ti, en tu soledad glacial, la última palabra que te había dirigido Jesús, la palabra confiada del primer día, la palabra desgarradora que podía romper las tinieblas de tu desesperación: «*Amigo mío*» (Mt 26,50)? ¿Escuchas todavía aquella palabra: «*amigo*»?

Tú que quisiste quitarte la vida colgándote de un árbol, ¿no sabías que al caer en las manos de Dios te hacías presa de su amor infinito? En efecto, el que había declarado que no había perdido a ninguno de los que le habían sido confiados, «*excepto el hijo de la perdición*» (Jn 17,12), invocó desde lo alto de la cruz el perdón de su Padre para todos los hombres.

Con esta última oración Jesús cerró el proceso de todos los criminales, declarando incompetente nuestra justicia, y desde entonces sólo cuenta la misericordia divina. La Iglesia transmite

intacto el dogma misterioso del infierno, pero siempre ha prohibido señalar por su nombre a un solo condenado. Por eso, Judas, como no sé si te llegará mi carta, te escribo a la lista de correos. Pienso en la obra de teatro que te ha dedicado Pagnol. En ella, a la lancinante pregunta: «*¿Está Judas en el infierno?*», hace responder al mismo Cristo: «*No puedo responder a vuestra pregunta... porque de otro modo los hombres acabarían por abusar de mi indulgencia*». Adiós, Judas (R. Etchegaray, *Tiro avanti como un asino...*, Edizioni Paoline, Cinisello B. 1985, 11s).

Jesús, ante Pilato

(Mt 27,11-31)

¹¹ Jesús compareció ante el gobernador y éste le preguntó:

–¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús respondió:

–Tú lo dices.

¹² Pero nada respondió a las acusaciones que le hacían los jefes de los sacerdotes y los ancianos. ¹³ Entonces Pilato le preguntó:

–¿No oyes todo lo que dicen contra ti?

¹⁴ Pero él no le respondió, de suerte que el gobernador se quedó muy extrañado.

¹⁵ Por la fiesta, el gobernador solía conceder al pueblo la libertad de un preso, el que ellos quisieran. ¹⁶ Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. ¹⁷ Así que, viéndolos reunidos, les preguntó Pilato:

–¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Mesías?

¹⁸ Pues se daba cuenta de que lo habían entregado por envidia.

¹⁹ Estaba aún en el tribunal cuando su mujer le envió este mensaje:

–No te metas con ese justo, porque esta noche he tenido pesadillas horribles por su causa.

²⁰ Los jefes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la gente para que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. ²¹ El gobernador volvió a preguntarles:

—¿A quién de los dos queréis que os suelte?

Respondieron ellos:

—A Barrabás.

²² Pilato preguntó de nuevo:

—¿Y qué hago entonces con Jesús, el llamado Mesías?

Respondieron todos:

—¡Crucifícalo!

²³ Él les dijo:

—Pues ¿qué mal ha hecho?

Pero ellos gritaron más fuerte:

—¡Crucifícalo!

²⁴ Viendo Pilato que no conseguía nada, sino que el alboroto iba en aumento, tomó agua y se lavó las manos ante el pueblo, diciendo:

—No me hago responsable de esta muerte; allá vosotros.

²⁵ Todo el pueblo respondió:

—¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de esta muerte!

²⁶ Entonces les soltó a Barrabás, y a Jesús, después de azotarlo, se lo entregó para que fuera crucificado.

²⁷ Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron en torno a él a toda la tropa. ²⁸ Lo desnudaron y le echaron por encima un manto de color púrpura; ²⁹ trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza, y una caña en su mano derecha; luego se arrodillaban ante él y se burlaban diciendo:

—¡Salve, rey de los judíos!

³⁰ Le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza. ³¹ Tras burlarse de él, le quitaron el manto, le pusieron sus ropas y lo llevaron para crucificarlo.

La Palabra se ilumina

Jesús debe comparecer ante el procurador romano, a fin de que éste ratifique la sentencia del sanedrín, que había perdido la facultad de condenar a muerte. Las fuentes históricas nos presentan a Pilato como un hombre

cruel y despiadado: de hecho, fue depuesto del cargo por sus excesos.

Sin embargo, se queda *muy extrañado* ante Jesús: su comportamiento es absolutamente incomprensible en un hombre avezado en la violencia; por eso, revela todavía más la inconsistencia de las acusaciones presentadas contra el Nazareno y, en esta ocasión, cargadas de connotaciones políticas (vv. 11.18.23; cf. Lc 23,1ss). Siguiendo una dialéctica de silencio y de clamor de la muchedumbre, se consuma esta ulterior *entrega* de Jesús (vv. 2.26).

La respuesta de Jesús, así como su silencio, expresan su adhesión interior a la voluntad del Padre (26,42) y su aceptación sin reservas de los acontecimientos: después de la «entrega» a Dios en Getsemaní, es natural el abandono en manos de los hombres: no es más que una consecuencia. Jesús, como el Siervo de Yahvé, calla frente a sus acusadores, desconcertando a los poderosos. Sin embargo, la muchedumbre enardecida impone su decisión, acabando con las dudas del gobernador. Éste declina toda responsabilidad con un gesto elocuente (v. 24), que, en el contexto judío, significaba el cumplimiento de la expiación por un hombre ejecutado en circunstancias misteriosas (Dt 21,6).

En realidad, todos son culpables de la muerte de «*aquel justo*» (v. 19), pero será su misma sangre inocente la que expíe el pecado del mundo. Con todo, el evangelista atribuye en particular la condena de Jesús a todo el pueblo de Israel (v. 25), que prefirió salvar a un conocido bandido y asumió la responsabilidad de su muerte.

Semejante afirmación se resiente de las tensiones surgidas entre los judíos y los cristianos a partir del año 70 d. C., pero sirve para poner de manifiesto la soledad absoluta en la que se lleva a cabo la misión de Cristo, ignorado por el pueblo elegido y entregado a la mofa y a la violencia de los paganos (vv. 26-31).

La Palabra me ilumina

Jesús es, verdaderamente, el Siervo de Yahvé «*rechazado por los hombres*». Sobre él se abatieron todas las oleadas de muerte del odio: fue entregado por un discípulo, renegó de él un amigo de confianza, fue condenado como blasfemo por los guías espirituales y rechazado por el pueblo, que prefirió a Barrabás. Se le negó también la muerte de las personas religiosas, la lapidación, y fue crucificado, en cambio, como un criminal político.

Con todo, es verdaderamente el Rey, y los poderosos de este mundo quedan estupefactos ante su majestad, ahora, sin embargo, reducida a la impotencia. Este Rey no se defiende, no replica, no se sustrae ni al escarnio ni a la violencia. Su silencio es un silencio orante, es amor y perdón. Porque así es su Reino, y los que quieran entrar en él no podrán acceder por otro camino: sólo el amor misericordioso puede suscitar el arrepentimiento, que es el camino hacia el Reino; sólo la mansedumbre de quien es pisoteado puede conducir a la salvación a los violentos y a los opresores.

Jesús fue flagelado, no hubo piedad para él. La sábana santa atestigua muchos más de los treinta y nueve latigazos previstos por la ley y también el encarnizamiento furibundo contra aquel cuerpo inerme. Jesús fue coronado de espinas y expuesto al escarnio de los soldados; sin embargo, el Varón de dolores, «*penetrado de sufrimiento, cargó sobre sí el castigo que nos da paz y se interpone por los pecadores*» (cf. Is 53,5.12b).

No hay, en efecto, otra esperanza de salvación para el que realiza el mal –y todos estamos incluidos, al menos virtualmente, en esta categoría– sino la intercesión del que fue víctima del mal. Jesús asumió ante Dios todo el pecado de la humanidad como responsable (2 Cor 5,21) y, al mismo tiempo, como víctima de expiación (Is 53,10; 1 Jn 4,10). Gracias a su dolor cargado de compasión se nos ha restituido la inocencia; gracias a su amor silente

hemos sido entregados de nuevo al abrazo del Padre; gracias a su majestad ultrajada hemos sido introducidos en el Reino de la eterna gloria, patria de los bondadosos y de los humildes de corazón.

La Palabra se convierte en oración

Padre bueno, tú no vacilaste en entregarnos a tu Hijo amado como víctima inocente por nuestra salvación. Te rogamos que imprimas en nuestros corazones su rostro de dolor y de misericordia, para que, contemplando en silencio su dócil padecer, podamos responder al mal con el bien, a la violencia con el perdón, y entrar un día en el Reino de su gloria junto con una multitud de hermanos, salvados por el amor.

La Palabra en el corazón de los Padres

¡Imita al Cristo Dios! Sufre tú también por tu salvación lo que él sufrió por ti. Siente cómo el Señor fue arrastrado con cepos como un asesino y un malhechor y compareció ante Pilato como un hombre abyecto, y por él fue entregado al pueblo. Considera cómo fue empujado de un lado para otro, cómo fue víctima de puñetazos y bofetadas (cf. Mt 26,67), escarnecido y flagelado (cf. Mt 27,26) el que no puede ser contemplado por ninguna criatura, ni siquiera por los serafines.

¿Y después? Le vistieron para burlarse con una púrpura escarlata, le golpearon la cabeza (cf. Mt 27,28.30) y le preguntaban: «*¿Quién es el que te ha golpeado?*» (Mt 26,28; Lc 22,64). Fue coronado de espinas, adorado para burlarse, le escupieron y fue llevado a la muerte, cargado además con su cruz. Y se encontró solo, abandonado por sus amigos y por sus discípulos; fue objeto de blasfemia por un ladrón (cf. Lc 23,39) y, por burla, tuvo que escuchar: «*Tú, que destruías el templo y lo reedificabas en tres días, sálvate a ti mismo y baja de la cruz*» (Mt 27,40).

Y también: si eres Hijo de Dios (cf. Mt 27,40), «*baja ahora de la cruz y creeremos en él*» (Mt 27,42). Y así, después de haber sufrido todo esto, dando gracias y orando por los que le habían matado (cf. Lc 23,34), entregó su alma en las manos de su Padre (cf. Lc 23,46).

¿No te basta, hermano, todo esto para imitarle? ¿O bien te avergüenzas de sufrir tales cosas? Por eso también dice Pablo: «*Si sufrimos juntos, también seremos glorificados juntos*» (cf. Rom 8,17; 2 Tim 2,11). En cambio, si nos avergonzamos de imitar los padecimientos que él soportó por nosotros y de ofrecerlos como él los ofreció, está claro que tampoco tendremos parte en su gloria. De este modo, seremos creyentes sólo de palabra, no de obra. Pero si no tiene obras, nuestra fe está muerta (cf. Sant 2,17.26). Por ese motivo os digo y no cesaré de decir que quien no se hace imitador de los padecimientos de Cristo y participa en su muerte mediante la penitencia y la paciencia, tampoco podrá participar de su resurrección espiritual ni recibir el Espíritu Santo.

No hablo sólo de la resurrección de los cuerpos al fin del mundo –cuando el ángel toque la trompeta y resuciten los cuerpos (cf. 1 Cor 15,52)–, sino de la regeneración y resurrección espiritual de las almas que se lleva a cabo cada día: la que da, mediante su santísimo Espíritu, aquel que murió y resucitó una sola vez (cf. Rom 6,9s), llevando consigo a las almas que por su voluntad y por la fe mueren con él, a las cuales concede desde ahora el Reino de los Cielos: ojalá lo consigamos todos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien corresponde toda gloria por los siglos de los siglos. Amén (Simeón el Nuevo Teólogo, *Le catechesi*, Città Nuova, Roma 1995, 215-218).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Pero él no respondió ni una palabra*» (cf. Mt 27,14).

Caminar con la Palabra

El Verbo, a través de la encarnación, introduce en el mundo una dimensión, hasta ahora desconocida, de renuncia a sí mismo, de *kenosis*, gracias a la cual el mundo será entregado de nuevo en las manos re-creadoras del Padre. Este silencio-despojo de sí mismo tiene una importancia tan fundamental que Jesús no quiere vivirlo solo: pretende enseñárnoslo también a nosotros a través de toda la pedagogía del Evangelio. Él prepara de una manera gradual a sus discípulos para la gran brecha que su muerte y el misterio de las tinieblas abrirán en la autosuficiencia del hombre. Les enseña a no poner desconsideradamente su confianza en sí mismos y en sus propios sentimientos; les revela también la fragilidad espiritual de toda la comunidad y les confía también su propia vulnerabilidad: «*Mi alma está turbada...*» (Jn 13,27). Sin embargo, mientras Jesús inicia a sus discípulos en el misterio de la *kenosis*, los inicia también en el misterio de su confianza en el Padre. La convicción absoluta de ser amado por el Padre le permite a Jesús un desprendimiento total de sí mismo, aunque dé la impresión de que el Padre le abandona.

Vive con una perfecta confianza filial ese momento en el que, según Macario, «Dios se aleja de él, como el mar se aleja de la playa, dejándola seca». ¡Cómo llena de estupor el silencio de Jesús ante sus jueces! No se defiende: pone su causa en manos del Padre. Pone así en práctica el consejo que él mismo había dado: «*Hacedos el propósito de no preocuparos por vuestra defensa, porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría a los que no podrá resistir ni contradecir ninguno de vuestros adversarios*» (Lc 21,14s). Estas palabras llenas de sabiduría son para él, en este momento, el silencio. Un silencio que sorprende y le da testimonio.

Jesús, seguro del amor del Padre, resiste con constancia y, en silencio, abraza la paciencia en medio de las injusticias, de las acusaciones falsas, de los maltratos. Vive entonces la plegaria del salmo: «*Me calló, no abro la boca, porque sé que tú actúas*» (Sal 38,10). Jesús permanece anclado en su confianza incondicionada en el Padre, incluso cuando el silencio de éste se hace más tremendo, hasta el abandono total del Viernes Santo y a la oscuridad del sepulcro del Sábado santo. Si Cristo aceptó este

fracaso aparentemente total, es porque ese silencio era indispensable para que Dios pudiera hacer «*nuevas todas las cosas*», replasmar la humanidad desde sus raíces (E. Latteur, «Silenzio di Cristo e silenzio monastico», en *Collectanea Cistercensia*, 38 [1976], *passim*).

La crucifixión de Jesús (Mt 27,32-44)

³² Cuando salían, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús. ³³ Al llegar al lugar llamado Gólgota, esto es, el lugar de la Calavera, ³⁴ dieron a Jesús vino mezclado con hiel para que lo bebiera, pero, después de probarlo, no quiso beberlo.

³⁵ Los que lo crucificaron se repartieron sus vestidos echándolos a suertes. ³⁶ Y se sentaron allí para custodiarlo. ³⁷ Sobre su cabeza pusieron un letrero con la causa de su condena: «Éste es Jesús, el rey de los judíos».

³⁸ Al mismo tiempo crucificaron a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. ³⁹ Los que pasaban por allí le insultaban meneando la cabeza ⁴⁰ y diciendo:

–Tú, que destruías el templo y lo reedificabas en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.

⁴¹ Y lo mismo los jefes de los sacerdotes, junto con los maestros de la ley y los ancianos, se burlaban de él diciendo:

⁴² –A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él. ⁴³ Ha puesto su confianza en Dios; que lo libre ahora, si es que lo quiere, ya que decía: «Soy Hijo de Dios».

⁴⁴ Hasta los ladrones que habían sido crucificados junto con él le insultaban.

La Palabra se ilumina

En el corazón de la presente narración evangélica está la idea –fundamental para el anuncio cristiano– de

que la cruz es la expresión suprema de la salvación llevada a cabo por Dios (cf. 1 Cor 1,18-25). Los vocablos relativos a la cruz se entrelazan con el tema de la realeza, ilustrando así que el verdadero rey davídico reina desde la cruz. Otro tema presente en el fragmento es la referencia al drama del pueblo judío, que, elegido para recibir al Mesías, lo rechazó. Y, sobre todo, en el centro está el drama de Cristo, que vivió su condena a la muerte de cruz como última y suprema prueba.

El pasaje está articulado con un conjunto de citas que muestran la intensidad con la que la Iglesia primitiva meditó sobre el misterio de la cruz a la luz del Primer Testamento. La perícopa se puede dividir en dos escenas: la primera relata la ejecución (vv. 32-38); la segunda las burlas dirigidas al crucificado (vv. 39-44). Mateo ve en el vino mezclado con hiel ofrecido a Jesús una referencia al Sal 69,22 [LXX] (v. 34), que expresa el lamento del justo sufriente y humillado.

También la cita del Sal 22,19 (v. 35), respecto a las vestiduras repartidas como botín, se refiere al tema del justo sufriente. En el vértice de la presentación de Mateo se encuentra la proclamación de la realeza (v. 37), realizada oficialmente por medio del cartel fijado sobre la cruz. Jesús es rey: un rey de burla levantado entre dos bandidos crucificados con él (cf. Is 53,12). Los insultos que siguen no son las vulgares mofas de la soldadesca, sino una insidia terrible desarrollada por el abandono total en que se encuentra y por su adhesión a la voluntad del Padre. Sin embargo, es precisamente en la cruz donde se cumple el designio de Dios y donde Jesús se manifiesta verdaderamente como «Hijo de Dios».

La Palabra me ilumina

«Éste es Jesús, el rey de los judíos» (v. 37). Con semejante título campeando sobre un patíbulo infame se presenta al final de su historia al Hijo de Dios venido a la

tierra. Se le ha condenado como a un malhechor, y su ejecución dejará una herida infinita en el corazón de la humanidad, pero se convertirá también en la fuente de la salvación. Dios viene entre nosotros para hacerse hermano; se hace vulnerable, manifestándose con pobreza y debilidad, y acaba siendo rechazado, torturado, muerto, colgado en un leño: ése es el trato que recibió de los hombres. Sin embargo, él, de una manera paradójica, reina precisamente desde lo alto de la cruz. Es posible que, más allá de las polémicas que se encienden de vez en cuando en torno a la cruz, convertida en el símbolo de todo dolor, nuestros ojos se hayan acostumbrado excesivamente a contemplarla y por eso el signo de la cruz ya no indique nada a nuestro corazón ni lo toque verdaderamente en el fondo.

¿Qué dice al hombre un Dios que acepta morir en medio de la vergüenza, de la desnudez, de la ignominia? O, mejor aún, ¿cómo no vamos a preguntarnos quién es, pues, ese Dios que se revela de este modo? Es el amor que, por su misma naturaleza, se deja vencer, derrotar y pisotear con tal de no violar la libertad del amado. Él, aun siendo omnipotente, no tiene más camino para recorrer que la humilde petición de ser acogido. Cualquier otra actitud de imposición desnaturalizaría la libre adhesión de amor.

El Dios que se revela en Jesús y muere crucificado es, por consiguiente, el rostro del verdadero amor, de la inocencia infinita; es un Dios que no sólo sufre terriblemente por el mal, por todo el mal producido por la maldad del hombre, sino que es también su primera víctima.

Cada vez que Caín levanta la mano contra su hermano, en realidad golpea al mismo Dios. Y su muerte se renueva cada vez que, cerrando el corazón a la mansedumbre, a la misericordia, al perdón, a todo lo que Jesús vino a enseñarnos con su vida, se rechaza la vía del

amor. Sabemos por una experiencia triste y cotidiana a qué conducen el odio, la hostilidad, la guerra. Jesús, que viene a convertirse en víctima de nuestra crueldad, no intenta sustraerse a ella: deja que el horror de la maldad le atraviese hasta hacerle derramar la última gota de sangre. De este modo es como se revela a dónde llega el auténtico amor, que no se cierra ni siquiera por la muerte más infamante.

La Palabra se convierte en oración

Oh Padre, Dios de misericordia y de perdón, mira con piedad a tus hijos culpables de haber clavado en una cruz a tu Hijo amado.

Por su sangre derramada en la soledad del abandono, lava todas nuestras culpas y rompe la dureza de nuestros corazones, para que –purificados por las lágrimas del arrepentimiento– acojamos el don de tu infinita compasión, que es lo único que puede hacernos inocentes de nuevo.

La Palabra en el corazón de los Padres

Lo sé, no puedes resistir más, ni podrás ver con tus ojos la dulcísima espalda martirizada por los latigazos, su cara golpeada por las bofetadas, su majestuosa cabeza coronada de espinas... Hélo aquí, sale flagelado. Dice Pilato: «*He aquí el hombre*» (Jn 19,57). Es un verdadero hombre. ¿Quién podría dudarlo? Sí, es un verdadero hombre. Ahora bien, ¿cómo es que con tantas injurias no se pone colérico como un hombre? ¿Cómo es que no se indigna contra los verdugos como un hombre? Evidentemente, es más que hombre. Pero ¿quién lo reconoce?...

Ahora el Juez está en el tribunal, ahora la sentencia ya se ha pronunciado y le conducen a la muerte cargando con la cruz. ¡Qué espectáculo! ¿Lo ves? He aquí

el signo del poder sobre su espalda (cf. Is 9,4). Esta cruz es la enseña de la justicia, el cetro del Reino.

Ahora le ofrecen vino mezclado con hiel. Sus dulces manos y sus dulces pies están perforados; le extienden en la cruz y le cuelgan entre ladrones. El Mediador entre Dios y los hombres (cf. 1 Tim 2,5), colgado entre el cielo y la tierra, une las cosas de aquí abajo con las de arriba y une el cielo a la tierra. El cielo se asombra, la tierra admira.

¿Y tú qué haces? No tiene nada de extraño que tú también te pongas triste con el sol palidecido, que tiembles con la tierra que se agita, que tu corazón se rompa mientras las piedras se hacen añicos, que también tú llores con las mujeres que lloran a los pies de la cruz.

Considera, en medio de todas estas cosas, la caridad que había conservado, la piedad que había mostrado aquel dulcísimo corazón. No tiene en cuenta las ofensas, no se fija en los sufrimientos, sino que más bien se compadece de los que le hacen sufrir, medica a los que le hieren, da la vida a quien le mata. Con qué dulzura de ánimo, con qué devoción de espíritu, con qué plenitud de caridad grita: «*Padre, perdónalos*» (Lc 23,34).

Heme aquí, Señor, como adorador de tu majestad y no como asesino de tu cuerpo; para adorar tu muerte, no para reírme de tu pasión; como contemplador de tu misericordia, no para insultar tu debilidad. Que interceda por mí tu dulce humanidad y que tu inefable piedad me recomiende a tu Padre. Dile, pues, dulce Señor: «Padre, perdónale también a él» (Elredo de Rivaulx, *Regola della reclusa*, Cantagallo, Siena 1965, 84-86, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Éste es Jesús, el rey de los judíos*» (Mt 27,36).

Caminar con la Palabra

En este grito de Jesús moribundo hay un gran misterio que no podemos dejar caer en el vacío. Si Jesús dio ese fuerte grito, fue para que se escuchara; si está escrito en el evangelio, es también él Evangelio. En ese grito se encierra todo lo que quedó sin decirse o no pudo expresarse con palabras en la vida de Jesús. Con él, Cristo vació su corazón de todo lo que lo había llenado durante su vida. Es un grito que atraviesa los siglos con mucha más fuerza que todos los gritos de los hombres: de guerra, de dolor, de alegría, de desesperación.

El grito de Jesús en la cruz es un grito de parto. En aquel momento nacía un mundo nuevo. Caía el «diafragma» del pecado y se producía la reconciliación. Fue, pues, un grito de sufrimiento y a la vez de amor. «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Los amó hasta el último suspiro. Podemos comprender cuán grávido estaría de fuerza divina ese grito de Cristo por el efecto inmediato que produjo en quien lo escuchó en vivo y en directo. Dice la Escritura que el centurión que estaba frente a Jesús crucificado, cuando lo vio expirar de aquel modo, dijo: «Realmente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39). Se hizo creyente.

Abrámonos simplemente a aquel grito de amor, dejemos que nos conmueva hasta las entrañas, que nos cambie. De lo contrario, nuestros viernes santos no servirán de nada. En cuanto Jesús dio aquel fuerte grito, «el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron» (Mt 27,51). Con ello quería indicarse lo que debería ocurrir en nuestros corazones. Dios no tiene nada contra las rocas. Son otras las «rocas» que deben rajarse: son los «corazones de piedra» de los hombres, que nunca jamás se han conmovido, que nunca han llorado, que nunca han querido reflexionar.

Jesús sabía muy bien que no hay más que una llave que abra los corazones cerrados, y esa llave no es el reproche, no es el juicio, no son las amenazas, no es el miedo, no es la vergüenza, no es nada. Es únicamente el amor. Y ésta es el arma que él usó con nosotros. «Nos apremia el amor de Cristo, al pensar que uno murió por todos» (cf. 2 Cor 5,14). La palabra que utiliza aquí san Pablo (*synechei*) significa, en sentido circular: nos

aprieta por todas partes, nos asedia, nos envuelve; y también, en sentido lineal: nos acosa, no nos deja en paz, «urget nos», como traducía la Vulgata.

Debemos dejarnos apretar en ese abrazo. «Es fuerte el amor como la muerte; es centella de fuego, llamada divina» (Cant 8,6). ¡Ojalá esas llamaradas nos lamiesen en este día santo, ojalá lamiesen al menos a alguno de nosotros y le hicieran decidirse a rendirse por fin al amor de Dios! Cuando se trata de Dios, dejarse comprender y apresar es más importante que comprender. Estas cosas se les revelan a los pequeños y se les ocultan a los prudentes y a los sabios (R. Cantalamessa, *Il potere della croce*, Ancora, Milán 1999, 115-118 *passim*; edición española: *La fuerza de la cruz*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2001).

Muerte y sepultura de Jesús

(Mt 27,45-61)

⁴⁵ Desde el mediodía, toda la región quedó sumida en nieblas hasta las tres. ⁴⁶ Hacia las tres gritó Jesús con voz potente:

–*Elí, Elí. ¿lemá sabaktani?* Que quiere decir: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

⁴⁷ Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían:

–Está llamando a Elías.

⁴⁸ En seguida, uno de ellos fue corriendo a por una esponja, la empapó en vinagre y, sujetándola en una caña, le daba de beber. ⁴⁹ Los otros decían:

–Deja, vamos a ver si viene Elías a salvarlo.

⁵⁰ Y Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, entregó su espíritu. ⁵¹ Entonces, el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo; la tierra tembló y las piedras se resquebrajaron; ⁵² se abrieron los sepulcros y muchos santos que habían muerto resucitaron, ⁵³ salieron de los sepulcros y, después de que Jesús resucitó, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos. ⁵⁴ El centurión y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver el terremoto y todo lo que pasaba, se llenaron de miedo y decían:

–Verdaderamente éste era Hijo de Dios.

⁵⁵ Muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para asistirlo, contemplaban la escena desde lejos. ⁵⁶ Entre ellas estaban María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos.

⁵⁷ Al caer la tarde, llegó un hombre rico, llamado José, natural de Arimatea, que también se había hecho discípulo de

Jesús.⁵⁸ Este José se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato mandó que se lo entregaran.⁵⁹ José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia⁶⁰ y lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca. Rodó una piedra grande a la puerta del sepulcro y se fue.⁶¹ María Magdalena y la otra María estaban allí, sentadas frente al sepulcro.

La Palabra se ilumina

Nos encontramos en el momento culminante del acontecer terreno de Jesús. La oscuridad que se cierne sobre toda la tierra no es tanto una indicación meteorológica como la afirmación de que ha llegado la «hora» en que se realizan las promesas divinas sobre el día de YHWH (cf. especialmente Am 5,18): es el momento del juicio de Dios, de su intervención resolutoria en la historia del hombre. El grito de Jesús (v. 46) expresa, por medio de las primeras palabras del Sal 21, la trágica experiencia de quien se siente fracasado, abandonado por Dios, en quien había puesto toda su confianza. Pero la escena recoge también la invocación del «justo perseguido» que se dirige al Padre.

El salmo concluye, en efecto, no en una sombría desesperación, sino con palabras de renovada confianza. La oración de Jesús en la cruz es, por consiguiente, una oración «gritada», pero en ella se manifiesta siempre confianza en Dios. Mientras que el hombre sin esperanza enmudece en su dolor, Jesús deja brotar, desde lo hondo de su soledad total, una invocación que expresa su total abandono en manos de su silencioso interlocutor. No le pide a Dios venganza, sino el don de su presencia en el momento de la prueba. Abandonado, no rechaza su situación, pero pregunta por el sentido de la misma: «*Por qué me has abandonado?*».

La evocación del Sal 21 se repite también en el uso del verbo *krazo*, con el que se expresa el grito de Jesús moribundo: este último instante de su vida también es

oración. Por último, Mateo subraya, usando el verbo *afiami* (lit. «emitir», «entregar el espíritu»), que Jesús, al morir, «entrega» su aliento, el mismo que recibió como don de Dios (cf. Gn 2,7).

La muerte de Jesús es ya salvación en el relato de Mateo; en efecto, no sólo Cristo cumple las Escrituras, sino que cuando las tinieblas se vuelven más densas, más aún, en el mismo momento de la muerte, el velo del templo se desgarrar, es decir, termina la economía antigua de separación entre el cielo y la tierra, y los paganos reconocen que Jesús es Hijo de Dios. El poder de Dios, que se manifiesta exteriormente en el suelo que se mueve y en las piedras que se quiebran haciendo levantarse a los muertos, revela el sentido de la debilidad de la cruz, que se vuelve, por tanto, al mismo tiempo, motivo de rechazo para el que no quiere creer y razón de fe para el que quiere creer. El hombre queda libre una vez más.

La Palabra me ilumina

Morimos solos –se ha dicho–, mientras que la vida humana, desde el seno materno, es comunión. Todos estamos llamados a la cita ineludible que pondrá un punto de no retorno a nuestro vivir en la tierra. También Jesús quiso hacer frente a este dramático momento, que marca profundamente la aventura humana desde su mismo comienzo y la ha colmado para siempre de su presencia amorosa. Ahora, en efecto, ya no vive nadie para sí mismo, ni muere para sí mismo.

En Cristo, cada hombre ha recibido la posibilidad de abandonarse al Padre, a fin de recorrer el último trecho de su vida: el que le conduce a entrar y no en el oscuro abismo de la nada, sino el que le conduce al abrazo del Padre, que en cada hombre que vuelve a él recibe ahora a su Hijo amado. Para esto vino Jesús, en efecto, para revelarnos el corazón de un Dios que se hace –como

nosotros— débil e impotente porque es amor. Un Dios que muere en una cruz representa tal paradoja que no puede ser, ciertamente, invención humana. Querriamos un Dios fuerte, poderoso, que derrotara a sus enemigos en el campo.

El escándalo de la cruz y el final ignominioso del Justo vuelcan todas las categorías que hemos fabricado sobre Dios, y eso explica la razón de que también a los cristianos les haya resultado siempre tan difícil acoger en el silencio y en la adoración esta sorprendente revelación de la cruz-salvación. Es más fácil considerarla simplemente como una especie de accidente de recorrido, algo que se debe superar y olvidar. Ahora bien, obrando así la desnaturalizamos, la vaciamos de su profundo significado salvífico.

Y tal vez sea por eso por lo que después cuesta tanto trabajo aceptar y abrazar con generosidad las muchas muertes cotidianas a las que nos sometemos a lo largo de la existencia: en ellas se lee el obstáculo, cuando en realidad son vía. *Via crucis*, sí, pero también vía de luz. ¡Qué difícil es reconocer que precisamente la derrota, el fracaso, la quiebra, constituyen el lugar donde perdernos a nosotros mismos con Cristo para recuperarnos vivos con él y para atestiguar que lo único que vale es el amor!

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, que levantado de la tierra atraes a todas las criaturas hacia ti, ten piedad de nosotros. Perdona nuestra incapacidad para comprender que tu impotencia en la cruz es la revelación más grande del amor humilde de un Dios que se hace nuestro prójimo hasta compartir la soledad de toda muerte. Cúranos, por el misterio de tu debilidad, de nuestro orgullo desmesurado, a fin de que, muriendo a nosotros mismos, vivamos entre nosotros en comunión fraterna, llevando los unos

las cargas de los otros, para poder presentarnos todos juntos a tu Padre y nuestro Padre.

La Palabra en el corazón de los Padres

Nuestro Señor fue conculcado por la muerte, pero él, a su vez, conculcó la muerte, pasando por ella como si fuera un camino. Se sometió a la muerte y la soportó deliberadamente para acabar con la obstinada muerte. En efecto, nuestro Señor salió cargado con su cruz, como deseaba la muerte; pero desde la cruz gritó, llamando a los muertos a la resurrección, en contra de lo que la muerte deseaba.

La muerte le mató gracias al cuerpo que tenía, pero él, con las mismas armas, triunfó sobre la muerte. La divinidad se ocultó bajo los velos de la humanidad; sólo así pudo acercarse a la muerte, y la muerte le mató, pero él, a su vez, acabó con la muerte. La muerte, en efecto, destruyó la vida natural, pero luego fue destruida, a su vez, por la vida sobrenatural.

La muerte, en efecto, no hubiera podido devorarlo si él no hubiera tenido un cuerpo, ni el infierno hubiera podido tragarlo si él no hubiera estado revestido de carne; por ello quiso el Señor descender al seno de una virgen para poder ser arrebatado en su ser carnal hasta el Reino de la muerte. Así, una vez que hubo asumido el cuerpo, penetró en el Reino de la muerte, destruyó sus riquezas y desbarató sus tesoros.

Porque la muerte llegó hasta Eva, la madre de todos los vivientes. Eva era la viña, pero la muerte abrió una brecha en su cerco valiéndose de las mismas manos de Eva. Y Ésta gustó el fruto de la muerte, por lo cual la que era madre de todos los vivientes se convirtió en fuente de muerte para todos ellos.

Pero luego apareció María, la nueva vida que reemplaza a la antigua, y en ella habitó Cristo, la nueva Vida. La

muerte, según su costumbre, fue en busca de su alimento y no advirtió que, en el fruto mortal, estaba escondida la Vida, destructora de la muerte; por ello mordió sin temor el fruto, pero entonces liberó a la vida y a muchos juntamente con ella.

El admirable hijo del carpintero llevó su cruz a las moradas de la muerte, que todo lo devoraban, y condujo así a todo el género humano a la mansión de la vida. Y la humanidad entera, que a causa de un árbol había sido precipitada en el abismo inferior, por otro árbol, el de la cruz, alcanzó la mansión de la vida. En el árbol, pues, en que había sido injertado un esqueje de muerte amarga, se injertó luego otro de vida feliz, para que confesemos que Cristo es Señor de toda la creación.

¡A ti la gloria, a ti que con tu cruz elevaste un puente sobre la misma muerte, para que las almas pudieran pasar por él desde la región de la muerte a la región de la vida!

¡A ti la gloria, a ti que asumiste un cuerpo mortal e hiciste de él fuente de vida para todos los mortales!

Tú vives para siempre; los que te dieron muerte se comportaron como los agricultores: enterraron la vida en el sepulcro, como el grano de trigo se entierra en el surco, para que luego brotara y resucitara llevando consigo a otros muchos.

Venid, hagamos de nuestro amor una ofrenda grande y universal; elevemos cánticos y oraciones en honor de aquel que, en la cruz, se ofreció a Dios como holocausto para enriquecernos a todos (Efrén, *Sermones sobre nuestro Señor*, 3-4.9).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Y Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, entregó su espíritu» (Mt 27,50).

Caminar con la Palabra

Como una avispa que pincha una sola vez deja su aguijón y muere, así la verdadera muerte pinchó sólo a Jesús. Él, en efecto, murió de una muerte que nadie antes de él había redimido. Todos nosotros morimos y moriremos de una muerte que ha sido redimida por Cristo; a saber: morimos de una muerte capaz de bendición, además de maldición, como nos muestra la pareja de malhechores crucificados con Jesús (Lc 23,39-43). Nuestra muerte puede llegar a ser (*debería llegar a ser*) el acto supremo de amor, la obra maestra de nuestra vida. Deberíamos crecer progresivamente en la caridad, hasta el punto de que el último instante de nuestra vida consciente debería marcar también el momento supremo del amor, el momento en el que se trata de entregarnos de verdad, de dejarnos llevar y de perdernos en las manos del Padre: el amor es entrega total de nosotros mismos.

La muerte de Jesús tuvo lugar en Jerusalén, probablemente el año 30, y Mateo dice que estuvo acompañada por un terremoto y por la resurrección de algunos justos (Mt 27,51-54). Este terremoto quiere dar a entender tal vez la repercusión cósmica de aquella muerte. La muerte de Jesús, aun siendo la muerte de un hombre histórico, causa un terremoto en la historia humana. La repercusión cósmica de la muerte de Jesús puede ser considerada, con razón, como una *evangelización de los muertos*, es decir, el Evangelio llevado más allá de las fronteras de la historia y de la geografía.

Dicho con otras palabras, la primera y la última evangelización de todo el mundo es la muerte de Jesús. ¿Por qué? Porque la muerte es algo que todos los hombres encuentran inevitablemente. Llegue o no llegue el misionero del Evangelio, llegue o no llegue la Iglesia, los obispos, el papa, etc., la muerte llega a buen seguro a todos. Pues bien, a todos llega esta muerte *visitada ya por la muerte de Jesús*, primicia de los que han muerto (1 Cor 15,20) y primogénito de los que resucitan de entre los muertos (Col 1,18). Dicho de otro modo, todo el que muera encuentra la muerte redentora de Cristo. Cristo espera a los hombres especialmente en la encrucijada de la muerte. Así pues, en la muerte por donde Jesús pasó, el hombre está invitado a entregar su vida por amor, como Jesús y en Jesús: «Padre, en tus

manos entrego mi Espíritu (Lc 23,46). Nosotros estamos invitados a hacer lo mismo.

Volvamos, ahora, al Calvario, para permanecer allí. Ahora que él ha pasado solo, podemos permanecer con él una hora, la hora de toda nuestra vida. Si Jesús murió *de verdad* por mí, yo, en un sentido *verdadero*, ya estoy muerto. Y, entonces, ¿qué debo hacer con esta vida que me encuentro ahora entre las manos? Precisamente, no vivirla ya para mí mismo, sino para él, que murió por mí (cf. 2 Cor 5,15) (F. Rossi de Gasperis, *La roccia che ci ha generato*, ADP, Roma 1994, 155-160, *passim*).

Los guardias en la tumba (Mt 27,62-66)

⁶² Al día siguiente, es decir, el día después de la preparación de la Pascua, los jefes de los sacerdotes y los fariseos se congregaron ante Pilato ⁶³ y le dijeron:

–Señor, recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: «A los tres días resucitaré». ⁶⁴ Así que manda asegurar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, roben su cuerpo y digan al pueblo que ha resucitado de entre los muertos, y este último engaño sea peor que el primero.

⁶⁵ Pilato les dijo:

–Disponéis de un piquete de soldados; id y aseguradlo como sabéis hacer.

⁶⁶ Ellos fueron, aseguraron el sepulcro y sellaron la piedra, dejando allí la guardia.

La Palabra se ilumina

Este episodio, referido sólo por Mateo, está empapado de una sutil ironía y tiene una doble intención. Desde la perspectiva narrativa anticipa el relato de la resurrección, anunciada previamente por los sumos sacerdotes y por los fariseos, cerrados obstinadamente al misterio de Jesús (vv. 63s; cf. 28,11-14). Sin embargo, hay también en el fragmento una finalidad polémica, como se capta un poco más adelante (28,15). Puesto que tras la caída de Jerusalén y la diáspora judía ya no era

posible comprobar los rumores que se difundían para poner obstáculos a la difusión del cristianismo, los judíos podían oponerse al anuncio de la resurrección sosteniendo que el sepulcro de Cristo fue encontrado, efectivamente, vacío, pero porque había sido robado por sus discípulos, según el testimonio de los guardias apostados en la tumba.

El evangelista toma en consideración ese rumor y manifiesta su carácter absurdo. «*Al día siguiente, es decir, el día después de la preparación de la Pascua...*» (v. 62) significa, en efecto, *el sábado*, que, además, coincidía con la Pascua judía (cf. Jn 19,31). En consecuencia, ese día los guías espirituales, infringiendo todas las normas, habrían estado en plena actividad (v. 62); se habrían contaminado acercándose a un pagano, habrían salido de la ciudad ante los ojos de todos sin preocuparse de la prohibición religiosa y, encima, para ir a sellar un sepulcro (ulterior contaminación).

Todas conforman una serie de infracciones tan gravísimas como inútiles, porque los eventuales ladrones del cadáver hubieran debido actuar la noche precedente, con el favor de las tinieblas, dado que los profanadores de tumbas eran castigados con la pena de muerte; por otra parte, los discípulos no habrían cerrado de nuevo, ciertamente, el sepulcro si hubieran tenido la intención de proclamar la resurrección del cuerpo que habían robado... Así pues, Mateo demuestra que la presencia de los guardias en el sepulcro de Jesús es poco plausible y que, de todos modos, los judíos no podían presentarlos como testigos del robo del cadáver de Jesús: su testimonio sería, efectivamente, absurdo (v. 66) o bien imposible de atender (28,13).

La Palabra me ilumina

El episodio de los guardias del sepulcro marca una línea divisoria no tanto entre la muerte de Jesús y su

resurrección, como entre la fe –es decir, la aceptación del *kerigma*– y la obstinada y absurda incredulidad. Jesús yace en el sepulcro: dentro de poco se revelará como Señor omnipotente. Sin embargo, permanece impotente ante la cerrazón de los corazones. Jesús, libre de los lazos de la muerte, permanecerá ligado para siempre a la opción libre del hombre.

Esa impotencia divina nos desconcierta: ¿por qué tanto sufrimiento, por qué la aniquilación de la cruz, si hay quien se endurece en un rechazo que es la verdadera muerte? Una vez más, todo se reconduce al ilimitado amor que Dios tiene por el hombre libre. Una vez más, sobre todo, es menester suspender el juicio y esperar los tiempos de Dios: él, mejor que nosotros, sabe cómo y cuándo llegar a cada uno para que le acoja libremente y se adhiera a él. Aquel que «*se entregó a sí mismo por mí*» (Gál 2,20) no violará mi libertad, aunque tampoco renunciará a mi salvación. Los guardias vigilan en vano la tumba: Cristo saldrá de ella, vencedor de la muerte, dejando intactos los sellos.

Los guardias vigilan en vano, porque Cristo no fuerza la mano a nadie: «*Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta...*» (Ap 3,20). Nosotros, que hemos recibido hoy la gracia de escuchar su voz, ¿seguiremos siendo duros de corazón? Abramos de par en par las puertas de nuestra vida a Cristo, permítanosle ser nuestro Señor y Salvador. Dejemos que su luz disipe toda sombra de egoísmo y que el fuego de su amor queme en nosotros las escorias del orgullo. Preparémonos a gritar al mundo la fuerza desarmada de su resurrección.

La Palabra se convierte en oración

Oh Cristo, vida nuestra, que mediante el bautismo nos has hecho partícipes de tu muerte y resurrección, reaviva nuestra fe en ti. Libéranos del egoísmo que nos

cierra el corazón y lo hace como un angosto sepulcro; vence el orgullo que nos aprisiona en nosotros mismos y haznos testigos alegres de tu amor paciente y misericordioso.

La Palabra en el corazón de los Padres

Dice el salmista: «*La iniquidad ha mentido en su daño*» (Sal 68 vulg.). El Señor, al que habían matado, ha resucitado. Pasaban ante la cruz y le veían reducido, como tanto tiempo antes había predicho el salmo: «*Han taladrado mis manos y mis pies; han contado todos mis huesos*» (Sal 22,17s). Era un desafío, y casi creían poder concluir que no lo era, puesto que, mientras ellos le insultaban, él no bajaba de la cruz. ¿Qué dirás ahora, cuando aquel que no quiso bajar de la cruz ha resucitado del sepulcro?

Pusieron, pues, soldados para custodiar el sepulcro. Pero he aquí que se agita la tierra y el Señor resucita. Junto al sepulcro acaecieron tales milagros que los mismos soldados que habían venido a hacer la guardia habrían debido ser sus testigos si hubieran querido anunciar la verdad. Sin embargo, aquella misma avaricia, que había reducido a esclavitud al discípulo seguidor de Cristo, redujo a esclavitud también a los soldados que custodiaban el sepulcro. Les dijeron los judíos: «*Os daremos dinero...*» (cf. 28,12). ¿Qué dices, oh astucia infeliz? ¿Tan lejos del plan salvífico de Dios te has impulsado y te has hundido en una maldad y astucia tan profunda, que afirmas: Decid también que, mientras dormíais, vinieron sus discípulos y se lo llevaron? Aduces testigos adormecidos. Eres tú el que duerme verdaderamente. Has perdido la cabeza pensando tales cosas. Si dormían, ¿qué hubieran podido ver? Y, si no habían visto nada, ¿cómo puedes ponerlos como testigos? Se sustrajeron a la luz de Dios y fracasaron también en la ejecución de sus propósitos. Al no haber podido sacar

ningún provecho de lo que se proponían, acabaron, ciertamente, en un fracaso. ¿Por qué? La resurrección de Cristo se volvió muy pronto de dominio público y el Espíritu Santo, bajando sobre los discípulos, los colmó de confianza, hasta tal punto que, mientras que antes se habían mostrado temerosos, ahora, en cambio, se atreven, sin temer ni si quiera a la muerte, a anunciar las cosas que habían visto (Agustín de Hipona, *Esposizioni sui Salmi*, Città Nuova, Roma 1970, 439.441.443, *passim*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Jesús dijo cuando aún vivía: "A los tres días resucitaré"*» (Mt 27,63).

Caminar con la Palabra

Los enemigos de Cristo experimentan el cambio de la situación inmediatamente después de su muerte. Hace un momento han triunfado como burlones. Ahora, de repente, se sienten inseguros e inquietos. Le piden a Pilato una guardia militar y que ponga un sello oficial en el sepulcro porque temen acontecimientos a los que no están en condiciones de hacer frente. Quieren asegurarse ellos mismos y su futuro: prueba de la incertidumbre interior. De este modo, todo ha cambiado todavía antes del acontecimiento determinante de la resurrección. «Su hora» ha llegado. Para unos es la hora de la alegría y de la bendición, para otros es la hora del espanto y de la reprobación. Los espíritus se han dividido ya desde hace tiempo. Ahora se divide la humanidad. La muerte de Cristo es el comienzo de otro mundo. En él, el tiempo no tiene fin y la vida no conoce la muerte continua. Los enemigos de Cristo se acuerdan de las palabras que anunciaban la resurrección y tienen miedo de ellas. El tiempo de la gracia ya ha pasado para ellos. Están endurecidos por completo. Se espantan, pero su turbación no se debe a la conciencia de la injusta condena y del pecado cometido; es miedo a las naturales consecuencias humanas que el anuncio de la resurrección

ción puede tener para ellos. Siguen impenitentes y cerrados, intentando impedir la propagación del mensaje corrompiendo con el dinero. Así ha pasado y continuará pasando en los siglos venideros. Los hombres no están dispuestos a acoger el anuncio de la resurrección. La explican con la hipótesis de la muerte aparente, de una mixtificación de los discípulos, del efecto psicológico del espanto, o bien la interpretan como una leyenda o un mito. El anuncio sólo encontrará fe entre aquellos que están abiertos todavía a la Palabra de Dios, pero rebotará contra la dura coraza de los que se han cerrado y fosilizado.

El Evangelio ya no muestra interés alguno para Israel. La mirada se dirige ahora a los otros pueblos y se mueve libremente por la historia universal y, sobre todo, por el mundo en cuanto tal. Todo recibe ahora una impronta escatológica, todo se dirige a las cosas últimas, que no significan fin sino comienzo. En la primera Pascua del cristianismo destella, por vez primera, la Pascua eterna (R. Gutzwiller, *Meditazioni su Matteo*, Edizioni Paoline, Milán 1961, 556-559, *passim*; edición española: *Meditaciones sobre san Mateo*, Ediciones San Pablo, Madrid 1965).

La resurrección (Mt 28,1-15)

¹ Pasado el sábado, al alborar el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. ² De pronto hubo un gran temblor. El ángel del Señor bajó del cielo, se acercó, rodó la piedra del sepulcro y se sentó en ella. ³ Su aspecto era como el del relámpago y su vestido blanco como la nieve. ⁴ Al verlo, los guardias se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. ⁵ Pero el ángel se dirigió a las mujeres y les dijo:

–Vosotras no temáis; sé que buscáis a Jesús, el crucificado.

⁶ No está aquí, ha resucitado, como dijo. Venid a ver el sitio donde yacía. ⁷ Id en seguida a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis. Eso es todo.

⁸ Ellas salieron a toda prisa del sepulcro y, con temor pero con mucha alegría, corrieron a llevar la noticia a los discípulos. ⁹ Jesús salió a su encuentro y las saludó.

Ellas se acercaron, se echaron a sus pies y lo adoraron. ¹⁰ Entonces Jesús les dijo:

–No temáis, id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.

¹¹ Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los jefes de los sacerdotes todo lo ocurrido. ¹² Éstos se reunieron con los ancianos y acordaron en consejo dar una buena suma de dinero a los soldados, ¹³ advirtiéndoles:

–Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron su cuerpo mientras dormíais. ¹⁴ Y si el asunto llega a oídos del gobernador, nosotros lo convenceremos y responderemos por vosotros.

¹⁵ Los soldados tomaron el dinero e hicieron lo que les habían dicho, y ésta es la versión que ha corrido entre los judíos hasta hoy.

La Palabra se ilumina

Mateo ha recogido, para refutarla, la hipótesis de la presencia de guardias en la tumba de Jesús. Eso explica algunas diferencias respecto a los otros evangelios. Dado que el sepulcro está sellado y vigilado, las mujeres se acercan simplemente a *verlo*. La presencia de la guardia implica que encuentren el sepulcro todavía cerrado y que se abra por la intervención sobrenatural de un ángel. El evangelista se burla de los guardias, muy *sacudidos* después del signo teofánico de la *sacudida* del terremoto: los que estaban encargados de custodiar a un muerto y de intimidar a eventuales ladrones se quedan *como muertos* de miedo (v. 4).

Las mujeres, en cambio, no deben temer, porque ellas buscan a Jesús. Su fidelidad al Maestro en la hora del dolor (27,55.61) obtiene un anuncio sorprendente: «*No está aquí, ha resucitado*» (v. 6). Se las invita a constatar que el sepulcro está vacío: de este modo se convierten en testigos autorizados precisamente las mujeres, cuyo testimonio no era considerado válido en el mundo judío.

La secuencia de los verbos y de los adverbios (vv. 6b-7) expresa la urgencia de la misión confiada a las discípulas, que la acogen con una entrega total. La gran *alegría* que las anima se multiplica hasta el infinito cuando el Resucitado en persona es quien la augura y quien la otorga, saliéndoles al encuentro.

La carrera de las mujeres se detiene a los pies de Jesús. El mismo Señor les repite las palabras tranquilizadoras: «*No temáis*», y les confirma la tarea del anuncio a aquellos a los que llama «*mis hermanos*». La carrera de la palabra vuelve a partir para suscitar la fe, pero,

al mismo tiempo, se difunde la calumnia de la incredulidad: a la primera la impulsa la alegría, mientras que la segunda pone en ridículo a sus mismos autores (vv. 11-15), unos centinelas de un espíritu tan torpe que no son capaces de reconocer el surgimiento de una aurora incomparablemente nueva en el horizonte de la humanidad.

La Palabra me ilumina

Alborear del primer día después del sábado, alborear de una creación nueva: Jesús ha realizado por completo en la tierra la obra que el Padre le encomendó (cf. Jn 17,4), y en el séptimo día reposó en el seno de la misma tierra para preparar su transfiguración desde dentro. Sin embargo, no todos son capaces de captar lo que está sucediendo, puesto que sólo la fe y el amor iluminan la mirada interior. Los guardias del sepulcro ven también la intervención sobrenatural; sin embargo, quedan presos, primero, del terror y, después, de la avidez y de la mentira.

En cambio, ¡cuánta luz inunda el corazón de las discípulas de Jesús, mujeres humildes fieles en el amor hasta la muerte! En la oscuridad del sepulcro vacío se enciende la antorcha de su fe, que de inmediato se vuelve misión, camino hacia los hermanos. Tampoco faltan nunca, en la vida, las noches de la ausencia o incluso de la «muerte de Dios», cuando la esperanza parece verdaderamente sepultada bajo la decepción, bajo los repetidos fracasos. Sin embargo, el Señor prepara en esa oscuridad nuestra misma resurrección, la nueva criatura muerta al pecado y viva para Dios.

Debemos ser capaces de creer contra toda evidencia tomando del Evangelio la fuerza de la fidelidad: las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle (cf. 27,55) no renuncian a seguirle y a servirle también cuando, con su muerte, todo parece acabado. Por

su perseverancia y entrega las espera el Resucitado; también nos espera a nosotros, precisamente allí donde son más densas las tinieblas, para introducirnos en su misterio pascual. Allí donde nosotros ya no esperaríamos nada, Cristo nos ha preparado la magna alegría de un encuentro vivificante con él, para hacernos verdaderos discípulos suyos y enviarnos, en su nombre, a nuestros hermanos. No hay noche sin aurora, porque el día y la noche fueron creados en vistas al alba de la resurrección, que se hace presente de nuevo, con toda su eficacia de gracia, en la vida de cada discípulo de Jesús.

La Palabra se convierte en oración

Concédenos, Señor, la mirada límpida de la fe y enciende en nuestro corazón un amor ardiente por ti, a fin de que podamos entrever en cada acontecimiento la luz de tu misterio pascual, la ocasión de gracia en la que tú nos esperas para un encuentro siempre renovado, para una misión más eficaz con los hermanos, para una alegría grande y sin fin.

La Palabra en el corazón de los Padres

Muchas predicciones nos dejaron los profetas en torno al misterio de Pascua que es Cristo, a quien sea dada la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Por su parte, él vino desde los cielos a la tierra a causa de los sufrimientos humanos; se revistió de la naturaleza humana en el vientre virginal y apareció como hombre; hizo tuyas las pasiones y sufrimientos humanos con su cuerpo sujeto a la pasión, y destruyó las pasiones de la carne, de modo que quien por su espíritu no podía morir acabó con la muerte homicida.

Se vio arrastrado como un cordero y degollado como una oveja, y así nos redimió de idolatrar al mundo, como en otro tiempo libró a los israelitas de Egipto, y

nos salvó de la esclavitud diabólica, como en otro tiempo a Israel de la mano del faraón; y marcó nuestras almas con su propio espíritu y los miembros de nuestro cuerpo con su sangre.

Éste es el que cubrió a la muerte de confusión y dejó sumido al demonio en el llanto, como Moisés al faraón. Éste fue el que derrotó a la iniquidad y a la injusticia, como Moisés castigó a Egipto con la esterilidad.

Éste es el que nos sacó de la servidumbre a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la tiranía al recinto eterno, e hizo de nosotros un sacerdocio nuevo y un pueblo elegido y eterno. Él es la Pascua de nuestra salvación.

Éste es el que tuvo que sufrir mucho y en muchas ocasiones: el mismo que fue asesinado en Abel y atado de pies y manos en Isaac; el mismo que peregrinó en Jacob y fue vendido en José; expuesto en Moisés y sacrificado en el cordero; perseguido en David y deshonrado en los profetas.

Éste es el que se encarnó en la Virgen, colgado del madero, sepultado en tierra, y el que, resucitado de entre los muertos, subió al cielo.

Éste es el cordero sin voz; el cordero inmolado; el mismo que nació de María, la hermosa cordera; el mismo que fue arrebatado del rebaño, empujado a la muerte, inmolado de vísperas y sepultado a la noche; el mismo que no fue quebrantado en el leño, ni se descompuso en la tierra; el mismo que resucitó de entre los muertos e hizo que el hombre surgiera desde lo más hondo del sepulcro (Melitón de Sardes, *Homilías sobre la Pascua*, 65-71).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíete a menudo y vive esta Palabra:

«*Sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí, ha resucitado*» (Mt 28,5s).

Caminar con la Palabra

La claridad y la alegría, que, para gran parte de nosotros, están unidas al pensamiento de la Pascua, no pueden cambiar nada respecto al hecho de que el contenido profundo de este día sea para nosotros más difícil de comprender que el de la Navidad. El nacimiento, la infancia, la familia, todo eso es parte de nuestro mundo de experiencias. Que Dios haya sido un niño y haya hecho así grande a lo pequeño, y humano, cercano y comprensible a lo grande, es un pensamiento que nos toca de un modo muy directo. Según nuestra fe, en el nacimiento en Belén, Dios ha entrado en el mundo, y esto lleva una huella de luz hasta los hombres, los cuales no están en condiciones de acoger la noticia tal y como es.

Con la Pascua es distinto: aquí Dios no ha entrado en nuestra vida habitual, sino que, entre sus confines, ha abierto un paso hacia un nuevo espacio más allá de la muerte. Él no nos sigue ya, sino que nos precede y sostiene la antorcha en el interior de una extensión inexplorada para animarnos a seguirle. Pero, desde el momento en el que nosotros ahora sólo conocemos aquello que está a este lado de la muerte, no podemos relacionar ninguna de nuestras experiencias con esta noticia. Ningún concepto puede venir en auxilio de la palabra; permanece una salida en lo desconocido.

Pero Aquel del que habla la Pascua, Jesucristo, realmente «descendió al reino de los muertos». Él ha respondido a la petición del rico Epulón: «¡Envía arriba a alguno del mundo de los muertos, para que así creamos!» Él, el verdadero Lázaro, ha venido de allá a fin de que nosotros creamos. ¿Lo hacemos ahora?

La Pascua tiene que ver con lo inconcebible; su evento nos sale al encuentro en un primer momento sólo a través de la Palabra, no a través de los sentidos. Tanto más importante es entonces dejarse aferrar un día por la grandeza de esta Palabra. Pero, puesto que ahora pensamos con los sentidos, la fe de la Iglesia ha traducido desde siempre la Palabra pascual también en símbolos que hacen presagiar lo no dicho de la Palabra. El símbolo de la luz (y con él el del fuego) juega un papel importante; el saludo al cirio pascual, que en la iglesia oscura pasa a ser el signo de la vida, es para el vencedor sobre la muerte. El acontecimiento de entonces viene así traducido en nuestro pre-

sente: donde la luz vence a la oscuridad, acontece algo de la resurrección. La bendición del agua pone de relieve otro elemento de la creación como símbolo de la resurrección: el agua puede tener en sí algo de amenazador, ser un arma de la muerte. Pero el agua viva de la fuente representa la fecundidad que, en medio del desierto, edifica oasis de vida. Un tercer símbolo es de otro tipo distinto: el canto del Aleluya, el canto solemne de la liturgia pascual, muestra que la voz humana no sabe solamente gritar, gemir, llorar, hablar, sino justamente cantar.

Si comprendemos el anuncio de la resurrección, entonces reconocemos que el cielo no está totalmente cerrado más arriba de la tierra. Entonces algo de la luz de Dios –si bien de un modo tímido pero potente– penetra en nuestra vida. Entonces surgirá en nosotros la alegría, que de otro modo esperaríamos inútilmente, y cada persona en la que ha penetrado algo de esta alegría puede ser, a su modo, una apertura a través de la cual el cielo mira a la tierra y nos alcanza (J. Ratzinger, *Guardare al Crocifisso*, Jaca Book, Milán 1992, 99-101.107, *passim*).

8

Epílogo
(Mt 28,16-20)

El Resucitado y la misión de los discípulos (Mt 28,16-20)

¹⁶ Los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había citado. ¹⁷ Al verlo, lo adoraron; ellos que habían dudado. ¹⁸ Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

–Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. ¹⁹ Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰ enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo.

La Palabra se ilumina

La conclusión del evangelio según Mateo tiene la grandiosidad del final de una sinfonía: cuando se apaga la música, el corazón la recuerda durante tiempo. El primer evangelio se cierra dejando presagiar un nuevo comienzo confiado ahora a los discípulos. El evangelista recuerda –casi como en un paréntesis– que el trabajo de la fe no se les ha dispensado ni siquiera a los que vieron personalmente al Resucitado (v. 17; cf. Mc 16,14; Jn 20,24ss); sin embargo, el mensaje central del fragmento no consiste tanto en la aparición de Jesús como más bien en la misión que confiere a los apóstoles.

El lugar escogido para reunirse con los Once remite a los orígenes del ministerio de Jesús, al monte de las

bienaventuranzas donde él, nuevo Moisés, había promulgado la ley de la nueva Alianza. Esa Alianza se vuelve ahora definitiva y se extiende a todos los pueblos, dado que se fundamenta en el poder conferido al Señor glorioso (vv. 18s; Flp 2,9-11); Jesús confirma, en efecto, con una referencia implícita a Dn 7,14, que es el Hijo del hombre, el Juez universal, tal como había proclamado ante el sanedrín al atraerse la condena a muerte.

El que ha recibido del Padre la «*autoridad plena*» envía ahora a los apóstoles, a fin de hacer discípulos a «*todos los pueblos*». En consecuencia, queda inaugurado el tiempo mesiánico, que contempla a los gentiles como protagonistas junto con Israel y no ya en una posición subordinada en la historia de la salvación (cf., sin embargo, Mt 10,5). Con todo, la atención no está dirigida a las masas de una manera indistinta, sino a individuos particulares llamados de manera personal a entrar en la comunión trinitaria mediante el bautismo (*bautizadlos* es forma masculina antes que neutra) y mediante la adhesión a todo lo que Jesús nos ha mandado. De ahí que la enseñanza del Maestro, custodiada por los discípulos, deba ser transmitida a todos con fidelidad. La enormidad de la tarea parece superior a las posibilidades humanas. Ahora bien, la última palabra del Señor resuena como la noticia más consoladora, la certeza más reconfortante: el que ha venido para ser el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, aunque ascendido al cielo, nos acompaña a lo largo de nuestra peregrinación por la historia, hasta que ésta desemboque en la gloria de la Pascua eterna y Dios sea todo en todos (cf. 1 Cor 15,28).

La Palabra me ilumina

«*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*» (v. 20b). Con estas palabras de Jesús, que recoge de una manera significativa el nombre de Emmanuel indicado por el ángel en el anuncio de su

nacimiento, se cierra el evangelio según Mateo. Jesús está con nosotros. Se ha hecho visible, compañero de nuestro camino. Surge, por tanto, una pregunta: «¿Estamos nosotros con él?». Su presencia no es nunca una imposición. Jesús quiere que aprendamos a buscarle, como los sabios venidos de Oriente; desea que escuchemos su Palabra cuando nos revela una manera absolutamente inusual de enfocar la vida, proclamando bienaventurado al que es infeliz según el mundo.

Está aún con nosotros en cada pequeño y pobre, que en el último día revelarán, en su propio rostro, el rostro glorioso de Jesús, escondido a los ojos de los que se han negado a amar. Está con nosotros en la comunidad de los hermanos reunidos para hacer memoria de él, que, para la salvación de todos, se hizo pan partido y vino compartido en la alegría: cuerpo entregado, sangre derramada. Jesús está con nosotros, pero nosotros debemos estar con él disponiéndonos a seguirle incluso por el camino del Calvario cuando el misterio de la cruz se cruce en nuestra vida. Si somos capaces de permanecer con él como discípulos fieles, llegaremos al monte desde el que nos enviará cada día a llevar el anuncio de su amor a todos los hermanos. Y con él estaremos en el Padre y en el Espíritu, nuestra morada eterna.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, Dios con nosotros, ayúdanos a reconocer tu presencia continua, para que, impulsados por el Espíritu, vivamos en una perenne acción de gracias al Padre, que te ha enviado a nosotros. Tú, que nos has considerado dignos de confiarnos el Evangelio, haz que éste, imprimiéndose en nuestros corazones, pueda irradiarse a nuestro alrededor y comunicar a nuestros hermanos la alegría de vivir como hijos de Dios, amados desde siempre y llamados a la plena comunión contigo en el Reino de la vida eterna. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Ya se ha concedido desde ahora a los santos no sólo disponerse y prepararse para la vida, sino vivir y obrar en ella, dado que la vida misma promete a los santos estar siempre con ellos: «*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*» (v. 20). En efecto, tras haber esparcido sobre la tierra las semillas de la vida, después de haber llevado el fuego, Jesús no se marchó, dejando sólo a los hombres el cuidado de hacer nacer y crecer la semilla y de encender el fuego. Él está realmente presente y obra en nosotros el querer y el obrar.

La amistad de Dios por los hombres es inexpresable; su amor por nuestra estirpe supera todo discurso humano y conviene únicamente a la divina bondad: ésta es la paz de Dios, que supera todo entendimiento. La unión del Señor con los que ama está por encima de cualquier unión imaginable, de cualquier ejemplo que podamos poner: por eso la Escritura se ha visto obligada a servirse de muchas imágenes para expresarla, porque una sola habría sido insuficiente. Unas veces es la figura de la casa y del que la habita, otras la de la vid y los sarmientos, otras las bodas, otras los miembros y la cabeza; sin embargo, ninguna corresponde a la realidad de tal modo que, desde las imágenes, nos sea posible remontarnos al conocimiento exacto de la verdad. En efecto, la unión debe corresponder al amor, pero ¿qué realidad puede ser adecuada al amor divino?

Con todo, intentemos proceder. A lo largo de nuestra vida necesitamos muchas cosas, pero ni son necesarias ni las usamos todas a la vez, siempre y para todos los fines, sino que nos servimos ahora de una y luego de otra, según las vayamos necesitando. El Salvador, sin embargo, está siempre y del todo presente para aquellos que viven en él: provee a todas sus necesidades y es todo para ellos.

Es precisamente él quien nos concede poder caminar y, al mismo tiempo, es el camino y también la meta y el lugar del reposo. Nosotros somos los miembros, él la cabeza: ¿es menester combatir? Él combate con nosotros y él mismo es quien asigna la victoria a quien ha sido honrado. ¿Vencemos? Pues él es nuestra corona. Con una maravillosa violencia, con tiranía amiga, nos atrae sólo a él, nos une sólo a él (Nicolás Cabasilas, *La vida en Cristo*, I, II).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*» (Mt 28,20).

Caminar con la Palabra

«He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta el fin del tiempo» (Mt 28,20). Es una frase de una sencillez absoluta, pero bajo cierto punto de vista es el centro y el sentido de todo el evento cristiano. Al tomarla en serio, todo cambia: nuestro modo de pensar, de celebrar, de vivir, se hace diferente. No es una expresión retórica, como cuando se dice que los héroes de la patria, los gigantes de la cultura y de la ciencia, los grandes filántropos, viven eternamente en medio de su pueblo, lo que en el fondo es una manera amable de decir que están muertos. Estos piadosos intentos de ilusionar y de ilusionarse no son del estilo del Señor.

Jesús está realmente con nosotros, y la percepción de esta presencia verdadera y personal me desconcierta. ¿Quién es este hombre que ha marcado con su huella toda mi vida, mi única vida; este hombre que ha condicionado y condiciona todos mis pensamientos y mis decisiones; este hombre invisible que afirma estar siempre conmigo?

Es extraño: hay momentos en los que su presencia es la de alguien con el rostro oculto. No sé nada. Sin embargo, he apostado mi vida por él. Y hay momentos en los que me parece que

no conozco a nadie como a él. Ignoro el color de sus ojos, el timbre de su voz, el gesto de su mano; sin embargo, sé que le reconoceré al instante, como un viejo amigo al que encontramos entre la muchedumbre.

Jesús está siempre con nosotros: éste es el fundamento de nuestra confianza, pero no provoca ninguna jactancia.

Jesús está con nosotros, pero esto no supone que nosotros estemos siempre con él. Tenemos garantizada la fidelidad de Cristo, pero no la nuestra. «Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8).

Es cierto que toda nuestra serenidad se basa en esta arcana inmanencia del Señor Jesús. La búsqueda de cualquier otro apoyo contamina el carácter genuino de nuestra esperanza y nos prepara para decepciones penosas, aunque purificadoras.

Jesús está siempre con nosotros: el drama de la soledad se vuelve, en el hombre que no se cierra, una llamada a la fe. Se trata de ser capaz de ver a este compañero de viaje que no nos deja nunca.

La tristeza que deriva de estar solos tal vez sea la tentación más radical. El hombre es esencialmente alguien que aspira a entrar en comunión. Si toda comunión se le presenta imposible, el alma padece una mutilación innatural y llega a desesperarse. Por eso, este final del evangelio de Mateo contiene una de las verdades más preciosas para la vida eclesial, y con ella debe volver a medirse continuamente el discípulo del Señor.

El cielo del espíritu es todavía más cambiante que el que se encuentra sobre nuestras cabezas. Nuestros días son siempre diferentes.

Ahora bien, no hay ningún día sin Cristo, ningún día es incompatible con su presencia salvífica (G. Biffi, *Meditazioni sulla vita ecclesiale*, Piemme, Casale M. 1993, 59-62).